

# **UNIVERSIDAD DE CANTABRIA**

## **PROGRAMA DE DOCTORADO INTERUNIVERSITARIO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA**

Universidades de Zaragoza, Autónoma de Madrid, Complutense de Madrid, Santiago de  
Compostela, País Vasco, Valencia y Cantabria



### **TESIS DOCTORAL**

Del discurso al activismo. Los hombres defensores de los derechos de las  
mujeres en la España contemporánea

### **PhD THESIS**

From word to deed. Male champions of women's rights  
in contemporary Spain

Realizada por: Jesús Espinosa Gutiérrez

Dirigida por: María Jesús González Hernández

ESCUELA DE DOCTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Santander, 2020

# UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

## PROGRAMA DE DOCTORADO INTERUNIVERSITARIO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Universidades de Zaragoza, Autónoma de Madrid, Complutense de Madrid, Santiago de  
Compostela, País Vasco, Valencia y Cantabria



### TESIS DOCTORAL

Del discurso al activismo. Los hombres defensores de los derechos de las  
mujeres en la España contemporánea

### PhD THESIS

From word to deed. Male champions of women's rights  
in contemporary Spain

Realizada por: Jesús Espinosa Gutiérrez

Dirigida por: María Jesús González Hernández

ESCUELA DE DOCTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Santander, 2020

*“Conocemos más íntimamente que los hombres el mundo femenino, porque en él tenemos nuestras raíces; captamos con mayor inmediatez lo que significa para un ser humano el hecho de ser femenino; y nos preocupamos más por saberlo”*

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*

*“Todas las facultades comunes a los dos sexos no están distribuidas igualmente; pero tomadas en conjunto, se compensan. La mujer vale más como mujer y menos como hombre; por todas partes donde hace valer sus derechos, saca ventaja; en todas partes donde quiere usurpar los nuestros, queda debajo de nosotros. Sólo mediante excepciones no se puede responder a esta verdad general; constante manera de argumentar de los galantes partidarios del bello sexo”*

Jean Jaques Rousseau, *Emilio o de la educación*





## ÍNDICE DE CAPÍTULOS

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	9
<b>PARTE I - CONTEXTUALIZACIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL Y ACERCAMIENTO AL PANORAMA HISTÓRICO E HISTORIOGRÁFICO INTERNACIONAL</b> .....	21
<b>CAPÍTULO 1 - FEMINISMO, GÉNERO Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MASCULINIDAD</b> .....	23
1.1 - Genealogía de un concepto: El “feminista” y la patologización de la masculinidad .....	23
1.2 - Historia, masculinidad y hombres feministas. Una aproximación teórica .....	31
1.3 - Feminismo(s) y culturas políticas: Algunas aclaraciones previas .....	46
<b>CAPÍTULO 2 - HOMBRES SUFRAGISTAS Y FEMINISTAS. UN BREVE REPASO HISTORIOGRÁFICO</b> .....	57
2.1 - “Sufragettes con pantalones”: La caballerosidad de los aliados del sufragismo británico .....	57
2.2 - Del liderazgo a la “retaguardia”: El respaldo masculino en los orígenes del feminismo estadounidense, alemán y francés .....	76
<b>PARTE II - ANTECEDENTES PREMODERNOS E ILUSTRADOS: LA TRATADÍSTICA ANTIMOSÓGINA MASCULINA EN ESPAÑA (SIGLOS XIV-XVIII)</b> .....	93
<b>CAPÍTULO 3 - LA “QUERELLA DE LAS DAMAS” EN ESPAÑA: LOS HOMBRES EN DEFENSA DE LA MUJER (SIGLOS XIV-XVIII)</b> .....	95
3.1 - Excelencia intelectual y virtud moral femenina. La tratadística medieval antimisógina (ss. XIV-XVI) .....	98
3.2 - Juan Rodríguez de Cámara y Álvaro de Luna: Tratadistas profemeninos en defensa de “virtuosas mujeres” .....	104
3.3 - La defensa ilustrada de la mujer de Benito Jerónimo Feijoo .....	110
3.3.1 - Capacidad intelectual y condición moral femenina en el <i>Teatro Critico Universal</i> .....	112
3.3.2 - Femenidad y masculinidad en Feijoo .....	115
3.3.3 - El Despotismo Ilustrado: Las damas en las sociedades económicas de amigos del país .....	117

<b>PARTE III - DISCURSOS IGUALITARIOS Y FEMINISTAS DE HOMBRES: LA MUJER EN LOS PROYECTOS POLÍTICO-IDEOLÓGICOS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA (1868-1939) .....</b>	<b>125</b>
 CAPÍTULO 4 - ¿HOMBRES Y FEMINISMO CATÓLICO-CONSERVADOR? .....	127
4.1 - Frente a la apostasía, un “feminismo aceptable” .....	129
4.2 - Conservadurismo y “feminismo burgués” .....	135
 CAPÍTULO 5 - LOS DEFENSORES DEL “BELLO SEXO”: LIBERALES CONTRA EL SOMETIMIENTO DE LA MUJER .....	149
5.1 - Los liberal-progresistas en la prensa femenina isabelina y el turnismo canovista .....	150
5.2 - El “escritor galante” Cristóbal de Castro .....	161
 CAPÍTULO 6 - KRAUSE Y EL KRAUSO-INSTITUCIONISMO ESPAÑOL: ENTRE LA ARMONÍA Y LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER .....	175
6.1 - La mujer hacia el “ideal de la Humanidad”: El pensamiento de Krause y el institucionismo español .....	176
6.2 - Adolfo González Posada: Krausismo, humanismo integral y feminismo.....	190
6.3 - Feminismo jurídico y refutación a la misoginia científicista en Miguel Romera- Navarro .....	200
 CAPÍTULO 7 - “LA PROLETARIA DEL PROLETARIADO”: EL SOCIALISMO ESPAÑOL Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER .....	207
7.1 - La mujer en el socialismo utópico español .....	209
7.2 - Proselitismo y revolución proletaria: La retórica masculina emancipadora de la mujer .....	215
7.3 - El socialismo individualista de Federico Trigo: Erotismo, amor libre e igualdad entre los sexos.....	231
 CAPÍTULO 8 - EVA REDIMIDA Y REDENTORA: SOCIOLOGÍA Y FEMINISMO EN LA OBRA DE SANTIAGO VALENTÍ I CAMP.....	245
8.1 - Un análisis sociológico del feminismo.....	247
8.2 - La mujer y el feminismo en España .....	252
8.3 - La coeducación y la capacidad intelectual de la mujer .....	254
8.4 - Mujer, clase social y trabajo.....	257
8.5 - Psicología y naturaleza moral femenina.....	259
8.6 - Familia y matrimonio .....	260
8.7 - La mujer ante el amor y la sexualidad.....	262

8.8 - El patriarcado y el futuro de la mujer.....	270
<b>CAPÍTULO 9 - DISCURSOS DE GÉNERO PROGRESISTAS EN LAS SUBCULTURAS REPUBLICANAS, LA MASONERÍA Y EL LIBREPENSAMIENTO .....</b>	<b>275</b>
9.1 - La mujer en el republicanismo federal.....	276
9.2 - Los naturalistas de barricada y la novela lupanaria. Literatos republicanos contra la prostitución .....	289
9.3 - La escuadra y el compás frente al cetro: La disputa por la mujer en el conflicto laicismo-confesionalismo .....	297
9.4 - “¿La República de las mujeres?”: El republicanismo y el voto de la mujer .....	314
<b>CAPÍTULO 10 - LOS ANARQUISTAS Y LA MUJER: LA LIBERACIÓN FEMENINA EN EL PENSAMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL .....</b>	<b>325</b>
10.1 - Feminismo y anticlericalismo ácrata.....	330
10.2 - Francesc Ferrer i Guardia: La coeducación de los sexos en la Escuela Moderna .....	337
10.3 - Amor libre, familia y propiedad privada.....	340
10.4 - Prostitución, explotación de clase y comunismo sexual .....	348
10.5 - Isaac Puente y Félix Martí Ibáñez: Eugenesia y revolución sexual .....	359
10.6 - El anarco-feminismo, una lucha autónoma de “Mujeres Libres” .....	363
<b>PARTE IV - HOMBRES EN DECONSTRUCCIÓN: EL SALTO AL ACTIVISMO POR LA IGUALDAD DE GÉNERO .....</b>	<b>373</b>
<b>CAPÍTULO 11 - CRISIS DE LA MASCULINIDAD TRADICIONAL: LOS HOMBRES POR LA IGUALDAD DE GÉNERO EN ESPAÑA .....</b>	<b>375</b>
11.1 - Semblanzas de hombres igualitarios en la transición hacia la democracia .....	381
11.2 - Los grupos de hombres: Una ruptura con la masculinidad tradicional .....	395
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>407</b>
<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>421</b>
<b>APÉNDICES .....</b>	<b>483</b>



## INTRODUCCIÓN

No hay duda alguna de que el auge de los movimientos feministas ha constituido y constituye uno de los motores de cambio más trascendentales en el devenir de las sociedades modernas. Las transformaciones que las mujeres han propulsado, en su marcha hacia mayores cotas de libertad, han resultado ser de enorme envergadura. Tanto es así que han alterado en ciertos términos el orden sexual y, por tanto, las nociones más androcéntricas de la disciplina histórica. Décadas después de la oleada sufragista, con el estímulo de los planteamientos teóricos y políticos del feminismo de la tercera ola, la inclusión de la mujer en el relato histórico reflejó la reactivación en los años 70 de un sujeto político, el de las mujeres conscientes de su opresión patriarcal.

En todo este duradero y complejo proceso de lucha y resistencia, los hombres no siempre han jugado indefectiblemente un papel pasivo. Tampoco han optado en todo momento por una actitud de abierta beligerancia hacia las demandas feministas, ni contra ciertas desobediencias efectuadas por mujeres ante los mandatos de género instaurados. Un número reducido, pero cualitativamente significativo de varones, han representado una minoría partidaria de la consecución de un escenario más igualitario entre los sexos. En los últimos años, la participación y colaboración de esos hombres comienza levemente a integrarse como objeto de estudio dentro de la narrativa histórica. Una de las causas de su introducción proviene de una creciente atención académica y política, dentro de los feminismos y los estudios de género, por la construcción social de la masculinidad.

Este estudio se ha llevado a término con el ánimo de contribuir a la ampliación de los conocimientos en torno al feminismo histórico español desde la perspectiva mencionada. El objetivo general que nos hemos fijado ha sido el de ofrecer una visión de conjunto sobre los discursos de hombres defensores de los derechos de las mujeres en la historia de España. Pero la principal meta marcada ha sido analizar cómo el compromiso de los hombres por la liberación de la mujer ha operado dentro de los márgenes de la masculinidad tradicional y hegemónica. En este trabajo los rasgos constitutivos del modelo dominante de masculinidad reciben una especial atención.

Junto a ello, se ha hecho gran hincapié en la imbricación entre, por un lado, los nuevos ideales de feminidad por los que apostaron los varones partidarios de la emancipación de la mujer y, por otro, los proyectos político-ideológicos a los que se adscribieron.

Nuestro empeño se ha focalizado principalmente en analizar este tipo de discursos de género entre el último tercio del siglo XIX y los años 30 del XX. Este periodo constituye un marco cronológico clave, una etapa primordial para España en su proceso de modernización, durante la cual se reconocieron y legitimaron paulatinamente derechos fundamentales en materia política, jurídica y educativa para la mujer española. Es en este espacio temporal en el que aparecen a escena los diversos discursos de hombres en favor de la emancipación de la mujer provenientes de distintas culturas políticas, mayormente liberal-democráticas, republicanas y revolucionarias. Sin embargo, conviene aclarar que durante este estudio se harán referencias a discursos de hombres que, incluso con anterioridad, durante el régimen isabelino difundieron mensajes proclamando la liberación del sexo femenino, pero que muy rara vez contuvieron proposiciones encaminadas al reconocimiento de derechos concretos.

Por otro lado, hemos considerado oportuno elaborar una parte de antecedentes sobre tratadistas masculinos de época precontemporánea (del Medievo a la Ilustración), periodos en los que se vislumbran los precedentes del ideario ajustado a los parámetros contemporáneos de la igualdad de derechos. También decidimos incluir un capítulo final sobre el nacimiento y desarrollo de los grupos de hombres por la igualdad de género en España tras el franquismo. Un ejercicio de honda profundización en todas y cada una de las etapas históricas hubiese sido probablemente inabarcable, por lo que las partes dedicadas en el presente trabajo a estos antecedentes históricos y a los grupos de hombres por la igualdad entre los sexos nacidos a partir de los años 80 del siglo XX se han limitado a capítulos más breves, con un carácter introductorio y de epílogo respectivamente.

Con esta fórmula creemos haber logrado el propósito de reflejar, de forma efectiva y sin peligro de dispersión, la prolongada y particular evolución que el proceder de los hombres ha experimentado desde los orígenes de la tradición antimosógina española y durante todo el transcurso histórico del feminismo español. A este respecto, en el apéndice 15 del presente estudio insertamos una tabla que, de forma gráfica y

sinetizada, muestra la evolución de los discursos de género de los hombres que en España expresaron, en diferentes etapas históricas, su rechazo a la misoginia y más tarde su defensa de los derechos de la mujer.

Una de las principales desventajas a las que tuvimos que hacer frente fue a la muy escasa bibliografía disponible sobre personajes españoles próximos a las vindicaciones feministas. Entre ellos, sobre las figuras más conocidas existen biografías y análisis de su pensamiento político e intelectual. Sin embargo, en estas publicaciones ni siquiera se detienen, en la mayoría de las ocasiones, en su concepción sobre la condición de la mujer. En ellas se han priorizado muy habitualmente otros aspectos de su pensamiento sin tener en cuenta, como es tradicional, la óptica de género para el estudio de sus trayectorias públicas e ideológicas.

Entre los pocos autores tratados desde esta perspectiva en la historiografía española encontramos numerosos artículos consagrados al estudio del principal pensador de la Ilustración en España, el padre benedictino Jerónimo Feijoo. Sobre la personalidad del krausista Fernando de Castro y sus iniciativas pedagógicas en pro de la mejora educativa de las mujeres existen también algunas aproximaciones. Otros autores a los que se les ha dedicado artículos sobre sus posiciones en torno a la emancipación de la mujer son Adolfo González Posada y, en menor medida, Santiago Valentí i Camp, Cristóbal de Castro, Francisco Giner de los Ríos, Jacinto Octavio Picón o Javier Lasso de la Vega y Cortezo. Ante este panorama, el resto de los autores que aparecen en las páginas de este estudio fueron localizados a raíz de una minuciosa tarea de prospección y lectura, sobre todo, de revistas y ensayos de la época (Véase el mencionado apéndice 15 para consultar los autores y personajes tratados en este estudio).

Durante la elaboración de esta investigación nos hemos abastecido de una tipología bastante variada de fuentes primarias: desde fuentes tratadísticas, periodísticas, ensayísticas y literarias, consultadas en hemerotecas digitales, archivos y bibliotecas, hasta orales a través de entrevistas –estas últimas, en concreto, para la confección de la última parte del trabajo–. El Ateneo de Madrid y la Biblioteca Nacional de España han sido los dos lugares en los que más tiempo hemos estado buscando y leyendo ensayos, artículos y periódicos. A este respecto, la herramienta que nos brinda la hemeroteca digital de la BNE ha facilitado nuestra labor de exploración hemerográfica, sin

olvidarnos de la hemeroteca digital de ABC, de la Fundación Pablo Iglesias y de la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España. Pero tampoco queremos dejar de mencionar a la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, a la de la Universidad de Cantabria y su servicio de préstamo interbibliotecario o a la Biblioteca Nacional de Catalunya. Por último, pudimos disfrutar del acceso a multitud de material bibliográfico de la British Library de Londres y de la biblioteca de la London School of Economics and Political Sciences y especialmente a través de su sección Women's Library.

Con los textos ya seleccionados nos embarcamos en una etapa de profundización teórica en torno a la construcción de las masculinidades, la cual nos permitiera interpretar de un modo más preciso los discursos recopilados y correspondientes con el trabajo de investigación. El hecho de que la perspectiva de las masculinidades dentro de la historiografía de género española se encuentre en incipiente fase de desarrollo, tal vez, esclarecería en parte la acusada ausencia de estudios en torno al papel de los hombres en el feminismo histórico español. Este vacío y un afán comparativo nos ha llevado a la inmersión historiográfica internacional sobre masculinidades que ha sido importante para entender la especificidad de los discursos y prácticas feministas de los hombres. La comprensión de los mecanismos culturales en la construcción de la masculinidad tradicional nos transfiere un marco analítico sustancial para el estudio de los hombres que se han sumado a la lucha por los derechos de las mujeres.

En cuanto al texto de esta investigación, su estructura se divide en cuatro partes bien diferenciadas. En la primera nos introducimos en el marco referencial de corte conceptual y teórico del que nos hemos nutrido para el acometimiento del presente estudio. Además, nos adentramos en la producción historiográfica de ámbito internacional que ha estudiado el papel de los hombres en los feminismos, con especial foco en la historiografía dedicada al sufragismo británico. En la segunda parte del trabajo, nos trasladamos a los antecedentes históricos de entre los siglos XIV al XVIII. En la tercera parte, entramos ya en el grueso de este trabajo de investigación, el dedicado a la etapa contemporánea (1868-1939). Y finalizamos, a modo de “epílogo”, con una cuarta parte menos amplia en la que trazamos una historia de los colectivos masculinos que apuestan por la igualdad de género desde los años 80 del pasado siglo.



En el capítulo que inaugura la primera parte de la investigación, titulado “Feminismo, género y construcción social de la masculinidad”, nos hemos centrado en exponer los fundamentos teóricos y conceptuales que han orientado nuestro estudio. En el primer apartado “Genealogía de un concepto: El "feminista" y la patologización de la masculinidad” nos sumergimos en los orígenes históricos de la palabra “feminista”. Descubrimos que, en sus múltiples semánticas, dicho vocablo se manejó durante el siglo XIX como arma arrojadiza para calificar de forma despreciativa a los hombres que defendieron los derechos de las mujeres. Su uso, en este caso, sirvió para devaluar la masculinidad de los que trasladaron públicamente su simpatía por el advenimiento de una sociedad más igualitaria entre los sexos.

Estos ataques dirigidos a la puesta en cuestión de la virilidad se manifiestan en base al dominio de la masculinidad hegemónica sobre otras masculinidades subalternizadas. Por consiguiente, en el segundo apartado de este capítulo, “Historia, masculinidad y hombres feministas: Una aproximación teórica” atendemos a los aportes teóricos de los men’s studies en los estudios de género y en particular en la disciplina histórica. En este sentido, las reflexiones teóricas en torno a los mecanismos de construcción genérica de la masculinidad nos han sido muy útiles a la hora de afrontar los objetivos fijados. Este uno de los dos ejes en los que se sostiene nuestra investigación. El otro es la incidencia de las culturas políticas como factor elemental para la contextualización de los discursos igualitarios de género difundidos por hombres en la España de los siglos XIX y XX.

Precisamente, en el apartado siguiente, “Feminismo(s) y culturas políticas: Algunas aclaraciones previas”, ponemos en valor el concepto de “culturas políticas” y su aplicación en el terreno del estudio de las relaciones de género y los feminismos históricos. Del mismo modo, hacemos énfasis en cómo, por ejemplo, los círculos políticos e ideológicos de sociabilidad fueron canales para la transmisión de las reclamaciones feministas y para su gradual asimilación entre sectores concretos de la población masculina. Los múltiples espacios mixtos de interacción política e intelectual entre hombres y mujeres fueron también esenciales para la asunción, por parte de los varones, de dichos ideales igualitarios que adaptaron a los proyectos de sociedad en los que creyeron. Tanto en espacios políticos, como intelectuales, periodísticos, literarios e

incluso en el terreno de las relaciones personales, muchos de esos hombres se impregnaron de esas reivindicaciones. Fueron tomando una creciente sensibilidad y solidaridad con sus compañeras de partido, sindicato o de vida y, de facto, con la otra mitad de la población en su totalidad. La irradiación del ideario vindicativo del feminismo entre los hombres fue, en efecto, importante para que España fuese avanzando en el progresivo desmontaje de su sistema legal discriminatorio con la mujer.

El análisis de las diversas culturas políticas constituye un elemento valioso para una comprensión detallada del origen y desarrollo de los discursos masculinos demandantes de un contrato sexual más equitativo. Por esta razón, intentaremos esclarecer la cuestión en torno a la muy reducida representación de figuras masculinas en los feminismos conservador y católico en España con respecto a otras culturas políticas progresistas y revolucionarias. A efectos de la investigación, se decidió, por todos estos motivos expuestos, estructurar el presente trabajo tratando por separado una cultura política por capítulo.

En esta misma parte, bajo el título “Hombres sufragistas y feministas. Un breve repaso historiográfico”, nos acercamos al tratamiento que desde la historiografía de otros países se ha hecho con respecto a la intervención de los varones en la historia del feminismo. Por otra parte, en el transcurso de este itinerario historiográfico, aprovechamos para emprender un diálogo con otras/os especialistas acerca de nociones como “profeminismo”, “masculinidad tradicional” o “crisis de la masculinidad”, conceptos que necesariamente deben estar sujetos a la revisión y al debate para contribuir a un tratamiento más certero de la temática que nos ocupa.

Sobre los hombres que se organizaron por la conquista de los derechos políticos de las mujeres en EEUU e Inglaterra, entre finales del siglo XIX y principios del XX, existen publicaciones que nos han inspirado y servido de referencia. Precisamente, partiendo de realidades como la británica, la alemana, la estadounidense y la francesa, se evidencian contrastes entre un temprano activismo masculino en estos países y la falta total de integración de hombres en el feminismo organizado y movilizado en España hasta finales del siglo XX.

En la segunda parte del trabajo, reservamos un espacio de análisis a los

“antecedentes” históricos de los defensores de la mujer contemporáneos. En esta parte, “Antecedentes premodernos e ilustrados: La tratadística antimisógina masculina en España (siglos XIV-XVIII)”, emprendemos un viaje por una amplia lista de tratadistas profemeninos medievales y renacentistas. En el último apartado tratamos preferencialmente la figura de Benito Jerónimo Feijoo, el exponente masculino más renombrado en la tradición antimisógina española. La mirada del ilustrado gallego sobre la mujer se enmarca, a nuestro entender, dentro de esta dilatada dialéctica, la llamada “Querella de las mujeres”, que remonta sus raíces a la Baja Edad Media y culmina en los inicios de la Ilustración.

En este recorrido tomamos contacto ya con algunos de los rasgos que más adelante se reconocerán y examinarán en los discursos masculinos feministas de los siglos XIX y XX. De ahí surgió la decisión de elaborar esta parte preliminar, pese a que nos hayamos visto obligados a retrotraernos unos cuantos siglos antes. Hemos tenido que trasladarnos a contextos históricos preilustrados e incluso premodernos en los que se hace arduamente complicado remitirse a concepciones igualitarias entre los sexos. Además, nos movió el deseo de intentar brindar una explicación al hecho de por qué en España, desde el final del periodo ilustrado hasta la era isabelina, salvo alguna excepción, no se hicieron notar voces masculinas que plantearan alternativas al estado de subalternidad de la mujer.

Existe una cuantiosa cantidad de publicaciones que han estudiado la defensa de la mujer de Feijoo y de los tratadistas que concurrieron durante el Bajo Medievo y la Edad Moderna. Sin embargo, ninguna ha trazado una panorámica completa de la materia, abarcando el periodo comprendido entre los siglos XIV al XVIII. Nuestra contribución se traduce en exponerla de forma sintética, basándonos en lo que un número abundante de especialistas han escrito. Pese a ello, en nuestra travesía por la tratadística antimisógina, introducimos consideraciones originales e inéditas, referidas a la incidencia del standard de masculinidad caballeresco medieval en las reflexiones de aquellos autores. De esta manera, enlazamos con nuestra tesis relativa al influjo de la masculinidad tradicional y también caballeresca en la articulación, por parte de hombres, de proposiciones de matriz más igualitaria y vindicativa a partir del siglo XIX.

La tratadística masculina profemenina del Medievo y de la Edad Moderna

enunció una visión de género ceñida al discurso de la excelencia femenina, siempre bajo una concepción reciamente diferenciadora de los sexos. Los tratadistas antimisóginos encarnaron el papel guerrero típicamente varonil de “paladines” del otro sexo. Lo hicieron en conexión con una masculinidad heroica y caballeresca consustancial al modelo tradicional de concebir la virilidad. Todo ello constituye un esquema de la masculinidad patriarcal que se revalida asumiendo mandatos de género tradicionales, como son el ejercicio del rol de protector del “sexo débil” y el despliegue de una retórica encomiástica y enaltecedora hacia el “bello sexo”. Nos referimos, de esta manera, a un ethos caballeresco que mantuvo su vigencia en la retórica y la praxis de los “emancipadores” de la mujer de entre los siglos XIX y XX. Por este motivo, el paternalismo, el deber de proteger y halagar al sexo femenino, así como las resistencias a la autonomía de la mujer en el proceso de su propia liberación, fueron recurrentes entre los que se opusieron a su discriminación y sometimiento social.

A continuación, en la tercera parte, se desarrolla el grueso de la investigación. Bajo el título “Discursos igualitarios de hombres: La mujer en los proyectos político-ideológicos de la España contemporánea (1868-1939)” entramos a analizar los discursos de hombres favorables a la emancipación de la mujer pertenecientes a las diversas culturas políticas, sobre todo desde el arranque del Sexenio revolucionario. En los dos primeros apartados de esta parte nos introducimos en las dificultades para el desarrollo de una conciencia masculina feminista dentro del universo de las derechas y del liberalismo turnista. Destacamos cómo en España, a diferencia de lo sucedido en el feminismo formulado y articulado por mujeres, entre las familias políticas del turnismo de la Restauración, del tradicionalismo y del catolicismo, el número de los que abogaron por los derechos de las mujeres fue extremadamente pequeño en proporción al que afloró en las culturas políticas de izquierdas y progresistas.

En el transcurso de los capítulos de esta parte, estudiamos y examinamos los discursos feministas de hombres en el catolicismo y el conservadurismo político, en el espacio del liberalismo turnista, en el institucionismo, el socialismo, los republicanismos y el anarquismo. Seguimos este orden porque pasamos de las culturas más conservadoras y tradicionalistas, a las liberal-progresistas, y terminamos con las republicanas, fundamentalmente las situadas más a la izquierda, y las revolucionarias.

Pretendemos, así, exponer cómo en cada una de las vertientes político-ideológicas, de derecha a izquierda, la mujer constituía un conflictivo eje de disputa. Esto condujo a que muchas de las manifestaciones retóricas que respaldaban la emancipación de la mujer expresadas por políticos, militantes e intelectuales varones partieran de una voluntad proselitista e instrumental. Pero la complejidad estriba, asimismo, en que muchas veces sus mensajes igualitaristas tomaron cuerpo también por razones de corte más estrictamente filosófico-ideológico o también, en el mejor de los casos, por un compromiso franco y sincero por los derechos de las mujeres.

Tras nuestro examen de algunas personalidades procedentes del conservadurismo, del catolicismo, de diferentes ramas de la derecha española y del universo del liberalismo turnista (en los capítulos 4 y 5), a partir del sexto capítulo, titulado “Krause y el krauso-institucionismo español...”, iniciamos ya nuestra andadura por las culturas políticas más progresistas. Revisitamos el conjunto de iniciativas que la Institución Libre de Enseñanza impulsó para promocionar la educación de la mujer española y analizamos el trasfondo filosófico detrás de aquel espíritu pedagógico y reformista. En el primer apartado “La mujer hacia el “ideal de la Humanidad”: El pensamiento de Krause y el institucionismo español” detallamos la influencia del pensamiento metafísico del filósofo idealista Karl Friedrich Krause en la singular preocupación del institucionismo español por la instrucción y rehabilitación social de la mujer. En los siguientes apartados, atendemos a los discursos de género de dos krausistas de segunda generación, los citados juristas Adolfo González Posada y Miguel Romera-Navarro.

En el séptimo capítulo, “La proletaria del proletariado: El socialismo español...” prosiguiendo con nuestra travesía por las diversas familias ideológicas de la época, nos sumergimos en las culturas de izquierdas y revolucionarias para estudiar en detalle los discursos masculinos igualitarios que florecieron dentro del socialismo. Primero nos trasladamos a la genealogía del socialismo utopista español. En su génesis hallamos, sobre todo en el fourierismo y en el demosocialismo, pioneras formulaciones masculinas que apoyaron la liberación de la mujer. Más tarde, dentro de la órbita del PSOE, hasta la II República, un número minoritario de hombres se pronunciaron en favor de la obtención de derechos laborales y políticos para las mujeres en régimen de igualdad con el sexo masculino. Concluimos nuestro acercamiento al feminismo

socialista con el novelista Felipe Trigo, promulgador del amor libre y de la emancipación de la mujer. Seguidamente, en el capítulo 8, presentamos otra figura socialista y republicana, el antedicho sociólogo y erudito barcelonés Santiago Valentí i Camp. Dado que en su tiempo fue uno de los intelectuales más esforzados en la divulgación de la doctrina feminista, dedicamos un capítulo completo a su pensamiento comprometido por la igualdad entre los sexos.

Del republicanismo de Valentí i Camp nos desplazamos al laberíntico universo de las subculturas republicanas. Así lo hacemos en el noveno capítulo, “Discursos de género progresistas en las subculturas republicanas, la masonería y el librepensamiento”, en el que nos sumergimos en el vasto maremágnum de familias y vertientes republicanistas, en especial las vinculadas al federalismo, al librepensamiento, a la masonería y al naturalismo radical. Fueron en estos universos ideológicos donde se expresaron algunas de las primeras voces masculinas en abrazar un ideario de emancipación de la mujer. En concreto, entre las filas del federalismo, una serie de intelectuales saltaron más tarde a la militancia anarquista. En su nuevo rumbo ideológico, estos antiguos federalistas, siguieron anhelando la “redención” del otro sexo fundamentalmente de la dominación clerical.

Con el objetivo de clausurar el núcleo principal de la investigación, en el décimo capítulo “Los anarquistas y la mujer: La liberación femenina en el pensamiento libertario español” ahondamos en el feminismo libertario, anticapitalista y anticlerical de un buen número de militantes e intelectuales ácratas. Mostramos su visión transgresora sobre el amor, la coeducación, la familia, la sexualidad y la explotación del capital sobre las mujeres. Al igual que socialistas y federalistas, los discursos de género de muchos anarquistas estuvieron muy marcados por su pugna contra los sectores del catolicismo. Su empeño simplemente radicaba, generalmente, en ganar la adhesión de la población femenina a la causa revolucionaria del proletariado. Pero en este escenario, una serie de hombres, a diferencia de la mayoría de la militancia anarquista masculina, dieron su apoyo al colectivo de mujeres anarcofeministas Mujeres libres y a sus exigencias de autonomía de las jerarquías masculinas del movimiento libertario.

Si hablamos de feminismo organizado, en España, hasta los años 80 del siglo XX, las expresiones masculinas simpatizantes con las demandas feministas se ciñeron tan

sólo al campo discursivo. A este respecto, en la última parte del estudio, que hemos titulado “Hombres en deconstrucción: el salto al activismo por la igualdad de género”, planteamos la tesis de que la crisis de la masculinidad tradicional y el empuje transformador de los feminismos reconstituidos durante la década de los 70 han conducido a la posterior proliferación de grupos de hombres antipatriarcales.

Pese a que los hombres, obviamente, no se integran en la identidad política de un “nosotras” con conciencia de opresión, también hay varones que se han pronunciado y se pronuncian contra el sistema de dominación patriarcal en espacios organizativos. En el estado español este proceso ha sido mucho más tardío en comparación a otros países como Francia, Gran Bretaña o EEUU. No obstante, en España, finalmente una serie de intelectuales y activistas antifranquistas contribuyeron a que, desde hace varias décadas, una minoría reducida de hombres comenzase a revisar en colectivo los cánones tradicionales y hegemónicos de la masculinidad. Lo hacen, a día de hoy, con la mirada puesta en la llegada de una sociedad libre de heteronormatividad y asentada en una igualdad real y efectiva entre hombres y mujeres.

En cuanto a estos grupos masculinos por la igualdad de género en España, nuestra breve aproximación a los mismos se debe a su reciente origen. Es posible que la corta distancia histórica que hay desde su nacimiento hasta nuestro presente dificulte y obstaculice la aplicación de un enfoque más objetivo. En cualquier caso, vimos ineludible intentar dilucidar su génesis y desarrollo por no renunciar al tratamiento de las tres secuencias cronológicas que dividen el trabajo. De esa manera, en definitiva, establecemos un marco comparativo entre las mismas para plasmar la evolución íntegra por la que ha transitado el papel de los hombres en el feminismo histórico español y cómo en cada una de estas fases históricas la masculinidad tradicional ha mediatizado en sus discursos y acciones.

En resumidas cuentas, las formas con las que los hombres han articulado su discurso y su praxis feminista se encuadran dentro de las fronteras que franquean la masculinidad hegemónica y se han visto acotadas por los términos instituidos por el orden sexo/género. Los hombres comprometidos con la causa feminista estuvieron y siguen estando condicionados por los límites de su socialización de género y su posición de privilegio masculino. Estos varones, que podemos considerar atípicos, trabajaron y

trabajan por los derechos de las mujeres al compás de la agenda política feminista de su tiempo. A este respecto, los corpus reivindicativos de los feminismos han sido definidos, ante todo, por una vanguardia de mujeres que ha ido marcando y fijando sus ejes en cada periodo.

La reaparición en las últimas décadas de un activismo feminista integrado por varones ha abierto, de forma inédita, una aspiración sin precedentes de los hombres defensores de la equiparación de derechos entre los sexos por deconstruir la propia masculinidad patriarcal. En consecuencia, hoy en día trabajan por superar esos mismos elementos normativos que apuntaremos durante esta investigación, los que históricamente han regido de modo preponderante la actuación masculina dentro de los espacios teóricos y políticos de los feminismos.



## **PARTE I**

### **CONTEXTUALIZACIÓN TEÓRICO-CONCEPTUAL Y ACERCAMIENTO AL PANORAMA HISTÓRICO E HISTORIOGRÁFICO INTERNACIONAL**



## CAPÍTULO I

### FEMINISMO, GÉNERO Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MASCULINIDAD

*“En el registro histórico es como si la masculinidad estuviera en todas partes,  
pero a su vez en ningún lugar”*

John Tosh<sup>1</sup>

#### 1.1 - Genealogía de un concepto: El “feminista” y la patologización de la masculinidad

Desde hace unos años se viene afirmando que el término “feminismo”, en su significado político, irrumpió por vez primera en alusión a los hombres defensores de los derechos de las mujeres. Por lo común, su invención se adjudica al escritor antifeminista Alejandro Dumas hijo. En este sentido, de forma igual de errada, también se ha identificado como creador de la palabra a otro hombre, al socialista utópico Charles Fourier. Hasta 1989 no se demostró el error en el que la politóloga Leslie F. Goldstein incurrió al conferir a Fourier la acuñación del término<sup>2</sup>. Al socialista utópico se le conoce por alentar a la emancipación de la mujer, pero no le es asignable la autoría de dicho vocablo. De acuerdo con la historiadora Geneviève Fraisse no hay ningún texto del padre del cooperativismo en el que se incluyera este concepto<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> TOSH, John, “What Should Historians do with Masculinity? Reflections on Nineteenth-century Britain”, *History Workshop Journal*, Vol. 38, 1994, p. 180.

<sup>2</sup> Fourier ya en 1808, en su texto *Teoría de los cuatro movimientos*, denunciaba la marginación social que la mujer padecía por el lugar subalterno que en el matrimonio ocupaba. Véase GOLDSTEIN, Leslie F., “Early feminist themes in french utopian socialism: the st.-simonians and Fourier”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 43, nº 1, 1982, pp. 91-108. Existen informaciones muy divergentes, inexactas y erróneas en lo concerniente al origen de las palabras “feminismo” y “feminista”, lo que ha dificultado la preparación de este apartado.

<sup>3</sup> FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón: La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*. Madrid, Cátedra, 1991, (Edición original publicada en 1989), p. 204.

Por otra parte, según se ha sustentado también durante varios años, el primer uso del neologismo francés “féminisme” del que se conserva evidencia escrita es el que se hizo en 1871 el médico francés Ferdinand-Valérie Fanneau de la Cour. En su tesis *Du féminisme et de l'infantilisme chez les tuberculeux* (*Sobre el feminismo y el infantilismo de la tuberculosis*) detallaba la patología que aquejaba a varones infectados de tuberculosis. Acorde con su descripción, la enfermedad aceleraba una sucesión de cambios físicos, síntomas de una supuesta feminización del cuerpo masculino. Concluyó que un gran número de tuberculosos presentaban la piel misteriosamente suave y blanquecina, además de brotarles unas cejas y cabellos muy finos, junto con unas pestañas prominentemente largas. Se percató también de que sus genitales empequeñecían, mientras les nacían unas mamas anómalamente voluminosas. A partir de su examen de esta afección contagiosa, los varones tuberculosos presentaban rasgos, en palabras del autor de este estudio, inusitadamente “infantiles” y “feministas”, refiriéndose a “femeninos”.

En 1872, meses después de la publicación de este tratado médico, el mencionado Alejandro Dumas Labay (1824-1895), hijo del famoso novelista Alejandro Dumas Labouret (1802-1870), recuperó la expresión “feministe”. En esta ocasión, la retomó para dotarla de un significado político<sup>4</sup>. En su opúsculo *L'home-femme* (1872), en castellano *El hombre-mujer*, aplicó el adjetivo “feminista” para cargar contra los varones que secundaban los ideales de la liberación femenina<sup>5</sup>. Entre ellos englobaba a los “librepensadores” de su tiempo:

“Los *feministas*, permítaseme este neologismo, dicen, con muy buena intención a propósito de esto: Todo el mal viene de no reconocer a la mujer como igual al hombre” (...) “Nos permitiremos contestar a los feministas que lo que afirman carece de sentido

---

<sup>4</sup> Véase RAMIA PÉREZ, Aymara Lee, *La representación de los espacios de vida de la mujer en el ciberfeminismo*. Memoria para optar al grado de doctora, director José Luis Piñuel Raigada, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, 2017. En el subcapítulo 1.1 titulado “Conceptualización espacial primitiva y acepción del feminismo” sitúa documentalmente la aparición de “feminismo” y “feminista” en fechas muy anteriores a la de 1871. La fuente más primigenia se retrotrae a 1826. En ella se menciona a una mujer en lo relativo a su “feminismo”, la novelista irlandesa Lady Morgan Sydney (1781–1859). *Ibidem*, pp. 40-41.

<sup>5</sup> En este texto Dumas llamaba a que se aprobara el derecho al divorcio. El autor de *La dama de las camelias* (1848) advertía de que era imperiosa su aplicación por una “inquietante” circunstancia: el número ascendente de mujeres que exigían sus derechos políticos era proporcional, bajo sus cálculos, al desconsuelo que las acarrea su estado de insatisfacción conyugal.

común”<sup>6</sup>.

El también articulista francés Emile de Girardin (1806-1881) –casado con la literata Delphine de Gay (1804-1855)– no tardó en replicar a Dumas. Rebatió los dictámenes antifeministas del laureado novelista y asumió él mismo, con orgullo, el “novedoso” calificativo de “*feministe*”:

“Esa es la mujer cuya libertad combatís, ridiculizándola y llamando “feministas” a los que son contrarios a vuestra opinión. “Feminista”. Enhorabuena. Yo me honro de serlo con hombres y pensadores tales como Gladstone, Jacob Bright, Stuart Mill, Eduardo Laboulaye” (...) “Pero mucho tiempo antes que yo y mucho tiempo antes de haber vos inventado la palabra feminista para aplicarla a vuestros contrarios, un gran talento, [se refiere a Nicolás de Condorcet], un verdadero sabio, ya había dicho: Entre los progresos del género humano más importantes (...) debemos contar con la total destrucción de las preocupaciones que han establecido entre los dos sexos una desigualdad de derechos”. (...) “¿Diréis acaso que el Sr. Bonneville de Marsangy es también un feminista? ¿Lo aniquilaréis bajo el peso de vuestro neologismo?”<sup>7</sup>.

Tras una detenida lectura de los escritos de Girardin y Dumas, parece que el epíteto “ingeniado” por Dumas derivaba del afán de ridiculizar y herir a los varones quienes adoptaban su compromiso por la igualdad de derechos entre los sexos. Eso es lo que parece, dado que Girardin no recibe el calificativo “feminista” con agrado. Pero no es factible saber si el concepto perseguía el objetivo de feminizar y rebajar la masculinidad de los hombres defensores de los derechos de la mujer. Aunque haya quienes se adhieren apresuradamente a esta teoría, parece también muy difícil asentir con total seguridad que Dumas hijo se inspirara en el estudio del mencionado médico francés Fanneau de la Cour –si bien tampoco sería descabellado– con el ánimo de “patologizar” desde la ironía a los varones que se vieron atraídos por las reivindicaciones feministas<sup>8</sup>.

El filósofo transgénero Paul B. Preciado, desempolvó los textos de Fanneau de la

---

<sup>6</sup> DUMAS, Alexandre, *L'homme-femme: Réponse à M. Henri d'Ideville*. University of Michigan, 1872, pp. 91-92. La traducción es nuestra.

<sup>7</sup> GIRADIN, Emile, ANÓNIMA y DUMAS, Alejandro, *Matrimonio, adulterio, divorcio*. Tomo I, Madrid, Zaragozano y Jaime editores, 1873, pp. 183-186. Este libro se trata de una compilación de tres textos (los escritos por Emile de Girardin, Alejandro Dumas hijo y una autora anónima), todos ellos suscitados por la controversia iniciada por el folleto *Hombre-mujer*. La presente cita la extraemos de la extensa contestación que Girardin publicó bajo el nombre *El hombre y la mujer* perteneciente al libro *Matrimonio, adulterio, divorcio* (1873), dirigido a desarticular el argumentario del mencionado opúsculo de Dumas.

<sup>8</sup> Karen Offen interpretaba que, por el contenido y el título, aquella tesis doctoral no tuvo excesiva recepción, ni siquiera en la esfera intelectual francesa de finales del siglo XIX. OFFEN, Karen, *European feminisms, 1700-1950: A political history*. Stanford University Press, 2000, p. 403.

Cour y Alejandro Dumas. En un artículo de *Libération* resaltaba la carga científico-médica que rodeaba al nacimiento de la palabra “feminismo”. Preciado se sirve de estos escritos para sugerir (equivocada y forzosamente, en nuestra opinión) una supuesta amnesia que el feminismo, según su criterio, ha padecido al “ocultar” el origen médico del propio concepto. Acto seguido, conjetura que la reapropiación que las sufragistas hicieron de la palabra partiría de la instauración de una política identitaria “tiránica” por parte del movimiento feminista. No podemos estar más en desacuerdo con Preciado cuando desafortunadamente sentencia que “así pues, los primeros feministas han sido hombres”. Lo asevera simplemente por el hecho de que “los feministas” aparezcan, de aquel modo, referenciados en el texto de Alejandro Dumas hijo<sup>9</sup>. Además, como ya se ha demostrado, Dumas no fue verdaderamente el precursor a la hora de emplear por escrito “feminista” o “feminismo” en su significación política.

Lo que sí sabemos es que “feminismo” ha estado, largo tiempo, cargado de otro sentido: el vinculado a “femenino” –de donde procede etimológicamente, del latín *fēmina*– y con frecuencia a “afeminado”. Por consiguiente, aunque sea difícil de afirmar con total contundencia, el tono mordaz y satírico que Alejandro Dumas hijo manejó podría sustentar la hipótesis de que con el recurso del vocablo el afamado dramaturgo buscaba subestimar la virilidad de sus oponentes, partiera o no de connotaciones médico-patológicas. Era así que “feminismo”, en el panorama médico-científico francés del XIX, se refería a un diagnóstico ligado a hombres enfermos y “anormales” por la pérdida de atributos físicos y psicológicos “viriles”<sup>10</sup>. Lo mismo ocurrió en Alemania durante el siglo XIX. Los términos “feministisch” y “feminismus” hacían también

---

<sup>9</sup> PRECIADO, Beatriz, “Féminisme amnésique”, *Libération*, 9 mayo 2014. Citamos esta publicación de Preciado con su nombre anterior.

<sup>10</sup> Véase OFFEN, Karen, “On the French origin of the words feminism and feminist”, *Feminist Issues*, nº 8, vol. 2, 1988, pp. 45–51. A modo de ejemplo, en castellano existe una referencia a la palabra “feminismo” en otro texto médico, anterior al de Fanneau de la Cour, en el que se plantea de nuevo la feminización como patología. Según este escrito de 1865 “feminismo” es el nombre de una enfermedad que afligía a los varones. Se trata de la reseña de un libro publicado por un catedrático de Patología francés que aparece en una revista española, *Gaceta Médica: Periódico de medicina, cirugía, farmacia y ciencias auxiliares*. En la recensión a la obra se decía lo siguiente: “una enfermedad muy singular (...) llamada *feminismo*, en la que los hombres, afectados de impotencia, dejaban sus vestidos y todas las formas exteriores de su sexo, para vivir entre las mujeres cuyo traje y costumbres adoptaban. (...) Hipócrates cree hallar su causa en la costumbre que tenían de pasar su vida a caballo”. LORENZO ARRIBAS, Josemi, “Una revolución sin «R». Primeros usos en España de las palabras feminismo y feminista” en DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, FRANCO RUBIO, Gloria y FUENTE PÉREZ, María Jesús (Eds.), *Impulsando la historia desde la historia de las mujeres*. Huelva, Universidad de Huelva Publicaciones, 2012, p. 19.

alusión a hombres insuficientemente varoniles<sup>11</sup>.

Curiosamente, en un libro publicado en enero de 1837, con el título *La Evidencia, ó Los imprescriptibles é incontestables derechos que asisten al Señor D. Carlos V...* y escrito por el abogado carlista de los Reales Consejos, de forma muy parecida a Dumas este autor calificaba de “feministas” y “afeminados” al ya fallecido Fernando VII y sus aliados. “Feminista” lo utilizó como sinónimo de “afeminado”, el significado con el que se hacía uso de la palabra en ese tiempo. En virtud de su discrepancia con que Isabel – hija del monarca y futura Isabel II– gozase del derecho a ser sucesora a la corona de España, el jurista partidario de don Carlos avisaba de la conveniencia de que el sexo femenino estuviese “sujeto a obedecer”. Al “no ser hábil para mandar” resultaba *de facto* incapaz de asumir autoridad gubernamental alguna. Por dicha razón, el autor carlista pedía “la variación de sucesión Real”:

“asunto... propio... digno de ventilarse y discutirse” (...) “que, aun concediéndolas hipotéticamente validez, por regalar el gusto de los feministas ó afeminados, debía haberse tratado nuevamente la materia por las circunstancias posteriores, por la política europea, por la especial de la Monarquía, por los intereses de todos”<sup>12</sup>.

Resulta obvio que los adeptos de la reina Isabel II, en ningún caso, pueden ser tildados de feministas. Quienes en ese momento dieron legitimidad a que las mujeres acometiesen la tarea de dirigir los asuntos de gobierno no lo formularon partiendo de un respaldo a la idea de que el sexo femenino gozase de un mayor status. Lo hicieron por circunstancias políticas concretas, dentro de un conflicto ideológico y de poder entre carlistas e isabelinos.

Otros textos remitentes a los orígenes de los vocablos “feminista” y “feminismo” atestiguan que, desde bien pronto, las declaraciones masculinas de apoyo a los derechos de las mujeres fueron contestadas desvalorizando su hombría. También es cierto que a lo largo del trabajo con las fuentes se advierte que no proliferaron, hasta finales del siglo XX, muchos ataques de este tipo hacia los varones que en España transmitieron su

---

<sup>11</sup> HUBLER, Katherine E, *Man's Duty to Woman: Men and the first wave of German feminism, 1865-1919*. Boston College, 2012, p. 27.

<sup>12</sup> Don C. de P. y de P, *La Evidencia, ó Los imprescriptibles é incontestables derechos que asisten al Señor D. Carlos V, III de Borbón, en la Corona de España*. Stanford University Library, 1837, p. 34. Extraído de RAMIA PÉREZ, Aymara Lee, *La representación de los espacios...*, op. cit., p. 30. No hemos localizado el nombre completo del autor.

ideario igualitario. Estos cuestionamientos de patologización o de minusvaloración hacia su masculinidad más bien fueron aislados y anecdóticos. Pero dado que los ejemplos al respecto son más numerosos en los países anglosajones, sobre todo entre finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX, dicho contraste merece de la búsqueda de una explicación. La tensión con la que afrontaron las sociedades anglosajonas la irrupción reivindicativa sufragista poco tiene que ver, en términos comparativos, con las “débiles” tiranteces que tuvieron lugar en España durante ese periodo. A esto hay que añadir el hecho de que, a diferencia de otros países, en la España de aquel tiempo los hombres no se integraron en las filas del feminismo organizado, no crearon asociaciones ni se movilizaron codo a codo con las mujeres en favor de avanzar en los derechos del sexo femenino. Esta carencia de movilización masculina en España pudo contribuir a que no se desencadenase una fuerte reacción patriarcal de esta índole contra los hombres que respaldaron la lucha por los derechos de la mujer.

Estos dos factores arrojan una explicación de por qué en las fuentes históricas no se plasma de un modo muy recurrente la extensión en el imaginario común de un arquetipo negativo y desmasculinizador que englobara a los pocos hombres feministas que hubo en España. No obstante, sí que de forma muy circunscrita en España concurrió, muy ocasionalmente, una identificación entre hombres defensores de los derechos de las mujeres y un carácter “afeminado” de los mismos. A modo de ejemplo, las reflexiones de Cristóbal de Castro Gutiérrez (1874-1953) en uno de sus acostumbrados artículos en *Los Lunes del Imparcial* atestiguan, por lo menos, la existencia de tal prejuicio o tópico. En contraposición, el novelista y periodista cordobés planteaba, incluso, que “los feministas” vigorizan su virilidad al sentir más al otro sexo:

“¡Sin aspavientos! ¡Calma, mucha calma!... A ver si exterminamos el tópico (...) ¿A qué se debe el gran número de hombres defensores del feminismo? No más que a su inclinación por la mujer. ¿Hay quien tilde a los feministas de afeminados? Al contrario. El abogar por la mujer refuerza la virilidad del hombre. Y viceversa. Así como gran número de hombres son feministas, gran número de mujeres son hoministas” (...) “¿Desvirtúa en lo más mínimo al feminista su condición viril? Pues tampoco a la hominista su condición de hembra. El hombre es tanto más hombre cuanto más siente a la mujer. Y, al contrario, la mujer tanto más mujer cuanto más siente al hombre”<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> DE CASTRO, Cristóbal, “El sexo y el vestido”, *Los Lunes de El Imparcial*, 3 mayo 1929, p. 1.



Por el contrario, en el diario *Crónica reusense*, órgano del Partido Liberal Conservador en Reus, un/a autor/a bajo el seudónimo A. S. aludía al “hombre feminista”, “mejor dicho afeminado”, que con su abanderamiento del feminismo lo único que conseguía era “degenerar” a la mujer y degenerarse así mismo<sup>14</sup>. Otro ejemplo lo encontramos en *La Correspondencia de Valencia*, periódico en el que un articulista que firma como “Primitivo Varón” censuraba la masculinidad de aquellos, los “hombres feministas” que argumentaban que “la mujer se ha de bastar a sí misma”. A juicio del autor del artículo, según la ley natural y divina es al varón al que se le encomienda “sostener a las mujeres”. En caso contrario, alertaba, “no somos hombres” si nos abstenemos de ese cometido, particularmente el de proveer a la mujer y a la familia, una de las funciones sustentantes de la masculinidad tradicional<sup>15</sup>.

En la España del siglo XIX y del primer tercio del XX hombre feminista se denostaba más bien en términos relacionados con su peligrosidad y carácter “embaucador” con las mujeres. Sus opositores les atribuían propósitos incluso carnales. Esta suerte de acusaciones provino, por lo general, de sectores ultramontanos y católico-conservadores hacia “emancipadores” de la mujer encasillados, sobremanera, dentro del mundo de la masonería, el librepensamiento y de culturas políticas republicanas y revolucionarias. Aunque no siempre estos ataques y contraataques se circunscribieron al espacio de conflicto laicismo-confesionalismo. En 1924, una mujer, la profesora Aurora Pérez Abela en *La Libertad*, tras asegurar que las mujeres son inferiores en fuerza intelectual al sexo masculino, reprochaba a los “hombres feministas” su pretensión de querer engañar a las mujeres:

“Decís que hay hombres feministas! No lo creo, son feministas de boca, desean teneros cerca, a las muchas, siempre como elemento de distracción y os engañan haciéndoos creer que defienden vuestros derechos (...) Estos señores feministas que os animan a seguir carreras facultativas, a ser diputadas, a intervenir en los asuntos públicos, a abandonar el hogar por invadir su terreno tienen (...) a una amante compañera que les prepara los manjares que más de su agrado (...) que adorna su ropa y hace sus corbatas (...) cosiendo la ropita de los pequeñuelos (...) este señor feminista sabe que su mujercita lo admira y la quiere y agradece su abnegación y ¿queréis saberlo? se ríe, con ella, de vosotras y, a veces, os llama marimachos”<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> *Crónica Reusense: Órgano del Partido Liberal Conservador*, 5 julio 1899, p. 2.

<sup>15</sup> PRIMITIVO VARÓN, “Feminismo”, *La Correspondencia de Valencia*, 13 agosto 1917, p. 3.

<sup>16</sup> PÉREZ ABELA, Aurora, “Sus deberes y sus derechos”, *La Libertad*, 28 febrero 1924, p. 2. Aurora

Como se puede comprobar, los discursos antifeministas, en múltiples ocasiones, insisten en descalificar y denigrar a los hombres significados con la igualdad entre los sexos. Aunque la imagen del “hombre feminista” actualmente no esté demasiado extendida, parte del imaginario social lo ha identificado con una suerte de masculinidad “incompleta” o “anormal”. Hoy en día, por ejemplo, la sombra de la carencia de virilidad todavía sobrevuela, socioculturalmente hablando, sobre los hombres que desde el activismo trabajan públicamente por la igualdad entre los sexos. “Caniches púrpuras”, “planchabragas” o “manginas” –acrónimo de “man” y “vagina”– son algunas de las adjetivaciones que más se dirigen actualmente a depreciar o estigmatizar la masculinidad de quienes respaldan la equidad de género y exploran nuevas formas antipatriarcales de ser hombre. “Caballeros blancos” es otro término ridiculizante y que alude al carácter supuestamente caballeroso de los hombres feministas/igualitarios<sup>17</sup>.

En este sentido, en ciclos históricos en los que el feminismo se reafirma y avanza, la violencia patriarcal se rearma frente a los sujetos en discrepancia con las reglas del orden de género. Lo hace, antes que nada, para arremeter contra las mujeres que desobedecen las prescripciones de género. Pero, en cualquier caso, aunque sea en mucho menor grado, coexiste también una virulencia que apunta hacia los varones simpatizantes con el movimiento feminista y hacia los que no se ciñen al molde hegemónico y prestigiado de masculinidad. Este desplazamiento hacia una masculinidad subalterna se refleja, como hemos visto, en el lenguaje y, concretamente, en un significado simbólico que, en multitud de ocasiones, adquiere el binomio hombre feminista, el asociado a la una masculinidad devaluada. Resulta, al fin y al cabo, una constante a la que se ven relegados los hombres que han apoyado la lucha que las mujeres han protagonizado por sus derechos. A tenor de ello, el contacto con categorías como “masculinidad hegemónica” y “masculinidad subalterna” o “alterizada” han permitido, en un primer momento, ampliar el campo de visión a efectos de abordar el objeto de estudio que nos ocupa.

---

Pérez Abela fue poeta y colaboradora de numerosas publicaciones como *El Correo de la Moda*. Es una pena, después de mucho esfuerzo, no haber hallado más información biográfica sobre esta escritora.

<sup>17</sup> Véase CORONADO, Nuria, *Hombres por la igualdad*. Madrid, Lo que no existe, 2017, p. 12.

## 1.2 - Historia, masculinidad y hombres feministas. Una aproximación teórica

Las acciones y discursos de los hombres que respaldaron y respaldan la emancipación de la mujer estuvieron y están mediatizados por su socialización de género e inevitablemente por la posición de privilegio que ostentan por asignación del sistema sexo-género. Hay que partir de que los hombres, aún quienes asumen los principios feministas, se sitúan en un lugar diferente al de las mujeres, tanto en el proceso de articulación y difusión de su pensamiento igualitario como en el terreno del activismo feminista. El enfoque analítico de los *men's studies* nos ofrece una visión que permite enfrentarse mejor al estudio de esas acciones y discursos masculinos que sintonizaron con los ideales emancipadores del feminismo. Bajo esta óptica, optamos por abordar la labor de encarar la presente investigación, lo cual ha requerido de enfrentarse a problemas de tipo teórico ante un objeto de estudio atípico y del que se ha hecho necesario emplear herramientas conceptuales y teóricas de escaso uso y recorrido en la historiografía española.

Antes de todo, es conveniente recalcar que el campo teórico de las masculinidades ha tenido sus detractoras y detractores. A tenor de la emergencia de enfoques diferentes dentro de los estudios de género, hay especialistas y militantes que han avisado de los riesgos que supone supuestamente la inserción de las masculinidades en los espacios del feminismo académico. Se ha afirmado que podría subsumir a las mujeres en un marco de referencia masculino dominante, tal como advirtió la historiadora británica Jane Purvis<sup>18</sup>.

Esta preocupación puede que sea excesiva o que responda a un temor algo desmedido. El género resulta ser una categoría relacional, por lo que la comprensión analítica de las masculinidades resulta clave para operar en el conocimiento de la feminidad y viceversa. Se podría afirmar que masculinidad y feminidad, en cuanto a identidades de género, guardan una estrecha interdependencia. Por ejemplo, la historiadora Joan Scott señalaba que el sistema sexo-género se asienta bajo la “naturaleza relacional de la diferencia” porque las identidades, de cualquier tipología, se

---

<sup>18</sup> PURVIS, June, “Women's History Britain: An overview”, *European Journal of Women's Studies*, vol. 2, 1995, pp. 7-19. Citado en EUSTANCE, Claire y JOHN, Angela V., *Men's share...*, op. cit., p. 2.

construyen “por contraste con otras”<sup>19</sup>. Esta tesis conecta perfectamente con el carácter frágil y precario de la identidad masculina, la cual precisa de una constante revalidación genérica que no la aleje de la imagen de masculinidad imperante, que parte siempre de su rechazo y huida del universo de lo que se concibe socialmente como propio de lo femenino. Los varones que congeniaron con los reclamos feministas partieron de esas nociones ideales de virilidad, lo que adquiere consecuencias en la articulación de sus discursos y sus prácticas feministas.

La historia de las masculinidades se ha percibido, en opinión de una parte algunos/as especialistas, como una propuesta provocadora y amenazante. Ha ocurrido bajo la inquietud de que desplace a la mujer como objeto de estudio dentro de los espacios historiográficos feministas, algo que también ocurre en el conjunto de las ciencias sociales. Historiar la masculinidad, al haber sido el hombre sobrerrepresentado en la historiografía androcéntrica dominante, ha producido incomodidad en algunos círculos académicos. La invisibilización del sujeto femenino en la Historia ha sido rotunda y “ancestral”. Pero, en todo caso, los *men's studies* lo que aspiran es a dar cuenta de la construcción de la masculinidad en su contingencia histórica, siempre en concordancia con los presupuestos teóricos de los estudios feministas de los que provienen.

En una línea de rechazo se ha expresado, junto a Purvis, la historiadora Amanda Weatherill. Los *men's studies* serían “una herramienta masculina utilizada en un intento de disipar el poder de las mujeres, por lo cual las mujeres se convierten en sujetos históricos viables solamente cuando se encuentran junto a los varones y, por lo tanto, constituye un refuerzo de su papel de la otra”<sup>20</sup>. Por el contrario, hay quienes apelan a la idea de que los varones no están libres de socialización, lo que requiere de un análisis específico que debe abordarse partiendo de la óptica de género. De este espíritu se parte en este estudio para el acometimiento de la investigación que nos ocupa.

Las desconfianzas que genera este nuevo campo de estudio quedarían

---

<sup>19</sup> CABRERA, Miguel Ángel, “Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos” en BORDERÍAS, Cristina (Ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona, Icaria, 2006, p. 249.

<sup>20</sup> PURVIS, June y WEATHERILL, Amanda, “Playing the gender history game: A reply to Penelope J. Cordfield”, *Rethinking History*, nº 3, 1999, p. 335. Citado en ELLIS, Heather y MEYER, Jessica, *Masculinity and the other: Historical perspectives*. Cambridge Scholars, 2009, p. 2.

“invalidadas” si se profundiza en el conocimiento de una rama historiográfica que va cundiendo y asentándose<sup>21</sup>. Incluso, hay quienes insisten en las potencialidades de esta “nueva” perspectiva histórica enfocada en analizar el lugar de los hombres en los diferentes contextos de las relaciones de género del pasado. Por ejemplo, la historiadora Nerea Aresti se ha referido incluso a su poder de renovación historiográfica porque “puede constituir un aspecto central del proyecto epistemológico feminista”<sup>22</sup>.

John Tosh, uno de los historiadores pioneros en la introducción de los men's studies, resaltaba la paradoja que acompaña desde un principio, dentro de la disciplina histórica, a los *masculinities studies*: “en el registro histórico es como si la masculinidad estuviera en todas partes, pero a su vez en ningún lugar”<sup>23</sup>. Con esta frase, Tosh apuntaba al androcentrismo de la historiografía al tiempo que acentuaba todo lo que queda por desentrañar acerca de los varones desde la óptica de género<sup>24</sup>. Además, “la virilidad no es ni estática ni atemporal; es histórica; no es la manifestación de una esencia”, tal como ha anotado, por ejemplo, el sociólogo y máximo exponente de los estudios sobre masculinidades en EEUU Michael Scott Kimmel<sup>25</sup>. En vista de ello, la

---

<sup>21</sup> Lo que denota que es un campo de estudio histórico con cada vez mayor reconocimiento dentro de los *gender studies* es que la prestigiosa revista *Gender & History* dedicó, ya en junio de 1989, uno de sus números a la masculinidad. Lo hizo con el título “Formations of masculinity”. Para una panorámica general sobre los orígenes de los men's studies en los estudios históricos véase MACÍAS-GONZÁLEZ, Víctor M., “Apuntes sobre la historiografía de la masculinidad y sus usos para los estudios históricos de género en México”, *Navegando*, n° 7, vol. 5, 2017, pp. 55-68. John Tosh remonta su génesis a los trabajos de historiadores norteamericanos como Peter Filene y Peter Stearns entre mediados y finales de los años 70. TOSH, John, “Hegemonic masculinity and the history of gender” en DUDINK, Stefan, HAGEMANN, Karen y TOSH, John (Eds.), *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*. Manchester University Press, 2004, p. 41.

<sup>22</sup> ARESTI, Nerea, “La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos” en GALLEGO FRANCO, Henar (Ed.), *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*. Granada, Comares, 2018, p. 174.

<sup>23</sup> TOSH, John, “What should historians...”, op. cit., p. 180.

<sup>24</sup> John Tosh es profesor de la Universidad Roehampton. Se trata de un reputado contemporaneísta británico. Fue vicepresidente BA en la Universidad de Oxford, MA en la Universidad de Cambridge y ha sido vicepresidente en la Royal Historical Society entre 1999 y 2002. Es autor de obras de enorme interés: *Manful assertions: Masculinities in Britain since 1800* (1991) o *A man's place: Masculinity and the middle-class home in Victorian England* (1999).

<sup>25</sup> KIMMEL, Michael Scott, “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina” en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional-Flasco Chile, 1997, p. 49. En la historiografía norteamericana también observamos la emergencia en las dos últimas décadas de obras dedicadas al estudio de los hombres y las masculinidades desde una visión no patriarcal. Si en Gran Bretaña es John Tosh, el máximo exponente estadounidense es el sociólogo ya citado con anterioridad Michael Scott Kimmel. Kimmel tiene mayormente, dentro de su extensa bibliografía, trabajos que no son de carácter historiográfico, porque ante todo su trayectoria académica está marcada por sus aportaciones al estudio de la masculinidad desde la teoría social. Véase principalmente KIMMEL, Michael Scott, *The history of men: Essays in the History of American and British*. Nueva York, State University of New York Press, 2005.

masculinidad está inexorablemente sujeta a cambios y permanencias. Hablar de masculinidades en plural es por ende hacer constancia de que la identidad masculina se manifiesta de formas diversas y de que está sometida a la contingencia de las transformaciones históricas.

Una vez superados posibles escepticismos, hay que admitir que el potencial teórico de este campo de estudio concede grandes posibilidades para el enriquecimiento de la propia historiografía de género, e incluso para los objetivos de los *women's studies* en general. A efectos de la investigación, los aportes teóricos y conceptuales de los *men's studies* han permitido suministrarnos de una caja de herramientas con la que poder analizar los discursos feministas de varones. De este modo, nuestro estudio permite visualizar los modos por los cuales la masculinidad tradicional se expresaba dentro de discursos masculinos propugnadores de un contrato sexual más equitativo. Por esta razón, el presente trabajo se mueve en una tensión constante entre la comprensión y análisis de elementos “continuistas” –entre ellos los rasgos derivados de la identidad masculina patriarcal– y los “rupturistas” o “renovadores” –las propuestas feministas–, lo que siempre contribuye a dificultar el estudio de los discursos de género.

Pese al amplio campo de posibilidades que ofrecen los *men's studies*, el estudio de las masculinidades es un campo historiográfico poco explotado en España. Pero en otras disciplinas de las ciencias sociales y humanas ha tenido un arraigo algo mayor que en el mundo académico español. Por este motivo hemos acudido a una amplia y variada bibliografía centrada en las masculinidades, procedente no sólo de la historiografía anglosajona, sino también de la sociología, la filosofía, la antropología y la psicología. Estas publicaciones han constituido un sostén fundamental a la hora de perfilar un marco teórico interdisciplinar que nos dotara de un armazón teórico con el que encarar el abordaje de un objeto de estudio inexplorado, como es el del papel en la Historia de los hombres en los feminismos, en la disciplina histórica española.

Los estudios de las masculinidades, incluyendo los históricos, se han centrado en el análisis de los espacios de sociabilidad masculinos por excelencia. Ámbitos de los que general y tradicionalmente las mujeres se han visto excluidas, como son los deportes, las escuelas de chicos, organizaciones juveniles de varones, espacios homosociales de diferente orden, los conflictos bélicos, la cultura militar, etc. Pero

proliferan también estudios sobre los hombres en la familia o con respecto a las prácticas sexuales. En este último caso, recordemos la proliferación de los *gay studies* a la hora de estudiar la homosexualidad masculina. Todo ello constituye un impulso por analizar la incidencia de los standards de masculinidad imperantes en la vida de los varones y en su interacción con las mujeres. Además, se parte desde diversas dimensiones, sean de orden económico, laboral, doméstico y sociocultural. Tomando la interseccionalidad y transversalidad del género, los *men's studies* ponen el acento, a su vez, en las variantes de clase, raza o religión para justamente romper con una interpretación monolítica de lo masculino.

Dentro del panorama historiográfico español es obligado reseñar la obra de la historiadora Nerea Aresti. Algunos de sus libros y artículos han sido de gran ayuda a la hora de tratar esta problemática de hombres con discursos de género progresistas entre finales del siglo XIX y principios del XX. Desde un enfoque histórico-cultural ha sido pionera en España a la hora de desvelar la evolución de los ideales de feminidad y masculinidad desde mediados del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX<sup>26</sup>. Entre las páginas de sus libros, además, pudimos descubrir el feminismo de Miguel Romera-Navarro<sup>27</sup>.

Como explica esta autora, los procesos de cambio de los ideales de masculinidad son inseparables de los de feminidad y viceversa<sup>28</sup>. En *Masculinidades en tela de juicio*

---

<sup>26</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001. De la misma autora ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Masculinidades en tela de juicio: Hombre y género en el primer tercio del siglo XX*. Madrid, Cátedra, 2010.

<sup>27</sup> De la misma autora nos resultó de gran interés sus acercamientos a la incidencia de la masculinidad en la construcción de las diversas comprensiones de lo nacional en España. Véase ARESTI ESTEBAN, Nerea, "Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930", *Melanges de la Casa de Velázquez*, n° 42, 2012, pp. 55-72; ARESTI ESTEBAN, Nerea, "A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98" en NASH, Mary (Coord.), *Feminidades y masculinidades: Arquetipos y prácticas de género*. Barcelona, Alianza, 2014, pp. 47-74; ARESTI ESTEBAN, Nerea, "The battle to define Spanish manhood" en MORCILLO, Aurora G., (Ed.), *Memory and cultural history of the Spanish Civil War. Realms of oblivion*. Leiden-Boston, Brill Publishers, 2014, pp. 147-177. Sobre el nacionalismo vasco, por ejemplo, ARESTI ESTEBAN, Nerea, "El langile respetable: masculinidad, moral y trabajo en el nacionalismo vasco" en ARESTI ESTEBAN, Nerea, PETERS, Karin y BRUHNE, Julia (Coords.), *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*. Granada, Comares, 2016, pp. 119-136.

<sup>28</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Médicos, donjuanes...*, op. cit., p. 107. Sobre la evolución de las relaciones de género en la España de los años 20 y 30 se puede consultar también ARESTI ESTEBAN, Nerea, "Ideales y expectativas. La evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX", *Gerónimo de Uztariz*, n° 21, 2005, pp. 67-80 y ARESTI ESTEBAN, Nerea, "Masculinidad y nación en la

la autora nos introduce en el proyecto del Régimen de Primo de Rivera para la restauración de una “masculinidad nacional” y en los discursos sobre la homosexualidad del momento. El discurso médico-científico fue muy significativo en la deslegitimación social del donjuanismo y su sustitución por una noción de masculinidad en la que el trabajo y la responsabilidad paterna encarnaban valores positivos<sup>29</sup>. Nerea Aresti ha subrayado que el ideal caballeresco y el donjuanismo comienzan a ser reprobados por intelectuales españoles de muy variado acervo ideológico. A la interpretación de Aresti cabría añadir a algunos que comulgaron con las tesis feministas.

Entre otras/os historiadoras/es contemporaneístas que han tratado de forma enfática la temática de la masculinidad sobresalen también María Sierra Alonso, Ana Isabel Simón Alegre o Darina Martykánová<sup>30</sup>. Sierra Alonso ha trabajado sobre masculinidad, cultura política y emociones, Simón Alegre sobre la masculinidad castrense en España, mientras que Martykánová lo ha hecho sobre el discurso regeneracionista español en torno a la virilidad. Asimismo, descollan Mary Vicent, Mónica Moreno Seco, Zira Box, José Javier Freire, Jordi Luengo, Gemma Torres Delgado, Francisco Vázquez García o Richard Cleminson, etc<sup>31</sup>. Moreno Seco y Vincent han estudiado la masculinidad en el régimen franquista, Gemma Torres Delgado se ha focalizado en la masculinidad, el africanismo y el colonialismo, y Zira

---

España de los años 1920 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 42, 2012, pp. 55-72.

<sup>29</sup> Esto queda perfectamente explicado por Nerea Aresti en su libro *Médicos, donjuanes y mujeres modernas*. Exactamente en el capítulo titulado “El destronamiento del don Juan y el nuevo ideal masculino”. ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Médicos, donjuanes...*, op. cit., pp. 115-162. Véase también ARESTI ESTEBAN, Nerea, “La nueva mujer sexual y el varón domesticado. El movimiento liberal para la reforma de la sexualidad”, *Arenal*, vol. 9, nº 1, 2002, pp. 125-150.

<sup>30</sup> Véase SIERRA ALONSO, María, “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”, *Rubrica Contemporánea*, vol. 4, nº 7, 2015, pp. 11-25; SIMÓN ALEGRE, Ana Isabel, *Oficiales y soldados en la restauración española (1873-1923). Integración y exclusión. El modelo de masculinidad castrense*. Tesis doctoral dirigida por José María Borrás Llop, Universidad Complutense de Madrid, 2011; MARTYKÁNOVÁ, Darina, “Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 19-37.

<sup>31</sup> Véase por ejemplo VICENT, Mary, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 28, 2006, pp. 135-151; MORENO SECO, Mónica, “Masculinidad y religión. Los hombres de Acción Católica en el franquismo” en BLASCO HERRANZ, Inmaculada (Coord.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: Nuevas visiones desde la historia*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2018, pp. 137-161; TORRES DELAGO, Gemma, “La nación viril. Imágenes masculinas de España en el africanismo reaccionario después de la derrota de Annual (1921-1927)”, *Ayer*, nº 106, 2017, pp. 133-158; BOX, Zira, “Cuerpo y nación: Sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, nº 107, 2017, pp. 205-228. Sobre franquismo también citamos a ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel, “El descanso del guerrero: la transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, nº 37, 2017, pp. 177-208.



Box lo ha hecho con respecto al fascismo. Luengo, por ejemplo, tiene un interesante artículo que trata el duelo a pistola en el siglo XIX como ritual reglado masculino<sup>32</sup>. Finalmente, Freire, Vázquez García y Cleminson, respectivamente, han publicado sobre el concepto de masculinidad en la obra de Unamuno y sobre la homosexualidad masculina<sup>33</sup>. Como se puede observar, el número de publicaciones y el interés sobre la masculinidad en la Historia Contemporánea en España ha crecido poco a poco, pero queda un largo camino por recorrer y más si comparamos este leve crecimiento con el que exponencialmente se ha experimentado en el panorama historiográfico británico o en el de otros países anglosajones.

En cualquier caso, a nivel internacional la autora referencial dentro de los estudios de las masculinidades es, sin duda alguna, la socióloga australiana Raewyn Connell, antes Robert, cuya obra también resalta la historicidad de la masculinidad. La contribución más sobresaliente de Connell radica en sus teorizaciones en torno a la diversidad del universo masculino y al paradigma preponderante de la masculinidad, es decir, la masculinidad dominante o acuñada como “hegemónica”. Su teoría se inspira en la noción gramsciana de “hegemonía”. “Masculinidad hegemónica” hace referencia, en palabras de la autora, a “la configuración de práctica genérica que garantiza el lugar dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”<sup>34</sup>. Así pues, también resulta ser un patrón de prácticas que legitima, produce y reproduce el dominio de los hombres sobre otros varones, quienes encarnan las llamadas masculinidades subordinadas o hipomasculinidades. Fue a este nivel de subalternidad al que fueron habitualmente relegados muchos de los varones que se significaron en favor de las demandas feministas.

---

<sup>32</sup> LUENGO LÓPEZ, Jordi, “Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cenit de un fin de época (1870-1910)”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 7, nº 13, 2018, pp. 59-79.

<sup>33</sup> DÍAZ FREIRE, José Javier, “Miguel de Unamuno: La feminización de la masculinidad moderna”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 39-58, DÍAZ FREIRE, José Javier, “El Don Juan de Unamuno como crítica de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX” en ARESTI ESTEBAN, Nerea, PETERS, Karin, BRUHNE, Julia (Coords.), *¿La España invertebrada?: Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*. Granada, Comares, 2016, pp. 13-28 y VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y CLEMINSON, Richard, *Los invisibles: Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939*. Granada, Comares, 2011.

<sup>34</sup> CONNELL, Robert, “La organización social de la masculinidad” en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago de Chile, Ediciones de las Mujeres, 1995. p. 39. Connell se define como una mujer transexual. Citamos las publicaciones de esta autora tanto con su nombre anterior, Robert William Connell, como con su nombre actual.

Si seguimos este esquema propuesto por Connell existiría una jerarquía interna dentro del mundo masculino. Las formas de expresión subvaloradas de la masculinidad son reprimidas, pues se perciben culturalmente como feminizadas o alejadas de las nociones dominantes del “ser hombre”. No obstante, la propia Connell alertó de lo problemático del concepto “masculinidad hegemónica” en el caso de los posibles usos mecanicistas que pudiesen hacerse de él<sup>35</sup>. Señaló, por ejemplo, el posible error de no contemplar su historicidad y consiguiente dinamismo<sup>36</sup>. Al tratarse de un ideal normativo que sirve de referencia a los varones, se podría caer, desde el ámbito académico, en la tentación de aplicarlo de manera universal y extrapolar todos los patrones que definimos como propios de la masculinidad hegemónica a todos los terrenos culturales e históricos. Connell, por ejemplo, en su ejercicio de historizar la masculinidad dio cuenta de que pretendió más bien esquematizar, con el objetivo de brindar una herramienta que sirviese a la comunidad académica para construir análisis más complejos *a posteriori*.

Las críticas a su cuerpo teórico se han focalizado también en recalcar el presunto carácter teleológico de sus aportes históricos al respecto. A modo de ejemplo, John Tosh indicó que Connell elaboró su teoría de la masculinidad hegemónica bajo el posible sesgo de un sociólogo occidental y crítico con el Capitalismo<sup>37</sup>. No obstante, más tarde, Connell revisó en varios de sus escritos sus teorías, aclarando las cautelas a tener en cuenta en el uso del concepto que ella misma acuñó<sup>38</sup>. A este respecto, se podría añadir que lo idóneo es intentar huir de esquemas homogeneizadores y tener siempre en cuenta la pluralidad de formas por las cuales la masculinidad opera en los distintos ámbitos socioculturales e históricos a los que nos aproximemos. Cabe tenerlo en cuenta a pesar de que se pueda tener la impresión del carácter ubicuo u omnipresente de determinadas

---

<sup>35</sup> Sobre las objeciones teóricas planteadas por parte de historiadoras e historiadores a las reflexiones de Connell sobre la masculinidad hegemónica véase GRIFFIN, Ben, “Masculinity as a historical problem”, *Gender & History*, vol. 30, n° 2, 2018, pp. 377–400.

<sup>36</sup> CONNELL, Raewyn, *The men and the boys*. Los Ángeles, California University, 2000, p. 23. Extraído de ARESTI ESTEBAN, Nerea y MARTYKÁNOVÁ, Darina, “Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea: Introducción”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 39, 2017, p. 15.

<sup>37</sup> TOSH, John, “Hegemonic masculinity...”, op. cit., p. 43. Tosh también menciona su especial interés por la Historia, lo que se ve particularmente en CONNELL, Robert, “The big picture. Masculinities in recent world history”, *Theory & Society*, n° 22, 1993, pp. 597–623.

<sup>38</sup> Véase CONNELL, Raewyn y MESSERSCHNIDT, Jame, “Hegemonic masculinity. Rethinking the concept”, *Gender & Society*, vol. 19, n° 6, 2005, pp. 829–959.

constantes culturales que se inscriben en diversos marcos de convivencia social entre los sexos.

Este problema de “universalización” lo ha puesto sobre la mesa también otro exponente teórico del estudio de las masculinidades, el antropólogo David Gilmore. Gilmore ha planteado que hipotéticamente su sistematización de la masculinidad culturalmente modélica no es universalizable. Pero sí constata que los caracteres que describe de la masculinidad se replican en masculinidades normativas de muy distintas sociedades a lo largo y ancho del mundo. Sostiene que la virilidad, en escenarios etnográficos y culturales muy dispares, se delimita muy comúnmente por tres imperativos, las tres “P”: ser protector, proveedor y preñador (fecundador)<sup>39</sup>. El antropólogo atribuye a la masculinidad los tres atributos que considera no universales, pero sí “omnipresentes” en las prácticas y nociones de lo masculino en cada una de las culturas patriarcales del mundo<sup>40</sup>.

Al fin y al cabo, “masculinidad tradicional” es un concepto que manejamos, en el presente estudio, para referirnos a un canon de masculinidad en declive en las sociedades ante todo posindustrializadas y que conecta con las funciones que Gilmore y demás autoras y autores suelen identificar. Es frecuente contraponer “masculinidad tradicional” a “nuevas masculinidades”, no exento este último tampoco de ser problemático. No utilizamos, en el caso de esta investigación, “masculinidad tradicional”, pues, como sinónimo de “masculinidad hegemónica”. De igual forma que en el caso de “masculinidad hegemónica”, se hace necesario en los estudios históricos pensar y reflexionar sobre el concepto “masculinidad tradicional” para que resulte operativo y aplicable.

En demasiadas ocasiones, se utiliza de forma indistinta y arbitraria las categorías “masculinidad tradicional”, “masculinidad hegemónica” y “masculinidad”. Esta circunstancia nace, en gran parte, de la indefinición teórica existente en torno a “masculinidad tradicional”. La masculinidad hegemónica podría equipararse, de forma intemporal, al modelo prestigiado y dominante de masculinidad patriarcal. Si seguimos

---

<sup>39</sup> GILMORE, David, *Hacerse un hombre: Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1994, p. 217.

<sup>40</sup> CARABÍ, Àngels y ARMENGOL, Josep M., *Debating masculinity*. Barcelona, Icaria, 2008, pp. 33-34.

las reflexiones de Gilmore, la “tradicional” podría, en resumidas cuentas, definirse como un paradigma en el que se engloban masculinidades que permanecen ancladas en roles tradicionales, los de proveer, proteger y preñar. En este trabajo de investigación se parte de que dichos roles se ajustarían a lo que se pide socialmente a los varones en sociedades en las que las funciones sociales de mujeres y hombres continúan, desde la óptica de género, rígidamente ancladas en un esquema de convivencia tradicional. El resquebrajamiento, aunque no disolución, de ese contrato sexual se daría muy paulatinamente a partir de las consecuencias de la II Guerra Mundial, lo que coincide con lo que se podría llamar, a nuestro modo de ver, “crisis de la masculinidad tradicional” a partir de la década de los 70.

Se ha extendido entre ciertas/os especialistas el ubicar en diversos países como Alemania o EEUU una supuesta crisis de la masculinidad al filo del siglo XX. Pero en este trabajo se parte de que los síntomas que se asocian a esa crisis son, más en rigor, el reflejo de una redefinición social de la masculinidad, de las tantas a las que los ideales de género, femenino o masculino, se ven sometidos en el transcurso de la evolución histórica. En este sentido, la masculinidad nunca ha estado en crisis, la que lo está, según nuestra interpretación, es la masculinidad que denominamos tradicional. Los procesos de redefinición y resignificación de la masculinidad siempre han estado acotados al del esquema tradicional, sin salirse nunca del mismo<sup>41</sup>. Autores/as como Michel Scott Kimmel, Hubler o Brett Carroll se anticipan en exceso y la identifican erróneamente como una crisis de la masculinidad sin adjetivarla<sup>42</sup>. En otra línea, desde la sociología de género se suele asegurar que es más preciso localizar esta crisis de la masculinidad a partir de los años 70 del siglo XX, pero en muchas ocasiones no se distingue tampoco entre masculinidad y masculinidad tradicional.

Quienes insisten en la tesis de la crisis de la masculinidad a finales del siglo XIX, como lo han hecho por ejemplo Michael Scott Kimmel o la historiadora Katherine Hubler, la conjeturan recurriendo a cómo las economías que entraron en la Segunda

---

<sup>41</sup> Sobre la recurrencia al uso de este concepto ALLEN, Judith, “Men interminably in crisis?”, *Radical History Review*, nº 82, 2002, pp. 191–207.

<sup>42</sup> CARROLL, Bret, *American masculinities: A historical encyclopedia*. Nueva York, SAGE Publications, 2003, p. 117. Sobre los posicionamientos de Kimmel y Hubler se tratará luego a la hora de analizar sus estudios en torno al papel histórico de los hombres en la defensa de los derechos de las mujeres en EEUU y Alemania respectivamente.

Revolución Industrial desencadenaron una transformación del mercado de trabajo y con ello una proletarización femenina sin precedentes. A ello también añaden las consecuencias sociales de las conquistas conseguidas por los movimientos sufragistas en distintos países. Insisten en que estos nuevos derechos adquiridos llevaron al surgimiento de reacciones que buscaron restaurar el orden de género previo. En todo caso, aunque se sintieran estos síntomas económicos y sociales en las relaciones entre mujeres y hombres, la desubicación genérica masculina no toma una deriva drástica o “crítica” hasta los años 60-70 del siglo XX, sobre todo, gracias al apogeo de una nueva oleada feminista.

Para interpretar lo que en otros momentos históricos se ha definido como “crisis” masculinas, a lo mejor sería más correcto hablar de procesos de “reinención” de la masculinidad tradicional, por los cuales el significado de la masculinidad no quedó desenfocado, pero sí reconstruido o resignificado por diferentes transformaciones sociales, culturales y/o económicas. Todo ello estaría inserto en una dilatada trama histórica de evolución de la masculinidad. A nuestro juicio, coincidiendo con otras y otros especialistas –aunque primordialmente sociólogas y sociólogos– resulta más riguroso hablar de “crisis” a partir, aproximadamente, de los años 70 del siglo XX. Fue aproximadamente durante esos años, no antes, cuando se comienzan a fracturar socialmente los significados culturales de lo que constituye concretamente la masculinidad tradicional.

La destradicionalización de la familia también lleva erosionando y abriendo fisuras en el contrato sexual y, como resultado, en el modelo tradicional de masculinidad. Los sociólogos Anthony Giddens y Ulrich Beck, por citar a dos científicos sociales referenciales, dan muestra de ello con sus análisis sobre las transformaciones de enorme envergadura en la familia y en las relaciones afectivas entre mujeres y hombres. Anthony Giddens resalta la reivindicación de las mujeres del placer sexual y de una sexualidad plástica desatada de la mera reproducción. El sociólogo inglés marca varias tendencias sociales sustanciales en la cultura sexual, emocional y reproductiva: la tendencia a la limitación del número de hijos e hijas por familia, el desarrollo y uso de la contracepción o las nuevas tecnologías reproductivas. Estos cambios han redefinido hondamente las relaciones de convivencia emocional y sexual

entre los sexos<sup>43</sup>. Ulrich Beck, por otra parte, traza las consecuencias en esta materia del individualismo social y la posmodernidad en una generación global de finales del siglo XX que su ubica en el marco de una segunda modernidad que él mismo denomina “sociedad del riesgo”.

Según Beck, entre los efectos de la edificación de una “modernidad reflexiva”, rupturista con las premisas y contornos de la sociedad industrial, se encuentran, por un lado, el desmembramiento de la familia nuclear y, por otro, la autodeterminación femenina de las rigideces de la familia heteronormada y autoritaria patriarcal. Es lo que se enmarca en un proceso, a nivel social, de afianzamiento cada vez mayor de una amplificación de posibilidades y libertades de elección, dentro de una gama inéditamente diversa de opciones de vida sexual, privada, familiar y sentimental<sup>44</sup>. El nuevo status de la mujer en sociedades formalmente igualitarias ha desencadenado el declive de la figura viril proveedora frente a la consolidación de la mujer independiente económicamente hablando<sup>45</sup>.

A tenor de todas estas transformaciones sociales, no es casual que a partir de los 80 comiencen a publicarse y a crearse —como nunca había ocurrido—, obras y grupos de investigación centrados en el estudio de las masculinidades en plural, sobre todo en la esfera académica anglosajona. La extensión de los estudios de las masculinidades era el síntoma de una situación inédita por la cual las nociones y certezas tradicionales de lo que es ser un hombre o una mujer comienzan a “derrumbarse”. Históricamente, es verdad que de forma periódica reaparecen estados colectivos de ansiedad masculina, pero en ninguno de esos contextos de antaño se han producido ni cambios excesivamente drásticos, ni un ataque a la línea de flotación del armazón por el que se configura la masculinidad tradicional.

Como afirmaba la filósofa e historiadora Elisabeth Badinter, la masculinidad se define desde la negación. Se retrae de todo lo que se asocia con el mundo atribuido a lo

---

<sup>43</sup> GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra, 1998, (Edición original publicada en 1992), p. 4.

<sup>44</sup> Véase BECK, Ulrich y BECK-GERNISHEIM, Elisabeth, *El normal caos del amor: Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.

<sup>45</sup> Sobre el concepto “sociedades formalmente igualitarias véase DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “Feminismo y Juventud en las sociedades formalmente igualitarias”, *Revista de Estudios de Juventud*, nº 83, 2008, pp. 29-45.

femenino, al “sexo débil” que requiere de protección y control<sup>46</sup>. La masculinidad huye más que nada de identificarse con tres sujetos: no debe ser ni una mujer, ni un homosexual, ni un bebé. La masculinidad hegemónica, desde este prisma, se construiría en estos términos, negando cualquier atisbo de la vulnerabilidad que representan estos tres sujetos. A través de sus prácticas, los hombres revalidan su virilidad de forma ininterrumpida. En consecuencia, no debiera de resultar sorprendente que los hombres que se han pronunciado dispuestos a la mejora del status social, económico y cultural de las mujeres hayan sido minusvalorados apelando a su supuesta masculinidad feminizada o desvirilizada. Pero tampoco es de extrañar que, al mismo tiempo, hayan actuado siguiendo los roles que el modelo de masculinidad tradicional dicta a cualquier varón.

A este respecto, para esta investigación, con todas las cautelas que se precisan, el concepto masculinidad hegemónica resulta pertinente y operativo, pues los rasgos que en principio configuran a la masculinidad tradicional y también a la “hegemónica” se inscriben en los discursos y prácticas feministas de hombres a lo largo del tiempo. Si la masculinidad se define en negativo y en su repudio de lo femenino, la apelación encomiástica que los varones feministas hicieron a la belleza de la mujer es el resultado también de la construcción patriarcal de lo femenino y lo masculino, y también de un “espíritu” llamémosle “galante” que se desenvuelve en una retórica típicamente masculina dirigida hacia la mujer.

La belleza, si partimos de la lógica patriarcal, resulta patrimonio del cuerpo femenino y, por lo tanto, se constituye propiedad central de la feminidad. Consideradas el “bello sexo” —expresión socorrida durante el siglo XIX—, la imagen de la mujer acaba siendo objeto de contemplación e incluso de inspiración masculina. Esta imagen fue incluso asumida por los hombres que se autodefinían feministas o “defensores del bello sexo”. La correlación entre belleza y feminidad es uno de los hilos conductores del ideal de mujer, el cual se perpetua a través, sobre todo, de la mirada masculina. La vanagloria de la hermosura femenina simboliza una idealización patriarcal que reduce a la mujer como cuerpo y objeto de admiración, deseo y posesión. Este ensalzamiento de atributos

---

<sup>46</sup> BADINTER, Elisabeth, XY: *La identidad masculina*. Madrid, Alianza, 1993.

físicos fue uno de los lugares comunes entre muchos varones afectos a las tesis feministas<sup>47</sup>.

Por todas estas causas, la veneración de los varones de la belleza femenina resulta una constante histórica, por ejemplo, en la literatura y la poesía. Las efusiones líricas de la hermosura femenina entroncan con la retórica trovadoresca y caballeresca, bañadas muy por lo común de hinchada y aparatosa solemnidad. Este lenguaje cortés se incrusta en la cultural patriarcal y en las formas de interacción entre los sexos durante los siglos venideros. No obstante, bajo trasfondos culturales dispares va perdiendo su lirismo y fastuosidad. Este tipo de virilidad caballeresca resulta actualmente algo caduca, incluso hoy en día culturalmente percibida de trasnochada en virtud del devenir de las relaciones de género. Estas formas de interacción entre los sexos han ido quedando, por lo tanto, desfasadas y obsoletas. Lo han hecho, en definitiva, en paralelo a un lento declive de la masculinidad caballeresca y finalmente de la tradicional.

Pero, ante todo, tradicionalmente se honra y glorifica a un tipo de hermosura femenina, la delicada, frágil y afable, la que legitima su inferioridad y subordinación. Pero también se insiste en otro tipo de belleza, en su caso, de connotaciones peyorativas que recalca un supuesto carácter amenazante y que, por consiguiente, conviene enclaustrar, dominar y controlar. De este modo, la misoginia emplea la retórica de la belleza amenazante de la mujer al servicio de la creación de una imagen de lo femenino que se asocia con la doblez y la perversidad. En cambio, la belleza, para los hombres que congeniaron con los derechos de las mujeres, se materializaba comúnmente en sinónimo de virtud y perfección moral.

A partir de esta acentuación de lo bello asignado a lo femenino, efectivamente, se llega indistintamente a cosificar a la mujer. Pero, de forma paralela, a los varones feministas les supuso un recurso para avanzar, paradójicamente, en el status de la mujer como sujeto de derechos. Ahí gravita una relación problemática o supuestamente

---

<sup>47</sup> Por ejemplo, la perfección femenina para el astrólogo alemán, Cornelius Agrippa de Nettesheim – filósofo renacentista y “protofeminista” del que hablaremos en el próximo capítulo– emanaba de su belleza. La mujer es el ser más bello sobre la tierra, porque “el cuerpo de la mujer es lo más admirable y mejor ordenado que hay. Su carne es delicada, su color claro y blanco, su piel bella, su cabeza bien formada, sus cabellos dispuestos con gracia. Su cara es majestuosa (...)”. PULEO, Alicia H., “Para una genealogía de hombres por la igualdad”, *Estudios Filosóficos*, nº 165, 2008, pp. 290-291. La traducción es de Alicia Puleo.



contradictoria entre objeto y sujeto en el tratamiento dado a la mujer por parte de quienes se autocoronaban sus valedores. Esta subjetividad masculina “feminista” o igualitaria ha vivido, también en este sentido, encapsulada en la visión patriarcal de lo que configura lo femenino.

Otro de los rasgos definitorios de la masculinidad tradicional es el empleo del paternalismo hacia las mujeres. Esta dinámica ambivalente de autoridad y protección conduce al control o negación de la autonomía femenina. Pero en el caso del paternalismo de algunos de los que alentaron a la liberación de la mujer, su paternalismo se manifestó, paradójicamente, bajo la lógica de la búsqueda de esa misma autonomía y libertad. Se articula, de este modo, un paternalismo muy singular, vaciado de los contenidos más expresamente represivos. Es lo que se conoce como “paternalismo protector”, pero en este caso el ejercido por hombres que desean la liberación del otro sexo. Ya en su tiempo, la feminista radical Kate Millet desenmascaraba las trampas y estratagemas sutiles de la caballerosidad paternalista:

“Basta comparar la caballerosidad tradicional con la naturalidad del «machismo» o de la conducta oriental para apreciar que no representa más que una concesión, un generoso resarcimiento ofrecido a la mujer para salvar las apariencias. La galantería es, al mismo tiempo, un paliativo y un disfraz de la injusticia inherente a la posición social de la mujer. Para el grupo dominante, poner a sus subordinados sobre un pedestal no es un juego”<sup>48</sup>.

Todas estas cuestiones conectan con el componente caballeresco intrínseco a la masculinidad tradicional, e incluso con una noción heroica de lo masculino. Partimos de la idea de que entre los hombres que deseaban acabar con la opresión sobre la mujer albergaba un deseo de salvaguardar el honor femenino. Siguieron el código masculino caballeresco de conducta, lo que claramente constituye una prolongación del rol varonil protector de la familia y de los que se consideran más débiles en el entorno familiar y en la sociedad en su conjunto.

Estas nociones de la masculinidad tradicional incitaron a los que simpatizaron con la lucha de los derechos de las mujeres a asumir el deber moral de proteger a las mujeres. Lo hicieron al considerarlas subyugadas por la tiranía de los que las negaban

---

<sup>48</sup> MILLET, Kate, *Política sexual*. Universitat de Valencia, Ediciones Cátedra, 1995, (Edición original publicada en 1969), pp. 89-90.

participación alguna en la vida pública. Sin embargo, lo mismo sucedía entre quienes se situaban más parcos a los cambios y a la apertura de nuevos espacios al sexo femenino. Estos últimos, del mismo modo, se sentían en la obligación de custodiar intacta la feminidad tradicional e incluso de cobijarla de peligros a los que supuestamente los y las “radicales” las empujarían. En consecuencia, aquella misión de amparar al “sexo débil” se hacía muy presente en ambos casos: en la órbita de los que aplaudieron la emancipación de la mujer y entre el grupo de los que objetaban de transformaciones en el status quo de las relaciones de género.

Este sentir moral de protección paternalista, entre los hombres que fueron sensibles al mejoramiento de la condición de la mujer, ha sido una constante en la historia del feminismo. Ha sido así, incluso, desde etapas cronológicas en las que se habla, por parte de historiadoras/es, de un “prefeminismo” o “protofeminismo”. Sin embargo, hoy en día, las expresiones más explícitas de este ethos caballeresco y protector masculino han ido socialmente desdibujándose. En consecuencia, esa tendencia social se ha trasladado al universo activista de hombres por la igualdad de género. Al partir de lo político y de lo personal estos grupos de hombres feministas han puesto en cuestión los fundamentos que edifican la masculinidad tradicional y hegemónica.

### **1.3 - Feminismo(s) y culturas políticas: Algunas aclaraciones previas**

Antes de seguir avanzando, resulta importante detenerse en un punto de aclaración conceptual. El uso creciente de la categoría “culturas políticas” en el campo académico de la historia contemporánea ha acrecentado, ante la confusión reinante, los intentos de clarificación de la expresión. Su empleo se ha extendido notablemente, pero en un clima de imprecisión teórica, metodológica y conceptual<sup>49</sup>. En este trabajo, al hacer referencia a “culturas políticas” se hará en consonancia a “ideologías”, no al de su significado más primigenio en la politología, el cual se circunscribía al de “cultura política” de una comunidad, población, sociedad o nación en general. Es decir, este último significado de cultura política entronca con la cultura de un sistema político que, por ejemplo, en

---

<sup>49</sup> Así se apunta en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, “Introducción” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, *Culturas políticas: Teoría e historia*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC, 2010, p. 7.

los democráticos se denomina cultura cívica<sup>50</sup>. Cuando a lo largo del trabajo se aluda a culturas políticas e ideologías como sinónimos –ya que en su uso se han empleado a menudo de forma indistinta– se hará teniendo en cuenta que el concepto “ideología” no recoge, al contrario que “culturas políticas”, todas las características que configuran las acciones, valores, representaciones y principios de grupos políticos concretos.

Tras el auge de la historia cultural, “cultura” se ha convertido en una categoría de análisis que aplicada a la historia política ha brindado, a gran cantidad de historiadoras e historiadores, la adquisición de una dimensión más amplia de la realidades político-ideológicas contemporáneas. “Ideología” quedaría como un concepto más reducido frente al paraguas de “cultura política”. Aunque dentro de las culturas políticas se aglutinen subculturas –véase en los republicanismos– nos sentimos cómodos con un significado de cultura política definida por discursos político-ideológicos compartidos, pero sin omitir, claro está, las prácticas, actitudes, símbolos, creencias, identidades, rituales, concepciones filosóficas e incluso antropológicas comunes entre miembros de un grupo humano<sup>51</sup>.

Por ejemplo, a efectos de la presente investigación, entre el anarquismo, los republicanismos y el socialismo la imagen de la mujer vinculada a la religión marcó las aspiraciones de los hombres que respaldaron la emancipación de la mujer. Por otra parte, a modo de ejemplo también, los patrones culturales extendidos entre la militancia libertaria contribuyeron a que numerosas mujeres obtuvieran un lugar algo más relevante y prestigiado, lo cual modificó la conciencia de muchos de sus compañeros con respecto al problema feminista. Muchos hombres, gracias a ello, abrazaron posturas muy radicales en campos como la sexualidad y las relaciones de pareja. La confluencia de factores relacionados con los ámbitos de sociabilidad en las diferentes culturas políticas que analizamos fue decisiva en la articulación de discursos de género rupturistas de algunos varones, y no sólo su adherencia a doctrinas e idearios entroncados con una ideología política determinada.

---

<sup>50</sup> Esta aclaración se recoge en CABRERA, Miguel Ángel, “La investigación histórica y el concepto de cultura política” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, op. cit., p. 22.

<sup>51</sup> Sobre la pluralidad de las culturas políticas republicanas SUÁREZ CORTINA, Manuel, “El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, op. cit., p. 274; GONZÁLEZ, Román Miguel, “Las culturas políticas del republicanismo histórico español”, *Ayer*, nº 53, 2004, pp. 207-236. GONZÁLEZ, Román Miguel, “El debate sobre el republicanismo histórico español y las culturas políticas”, *Historia social*, nº 69, 2011, pp. 143-164.

La historiadora Ana Aguado Higón es una de las especialistas que más empeño han dedicado en poner de relieve las conexiones entre culturas políticas y discursos de género en España<sup>52</sup>. Como ella misma ha sugerido, “una reflexión en torno al estudio de los feminismos históricos en España, en tanto que movimientos sociales, debería incorporar también análisis relativos a la interconexión entre cultura política, cultura de género y desarrollo del movimiento de mujeres en la España contemporánea”<sup>53</sup>. En lo concerniente a este estudio, el análisis de este nexo es, sin duda, igualmente trasladable al estudio de los hombres que secundaron las vindicaciones feministas.

Las culturas políticas, tal como afirma Nerea Aresti, albergan “visiones de género y de la diferencia sexual”. Estas no son concepciones meramente secundarias o complementarias, son “constitutivas de sus discursos y sus prácticas”. Los discursos de género en cada proyecto político-ideológico actúan como “elementos de cohesión interna y reafirmación identitaria”, y consecuentemente los motivos “de confrontación con otras fuerzas políticas”. En este sentido, el socialismo y el anarquismo marcaban diferencias con opciones políticas liberales, conservadoras y reaccionarias y reivindicaban el feminismo de clase frente al resto. De esta forma, en cada familia político-ideológica han emergido “voluntades de renegociación del orden de género”, “aspiraciones que, en términos generales, podríamos denominar feministas”<sup>54</sup>.

Entre esas “voluntades” individuales sabemos que un número cuantioso de hombres plantearon discursivamente sus discrepancias con respecto al status de la mujer y se sumaron a los presupuestos emancipadores de sus compañeras de partido, sindicato o círculo personal, académico o cultural. Lo hicieron justamente partiendo de una pluralidad de visiones de la sociedad. Por esta razón creemos imprescindible poner de relieve la diversidad de culturas políticas presentes en este proceso de articulación discursiva reivindicativa, porque a su vez, tal como ha sugerido nuevamente Ana Aguado Higón, esta heterogeneidad dentro del feminismo (por consiguiente, de los

---

<sup>52</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas” en PÉREZ CANTÓ, M<sup>a</sup> Pilar (Coord.), *De la democracia ateniense a la democracia paritaria. Coloquio Internacional de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres*. Barcelona, Icaria, 2009, pp. 147-164 o también AGUADO HIGÓN, Ana María, “Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República”, *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2008, pp. 123-141.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 217.

<sup>54</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, “Cuestión de dignidad...”, op. cit., p. 85.

“feminismos”) es clave para entender la evolución que el concepto de ciudadanía ha tenido desde el siglo XVIII:

“(…) desde finales del siglo XVIII hasta hoy, los idearios feministas han estado planteando transversalmente, de diversas maneras, múltiples formas de desarrollo de la ciudadanía política, civil y social, desde diferentes ideologías y perspectivas políticas, tales como los liberalismos, el republicanismo, el librepensamiento, el socialismo, el anarquismo, el reformismo social católico, etc. De tal manera que las diversas expresiones de lo que ha sido conceptualizado con la etiqueta de “feminismos”, forman parte sustancial de las diferentes culturas políticas y de la evolución histórica del concepto de ciudadanía, y por ello, deben ser analizadas y estudiadas –en tanto que movimientos sociales y en tanto que propuestas ideológicas- en la misma medida que cualquier otra perspectiva social o discursiva en el análisis de la teorización y del desarrollo histórico de la ciudadanía”<sup>55</sup>.

Siguiendo con la interpretación enfática en torno al lazo entre culturas políticas y discursos de género, hasta bien entrado el régimen isabelino no arrancará ni siquiera una tímida preocupación en España por la “cuestión de la mujer”. La aparición de este tipo de voces se inserta dentro de este proceso de cambio político y cultural, coincidente con los prolegómenos a la etapa del Sexenio democrático<sup>56</sup>. No es casual que la toma de conciencia crítica de algunos hombres ante la condición discriminatoria de la mujer se produjera a partir del ascenso de movimientos de orden democrático-liberal y revolucionarios<sup>57</sup>.

Pero no olvidemos que la irrupción de figuras masculinas sensibilizadas con las desigualdades de género provino muy habitualmente de la contribución inestimable de una vanguardia femenina que fue configurando una identidad política frente al patriarcado. Fruto del despertar de mujeres que asumieron las categorías de

---

<sup>55</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Ciudadanía, mujeres y democracia”, *Historia constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, nº 6, 2005, p. 23.

<sup>56</sup> Sobre lo que supuso el Sexenio democrático en la irrupción de discursos renovadores de género hemos consultado OROBON, Marie-Angèle, “Alegorías y heroínas: Usos políticos de la imagen femenina en el Sexenio democrático (1868-1874)” en MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción y SERRANO GARCÍA, Rafael (Coords.), *Mujer y política en la España contemporánea (1868-1936)*. Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid, 2012, pp. 13-36; LEDESMA REYES, Manuel, “El krausismo, el sexenio democrático y los orígenes de la educación de la mujer en España”, *Témpora. Pasado y Presente de la Educación*, nº 21-22, 1996, pp. 197-227; y SANFELIÚ GIMENO, Luz, “Republicanismo y ciudadanía femenina en el Sexenio democrático”, *Bulletin d'histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 46, 2011, pp. 91-110.

<sup>57</sup> Esta tesis también se plantea en ESPIGADO TOCINO, María Gloria, “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: Los límites de la modernidad”, *Ayer*, nº 78, 2010, pp. 143-168. Véase al respecto también de la misma autora ESPIGADO TOCINO, María Gloria, “El género sometido a consideración durante el Sexenio democrático (1868-1874)” en MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción y SERRANO GARCÍA, Rafael (Coords.), op. cit., pp. 37-62.

“ciudadanía”, “derechos humanos”, o “igualdad” se gestó el feminismo contemporáneo. A causa de ello, se erigió un movimiento y una corriente crítica de pensamiento que planteó –bajo el paraguas de una pluralidad de familias políticas inspiradas en el andamiaje filosófico ilustrado– nuevas demandas dirigidas a acabar con el régimen de dominación masculina. De esta manera, surge un sujeto político que no era el mero representante de un colectivo concreto. Lo era de la mitad de la especie humana, la cual vivía relegada del acceso a la ciudadanía y del disfrute de derechos básicos.

Paradójicamente, quienes partían de concepciones políticas en favor de universalizar derechos muy usualmente rehuyeron de conceder a la otra parte de la población su pleno status de ciudadanía. Sin embargo, como ha afirmado Ana Aguado Higón, “el discurso universalista engendró (...) las nuevas identidades femeninas, engendró las demandas de ciudadanía para las mujeres, y engendró en este sentido, el desarrollo de los feminismos”<sup>58</sup>. A partir de este análisis, podemos mantener la idea de que el principio de “universalidad” que regía la articulación de los proyectos políticos – liberalismo, socialismo, anarquismo, etc– contribuyó a que el feminismo hubiera encontrado más o menos acomodo en los mismos.

Más allá de la componente filosófica expuesta, es necesario también resaltar la incidencia de los espacios políticos de sociabilidad entre los sexos y, por lo tanto, la cuestión de la movilización política de la mujer. Como ha afirmado la historiadora María Dolores Ramos “el eje de investigación de la participación femenina en la acción colectiva debe enmarcarse en la construcción de las identidades de género en las culturas políticas de los siglos XIX y XX”<sup>59</sup>. A partir de los resultados que se han arrojado desde esta línea de estudio concluimos que, a nuestro juicio, el grado de posibilidades de encontrar espacios de transgresión de género por parte de la mujer entre las diferentes culturas políticas, fue directamente proporcional a la mayor o menor capacidad de cada una de estas culturas de albergar dentro de sí discursos feministas articulados por hombres.

A este respecto, es sintomático que, dentro de las familias ideológicas del

---

<sup>58</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Identidades de género...”, op. cit., p. 124.

<sup>59</sup> Citado en RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía, “Asociacionismo y movilización femenina (siglos XIX y XX)”, *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, nº 18, 2020, p. 374.

movimiento obrero, la organización y asociacionismo de las mujeres a lo largo del siglo XIX y XX haya derivado en la creación de algunas de las más potentes organizaciones feministas. También es verdad que las mujeres procedentes de las élites sociales, fundamentalmente burguesas, construyeron poderosos colectivos en favor de sus derechos. Incluso en el espectro de los sectores de la derecha y ultraconservadores, sobre todo a partir del arranque de una cultura política de masas durante el siglo XX, también se produjeron iniciativas de movilización femenina y, en lo vivencial, desobediencias de mujeres a los mandatos establecidos<sup>60</sup>. No obstante, si lo valoramos en cómputo global, en sus propuestas y su praxis política estas últimas fueron, desde una perspectiva de género, mucho menos radicales y rupturistas. Si nos vamos al caso de España, por ejemplo, durante la Guerra Civil el papel de las mujeres en la retaguardia, en cuanto a las tareas a realizar que entroncaban con funciones tradicionalmente asignadas, fue muy similar en ambos bandos<sup>61</sup>. Pero la imagen de la miliciana republicana y antifascista empuñando un arma desafiaba, en grado superlativo, la imagen tradicional de la feminidad. Aunque la participación militar de la mujer en el bando republicano no fue ni mucho menos masiva ni tampoco duró demasiado tiempo, fue algo que no se dio en el bando nacional<sup>62</sup>.

Pero para complicar más la cuestión, las ambigüedades se produjeron también en el bloque ideológico de las derechas. Como es bien sabido, los partidos conservadores de un modo instrumental más que ideológico se escoraron coyunturalmente en favor del sufragio femenino, bajo la expectativa de que podía satisfacer sus necesidades electorales. Además, por otra parte, fueron numerosos los intentos desde el clero católico masculino de apropiarse del término “feminismo” con una voluntad que poco tenía que ver, ni con la consecución de la igualdad, ni en el mejor de los casos con una apuesta moderadamente aperturista del modelo de feminidad<sup>63</sup>.

---

<sup>60</sup> Véase BLASCO HERRANZ, Inmaculada, “Identidad en movimiento: la acción de las católicas en España (1856-1913)”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 37, 2017, pp. 27-56 o también BLASCO HERRANZ, Inmaculada, “Sección Femenina y Acción Católica: la movilización de las mujeres durante el franquismo”, *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, 2005, pp. 55-66.

<sup>61</sup> Una comparativa del lugar de la mujer en las dos retaguardias CENARRO, Ángela, “Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 16, 2006, pp. 159-182.

<sup>62</sup> Consúltese uno de los estudios más completos sobre las milicianas antifascistas NASH, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Taurus, Madrid, 1999.

<sup>63</sup> Sobre los ideales de feminidad y la utilización del concepto feminismo en las derechas españolas véase

A pesar de que derecha e izquierda compartieran prejuicios misóginos y patriarcales, las diferencias entre ambos eran manifiestas. En las izquierdas ya preexistían tradiciones de apertura ante las cuestiones de género. Aunque fueran muy débiles y minoritarias, posibilitaron que desde mediados del siglo XIX pequeñas capas del republicanismo y del socialismo español aceptaran el voto de la mujer desde un convencimiento ideológico y no meramente electoralista. En cambio, en el catolicismo y las ramas conservadoras, tales posiciones igualitarias de las relaciones de género no se habían dado ni tan pronto ni de forma tan profusa en sectores masculinos. Por consiguiente, no conviene valorar a ambas a un mismo nivel, sea ante el sufragio femenino, el divorcio u otros asuntos. Entre sectores progresistas y de izquierdas, cuando se defendió el derecho de las mujeres a elegir a y a ser elegidas se hizo bajo la concepción de que los derechos políticos eran derechos naturales e inalienables para cualquier ser humano. En cambio, el voto femenino fue habitualmente instrumentalizado por parte de las derechas. Esto se hizo bajo múltiples fines y en escenarios bien distintos, casi siempre dentro de una dinámica estratégica electoral o de pugna política en otros ámbitos de confrontación.

Asimismo, en contradicción con sus concepciones democráticas y universalizadoras, las familias políticas más progresistas en múltiples ocasiones recusaron tales derechos. Lo hicieron bajo un breviario de valores machistas y/o temores íntimamente relacionados con la clásica asociación entre mujer, clero y conservadurismo. Pero en otros casos algunos hombres excepcionalmente apoyaron, desde la más pura convicción, los derechos de sus compañeras de especie. En última instancia, como se puede apreciar, el carácter instrumental por el cual se aceptaban los derechos de las mujeres fue una constante dentro de los distintos proyectos político-ideológicos. Una actitud, en base a ello, muy presente en aquellos varones que exteriorizaron su conformidad con el hecho de que a las mujeres se les reconociesen derechos fundamentales e imprescriptibles.

Por otra parte, para introducirse en cómo desde el movimiento obrero español se

---

ARCE PINEDO, Rebeca, “De la mujer social a la mujer azul: la reconstrucción de la feminidad por las derechas españolas durante el primer tercio del siglo XX”, *Ayer*, nº 57, 2005, pp. 247-272 y ARCE PINEDO, Rebeca, *Dios, patria y hogar: la construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*. Santander, Universidad de Cantabria, 2007.



abordó la cuestión del voto de la mujer se deben de tener en cuenta varios aspectos. Uno de ellos entra en conexión con la tesis de la historiadora Mary Nash, según la cual en España, durante un tiempo, tuvo un mayor arraigo el feminismo social que el político<sup>64</sup>. La realidad de España contrastaría con el sufragismo de órbita anglo-americana, cuyos métodos y reivindicaciones no tuvieron un gran predicamento en la realidad social española<sup>65</sup>. Tampoco debíamos olvidar que la dinámica caciquil y turnista de la política en España creaba en los grupos de oposición al sistema canovista la sensación de que ni tan siquiera con la aprobación en 1890 del sufragio universal masculino se había conseguido un instrumento efectivo para el logro de avances sociales y políticos<sup>66</sup>.

El escepticismo reinante en estos sectores por la democracia representativa hizo que en España el feminismo liberal anglosajón difiriera de lo que en España se perfiló de manera mayoritaria: un feminismo que no siempre tuvo el afán de conquistar derechos políticos dentro de un horizonte de signo liberal-demócrata. Esto puede apreciarse analizando en detalle las demandas difundidas por el feminismo libertario, pasando por determinados grupos del feminismo socialista e incluyendo a un primer feminismo que pudiéramos calificar de “social”. Este último, sin ser necesariamente contrario al sistema democrático representativo, focalizaba sus reclamaciones en la lucha por los derechos laborales, económicos y sobre todo educativos.

Dicho en otros términos, al margen del sufragismo existieron otros itinerarios dentro del feminismo histórico español. En este trabajo se ha querido también reflejar esta pluralidad. Por esta razón también se ha optado por ir presentando las diferentes formas de reivindicar los derechos de las mujeres por parte de hombres socialistas, anarquistas, krausistas o republicanos, pero también adscritos a opciones políticas más conservadoras. Por lo tanto, el marco interpretativo que vincula de forma necesaria y unívoca al feminismo con el sufragismo no responde con rigor a la realidad de los

---

<sup>64</sup> Véase NASH, Mary, “Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España”, *Historia Social*, nº 20, 1994, pp. 151-172. Sobre las dificultades de desarrollo del sufragismo español véase TAVERA GARCÍA, Susanna, “El difícil avance histórico del sufragismo en España”, *Estudios de derecho judicial*, nº 142, 2007.

<sup>65</sup> NASH, Mary, “Replantando la Historia: Mujeres y género en la Historia Contemporánea” en BERNIS CARRO, Cristina, DEMONTE BARRETO, Violeta, GARRIDO GONZÁLEZ, Elisa y DE LA TORRE PRADOS, Isabel, *Los estudios sobre la mujer: de la investigación a la docencia: Actas de las VIII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Madrid, 1991, pp. 603-609.

<sup>66</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Los feminismos: movimientos sociales...”, op. cit., p. 218.

feminismos históricos. Concretamente, en el estado español no existió un movimiento sufragista de las dimensiones de los que progresaron en los países anglosajones y eso también repercutió en el hecho de que los hombres no llegasen en España a integrarse en el feminismo organizado.

Desde otro punto de vista, debemos de tener claro que las posturas igualitarias en cuanto a las relaciones de género fueron expresiones periféricas, tanto en los diferentes espacios sindicales como políticos progresistas y de izquierdas. Por ende, a finales del siglo XIX y principios del XX, la vindicación del derecho al sufragio no era el elemento definitorio del feminismo español, ni tampoco un objetivo de lucha fundamental para los grupos de oposición al régimen de la Restauración. Por consiguiente, el abanico de demandas de los feminismos del momento fue naturalmente heterogéneo. Además, el sufragio femenino, en muchas ocasiones, fue desestimado al no ser dicha reivindicación compatible con el proyecto de sociedad futura al que se aspiraba por parte de diversos grupos de raigambre revolucionaria. En efecto, muchas mujeres anarcofeministas y socialistas no compartían que la conquista de los derechos políticos individuales de las mujeres, en el marco de un sistema representativo-parlamentario, fuera un fin primordial. De la misma forma, se pronunciaron algunos hombres valedores de la igualdad entre los sexos. Las manifestaciones de raigambre revolucionaria contribuyeron a esa pluralidad, lo que rompe efectivamente con una imagen más simplificadora que de los movimientos por la liberación de la mujer se tenía hasta hace unas décadas.

Estos matices son imprescindibles para abordar mejor las manifestaciones discursivas de algunos hombres desde el socialismo y la cultura ácrata a favor de la emancipación de las mujeres. El carácter fuertemente instrumental y proselitista de las culturas de izquierdas respecto a la cuestión de la mujer constituye también, por otra parte, un obstáculo a la hora de identificar y dar relieve a determinados y supuestos discursos feministas. La apelación a la liberación de las mujeres se hacía con frecuencia en un intento, por parte de no pocos líderes políticos y teóricos masculinos, de captar a las mujeres y alejarlas electoralmente de las fuerzas más reaccionarias y/u oligárquico-burguesas.

Asimismo, es conveniente tener en cuenta que las mujeres republicanas,

socialistas y anarquistas fueron las que primero se dieron a conocer en el mundo de la lucha política y sindical. En cambio, los partidos dinásticos no contaron, desde un primer momento, con figuras políticas femeninas notables. La mentalidad más conservadora y defensora del orden social veía impensable que las mujeres se mezclaran en política. A duras penas y con muchas cortapisas, reconocían la necesidad del ingreso de la mujer en el mundo de la cultura y del trabajo. Por el contrario, la “alta” presencia de mujeres en los movimientos revolucionarios, muchas de ellas feministas, fue un ingrediente sustancial para que, a diferencia de otras culturas políticas, una cantidad no marginal de hombres tomaran conciencia de la situación de subalternidad femenina. Esto se produjo a pesar de que en el anarquismo español, por ejemplo, tan sólo algunas y algunos intelectuales reconocieron la emancipación de la mujer como un problema específico y autónomo al de la revolución social<sup>67</sup>. Esto fue también repetido dentro del socialismo, donde muy a menudo se concebía el problema de la mujer inserto dentro de la teoría y la práctica revolucionaria global.

Por otra parte, en el regeneracionismo español, la problemática femenina no se constituyó en un asunto central para la construcción de una España renovada. Sin embargo, la idea de una nación que debía de ser reformada, como efecto psicológico de aquella “crisis nacional”, no pudo escapar al hecho de que ciertos intelectuales repensaran un nuevo papel para la mujer en la sociedad española<sup>68</sup>. La fe que algunos regeneracionistas depositaron en la fuerza purificadora femenina española provino también de una revisión crítica del hombre español y su virilidad<sup>69</sup>. De acuerdo a ello, se articularon en ocasiones críticas que, aun no pudiendo ser etiquetadas de nítidamente “feministas”, cristalizaron en el respaldo de opciones algo más aperturistas y que rompieron tímidamente con los valores más decimonónicos de la mujer. No obstante, dentro de ese espíritu regeneracionista, un número pequeño de intelectuales fueron más allá y se erigieron con contundencia en defensores de los derechos de las mujeres: Adolfo González Posada, Enrique Diego Madrazo, Cristóbal de Castro, Santiago Valentí i Camp son algunos de ellos.

---

<sup>67</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J., *La ideología política...*, op. cit., p. 302.

<sup>68</sup> MUNSON, Elizabeth, “Regenerando a la mujer, regenerando España”, *Foro Hispánico: Revista Hispánica de Flandes y Holanda*, nº 18, 2000, pp. 43-54.

<sup>69</sup> Véase MARTYKÁNOVÁ, Darina, “Los pueblos viriles y el yugo del caballero español...”, op. cit.



## CAPÍTULO II

### HOMBRES SUFRAGISTAS Y FEMINISTAS. UN BREVE REPASO HISTORIOGRÁFICO

*“Me codeé con feministas emancipadas que fumaban cigarrillos, bebían té ruso y hablaban con segura y deliberada franqueza de sexo y de sus propias experiencias sexuales, y gané mis medallas para el movimiento rompiendo ventanas en Oxford Street, por lo cual pasé una noche bajo arresto”*

Cyril Edwin Mitchison Joad<sup>70</sup>

#### 2.1 - “Sufragettes con pantalones”: La caballerosidad de los aliados del sufragismo británico

La reconstrucción de una genealogía de hombres feministas no ha ocupado un interés destacado en la historiografía de género. Al contrario, ha sido más bien una preocupación marginal<sup>71</sup>. Con todo, el asunto ha despertado un creciente interés editorial. Lo prueba la publicación desde hace unas pocas décadas de trabajos de investigación con pretensiones científicas. Pero esta tendencia en los últimos años también se ha trasladado a la multiplicación de acercamientos más de corte divulgativo y periodístico<sup>72</sup>. El tema de los “hombres feministas” hoy por hoy recibe cierto tratamiento mediático, pues reviste un particular atractivo debido a su carácter, en

---

<sup>70</sup> JOAD, Cyril Edwin Mitchinson, *Under the fifth Rib: a belligerent autobiography*. Universidad de Michigan, Dutton, 1933, p. 26. Cyril Edwin Mitchinson Joad fue miembro de la Men's Political Union for Women's Suffrage.

<sup>71</sup> Uno de las primeras iniciativas dirigidas a indagar en el pasado se materializó en el propio movimiento de hombres por la igualdad de género en 1980. Véase MOSMILLER, Tom, BRADLEY, Mike y BIERNBAUM, Michael, “Are we the first? A call for a feminist men's history”, *Masculinities*, n° 4, 1980, pp. 3-4.

<sup>72</sup> Un libro de estas características es el publicado por el periodista y conferenciante Kaevan Gazdar, GAZDAR, Kaevan, *Feminism founding fathers: The men who fought for women's rights*. Croydon, Zero Books, 2016; de un modo muy similar también BROOKE, Kroeger, *The suffragents: How women used men to get the vote*. New York, Excelsior editions, 2017, escrito por la también periodista Brooke Kroeger. Al margen de su calidad expositiva y de su sustancioso esfuerzo de documentación, estas dos obras no ofrecen nada nuevo o singular a reseñar, al menos en el terreno interpretativo. Sus metas se ciñen fundamentalmente a la divulgación, puesto que se han servido, sobre todo, de las contribuciones de otras especialistas en la materia.

apariencia, peculiar y novedoso. Esto ha concitado algo de curiosidad en la sociedad por la imagen “exótica” y/o “extravagante” que desprende entre el público generalista. Como consecuencia, esta materia también aviva encendidos intercambios de opiniones en ambientes activistas e intelectuales.

En el mundo académico, al calor de la eclosión de los *masculinities studies*, se han publicado numerosos trabajos en los que se aborda la problemática en torno a la participación política de los varones en los feminismos. El binomio “hombre feminista” ha sido recibido, en numerosas ocasiones, con desagrado o incluso incredulidad<sup>73</sup>. Aunque cada vez haya más referentes masculinos autodesignados “igualitarios”, la todavía minúscula cantidad de hombres en las filas del movimiento feminista con presencia mediática conduce también a la apreciación colectiva de que “hombre feminista” resulte una especie oxímoron. Se comparte, muy por lo general, el axioma de que el feminismo es un movimiento en el que tan sólo se aglutinan mujeres.

Si bien muchas de las obras examinadas para este trabajo, al margen de las historiográficas, se concentran en problemas más actuales, los ejercicios teórico-reflexivos que despliegan han sido de estimable ayuda. En ellas se recogen discusiones teóricas sobre si los hombres pueden ser feministas o cómo deben involucrarse en la lucha contra el patriarcado. Pese a que parezca sorprendente estos dilemas y problemas han estado siempre presentes en la historia del feminismo. Precisamente esto queda patente a lo largo de este estudio y, a su vez, en los libros que se han consultado cuyo objeto de estudio guarda similitudes con el presente trabajo. A efectos de la investigación, este cuerpo bibliográfico sobre el feminismo teórico y militante de hombres en Inglaterra ha sido muy provechoso a la hora de adentrarse en el caso español y establecer puntos de comparación.

---

<sup>73</sup> Algunas de las publicaciones más reseñables que entran en este debate son BOONE, Joseph Allen y CADDEN, Michael (Eds.), *Engendering men: The question of male feminist criticism*. London, Routledge, 1990; JARDINE, Alice y SMITH, Paul, *Men in feminism*. New York, Methuen, 1987; CHRISTIAN, Harry, *The making of anti-sexist men*. London, Routledge, 1994; DIGBY, Tom, *Men doing feminism*. Nueva York, Routledge, 1998; GOWLDRIK-JONES, Amanda, *Men who believe in feminism*. Westport, Greenwood Publishing Group, 2002. Sobre la propia identificación de los hombres con la etiqueta “feminista” CONLIN, Sarah E., y HEESACKER, Martin, “Feminist men?: examining men’s feminist self-identification, activism and the impact of language”, *Journal of Gender Studies*, vol. 27, nº 8, 2018, pp. 928-942. Desde posturas de rechazo se ha consultado HERRERO GRANADO, M<sup>a</sup> Dolores, “Como agua para aceite: Los hombres y la causa feminista. Hombres y feminismo”, *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, nº 4, 1998, pp. 37-48; IBEAS VUELTA, M<sup>a</sup> Nieves, “Hombres y feminismo: resistencias de una antonimia impertinente”, *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, nº 4, 1999, pp. 1-5.

Por otro lado, en el mundo académico español los acercamientos a los hombres defensores de los derechos de la mujer en la historia han sido muy escasos<sup>74</sup>. Es probable que gran parte de los factores ya apuntados sobre la realidad histórica española hayan influido en la carencia de publicaciones que aborden, desde el plano histórico, la temática acerca de hombres españoles con discursos y praxis feminista. En contraste, la historiografía británica ya ha desplegado una literatura rigurosa sobre los varones sufragistas. Aun cuando los hombres que se sumaron al movimiento sufragista en estos países fueron una minoría reducida, sus acciones y sus discursos dejaron un vestigio muy reconocible en la historia del sufragismo.

Como se puede observar, en contraste con el escenario académico español, en la órbita bibliográfica anglosajona han visto la luz multitud de libros y artículos sobre personajes históricos masculinos que despuntaron individualmente como adeptos de la consecución de los derechos de la mujer. No obstante, lo que abunda en el panorama historiográfico, en efecto, son numerosos acercamientos a individuos concretos. Lo que menos hay son que estudios que hayan problematizado y analizado en su conjunto la praxis y el discurso feminista e igualitario de hombres.

El economista y pensador utilitarista John Stuart Mill es muy seguramente la personalidad histórica más conocida en calidad de hombre feminista. La bibliografía consagrada a su pensamiento feminista y a su relación con Harriet Taylor es muy amplia y rigurosa<sup>75</sup>. En España, la filósofa Ana de Miguel es la máxima especialista en la filosofía feminista de Mill<sup>76</sup>. Por referirnos solamente a los más afamados, por ejemplo,

---

<sup>74</sup> A modo de ejemplo, *Antología del feminismo*, editado por Amalia Martín-Gamero, tiene un capítulo especial dedicado a hombres “defensores de las mujeres” en la historia. La obra carece de un enfoque analítico ya que se acota a breves comentarios sobre unos textos recopilados del Padre Feijoo, Poulain de la Barré, Francos Rodríguez, Adolfo González Posada, Gregorio Martínez Sierra, John Stuart Mill, etc. Otra aproximación es la llevada a cabo en las páginas del número 22 de la revista gallega *Festa da palabra silenciada*, en su ejemplar titulado “Os feministas”. En ella se presenta el pensamiento feminista de Stuart Mill, William Thomson, Condorcet, Poulain de la Barre, Carlos Castilla del Pino, August Bebel, Pierre Bourdieu, etc. Las articulistas no son historiadoras, pero son filósofas de gran prestigio, mujeres de la talla de Ana de Miguel, Alicia Puleo o sociólogas como Rosa Cobo Bedia, entre otras. También destacamos el artículo GALINDO VILCHIS, Luz María, “Una aproximación a la participación de los hombres en los feminismos”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, Vol. 5, nº 39, 2014, pp. 39-61.

<sup>75</sup> Aquí mencionamos los más actuales acercamientos MORALES, María H., (Ed.), *Mill's The Subjection of Women. Critical essays*. Oxford, Rowman and Little Field, 2005; TIMMERMAN, Travis Michael, *John Stuart Mill's radical(esque) feminism*. Arizona State University, Tempe, 2009.

<sup>76</sup> En España también se ha dado atención al feminismo de Stuart Mill. Destacan los textos la filósofa Ana de Miguel: DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “La igualdad de los sexos en clave utilitarista: John Stuart Mill y Harriet Taylor” en PULEO GARCÍA, Alicia H., (Coord.), *La filosofía contemporánea desde una*

sobre el girondino francés Nicolas de Condorcet, el ya antedicho clérigo francés Poulain de la Barre, el socialista alemán August Bebel existen numerosas publicaciones. Sobre el socialista utópico Robert Dale Owen, el autor teatral noruego Henrik Ibsen, el periodista librepensador Léon Richer, o el utilitarista inglés William Thomson encontramos también bastantes artículos y libros<sup>77</sup>. Esta gran cantidad de publicaciones sobre personajes individuales contrasta, efectivamente, con las pocas que existen en las que se estudia la participación de los hombres en los feminismos históricos de forma conjunta.

Sobre el papel de los hombres en los orígenes del feminismo británico en los siglos XVIII y principios del XIX destaca la obra de la historiadora Arianne Chernock, *Men and the making of modern British feminism*. Se trata de un interesante trabajo que analiza la “olvidada” colaboración de los hombres en la reivindicación de los derechos de las mujeres en Gran Bretaña. La autora propone la reconsideración de algunas de las tesis más asentadas sobre las relaciones de género en la Inglaterra del siglo XVIII, así como del significado y la heterogeneidad de los discursos feministas de este periodo. En su obra recalca que las contribuciones realizadas por hombres han sido a veces ignoradas. Cuando han sido esporádicamente rescatadas las historiadoras y los historiadores han actuado con escepticismo. Han subrayado substancialmente sus

---

*perspectiva no androcéntrica*. Ministerio de Educación Cultura y Deporte, Secretaría General de Educación y Formación Profesional, 1993, pp. 49-64; DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “Deconstruyendo la ideología patriarcal. Un análisis de la Sujeción de la mujer”, AMORÓS PUENTE, Celia, *Historia de la teoría feminista*. Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, 1994, pp. 49-68. Sobre el reformador egipcio Quasim Amin véase de la misma autora DE MIGUEL, Ana, “El feminismo de Quasim Amin: entre los derechos humanos y el progreso social” en AMORÓS PUENTE, Celia y POSADA KUBISSA, Luisa, (Eds.), *Feminismo y multiculturalismo*, nº 47, 2007, pp. 173-188. Véase también OLMO RODRÍGUEZ, María Fátima, “El particular feminismo John Stuart Mill...”, op. cit.; MIRAUT MARTÍN, Laura, “Los derechos de la mujer en el feminismo moderado de John Stuart Mill”, *Anuario de Filosofía del Derecho*, nº 23, 2006, pp. 101-130; NOCERA, Pablo, “Dialogismo e igualdad sexual en la autobiografía de John Stuart Mill”, *Nómadas*, nº 21, 2009, pp. 331-359.

<sup>77</sup> Véase DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “Aportaciones a una reconstrucción del debate sobre la igualdad sexual en la tradición utilitarista”, *Telos: Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, Vol. 10, nº 2, 2001, pp. 21-36; NALL, Jefferey, *Condorcet: Male prophet of feminism reclaiming man's feminist history*. University of Central Florida, 2007; DOOLEY, Dolores, *Sexual equality in the writings of William Thompson and Anna Doyle Wheeler*. Cork, Cork University Press, 1996. Sobre Poulain de la Barre CAZÉS MENACHE, Daniel, *Obras feministas de François Poulain de la Barre (1647-1723)*. México, Universidad Nacional Autónoma, 2007; STUURMAN, Siep, “From feminism to biblical criticism. The theological trajectory of François Poulain de la Barre”, *Eighteenth-Century Studies*, nº 33, 2000, pp. 367-382. En España, la filósofa feminista Celia Amorós, ha sido la autora que más ha escrito sobre clérigo francés. AMORÓS PUENTE, Celia, “Cartesianismo y feminismo: Olvidos de la razón, razones de los olvidos” en JOHNSON, Roberta y ZUBIARRE, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), *Antología del pensamiento feminista español (1726-2011)*. Cátedra, Universidad de Valencia, 2012, pp. 462-474.



posibles contradicciones personales y su “conservadurismo” discursivo en sus planteamientos de género. En dichos casos, no se ha incidido demasiado en enmarcar la cooperación de estos varones en su contexto. No se ha atendido, consecuentemente, a los ideales de género vigentes de su tiempo, los compartidos de igual forma por otras mujeres feministas<sup>78</sup>. Remarcar las posibles “incongruencias” personales y/o discursivas no es riguroso si arranca del objetivo de devaluar y enjuiciar determinadas prácticas y discursos. Obviamente, esa no debiera ser la actitud a asumir por cualquier historiador/a que quiera acercarse con la mayor rigurosidad posible a una realidad del pasado, sea cual sea.

A propósito de este asunto, Mary Wollstonecraft, en una carta a la también feminista Mary Hays, quiso prevenir a su amiga de aquellos hombres defensores de la igualdad dentro de su entorno. La avisó de sus “amigos” varones: “aún te tratarán como una mujer”<sup>79</sup>. Este es posiblemente un ejemplo más de que los discursos y las prácticas de vida no resultan siempre coherentes entre sí. El objetivo de esta investigación no estriba en juzgar, sino en intentar desentrañar y analizar cómo, por qué y de qué forma, convivían, entre estos hombres, actitudes patriarcales con una firme convicción de “liberar” al otro sexo.

Por otro lado, en el libro de Chernock se mencionan escritores, políticos, pedagogos, predicadores y filósofos británicos de finales del siglo XVIII y los umbrales del XIX que se insertan dentro de un maremágnum de culturas radicales y progresistas. Entre ellas, cabe destacar el liberalismo lockeano, el rousseauianismo, el republicanismo paineniano, el utilitarismo o el socialismo utópico. En vísperas de la Revolución Francesa, racionalistas disidentes, reformadores radicales y unitaristas declararon principios coincidentes con los razonada y apasionadamente pronunciados por pensadoras como las mencionadas Mary Wollstonecraft o Mary Hay<sup>80</sup>. En España la

---

<sup>78</sup> Arianne Chernock llama la atención de este hecho al mencionar a historiadoras como Helen Bruden, Anna Clarck o la mismísima Barbara Caine, las cuales remarcaban el conservadurismo y los supuestos intereses detrás de las propuestas formuladas por los hombres “feministas”. Según Arianne Chernock, estos enfoques oscurecen la seriedad y sinceridad de muchos de aquellos reformadores. CHERNOCK, Arianne, *Men and the making of modern British feminism*. Stanford University Press, 2010, p. 152.

<sup>79</sup> Citado en *Ibidem*, p. 36. La traducción es nuestra. Carta fechada el 12 de noviembre de 1792.

<sup>80</sup> Estas corrientes religiosas resaltaban, desde el punto de vista filosófico, la racionalidad universal. Integraban ampliamente a las mujeres, las cuales participaban y hacían oír su voz en estos ámbitos de sociabilidad socio-religiosos. Muchos hombres feministas nacieron en familias en que se respiraba esta atmósfera liberal y en las que los roles de género, aun diferenciados en muchos aspectos, no estaban

Ilustración también abrió las puertas a la proliferación de discursos feministas, pero en este caso el único representante masculino destacable fue el padre Feijoo.

En parte, estas versiones filosóficas e intelectuales de la Europa del siglo XVIII – máxime en Inglaterra, Francia y EEUU– confluían en un proyecto común, bajo los horizontes de la libertad y el progreso social. Para la construcción de una nueva sociedad, la mujer debía integrarse en ese proyecto. De ahí la insistente prioridad por la educación frente a otras reivindicaciones, como fue en el caso del krausismo, los republicanismos de izquierdas, el socialismo o el anarquismo en España. La fe en la razón y en la educación como ideales ilustrados por antonomasia no podía compatibilizarse con excluir a las mujeres. La idea de la perfección humana competía a ambos sexos. Ello llevaba, en muchos casos, a la proposición de un nuevo sistema social por el cual la autoridad masculina se redujera para así otorgar a las mujeres nuevas oportunidades. De ese modo, rompieron con el falso universalismo de las posturas canónicas de las que bebieron, como fueron de la filosofía política de Locke o de Rousseau. Lo que hicieron estos autores y autoras fue destapar las contradicciones y errores de sus admirados y celebrados filósofos. Una asimilación acrítica y dogmática del pensamiento de estas figuras referenciales ya no era posible a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

La libertad de pensamiento y el encumbramiento de la razón fueron consustanciales al pensamiento del Siglo de las Luces. Thomas Paine y Condorcet, defensores de una mayor igualdad entre los sexos, abrieron la mente a otros y otras intelectuales para ver con otros ojos los postulados de la igualdad entre ambos sexos. Estos pensadores asumieron el feminismo como un elemento de radicalización de la Ilustración. Se trató, al fin y al cabo, de una “camarilla” de intelectuales de vanguardia que, aunque pequeña, ofrece un panorama más complejo en torno a lo que supuso la circulación de ideas igualitarias en la Inglaterra de la época.

En oposición al absolutismo, estos intelectuales concluyeron que para la abolición del despotismo monárquico y del Antiguo Régimen resultaba imprescindible destruir las relaciones de tiranía instauradas en los hogares. Desde el siglo XVIII, los estallidos

---

definidos de un modo tan estrictamente tradicional. Según describe Chernock, las mujeres en su seno gozaban de una independencia y autoridad intelectual fuera de lo común.

revolucionarios en EEUU, Inglaterra y Francia potenciaron las condiciones culturales, sociales y políticas idóneas para la proliferación de discursos de género de gran radicalidad. Mientras tanto, comparativamente hablando, durante el periodo ilustrado español y las primeras revoluciones de raíz liberal acontecidas en España, los mensajes que apelaban a la mujer en estos términos fueron prácticamente residuales, máxime los divulgados por hombres.

Por otra parte, como en el caso español, en la realidad británica la incidencia de las relaciones de militancia, afinidad personal, políticas e incluso amorosas, entre mujeres feministas y hombres sensibles a sus reclamaciones fue clave. Este tipo de elementos no son para nada superfluos porque dan prueba, en parte, de la transmisión y aceptación de las reivindicaciones feministas entre los círculos intelectuales y políticos masculinos. Al igual que en España, Chernock señala que se crearon grupos de afinidad intelectual y personal. En el caso inglés no se conformó únicamente el conocido círculo Wollstonecraft-Godwin. No obstante, en uno de esos grupos, la *London Corresponding Society* –sensible a las demandas feministas–, no se permitió siempre la entrada de mujeres, lo que se conjuga con bastante precisión con la aludida tendencia masculina de “por las mujeres, pero sin las mujeres”<sup>81</sup>.

Asimismo, Chernock documenta la presencia de otros círculos mixtos, de artistas, periodistas, profesionales e intelectuales en los que, a través de las tertulias, se transmitieron inquietudes de corte progresista y feminista. Tanto los grupos mixtos, como los masculinos, lejos de estar separados o permanecer inconscientes de su existencia mutua mantenían conexiones estrechas entre ellos a través de redes de amistad y de intercambio científico-intelectual. La autora demuestra cómo casi todos sus integrantes se conocían entre sí, ya fuera físicamente o por contacto epistolar.

Tampoco conviene dejar de lado que determinados hombres que sintieron afinidad por las tesis feministas, con los años, renunciarán a ellas. En ciertos casos, estos acabarían identificándolas con una suerte de convicciones “inmaduras” propias de su juventud. Así ocurrió entre algunos de los autores tratados por Chernock en su libro y los que se han identificado en el presente estudio. Muchos también se adaptaron a los

---

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 22.

tiempos más conservadores de la Restauración absolutista en Europa<sup>82</sup>. Incluso en otras circunstancias o coyunturas ocurrió algo parecido. Por ejemplo, los hombres durante la I Guerra Mundial redujeron de forma muy abrupta su compromiso activista por el sufragio femenino. En cambio, las organizaciones de mujeres feministas en Gran Bretaña siguieron, muchas de ellas, su actividad durante la Gran Guerra y sobre todo después, aproximadamente hasta 1928. De hecho, cabe resaltar igualmente la influencia que tuvo también en España el ambiente político y cultural para la emergencia o no de discursos masculinos que apoyaran los derechos de las mujeres.

En el caso español encontramos también ejemplos de “renuncia” llamativos. Algo que fue mucho más recurrente entre hombres que entre mujeres. Es indudable que un gran número de hombres no fueron capaces de resistir las burlas y presiones de sus compañeros. Ese fue el caso, señalado por Chernock, del periodista Thomas Starling Norgate (1772-1859), quien además era calificado irónicamente y despectivamente de “defensor del bello sexo”. Al editor inglés se le imputaba un papel otorgado por el patriarcado a los varones, proteger al sexo femenino. Pero en su caso se hacía de una forma menospreciativa.

Aquellos bienhechores de la dignidad femenina se habían propuesto –según una frase de Starling Norgate– “liberar a las pobres pájaros [las mujeres] sufrientes de su jaula”<sup>83</sup>. Los hombres recurrentemente se constituyeron como los únicos capaces de encabezar la misión emancipadora, algo repetido también entre los autores españoles décadas más tarde. Chernock señala que incluso algunos de los principales valedores de los derechos de la mujer llevaron a efecto una suerte de redefinición de la masculinidad, al recurrir de forma reiterada a la enunciación “los hombres de verdad”. De este modo, apuntalaban y reforzaban sus argumentos mientras remarcaban su hombría. En este campo, Chernock, insiste en que parte del respaldo de los varones a los derechos de la mujer pudo responder a un acto demostrativo de generosidad. De ese modo, como en España durante mediados del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, se distinguían de los “otros” hombres de “mente estrecha” y “retardatarios”, esa gran mayoría varonil rezagada del progreso. Estos, como sus “homólogos” sufragistas medio siglo después, al

---

<sup>82</sup> JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, “Shared histories – differing identities”, op. cit., p. 28.

<sup>83</sup> CHERNOCK, Arianne, op. cit., p. 35.

ganar status intelectual y progresista, lo hicieron de igual modo en términos de su virilidad. Se contraponían, por esta vía, una especie de “masculinidad ilustrada” minoritaria (pero exclusiva y adelantada a su tiempo) frente a una “barbárica”, tiránica e irracional, la que representaban los reacios a la emancipación de la mujer<sup>84</sup>.

Si avanzamos hacia mediados del siglo XIX, la obra pionera que desde una perspectiva histórica se ha aproximado a los hombres que secundaron las demandas sufragistas en Inglaterra es *Traitors to the masculine cause: The men's campaigns for women's rights* (1982). En esta monografía de la historiadora Sylvia Strauss se sacan a la luz nombres que, en trabajos más recientes, han sido estudiados más a fondo. Al igual que haría posteriormente Chernock, Strauss asigna a los varones un lugar fundacional en la historia del feminismo británico<sup>85</sup>. No obstante, la primera autora, a diferencia de la segunda, no confiere a los hombres el haber sido pioneros antes que las mujeres.

Sin embargo, la reconstrucción de una genealogía del pensamiento feminista no debe cimentarse bajo la prioridad de estipular de forma taxativa quienes deben ocupar un puesto de precursoras o precursores de una especie de saga o linaje intelectual y/o político. En el caso español, tras el rastreo de nombres efectuado, coincidimos con la interpretación que en este caso hace Chernock del rol “fundacional” que los hombres compartieron con las mujeres en los orígenes del feminismo, pero no coincidimos en que fuese pionero frente al papel llevado a cabo por las mujeres.

Chernock sí coincide con Strauss en que los primeros “traidores a la causa masculina” –tal como lo expresa la autora tomando el título de su libro– surgieron al calor de las revoluciones americana y francesa de finales del siglo XVIII y, por consiguiente, del ambiente cultural desplegado en los círculos radicales ilustrados. “Traidores de pacotilla”, “pequeños fútiles pigmeos” y otras expresiones acuñadas en la

---

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>85</sup> Según Sylvia Strauss “la reivindicación que Mary Wollstonecraft hizo de los derechos de las mujeres fue única porque fue escrita por una mujer. Sin embargo, la campaña que instaba a las mujeres a cultivar sus intelectos fue lanzada mucho antes por los reformadores masculinos”. STRAUSS, Sylvia, *Traitors to the masculine cause. The men's campaigns for women's rights*. London and Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1982, p. 16. Tal vez, el aserto sea demasiado categórico pues durante el siglo XVII autoras como Mary Astell (1666-1731), en 1694, ya propugnaban por el derecho a la educación de las mujeres y reivindicaban su valía intelectual al mismo nivel que la de los varones. Por cierto, también lo planteó de modo semejante Daniel Defoe (1660-1731), el autor de la célebre novela *La vida e increíbles aventuras de Robinson Crusoe* (1719). Lo hizo en su escrito “Una academia para mujeres”, publicado 4 años después.

época transmitían la rabia de quienes se oponían, concretamente en Inglaterra, a que ciertos varones se comprometieran por la igualdad política entre los sexos. Son valoraciones que remiten nuevamente a una devaluación de la virilidad y a una sensación de traición masculina<sup>86</sup>. Del mismo modo, a los sufragistas norteamericanos se los calificaba despectivamente de “aunt nancy men”, “men milliners”, “momma’s boys”, “miss-nancys”, etc<sup>87</sup>.

A juicio de Strauss –coincidimos con ella en extrapolación al caso español–, los hombres que abanderaron los derechos de las mujeres lo hicieron en gran parte porque las mujeres constituyen la mitad de la humanidad. Se convertían, de facto, en una pieza fundamental de cambio en su proyecto de progreso social. Esta interpretación masculina sobre la efectividad política que implicaba la reforma del status social de la mujer en favor de la transformación social no adquirió demasiada incidencia en el periodo ilustrado español. Sí la obtuvo, en cambio, en los prolegómenos hacia los años del Sexenio Democrático.

Otro libro más reciente que se adentra en la realidad británica es el editado por las historiadoras Ángela V. John y Claire Eustance, *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920* (1997)<sup>88</sup>. Esta obra colectiva indaga en el asociacionismo de hombres por el sufragio femenino y sus modos de organización. Las editoras de este volumen han identificado a más de 1.000 hombres que se involucraron directa o indirectamente en asociaciones que pugnarón enérgicamente por los derechos políticos femeninos<sup>89</sup>. Desde el punto de vista comparativo, constatamos que en España este fenómeno de organizaciones masculinas

---

<sup>86</sup> EUSTANCE, Claire, “Citizen’s, scotsmen, bairns. Manly politics and women’s suffrage in the Northern Men’s Federation”, op. cit., p. 192.

<sup>87</sup> KIMMEL, Michael Scott y MOSMILLER, Thomas E., (Eds.), *Against the tide: Pro-feminist men in the United States, 1776-1990: A documentary history*. Boston, Beacon Press, p. 6.

<sup>88</sup> EUSTANCE, Claire y JOHN, Angela V., *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997

<sup>89</sup> Resulta interesante mencionar que en estos años se creó la Men’s International Alliance for Woman Suffrage, donde se integraban ligas de hombres de Francia, Hungría, Suecia, Alemania, Dinamarca, Holanda o EEUU y, por supuesto, las inglesas Men’s League for Women Suffrage, Men’s Political Union y Men’s Federation for Women’s Suffrage. Su fundación se gestó durante la Séptima Conferencia de la Alianza Internacional de Sufragio Femenino. Una de las sesiones en la que concurrieron un buen número de hombres se tituló “¿Qué pueden hacer los hombres para ayudar al movimiento por el sufragio de las mujeres?”. En aquel encuentro internacional la presencia de varones fue mayor que nunca. OLDFIELD, Sybil, *International Woman Suffrage: July 1913-October 1914*. Vol. 1, Routledge, Taylor & Francis Group, London and New York, 2003, p. 51.

sufragistas no llegó siquiera a plantearse.

En este libro coordinado por Ángela V. John y Claire Eustance se describe con detalle la importancia de las redes de familiares y de sociabilidad. Los matrimonios Mott, Pankurst, Fawcett o Pethick Lawrence son los casos más paradigmáticos de colaboración conyugal en la lucha por los derechos de las mujeres en Gran Bretaña. Hubo otras muchas familias, tal vez menos conocidas, que se entregaron en cuerpo y alma a la lucha por el voto durante varias generaciones.

Por otra parte, en Inglaterra los hombres “aliados” ejercieron una función esencialmente auxiliar, aunque también otros utilizaron su autoridad política o intelectual (John Stuart Mill, Bernard Shaw, Edward Carpenter o Laurence Housman)<sup>90</sup>. Incluso algunos tomaron el camino de involucrarse en acciones militantes de carácter ilegal, por ejemplo, el que llegara a ser presidente del Partido Laborista, Harold Laski, socio destacado de la rama de la Men's Social and Political Union en Oxford<sup>91</sup>. Muchos de aquellos hombres que organizaron *meetings*, repartieron propaganda, redactaron panfletos, depositaron fondos económicos para la causa sufragista, desfilaron en marchas con banderas y se vieron envueltos en trifulcas con la policía, acabaron siendo encarcelados por sus acciones de sabotaje y de resistencia pasiva. Una vez en prisión, igual que sus compañeras, emprendieron huelgas de hambre y fueron forzados a ingerir alimentos.

Hubo escritores de renombre, que sin militar activamente, respaldaron la lucha sufragista. Un de ellos fue Bernard Shaw, autor de un libro con un título bien ilustrativo

---

<sup>90</sup> Sobre los tres últimos tenemos varios artículos y libros que se acercan a su conciencia igualitaria. WEINTRAUB, Rodelle, *Fabian feminist: Bernard Shaw and woman*. Pennsylvania State University Press, 1997; ROWBOTHAM, Sheila y WEEKS, Jefferey, *Dos pioneros de la revolución sexual: Edward Carpenter y Havelock Ellis. Homosexualidad, feminismo y socialismo*. Barcelona, Anagrama, 1978.

<sup>91</sup> En 1913 puso una bomba en el baño de hombres de una estación de ferrocarril, un gesto de solidaridad con la causa sufragista. Harold Joseph Laski (1893-1950) fue uno de los intelectuales más prominentes de la izquierda británica y uno de los teóricos del Estado de mayor prestigio académico. Estudió en el New College de Oxford, ocupó la plaza de profesor de ciencias políticas en la London School of Economics and Political Sciences y ejerció como docente en las universidades de Harvard y Yale. Su mujer, Frida Kerry (1884-1977), fue una muy activa sufragista y una luchadora de los derechos reproductivos de las mujeres. Ella fue quien tras la explosión de la bomba ayudó a su marido a huir a Francia para evitar ser detenido. Laski se granjeó muchas enemistades en los círculos universitarios. En Bristol, por ejemplo, fue arrojado por las escaleras por un grupo de antisufragistas. NEWMAN, Michael, *Harold Laski: A political biography*. London, The Macmillan Press, 1993, pp. 25-26. Laski trabajó además para el eminente sufragista George Lansbury en el *Daily Herald*. MARTIN, Kingsley, *Harold Laski (1893-1950). A biographical memoir*. London, Victor Gollancz, 1953, p. 25.

*Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes* (1928)<sup>92</sup>. El premio Nobel irlandés escribió este voluminoso libro a petición de su cuñada, Lady Cholmondeley. La aristócrata deseaba adquirir argumentario efectivo con objeto de comentar las ideas del socialismo ante las mujeres que acudían a las tertulias que ella misma organizaba. Shaw pretendía ilustrar, no únicamente a su cuñada, sino al sexo femenino en su conjunto. A lo largo de su “manual” despliega, por consiguiente, un tono colmado de superioridad y paternalismo frente a las mujeres. De hecho, el aclamado novelista, renegaba reiteradamente de un supuesto sentimentalismo femenino que las limitaba a la hora de encarar un análisis científico de la realidad. Esta actitud sexista conecta, de algún modo, con un comportamiento masculino muy arraigado.

Con otro perfil, descubrimos al poeta inglés Edward Carpenter (1844-1929), activista homosexual, pacifista, ecologista y animalista. Además, fue fundador junto con el propio Bernard Shaw de la Sociedad Fabiana y del Partido Laborista Independiente. Sus camaradas de la izquierda británica lo fustigaron por su orientación sexual y por su alternativa forma de concebir el socialismo, en la que se incluía la revolución sexual y la emancipación de las mujeres<sup>93</sup>. Con su amigo, el literato y dibujante Laurence Housman (1865-1959) instituiría la Sociedad Británica para el Estudio de la Psicología Sexual. De estas iniciativas e inquietudes compartidas, ambos organizarían campañas y charlas por la promoción de la educación sexual, del control de la natalidad y del derecho de las mujeres a abortar.

---

<sup>92</sup> Bastante se ha escrito desde la crítica literaria sobre los personajes femeninos de las novelas de Shaw. A través de su característica narrativa sus célebres *Pygmalion* o *La profesión de la señorita Warren* objetaron del modelo de mujer victoriana. El literato irlandés apostaba por mujeres libres, vitalistas y dinámicas, apartadas de los convencionalismos más arraigados. Por otro lado, las feministas Florence Farr y Bertie Albretch mantuvieron una estrecha amistad con el afamado novelista. Él a su vez profesó su admiración por la literatura de Henrik Ibsen. Lo hizo tras apasionarse por *La casa de muñecas* (1879) durante una velada en casa de Eleanor Marx, quien durante la cena leyó fragmentos de la famosa obra. Véase también LYNN KORNICKER, Penny, *Feminism in the major plays of George Bernard Shaw*. Brown University, 1978 o GRAHAM, Philip, “Bernard Shaw's neglected role in English feminism 1880–1914”, *Journal of Gender Studies*, vol. 23, nº 2, 2014, pp. 167-183.

<sup>93</sup> Tras sus estudios en el Trinity College de Cambridge impartió clases sobre la vida de las mujeres en la Grecia antigua. Epígono de la filosofía espiritual oriental y de la literatura del poeta feminista Walt Whitman dejó una obra subversiva, *Intermediate sex* (1908). Este fue uno de los textos que parte de los colectivos LGTB consideraba fundacionales de su movimiento. De su propia experiencia amorosa con Geroge Merrill, un obrero manual sin estudios y de baja extracción social, esperaba que el amor homosexual albergara el poder de traspasar las barreras del orden de clases. En *Love's coming-of-age* idealizó una sociedad igualitaria y justa en la que se promovería la independencia económica de las mujeres. Además, observaba en el matrimonio de la Inglaterra victoriana una forma de celibato forzado y de prostitución. Por esta razón, todos los obreros debían, a juicio suyo, coadyuvar a la redención femenina y no subordinar los derechos de las mujeres a los de los trabajadores.



Por otra parte, al igual que en el caso español, la mayoría de los hombres que sintieron inclinación por el mensaje feminista, política e ideológicamente, se ubicaban en el campo progresista y de la izquierda revolucionaria. En Gran Bretaña, muchos hombres de izquierdas se afiliaron a la Men's League for Women's Suffrage (MLWS), constituida en 1907 por 32 hombres, entre ellos el antedicho Laurence Housman, los periodistas Henry Nevinson (1856-1941) y Henry Brailsford (1873-1958), el socialista Charles Mansell-Moullin (1851-1940), o el militante del Partido Laborista Gerald Gould (1885-1936). Esta organización se marcó la misión de luchar por la consecución del sufragio femenino. Sus integrantes efectuaron una labor propagandística de formidable alcance<sup>94</sup>. Entre sus filas fue muy activo el socialista George Lansbury (1859-1940), encarcelado por pronunciar discursos solidarios con las *suffragettes* que entraron en prisión por protagonizar actos de desobediencia. La propia MLWS publicó una lista de hombres de prestigio social e intelectual que respaldaban la causa sufragista como los escritores H. G. Wells (1866-1946) y Thomas Hardy (1840-1928), el ministro conservador y Premio Nobel de la Paz Robert Cecil (1864-1958) o que llegó a ser primer ministro de Inglaterra, el liberal William Ewart Gladstone (1809-1898), entre otros<sup>95</sup>.

La mayoría de aquellos hombres no se embarcaron en una crítica hacia el canon de masculinidad preponderante. A excepción de unos pocos, tenemos al poeta y escritor Floyd Dell (1887-1969) o los ya nombrados Carpenter y Housman. Asimismo, entre algunos de los que fueron miembros de la MLWS, como el escritor Max Eastman (1883-1969), convivieron en la órbita de los grupos liberales y radicales de Greenwich Village. En este barrio bohemio y progresista neoyorkino se constituyeron comunidades que exploraban una sexualidad abierta, en las que se practicaban relaciones entre los sexos alejadas de los convencionalismos decimonónicos<sup>96</sup>. Max Eastman junto a su

---

<sup>94</sup> Las universidades de Oxford y Cambridge formaron sus propias ramas de la MLWS. Se llegaron a registrar 930 componentes. La simpatía por el voto femenino entre sectores masculinos de la sociedad fue tan alto que incluso un número importante de militares ingleses crearon la Men's Society for Women's Rights. Esta sociedad solicitó al primer ministro, con la petición de nada más y nada menos que 300 hombres, la inmediata aprobación del voto femenino. Ya en 1897 se había fundado la Male Electors League for Women's Suffrage, por lo que la adhesión de los varones organizados al voto femenino se retrotrae ya a finales del siglo XIX.

<sup>95</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, "Las sufragistas británicas y la conquista del espacio público: integración, recreación y subversión", *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, vol. 16, nº 1, 2009, p. 68.

<sup>96</sup> No es casual que, a los pocos años, un grupo de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales se enfrentara,

pareja –la artista feminista Ida Rauh (1877-1970)– simbolizaban a principios de los años 20 el paradigma de la pareja igualitaria y sexualmente disidente. Él mismo reconocía que, durante su militancia sufragista, su virilidad se vio autocuestionada. Pero a su vez admitía que con el paso del tiempo había logrado “rebasar la necesidad de afirmar” su propia masculinidad<sup>97</sup>.

Pero cabe recalcar que Max Eastman fue caracterizado, por quienes formaban parte de su círculo de amistades, como un “Casanova” conquistador de mujeres. Si salvamos las posibles “contradicciones” personales, algunos de esos militantes masculinos respaldaron al sufragismo bajo el desiderátum de que en la lucha se estaban impugnando las nociones más asentadas de las relaciones entre mujeres y hombres en muchos ámbitos, los cuales trascendían lo socioeconómico y político-institucional. El freudomarxismo proveyó de sustento teórico a intelectuales del mundo bohemio y radical, al igual que lo hizo de forma más tangible, décadas después, entre los grupos de autoconciencia igualitarios de hombres, especialmente los españoles. Predicaban con el mensaje de que una revolución sexual igualitaria supondría la demolición del capitalismo<sup>98</sup>.

Como señalan las autoras y autores de *The men's share? Masculinities, male support...*, los militantes de la MLWS fueron calificados en la prensa como varones “castrados”. No obstante, al mismo tiempo, la pertenencia al movimiento contribuía a que revalidaran su masculinidad (al actuar de guardaespaldas, al echar mano de su influencia política, al recibir honores y reconocimientos por su autoridad moral e intelectual, etc). En estos términos se dirigieron una serie de componentes de la Northern Men's Federation for Women's Suffrage al primer ministro inglés, el liberal Herbert Henry Asquith (1852-1928):

“Nosotros, los ciudadanos de ciudades no insignificantes, nos acercamos a ustedes

---

en aquel mismo barrio, a la policía newyorkina que reprimía asiduamente a estos colectivos. Aquellos disturbios del 28 de junio de 1969 fueron el catalizador del movimiento de liberación LGTB, en su momento denominado simplemente “gay”.

<sup>97</sup> JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, “Shared histories – differing identities: Introducing masculinities, male support, and women's rights” en EUSTANCE, Claire y JOHN, Angela V., op. cit., p. 29.

<sup>98</sup> KIMMEL, Michael Scott, “From conscience and common sense to feminism for men: Profeminist men's rhetoric of support for women's equality” en SCHACHT, Steven y EWING, Doris, *Feminism and Men: Reconstructing Gender Relations*. New York University Press, 1998, p. 32.

con toda la hombría que en nosotros habita –hombría que nos mueve por el amor que tenemos a nuestras hermanas, nuestras hijas y nuestras esposas– para pedirles que por la libertad de las mujeres presenten tal medida como sea posible”<sup>99</sup>.

Algunos varones sufragistas acusaron a quienes desde el gobierno obstaculizaban la consecución del derecho al voto femenino de su falta de “honor” masculino y, en consecuencia, de carecer de “hombría”. Desde estos códigos morales se les criticaba severamente por su falta de caballerosidad, empatía y respeto a las mujeres que demandaban algo tan esencial como sus derechos de ciudadanía<sup>100</sup>. El código cristiano de caballerosidad, en correspondencia al sentido de responsabilidad de salvaguardar la dignidad femenina, forjaba la conciencia de muchos sufragistas ingleses<sup>101</sup>. Ellos aspiraban a personificar una tipología de *gentleman* alternativo y progresista. Se sentían orgullosos de ser, en palabras del escritor sionista Israel Zangwill (1864-1926), “*suffragettes* en pantalones”<sup>102</sup>.

Pero es verdad también que otros no comprendían que sus compañeras de lucha vivieran con antipatía el trato en exceso delicado y deferente que ellos, militantes activos de su misma causa, las brindaban (abrirles la puerta, sentarlas en una silla, llevarles objetos de peso, etc)<sup>103</sup>. En pleno y álgido proceso de empoderamiento femenino, las conductas y atenciones caballerosas estaban quedando relativamente desfasadas a ojos de las mujeres que se estaban constituyendo como sujetos políticos conscientes de su opresión. En consecuencia, muchas sufragistas rehuían del paternalismo masculino y buscaban la autonomía que se las había negado durante siglos

---

<sup>99</sup> EUSTANCE, Claire, “Citizen’s, scotsmen, bairns. Manly politics and women’s suffrage in the Northern Men’s Federation” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, op. cit., p. 186.

<sup>100</sup> Un boxeador, testigo del maltrato “brutal y vergonzoso” recibido por unas chicas sufragistas –por parte de opositores al sufragio femenino– se escandalizó ante semejante hecho y se incorporó por ello a la lucha por el voto femenino. De aquellos agresores valoraba que “toda la caballerosidad en su naturaleza se rebelaba contra la violencia de los más fuertes hacia los más débiles”. Ante este hecho, el boxeador protestó en nombre de “nuestra común virilidad”. JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, “Shared histories...”, op. cit., p. 14.

<sup>101</sup> Véase DWYCE TAYLOR, Eric, “Chivalrous men and voting women: The role of men and the language of masculinity in the 1911 California women suffrage campaign” en MCCALL, Laura y YACOVONNE, Donald (Eds.), *A shared experience: Men, women, and the history of gender*. Nueva York, New York University Press, 1998, pp. 297-322.

<sup>102</sup> JOHN, Angela V., “Men, manners and militancy. Literary men and women’s suffrage” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, op. cit., p. 88.

<sup>103</sup> Por ejemplo, Frederick Pethick-Lawrence, el día de su defensa como abogado de varias *suffragettes* en prisión, antes de que ellas y sus compañeras durante el juicio fueran a sentarse en el banquillo de las acusadas, como acto de caballerosidad él mismo limpió los asientos con su pañuelo. Lawrence rememoraba el éxito que tuvo aquel gesto gentil entre las mujeres que lo presenciaron.

y siglos. Precisamente, muchas de las lideresas distinguidas del movimiento sufragista desconfiaban del hecho de que sus compañeros se desviaran de lo que estimaban era su papel idóneo, es decir, auxiliar y secundario.

Los actos de resistencia pacífica y de desobediencia cívica eran las actuaciones más notorias que los hombres “aliados” debían desempeñar, nunca adoptar la estrategia “violenta”, únicamente reservada a las *suffragettes*<sup>104</sup>. La violencia sufragista femenina, de pretensiones “simbólicas” (daños en el mobiliario urbano, quema y destrucción de edificios y siempre evitando quebrantos físicos a personas) desentonaba con la que en ocasiones los hombres activistas ejercieron con “buenas” intenciones. Muchas la juzgaban de inmoral y, por consiguiente, sentían que era dañina para la imagen de su causa (fueran intentos de secuestro o ataques directos a personalidades públicas, etc). Este tipo de actuaciones eran interpretados como maneras de intervenir muy “masculinas”, pero al mismo tiempo desviadas de la recta conducta de un *gentleman* decoroso y respetable<sup>105</sup>.

Mientras las *suffragettes* procuraban evitar daños físicos, los varones, aun practicando los métodos de violencia simbólica, infringieron en no escasas ocasiones las vías aceptadas y consensuadas. En múltiples casos se embarcaron en un camino de violencia “excesiva” a juicio de sus compañeras, a veces carente de estrategia definida, suscitada más bien por cierta impulsividad reactiva<sup>106</sup>. Uno de los referentes del sufragismo masculino, Frederick Pethick Lawrence (1871-1961), ante estos sucesos aseguraba lo siguiente: “A lo largo de la historia, las mujeres han apoyado a los hombres en su lucha por la libertad”. Recordaba que “ellas han trabajado duro con ellos” y que “por lo tanto, no hay nada de sorprendente en el hecho de que en la lucha militante de las mujeres británicas por su propia emancipación, algunos hombres las hayan

---

<sup>104</sup> Su lema era “deeds not words” frente a la estrategia más consensual y constitucionalista de la NUWSS (National Union of Women’s Suffrage Societies). Esta última, en contraste, practicó en mayor medida el lobby parlamentario en coordinación con figuras masculinas de peso en la vida política.

<sup>105</sup> Así lo aprecia STANLEY HOLTON, Sandra, “Manliness and militancy. The political protest of male suffragists and the gendering of the “suffragette” identity” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, op. cit., pp. 128-129. Pethick Lawrence y su mujer objetaron de la deriva “violenta” de la WSPU (Women’s Social and Political Union) bajo el poderoso liderazgo de la familia Pankhurst.

<sup>106</sup> El caso de Hugh Franklin es, por lo menos, llamativo. Fue arrestado en 1910 por agredir con una correa de perro a Winston Churchill, contrario a la concesión del voto femenino y responsable, según Franklin, de la brutalidad policial sufrida por las sufragistas.

acompañado en su causa”<sup>107</sup>. Aun así, él mismo dejaba meridianamente claro que era un hombre y, como tal, no valoraba que fuese apropiado él mismo “tomar parte en las agitaciones llevadas a cabo por mujeres”<sup>108</sup>.

Como se observa, también es factible deslindar, lo mismo que en otros contextos históricos en los que los varones han participado en los movimientos feministas, las formas de proceder masculinas y femeninas<sup>109</sup>. Si partimos de un análisis de cómo se construye la masculinidad hegemónica, estas disimilitudes responderían a la asimilación de los varones de una noción de ser hombre conducente al empleo de la violencia. En este caso, la toma de un repertorio de acciones más disruptivas por parte de los sufragistas era el resultado de una reacción ante incidentes concretos, de ataques virulentos contra las *suffragettes* por parte de la policía o de la población civil (fuera en una manifestación, una conferencia o una redada policial). Es probable que entre parte de los hombres más comprometidos con la lucha se activara un sentido moral de reparación de la honra femenina vulnerada. Un comportamiento conforme a los códigos morales de la masculinidad caballeresca y tradicional<sup>110</sup>.

A partir de estas discrepancias, las tensiones entre mujeres y hombres no tardaron en brotar en el seno del movimiento sufragista británico. Christabel Pankhurst trató de poner orden: “Este es un movimiento de mujeres y sólo puede ser conducido por mujeres”. Estas palabras quizás fueran resultado de las tentativas masculinas a prevalecer y destacar frente a sus compañeras<sup>111</sup>. Estos comportamientos han sido y

---

<sup>107</sup> STANLEY HOLTON, Sandra, “The Pethick Lawrences and women’s suffrage” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, op. cit., p. 153.

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 145.

<sup>109</sup> No resultaría entonces casual el hecho de que se haya asentado la idea de que la revolución feminista, protagonizada efectivamente por mujeres, haya sido con mucha diferencia el proceso de revolución y movilización social más pacífico de la Historia. “El feminismo es y ha sido la única revolución pacífica de la historia de la humanidad, aunque haya sido y siga siendo una revolución teñida con la sangre de las mujeres violentadas y asesinadas”. LOMAS, Carlos, *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*. Barcelona, Península, 2008, pp. 15-16.

<sup>110</sup> De este modo lo define Sandra Stanley Holton como “impulso caballeresco” al hablar de varios casos STANLEY HOLTON, Sandra, “Manliness and militancy...”, op. cit., p. 125.

<sup>111</sup> Lawrence Housman, por ejemplo, reparó en la creciente hostilidad que las líderes del sufragismo sentían por los “excesos” tentativos de protagonismo y afán de liderazgo entre los varones integrados dentro del movimiento. Véase estas reflexiones de Housman y Christabel Pankhurst en STANLEY HOLTON, Sandra, op. cit., p. 184. Christabel también llegó a afirmar que “ningún hombre, ni siquiera el mejor de los hombres, vio jamás la cuestión del sufragio desde el mismo punto de vista que las mujeres”. Extraído de GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, “El sufragismo británico: narraciones, memoria e historiografía o el caleidoscopio de la historia”, *Ayer*, n° 68, 2007, p. 288.

siguen siendo fuente de reproches hacia los varones que toman este catálogo de actitudes dentro de los espacios feministas. Este sería muy probablemente uno de los primeros ejemplos históricos en el que se dio comienzo a una discusión que es más propia de los últimos decenios, en la cual se ha forjado una creciente división de sensibilidades.

Otro ingrediente generador de discordias entre mujeres y varones sufragistas se constata en la opinión de personajes del renombre del periodista y sufragista Henry Nevinston. El corresponsal británico presagiaba que el voto solamente podría, “tristemente”, ser obtenido “a través de los hombres”. Este sentido de omnipotencia masculina es asimismo un rasgo característico de la masculinidad. A menudo, los hombres en la asunción de su papel de “salvadores” han realzado su protagonismo y su agencia en detrimento del de las mujeres. Pese a todo, los sufragistas desempeñaron un activismo que los colocaba en la periferia de la toma de decisiones, lo que correspondería con una situación extraordinaria y poco común en cualquier otro movimiento político. La excepción, eso sí, la representaban parlamentarios y personalidades de relieve social a los recurría las sufragistas acudían por su reputación o peso político, pero casi siempre bajo las directrices de la cúpula dirigente femenina.

En cualquier caso, pese a las continuadas desavenencias, la gratitud de las sufragistas por el respaldo brindado por los hombres fue ostensible. Por ejemplo, Christabel Pankhurst, si bien crítica, se sentía “orgullosa” de los aliados sufragistas. Elogiaba su “caballerosidad” y disposición “varonil” porque combatían “bravamente por nosotras”<sup>112</sup>. Su alabanza buscaba remarcar una supuesta masculinidad gentil, altruista y bienhechora. Del mismo modo que en España, el varón sensible a la demandas sufragistas o feministas emanaba a todas luces una imagen varonil virtuosa a ojos de muchas de las pertenecientes al movimiento. De forma paralela, entre hombres antisufragistas y “prosufragistas” se disputaban quiénes ostentaban una imagen de caballerosidad protectora ideal. Cuidar de las mujeres negando sus derechos o reconociéndolos. Dicha competición entre varones de ambos bandos tuvo plasmación inclusive dentro de las ligas sufragistas de hombres. El ansia de revalidación genérica masculina se trasladaba paradójicamente hasta el campo de la militancia feminista. En

---

<sup>112</sup> JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, “Shared histories – differing identities”, op. cit., p. 27.

relación a esta cuestión, según Angela V. John, “las mujeres sufragistas también utilizaron la noción de dependencia femenina bajo la protección masculina como una estrategia para ganar apoyo masculino”<sup>113</sup>.

Sin abandonar la oleada sufragista británica, resulta fundamental citar la obra de Richard Symonds *Inside the citadel: Men and the emancipation of women 1850-1920* (1999), publicada dos años más tarde de la obra colectiva coordinada por Angela v. John y Claire Eustance<sup>114</sup>. Se trata de un estudio que nos sitúa en la contribución que los hombres hicieron entre 1850 y la Primera Guerra Mundial a la lucha por los derechos de las mujeres. Desde diversos ángulos, el autor profundiza en los perfiles de pensadores y políticos de la talla de John Stuart Mill, los también liberales James Stansfeld (1820-1898) y Jacob Bright (1821-1899) o el laborista Keir Hardie (1856-1915), quienes pelearon en el Parlamento por la consecución del voto femenino. El título del libro se basa en una frase que John Stuart Mill escribió en 1869 en su obra *La esclavitud de la mujer*. Mill auguraba que las mujeres nunca se emanciparían hasta que muchos hombres, dentro de la “ciudadela de privilegio” en la que vivían, se unieran a la batalla que las mujeres estaban librando:

“Toda lo que la educación y la civilización están haciendo para reemplazar la ley de la fuerza por la ley de la justicia permanece meramente en la superficie, mientras la ciudadela del enemigo, desde la que la mitad de la raza humana es descalificada, no sea asaltada... No se puede esperar que las mujeres se dediquen a la emancipación de la mujer hasta que los hombres, en cantidades considerables, estén preparados para unirse a ellas en la empresa”<sup>115</sup>.

Symonds también describe las iniciativas en favor de la educación femenina del teólogo Frederick Denison Maurice (1805-1872) y del filántropo Thomas Holloway (1800-1883); las labores periodísticas de William Thomas Stead (1849-1912); la alianza y colaboración de un número significativo de hombres con la abolicionista de la prostitución Josephine Butler; o la labor de los médicos perseguidos y encarcelados en Gran Bretaña por hacer disponible a mujeres información sobre anticoncepción y control de la natalidad.

---

<sup>113</sup> JOHN, Angela V., “Men, manners and militancy...”, op. cit., p. 89.

<sup>114</sup> SYMONDS, Richard, *Inside the citadel: Men and the emancipation of women, 1850-1920*. New York, St. Martin's Press, 1999.

<sup>115</sup> Extraído de SYMONDS, Richard, op. cit., p. 10.

Por último, para cerrar con las publicaciones que estudian el tema de los hombres feministas británicos del siglo XIX y principios del XX, agregamos el libro colectivo publicado en francés bajo el título *Ces hommes qui eposerent la cause des femmes. Dix pionner britanniques* (2010)<sup>116</sup>. Esta obra está compuesta de diez capítulos, cada uno dedicado a una figura eminente. William Godwin, John Stuart Mill, William Thompson, Edward Carpenter, William Johnson Fox, George Lansbury, Israel Zangwill, Frederick Pethick-Lawrence, Frederick Billington-Greig y Víctor Duval. Cada una de estas breves biografías se adentra en las relaciones de pareja y los entornos familiares de los biografiados, un elemento también relevante para entender mejor, en muchos casos, el compromiso de determinadas figuras masculinas por acabar con el estado de opresión social impuesto al sexo femenino. A parte, las autoras del mencionado libro *Ces hommes qui eposerent la cause des femmes...* coinciden en que el sujeto político del feminismo es la mujer. Las mujeres constituyen el sujeto colectivo de lucha contra las estructuras de dominación patriarcal, ya que históricamente han protagonizado y tomado la iniciativa de desobediencia y movilización frente al sistema que las oprime. Esta realidad no es incompatible con que la historia del feminismo se pueda definir como un proyecto cooperativo entre una cantidad creciente y abundante de mujeres y algunos hombres. Este enfoque integrador sustituye a la visión del feminismo como la lucha exclusiva de las mujeres por su liberación. Lo hace sin contradecir, al tiempo, la idea de que el sexo femenino en su conjunto sea, en efecto, el sujeto colectivo de transformación.

## **2.2 - Del liderazgo a la “retaguardia”: El respaldo masculino en los orígenes del feminismo estadounidense, alemán y francés**

La problemática sobre el sujeto político del feminismo y sobre cómo etiquetar a los hombres que participaron en la lucha por los derechos de la mujer ha preocupado a una parte de especialistas que se han acercado a la materia. Los pocos trabajos que se han enfrentado al estudio del papel de los hombres en los feminismos históricos en Alemania, EEUU y Francia han adoptado también diferentes puntos de vista al respecto.

---

<sup>116</sup> Precediendo a los análisis biográficos contenidos en la obra, destaca el prólogo de la reconocida historiadora Geneviève Fraisse, así como una presentación de Michel Prum y, de seguido, la introducción al libro de Martine Monacelli. MONACELLI, Martine y PRUM, Michel (Coords.), *Ces hommes qui eposerent la cause des femmes. Dix pionner britanniques*. Paris, Les Éditions de l’Ateleur, 2010.



Sobre este asunto, cabe recordar algo evidente: el número de hombres que participaron y participan activamente en la lucha feminista no puede compararse, ni de lejos, con el de las mujeres. Por lo tanto, ese reconocimiento al respaldo masculino no conlleva sobredimensionar su contribución histórica que, después de todo, no ha resultado ser tan residual como en un principio pudiera imaginarse. A tenor de ello, la historia del feminismo, para algunas y algunos especialistas, ha consistido en un esfuerzo de colaboración mutua. En ese proceso, los sujetos de ambos sexos han tomado su conciencia feminista por complejas y diversas causas. Al fin y al cabo, tanto esa toma de conciencia como las prácticas políticas se han efectuado y se efectúan bajo dos condicionantes: la posición sexual (sea de privilegio o de subalternidad) que ocupa cada sexo en el sistema patriarcal y, por consiguiente, su identidad de género. Estos factores subyacentes se trasladan casi inexorablemente a los discursos y prácticas feministas de hombres y mujeres.

A este respecto, Katherine E. Hubler en su tesis doctoral sobre los hombres en el feminismo alemán *Man's duty to woman: Men and the first wave of German feminism, 1865-1919* se adhiere a la idea de que la participación de los varones en los feminismos históricos requiere de un análisis específico<sup>117</sup>. En su estudio también parte de la idea de que los hombres comprometidos con los derechos del otro sexo ejercieron incluso, durante un tiempo, una posición de mando en el movimiento, algo no exento de fluctuaciones y conflictos con sus compañeras. Esta realidad también se dio en los orígenes del feminismo en Francia y contrasta con el incontestable liderazgo de las mujeres en el sufragismo británico.

Concretamente, Hubler ha trazado una historia sobre la participación de los hombres en el feminismo organizado y sus contribuciones teóricas durante la Alemania imperial. En su trabajo aborda la colaboración de intelectuales y políticos en periódicos feministas, en colectivos por el sufragio de la mujer y por la promoción de su educación. Se adentra en analizar no sólo la ayuda masculina en la construcción de la primera ola del feminismo germano sino también de qué forma el feminismo moldeó la masculinidad de aquellos defensores de los derechos civiles, políticos y económicos de las mujeres. La autora del estudio ha pretendido contrarrestar, en primer lugar, el tópico

---

<sup>117</sup> HUBLER, Katherine E, *Man's duty to woman: Men and the first wave of German feminism, 1865-1919*. Boston College, 2012.

recurrente que retrata a Alemania como una nación especialmente hostil a los derechos de las mujeres. Una reputación alimentada por la misoginia de Schopenhauer, Nietzsche o Moebius y el lema popularizado por el Tercer Reich del “*Kinder, Küche, Kirche*” (niños, cocina e iglesia) para las mujeres, cuyo origen se remonta a la Alemania del siglo XIX.

Hubler sugiere, en su investigación, que los “aliados” masculinos del feminismo alemán estuvieron no sólo motivados por su misión de mejorar la condición de la mujer, sino que además se vieron movidos por un deseo más soterrado, el de “utilizar” las “energías” espirituales y biológicas de las mujeres para la culminación de sus proyectos ideológicos. Pero la autora, simultáneamente, considera un factor fundamental para la consecución de los derechos de las mujeres el consenso cada vez mayor entre amplias capas de la intelectualidad alemana por satisfacer las demandas procedentes del feminismo. En Alemania la estrategia propuesta por el ilustrado alemán Theodor Gottlieb Von Hippel (1741-1796) fue perdiendo adeptos. Hippel, a principios de siglo, abogaba por que los hombres acaudillasen la emancipación del otro sexo. Pero no porque las mujeres no estuviesen naturalmente capacitadas, sino porque partía de la idea de que dada su precaria situación no disponían aún de los medios ni recursos para poder llevarla a cabo. En el terreno político, esta ascendente aceptación durante el siglo XIX se produjo sobre todo en el Partido Socialdemócrata de August Bebel (1840-1913) y entre los demócratas liberales. Hubler destaca que los líderes políticos también formularon sus posturas favorables a las reformas igualitarias en términos caballerescos y paternalistas, lo que preservaba y amplificaba su virilidad.

Al rastrear entre los orígenes de este respaldo masculino, la historiadora estadounidense sostiene que, mientras hombres liberales y reformadores sociales lideraron la mayoría de las asociaciones por la promoción educativa y profesional de la mujer, a partir de la década 1870 ese liderazgo masculino en Alemania comenzó a ceder el paso al de las mujeres. Un proceso muy parecido al que sucedió también en Francia en ese periodo, tal como ha descrito el sociólogo Alban Jacquemart.

Si hacemos un análisis comparativo, de la misma manera que en los casos de Francia e Inglaterra, en Alemania afloraron diferencias entre grupos feministas con respecto a la inclusión de los hombres y su rol a desempeñar en el movimiento. Hubo

mujeres militantes que apostaban por la administración y dirección de los hombres en colectivos mixtos. Otras preferían fomentar la autoayuda entre mujeres para desprenderse del sostén de los varones, ganar autonomía y redefinir la naturaleza de las organizaciones para que se convirtiesen en asociaciones de membresía exclusivamente femenina. Algunos de los varones que ayudaron y fundaron esas organizaciones quedaron incluso, con el tiempo, excluidos de las mismas. Sin embargo, en muchas ocasiones se readaptaron a la nueva realidad, por lo que pasaron a ser miembros honorarios, colaboradores, consultores, etc.

Hubo mujeres activistas del primer feminismo alemán que lamentaron esta exclusión por cuestiones prácticas y estratégicas. Generalmente, las organizaciones mixtas disponían de más recursos financieros y contactos con la administración y el poder político que determinados hombres podían conseguir<sup>118</sup>. Como dato a poner sobre la mesa, en 1908 los hombres constituían aproximadamente el nueve por ciento de la membresía total de las asociaciones sufragistas alemanas. A pesar de que los hombres se fueron retirando de los puestos de mando, esta cantidad porcentual nos habla de un amplio número de hombres comprometidos en estas causas<sup>119</sup>.

En esas condiciones, muchos de los reformadores profemeninos y feministas alemanes comenzaron a ser más proclives a delegar el liderazgo y la dirección a las mujeres. Tomaron ese camino al entender que las encargadas principales de su emancipación eran ellas mismas<sup>120</sup>. En este aspecto, cabe resaltar que el papel que las mujeres en Alemania jugaron en el terreno de la caridad y la beneficencia fue muy importante. A esto hay que añadir que existía una tradición de disidencia religiosa protestante, ya desde los años 40 del siglo XIX, que asignaba al sexo femenino puestos y lugares comúnmente vetados, por lo que no era extraño en la cultura alemana la llamada de mujeres para emprender actividades fuera del hogar. En estos espacios de contestación religiosa, hombres como el sacerdote Adolf Stöcker (1835-1909) apoyaron muy particularmente a la Liga de Mujeres Protestantes Alemana, una de las primeras organizaciones feministas del país.

---

<sup>118</sup> HUBLER, Katherine E, op. cit., p. 58.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 10.

Asimismo, en Alemania existía una arraigada ideología maternalista, sumándose una concepción de la feminidad que la asociaba a la superioridad moral y, en consecuencia, a una facultad regeneradora de la nación. Una nación que debía hacer frente a los problemas sociales ligados a una fuerte y acelerada industrialización de su economía. Todo ello contribuyó de forma decisiva al desarrollo del movimiento de mujeres en Alemania y a que una cantidad significativa de hombres se vieses atraídos por conceder espacios de poder y derechos en condiciones de igualdad al sexo femenino<sup>121</sup>. A tenor de estas particularidades, el feminismo germano se caracterizó, además, por su aglutinamiento de demandas ante todo moderadas, por su énfasis en el cultivo de las virtudes naturales consideradas femeninas y por una estrategia retórica que enfatizaba en el servicio de las mujeres a la nación. Según Hubler, en lugar de recurrir a los principios filosóficos ilustrados cimentados en la universalidad de derechos, se insistió antes que nada en las distinciones de género. Eso permitió que fuera menos problemático para los hombres apoyar reformas de signo feminista.

Una manifestación de ese apoyo masculino cristalizó en la creación de la Liga Alemana de Hombres para el Sufragio Femenino. De forma análoga a Francia e Inglaterra, algunos de los miembros de esta liga de hombres tuvieron puestos importantes en las instituciones y en partidos políticos. A diferencia de España, no fueron “observadores remotos”. Del mismo modo de nuevo que en Inglaterra y Francia, los alemanes trabajaron junto a mujeres y colaboraron estrechamente en asociaciones sufragistas dirigidas exclusivamente por ellas. A modo de ejemplo, el periodista liberal Hellmut Von Gerlach (1866-1935) se sintió muy cómodo trabajando hombro con hombro con mujeres y recibiendo órdenes de ellas en los espacios de las asociaciones feministas a las que perteneció. A diferencia de su amigo el liberal y pastor protestante Friedrich Naumann (1860-1919), defensor algo más moderado de los derechos de las mujeres, Gerlach no encontró incongruencia en los hombres que se autodenominaban “feministas”<sup>122</sup>.

El apoyo a las reclamaciones feministas en la Alemania imperial provino de lugares muy dispares. Del mismo modo que en las sociedades anglosajonas, hubo pastores protestantes alemanes que reclutaron mujeres para obras de caridad y las

---

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 151.

otorgaron puestos relevantes. Sin embargo, estas invitaciones y colaboraciones no siempre suponían un apoyo necesariamente inequívoco al feminismo o la igualdad. En la mayoría de los casos, en palabras de Hubler, reflejaban la disposición para explotar el potencial político que ofrecía la adhesión de las mujeres. Al igual que en España, había también motivaciones competitivas entre partidos y adversarios políticos por granjearse el apego de la población femenina.

En múltiples casos, se entremezclaron ambas voluntades, deseos de oportunidad política y un impulso justiciero sincero y comprometido por mejorar las condiciones de vida de las mujeres. Un hecho paradigmático fue la concesión del voto a las mujeres en Alemania, una recompensa por el servicio leal de las mujeres y su sacrificio durante la guerra, algo que en España no se produjo por su condición de país neutral durante la contienda. La consecución del voto se aprobó por una multiplicidad de razones tanto ideológicas como de estrategia electoral y política.

Por otro lado, Hubler, intenta explicar cómo los hombres alemanes reconciliaron sus identidades masculinas mientras paralelamente se comprometían con la causa de los derechos de las mujeres. A su juicio, lo hicieron durante un tiempo en el que el feminismo de la primera ola alcanzó su cenit y la masculinidad tradicional alemana fue por ello desafiada. Lo que en este estudio Hubler identifica como crisis de la masculinidad en la sociedad germana a finales del XIX, realmente fue, a nuestro modo de ver, una manifestación más de redefinición social de la masculinidad, una resignificación siempre acotada a un modelo tradicional de la misma.

Si proseguimos con cuestiones relativas al concepto de masculinidad de los defensores profemeninos y feministas alemanas cabe resaltar otro interesante factor. Como en el caso español, el paternalismo y la ética caballerescas estuvieron muy presentes en determinados “aliados” del feminismo alemán. El militar Philipp Anton Korn (1810-1886), por ejemplo, adoptó una actitud paternalista al fijar la emancipación de la mujer bajo la dirección y protección caballerescas de los varones, lo cual no siempre sentó bien entre las feministas alemanas. Korn dio un paso más allá de sus contemporáneos y generó incluso una suerte de mitología personal, retratándose a sí mismo como un emancipador pionero y noble héroe de las mujeres de clase media

germanas. Se trataría de una forma de revalidación de la masculinidad compatible con su esforzado trabajo por la emancipación de la mujer.

No obstante, un ejemplo opuesto lo representó Karl Heinzen. Hubler lo cataloga como el hombre feminista alemán más radical de su tiempo, profundamente crítico con la masculinidad imperante. Heinzen propuso que sólo a través del reconocimiento de la igualdad de las mujeres podrían los hombres darse cuenta de su humanidad y ganar el derecho de llamarse “hombres de verdad”. Creía que la feminidad y el feminismo podrían rescatar y restaurar la masculinidad germana<sup>123</sup>. Pero discursos como el suyo fueron muy minoritarios, tanto en Alemania como en otros países.

Una vez hecho el repaso por los estudios históricos de los casos británico y alemán, fuera de la órbita historiográfica también cabe resaltar que hay varios trabajos académicos sobre EEUU y Francia. Aunque estos últimos estén firmados mayormente por sociólogos, merece la pena reseñarlos al guardar similitudes con la presente investigación. El primer de ellos es el del sociólogo Michael Scott Kimmel, es *Against the tide: Pro-feminist men in the United States, 1776-1990: A documentary history* (1992). Este esclarecedor estudio demuestra cómo en EEUU los varones solidarios con los derechos de las mujeres conformaron una tradición minoritaria, pero constituida por relevantes personalidades. Entre ellas están el revolucionario Thomas Paine, el abolicionista y reformador social William Lloyd Garrison, los también abolicionistas Frederick Douglass, Wendell Phillips y Parker Pillsbury, el poeta y humanista Walt Whitman, el sociólogo panafricanista W.E.B Du Bois, o el filósofo y pedagogo John Dewey, etc<sup>124</sup>.

El autor, en esta misma obra, ofrece una selección que reúne una gran cantidad de textos de ilustres feministas norteamericanos desde el siglo XVIII hasta la actualidad<sup>125</sup>.

---

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>124</sup> Con estos hombres y otros estadounidenses feministas sucede lo mismo que con los británicos. Dentro de la historiografía norteamericana hay también una nutrida producción de libros y artículos dedicados a analizar su discurso feminista, en contraposición con la historiografía española: ROBERTSON, Stacey M., *Parker Pillsbury: Radical abolitionist, male feminist*. Nueva York, Cornell University Press, 2007; LEMMONS, Gary L., *Womanist forefathers: Frederick Douglass and W.E.B. Du Bois*. Albany, University of New York Press, 2009; CENIZA, Sherry, *Walt Whitman and nineteenth century women reformers*. Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1998; MARTÍNEZ ALEMAN, Ana M., *John Dewey: A Feminist consideration of his concepts of the individual and sociality*. University of Massachusetts at Amherst, 1992.

<sup>125</sup> Otra antología de textos recientemente publicada, en este caso en torno a los escritos elaborados por

Se trata de hombres que desde antes de la Convención de Séneca Falls ya reivindicaron reformas encaminadas a la adquisición por parte de las mujeres de sus derechos de ciudadanía<sup>126</sup>. Además de la igualdad educativa, deliberaron sobre los beneficios de la independencia económica de las mujeres a través de la libre elección de profesiones de las que estaban legalmente excluidas. Intelectuales como el socialista utópico Robert Dale Owen y el sociólogo y psicólogo social George Herbert Mead (1863-1931) congeniaron con el derecho de las mujeres a ser independientes económicamente y a desempeñar empleos ajenos a los roles sexuales tradicionales.

Desde posturas abolicionistas de la esclavitud, muchos hombres estadounidenses trabajaron por la ampliación de los derechos políticos de la mujer. El teólogo abolicionista Theodor Parker (1810-1860) o el escritor, abogado y político republicano George W. Julian (1817-1899) son ejemplos notables a mencionar. Con posterioridad, nombres del prestigio de William Lloyd Garrison, Frederick Douglass y W. E. B. Du Bois cooperaron activamente en la consecución del sufragio femenino<sup>127</sup>. Después de la Guerra Civil, algunos hombres participaron en organizaciones sufragistas, como la Asociación Estadounidense de Igualdad de Derechos (AERA), la Asociación Americana de Sufragio de las Mujeres (AWSA) o en la Asociación Nacional Americana de Sufragio de Mujeres (NAWSA). Por ejemplo, la AWSA fue cofundada por la sufragista Lucy Stone y su esposo, el empresario y reformista social Henry Blackwell (1825-1909). En 1910 se fundó la Men's Leagues for Woman Suffrage, a imitación de la organización inglesa del mismo nombre. En 1912 tenía ya unos 20.000 miembros en todo el país. Max Eastman fue un líder clave para el establecimiento de esta liga en Nueva York, el estado en el que tuvo mayor implantación. Entre sus miembros más prominentes se encuentran el rabino demócrata Stephen Samuel Wise (1874-1949), el

---

sufragistas británicos de finales del siglo XIX y principios del XX, es la siguiente MONACELLI, Martine (Ed.), *Male voices on women's rights: An anthology of nineteenth-century British texts*. Manchester University Press, 2017.

<sup>126</sup> En aquel acto fundacional del movimiento sufragista acudieron también hombres. La Declaración de Sentimientos fue firmada por sesenta y ocho mujeres y treinta y dos varones.

<sup>127</sup> En el *Heraldo de Madrid* encontramos una interesante noticia. En este diario se refleja el agradecimiento galante y caballeroso que sintieron algunos activistas antiesclavitud afroamericanos hacia las abolicionistas que formaban el movimiento sufragista estadounidense. Tras la lectura de la crónica suponemos casi sin ninguna duda que “un negro llamado Douglass” se refiere a Frederick Douglas: “Cuando se constituyó en Washington el Consejo internacional ocurrió un hecho digno de citarse. Un negro llamado Douglas entró en la sala donde las mujeres se reunían, y entregándolas unas flores exclamó: Vosotras nos habéis ayudado a conquistar la libertad; nosotros os ayudaremos para que las últimas esclavas se emancipen”. “Un congreso feminista”, *Heraldo de Madrid*, 19 junio 1906, p. 5.

periodista Oswald Garrison Villard (1872-1914) o el ya citado John Dewey.

Por otra parte, en este mismo libro, Michael Scott Kimmel confesaba la reacción que suscitaba, entre sus compañeras feministas, el hecho de que estuviese escribiendo una antología sobre los hombres comprometidos con los derechos de las mujeres en EEUU. Esa misma sensación que experimentó Kimmel sentí yo mismo antes de que me decantase por el presente objeto de estudio. Posteriormente, mis dudas se fueron disipando, de forma semejante a lo que le ocurrió al propio Kimmel: “Finalmente hemos reunido una larga lista de hombres que apoyaron la emancipación femenina”<sup>128</sup>. No obstante, el sociólogo norteamericano prefiere dar uso al término “profeminista” para hablar de los hombres.

Tras un tiempo de deliberación opté decididamente por el concepto “feminista”. Prescindimos, definitivamente, del prefijo “pro”. Además de ser redundante, no comparto con el sociólogo norteamericano sus razones. Evita el adjetivo “feminista” porque lo considera un término excesivamente reciente para aplicarse a una realidad histórica de finales del siglo XVIII y del siglo XIX. Él retrotrae la creación del vocablo a comienzos del siglo XIX. Pese a que “feminismo” como concepto político fue popularizado –no creado– principalmente por Alejandro Dumas en 1872, la valoración de Kimmel tampoco es del todo acertada. No lo es tampoco porque a pesar de que hombres y mujeres activistas o intelectuales del pasado, comprometidos por los derechos de las mujeres, no sintonizaran con o desconocieran el vocablo, desde el análisis histórico es perfectamente posible utilizar la denominación “feminista”. Obviamente, se trata de una categoría que permite adjetivar y catalogar ideológicamente a sujetos y colectivos del pasado que lucharon por mayores cotas de igualdad entre mujeres y hombres, independientemente de su sexo.

Otro asunto reside, más allá de los criterios cronológico-temporales, en lo tocante a la condición sexual y de género de los sujetos. Kimmel en este punto recalca que para “ser feminista” se requiere de “experiencia de opresión”, de la que carecen los varones por su situación de privilegio en el sistema sexo-género<sup>129</sup>. Sostiene, en efecto, que

---

<sup>128</sup> KIMMEL, Michael Scott y MOSMILLER, Thomas E., op. cit., p. 19.

<sup>129</sup> *Ibidem*, pp. 2-3. Simone de Beauvoir, partiendo de su existencialismo, arrojó ya en su momento una idea que contribuye a detenernos a pensar cómo la “experiencia vivida” –título del segundo tomo de *El*



existen patrones que moldeaban los discursos de hombres feministas del siglo XIX y gran parte del XX. Sin embargo, los que especifica fueron comunes dentro del feminismo en general, sin distinción del sexo. Mujeres feministas de diferentes orientaciones políticas, ideológicas y culturales recurrieron a la esperanza de que la inclusión de las mujeres en la vida política ejercería una influencia muy positivo y regenerador en la sociedad. Partieron de la impresión de que la naturaleza femenina evocaba la encarnación de la filantropía y la superioridad moral. Esta interpretación no fue asumida en exclusiva por los hombres, al contrario de lo que observa Kimmel, fue también consustancial a los feminismos a nivel internacional de la época. Los hombres y mujeres que reclamaron la equiparación de derechos partieron por igual de estas premisas que entroncaban con la idealización del sexo femenino redentor. En resumen, a diferencia de lo apuntado por Kimmel, lo que dota fundamentalmente de especificidad al feminismo de hombres radica en los rasgos propios de la noción hegemónica y tradicional de masculinidad.

En otro orden de cosas, en su libro Kimmel afirma que los hombres fueron reactivos a las estrategias desarrolladas por los movimientos de mujeres<sup>130</sup>. Asimismo, ha mantenido algo que tampoco se podría considerar del todo correcto, la idea de que los hombres “utilizaron el feminismo como vehículo para reformar la masculinidad”. Las estrategias retóricas de los hombres, según su perspectiva, vendrían a ser un intento de paliar una crisis de la masculinidad<sup>131</sup>. Kimmel, del mismo modo de que Hubler en el caso alemán, sitúa demasiado pronto la crisis de la masculinidad, lo hace a finales del siglo XIX, lo mismo que autoras como Brett Carroll<sup>132</sup>. Resulta más preciso, en definitiva, ubicarla a partir de los años 70 del siglo XX. Es cierto que, en los EEUU de fin de siglo, tal como el propio Kimmel señala en su libro, se produjo una fuerte industrialización de la economía –a partir de la Guerra de Secesión–, lo que fue

---

*segundo sexo* (1949)– condiciona nuestro grado de sensibilización y compromiso ante la situación de las mujeres, es decir, en correspondencia al lugar que ocupamos cada sujeto en el sistema sexo/género: “conocemos más íntimamente que los hombres el mundo femenino, porque en él tenemos nuestras raíces; captamos con mayor inmediatez lo que significa para un ser humano el hecho de ser femenino; y nos preocupamos más por saberlo”. BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, 2008, p. 62.

<sup>130</sup> KIMMEL, Michael Scott, “From conscience and common sense...”, op. cit., p. 22.

<sup>131</sup> *Ibidem*, pp. 22-23.

<sup>132</sup> CARROLL, Bret, *American masculinities: A historical encyclopedia*. Nueva York, SAGE Publications, 2003, p. 117.

acompañada de una proletarización femenina sin precedentes<sup>133</sup>. También es innegable que los avances legislativos obtenidos por el movimiento feminista norteamericano se pueden considerar lo suficientemente relevantes como para que surgieran reacciones que pretendieran reubicar a hombres y mujeres en lugares de antaño<sup>134</sup>.

Está estudiado que las guerras contemporáneas, sobre todo las mundiales, pero incluyendo la de secesión americana, arrastraron a gran cantidad de mujeres a sectores económicos de los que antaño estuvieron muy al margen, pero sólo para sustituir a los hombres temporalmente. Una vez finalizados los conflictos, el retorno de la población femenina a sus tareas tradicionales fue relativamente rápido. Si bien esta coyuntura dejó huellas imborrables, no tuvo todavía repercusiones demasiado significativas en la conciencia colectiva masculina. En aquel trasfondo de capitalismo industrial, el hombre continuaba, sin discusión, ostentando la imagen del proveedor familiar. Es evidente, por supuesto, que las revoluciones económicas y sociales abocan a procesos de reconstrucción genérica, pero no necesaria ni inexorablemente a crisis localizadas o sucesivas durante los siglos XIX y XX, tal como se ha interpretado habitualmente.

Por otra parte, en la órbita académica francesa también ha habido acercamientos al tema de los hombres feministas en la historia, concretamente sobre intelectuales franceses. En la década de 1970, por ejemplo, fue la escritora feminista Benoîte Groult quien rindió homenaje a aquellos hombres en su libro *Le féminisme au masculin* (1977). Una década después, la filósofa Élisabeth Badinter en *Paroles d'hommes (1790-1793)*, publicado en 1989, resaltaba los contrastes entre el ideario de Rousseau con respecto a la mujer y la preocupación por mejorar el status legal del sexo femenino de D'Alembert o Diderot<sup>135</sup>. Del mismo modo, trató la sensibilidad al respecto de girondinos como

---

<sup>133</sup> Véase KIMMEL, Michael Scott (Ed.), *Manhood in America: A cultural history*. New York, New York Free Press, 2012. Elisabeth Badinter también plantea el desarrollo de una crisis de la masculinidad entre los siglos XIX y XX que impregna a las sociedades industrializadas, porque se ve acompañada por un cambio estructural de las condiciones socio-económicas del capitalismo: BADINTER, Elisabeth, *XY: La identidad...* op. cit. Una tesis parecida se sostiene en RAUCH, André, *Crisis de la identidad masculina. 1789-1914*. París, Hachette Literature, 2000. George Mosse, por otra parte, sitúa la masculinidad moderna con la Revolución francesa, es decir, el patrón de masculinidad hegemónica de corte burgués. MOSSE, George, *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Talasa, Madrid, 2000.

<sup>134</sup> Probablemente se haya hecho un abuso de la noción “crisis de la masculinidad” para identificar lo que probablemente han sido procesos de redefinición o, en efecto, de crisis de modelos concretos de masculinidad en distintos ciclos históricos. Sobre los excesos en el uso de este concepto ALLEN, Judith, “Men interminably in crisis?”, *Radical History Review*, nº 82, 2002, pp. 191–207.

<sup>135</sup> El filósofo antifeminista Edmundo González Blanco también calificó al ilustrado francés D'Alembert

Nicolas de Condorcet, Jacques-Marie Rouzet (1743-1820) o Pierre Guyomar (1757-1826), y de jacobinos como Gilbert Romme (1750-1795) o Joseph Lequinio (1755-1814)<sup>136</sup>.

Pero la investigación que se ha aproximado de un modo más profundo al papel de los hombres en la lucha por los derechos de la mujer en Francia ha sido la del sociólogo francés Alban Jacquemart, en concreto su tesis doctoral *Les hommes dans les mouvements féministes français (1870-2010). Sociologie d'un engagement improbable* (2011). Este autor ha realizado entrevistas a activistas actuales del movimiento de hombres feministas en Francia y ha rastreado sus orígenes en la Tercera República. Se trata de un trabajo que, partiendo de una mirada sociológica más que histórica, completa lo que los otros estudios dentro del mundo académico francés han aportado sobre la implicación histórica de los hombres en el feminismo y en la defensa de los derechos de las mujeres en Francia.

En el caso de Jacquemart, sus apreciaciones toman partido con respecto de los debates recientes que en los feminismos están teniendo lugar alrededor de la controversia hombres-feminismo. Considera que la exclusiva identificación entre mujeres y feminismo esencializa a las propias mujeres y por consiguiente al sexo masculino. En vista de ello, según su opinión, se conduce a una suerte de negación de la diversidad real de los varones, homogeneizándolos dentro de una perspectiva que los reduce a ser meros opresores.

Entre las páginas de su investigación se plantea interrogantes en torno a qué lógicas sociales han permitido que ciertos hombres hayan asumido compromisos igualitarios y, en algunos casos, qué razones vitales e ideológicas han conducido a decantarse por la militancia feminista. En un ejercicio pluridisciplinar entre sociología, politología e historia, pero ante todo de sociología de la militancia, Alban Jacquemart responde a sus propias preguntas a partir de dos niveles: trazando trayectorias biográficas de militantes y, por otro, partiendo de análisis más macro, es decir, de índole

---

de “paladín”, de “verdadero estratega y rey del feminismo”. Discrepaba al mismo tiempo de los que etiquetaba de “sentimentales emancipadores de la mujer”. GONZÁLEZ BLANCO, Edmundo, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*. Editorial Reus, 1930, p. 117 y p. 29.

<sup>136</sup> BADINTER, Élisabeth, *Paroles d'hommes (1790-1793)*. POL Editeur, Paris, 1989.

histórico-cultural<sup>137</sup>. El sociólogo francés trata las experiencias en el ámbito familiar, profesional y militante que en principio favorecerían la militancia feminista masculina. También, por último, atiende a la problemática en torno a la construcción de una identidad feminista militante de hombres y las vías por las que han enfrentado y enfrentan contradicciones al respecto.

En el terreno histórico, este estudio se retrotrae al primer grupo feminista francés, creado en 1868. Ese año, la periodista socialista y librepensadora André Léo (1824-1900) impulsó la creación de la Liga por los Derechos de las Mujeres, que reapareció en 1869 como Sociedad de los Derechos de las Mujeres<sup>138</sup>. Para ese tiempo ya integraba tanto a mujeres como a varones. Rápidamente el movimiento feminista emergente se constituyó en torno a un hombre, el periodista librepensador Léon Richer (1824-1911), quien alcanzó un papel dirigente y reconocido en el primer movimiento feminista francés<sup>139</sup>. En España, si se marca una comparativa, no hubo una figura de estas características que liderase o cuyo nombre revistiera una imagen tan distinguida y prestigiada. Tampoco hubo un grupo de varones en esta época que se integrara en una asociación feminista mixta.

La estrategia de Léon Richer fue la de crear red y hacer presión institucional a través del peso político de diputados y otros cargos, sobre todo republicanos, de los que buscaba su afiliación<sup>140</sup>. Utilizó las mismas tácticas que en Inglaterra emplearon otros hombres y mujeres del movimiento sufragista. Es importante tener en cuenta que, a la altura de 1868, la publicación de un periódico político sólo podía salir adelante

---

<sup>137</sup> A lo largo del estudio de Jacquemart se pretende deslindar entre dos tipologías de compromiso masculino en el activismo feminista: el modelo humanista y el modelo de identidad. Esta clasificación resultaría excesivamente dicotómica y algo reduccionista, aunque marca de manera acertada dos de las principales razones por las cuáles los varones, hoy en día, se suman al movimiento por la igualdad de género. Confluyen, según este esquema, un sentido de justicia y, por otra parte, la toma de conciencia en la reversión de una masculinidad virulenta y alienante tanto para los hombres como para todo su entorno.

<sup>138</sup> Los estatutos de la compañía, fechados en septiembre de 1869, fueron rubricados por 7 mujeres y 7 hombres. La sociedad se dedicaba entonces a la creación de escuelas para niñas. Entre los que firmaron estaban los republicanos Adolphe Guérault (1810-1872) y el francmasón Charles Fauvéty (1813-1894), antiguos saintsimoniano y fourierista respectivamente. JACQUEMART, Alban, *Les hommes dans les mouvements féministes français (1870-2010). Sociologie d'un engagement improbable*. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), 2011, pp. 60-61.

<sup>139</sup> André Léo apostó por el derecho al sufragio frente a la orientación estratégica cautelosa de Léon Richer. No obstante, Léon Richer envió proyectos de ley para modificar el trato discriminatorio con la mujer contemplado en el código civil.

<sup>140</sup> La primera oficina de la Asociación para los Derechos de la Mujer tuvo mayor número de hombres que de mujeres. El grupo de Nantes de la asociación fue creado en 1872 por una mayoría de hombres.

legalmente bajo la dirección y patrocinio de un hombre<sup>141</sup>. Por otra parte, los hombres podían proveer de fondos financieros necesarios para los gastos y el funcionamiento de una asociación o de un periódico. Además, el fuerte capital cultural, social y político de determinados hombres añadía crédito y respetabilidad a los reclamos del movimiento, ante una opinión pública en ofensiva a cualquier iniciativa femenina y más si transgredía mínimamente los consensos culturales de género. Por ejemplo, el novelista Víctor Hugo, apoyó a través de una carta pública, fechada en 1872, a la Asociación por los Derechos de las Mujeres. El autor de *Los Miserables* (1862) desprendía una imagen de prestigio cultural y social. Años después, en 1883, llegó a obtener la presidencia honoraria de la Liga Francesa para los Derechos de la Mujer (LFDF)<sup>142</sup>. Sin embargo, aunque Léon Richer y las mujeres pertenecientes a su grupo lograron sumar a sus filas a algunos hombres, los números siguieron siendo bastante modestos.

Los desacuerdos y choques de algunas compañeras con Richer sobre la lucha por el voto, según Jacquemart, hicieron brotar las primeras dudas en torno a qué papel debían jugar los varones en el movimiento. En relación a estos primeros escepticismos son interesantes las declaraciones de la pensadora masona María Deraismes (1828-1894). Quien fuera cofundadora junto con el político republicano George Martin (1844-1916) de la Orden Masónica Mixta Internacional coincidía con otras feministas de su tiempo en que la estrategia de pequeños pasos, desarrollada a su juicio generalmente por hombres, provenía del hecho de que “no son solicitados por intereses tan inmediatos, tan directos como los nuestros”. En esta atmósfera emergieron poco a poco asociaciones con métodos más subversivos y formadas en exclusiva por mujeres. Por ejemplo, María Deraismes, quien estuvo trabajando con Léon Richer, asumió la administración de la Sociedad para el Mejoramiento de la Condición de la Mujer en 1878. Poco después, en 1881, esta asociación revisó sus estatutos. Aunque entre sus normas no se excluyera a los varones de su ingreso, acabó reservando los cargos ejecutivos exclusivamente a mujeres.

De este modo, a la par que en Alemania se fue produciendo una feminización

---

<sup>141</sup> Hubertine Auclert, quien lanzara su periódico *La Citoyenne* en 1881, recibió un considerable sostenimiento financiero por parte del diputado republicano Joseph de Gasté (1811-1893), calificado en su época de “patrocinador feminista”.

<sup>142</sup> La LFDF tenía 191 afiliadas y afiliados, la mitad de los cuales eran hombres.

paulatina de la militancia, se fue acelerando un desplazamiento de los hombres de los puestos más altos en los diversos organismos del movimiento<sup>143</sup>. Como en el caso británico, se asumía que ellos ocupasen un lugar más discreto, de “auxiliares generosos”, porque las mujeres deseaban, cada vez más, demostrar sus dotes de organización y liderazgo. En paralelo, algunas desconfiaron aún más que antes de la sinceridad del compromiso de sus compañeros. Otras que no concebían su exclusión buscaron la paz con los varones y atenuaron las discordias. La división se acrecentó en este punto. En determinados círculos se veía necesaria su participación, pero regulada, puesto que la colaboración con hombres de notable proyección pública beneficiaba a la causa. Pero también observaban que estos perfiles masculinos no solían contentarse con ser sólo militantes de base<sup>144</sup>. No obstante, para el ala más “reformista” era preciso guardar un equilibrio. El desafío principal era mantener la complicidad de los hombres mientras se los alejaba de la dirección del movimiento. Desde la Unión Francesa para el Sufragio de las Mujeres se decía: “Es mejor llevar a los parlamentarios con miel que con vinagre”<sup>145</sup>.

Las condiciones de participación masculina se hicieron más estrechas por el auge de un sentimiento femenino de reclamación de espacios propios y liberados de la presencia masculina. El propósito era definir autónomamente las orientaciones político-estratégicas y las líneas de acción del movimiento. Estas lógicas tienen su común denominador con la experiencia sufragista británica. Allá donde el sufragismo, pero también incluyendo al resto de manifestaciones de signo feminista, ha tomado histórica y actualmente un influjo social relevante, los conflictos y reajustes de relación entre militancia masculina y femenina en los espacios de acción política feminista han sido más que manifiestos. En el feminismo histórico español estas dinámicas no se dieron. Estas no comparecieron por la falta de creación de colectivos de hombres en favor de los derechos de las mujeres y por la ausencia también de una configuración de espacios mixtos de militancia.

En el caso francés, tras la II Guerra Mundial, las dificultades de renovación generacional y la bajada de militantes por causas relacionadas con la muerte o el exilio

---

<sup>143</sup> JACQUEMART, Alban, op. cit., p. 105.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 80.

fueron significativas. Pero se produjo, a partir de finales de los años 50, la emergencia de un movimiento por los derechos reproductivos. Aquello reactivó tenuemente el compromiso de algunos hombres, en este caso médicos. Así pues, Jaquemart ha observado que en los puestos dirigentes de este movimiento por los derechos reproductivos la posición de los varones fue por lo común muy relevante, mientras las tareas militantes de base estuvieron muy feminizadas. Se aprecia, de nuevo, una distribución de poder muy desigual entre géneros. Los médicos que se ubicaban dentro de aquel activismo practicaban los abortos, participaban en la organización de viajes al extranjero para mujeres que deseaban interrumpir su embarazo y difundían información sobre anticoncepción. Pero cabe reseñar que no siempre compartieron con sus compañeras reivindicaciones de otra índole.





## **PARTE II**

### **ANTECEDENTES PREMODERNOS E ILUSTRADOS: LA TRATADÍSTICA ANTIMOSÓGINA MASCULINA EN ESPAÑA (SIGLOS XIV-XVIII)**



### CAPÍTULO III

#### LA “QUERELLA DE LAS DAMAS” EN ESPAÑA: LOS HOMBRES EN DEFENSA DE LA MUJER (SIGLOS XIV-XVIII)

*“Durante mucho tiempo las mujeres han quedado indefensas, abandonadas como un campo sin cerca, sin que ningún campeón luche en su ayuda. Cuando todo hombre de bien tendría que asumir su defensa, se ha dejado, sin embargo, por negligencia o indiferencia, que las mujeres sean arrastradas por el barro”*

Christine de Pizan<sup>146</sup>

Si siguiésemos el criterio enunciado por la filósofa feminista Amelia Valcárcel de que el feminismo es el “hijo no querido” de la Ilustración, los autores que durante la Querelle de las damas combatieron dialécticamente la misoginia no podrían ser adjetivados de “feministas”<sup>147</sup>. En tal caso los englobaríamos bajo la etiqueta de “protofeministas” o “profemeninos”. En este gran litigio de contenido teológico, filosófico y científico, la actitud cultural de la superioridad de los varones frente a la inferioridad de las mujeres pugnó contra un sentir minoritario que exigía la equidignidad entre los sexos, pero no la igualdad de derechos<sup>148</sup>. No obstante, dentro de aquel estado de opinión antimisógino, afloraron voces que de modo muy poco frecuente

---

<sup>146</sup> DE PIZÁN, Cristina, *La ciudad de las damas*. Edición a cargo de Marié José Lemarchand, Madrid, Siruela, 2015, p. 7.

<sup>147</sup> VALCÁRCEL, Amelia, *Feminismo en el mundo global*. Madrid, Cátedra, 2008, p. 20. Celia Amorós de forma incisiva se refirió a cómo el feminismo supuso una suerte de “test de coherencia” para la Ilustración. AMORÓS PUENTE, Celia, (Ed.), *Feminismo y filosofía*. Madrid, Síntesis, 2000, p. 23. Por otra parte, la autoconciencia de opresión por parte de mujeres durante la Revolución francesa del siglo XVIII fue fundamental para entender la “traición” que sintieron muchas revolucionarias del momento. Bajo el lema “las mujeres somos el tercer estado del tercer estado” se expresa esa toma de conciencia. DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “La dialéctica de la teoría feminista: lo que nos une, lo que nos separa, lo que nos hace avanzar”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, nº 63, 2014, p. 193.

<sup>148</sup> En lo concerniente a este hecho compartimos muchas de las conclusiones plasmadas en MAIER, Erica N., *Los tratados en defensa de las mujeres virtuosas en la Castilla medieval: Textos y contextos*. Tesis doctoral, University of Georgia, 2005. Para la realidad francesa LAVANANT ROBIN, María Teresa, *Detractores y defensores de la mujer en la literatura francesa de los siglos XIV y XV*. Universidad de Granada, 1990. Lavanant Robin sitúa en la Baja Edad Media y los prolegómenos del Renacimiento el “primer intento profeminista en la historia”, fallido, a su entender, porque aquellos “eruditos” con tan loable voluntad “al servicio de las damas” carecieron “de datos prácticos y de sutileza en su defensa”. Simplemente, desde nuestro punto de vista, los discursos de dicha época se adaptaban a los terrenos limítrofes en los que se ubicaban, porque partían de la cosmovisión diferenciadora de género de su tiempo.

y excepcional contemplaron posibilidades de apertura en los marcos de participación pública de las mujeres.

Durante varios siglos, notables escritoras españolas como la novelista María de Zayas (1590-¿1661?), otras francesas e italianas de la altura de la poeta renacentista Vittoria Colonna (1490-1547), la poeta francesa Louise Labé (1525-1566) y hombres ensayistas como el alquimista germano Heinrich Cornelius Agrippa Von Nettesheim (1486-1545), el humanista bávaro Conrad Celtis (1459-1508), el lingüista y astrónomo Guillaume Postel (1510-1581) o el escritor francés François de Billon (1522-1566), formaron parte de una tradición intelectual que discutió la noción degradante que sobre la mujer se propalaba socialmente.

En el transcurrir de tan extendida controversia el juego dialéctico se desplegó entre quienes oponían las mujeres a los varones, de modo equivalente a otra de las grandes disputas intelectuales de aquel tiempo entre clásicos y modernos<sup>149</sup>. A este propósito, la “Querella de las damas”, en sus últimas contiendas, ha sido identificada como una manifestación más del proceso cultural de lo que Paul Hazard conceptualizó de “Crisis de la conciencia europea”<sup>150</sup>. Entre finales del XVII y comienzos del XVIII la ruptura con el argumento de autoridad escolástico fijó la línea de discrepancia epistemológica de todas estos “pleitos” filosóficos.

Desde los últimos siglos del Medioevo esta disputa intelectual reaparecía esporádica e intermitentemente hasta los prolegómenos del siglo XVIII ilustrado. Los hombres quienes durante la querella expresaron argumentos “profemeninos” o “feminófilos” no articularon un discurso igualitarista ilustrado, con la excepción de hombres como François Poulain de la Barre<sup>151</sup>. A este respecto, se ha escrito mucho en torno a si Poulain de la Barre fue o no el autor “superador” de la “Querelle” y sobre si

---

<sup>149</sup> Nos referimos a la “Querelle des anciens et des modernes”. Sobre esta cuestión consúltese MARAVALL, Jose Antonio, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid, Moneda y Crédito, 1966 o un libro más reciente FUMAROLI, Marc, *Las abejas y las arañas. La querelle de los antiguos y los modernos*. Barcelona, Acantilado, 2008.

<sup>150</sup> Véase el clásico HAZARD, Paul, *La Crisis de la conciencia europea, 1680-1715*. Madrid, Pegaso, 1941.

<sup>151</sup> Se halló, por cierto, un ejemplar de *Sobre la igualdad de los sexos* en la biblioteca de Rousseau. Diversos indicios apuntan a que el ginebrino indirectamente polemizaba con las tesis de Poulain de la Barre. *Ibidem*, p. 294.

este clérigo francés sería el primer filósofo antipatriarcal de la historia<sup>152</sup>. Más allá del acierto o no de esta última y contundente afirmación, partimos de la base de que Poulain de la Barre fue uno de los primeros en trascender el discurso de la excelencia femenina para articularlo bajo el eje de la igualdad.

Frente a la atmósfera social beligerante con lo femenino, el movimiento de las preciosas y de los salones de mujeres constituyó una de las pioneras “revueltas” femeninas contra prejuicios ancestrales. Durante el siglo XVII, se configuró en Europa un ambiente cultural en el que mujeres de la élite social comenzaron a reclamar su presencia en lugares y espacios reservados a los varones. A este respecto, mucho se ha escrito, por cierto, sobre la influencia que las “preciosas” tuvieron en la filosofía feminista de Poulain de la Barre. Los salones se convirtieron en centros político-intelectuales en los que las mujeres de la élite ostentaban un status elevado de anfitrionas. Empezaron, de esta manera, a concurrir a dichas veladas, pero siempre, y pese a pequeñas transgresiones, respetando los roles asignados a su sexo. Ya terminando el Siglo de las Luces, autoras como Mary Wollstonecraft u Olympe de Gouges inauguraron –bajo los preceptos universalistas de igualdad emanados de la modernidad ilustrada– una fase de vindicación inequívocamente catalogable de feminista<sup>153</sup>.

El discurso de la excelencia, que irrumpe en contrapartida a la literatura misógina, nació con el propósito, en definitiva, de restablecer el honor de las mujeres mancilladas, lo que reproduce un rol de protección paternalista y caballeresco que, bajo formas dispares, seguirá presente en ulteriores centurias. Esta lógica caballeresca-paternalista es también una de las características más comunes que, en sucesivas etapas históricas, subyacen en los discursos feministas de hombres. Este mandato de género se fundamentó en la asunción por parte del sexo masculino de proteger y salvaguardar a la mujer.

---

<sup>152</sup> Pero también hay que hacer mención a autoras, como la monja escritora Arcángela Tarabotti (1604-1652), la veneciana Moderata Fonte (1555-1592), o la poeta italiana Lucrezia Marinella (1571-1653), que décadas antes esgrimieron argumentos muy similares.

<sup>153</sup> Como observa Celia Amorós, Olympe de Gouges en su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* (1791) partió del concepto de soberanía de Rousseau: la soberanía reside en la voluntad general. Pero ella rompió con el sesgo discriminatorio con la mujer del pensador ginebrino. AMORÓS PUENTE, Celia, *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Universidad de Valencia, Cátedra, 2000, p. 173.

### 3.1 - Excelencia intelectual y virtud moral femenina. La tratadística medieval antimisógina (ss. XIV-XVI)

Pensadores de la altura de Aristóteles, San Isidoro o San Agustín fueron los más influyentes en la articulación de la misoginia cuatrocentista, la cual bebía de la tradición patrística y de la filosófica clásica. La concepción sobre ambos sexos en el pensamiento aristotélico medieval era rotundamente hostil hacia lo femenino<sup>154</sup>. A mediados del siglo XIII, al convertirse las obras de Aristóteles en lectura obligatoria en la influyente Universidad de París, el contagio de dicha visión a otras universidades europeas se propagó con celeridad.

En España las controversias sobre la mujer son también bastante antiguas. La tradición misógina española prolifera desde el Medievo. Obras como las del prosista del siglo XIV Don Juan Manuel (1282-1348) *El Conde de Lucanor*, pasando por *Maldecir de Mujeres* (1458) del catalán Pere Torroella (1420-1492) o por el *Cróton* del ensayista renacentista Cristóbal de Villalón (¿1510?-¿1562?) fueron las más divulgadas. En estos textos el vituperio y el odio a lo femenino se enunciaron a través de los recursos retóricos de deshumanización y bestialización de la imagen de la mujer. La tratadística misógina, por consiguiente, pretendía advertir de un supuesto carácter amenazante de las mujeres que debía ser controlado bajo el poder masculino.

No obstante, el ataque verbal perpetrado contra las mujeres no tardó en toparse con su contestación. Los tratados *Triunfo de las donas* (1438-1441) de Juan Rodríguez del Padrón (1390-1450), *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres* (1444-1445) de Diego de Valera (1412-1488), *Libro de las claras e virtuosas mujeres* (1446) de Álvaro de Luna (1390-1453), o *Jardín de nobles doncellas* (1468-1469) de Fray Martín Alonso de Córdoba fueron los más representativos del siglo XV castellano en proclamar la equidignidad entre los sexos<sup>155</sup>. Pero también en lengua catalana son dignos de mención

---

<sup>154</sup> En contraposición a una visión frontalmente misógina alumbraron en la Baja Edad Media tendencias más atemperadas como las de la abadesa Hildegarda de Bingen (1098-1179). Bajo la complementariedad y diferencia de los sexos sostenía, ya a principios del primer milenio, la igualdad de valor entre hombres y mujeres.

<sup>155</sup> Diego Varela fue doncel del rey de Castilla Juan II y perteneció a la corte de los monarcas Enrique IV y de los Reyes Católicos. Fray Martín Alonso de Córdoba, religioso agustino, teólogo y escritor español del Prerrenacimiento, dedicó a la infanta Isabel *El Jardín de nobles doncellas* (1468-1469) con el objetivo de velar por su derecho al trono. Sobre Diego Varela ACCORSI, Federica, "Los manuscritos de la Defensa de virtuosas mujeres de Diego de Valera", *Revista de Literatura Medieval*, nº 21, 2009, pp. 251-

el tomo IV de la obra *Lo Somni* (El sueño) (1399) del humanista catalán Bernat Metge (1350-1413), *Letra que Honestat escriu a les dones* (1462) y *Triümf de les dones* (¿?) de Joan Roís de Corella (1435-1497) o incluso la primera evidencia escrita en catalán de este tipo, *Maldit bendit* del trovador Cerverí de Girona (1259-1285)<sup>156</sup>.

Fuese para exculpar o para vituperar a las mujeres, en tiempos en los que la voz de la mujer estaba prácticamente silenciada, los hombres de “auctoritas” cuasi monopolizaron la querella. De todas maneras, en España, los escritos más sobresalientes contra la misoginia fueron de autoría femenina. A los tratados redactados por hombres se acompañan de la pluma de otros de “autodefensa” escritos por mujeres. Entre los casos más paradigmáticos merece la pena citar las obras *Admiración operum dey* (1481) de Teresa de Cartagena, *Vida Christi* (1497) de Isabel de Villena o *Camino de perfección* (1562–1564) de Santa Teresa de Jesús, sin relegar a Sor Juana Inés de la Cruz. Esta última, a través de su *Respuesta a Sor Filotea* (1691) y de su redondilla titulada *Hombres necios*, se esforzó en contradecir a quienes violentaban la dignidad de la mujer.

Frente a la furibunda misoginia, otros y otras tratadistas realzaron las cualidades de la mujer y objetaron de la inferioridad tanto intelectual como moral imputada al sexo femenino. La virtud, en su dimensión clásica, se constituyó como el eje central de la controversia. El objetivo de la tratadística filógina se basó en demostrar la capacidad modélica y noble de muchas mujeres en la Historia, su sabiduría, e incluso desde la didáctica presentar un molde normativo de feminidad a seguir y fundamentado en la santidad, la dignidad y la virtud.

---

308; DE VALERA, Diego y SUZ RUIZ, María Ángeles, *Tratado en defensa de las mujeres virtuosas*. Madrid, El Archipiélago, 1983; RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D., “Autoglosa: Diego de Valera y su Tratado en defensa de virtuosas mujeres”, *Romance Philology*, Vol. 61, nº 1, 2007, pp. 25-47. De entre las muchas publicaciones a consultar de Fray Martín de Córdoba son destacables HARO CORTÉS, Marta, “Mujer, corona y poder en un espejo de princesas: “El jardín de nobles doncellas” de Fray Martín de Córdoba” en CELMA VALERO, María Pilar y RODRÍGUEZ PEQUEÑO, Mercedes (Coords.), *Vivir al margen: Mujer, poder e institución literaria*. Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009, pp. 43-57; LORENZO ARRIBAS, Josemi, “Del jardín del Edén al jardín de nobles doncellas: Ideología y sometimiento en el siglo XV” en ORTEGA, Pilar, RODRÍGUEZ MAMPASO, M<sup>a</sup> José y WAGNER, Carlos G., *Mujer, ideología y población: II Jornadas de roles sexuales y de género*. Madrid, 13 al 16 de noviembre de 1995, 2000, pp. 239-268.

<sup>156</sup> El texto de Bernat Metge fue escrito en la cárcel. Le permitió recuperar su anterior puesto en la cancillería y el favor de la Reina consorte de Aragón, María de Luna, la misma que la había condenado. Se ha consultado al respecto LUCEA TERUEL, Esther, *La condicio de la donna per a Bernat Metge ¿Pecat o virtut?* Universitat Oberta de Catalunya, bajo la dirección de la Dra. Antonia Carpe Pons, curso 2015-2016.

La complejidad que hay que tener siempre muy en cuenta para no resbalar en cualquier acercamiento a la “querella” radica en el carácter difuso de la línea divisoria que separaba ambas posiciones discursivas, fuera entre alabanza positiva de lo femenino y desvalorización de la naturaleza de las mujeres. En esta tratadística profemenina se replicaba a partir de valores hasta misóginos. La explicación a esta paradoja podría residir en el hecho de que realmente la intención implícita de estos tratadistas era la de entronizar a una “mujer” relevante y de paso a todas, pero no por convicción, sino por petición de mujeres palaciegas que se veían ultrajadas. Hay que recordar que, en este clima, la producción de la mayoría de las obras “defensoras” de las mujeres halla su origen en ambientes cortesanos. En este aspecto, numerosos tratados estuvieron dedicados a mujeres influyentes (princesas, reinas e infantas), muchas de las cuales mediaron en su realización. A menudo se publicaron gracias a su patrocinio. De este modo, contrarrestaban los mensajes venidos de la literatura denigrante que circulaba por las cortes de los reinos europeos.

Si a esto sumamos la apreciación –compartida por multitud de especialistas– de que estos tratados se enmarcarían dentro una especie juego retórico, la interpretación que se haga sobre el papel que los escritores profemeninos desempeñaron debe de contemplar siempre todas estas variables. Las mujeres tratadistas, poetas y escritoras que se rebelaron contra la misoginia –las señaladas páginas atrás, por poner un ejemplo– no redactaron sus réplicas bajo motivaciones de este tipo, ni políticas ni evidentemente bajo un deber caballeresco. Este es un punto cardinal que arroja luz a la hora de forjarnos una mejor comprensión de los discursos masculinos antimisóginos. Por ejemplo, sobre Álvaro de Luna se especula que escribió su exaltación de lo femenino por razones expresamente políticas. Fray Martín Alonso de Córdoba también parece exhibir algún tipo de móvil político en su *Jardín de nobles doncellas*, al elaborar una obra con el pretexto de elogiar y aconsejar a la reina doña Isabel. Del mismo modo lo hizo Rodríguez del Padrón, probablemente el “salvaguarda” femenino que plasmó por escrito los argumentos más aperturistas y radicales<sup>157</sup>.

---

<sup>157</sup> Tradicionalmente se ha relacionado la composición del *Triunfo de las donas* con un episodio biográfico del autor. Esta obra respondería en parte a intereses personales, ya que, debido a un desafortunado avatar en su vida amorosa, había perdido el favor real y había sido desterrado de la corte. Siguiendo esta hipótesis, se deduce que con esta obra Rodríguez de la Cámara buscaba la benevolencia de



Siguiendo con el carácter “partidista” de este género tratadístico profemenino, debemos recordar que Álvaro de Luna buscó asimismo realzar la legitimidad de su poder e influencia en el reino. El valido escribió más que una “defensa”, una “autodefensa”, eso sí, con el mismo carácter propagandístico de Rodríguez del Padrón<sup>158</sup>. Por el contrario, Diego Valera siguió una tradición más apolítica dentro de la disyuntiva entre antimisóginos y misóginos. Interpretaba que las mujeres eran iguales a los varones porque la providencia divina creó a la mujer de la costilla del hombre. Eran, al fin y al cabo, producto de una misma materia creada por la divinidad. Además, al ser las mujeres más prudentes estaban más cualificadas para gobernar. El autor no descuidaba tampoco la idea de que la presunta ignorancia femenina no procedía de su mente perezosa, sino de las limitaciones que los hombres habían impuesto a las mujeres para su instrucción.

En cambio, de los aires de radicalidad en clave de “igualdad”, en ocasiones, aquellos protectores masculinos se desplazaron hacia razonamientos de un machismo inequívoco. El mismo Valera fue el que sostuvo que el hombre era, pese a los valores positivos e incluso superiores del sexo femenino, el que debía ostentar el poder sobre el sexo femenino. La razón se esgrimía en que Dios otorgó los mandamientos a Moisés, es decir, a un varón y no a una mujer. Pero las contradicciones continuaban cuando Valera sustentaba la superioridad de las mujeres para liderar ejércitos gracias a sus dotes de ponderación.

Por otro lado, conviene resaltar que varios de estos textos antimisóginos en los reinos de la Península Ibérica fueron escritos a solicitud de la reina María de Aragón (1420-1445), impulsora de las letras de la Corona de Castilla. De su matrocinio se publicaron, por ejemplo, *Triunfo de las donas* de Juan Rodríguez del Padrón o *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres* de Diego de Valera. En este sentido, los tratadistas masculinos se ofrecieron o fueron requeridos a dar respuesta a la literatura misógina. Esto reproduciría uno de los rasgos éticos de la caballería medieval, la asunción por

---

la reina María. Sobre el carácter político de la literatura feminófila SERRANO, Florence, “Del debate a la propaganda política mediante la querrela de las mujeres en Juan Rodríguez del Padrón, Diego de Valera y Álvaro de Luna”, *Talia Dixit*, nº 7, 2012, 97-115.

<sup>158</sup> Tanto en el *Triunfo* como en su *Cadira de honor*, Rodríguez de Padrón se erigió como portavoz de la facción de los Infantes de Aragón y de los nobles castellanos descontentos con el reinado de Juan II de Castilla.

parte del varón de su papel de rehabilitador del honor de la “doncella”, lo que conecta con el sentido de protección hacia las mujeres típicamente masculino. Un ejemplo es el de Valera, el cual en su tratado de caballería *Espejo de verdadera nobleza* (1441) insistía en algunos de los mandatos del “buen caballero”: los de socorrer y proteger a viudas y huérfanos, a los más pobres y, por supuesto, amparar la honestidad de las mujeres. Valera, quien fuera por cierto doncel de Juan II y luego caballero, se insertaba de lleno en la tradición militar caballeresca que asumía el deber masculino de la salvaguarda física y moral a los débiles y desamparados de la sociedad.

A este respecto, en *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula* (1508) —o más conocido con el nombre de *Amadís de Gaula*— se recogen preceptos que definen los códigos morales a seguir por un buen caballero cristiano, entre ellos salvaguardar a las mujeres. La ley caballeresca dictaba, amén de custodiar el culto a Dios y seguir sus mandatos, “cumplir con la defensa de los débiles” y “amparar a las mujeres, dueñas o doncellas”<sup>159</sup>. Este juramento concordaba con el ideal justiciero del caballero medieval modélico y ejemplar, del cual en Europa su rastro arquetípico está muy presente en la literatura —el tópico del caballero que socorre a doncellas en apuros— o incluso en los manuales de caballería<sup>160</sup>. El ideal del honor caballeresco se expande también de forma muy prolífera en la literatura y el teatro del Siglo de Oro español y se mantiene incluso, aunque bajo otra lógica, hasta el siglo XIX. Un siglo que, a inicios de su andadura, avivó la nostalgia por lo medieval en pleno esplendor de la cultura romántica. Supuso, al fin y al cabo, un renacer de la atracción renovada por los valores de la caballería feudal<sup>161</sup>.

---

<sup>159</sup> LASTRA PAZ, Silvia, “El ideario justiciero-caballeresco. El caso de *Amadís de Gaula*” en ORDUNA, Lilia (Ed.), *Nuevos estudios sobre literatura caballeresca*. Barcelona, Edition Reichenberger, 2006, p. 103.

<sup>160</sup> Para profundizar en ello véase el segundo capítulo “Mail Bonding: Knights, ladies on the proving of manhood” del libro MAZO KARRAS, Ruth, *From Boys to Men: Formations of Masculinity in Late Medieval Europe*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2003. Existen obras de carácter historiográfico que desde la óptica de las masculinidades han tratado el tema referido a los códigos masculinos caballerescos. Para profundizar en la importancia del honor masculino en la Edad Media nos fue de gran ayuda FLETCHER, Christopher, “The whig interpretation of masculinity? Honour and sexuality in late medieval manhood” en ARNOLD, John y BRADY, Sean, *What is Masculinity? Historical dynamics from Antiquity to the Contemporary*. Nueva York, Pallgrave Macmillan, 2011, pp. 56-76.

<sup>161</sup> Véase sobre la herencia de los códigos caballerescos medievales en la masculinidad moderna GIROUARD, Mark, *The return to Camelot: Chivalry and the English Gentleman*. New Haven, Yale University Press, 1981 o COHEN, Michèle, “Manners make the man: Politeness, chivalry, and the

Fuese en el medievo o en el siglo XIX, el duelo a espada o a pistola era una expresión violenta de la reacción masculina. Su meta era la “restauración del honor”, que en muchas ocasiones resultaba ser el de una mujer<sup>162</sup>. Como explica el historiador Jordi Luengo se trataba de una “cuestión de hombres”, una reafirmación más de la masculinidad. Esta suerte de revalidación “pasaba por la preservación –y protección– de la feminidad ideal de las mujeres que, según el discurso patrimonial, se caracterizaba, entre otras cualidades morales, por su dulzura, fragilidad y pureza”<sup>163</sup>. Que otro hombre se dirigiese a otra mujer de la “propiedad” de otro caballero menoscabando alguno de estos pilares, podía conllevar a la violencia reglada del duelo, a solventar con la sangre deshonras y afrentas personales. Todo varón que se negara a concurrir en combate dañaba su imagen de virilidad, erosionada en este caso por una supuesta falta de osadía o de coraje al rehuir del desafío del ofendido. No era digno, por consiguiente, de calificarse “hombre de honor”<sup>164</sup>. Tampoco merecía ese calificativo al herir o matar a su contrincante saltándose las escrupulosas normas que regían el acto de la liza.

En estos actos de violencia masculina ritualizada disparar por la espalda era una acción pusilánime y de cobardía. La falta de valor, al fin y al cabo, es una de las conductas que más desmerecen la hombría en los contextos culturales más patriarcales. Reparar el “buen nombre” o la reputación del apellido (defensa de la “honradez” y/o “nobleza” vulneradas de familiares) también formaban parte del repertorio de motivos

---

construction of masculinity, 1750-1830”, *Journal of British Studies*, nº 44, 2005, pp. 312-329. También guarda especial interés ARESTI ESTEBAN, Nerea, “El “gentleman” y el bárbaro. Masculinidad y civilización en el nacionalismo vasco (1893-1937)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 83-103. Aresti apunta que el caballero “urbano” podría asociarse a la imagen del *dandy* y/o el *gentleman*, un molde de masculinidad burguesa. *Ibidem*, p. 96. El dominio civilizado del cuerpo y un cierto “respeto” al sexo femenino a la hora de empeñar sus “artes” para atraer a las mujeres definen al dandismo, y al *gentleman* en particular, lo que entra en conexión con las tesis de Norbert Elías (véase a partir de la página 98 de este estudio).

<sup>162</sup> Sobre el duelo como vía de restablecimiento del honor masculino véase, por ejemplo, el capítulo “Honour and duel in Third republic” en NYE, Robert, *Masculinity and male codes of honour in Modern France*. Berkeley, University of California Press, 1998, o FREVERT, Ute, *Men of honour: A social and cultural history of the duel*. Cambridge, Wiley, 1995. En España sobresale el interesante artículo LUENGO LÓPEZ, Jordi, “Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cenit de un fin de época (1870-1910)”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 7, nº 13, 2018, pp. 59-79. Como explica Jordi Luengo, las normas y formalidades típicamente medievales para batirse en duelo a espada fueron sustituyéndose, entre la burguesía y la aristocracia, por las armas de fuego y otros rituales y protocolos. Se transitó “de la impetuosa irreflexión al examen concienzudo de la ofensa”. Por ejemplo, el socialista Pablo Iglesias llegó a elegir padrinos para batirse y José Canalejas lo hizo a espada. *Ibidem*, p. 61.

<sup>163</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>164</sup> El honor jugó también un rol no desdeñable en la práctica parlamentaria entre hombres, como un modo de reafirmar la virilidad. Véase al respecto SIERRA, María, “Entre emociones y política: la historia cruzada...”, op. cit., pp. 18-19.

que empujaban a los lances de honor en las sociedades decimonónicas, pero también medievales y modernas. Otros menos graves podían ser una agresión o un insulto en público, entre ellos, los que desacreditaran la virilidad del injuriado.

Por consiguiente, la *Querelle* respondería de alguna forma a un gran duelo, en este caso sólo dialéctico y exento de armas, en el que hombres de letras pugnaron por escudar a las mujeres de quienes osaron mancillar su honor y su imagen. Ellos, de esta manera, optaron por asumir ser duelistas y, en consecuencia, “paladines” de la *virtus* femenina.

### **3.2 - Juan Rodríguez de Cámara y Álvaro de Luna: Tratadistas profemeninos en defensa de “virtuosas mujeres”**

Las dos obras profemeninas de mayor trascendencia del siglo XV escritas en la Península Ibérica fueron *El Triunfo de las donas* (1440-1441) de Juan Rodríguez de Cámara y *Libro de las claras e virtuosas mujeres* (1446) de Álvaro de Luna. La primera de ellas fue la obra antimisógina más singular y relevante de las publicadas en la corte castellana, pues fue sumamente aplaudida y popular en Castilla, pero incluso también fuera de la Península<sup>165</sup>. Las cincuenta razones que Rodríguez de Cámara puso en boca de la ninfa Cándira –personaje de la obra– fueron reutilizadas por Álvaro de Luna, Cornelius Agrippa y, de manera aún más explícita, en *Triümf de les dones* (1483) del poeta, caballero y sacerdote Joan Roís de Corella (1435-1497)<sup>166</sup>.

Rodríguez de Cámara fue un escritor prerrenacentista gallego, clérigo y soldado del rey Juan II de Castilla. Fue asimismo autor de la novela sentimental *Siervo libre de amor* (1439) y de *Cadira de honor* (hacia 1440). Algunos de los argumentos esgrimidos

---

<sup>165</sup> Tuvo un gran éxito en toda Europa, fue ampliamente difundida e imitada a finales del siglo XVI y siguió editándose en las centurias siguientes. Muchos de sus argumentos, ha apuntado el historiador Marc Angenot, se reutilizaron en numerosas obras escritas en lengua francesa. Angenot es autor de *Les champions de les femmes: examen du discours sur la supériorité des femmes 1400-1800*, obra en la que analiza los discursos de intelectuales franceses en defensa del sexo femenino. ANGENOT, Marc, *Les Champions des femmes. Examen du discours sur la supériorité des femmes 1400-1800*. Montréal, Les presses de l'Université du Québec, 1977.

<sup>166</sup> Este último tratado se trata de un largo discurso de “Veritat”, personaje alegórico, el cual se cierra con 18 versos dirigidos a la Virgen. Su título muy seguramente fuera tomado del escrito de Juan Rodríguez de Cámara. CANTAVELLA, Rosanna, “Sobre el Triunfo de les dones de Roís de Corella” en LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, GRACIA ALONSO, Paloma y MARTÍN DAZA, Carmen (Eds.), *Actas del II Congreso Internacional de la AHLM*. Universidad de Alcalá de Henares, 1992, pp. 217-228. De esta misma autora CANTAVELLA, Rosanna, *Els cards i el lli: Una lectura de l'“Espill” de Jaume Roig*. Barcelona, Quaderns Crema, 1992, p. 39.

por Rodríguez de Cámara ya estaban presentes en *La ciudad de las damas* (1405) de Christine de Pizan. Con todo, hasta el momento, se le reconoce como el primero en la Península Ibérica en formularlos y dejar constancia escrita de los mismos. La radicalidad de Rodríguez de Cámara, en comparación con el resto de tratadistas profemeninos, fue verdaderamente significativa. Ello le ha valido el ser calificado por numerosos especialistas con la etiqueta de “protofeminista”. Independientemente de los adjetivos, el autor introdujo principios innovadores como, por ejemplo, la denuncia del trato injusto y desconsiderado de las leyes castellanas con las mujeres, aspecto prácticamente ausente en el resto de textos filóginos de entonces.

La mujer para el escritor prerrenacentista merecía mayor respeto y atención que el hombre porque toda persona proviene del vientre femenino. Siguiendo este razonamiento, según el autor, las mujeres son creadoras de vida y en virtud de ello ostentadoras del parentesco más natural y directo. Son, en efecto, las que trabajan por la crianza de cada ser humano. Por esa razón, Rodríguez de Cámara recalca que las mujeres debían ser “defendidas” y queridas más que ninguna otra criatura de Dios. De nuevo, es evidente la asunción del deber moral masculino que llama a la protección de las mujeres. Y al igual que Diego de Valera, Padrón escribió uno de los tratados más referenciales de su época en torno al significado de nobleza a seguir, el ya mencionado *Cádira de honor*. La imbricación entre la defensa de la virtud nobiliaria y caballeresca y, por otra parte, del honor mancillado del sexo femenino es, como se puede comprobar, habitual entre aquellos tratadistas<sup>167</sup>.

Por otra parte, la obra de Rodríguez de Cámara abarcó la tratadística, pero también la lírica y la novela sentimental. Fue, además, uno de los poetas castellanos más leídos y reconocidos del amor cortés. La afinidad entre la cultura del amor cortés y los códigos morales caballerescos resulta evidente para numerosos y numerosas especialistas. En vista de ello, se puede observar que se produce, de igual manera, un nexo entre ambos y a su vez con el género de tratados filóginos “protofeministas”. De

---

<sup>167</sup> Para comprender mejor la ligazón entre nobleza y defensa de la mujer SERRANO, Florence, “La cuestión de la mujer y de la nobleza en la corte de Juan II de Castilla a la luz de los tratados de Juan Rodríguez del Padrón” en FRADEJAS RUEDA, José Manuel, DIETRICK SMITHBAUER, Deborah, MARÍN SANZ, Demetrio y DÍEZ GARRETAS, María Jesús (Eds.), *Actas del XIII. Congreso Internacional Asociación Hispánica de Literatura Medieval, In Memoriam Alan Deyermond*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011, pp. 1667-1680.

hecho, llama la atención que esta conexión no haya sido recalcada en ninguna de las publicaciones consultadas para la elaboración de este capítulo.

En cambio, se han hecho esfuerzos notables por situar los orígenes de la cortesía y su ligazón con la lírica amorosa medieval y prerrenacentista. El sociólogo Nöbert Elías situó la sociogénesis de las formas de trato, modales sociales refinados y comportamientos cortesés dentro de un gran proceso civilizatorio por el cual han ido caminando, ante todo, las sociedades occidentales. La contención y la sublimación de los afectos del poeta caballero o trovador hacia las damas de la corte es producto primeramente de la configuración de una sociedad cortesana feudal –previa a la absolutista moderna– que fue desprendiéndose paulatinamente de los rasgos más brutales y despiadados de la sociedad feudal guerrera<sup>168</sup>.

Elías explicó que, en paralelo a la centralización y concentración del poder real, “por primera vez se congregaba en estas cortes (...) una gran cantidad de personas (...) que mantenían un orden jerárquico y una interdependencia continua”, lo que “obligaba a todas las personas dependientes a mantener cierta reserva”. De esta forma, el influyente sociólogo judeo-alemán observó que “al igual que sucede siempre que se obliga a los hombres a renunciar a la fuerza física, aumentó el peso social de las mujeres” y así fue fraguándose una nueva convivencia entre los sexos<sup>169</sup>. Señaló que las mujeres pertenecientes a estratos más elevados en la escala social pudieron dedicarse a “atraer a la corte a poetas, cantores y clérigos eruditos, todos los cuales fueron configurando en torno a las mujeres unos círculos de actividad espiritual pacífica”<sup>170</sup>. Mujeres con poder y cultura estimularon la extensión de la poesía trovadoresca y la lírica del amor cortés, y por añadidura promocionaron la tratadística profemenina:

“El tema que subyace en la poesía trovadoresca y cortesana no es el de la relación entre el esposo y la esposa, sino el de la relación entre el hombre en inferior posición social y la mujer, de condición social superior. (...) surge en las cortes y clases sociales que tenían la riqueza y el poder suficientes para permitir y cultivar este tipo de relaciones. Ahora bien, esta clase es, en realidad una clase minoritaria, una élite en comparación con la totalidad de la clase caballeresca” (...) “en la sociedad guerrera, la relación del hombre socialmente inferior y dependiente con la mujer socialmente

---

<sup>168</sup> ELÍAS, Nöbert, *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987, (Edición original publicada en 1939), p. 328.

<sup>169</sup> *Ibidem*, p. 324.

<sup>170</sup> *Ibidem*.

superior, obliga al primero a una moderación, a una renuncia, a la restricción de los impulsos y, en consecuencia, a la transformación de su persona. No es casualidad que sea esta la situación humana en la que se da el fenómeno social (y no sólo individual) al que llamamos lírica y también se produce —igualmente desde un punto de vista social— la modificación del placer, la modelación del sentimiento, la sublimación y refinamiento de los afectos a los que llamamos amor. Surgen en este contexto contactos entre el hombre y la mujer (...) que imposibilitan al hombre fuerte tomar a la mujer sin más cuando le apetece, que convierten a la mujer en algo inalcanzable para el hombre o, cuando menos, difícilmente alcanzable y que, al mismo tiempo, debido a la superioridad de ésta, la hacen quizá singularmente deseable”<sup>171</sup>.

El autor de *La sociedad cortesana* (1933) diseñó asimismo un marco explicativo que conecta la genealogía de la sociedad cortesana con la moderación de los modales viriles hacia las mujeres. Elías describe el reflejo de esta nueva cultura en la literatura y la lírica bajomedieval. De todas maneras, las relaciones entre los sexos no se tienen porque asentar bajo lo que en la ficción cancioneril se representaba entre la noble amada y el caballero amante y servidor. Sin embargo, Elías no descartó que se materializase una traslación del trato más correcto y deferente literario a la convivencia real y cotidiana entre los sexos<sup>172</sup>. Se extendió así una noción masculina que llamamos “caballerosa” y que se traduce en la asunción de una suma de convenciones sociales ligadas a la gentileza y solicitud que los varones llevan a la praxis con el otro sexo:

“Sin duda una gran cantidad de poesía trovadoresca no es otra cosa que expresión de una convención cortesano-feudal, un ornamento de la convivencia y un medio de relación social. Probablemente, son muy pocos los trovadores que mantuvieron relaciones íntimas con las señoras (...). No obstante, la convención y su manifestación no hubieran podido producirse de no haberse dado las experiencias y los sentimientos de este tipo, que tienen una base de autenticidad y de vivencia real. (...) Algunos poetas han amado y han tenido la grandeza y la fuerza necesarias para expresar su amor en palabras. (...) tenían que encontrar las palabras y los acentos para que otros pudieran utilizarlos después y para que, de este modo, se originara una convención”<sup>173</sup>.

Por otra parte, se ha dicho que la literatura misógina medieval fue una contestación a la lírica del amor cortés, pero también lo contrario<sup>174</sup>. En cualquier caso,

---

<sup>171</sup> *Ibidem*, pp. 325-326.

<sup>172</sup> “Se dan contactos permanentes entre la señora de esta corte, la mujer socialmente superior y el trovador, el hombre socialmente inferior, sea o no caballero; se da el carácter inalcanzable o de muy difícil acceso de la mujer deseada, la obligación de moderación del hombre dependiente, una cierta regulación y transformación —aún muy moderadas— de la vida afectiva y, por último, la expresión de tales deseos, difícilmente realizables, en el lenguaje de la ensoñación: en la poesía”. *Ibidem*, p. 327.

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 326.

<sup>174</sup> HERNÁNDEZ AMEZ, Vanesa, “Mujer y santidad en el siglo XV: Álvaro de Luna y El Libro de las virtuosas e claras mujeres”, *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, Tomo 52-53, 2002-2003, p.

este escenario tiene su plasmación en los patrones que van a regir, en algunos entornos sociales, las relaciones de género. Se inauguraba un perfil que reproducen los tratadistas profemeninos, regido por pautas de comportamiento asociados a un paradigma de virilidad determinado, el del “buen caballero”.

En consecuencia, fue en la Baja Edad Media cuando aparecerá la cultura de la cortesía hacia la dama y, como consecuencia, lo que se conoce como lírica romántica del amor cortés<sup>175</sup>. Se ha llegado a mantener la idea de que esta nueva cultura amorosa atemperó la rudeza de los caballeros hacia las mujeres y la misoginia medieval, pues exigía –por lo menos en el plano de lo teórico y ficcional– el consentimiento femenino tras el cortejo masculino. Bajo esta tesis, la estima social de la mujer mejoró, puesto que por añadidura el amor alcanzó cotas de espiritualidad sin parangón<sup>176</sup>. Al menos, en el terreno literario, la amada cobró un significado idealizado, depositario de virtudes supremas y superiores.

El trovador o caballero enamorado debía, en efecto, respetar la dignidad de trato y adorar en un grado hiperbólico a su amada. Pero, no sólo eso, debía rendir total sumisión y vasallaje a una noble señora, lo cual se trataría de una transposición de las relaciones feudales, en este caso vasallo-señora, al terreno literario del amor. Por esta razón, la amada en la lírica del amor cortés se presenta siempre inaccesible, inalcanzable, no sólo porque es depositaria de un epítome de perfecciones, tanto morales como físicas, sino también por su lejanía social. La mujer amada se describe adornada de un compendio de virtudes superlativas, de un modo muy similar a la tratadística filógina. Pese a que el amante la considerara superior a él, el caballero o trovador es el que seduce, galantea y combate, mientras ella es la que espera y aprueba, lo que reproduce, desde luego, el estereotipo de mujer débil, pasiva y bella, capacitada sólo para aguardar, consentir y ser contemplada. Los trovadores o caballeros, aunque

---

279.

<sup>175</sup> Las novelas *Le Roman de la rose* (1225-1240), las diferentes versiones literarias de la leyenda de Tristán y Solda, o toda la innumerable producción poética amorosa trovadoresca, son los ejemplos más notables de la lírica que se extendió bajo la doctrina del amor cortés en Europa.

<sup>176</sup> Kate Millet no dudó en desmentirlo: “Suele darse por sentado que los conceptos del amor romántico y del amor cortés han suavizado considerablemente el patriarcado occidental, pero no hay que exagerar su influencia. (...) el éxtasis de los poetas no tuvo efecto alguno sobre la situación legal o económica de las mujeres y apenas modificó su posición social. Ambos han oscurecido el carácter patriarcal de la cultura occidental y, al atribuir a la mujer virtudes irreales, en realidad la han relegado a una esfera de acción tan limitada como coercitiva”. MILLET, Kate, op. cit., pp. 89-90.



fueran vasallos, buscaban humildes, pacientes y suplicantes favores sexuales o amorosos, pero también sociales y económicos.

En este sentido, en toda esta literatura no se contempla la idea de que las mujeres ubicadas en la pirámide social al margen de la aristocracia pudieran amar y escalar como los varones. En contraposición, los hombres, “enfermos” de amor, realizaban acciones heroicas y proezas para ganar el amor y respeto de las damas. De este modo, hacían alarde y gala de su masculinidad heroica.

Continuando con la tratadística castellana, cabe señalar que, aunque el texto de Rodríguez de Cámara fuese célebre en su tiempo, el tratado antimisógino de la Península más conocido hoy en día es probablemente el de Álvaro de Luna, el *Libro de las claras e virtuosas mujeres*. El famoso valido lo escribió con el propósito de demostrar las virtudes por las que las mujeres superan a los varones<sup>177</sup>. Tal como Feijoo haría un siglo después, Álvaro de Luna se dispuso a desmontar las opiniones infundadas que circulaban contra el sexo femenino. El valido razonaba que la ignorancia femenina y sus errores provenían de las creencias y costumbres sociales.

Con todo, en sus planteamientos distinguimos una menor radicalidad que en el caso de Rodríguez de Cámara. Por ejemplo, el condestable castellano desestimó la labor militar de las gobernantas. De nuevo, el escrito de Álvaro de Luna se trata de una defensa de la mujer asentada en el sentido caballeresco de la ética. Se dirige al público femenino, lo que entronca con un espíritu un tanto paternalista en el que él se erigía en autoridad frente a las mujeres, a las que guía y orienta por la senda apropiada a su sexo. Pese a encumbrarlas y alabarlas, las ilustra, instruye y alecciona, lo que reproduce, categóricamente, otra de las características principales de este tipo de tratados escritos por hombres.

Tras este repaso sobre la tratadística profemenina de autoría masculina, se puede afirmar sin duda que este género de tratados antimisóginos no tuvo continuidad. A partir de ese momento, entre los autores que sembraron los ideales de feminidad desde el siglo

---

<sup>177</sup> Álvaro de Luna, al pretender argumentar que entre los sexos no hay diferencias de valía y virtud, dedicó los primeros 18 capítulos de su libro a egregias figuras femeninas. Las más excelsas y virtuosas del Antiguo y Nuevo Testamento. En los 68 siguientes capítulos proporcionó una galería de mujeres paganas y en los últimos 21 elaboró una compilación de mujeres cristianas.

XVI, descollaron notoriamente Juan Luis Vives y Fray Luis de León. En la obra *Instrucción de la mujer cristiana* (1523) Juan Luis Vives, a pesar de situarse en favor de avanzar en la instrucción de la mujer, recomendó su enclaustramiento. Fray Luis de León, en cambio, se resistió a aceptar mejoras educativas dirigidas a las mujeres, apostando por su “santa ignorancia”. El estándar de feminidad que Fray Luis de León manejaba en su tratado *La perfecta casada* (1584) se circunscribía a las labores de nodriza y madre condenada al silencio, la castidad y la sumisión. Ninguno de estos autores recibió reprobación alguna sobre sus modelos de feminidad, los que tanto influirían en la España de tiempos posteriores.

Posteriormente, desde el advenimiento de la cultura barroca, el ataque furibundo a las mujeres prosiguió con especial virulencia. Quevedo, Cervantes o Lope de Vega objetaron, con carácter burlesco, de las “mujeres bachilleres” y justificaron su sumisión por medio de la difusión literaria de arquetipos malignos de mujer. Probablemente, los aires moralistas de la Contrarreforma en España detuvieron el impulso secularizador y modernizador del Renacimiento humanista.

Contra las diatribas misóginas se pronunció el literato del Siglo de Oro Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-1644): “No es justo hacerlas agravio, con juzgarlas incapaces de las advertencias más profundas, de las razones más sutiles, pues hubo no pocas que llevaron conocidas ventajas a muchos grandes filósofos”<sup>178</sup>. Pero estas voces fueron francamente muy aisladas o por lo menos no queda registro escrito que obligue a pensar lo contrario. En España, habría que esperar hasta que en 1726 la pluma del ilustrado Benito Jerónimo Feijoo, en su célebre *Teatro Crítico Universal*, saliese al “rescate” del sexo femenino.

### **3.3 - La defensa ilustrada de la mujer de Benito Jerónimo Feijoo**

En el primer tomo del *Teatro Crítico Universal* Feijoo publicó su discurso XVI bajo el título “Defensa de la mujer”. Al igual que otros textos citados en esta parte de la investigación destaca por ser un escritor atípico para su época. Frente a la misoginia común de tradición patrística Feijoo honró la condición moral e intelectual de las

---

<sup>178</sup> Citado en ORTEGA LOPEZ, Margarita, “La defensa de las mujeres en la sociedad del Antiguo Régimen. Las aportaciones del pensamiento ilustrado” en FOLGUERA, Pilar (Ed.), *El feminismo en España. Dos siglos de historia*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, p. 32.

mujeres<sup>179</sup>. No hace falta, por otro lado, recordar que Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) forma parte del canon de intelectuales más notorios de la historia de la cultura española. La obra de Feijoo representa, junto a la de Gregorio Mayans, el culmen de la Ilustración española. Aun cuando abundan las divergencias acerca de los rasgos iluministas de su pensamiento, su influjo en el primer período del pensamiento ilustrado español es indiscutible<sup>180</sup>.

La “Defensa de la mujer” de Feijoo trajo una acalorada y agria trifulca dialéctica. Cuando se publicó se produjeron tanto alabanzas de admiradores como invectivas de un alto número de polemistas opositores<sup>181</sup>. De todas formas, tal y como ha señalado la profesora feminista Oliva Blanco Orujo, “incluso en aquellos textos en que parece darse la razón a Feijoo, las matizaciones o el mismo planteamiento, hacen que tales textos queden muy por debajo del feminismo feijooniano, ocultando muchas veces una misoginia latente”<sup>182</sup>. A diferencia de sus aduladores y acólitos, el padre Feijoo sostuvo la capacidad intelectual equivalente entre los sexos, el derecho de las mujeres a acceder al saber científico e incluso afirmó su superioridad moral.

El fraile ovetense se lanzó a combatir la misoginia de los siglos pretéritos en calidad de guardián-paladín del honor de las mujeres. Partiendo del ideal caballeresco, en vez de combatir con la espada lo hizo con la palabra escrita. Enclaustrado entre las paredes de la celda del monasterio en la que vivió hasta el final de sus días, su lucha no tuvo descanso, ya que su postura profemenina fue una de las más anatematizadas por sus detractores. Esto fue así hasta el punto de que muchos de ellos terminaron por alegar que tan impetuoso respaldo al género femenino sólo podía nacer, pese a su ferviente condición de beato, de un oculto y “pecaminoso” deseo de Feijoo hacia las mujeres<sup>183</sup>. Por el contrario, para contrargumentar dicha acusación Feijoo sugería que muchos

---

<sup>179</sup> El contenido de este apartado dedicado al padre Feijoo es bastante similar al de un artículo publicado por mí: ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “Fray Benito Feijoo y la Querella de las Damas”, *Hombres Igualitarios*, nº 81, 30 abril 2015.

<sup>180</sup> Algunas voces han llegado a calificarlo de “preilustrado” e incluso de ser un simple “novator”.

<sup>181</sup> BLANCO CORUJO, Oliva, *La polémica feminista en la España ilustrada: La Defensa de las mujeres de Feijoo y sus detractores*. Toledo, Almud, 2010, p. 125.

<sup>182</sup> *Ibidem*.

<sup>183</sup> *Teatro Crítico Universal*, Tomo I, Discurso 16, Parágrafo II, Párrafo 15. Dado que las referencias bibliográficas durante este capítulo van a ser en su mayoría las que hagamos al *Teatro Crítico Universal* de Feijoo, escogemos este método de cita bibliográfica rutinario en los estudios de su figura. Esta forma de citación que nos ha parecido la fórmula más cómoda y breve para una obra estructurada en discursos, párrafos y parágrafos.

adoptaban su misoginia al verse rechazados por mujeres y no poder satisfacer sus apetencias con el otro sexo<sup>184</sup>.

Feijoo era consciente de la excepcionalidad de sus opiniones acerca de la mujer y sobre otros temas: “En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender acaso a todos los hombres”<sup>185</sup>. Era bien conocedor, fruto de su gran erudición, de que la inmensa mayoría de los hombres de letras de la Historia estimaron a las mujeres naturalmente malvadas e inferiores. Con todo, mantuvo su heterodoxa opinión y repudió la misoginia aristotélica en boga: “no nos debemos dejar influir por los doctores que proclamaron que el sexo femenino era defectuoso, sólo porque Aristóteles lo dijo, de quien fueron finos sectarios”<sup>186</sup>.

### **3.3.1 - Capacidad intelectual y condición moral femenina en el *Teatro Crítico Universal***

La teoría de los humores era muy socorrida en la época, utilizada para probar la inferioridad de entendimiento del sexo femenino. Según esta creencia, la mujer al ser fisiológicamente más húmeda sus pensamientos calientan su cerebro, desprendiendo vapores que impiden el recto juicio. Estas argumentaciones variopintas predominaban en los ambientes intelectuales. Feijoo apuntaba que el lenguaje había sido monopolizado históricamente por el varón y, en consecuencia, el poder de creación de “verdades” científicas y filosóficas:

“Lo cierto es que los hombres fueron los que escribieron esos libros en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo”<sup>187</sup>.

Después de todo, a pesar del reinante ambiente misógino del momento, como sostiene Oliva Blanco, “Feijoo abandonará a los santos padres y recurrirá a los cartesianos para probar la igualdad de los entendimientos”<sup>188</sup>. El cartesianismo

---

<sup>184</sup> Estos argumentos desplegados contra los hombres feministas son muy recurrentes a lo largo del tiempo. Véase en el caso, por ejemplo, los esgrimidos contra los varones prosufragistas ingleses y norteamericanos o también contra autores españoles tratados en este mismo estudio.

<sup>185</sup> *TC*, I, d. XVI, § I, 1.

<sup>186</sup> *TC*, I, d. XVI, § II, 15.

<sup>187</sup> *TC*, I, d. XVI, § X, 59. Citado en apéndice 1 del presente estudio.

<sup>188</sup> BLANCO CORUJO, Oliva, *La polémica feminista...*, op. cit., p. 123.

filosófico, como bien sabemos, fundamentó el feminismo de Poulain de la Barre casi un siglo antes<sup>189</sup>. En concordancia con la extensión de los presupuestos cartesianos, la pujanza y el empuje del racionalismo generó un declive en el panorama filosófico hegemonizado por el escolasticismo. La fuerza del sistema filosófico de Descartes fue, al mismo tiempo, inspiradora de nuevas concepciones disidentes. La emergencia de algunas de las primeras manifestaciones protofeministas —o si se quiere de un feminismo premoderno— no fue ajena a aquel proceso de renovación cultural e intelectual. A este respecto, es anecdótico pero, al tiempo, ilustrativo el relato del jurista español Jaime Ardanaz y Centellas recogido en su *Tertulia histórica y apologética* (1728). El autor, adversario de Feijoo, manifestaba su sorpresa e indignación ante el comportamiento de su esposa:

“Desde una visita oyó celebrar el padre Feijoo y que se había metido a don Quixote de las hembras, no paró hasta comprar el libro; y lo mismo fue leerle que echar a perder sus buenas costumbres; olvidó el cuidado de la casa; no atendió más al gobierno de la familia; miró la almohadilla como ocupación muy plebeya a las altas cualidades de su sexo; llenó la casa de libros extravagantes, dio en que había de aprehender la lengua latina y francesa... trajo de no sé dónde la *Philosophia* de Descartes; con que ya no se oye hablar de otra cosa que la imposibilidad de la materia primera, de la Glándula pinnea, de las partículas istriadas de los átomos y otros mil barbarismos que la han desordenado el cerebro”<sup>190</sup>.

Por otro lado, las mujeres en opinión de Feijoo serían “malas” o “buenas” en función de cómo influyan los hombres en el otro sexo. Según la escritora feminista Victoria Sau, esto respondería con precisión a un esquema interpretativo androcéntrico. Estas caídas morales de la mujer no eran producto de la naturaleza, sino del egoísmo masculino<sup>191</sup>. Feijoo achaca esas “faltas” en su comportamiento a los hombres y no a las mujeres mismas, como se aseveraba continuamente a partir de la imagen de la “Eva pecadora” y del estereotipo misógino de la “mujer malvada”:

“No pocos de los que con más frecuencia y fealdad pintan los defectos de aquel

---

<sup>189</sup> El abad jesuita Jean-Baptiste Movan Bellegarde en su obra *Lettres Curieuses de litterature et de monde* (1702) tomó muchos argumentos feministas de Poulain de la Barre. Según el especialista en masculinidades Daniel Cazés, esta obra fue la fuente de argumentos defensores de la mujer en el *Teatro Crítico Universal* de Feijoo. Es decir, Feijoo sin querer se basó en muchos argumentos de Poulain de la Barre, puesto que el propio Feijoo no pudo ser consciente de que Bellegarde había “plagiado” a Poulain de la Barre. CAZÉS MENACHE, Daniel, *Obras feministas de François Poulain...* op. cit., p. 154.

<sup>190</sup> ARDANAZ Y CENTELLAS, Jaime, *Tertulia histórica y apologética*. s.l., s.e., 1728. Citado por BLANCO CORUJO, Oliva., *La polémica feminista...* op. cit., p. 123.

<sup>191</sup> TC, I, d. XVI, § I, 4.

sexo, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado” (...) “No niego los vicios de muchas. ¡Más ay! Si se aclara la genealogía de sus desórdenes, ¡cómo se hallaría tener su primer origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo! Quien quisiere hacerse buenas a todas las mujeres, convierta a todos los hombres”<sup>192</sup>.

En esta cuestión de la ética y la condición moral femenina el padre benedictino también acometió la tarea de contrargumentar el error común. Sostuvo que las mujeres no son ni la encarnación ni el origen de la totalidad de las desdichas humanas. Impugnaba el arcaico mito de que Eva por obra de su “pecado original” precipitó el providente y divino castigo a la humanidad. Feijoo sostuvo lo contrario: “Adán fue inducido a pecar por una mujer, la mujer fue inducida por un ángel”<sup>193</sup>. De ese modo, la responsabilidad se inclinaba más hacia el hombre que hacia la mujer, representada en Eva. En lo referido a este mito, Feijoo además concluía que debía revisarse el hecho de si Eva no tuvo menos culpa que Adán. Mientras este se dejó engañar por una criatura igual, aquella fue engañada por una de muy superior inteligencia. A propósito de este argumento nuevamente Victoria Sau ha señalado que “Feijoo cae en una contradicción al aceptar implícitamente la inferioridad de la mujer, al interpretar que Adán no se dejó engañar, como Eva, por un ser superior”<sup>194</sup>.

Otro de los mitos misóginos más extendidos era el concerniente a la alusión de la hermosura de la mujer como desencadenante de todos los males. El padre benedictino discutía dicha acusación. Feijoo apuntó a que existen cualidades connaturales únicas en cada sexo: el de la robustez sería intrínseco al varón y el de la belleza a la mujer. Como podemos ver, el tópico en la identificación mujer-belleza, propio de la mirada masculina, se repite nuevamente. En contraposición, otro lugar común en la literatura misógina fue el de la valoración del físico masculino como perfecto en su composición. La idea de que la naturaleza y nacimiento de lo femenino emanaba del error o el defecto se creó a partir de la concepción aristotélica sobre la materia y la forma. Feijoo se oponía a dicha tesis y la contraponía insistiendo en la perfección estética de la mujer, en

---

<sup>192</sup> TC, I, d. XVI, § I, 4.

<sup>193</sup> TC, I, d. XVI, § I, 9.

<sup>194</sup> FEIJOO, Benito Jerónimo y SAU, Victoria, *Benito Jerónimo Feijoo. Defensa de la mujer*. Icaria, Barcelona, 1997, p. 18. Del siguiente modo lo aclaraba e interpretaba Feijoo: “No está hasta ahora decidido quién pecó más gravemente, si Adán o Eva porque los pareceres están divididos. Y en verdad que la disculpa que da Cayetano a favor de Eva, de que fue engañada por una criatura de muy superior inteligencia y sagacidad, circunstancias que no ocurrió en Adán, rebaja mucho respecto de éste el delito de aquella”, TC, I, d. XVI, § I, 9.

la ya aludida identificación con la encarnación física y viviente de la belleza.

### 3.3.2 - Feminidad y masculinidad en Feijoo

El padre Feijoo, en su defensa de lo femenino, estableció una nítida jerarquización de valores, asignando cada uno de los cuales a cada sexo. Dentro de esta clasificación, Feijoo insistía en que las mujeres son más piadosas, por lo que su maldad no podía ser mayor que la de los hombres:

“Y díganme los que suponen más vicios en aquel sexo que en el nuestro, ¿cómo componen esto con darle la Iglesia a áquel con especialidad el epíteto de devoto? ¿Cómo con lo que dicen gravísimos doctores, que salvarán más mujeres que hombres, aun atendida la proporción a su mayor número? Lo cual no fundan, ni pueden fundar en otra cosa que en la observación de ver en ellas más inclinación a la piedad”<sup>195</sup>.

Además, en el discurso de género del benedictino ovetense la voluntad se presenta más desarrollada en la mujer. Feijoo asumía que la naturaleza femenina en lo que atañe a sus cualidades morales era holgadamente superior a las del hombre. No obstante, reservaba los asuntos de la política y dirección de la sociedad a los varones:

“Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daría un corte, diciendo que las cualidades en que exceden las mujeres conducen para hacerlas mejores en sí mismas; las prendas en que exceden los hombres los constituyen mejores; esto es más útiles para lo público”<sup>196</sup>.

En este juego de prescripción de valores y virtudes lo que Feijoo hacía no era apostar por la igualdad entre los sexos, sino defender a la mujer y categorizar las cualidades esenciales de cada uno. Mismamente, en su obra *Ilustración apologética* (1729), Feijoo recalcaba: “yo pretendo persuadir de la igualdad, no sólo a las mujeres, sino también a los hombres”<sup>197</sup>. Por lo tanto, más que abogar por la equidad entre hombres y mujeres, lo que prevalecía en Feijoo era la intención de avanzar en una nivelación. Dicho de otra forma, una igualación en lo concerniente a la dignidad, las virtudes, los valores y la humanidad de las mujeres. Así se apreciaba cuando Feijoo no renegaba totalmente del arquetipo de mujer, en tanto en cuanto a ser frágil y bello. También cuando sostuvo la conveniencia de preservar su destino reservado como

---

<sup>195</sup> TC, I, d. XVI, § I, 6.

<sup>196</sup> TC, I, d. XVI, § V, 32.

<sup>197</sup> FEIJOO, Benito Jerónimo, *Ilustración apologética*. Madrid, Viuda de don Francisco del Hierro, 1730, p. 69.

madre. Feijoo continuaba con la lógica del “deber-ser” femenino, sin ser esto incompatible con su esfuerzo contraargumentativo frente a la misoginia que identificaba aspectos ignominiosos de la naturaleza femenina.

Asimismo, en el pensamiento de Feijoo nos encontramos con una implícita tensión fe-razón. El ideal femenino del benedictino seguía anclado por valores religiosos basados en el ascetismo sexual. Juzgaba que la mujer era la encarnación por excelencia del pudor y la vergüenza. Por consiguiente, la mujer perversa para Feijoo era la que no guardaba con celo su cuerpo y sus acciones morales alusivas a su sexualidad:

“la vergüenza (...) juego que es la mayor ventaja que las mujeres hacen a los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud y el vicio puso la naturaleza” (...) “y así que siempre será oprobio y vileza suya [de la mujer] conceder al hombre el dominio de su cuerpo, salvo cuando le autorice la santidad del matrimonio”<sup>198</sup>.

Como puede verse, Feijoo concebía la coexistencia de cualidades masculinas y femeninas a partir una concepción de género diferenciadora. Aun cuando la fortaleza, según Feijoo, no era una virtud exclusivamente masculina, la masculinidad implica robustez, cualidad ligada a la utilidad pública y soporte del entendimiento. Lo masculino, en opinión de Feijoo, se relaciona con la constancia y la firmeza, las cuales sin embargo tienden a degenerar en terquedad: “la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes, no se puede negar que la obstinación en lo malo es causa de grandes males”<sup>199</sup>.

El propio Feijoo pensaba que debería preferirse la robustez de los hombres porque proporcionaba esenciales utilidades a las tres columnas que sustentarían toda República: la guerra, la agricultura y la mecánica. En cambio, las mujeres aúnan mayor hermosura, bondad de espíritu y docilidad, virtudes que podían inclinarse peligrosamente a la ligereza. En contraposición con quienes acusaban a las mujeres de ser viciosas y malvadas provocadoras, el recato natural femenino, asertaba Feijoo, alejaba más a la mujer que el hombre del vicio. Pero pese a su postura aperturista en favor del sexo femenino, Feijoo no congratulaba con el acceso equitativo de hombres y mujeres a áreas sociales de poder y decisión:

---

<sup>198</sup> *TC, I, d. XVI, § XXIV, 56.*

<sup>199</sup> *TC, I, d. XVI, § III, 24.*



“Veo ahora que se me replica contra todo los que llevo dicho de este modo. Si las mujeres son iguales en la aptitud para las artes, para las ciencias, para el gobierno político y económico ¿por qué Dios estableció el dominio y superioridad del hombre, en aquella sentencia del cap. 3 del Génesis “Subviri potestate eris?” (...) “La razón es, porque aunque sean iguales los talentos, es preciso que uno de los dos sea primera cabeza para el gobierno de la casa y familia, lo demás sería confusión y desorden”<sup>200</sup>.

### **3.3.3 - El Despotismo Ilustrado: Las damas en las sociedades económicas de amigos del país**

Como se ha evidenciado, el padre benedictino entró de lleno en la contienda de la “Querella de las damas” y dio un paso más en las argumentaciones esgrimidas por sus “antecesores” antimisóginos medievales. Su “Defensa de las mujeres” fue una de las semillas que darían lugar, en lustros posteriores, a textos más comprometidos con la mujer, como los de Josefa Amar y Borbón. Al fin y al cabo, la pretensión real de Feijoo, llamado en ocasiones “el fraile feminista”, se aproximaba más a la de combatir el error y dignificar a la mujer que a la de reestructurar las relaciones de género en un sentido igualitario. En su esquema de pensamiento el hombre continuaba ostentando el epicentro de la sociedad y de la vida pública.

A pesar de todo, como ha afirmado la historiadora Margarita Ortega López, en pleno desarrollo político del Despotismo Ilustrado, “los seguidores de las tesis de Feijoo se quedaron a años luz del pensamiento del benedictino”<sup>201</sup>. A este respecto, pocas décadas después, otros ilustrados plantearon la necesidad económica de que las mujeres jugasen un papel algo más activo en la sociedad<sup>202</sup>. Movidio por un deseo más bien utilitarista, el ilustrado Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802) en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775) sostuvo que “la mujer tiene el mismo uso de razón que el hombre, sólo el descuido que padece en su enseñanza la diferencia sin culpa suya”<sup>203</sup>. Rodríguez de Campomanes fue un devoto lector de Feijoo. Probablemente, tenía en mente el compendio de mujeres célebres en la Historia que el propio Feijoo enumeró en su defensa del sexo femenino décadas antes:

---

<sup>200</sup> TC, I, d. XVI, § XXIII, 148.

<sup>201</sup> ORTEGA LÓPEZ, Margarita, “La defensa de las mujeres en la sociedad del Antiguo Régimen. Las aportaciones del pensamiento ilustrado” en FOLGUERA, Pilar, (Comp.), *El feminismo en España. Dos siglos de historia*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, p. 24.

<sup>202</sup> Véase SMITH, Theresa Anna, *Emerging Female Citizen: Gender and Enlightenment in Spain*. University of California Press, 2006, pp. 74-108.

<sup>203</sup> *Ibidem*.

“Si yo hubiere de emprender la defensa de las mujeres y de sus talentos, podría llenar muchas páginas a su favor”<sup>204</sup>. Quien fue ministro de hacienda en el gobierno reformista de Floridablanca (bajo el reinado de Carlos III) apoyó la admisión de mujeres en la Real Sociedad Económica Matritense. Esta fue una institución fundamental en el nuevo proyecto reformista que se quiso impulsar en España y del que él mismo, junto a otros, fue uno de sus máximos artífices.

Por otra parte, conviene recordar que, en la atmósfera cultural del Barroco español y bajo un duro contexto de crisis económica en el siglo XVII, se inculpaba a las mujeres nobles y burguesas de frivolidad, derroche y de arruinar a sus maridos. Se las acusó, sin rodeos, de contribuir al mal funcionamiento económico de la nación. En ese clima de pesimismo y zozobra, la misoginia se apoderó de muchos escritores y polígrafos a los que señalar a la mujer servía para descargar su frustración ante un panorama de declive socioeconómico y político. El proyecto reformista ilustrado, en cambio, asumió una actitud más proactiva, lo que se explica por su noción optimista del progreso humano y su anhelo de conducir a la sociedad al camino de la renovación y la superación del atraso<sup>205</sup>. Los intelectuales que se pronunciaron en el debate sobre la inclusión de “señoras” en las sociedades económicas de amigos del país pusieron sobre la mesa ese mismo prejuicio heredado del XVII, pero se desmarcaron de la misoginia barroca en la búsqueda de una resolución.

A modo de ejemplo, el mencionado Rodríguez de Campomanes apoyó a Manuel José Marín y Borda (1735-¿?) en la idea de abrir el acceso de mujeres a la sociedad matritense y compartió con él su misma visión utilitaria: “Su admisión no es solo justa sino conveniente y necesaria”<sup>206</sup>. Las mujeres podían ser muy útiles participando no sólo como socias, sino también encargándose de la dirección de escuelas populares.

---

<sup>204</sup> Extraído de NEGRÍN OLEGARIO, *Ilustración y educación. La Sociedad Económica Matritense*. Madrid, Editorial Nacional, 1984, p. 146.

<sup>205</sup> BOLUFER PERUGA, Mónica, “Las mujeres en la cultura de la Ilustración”, MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, y PI CORRALES, Magdalena de Pazzis, (Eds.), *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII español*. Universitat de València, Servei de Publicacions, 2008, p. 209.

<sup>206</sup> Extraído de NEGRÍN, Olegario, op. cit., p. 147. Este extracto pertenece originalmente al texto *Memoria presentada a la sociedad de Madrid por D. Pedro Rodríguez Campomanes sobre la admisión de las señoras en ella*. Este texto fue leído en la Junta de la Sociedad el 18 noviembre de 1775. Cada una de las memorias citadas a continuación, sobre la controversia relativa a la admisión de damas en calidad de socias de la sociedad, se encuentran entre los legajos del Archivo Real de la Sociedad Económica Matritense.

Según su criterio, estas ilustres mujeres, a la par, saldrían de su ociosidad improductiva y servirían de ejemplo de virtud al resto. Más formadas e instruidas, debían de ir integrándose en diferentes sectores de la economía, fundamentalmente el de la industria textil, pero también en las artes y la agricultura: “Cuando se trata de promover en el pueblo la aplicación al trabajo y el destierro de la ociosidad, no se emprende un sistema platónico. Es un principio de educación común a los dos sexos”<sup>207</sup>.

El citado Manuel José Marín, miembro fundador de la Real Sociedad Económica Matritense y ayudante de Cámara de Carlos III, en 1775, fue el primero en declarar su deseo de que mujeres distinguidas por sus aptitudes y virtudes morales pudiesen estar asociadas a dicha institución. Además, expresó su pretensión de que tuviesen derecho de participación, pero sin emplearlas, eso sí, en “ocupaciones impropias de su sexo”<sup>208</sup>. “Considerando que los entendimientos no tienen sexo, ni las almas se diferencian como los cuerpos” muchas damas, según Marín, sobresalen en igual proporción que los hombres por su gran cultura y talento artístico<sup>209</sup>. Marín justificaba su propuesta apelando a que el sentimiento de las damas por el bien de la patria, fruto de sus futuras labores en las sociedades económicas de amigos del país, se transmitiría a sus hijas e hijos y de ese modo, con el tiempo, a la nación en su conjunto.

Incluso Gaspar Melchor Jovellanos (1744-1811) quiso también respaldar la proposición de Marín, no por un sentimiento “generoso de galantería”, sino por convencimientos “dictados por el patriotismo y aprobados por la razón”<sup>210</sup>. Si la mujer es “objeto de nuestras declamaciones” no era ni correcto ni oportuno negarlas ejercitar sus virtudes y talentos. Los hombres que tanto enaltecen con bellas palabras y gestos de cortesía a las mujeres actuarían fuera de la coherencia si las excluyesen. Jovellanos estaba de alguna forma llamando a una masculinidad virtuosa y, a su juicio, verdaderamente caballeresca. Además, según sus palabras, admitir en las sociedades en calidad de socias a “la bella porción de la humanidad” requería hacerlo de pleno:

---

<sup>207</sup> Extraído de *Ibidem*, p. 143.

<sup>208</sup> *Ibidem*, p. 136. Este extracto y el siguiente pertenecen a *Memoria del señor D. Manuel José Marín sobre la utilidad que puede resultar al establecimiento de la Sociedad, la admisión de las mujeres, bajo el título de asociadas*. Esta memoria fue leída en la Junta de la Sociedad el 28 de octubre de 1775.

<sup>209</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>210</sup> *Ibidem*, p. 156. En este caso, el fragmento proviene de *Memoria de M. G. de Jovellanos sobre la admisión de señoras en la sociedad económica*. Este texto fue expuesto por el propio Jovellanos en la Junta de la Sociedad el 27 de marzo de 1786.

“Desengañémonos, señores (...) si admitimos a las señoras no podemos negarles la plenitud de derechos que supone el título de socio”<sup>211</sup>.

Jovellanos, como el resto de los ilustrados sensibles ante la situación que padecían las mujeres, no reclamó una igualdad jurídica integral entre los sexos, pero confesó su indignación, por ejemplo, ante el despotismo masculino que las leyes y los hombres ejercían contra la mujer en el matrimonio. En otro texto, concretamente en su poesía satírica “Contra la tiranía de los maridos” (1798), Jovellanos abogó por una mayor igualdad conyugal entre hombres y mujeres. La misión encomendada al sexo masculino, proteger a su familia y a su esposa con la fuerza si fuese necesario, no debía degenerar, en ningún caso, en un régimen de tiranía que amparase el maltrato y la esclavitud contra la mujer. Bajo los preceptos del progreso ilustrado, la civilización requiere del asentamiento de un modelo de esposo protector y proveedor. No obstante, al igual que algunos ilustrados ingleses, resultaba insoslayable el desterrar un esquema viril predominantemente brutal y barbárico:

“Y ¿quién te ha dado, bárbaro, ese imperio que tan altivo ostentas? ¿Quién? ¿Natura, alma Natura? No, sus sacras leyes no distinguen de sexos (...) contigo Elisa en igualdad divide” (...) “Fuerza, noble ardimiento, bizarría, hete los caracteres con que sabía te señaló Natura tu destino. Dijo en ellos: trabaja asaz, defiende de ataque injusto tu progenie cara, tu dulce compañía, tus hogares” (...) “Pero tú en estos mismos, insensato, hallar pretendes títulos de imperio. ¡De imperio...! De absoluto señorío. Hizo el hombre servir de luengos siglos a su loca ambición sus nobles prendas, subyugó al sexo débil, degrádole, y, haciéndole su esclavo, su belleza, su preciada belleza, sus encantos, el premio del sudor y la fatiga, diéronse a la violencia, y aun su vida fue un gratuito don de su tirano” (...) “Hizo más: autorizó en sus leyes su usurpación; (...) imprimieron al sexo ya abatido el sello torpe de su esclavitud mísera e infame” (...) “¿qué causa su suerte rebajar pudo al extremo de hacerla esclava de su igual? ¿Quién pudo hacerte su señor?” (...) “¡La desprecias, la humillas, la maltratas! ¡Insensato..., a la madre de tus hijos!” (...) “He aquí el fruto fatal de la fiereza del imprudente Arnesto, y de millares de insociables y bárbaros esposos. Apartad de nosotros este oprobio, resto de nuestras bárbaras costumbres, y haced que se respeten mutuamente los que una vez unió sacro himeneo”<sup>212</sup>.

Tras el visto bueno de otros dos miembros de la sociedad, como el diplomático Antonio de la Quadra y Llano (1721-1783) y el director de las Escuelas Patrióticas Luis de Imbille, otro ilustrado, Ignacio López de Ayala (1739-1789) defendió con mayor

---

<sup>211</sup> *Ibidem*, p. 158

<sup>212</sup> Extraído de la web del bicentenario de Jovellanos: <http://www.jovellanos2011.es/web/biblioteca-virtual-ficha/?cod=321>.

ímpetu aún la entrada de las mujeres a la institución<sup>213</sup>. Lo hizo frente a la frontal oposición del distinguido ilustrado Francisco de Cabarrús (1752-1810). López de Ayala buscaba hacer “útiles” a las mujeres, exprimir sus potencialidades en favor del desarrollo económico y cultural de la nación:

“Trátase de saber si las mujeres españolas, esto es, si la mitad de España han de permanecer inútiles como hasta aquí; o si, por el contrario, se les han de suministrar luces y conocimientos para que ayuden a los hombres y gobiernen con inteligencia sus caudales y familias. Trátase de saber si se puede sacar de este sexo utilidad o si es un gremio réprobo que debe quedar abandonado al capricho, a la inutilidad, ociosidad y desenvoltura”<sup>214</sup>.

La igualdad de entendimiento, laboriosidad y capacidad entre los sexos era indiscutible para López de Ayala: “La mujer es capaz de toda la instrucción y de casi todos los trabajos de los hombres”. El hombre ilustrado y civilizado descollaría, según su criterio, solamente por su capacidad de raciocinio. Esta concepción de masculinidad ilustrada sustituía el imperio de la fuerza física por el de una potencia de la razón coaligada con el sentido de humanidad y con la tradicional cortesía hacia el otro sexo:

“No hay, pues, fundamento para preferirnos [los varones] en la parte racional, que es en la que consiste la excelencia de nuestra especie. Porque querer probar nuestras ventajas porque somos más fuertes y robustos es dar argumento a un caballo o a un elefante para que se prefiera al hombre. Nuestro distintivo es la razón, no las fuerzas, y es más hombre quien tiene la razón más despejada. El filósofo, pues, apartándose de las mujeres, gana el confundirse con las bestias” (...) “Supuesta la igualdad ¿Por qué hemos de excluir a las mujeres de las sociedades, sea honor o sea trabajo el que en ellas participen?”<sup>215</sup>.

Los hombres, según López de Ayala, tienen una grave responsabilidad por haber impuesto, de forma injusta, la supremacía masculina y haber por eso mismo despojado de posibilidades al sexo femenino para el cultivo de sus virtudes naturales: “Es necesario decirlo: los hombres son los que han depravado al otro sexo”. La autoridad “inhumana” con la que el varón ha subyugado a las mujeres las ha llevado al ocio porque “tomamos todos los medios y precauciones para que sean ignorantes”<sup>216</sup>. López

---

<sup>213</sup> Por más que hayamos buscado, no hemos podido hallar muchos datos sobre Luis de Imbille, ni siquiera las fechas de nacimiento y defunción.

<sup>214</sup> Extraído de NEGRÍN, Olegario, op. cit., p. 176. Este extracto y los dos siguientes son pertenecientes al documento *Papel sobre si las señoras deben admitirse como individuos de las sociedades*. Esta memoria fue leída el 2 de septiembre de 1786 en la Junta de la Sociedad.

<sup>215</sup> *Ibidem*, p. 177.

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 177.

de Ayala subrayaba que el sentido de superioridad masculino es más bien un sofisma y una falsedad, porque la influencia de la mujer, cuando ha gobernado y reinado, ha sido muy positiva en términos políticos y económicos:

“Es indisputable que éstas han gobernado mejor y con más humanidad y ventajas, se han logrado gobiernos más humanos y felices bajo el imperio de mujeres que de hombres” (...) “sin embargo, nos damos la preferencia, y como dueños del campo, nos calificamos de superiores porque somos más fuertes y perniciosos, ventaja inconcusa que tiene el lobo respecto de la oveja”<sup>217</sup>.

Una vez visto lo que un pequeño número de intelectuales y políticos aportaron en su defensa de la mujer durante la Ilustración española cabe resaltar una cuestión. Tras toda esta dilatada intervención masculina profemenina –entre La Edad Media y la Ilustración– habría que esperar unas cuantas décadas, desde que Feijoo y sus “seguidores” se pronunciaron como defensores, para que en España salieran a escena nuevas voces masculinas abiertas a mejorar el status social de la mujer. Lamentablemente durante la investigación no se han localizado ejemplos de hombres que durante la segunda mitad del siglo XVIII y mediados del siglo XIX alzasen su voz ante la situación de la mujer. En comparación con los hombres, sí que aparecieron con mayor impulso voces femeninas que se encuadrarían dentro de un feminismo de matriz ilustrada. Dentro de esta etapa recordemos, a título de ejemplo y sin ánimo exhaustivo, a la pedagoga Josefa Amar y Borbón, a Beatriz Cienfuegos, supuesta autora de *La Pensadora Gaditana* (1763-1768), a la dramaturga María Rosa Gálvez de Cabrera (1768-1806), o a la traductora y escritora ilustrada Inés Joyés y Blake (1731-1808) –autora de *Apología de las mujeres* (1798)–<sup>218</sup>.

Esta circunstancia se explica por la propia evolución del feminismo histórico español. Durante los años del reinado de Fernando VII las circunstancias de “atraso” político y sociocultural puede que impidieran que se generasen en España las condiciones necesarias para el retorno discursos de hombres que ofreciesen alternativas al estado de la mujer española. A pesar del breve Trienio Liberal, la debilidad de la

---

<sup>217</sup> *Ibidem*, pp. 180-181. Este extracto pertenece al texto *Papel sobre si las señoras deben admitirse como individuos de las sociedades*. Esta memoria fue leída tras la de Josefa Amar y Borbón el 2 de septiembre de 1786.

<sup>218</sup> Se ha especulado con la posibilidad de que “Beatriz Cienfuegos” resultara ser un pseudónimo bajo el que se camuflaba un religioso andaluz llamado Juan Francisco del Postigo. Se trata aún de una cuestión irresuelta. Lo que se sabe es que el semanal se publicó como reacción a las altas dosis de misoginia del periodista ilustrado José Clavijo y Fajardo en el semanario matritense *El Pensador*.

cultura ilustrada española y el desarrollo de las vicisitudes políticas que condujeron a una larga restauración absolutista fueron decisivas en esta dirección. Pero, a continuación, el dilatado periodo de un régimen liberal todavía anclado a las bases económicas y culturales antiguoregimentales tampoco seguramente contribuyera a que afloraran discursos de hombres que desentonaran con el imaginario de género establecido.

Fue a partir de los años 40 del siglo XIX cuando un elenco muy minoritario de intelectuales comenzó a señalar lo que identificaban como “despotismo varonil”. Estas figuras adscritas al liberalismo más progresista, a las filas del democratismo y del socialismo utópico empezaron a hablar de la emancipación de la mujer utilizando una retórica barnizada de caballeridad y paternalismo. Pero lo hicieron todavía bajo una lógica distante todavía de abogar por soluciones que contemplaran la reclamación derechos concretos para las mujeres. Su visión tenuemente aperturista acerca del papel de la mujer carecía de excesiva concreción, y tan sólo se focalizaba en la denuncia de su situación educativa, en exclamar su contrariedad a la misoginia reinante y en su apelación retórica e imprecisa a la incorporación de las mujeres al progreso social. Las formulaciones menos moderadas de estos discursos masculinos favorables a la liberación de la mujer en este periodo isabelino fueron los procedentes de los influjos del fourierismo. De este modo, en las siguientes décadas, entre las culturas políticas fundamentalmente republicanas, revolucionarias y progresistas, irá cristalizándose una creciente y más decidida preocupación masculina por el mejoramiento del status social de la mujer.

Resultaría difícil, en efecto, hablar todavía de discursos feministas difundidos por hombres durante el régimen isabelino. Además, ¿hasta qué punto las revistas femeninas que dirigieron o en las que escribieron estos intelectuales en dicho periodo tuvieron influencia en la opinión pública femenina? Las lectoras de estas publicaciones solamente representaban a un número muy minoritario de mujeres de la alta burguesía. Sin embargo, hubo quienes acusaron a estas revistas de “liberación del bello sexo” de instigar a las mujeres a cometer actos irracionales. Concretamente, en su momento, el diario *El Observador* notició un supuesto intento de suicidio de una señora anónima, presuntamente imbuida de los mensajes “emancipadores” de dichas publicaciones.

Según la noticia, esta mujer no aceptaba ni se doblegaba a las “represiones de su marido”, que para el diario eran legítimas que fuesen ejercidas por su esposo<sup>219</sup>. Aunque el contenido de estas revistas no fuese en exceso transgresor, en su tiempo hubo quienes sintieron que divulgaban un modelo de feminidad peligroso e inaceptable.

En este contexto cultural del romanticismo, la literata Cecilia Böhl de Faber (1796-1877), la poeta romántica Carolina Coronado (1820-1911) o la escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) personifican los “antecedentes” del feminismo decimonónico español<sup>220</sup>. Estos nombres son únicamente los más estudiados y conocidos de este periodo. A este respecto, se suele afirmar que habría que aguardar a los años en que Concepción Arenal publicara *La mujer del porvenir* (1869) para que en España comenzase a dar sus primeros pasos un feminismo más abiertamente vindicativo<sup>221</sup>. Pero muchas veces se olvida que fueron las gaditanas Margarita López de Morla (1790- ¿?), Margarita Pérez de Celis (1840-1852) y María Josefa Zapata (1822-1878), entre otras seguidoras del socialista utópico Joaquín Abreu, las representantes de un incipiente feminismo de raíces fourieristas que, por cierto, caló en algunos varones utopistas de su círculo ideológico<sup>222</sup>. En resumidas cuentas, la historiadora Nerea Aresti nos facilita una certera explicación de por qué, a mediados del siglo XIX, el clima político y social prerevolucionario coincidió con la salida a escena poco a poco de discursos disonantes con las concepciones de género decimonónicas:

“(…) la ampliación semántica del concepto de ciudadanía por la Revolución del 68 afectó básicamente a los hombres, también algunas mujeres se sintieron apeladas por este proceso y vislumbraron la posibilidad de intervenir políticamente. Aquellas mujeres que se movieron sobre todo en el ámbito del republicanismo radical, el librepensamiento y el internacionalismo obrero se movilizaron contra las quintas, la abolición de la esclavitud y participaron incluso en episodios de insurrección urbana. A lo largo del periodo siguiente la presencia de mujeres en ámbitos organizativos fue creciente”<sup>223</sup>.

---

<sup>219</sup> *El Observador*, 15 noviembre 1851, p. 3

<sup>220</sup> Véase KIRKPATRICK, Susan y BÁRCENA, Amaia, *Las románticas: Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid, Cátedra, 1991.

<sup>221</sup> Véase CABALLÉ, Anna, *Concepción Arenal: la caminante y su sombra*. Barcelona, Taurus, 2018.

<sup>222</sup> Véase al respecto ESPIGADO TOCINO, Gloria, “La buena nueva de la mujer profeta: Identidad y cultura política en las fourieristas M<sup>a</sup> Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2008, pp. 15-33.

<sup>223</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, “Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas”, FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (Coords.), *La Restauración y la República: 1874-1936*. Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 102.



### **PARTE III**

## **DISCURSOS IGUALITARIOS Y FEMINISTAS DE HOMBRES: LA MUJER EN LOS PROYECTOS POLÍTICO-IDEOLÓGICOS DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA (1868-1939)**



## CAPÍTULO IV

### ¿HOMBRES Y FEMINISMO CATÓLICO-CONSERVADOR?

*“¡Tantos siglos de catolicismo imperante y absoluto en España, para que estés vilipendiada, sin concederte siquiera derecho a defender tu honra legalmente! Hace un siglo que el liberalismo se anuncia, y ya de todos lados surgen defensores en tu loor. ¿Cómo dudas, hermosa mitad nuestra, en elegir?”*

Fernando Lozano Montes<sup>224</sup>

Entre las culturas políticas progresistas y de izquierdas se puede distinguir, con mucha diferencia, una mayor cantidad de hombres con discursos reivindicativos en la mejora de la condición de la mujer que entre las familias políticas del espectro ideológico de las derechas. Pese a que desde posiciones ideológicas revolucionarias y progresistas se ha excluido en repetidas ocasiones a las mujeres de los mismos derechos que los hombres, el liberalismo democrático y el resto de las ideologías a su izquierda coincidían con el feminismo, a primera vista, en un proyecto “universalizador” ilustrado. Por lo contrario, los tradicionalismos y las versiones conservadoras del liberalismo –firmemente ancladas en los valores de orden social y en la restricción democrática– rechazaron con mucha más intensidad todo proyecto de “universalidad” de derechos y de justicia social.

De todas maneras, es bien sabido que muchas mujeres intelectuales que han constituido el grueso del feminismo histórico español, partiendo de principios ideológicos conservadores, articularon un feminismo que en determinadas ocasiones exhibía planteamientos con cierto grado de radicalidad. Francesca Bonnemaison, Concepción Gimeno de Flaquer, María de Echarri, Celsia Regis, Benita Asas Manterola, Emilia Pardo Bazán o María Espinosa de los Monteros, entre otras muchas mujeres,

---

<sup>224</sup> LOZANO MONTES, Fernando, “El catolicismo en acción”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 20 enero 1884, p. 1.

fueron algunas de las principales<sup>225</sup>. Estas figuras formaron parte de vertientes ideológicas ligadas al conservadurismo político y al catolicismo, pero también a opciones incluso tradicionalistas. En el caso de España, no hay duda de que sin considerar el peso de esas corrientes no es posible trazar la marcha histórica del feminismo español<sup>226</sup>.

No obstante, hay que recordar que algunas de estas mujeres sentían que hombres que se estaban sumando al ideario feminista estaban proponiendo la concesión de una serie de derechos que las mujeres no debían o no estaban todavía preparadas para asumir. En este sentido, es simplista pensar que las mujeres de forma permanente pusieron sobre la mesa reivindicaciones más radicales y los hombres, por lo general, más tibias. No siempre fue así. La novelista feminista Sofía Tartilán de Escobar (1829-1888) apostaba por la educación femenina como vía de emancipación, pero reprochaba a “los defensores del bello sexo” de ser radicales y de montarse al caballo de la moda por defender a las mujeres de su opresión. El inicio de su emancipación comenzó, según Tartilán de Escobar, con la consolidación del cristianismo y debía proseguir, casi exclusivamente, por el terreno de la cultura y la enseñanza. La que fuese directora de *La Ilustración de la Mujer* acusó a “los defensores del bello sexo” de no reparar en los peligros de erosionar los fundamentos de la feminidad:

“Durante un tiempo ha estado de moda romper lanzas en favor de las prerrogativas y derechos femeninos. (...) todo el mundo se ha creído en el deber de defender, elogiar y poner sobre las nubes a la mujer, dándole cualidades que no tiene,

---

<sup>225</sup> Destacamos las siguientes publicaciones que han estudiado a estas figuras feministas ubicadas dentro del espectro ideológico conservador. BURDIEL, Isabel, *Emilia Pardo Bazán*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018; SEGURA I SORIANO, Isabel y CABÓ I CARDONA, Anna, “Francesca Bonnemaison i Farriols: constructora de un espacio cultural de mujeres”, *Cuadernos de Pedagogía*, nº 337, 2004, pp. 20-22; PINTOS, Margarita, “Concepción Gimeno de Flaquer: feminista poliédrica”, *Filanderas: Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas*, nº 1, 2016, pp. 7-26; MORENO SECO, Mónica, “El feminismo moderado de María Espinosa de los Monteros”, *Entretejando saberes: Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudios de Mujeres (AUDEM)*, Sevilla 17 al 19 de octubre de 2002, Vol. 1, 2003, pp. 1-2. Resulta llamativa la escasez y falta de estudios sobre algunas de las máximas representantes del feminismo católico y conservador en España. Existe un campo de investigación al respecto bastante amplio por explorar.

<sup>226</sup> Sobre la visión que de la mujer y la feminidad en las derechas españolas véase los trabajos de la historiadora Rebeca Arce Pinedo: ARCE PINEDO, Rebeca, “De la mujer social a la mujer azul: La reconstrucción de la feminidad por las derechas españolas durante el primer tercio del siglo XX”, *Ayer*, nº 57, 2005, pp. 247-272; ARCE PINEDO, Rebeca, *La construcción social de la mujer por el catolicismo y las derechas españolas en la época contemporánea*. Tesis doctoral dirigida por Manuel Suárez Cortina. Santander, Universidad de Cantabria, 2016 o ARCE PINEDO, Rebeca, *Dios, patria y hogar: La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*. Santander, Universidad de Cantabria, 2007.

atribuyéndola derechos que no le pertenecen”<sup>227</sup>.

La idea de que el avance del cristianismo supuso la dignificación o la génesis de la emancipación de la mujer fue un lugar común en muy distintos espacios. En ciertos círculos del catolicismo más tradicional se utilizaba el concepto de emancipación y redención de la mujer para oponerse a la concepción laica e izquierdista de liberación de las mujeres. Desde los círculos católico-conservadores se rechazaba su visión anticlerical e igualitarista sobre los sexos. Pero esta lectura que ligaba cristianismo con redención femenina también tuvo su eco entre intelectuales republicanos y de tendencias políticas de izquierdas, porque hubo quienes en esos entornos ideológicos conciliaron sus principios políticos progresistas con sus creencias cristianas. Estas coincidencias complejizan aún más el escenario y, por lo tanto, ayudan también a rebatir la clásica identificación entre cristianismo, conservadurismo y antifeminismo.

Por otra parte, en la misma dirección que las feministas conservadoras, existieron hombres conservadores que avalaron las tesis de sus compañeras católicas y defensoras del orden conservador-burgués. Pero estas posturas muy rara vez se dieron. Además, muchos de estos hombres partieron de nociones incluso más “suaves” y moderadas que las de sus “homólogas”. Se podría concluir que los hombres que abrazaron opciones políticas conservadoras y tradicionalistas, en la inmensa mayoría de los casos, no desafiaron de una manera decidida y sincera el ordenamiento de género establecido. Esta circunstancia contrasta enormemente con el hecho de que un gran número de mujeres sí lo hicieron en estos ámbitos ideológicos de la derecha y ligados al catolicismo social.

#### **4.1 - Frente a la apostasía, un “feminismo aceptable”**

La creciente pujanza a principios del siglo XX de las corrientes emancipadoras de la mujer supuso un cambio de estrategia de quienes se oponían a las rupturas que aventuraban. Los intentos de definir un feminismo católico en el caso del jesuita Julio Alarcón y Meléndez (1843-1924) en sus textos publicados en *Razón y fe* y en su obra *Un feminismo aceptable* (1908) son prueba de esta reacción estratégica<sup>228</sup>. Sus textos

---

<sup>227</sup> TARTILAN, Sofía, “La mujer en la Edad Media”, *La Mañana: Diario Político*, 29 enero 1877, p. 1.

<sup>228</sup> ALARCÓN Y MELÉNDEZ, Julio, *Un feminismo aceptable (con las licencias necesarias)*. Madrid, Razón y Fe, 1908.

constituyen una contraofensiva frente a los feminismos que este autor y otros catalogaba de enemigos de la Iglesia. Estos eran más que nada los que entroncaban con el laicismo, el liberalismo y las culturas políticas revolucionarias. Partiendo de la figura referencial de Concepción Arenal, Alarcón y Meléndez descafeinó las proposiciones feministas de la penalista gallega reduciéndolas a una propuesta centrada en alentar un ideal de feminidad católico renovado, pero que avalaba la autoridad del marido sobre la esposa<sup>229</sup>. Lo mismo ocurrió con *El Libro de la mujer española. Hacia un feminismo cuasidogmático* (1921) del padre Graciano Martínez (1869-1925), en el que nuevamente se pretendía presentar a la Iglesia como campeona de la redención femenina contra sus antagonistas<sup>230</sup>.

De forma bastante similar, el obispo Vicente Santiago Sánchez de Castro (1841-1920) o el fundador de Unión Católica Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), entre otros, insistieron en acusar y criminalizar a los hombres “propagandistas del laicismo” y emancipadores de la mujer. El primero de los dos alertaba de que “turbas indoctas de redentores de la mujer silban a su oído como la serpiente paradisiaca palabras de mentira y de seducción”<sup>231</sup>. Una visión partía de una concepción muy concreta, tanto de la feminidad como de la masculinidad. Este punto de vista juzgaba que las mujeres son fácilmente manipulables, mientras que, por otra, suponía que el sexo masculino con su galantería jugaba con ventaja con el objeto de utilizar de forma interesada al otro sexo, el “débil” física y mentalmente.

Alejandro Pidal, por otra parte, tildaba a los hombres defensores del feminismo de “apóstoles anticristianos”. El feminismo, según su óptica, había sido creado en las “academias del mal” bajo la finalidad de “arrastrar y seducir a la mujer a su mayor perdición y ruina”. A esto añadía que “no hay otra cosa que el eterno engaño de la seducción con que poner asechanzas la serpiente al calcaño de la mujer”. Ante los peligrosos “redentores”, Pidal aconsejaba a la mujer no dejarse seducir ni corromper: “Defiéndase de los dictados que, por sus ideas, le llamarán los exaltados”. Los radicales “enemigos de la santa institución” que intentaban atraerlas a su redil de la “apostasía”

---

<sup>229</sup> Recordar que el jesuita también publicó *Una celebridad desconocida: Concepción Arenal* (1914).

<sup>230</sup> MARTÍNEZ, Graciano, *El libro de la mujer española: Hacia un feminismo cuasi dogmático*. Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos, 1921.

<sup>231</sup> CASTRO, Sánchez, “La emancipación de la mujer”, *El Álbum Iberoamericano*, 14 diciembre 1892, p. 258.

realmente querían, a su parecer, engañarlas. Buscaban venderlas una falsa libertad, la del feminismo antisocial que confrontaba con la del sano feminismo cristiano:

“Suponen víctima y esclava a la mujer, por las cadenas de la religión, de la moral y de las buenas costumbres, de la tiranía social y cuyo único remedio es la proclamación absoluta de los derechos de la mujer (...) no son otra cosa que la negación de todos los deberes para con Dios” (...) “hacer por estos caminos de la mujer un triste y pronto poco apreciado instrumento vil de sensaciones morbosas, es el único fin que pretenden y sabrán hallar, si los dejamos” (...) “Muy grande es el valor moral de la mujer. Basta con fijarse que si la mujer no tuviera tanto valor, no se la disputarían a la sociedad y a la Iglesia los enemigos de tan santas instituciones. «Nada habremos hecho mientras no hayamos conquistado a la mujer» exclaman los apóstoles más fervientes de tales doctrinas” (...) “Hoy que el mal avanza buscando como instrumento y como cómplice a la mujer para consumir la Barbarie, no sólo conviene, sino que urge, que la mujer se arme con todo el arsenal conveniente para defender los fueros del hogar y las prerrogativas del templo, que son los dos asilos de su virtud y los dos alcázares de su honor. Armada así, fácil les será distinguir entre el amor y la consideración a la mujer que predicán los feminismos cristianos y los miserables cálculos de corrupción, de seducción y apostasía que persigue el feminismo antisocial para hacerla instrumento de sus más tristes ignominias”<sup>232</sup>.

Este discurso de género católico que hablaba de un feminismo “aceptable” o “cristiano” no suponía ni una leve transgresión a los consensos culturales del modelo de domesticidad femenino, ni recogía ningún derecho reconocible de ciudadanía a adquirir por las mujeres. A efectos reales, se trataba de adornar el modelo de feminidad tradicional, recomendando incluso la conveniencia de asegurar la jerarquía y el dominio del varón en el matrimonio. Su objetivo se dirigía a refrenar los aires “malévolamente” revolucionarios y desestabilizadores del orden social y sexual. De esta suerte, por ejemplo, el citado Padre Graciano se autodefinía “feminista avanzado” mientras que no veía con buenos ojos la excesiva proliferación de mujeres científicas e intelectuales:

“(...) porque aun los feministas más avanzados —entre los cuales tengo el honor de contarme— piensan que la mujer no se debe dar a la ciencia pura, más que por excepción ¿Descuella algún alma femenina con aptitudes sobradas para sumarse a la escogida pléyade de genios científicos y brillar en ella como uno de los primeros? Súmese, enhorabuena, y esplenda y brille, pero nada más que como excepción”<sup>233</sup>.

En este sentido, el feminismo “apóstata” e “izquierdista”, para sus más enérgicos detractores, desprotegía a la mujer. El propio Alejandro Pidal, en 1902, exclamaba que

---

<sup>232</sup> *La Lectura*, enero 1903, pp. 145-147.

<sup>233</sup> GRACIANO MARTÍNEZ, Padre, “La mujer y la cultura”, *España y América*, 1-15 enero 1920, pp. 166-167.

“los feministas de hoy halagan constantemente a la mujer con repetidas promesas; pero donde vienen a converger en la bárbara teoría del amor libre, que la convertiría en instrumento de placer para el hombre”<sup>234</sup>. Como puede observarse, entre representantes masculinos, por un lado, de las fuerzas sociales reaccionarias y, por otro, intelectuales de sectores anticlericales, laicos y progresistas se desencadenó una suerte de pugna por erigirse en los auténticos protectores de las mujeres.

El telón de fondo de esta disputa entre ambos “bandos” era la búsqueda de la afección de la mujer para cada cual. Esta competición surge de la fuerte confrontación que ha atravesado secularmente a la historia política y cultural de la España contemporánea, la del conflicto religioso<sup>235</sup>. En este contexto de encarnizada lucha afloró un sentido paternalista de los que intervinieron en la reyerta laicismo/confesionalismo. Los hombres feministas o antifeministas, independientemente de su posicionamiento ideológico, reprodujeron en muchas ocasiones este deber de protección hacia la mujer, el cual conectaba con un sentido caballeresco y paternalista de la masculinidad.

Los valores de la caballería masculina estaban muy arraigados en la sociedad, lo que propiciaba que incluso mujeres que reivindicaban sus derechos y se autodefinían feministas se sintiesen halagadas por los gestos de cortesía masculina. A modo de ejemplo, acudimos a un texto de la revista *El Álbum Iberoamericano* en el que se recopilan las numerosas crónicas dedicadas a una conferencia sobre el feminismo pronunciada por la conservadora y católica Concepción Gimeno de Flaquer. Entre las reseñas de esta charla, impartida en el Ateneo de Madrid el día 26 de mayo de 1903, se valoraba muy positivamente la templanza de sus reivindicaciones feministas, pero también de forma muy reiterada la belleza de Gimeno de Flaquer y de las que la acompañaban durante la velada. La autora del artículo de la citada revista, la que firmaba con el nombre Olivia de Palmeria, mencionaba la buena acogida en la prensa de dicha conferencia por parte de los periodistas varones que la recogieron. Para la

---

<sup>234</sup> Palabras recogidas de una conferencia pronunciada por Alejandro Pidal. *La Época*, diciembre 1902, p. 3

<sup>235</sup> Sobre esta cuestión se insistirá en diversos espacios de esta investigación, pero sobre todo en el apartado “La escuadra y el compás frente al cetro: La disputa por la mujer en el conflicto laicismo-confesionalismo” integrado en el capítulo 9.



firmante estos hombres exhibieron una valiosa cortesía y caballerosidad, un virtuoso “alarde caballeresco de justicia”<sup>236</sup>.

En el mismo artículo, se hacía mención a un acto de cortesía por parte de la dirección del Ateneo hacia la aplaudida conferenciante: “La numerosa y distinguida concurrencia, en la que tenía lúcida representación el sexo bello, aplaudió y felicitó a la Sra. Gimeno de Flaquer, la cual fue obsequiada por el Ateneo con preciosos ramos de flores”<sup>237</sup>. Además, al acto acudió la infanta Eulalia, la cual comulgó con las propuestas feministas conservadoras de Gimeno de Flaquer. El allí presente Segismundo Moret, en calidad de Presidente del Ateneo, en un gesto protocolario de caballerosidad sustentó con su brazo a la infanta durante la salida del edificio: “Momentos después abandonaba S. A. el Ateneo del brazo del eminente orador y exministro D. Segismundo Moret, Presidente de aquel Círculo, dejando detrás de ella un rastro de luz y en el alma el grato perfume de la esperanza”<sup>238</sup>.

Esta impronta caballeresca de los hombres defensores de la mujer no se dio únicamente en los círculos más conservadores, fue una tendencia transversal desde el punto de vista ideológico. A la altura de 1910, por ejemplo, un articulista llamado Luis de Alba se autodefinía como “un hombre paladín de causa tan simpática como es esta del feminismo”<sup>239</sup>. En dos artículos sucesivos reprendió a otro autor, que firmaba con el nombre de Don Antonio de la Villa. Lo amonestó por albergar una mentalidad refractaria con respecto al movimiento feminista. Luis de Alba se sentía integrante de una “corte” ilustre y aventajada de hombres que hacían gala de una masculinidad superior y bienhechora a la del resto: “Las grandes causas, señor cronista, como lo es esta en que venimos conteniendo los hombres de corazón y aquellos que no lo tienen, que son la mayoría, díganlo sino nuestras bellas defendidas”<sup>240</sup>. En su segunda contestación cambió su tono de regaño y, al ver que había medianamente convencido a su contrincante, celebró su parcial rectificación. Le daba la bienvenida, según sus palabras, al círculo selecto y avanzado de auténticos caballeros “paladines”, los

---

<sup>236</sup> DE PALMERIA, Olivia, “El Problema feminista”, *El Álbum Iberoamericano*, 30 mayo 1903, p. 280.

<sup>237</sup> *Ibidem*, p. 281

<sup>238</sup> *Ibidem*, p. 282

<sup>239</sup> DE ALBA, Luis, “Reprimenda respetuosa”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 20 marzo 1910, p. 2. Por más que hayamos puesto todos nuestros esfuerzos no hemos conseguido ningún dato ni información sobre los dos polemistas, Luis de Alba y Don Antonio de la Villa.

<sup>240</sup> *Ibidem*.

verdaderamente dispuestos a escudar heroicamente al “bello sexo”:

“Bienvenido sea a esta villa y corte el correctísimo escritor y no menos correcto caballero (...) Faltaría a mis deberes de escritor que se ha declarado paladín de las mujeres, y que hasta la presente—¡oh decepción!—solo ha tenido que desfacer agravios, si al ver aparecerse en el estadio de la prensa un hombre de recto pensar que presta atención a tan interesante asunto, dejase de saludarle con admiración y respeto: Bienvenido seáis nuevo paladín de tan noble causa! —a esta muy heroica villa y corte, donde son muy contados los héroes de las causas nobles y los caballeros corteses, y donde por tal razón obtendrá la acogida que se merece el Sr. D. Antonio de la Villa”<sup>241</sup>.

Más adelante, en la España de los años 30 se fue generando la sensación de que estos valores de la caballeridad masculina se estaban erosionando fruto de los deseos de independencia de las mujeres. En la revista *Mundo Gráfico* se sostenía, con una dosis importante de nostalgia, que el “hombre moderno” había abandonado su compromiso con el “sexo débil”, es decir, la misión de protegerla:

“Muy diferente era antiguamente la condición del varón, a quien el código de la caballeridad le obligaba a hacer de todas las mujeres la dama de sus pensamientos y por todas rompía lanzas. Así asumía responsabilidades no sólo para con su madre, sus hermanas, su esposa y sus hijas, sino también para con su madre. política, cuñadas, sobrinas y demás parientas, como rezan las esquelas. En cambio, el hombre moderno vive en el mejor de los mundos. Con eso de que ya no existe sexo débil y que las mujeres están demostrando poder tenerse en pie solitas, sin necesidad de auxilio masculino, él aprovecha gustoso la ocasión para retirarse por el foro a descansar”<sup>242</sup>.

Otro ejemplo de esta añoranza por el hombre “caballeroso” es el del periodista y dramaturgo Joaquín Romero-Marchent (1899-1973). El escritor madrileño, en uno de sus artículos periodísticos, contrapuso una masculinidad hidalga, según él típicamente española, a otra que se “precipitaba” hacia el feminismo. Ambas, a su parecer, vivían engañadas y pugnaban por conducir a la mujer hacia los intereses masculinos, aunque de cada una se podía rescatar, según él, algo útil y positivo. La segunda, representada por quienes desacreditaban las nociones antiguas sobre las mujeres y se erigían valedores de sus derechos, habían renunciado erróneamente a proteger caballerosamente al otro sexo:

“Examinad la situación. El hombre español, el antiguo hidalgo de la tizona reluciente, despierta en el XX de los siglos. Unos quieren seguir sus antiguas

---

<sup>241</sup> DE ALBA, Luis, “Bienvenido seáis”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 16 marzo 1910, p. 122.

<sup>242</sup> *Mundo Gráfico*, 25 marzo 1931, p. 21.

costumbres; otros quieren precipitarse en la idea feminista, sin reparar en obstáculos, sin comprender que carecemos de preparación, que aún nuestros ojos no están bien despabilados de nuestro antiguo sueño. La voz de otras naciones que nunca fue su escudo, la hidalguía, basta para perturbar unos cerebros y aturdir unos cuantos corazones que han dejado de ser de poetas. Los unos indican: Señora y alma nuestra, reposad. Apoyada en mi brazo nada ha de faltarnos, mi tizona aún conserva su antiguo gesto de hidalguía y esta presta a castigar a quien trate de mancillaros. Yo solo, con la ayuda de mis brazos y de mi espíritu elevado. Me basto y me sobro para defenderos de las luchas humanas. Tú, señora mía y mujer, naciste para madre, no ara diputado. Otros, llenos de altanería, exclaman: La libertad, el progreso, os trazan el camino de la nueva vida que empieza y habéis de seguir. Se acabó el egoísmo. Aquí no hay hombre ni mujer, hay compañeros que tienen que ayudarse para una misma causa. El bien y la felicidad de la patria. No hay superioridad en la raza masculina. El hombre es exacto en capacidad a la mujer” (...) “Amabas voces os asedian. Unos quieren teneros como señora, otros como compañero ¿Cuál de los dos es el más egoísta? ¿Aquel que por sí sólo, por amor único y maravilloso se cree capaz para por sí propio ganar la vida y regir los designios de la nación, o aquel otro que al consideraros igual quiere que le ayudéis a soportar la carga, sin reparar en vuestras figurinas de biscuit ni mirar esos ojos bellos, propensos al cansancio, pretende llevaros con él a la lucha y al traqueteo de la vida pública?” (...) “Pues creo que los antiguos hidalgos, con ligeras variaciones, tendrían razón”<sup>243</sup>.

Todos estos ejemplos muestran cómo el sentido caballeresco y paternalista operaba de forma socialmente naturalizada en las formas por las cuales el sexo masculino interactuaba con la mujer. Esta tendencia masculina y patriarcal se materializaba sin distinguos entre hombres de ideologías dispares, fueran más progresistas o más reaccionarias. Esta cultura caballeresca se daba también, sin diferencia alguna, entre los que veían con simpatía la encarnación de un nuevo modelo de mujer más emancipada o entre quienes se oponían diametralmente a cualquier cambio o transgresión mínima de los esquemas tradicionales de género.

#### **4.2 - Conservadurismo y “feminismo burgués”**

El conservadurismo político no fue siempre incompatible con la apertura de nuevos cauces para las mujeres en el plano cultural, social y laboral, pese a que se hiciera ofreciendo soluciones que pudieran calificarse como sumamente moderadas. En ocasiones, en diversos espacios de discusión se recoge una disyuntiva a la hora de evaluar lo que se ha venido a denominar “feminismo conservador” y “feminismo católico”. No obstante, la problemática ha incentivado la voluntad de resolver, más que

---

<sup>243</sup> ROMERO-MARCHENT, Joaquín, “El feminismo: punto de vista”, *Ilustración Española y Americana*, 8 mayo 1921, pp. 4-5.

nada, la pregunta de si se puede realmente hablar de un feminismo bajo los valores del catolicismo<sup>244</sup>.

En cualquier caso, existen menos fricciones en torno a la discusión sobre el feminismo conservador y burgués<sup>245</sup>. Sin embargo, “feminismo burgués” recibe diferentes acepciones, pero en determinados intentos de definición se suele manejar de un modo poco preciso. Hay quienes afirman que se trata de un tipo de feminismo ajustado a la iniciativa de mujeres de clases privilegiadas, aristócratas y burguesas con objetivos meramente reformistas<sup>246</sup>. El sufragismo constituiría, según este esquema, una forma de feminismo burgués. No obstante, estas definiciones no abarcan la pluralidad de agendas ni de procedencia ideológica de las y los que se circunscribirían dentro de lo que se denomina bajo el paraguas de feminismo “burgués”. La identificación entre burgués y conservador es otro equívoco muy habitual, lo que ha conducido, en ocasiones, a la definición de feminismo conservador y burgués como sinónimos. Son términos los cuales se usan con demasiada frecuencia de modo indistinto para referirse a lo mismo. Se requiere de un uso más preciso para, de una forma más coherente, contraponer, por un lado, esas versiones de feminismos ligados a culturas políticas de derechas, y por otro, a feminismos encuadrados en espacios ideológicos progresistas y obreristas. De todo esto, el problema reside también en dónde y cómo ubicar, por ejemplo, a hombres feministas como Adolfo Posada o Miguel Romera-Navarro, institucionistas que difícilmente pueden ser etiquetados de conservadores, ni tampoco adscritos a un supuesto “feminismo burgués” que de un modo errático se ha englobado dentro del feminismo conservador. Al hilo de esta problemática, la historiadora Mary Nash, además, señala la renovación historiográfica que se ha producido al superar una

---

<sup>244</sup> Adolfo González Posada ya se había interrogado en 1899 sobre la posibilidad de articulación de un feminismo católico en España. En el capítulo dedicado al krausismo, se ahondará en las conclusiones vertidas por el jurista krausista en lo tocante al feminismo católico y conservador. Sobre el feminismo católico BLASCO HERRANZ, Inmaculada, “Ciudadanía femenina y militancia católica en la España de los años veinte: el feminismo católico” en BOYD, Carolyn P., (Coord.), *Religión y política en la España contemporánea*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007 o LLONA GONZÁLEZ, Miren, “El feminismo católico de los años veinte y sus antecedentes ideológicos”, *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, n° 25, 1998, pp. 283-299.

<sup>245</sup> Para adentrarnos en la cuestión nos ha sido de gran utilidad la consulta de GARCÍA CHECA, Amelia, “Identidad cultural y espacios de actuación: Las propuestas del feminismo conservador catalán”, *Arenal*, vol. 15, n° 2, 2008, pp. 209-235 y GONZÁLEZ BOIXO, José C., “Pensamiento conservador y feminismo en las escritoras del final del modernismo” en *Homenaje a José María Martínez Cachero: Investigación y crítica*. Vol. 2, Universidad de Oviedo, 2000, pp. 769-788.

<sup>246</sup> SAU, Victoria, *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona, Icaria, 2000, p. 127.

visión clásica de las clases sociales que afectaba la usanza de los términos “burgués” y “obrero”:

“(…) en la historiografía reciente las fronteras de las definiciones de feminismo burgués y obrero han quedado difuminadas. Las historiadoras/es advierten hoy sobre las múltiples maneras en que género y clase se combinan. Más allá de un planteamiento binario entre feminismo burgués y obrero, hoy en día creo que es de interés identificar intersticios, las fronteras, los aspectos comunes y diferenciadores más allá de la retórica del rechazo. En la actualidad, el “feminismo burgués” es un concepto escurridizo que tiene como base una concepción clásica de las clases sociales que ha sido sustancialmente revisada”<sup>247</sup>.

Si hablamos del feminismo conservador, cabe analizar varios casos, los de Eduardo Gómez Baquero, que será tratado en el siguiente capítulo por su perfil ideológico liberal en una segunda fase de su trayectoria política, y el periodista, novelista y dramaturgo catalán Miquel Poal i Aregall (1892-1935). Este último, tras lo señalado arriba, se trataría de un ejemplo de apuesta por un feminismo muy conexo intelectual e incluso personalmente al círculo de feministas catalanistas conservadoras nacido a finales del XIX. Un pensamiento notablemente influido por los principios de un catolicismo social desarrollado por un número creciente de mujeres de clase alta. Este reformismo social provenía de los elementos doctrinales del Rerum Novarum y del temor de una alta burguesía catalana temerosa ante una creciente descristianización de la sociedad y frente a la amenaza de un obrerismo cada vez más fuerte en Cataluña<sup>248</sup>.

Poal i Aregall fue redactor de la revista feminista conservadora *Feminal* y director de *Diari de Sabadell*. Contrajo matrimonio con Llucietta Canyà i Martí (1901-1980), conferenciante, periodista y propagandista de la Lliga Regionalista<sup>249</sup>. Esta conocida comediógrafa fue autora de *L'etern femení. Confessions, ideologies, orientacions* (1933), obra dedicada a su amiga, la feminista catalana Francesca Bonnemaison. La escritora gerundense ha sido valorada por la crítica como una de las literatas más

---

<sup>247</sup> NASH, Mary, “Los feminismos históricos: revisiones y debates” en CENARRO, Ángela y ILLION, Régine, (Ed.), *Feminismos. Contribuciones desde la historia*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, p. 41.

<sup>248</sup> GARCÍA CHECA, Amelia, “Identidad cultural y espacios”, op. cit., p. 214.

<sup>249</sup> *Feminal* fue una revista escrita en catalán, elaborada y publicada en Barcelona y distribuida como suplemento de la revista *La Il·lustració Catalana*. Se trata de una de las publicaciones feministas más difundidas en su momento. Su directora fue la periodista Carmen Karr, la cual mantuvo una línea editorial catalanista y conservadora. Véase MUÑOZ, Ana, “La revista “Feminal”: Paradigma de las publicaciones feministas españolas de principios del siglo XX”, *El Futuro del Pasado: Revista Electrónica de Historia*, nº 3, 2012, pp. 91-105.

notables de las letras catalanas. Contaba con un considerable prestigio en sectores de mujeres catalanistas de clase media-alta. Probablemente, Lluçia Canyà influyó sobremanera en el ideario de Poal i Aregall. Si bien éste, antes de conocerla personalmente, había escrito ya títulos en los que apostaba por un feminismo de cuño moderado.

El perfil literario e intelectual de este dramaturgo barcelonés no ha sido todavía suficientemente tratado por la historiografía, ni siquiera la catalana. Se requeriría de la futura voluntad de adentrarse en su prolífica literatura y su no desdeñable contribución a la cultura catalanista novecentista. Poal i Aregall, además, fue autor de numerosas pequeñas obras, entre ellas *Ço que dev esser el feminisme* (1915), obra dedicada a la feminista catalana Carme Karr, *Les dones davant la guerra* (1916), *La responsabilitat femenina* (1916), *Mants aspectes del femenísm* (1917), *De l'educació de la dona* (1917) y también de muchas novelas en las que la mujer y sus problemas tomaban la coordenada temática principal<sup>250</sup>. A estos textos habría que añadir su conferencia de 1925 pronunciada en el Ateneo de Barcelona “El feminisme ben entès”<sup>251</sup>. Ese feminismo “bien entendido” conectaba con la ideología catalanista y conservadora del espacio intelectual al que pertenecía.

El propio Poal i Aregall se definía así mismo como “joven escritor del novecientos y flamante apóstol del feminismo en nuestra tierra”, refiriéndose con “nuestra tierra” a Cataluña<sup>252</sup>. También, en unas palabras de Aregall dirigidas a la escritora y pianista Agnès Armengol i Altayó (1852-1934), promotora de la participación femenina en el movimiento catalanista, la agradecía su ejemplo porque,

---

<sup>250</sup> Reunimos, a continuación, las referencias bibliográficas que hemos encontrado a estas obras a través del catálogo digital de bibliotecas catalanas (CCUC). De las últimas de la lista antes citada tenemos tan sólo referencia del título de cada una, gracias a un índice de libros que hallamos al final del texto de su conferencia *Ço que dev esser el feminisme*, en el cual no se suministraba más información: POAL AREGALL, Miquel, *La Responsabilitat femenina: lectura feta a La Mutual de Dependents d'Esriptori, de Vilafranca del Penadès, el dia 30 de julio de 1916*. Barcelona, s.n., 1916; POAL AREGALL, Miquel, *Les Dones davant la guerra: lectura feta a l'Institut de Cultura i Biblioteca Popular per la Dona el 24 de juny de 1916*. Sabadell, Impr. den Joan Sallent, 1916; POAL AREGALL, Miquel, *Ço que deu esser el feminisme: conferència llegida en el centre de Dependents del Comerç i de la Indústria de la ciutat de Sabadell el 6 de juny del 1915*. Barcelona, 1915. De sus novelas nos referimos a *Les dolces feminitats* (1919), *Les dones que he conegut* (1930), *Les dones que estimem* (1925) y *Glosses femenines: brevari de la elegant* (1914).

<sup>251</sup> Sabemos de su existencia porque fue anunciada en el diario *La Veu de Catalunya*, 27 enero 1925. Fue organizada por la asociación feminista catalana Acción Femenina, de la que Carme Karr fue su máxima representante

<sup>252</sup> *Bibliofilia*, diciembre 1917, abril 1918, p. 306

como él reconocía, “me llevaron a actuar de feminista activo, cuando todavía el ser feminista era como una cruz”<sup>253</sup>.

En un artículo titulado “Los feministas de Cataluña”, publicado en *Feminal*, se recoge la crónica de una conferencia pronunciada por Poal i Aregall en el Ateneo de Barcelona. En esta conferencia, titulada “Çò que deu ésser el feminisme”, se dibujan nítidamente las líneas del feminismo conservador del autor. Al comienzo de su intervención, en un ejercicio de galantería dirigido al público femenino congregado en la sala, quiso dejar claro que “él no hablaría como un técnico, ni como un especialista en el problema feminista, sino como un enamorado de la mujer”<sup>254</sup>. Combatió, a continuación, al feminismo más radical, acusándolo de romper con el orden y la civilidad debido a sus métodos subversivos y violentos<sup>255</sup>. Al sexo femenino, sentenciaba, “se la ha de educar capacitándola, a no cumplir únicamente con los más rudimentarios deberes maternos, sino por realizar las más altas acciones sociales”. Entre esas acciones estaban las de trabajar fuera del hogar y las de con sus actos ser un ejemplo moral a fin de “fomentar el nacionalismo y amor por la patria”. A la mujer, Poal i Aregall, la revestía de una “autoridad” primordial bajo la finalidad de ser, en definitiva, “la guardiana de la conciencia nacional”<sup>256</sup>.

Fuera de la órbita del nacionalismo catalanista, se hallaba el también conservador catalán Ricardo León (1877-1942). El que ocupó el sillón B de la Real Academia de la Lengua Española, admitió con contundencia su apego a la causa de la liberación de la mujer, autocalificándose incluso de “feminista”. Hay que recordar que el novelista barcelonés tuvo a Antonio Maura de padrino político, formando parte de las listas del Partido Conservador. En sus últimos años, se alineó con el régimen de Franco, siendo uno de los escritores más representativos de la literatura propagandista de los vencedores. La caballerosidad conllevaba, según su idea, un respaldo inequívoco a los legítimos derechos que a la mujer debían reconocérsele: “Soy feminista, amigo mío, radicalmente feminista. Y lo soy por ser Caballero”. A continuación, desplegaba una argumentación común cuyo núcleo primordial se situaba en su propósito de demostrar la

---

<sup>253</sup> *La Veu de Catalunya*, 14 noviembre 1924.

<sup>254</sup> “Els feministes an Catalunya”, *Feminal*, 27 junio 1915, p. 394.

<sup>255</sup> *Ibidem*, p. 395.

<sup>256</sup> *Ibidem*, p. 396.

vinculación entre el cristianismo y la igualdad de derechos entre los sexos. Defendía la igualdad “en las leyes y en los negocios humanos”. Una equidad asentada, eso sí, bajo la idea de que hombres y mujeres no debían sortear los imperativos de su propia naturaleza:

“En el Cristianismo están las raíces del feminismo, como lo están de toda liberación. La ley cristiana es ley que no admite componendas ni subterfugios: se dio para arrancar de cuajo toda suerte de esclavitudes, y muy singularmente, la esclavitud de la mujer. No es condición del Cristianismo redimir a medias, pues hasta la última gota de su sangre derramó Cristo por los hombres... y por las mujeres. El alma ante Dios no tiene sexo, e igual corona ciñen Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús. Y si en lo fundamental, en los derechos divinos, en la salvación del alma, todos somos iguales ¿por qué no hemos de serlo en las leyes y negocios humanos?”<sup>257</sup>.

Una trayectoria similar fue la del periodista, abogado y escritor madrileño Luis Araújo Costa (1885-1956). Su fervor católico y sus principios ideológicos le hicieron acabar en la cárcel durante la Guerra Civil. En los últimos años de su vida, durante el régimen franquista, colaboró asiduamente con el diario ABC. Su simpatía por el movimiento feminista era poco corriente entre las filas del pensamiento conservador. Así lo reflejan sus palabras en un escrito publicado en el diario *La Época*:

“Cuando se comienza en España, a hablar de feminismo, es simpático el acto realizado por las mujeres españolas, y a que él sólo constituye un adelanto, un avance, un paso hacia la emancipación de la mujer y hacia el feminismo, que unos cuantos hombres de buena voluntad deseamos ver triunfante en otros órdenes de la vida” (...) “Que la mujer es igual al hombre en inteligencia y en todas las demás condiciones esenciales para desempeñar cualquier cargo importante de la vida, es cosa que tiene probada con multitud de razones, argumentos y hechos tangibles”<sup>258</sup>.

Su solución al “problema de la mujer” debía pasar por el reconocimiento pleno de derechos, pero no por rupturas demasiado radicales: “Ha de haber entre los dos sexos una división del trabajo social, y sólo así se habrá resuelto el problema del feminismo sin caer en el extremo contrario”. Como otros adeptos de la causa feminista, aludió a la belleza de la mujer y a la necesidad de no abandonar por parte del sexo masculino la cortesía galante. Él mismo reconocía la congruente compatibilidad entre el compromiso masculino por sumarse a la consecución de los derechos de la mujer y el ejercicio de un trato deferente y enaltecedor de sus virtudes físicas:

---

<sup>257</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *La mujer moderna*. Madrid, Saturnino Calleja, 1920.

<sup>258</sup> ARAÚJO COSTA, Luis, “La Cruz Roja y el feminismo”, *La Época*, 9 julio 1917, p. 3.



“El respeto a la mujer no es contrario a la galantería, ni impide que se manifiesten de una manera culta los sentimientos que la belleza femenina producen en el hombre. Si, como dice el refrán, «nada quita lo cortés a lo valiente», podemos respetar a la mujer, y al mismo tiempo rendirnos ante su belleza, sus gracias y sus hechizos”<sup>259</sup>.

Como uno de los últimos ejemplos, tenemos a Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946), quien también formó parte del Partido Conservador. Fue un eminente jurisconsulto y político democristiano español, ministro de Fomento en 1909 bajo la presidencia de Maura y embajador de la Segunda República Española<sup>260</sup>. Autor de libros como *Mujeres: Libro que no deben leer las mujeres* (1944), *Cartas a una muchacha sobre temas de Derecho civil* (1925), *El divorcio en el matrimonio civil* o *Cartas a una señora sobre temas de derecho político* (1932) fue un enérgico opositor a la aprobación del derecho al divorcio<sup>261</sup>. En general, su postura en torno a las funciones que la mujer debía cumplir en la sociedad parece bastante ambigua. Ossorio y Gallardo, al igual que otros autores antes mencionados, manifestó su inclinación en favor de mejorar la condición jurídica de la mujer. Pero también desplegó apreciaciones ancladas en esquemas profundamente machistas<sup>262</sup>. En respuesta a una pregunta planteada por la publicación *El Hogar y la Moda* acerca de la aptitud de la mujer española para ejercer cualquier empleo, Ossorio y Gallardo sentenciaba:

“La mujer iguala al hombre en inteligencia, le aventaja en sentimientos y es inferior a él en cultura. De modo que la solución de sus aspiraciones depende únicamente del mejoramiento de su instrucción, obra de unas cuantas generaciones. No debe, pues, subsistir ningún obstáculo legal de leyes hechas por hombres para impedir a la mujer el disfrute del honor y del provecho en trabajos reservados hasta hoy a los varones. El ritmo del acceso ha de marcarle la realidad (...) Para unas profesiones, como la medicina, ha llegado ya el tiempo de la madurez; para otras como la abogacía,

---

<sup>259</sup> *Ibidem*.

<sup>260</sup> Recientemente se ha publicado una biografía política del abogado madrileño LÓPEZ GARCÍA, Antonio Miguel, *Ángel Ossorio y Gallardo: Biografía política de un conservador heterodoxo*. Barcelona, Reus, 2017.

<sup>261</sup> Véanse las referencias bibliográficas OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Cartas a una muchacha sobre temas de derecho civil*. Madrid, Reus, 2010; OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Cartas a una señora sobre temas de derecho político*. Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1932; OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Diálogos femeninos*. Buenos Aires, Argos, 1947; OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Mujeres (libro que no deben leer las mujeres)*. Buenos Aires, Losada imp., 1944; OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Alegato en defensa del sufragio femenino*. Conferencia pronunciada ante un grupo de damas de Buenos Aires el día 22 de octubre de 1938. Indicamos también el capítulo “La mujer en el bufete”, perteneciente a su libro *El alma de la toga* (1919).

<sup>262</sup> ZAMBRANA MORAL, Patricia, “El Feminismo y el elemento femenino en el pensamiento del jurista Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946)”, *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, editada por www.eumed.net, julio de 2009.

todavía no. Otro tanto ocurre con la representación concejil y la parlamentaria”<sup>263</sup>.

La contestación de Ossorio y Gallardo responde a una apertura gradual y limitada en el campo de los derechos laborales de la mujer española. Recomendó la otorgación de dichos derechos a la expectativa de la evolución de sus condiciones educativas. Lo hizo confiando en la implantación de cambios legislativos de forma “prudente” y paulatina, una filosofía muy propia del conservadurismo político y del clima general de desasosiego a una incorporación repentina y masiva de la población femenina a espacios masculinizados. El propio jurista reconocía “la inferioridad social en la que injustamente están las mujeres” y abogaba por “una organización familiar y social más equitativa”. No obstante, dirigiéndose a las mujeres en un tono paternalista enunció la siguiente advertencia: “cuando ustedes ocupen el lugar que merecen en el derecho público y privado, se curarán de algunas ignorancias, timideces, volubilidades e indiferencias que hoy son características de su sexo”<sup>264</sup>.

Ossorio y Gallardo precisaba que le molestaba profundamente que se diera por sentado jurídicamente que “la mujer casada es eterna menor, insensata, loca, merecedora de constante tutela”. Sin embargo, no se sentía “detractor de la autoridad masculina”<sup>265</sup>. Consideraba, además, que el feminismo, sin desecharlo –incluso coincidiendo con las doctrinas de las vertientes más templadas y moderadas del mismo– debía de adquirir “un sentido hondamente femenino”. Alertaba a las “muchachas” de que “de otro modo no os liberáis, sino que os masculinizáis”<sup>266</sup>. El político democristiano estaba convencido de que la situación jurídica de las mujeres debía de ser remodelada, pero cautelosamente. En sus *Cartas a una muchacha sobre derecho civil* (1932), libro dirigido a las mujeres en un tono categóricamente paternalista y condescendiente, el abogado madrileño apostaba por reformar el código civil en aras de “atemperar” la autoridad masculina. De todos modos, sus propuestas poco diferían de las del código vigente en cuanto a la patria potestad de los hijos o la penalización del

---

<sup>263</sup> ZAMBRANA MORAL, Patricia, *El epistolario jurídico y político-andaluz de Ángel Ossorio y Gallardo (1927-1935)*. Barcelona, Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga, 1997, pp. 59-60. Extraído de PELÁEZ, Manuel J., “A vueltas con el Feminismo en el pensamiento del jurista Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946): Sobre la instrucción de la mujer y sobre el divorcio, en opinión coincidente con el Presidente de la República Niceto Alcalá-Zamora y Torres (1877-1949)”, *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, editada por www.eumed.net, junio de 2009.

<sup>264</sup> OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Cartas a una muchacha...* op. cit., p. 10.

<sup>265</sup> *Ibidem*, p. 111.

<sup>266</sup> *Ibidem*, p. 139.

adulterio cometido por la mujer. A este respecto, introdujo en muchos casos matices que poco alteraban el texto jurídico primero.

Por último, en lo que atañe al sufragio, Ossorio y Gallardo defendía, como participante en la redacción del anteproyecto de la Constitución de 1931, que el voto fuera concedido tan sólo a las mujeres solteras o viudas. Lo hizo bajo el pretexto de que no se produjeran discordias y perturbaciones en el seno de las familias y del matrimonio. Una vez las mujeres adquiriesen mayor cultura y madurez política podrían y deberían acceder a los derechos políticos en condiciones equivalentes a los varones. Entre sus recomendaciones y consejos a las mujeres españolas, sobre lo que debían y no debían de hacer, Ossorio y Gallardo hizo distingos entre grupos feministas. En *Cartas a una muchacha...*, según sus palabras, se esforzaba en ilustrar a una “señorita” que se animó a pertenecer a una agrupación feminista. Ossorio y Gallardo, desde un sentido de superioridad masculino y aleccionando a la joven, buscaba “sembrar en su seserita unas cuantas ideas”, que aunque “muy vulgares y pobres” serían para ella, según su criterio, nuevas y recomendables de dictar:

“El descubrimiento de tus andanzas feministas me mueve a esbozarte mi dictamen sobre lo que debes hacer. (...) Súmate a cualquier movimiento feminista (...) de mujeres honestas y que no sea de mujeres ridículas. Así, cualquier acción feminista merece el concurso de las muchas dignas: si es bien orientado, para darle fuerza; si es mal orientado, para oponerse al error. (...) Entre las varias tendencias feministas, una de las más cautas es la que pretende empezar la elevación de la mujer por el orden civil, pues, en efecto, ¿con qué lógica pretenderéis ser concejales, diputados y ministros, mientras no se os reconozca capacidad para educaros?”<sup>267</sup>.

El propio secretario particular de Ángel Ossorio, el periodista y crítico teatral Alberto Marín Alcalde (1887-1959), se calificaba de conservador, pero reconociendo que debían de aplicarse reformas necesarias para mejorar el status jurídico de la mujer. En un artículo firmado en el diario maurista *La Acción*, del que fue redactor jefe, rehusó por prudencia la etiqueta de “feminista” para decantarse por la de “partidario de la feminidad”. Apostar por cambios moderados y paulatinos en la mejora de la situación de la mujer no lo convertía, a su entender, en “defensor del feminismo”. Simpatizaba con la consecución del voto en Inglaterra y no veía con repulsa que en España se llegase a su concesión. Se trataba de una cuestión de “gallardía” masculina, al fin y al cabo, de

---

<sup>267</sup> *Ibidem*, p. 138.

un “espíritu caballeresco” indisoluble de la españolidad. Ambos espíritus, según sus palabras, lo llevaban a tomar partido por la reforma de la condición política y civil de la mujer española:

“Mientras los defensores del feminismo se ponen de acuerdo acerca del valor definitivo de ese vocablo (...) nosotros, amparándonos en una reserva prudentísima, nos abstendremos de ingresar en ese gremio, donde hay tantas opiniones contradictorias como gallardos paladines de los fueros de la mujer” (...) “Nosotros, como españoles de pura cepa con vetas árabes en nuestro abolengo, y una propensión atávica a la galantería que es tal vez degeneración de aquel casto y lírico espíritu caballeresco de los godos — por mi Rey y por mi dama—, en tanto estudiamos si nos es lícito romper lanzas en pro del feminismo, nos quedamos en partidarios de la feminidad”<sup>268</sup>.

A pesar de estos pocos ejemplos, los más conocidos y los únicos que en el curso de la investigación se ha tenido oportunidad de hallar, resulta indisputable que fueron muy especialmente mujeres quienes armaron el corpus de ideas e iniciativas enmarcadas dentro del feminismo conservador y católico. Pese a sus ideas sociales y políticas conservadoras, aquellas mujeres demostraron mayor compromiso y ser más rupturistas en materia vindicativa que los pocos varones conservadores que plantearon reformas puntuales en la situación jurídica y educativa de la mujer. Estas voces masculinas, en muchos casos, difícilmente pueden ser etiquetadas de feministas.

Muchas de estas aisladas afirmaciones que conectaban con demandas hechas por movimientos sufragistas respondieron a objetivos puramente electorales o fueron producto de consideraciones de otra índole. La salvaguarda de la familia fue una de ellas y no el deseo de emancipación de la mujer española en condiciones de mayor equidad con el otro sexo. El reconocimiento al derecho al sufragio resulta un buen ejemplo de ello. Hay que recordar, a modo de ejemplo, que el propio Alejandro Pidal, junto a otros tres diputados neocatólicos, mandaron en 1877 una petición para que en las Cortes se aprobase el voto para viudas cabezas de familia y con propiedades. Hoy en día se considera la primera petición del voto femenino dentro de la historia parlamentaria española. Finalmente se desestimó y quedó prácticamente inadvertida durante años. Tanto fue así que los diputados que presentaron en 1907 una segunda enmienda a favor del voto de la mujer, también en condiciones restringidas, ni citaron este debate acontecido en 1877, ni tampoco se percataron de que no fueron ellos mismos realmente

---

<sup>268</sup> MARÍN ALCALDE, Alberto, “S. M. el momento. Feminismo político”, *La Acción*, 16 diciembre 1918, p. 3.

los pioneros<sup>269</sup>.

Estas propuestas nacen de una concepción del voto no como un derecho individual de ciudadanía de cada mujer de cara a una ampliación de sus márgenes de libertad y autonomía, sino de la idea de que esa minoría de mujeres con renta y sin tutelaje conyugal debían representar a la unidad familiar. Esta lógica no fue únicamente propia de las derechas católicas, también fue compartida por distintos sectores del liberalismo y del republicanismo<sup>270</sup>.

Más tarde, el diputado conservador Burgos y Mazo presentó, el 13 de noviembre de 1919, un proyecto para la confección de una nueva ley electoral. En dicho proyecto se otorgaba el voto a todos los españoles mayores de 25 años y de ambos sexos. No obstante, impedía a las mujeres ser elegibles y especificaba dos días para la celebración de los comicios, uno reservado a los varones y otro a las mujeres<sup>271</sup>. Por vicisitudes políticas, la proposición no pudo ser debatida, pero cabe apuntar que Burgos y Mazo un mes antes hizo que mediante decreto se otorgase a las mujeres el derecho de ser tanto electoras como elegibles para cualquier cargo del Instituto de Reformas Sociales. El que fuera ministro de gobernación en ese momento fue, asimismo, uno de los catorce conservadores que votó a favor de la enmienda, también desestimada, que el federalista Pi i Arsuaga había solicitado años antes. En esa propuesta se pretendía también conceder el voto a mujeres sin tutelaje conyugal.

En resumidas cuentas, se puede observar que desde las filas del Partido Conservador y desde otros ámbitos político-ideológicos de la derecha se llevaron a cabo iniciativas que buscaron implantar el sufragio activo restringido para las mujeres, pero bajo una concepción no emancipadora. Esta lógica instrumental y funcional del voto femenino también se dio durante las siguientes etapas. Por ejemplo, en 1914, el ideólogo carlista Juan Vázquez de Mella (1861-1928) llamó a la conformación de un

---

<sup>269</sup> Véase en FAGOAGA DE BARTOLOMÉ, Concha, *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España (1877-1931)*. Barcelona, Icaria, 1985, p. 84. Sobre las solicitudes que los republicanos y demócratas Luis Palomo y Odón de Buen tramitaron en el senado y que fueron bastante similares a la de 1877 véase página 299 de la presente investigación.

<sup>270</sup> ARESTI, Nerea, “Los argumentos de la exclusión. Mujeres y liberalismo en la España Contemporánea”, *Historia Constitucional*, nº 13, 2012, pp. 407-431.

<sup>271</sup> Véase sobre la iniciativa de Manuel Burgos y Mazo RAMOS COBANO, Cristina, “El voto femenino y los límites de la democratización en la primera posguerra mundial”, *Ayer*, nº 96, 2014, pp. 17-34.

acuerdo entre las diversas facciones de la derecha española para demandar, de modo conjunto y estratégico, el derecho al voto de las mujeres y así ganar espacio electoral a las fuerzas de izquierdas y anticlericales. Cuatro años después, *El Debate*, el diario católico por excelencia en su momento, emprendió una campaña consistente en abogar por el derecho de las mujeres al sufragio. Entre sus páginas se insistía en el supuesto carácter fervorosamente católico del alma femenina y en las ventajas que podría reportar a los sectores políticos de la España católica el que la mujer pudiese participar en las urnas<sup>272</sup>.

Por otra parte, más adelante, en un régimen no democrático como fue el de la Dictadura de Primo de Rivera se reconoció legalmente, por vez primera en España, el ejercicio del voto a un número acotado de la población femenina. Aunque no tuviese finalmente traducción práctica, al no llegarse a celebrar elecciones municipales, un régimen autoritario derechista concedió el voto municipal a mujeres cabeza de familia. Por vez primera, por designación gubernativa, las mujeres presidieron cargos de concejalas e incluso alcaldesas. Esta concesión se fundamentaba en la idea de que las mujeres debían poder intervenir en las decisiones municipales en base a que la política más local constituía una prolongación de su misión doméstica<sup>273</sup>.

Esta misma pretensión instrumental y funcional del sufragio de la mujer operó durante la II República, concretamente con el apoyo al sufragio femenino por parte de figuras políticas de la derecha parlamentaria. Conviene no perder de vista que José María Gil Robles había abogado durante los años de la República por la concesión del derecho de las mujeres al voto<sup>274</sup>. No obstante, a pesar de esto, los objetivos de la CEDA y de gran parte de las derechas no se dirigían a que las mujeres avanzasen en su liberación, sino en utilizar un derecho político bajo fines meramente tácticos y electorales. Cabe recordar, al mismo tiempo, que en tiempos de la República la CEDA se opuso diametralmente al derecho al divorcio y que Falange Española, ya desde sus inicios, siempre promocionó un modelo de feminidad fundado en la obediencia al

---

<sup>272</sup> SCANCLON, Geraldine, *La polémica feminista...*, op. cit., p. 153.

<sup>273</sup> DÍAZ FERNÁNDEZ, Paloma, "La dictadura de Primo de Rivera. Una oportunidad para la mujer", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, nº 17, 2005, pp. 175-190.

<sup>274</sup> Gil Robles colaboró con José Calvo Sotelo, en esos años director general de la Administración Local, en redactar el aludido más arriba Estatuto Municipal de 1924, el cual otorgaba por primera vez el voto a las mujeres en comicios municipales.

marido y destinado a una labor subalterna en la sociedad. En sus 18 puntos dirigidos a la mujer se remarcaba bien su cometido: “No olvides que tu misión es educar a tus hijos para el bien de la Patria” (...) “Obedece, y con tu ejemplo, enseña a obedecer”<sup>275</sup>.

En resumidas cuentas, el catolicismo en España fue uno de los ejes fundamentales que fijaron las bases ideológicas y políticas de la derecha en España durante la Historia Contemporánea. Su feroz antiliberalismo y su dogmática concepción jerárquica y tradicional de la familia cristiana cruzaron todo el espectro de familias políticas de la derecha española. A pesar de que muchas mujeres durante los siglos XIX y XX articularan en España un feminismo católico de anchas raíces, la cultura católica española adoleció de la capacidad de desprenderse de su rígida y severa resistencia al abandono de moldes tradicionales de género. El peso cultural reaccionario del catolicismo español, por lo tanto, añadió férreas dificultades para que en el seno de las distintas derechas políticas se acomodasen con mayor holgura visiones de género emancipatorias.

Esta realidad contrasta con la de otros países del entorno, específicamente los de honda tradición protestante. Aunque fuese con fuertes renuencias, entre los espacios culturales y religiosos del anglicanismo, el metodismo o del evangelismo, la cosmovisión sobre el papel social de la mujer avanzó a un ritmo algo más acompasado con los cambios y transformaciones que la Modernidad fue imprimiendo en las sociedades industrializadas. Esto puede explicar el hecho llamativo de que, por ejemplo, en Inglaterra un número significativo de pastores, predicadores y teólogos protestantes se sumasen, incluso de forma activa, a la lucha por la consecución de las reclamaciones sufragistas<sup>276</sup>. En España no hubo ningún caso de este tipo entre la clerecía. Además, en aquella época, ningún miembro masculino de la Iglesia española defendió, que hasta ahora sepamos, las reivindicaciones feministas partiendo de una conciencia en favor de una mayor igualdad entre mujeres y hombres.

Por otro lado, es indiscutible que el Partido Conservador en Inglaterra fue muy

---

<sup>275</sup> Citado en MORCILLO GÓMEZ, Aurora, “Feminismo y lucha durante la II República y la Guerra Civil” en FOLGUERA PILAR (Comp.), *El feminismo en España: Dos siglos de historia*. Madrid, Pablo Iglesias, 1988, p. 82.

<sup>276</sup> Véase los ejemplos citados en este trabajo en el subcapítulo titulado “Sufragettes con pantalones: La caballeridad de los aliados del sufragismo británico”.

refractario a los reclamos del movimiento sufragista. Pero, aunque fueran una minoría, hubo hombres dentro del conservadurismo liberal británico que abogaron, con mayor vehemencia que sus homólogos españoles, por reformas de un ordenamiento legal que consideraban injusto y discriminatorio con la mujer. George Wyndham (1863-1913), Alfred Lyttelton (1857-1913), Lord John Manners (1818-1906) y Victor Bulwer-Lytton (1876-1947) son algunos renombrados conservadores defensores de los derechos de la mujer<sup>277</sup>. De todos modos, el empuje de un sufragismo enérgicamente movilizad o en los países anglosajones ayudó a que las posturas de determinados políticos varones se orientaran hacia el pragmatismo de lo inevitable o hacia un sentimiento de solidaridad con la otra mitad de la población.

Las demandas que los feminismos fueron capaces de situar en las agendas políticas de su tiempo calaron en mayor o menor medida en las diferentes culturas políticas, incluso en las conservadoras. Entre las corrientes del conservadurismo español en cuyo seno se dieron estos discursos masculinos minoritarios destaca casi en exclusiva el maurismo, aunque fuese de forma muy excepcional. No obstante, independientemente del campo ideológico y político al que nos queramos referir, aquella asimilación paulatina de las vindicaciones feministas fue poco a poco penetrando. Lo hizo a pesar de que los más altos espacios del poder político y de los partidos estuvieran cuasi monopolizados por los hombres.

---

<sup>277</sup> SYMONDS, Richard, *Inside the Citadel...*, op. cit., pp. 156-157.



## CAPÍTULO V

### LOS DEFENSORES DEL “BELLO SEXO”: LIBERALES CONTRA EL SOMETIMIENTO DE LA MUJER

*“No dejéis a la mujer que, si es regresiva, piense que su esperanza estuvo en la dictadura; no dejéis a la mujer que piense, si es avanzada, que su esperanza de igualdad está en el comunismo. No cometáis, señores diputados, ese error político de gravísimas consecuencias. Salváis a la República, ayudáis a la República atrayéndoos y sumándoos esa fuerza que espera ansiosa el momento de su redención”*

Clara Campoamor<sup>278</sup>

La relación entre el feminismo y las distintas vertientes del liberalismo ha transcurrido en un largo y complejo estado de tensión. Parte del proyecto político liberal, desde sus comienzos, se sustanció en la exclusión de las mujeres de su plena condición de ciudadanas. Esta tirantez ha tenido lugar en todas las culturas políticas progresistas y de izquierdas, las cuales cimentan su filosofía en el principio ilustrado de la universalidad de derechos<sup>279</sup>. Sin embargo, tal como sostiene la historiadora Nerea Aresti, esta naturaleza universalizadora que subyace en estos proyectos político-ideológicos, incluido el del liberalismo, ha permitido que en su seno surgieran disconformidades con respecto a la perpetuación de una situación que apartaba a la mujer de obtener sus derechos de ciudadanía:

“La relación entre el liberalismo y las mujeres ha sido así tortuosa a lo largo de toda nuestra historia contemporánea. Pero también, he venido señalando, ha resultado fructífera, creando las condiciones de posibilidad para un discurso feminista basado en el principio de igualdad. El ejemplo de Clara Campoamor fue buena prueba de esta relación contradictoria. El liberalismo trazó así uno de los caminos, no el único, por los que transitaría el feminismo”<sup>280</sup>.

---

<sup>278</sup> *Diario de sesiones de las Cortes*, 1 octubre 1931.

<sup>279</sup> Sobre la contradicción universalidad teórica y exclusión de la mujer de su status de ciudadanía véase NIELFA, Gloria “La revolución liberal desde la perspectiva de género”, *Ayer*, nº 17, 1995, pp. 104-105 y también MORANT, Isabel, “Hombres y mujeres en el espacio público. De la Ilustración al liberalismo” en ROBLEDO, Ricardo, CASTELLS, Irene, y ROMEO, Mª Cruz, (Coords.), *Orígenes del liberalismo: Universidad, política, economía*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 117-142.

<sup>280</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, “Los argumentos de la exclusión. Mujeres y liberalismo en la España Contemporánea”, *Historia Constitucional*, nº 13, 2012, p. 431.

No solo hubo mujeres “liberales”, como Clara Campoamor, que discordaron con esta lógica excluyente con la que desde los liberalismos se trató el problema de la mujer. Hubo hombres dentro del Partido Liberal y en diferentes ámbitos de la tradición política liberal que también respaldaron esos postulados igualitarios. No obstante, muy pocas figuras masculinas ubicadas en el liberalismo turnista durante la Restauración se declararon favorables a la emancipación de las mujeres ni a la concesión de sus derechos. Los pocos que lo hicieron en algún momento de su trayectoria formaron parte o de las filas del republicanismo, o de la masonería, o pertenecieron al ala más izquierdista del liberalismo. Estos fueron los que en el seno del Partido Liberal reclamaron ensanchar los márgenes de acción de la mujer en condiciones más equitativas. Francos Rodríguez, Javier Lasso de la Vega, Julio Burell y Cuéllar o Eduardo Gómez Baquero son algunos de esos contados ejemplos. Sin embargo, dentro del espacio del liberalismo turnista, la figura del periodista Cristóbal de Castro fue una de las más nombradas en su época por su labor divulgativa en defensa de los derechos de las mujeres. Fue conocido por sus contemporáneos/as por ser un escritor comprometido con la causa del feminismo y alabado por un número significativo de mujeres feministas españolas de su tiempo.

### **5.1 - Los liberal-progresistas en la prensa femenina isabelina y el turnismo canovista**

La cuestión de la mujer durante el siglo XIX en España tuvo ya sus primigenias expresiones décadas antes del desarrollo de la revolución septembrina. El empuje renovado de una prensa femenina en la era isabelina dio cabida a la voz de un reducido grupo de mujeres intelectuales que dieron cuenta de su disconformidad ante su injusta condición<sup>281</sup>. Entre las páginas de publicaciones como *El Pensil del Bello Sexo*, *El Tocador* o *El Defensor del Bello Sexo*, entre otras tantas, se insertaban muy a menudo extractos de novelas, poesías, relatos biográficos de mujeres ilustres, etc. Pero entre sus artículos también se trataban asuntos de muy dispar índole, sobre filosofía, historia, ciencia, y demás, incluyendo el tema correspondiente a la condición de la mujer. Estas revistas, dirigidas a las damas de clase alta, fueron comandadas mayormente por

---

<sup>281</sup> Hemos consultado JIMÉNEZ MORELL, Inmaculada, *La prensa femenina en España (desde sus orígenes a 1868)*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1992.

hombres. La especial presencia masculina se explica por su deseo de promocionar la poesía femenina, por las trabas sociales que dificultaban que las mujeres pudiesen dirigir una revista, y por abrirse, en última instancia, a un creciente mercado de mujeres burguesas consumidoras de productos de belleza, de moda, de libros, pero también interesadas en enriquecerse cultural e intelectualmente.

A su vez, autores líricos que colaboraban en estas publicaciones dejaron un abundante corpus poético de composiciones que rendían culto a la belleza femenina<sup>282</sup>. No obstante, los artículos de opinión firmados por hombres fueron también numerosos. Muchos de ellos se ubicaron ideológicamente dentro del liberalismo progresista y el democratismo. Los redactores y los varios directores que fueron sucediéndose, por ejemplo, en *El Defensor del Bello Sexo: periódico de literatura, moral, ciencias y modas dedicado exclusivamente a las mujeres* (1845-1846) perseguían el objetivo de ilustrar y aleccionar a las mujeres en diferentes materias, para protegerlas de descalificaciones bañadas de misoginia, de “galanes sin escrúpulos” y de los obstáculos sociales que las excluían del conocimiento y de las letras. Siguiendo, de alguna forma, la tradición antimisógina y caballerescas anterior, estos intelectuales defendieron al sexo femenino de acusadores que tachaban a las mujeres de frívolas y carentes de discernimiento.

En *El Defensor del Bello Sexo*, refiriéndose a las mujeres y dirigiéndose a las “hermosas suscriptoras” del semanal, los redactores asumieron en palabras de su director, el joven abogado José de Souza, “la noble tarea de defenderos” frente a las críticas y censuras recibidas por la revista<sup>283</sup>. De ello y del contenido habitual de otras revistas se desprende cierto paternalismo protector hacia la “bella mitad del género

---

<sup>282</sup> En el diario madrileño *El Español: Diario de las Doctrinas y de los Intereses Sociales* se anunciaba la salida de *El Defensor del Bello Sexo*. Se decía de dicha publicación que “como indica su título, está consagrada al recreo e instrucción de las hermosas”. En este caso, “las hermosas” englobaba a las mujeres en su conjunto. Mujer y belleza se fusionan como una misma cosa. *El Español: Diario de las Doctrinas y de los Intereses Sociales*, 17 septiembre 1845, p. 7.

<sup>283</sup> *El Defensor del Bello Sexo*, 12 octubre 1845, p. 37. El director respondió a un lector que le acusaba de defender a las mujeres al dejarse llevar por sus “encantos” femeninos. El detractor de la revista admitía su atracción por mujeres morenas, ojos negros y semblante amable. El director con ironía y en tono de burla le replicó con una carta escrita íntegramente con gracejo andaluz, sugiriendo veladamente su ignorancia. Además, verbalizaba su orgullo por defenderlas y lo “amenazaba” si volvía a incidir en sus mensajes misóginos: “Zi zu merzé me ezcribe hablando mal del zexo güeno.... ¿Qué jaría? Ya, ya, caigo; pues zeñó, averiguo quien ez ozté, lo azecho una noche, lo atrapo (...) y lo dejo como eztá que ze muera de gordo”. *Ibidem*, p. 43. Lamentablemente, no hemos sido capaces de conseguir más información sobre José de Souza, por más que hayamos realizado una búsqueda larga y exhaustiva.

humano”. Confrontaban, eso sí, con quienes suponían la invalidez del “sexo encantador” para las más altas especulaciones, para el estudio y la creación literaria<sup>284</sup>.

Para los redactores de la revista, la hermosura, la modestia, la sencillez o la obediencia a los padres eran los dotes y valores que toda mujer debía de cultivar. Pero también el fortalecer sus dotes intelectuales de cara a formar a sus hijos e hijas en virtudes morales y conocimientos. Síntoma de la subjetividad masculina con que se trataba todo lo relativo a la mujer, en sus primeras páginas se afirmaban sentencias como “hacernos felices –a los hombres– en el hogar doméstico”<sup>285</sup>. Así pues, su formación intelectual no resultaría conveniente si invadiese áreas que no la son accesibles, como la política o las cátedras, únicamente adjudicables a los varones.

No obstante, para los autores de la revista, el estado de desventaja social de las mujeres partía de su desatención, de la irresponsabilidad y del egoísmo masculino. Lo razonaba de esta manera José de Souza: “la más estúpida abyección y el más craso embrutecimiento de parte del hombre pudieran hacerlas esclavizarse, degradándolas hasta el increíble punto de considerarlas, no como una persona o animal doméstico, sino cual una cosa que podía deshacerse a su antojo”<sup>286</sup>. Según Souza, al descuidar su obra de educadora y cuidadora de su prole, la mujer retornó a la esclavitud instituida por el “sexo fuerte”. Por consiguiente, su emancipación se reducía a los anhelos indicados, los de que las mujeres acometerán más apropiadamente sus encomendaciones en calidad de seres relativos. Su salida de la esclavitud se haría realidad cuando bien instruida pudiese enriquecerse intelectualmente y cuando simultáneamente fuese capaz de cumplir mejor su sagrada misión de esposas y compañeras del hombre:

“No nació del hombre este justo reconocimiento de los derechos del sexo contrario, fue la mujer, quién despertando de su vergonzosa y aletargada inacción, lo que era y lo que debía ser, se ruborizó de sí misma, y en lo exquisito de su inteligencia concibió su lisonjero porvenir sin entregarse a los jubilosos efectos de su importante descubrimiento. Fue prudente, conoció que era débil para luchar frente a frente con el

---

<sup>284</sup> La escritora Carolina Coronado se sintió agradecida por la actitud “galante” de Souza y por el empeño de la redacción de la revista en entronizarse como valedores de la mujer: “constituirse en defensor de nuestro sexo es una generosa empresa, hacernos partícipes de los triunfos que nos conquista, es todavía mayor favor”. Souza respondió exultante, con la mayor de las cortesías, declarándose su “más humilde servidor” y despidiéndose con una fórmula habitual para dirigirse cortésmente a toda dama que se preciara: “(...) su afectísimo Q. S. P. B. [Que sus pies besa]”. *Ibidem*, p. 45.

<sup>285</sup> *El Defensor del Bello Sexo*, 14 septiembre 1845, p. 2.

<sup>286</sup> *El Defensor del Bello Sexo*, 28 septiembre 1845, p. 18.

hombre que la esclavizaba; pero fijó la atención en su destino natural, y con la educación de los niños que estaban a su cargo, fue planteando los sólidos cimientos donde había de construirse el de su EMANCIPACIÓN”<sup>287</sup>.

En la misma tónica se expresó Víctor Balaguer Cirera (1824-1901), escritor barcelonés románticista, una de las figuras principales de la Renaixença. Masón y periodista liberal progresista, por su espíritu de mentor fomentó la poesía femenina, particularmente durante su dirección de la revista *El Pensil del Bello Sexo*<sup>288</sup>. Al igual que otros intelectuales del momento, tomó conciencia de la “tiranía” masculina y de la necesidad de que la situación de la mujer mejorase, pero dentro de unos márgenes que no alterasen el sistema de atribuciones de género:

“La mujer, esa mitad tan apreciable del género humano, ese ángel que Dios ha colocado entre nosotros para arrojar flores en nuestro camino, no ha sido aun comprendida por los hombres. El dominio tiránico de estos la ha señalado tres épocas. Nace la mujer siendo esclava de sus padres, vive siendo esclava de sus maridos, muere siendo esclava de sus hijos. (...) ¿Entre la esclavitud y la completa emancipación de la mujer puede haber un término medio? Nosotros creemos que sí. (...) “¿Adonde pues encontrar un término medio? En su educación. Si esta se concreta a las labores propias de su sexo y a todo lo demás anexo a ellas no se logra contener su impetuosidad. La ilustración que muchos creen en un mal para la mujer, la consideramos nosotros un bien”. (...) “haciéndola ver los extravíos a que conducen enseñándola, en cierto modo, desnuda y palpable la verdad que de todo ello se desprende, es como se pondrá a sus pasos un dique que su corazón le impedirá vencer”<sup>289</sup>.

Quien fuera también director de *El Pensil del Bello Sexo*, el románticista y liberal progresista Miguel Agustín Príncipe (1811-1863), en el primer número de la revista se autodefinió defensor del “bello sexo” y “trovador” femenino<sup>290</sup>: “encomiador de vuestras perfecciones, un paladín a diestro y a siniestro de vuestra sin igual capacidad”. Imbuido de los ideales de las doctrinas utopistas también se reconocía “un sansimoniano completo en lo de concederos hasta el derecho de andar sueltas por donde mejor os

---

<sup>287</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>288</sup> Diputado durante el Sexenio revolucionario viajó a Italia para ofrecer la corona a Amadeo de Saboya. Llegó a ostentar cargos de gobernador y ministro de Fomento y Ultramar.

<sup>289</sup> *El Pensil del Bello Sexo*, 23 noviembre 1845, pp. 3-4. Tras el artículo inicial del primer número que sirve de presentación de la revista, el autor dedicó un poema a “las bellas”, en el que adelanta cuál será su misión, la de escudar y aconsejar a la “bella mitad” de la sociedad. Con aroma paternalista advertía: “Y vosotras me oiréis, y yo os diré cosas mil, que vosotras no sabéis hasta el nombre me deis de trovador femenino” (...) “os cantaré los deberes de madres, hijas y esposas. Vuestros deberes ¡Oh sí! Y también vuestros derechos. Pero no esperéis de mí el culto ni el frenesí de los fanáticos pechos”.

<sup>290</sup> Catedrático de Historia en la Universidad de Zaragoza, fue además periodista y cultivó tanto la poesía como la dramaturgia. Mantuvo asimismo amistad con Gertrudis Gómez de Avellaneda y Carolina Coronado.

placiese, sin contar con la venia del padre (...) con el asentimiento del esposo, o con gusto del hermano”. Además, de forma homóloga a otros autores, asumía su responsabilidad masculina con las “hermosas y débiles” damas, “siempre necesitadas del amparo que os deben de justicia los fuertes”<sup>291</sup>. Para Agustín Príncipe, por consiguiente, la liberación femenina no se correspondía con la adquisición de poder dentro de los espacios reservados al sexo masculino, sino con ejercer sus deberes de esposa y madre en condiciones idóneas, de emanciparse de la tiranía masculina y hacerlo a través de la guía y protección de hombres ilustrados como él:

“Nacida la mujer para compañera del hombre, y este para compañero de aquella ¿quién debe ser el jefe, el presidente de esa asociación necesaria? Los dos no pueden serlo, es imposible ¿lo será la del largo cabello, la de la tez sonrosada (...) la de la pequeña boca y lindo pie, la de la voz delicada, pulso débil (...) frágil vigor, salud sujeta a duda? Ah! Vosotras sabéis que la cuestión no es en esta parte dudosa, pero queréis un guía, no un tirano; un verdadero protector, no un déspota...”.

Agustín Príncipe lo dejó claro, las aspiraciones más relevantes del “bello sexo” no son ni gobernar, ni “asombrar con impetuosas creaciones”, sino que su “santo destino” es, con su bienhechora mano maternal, el de “hacer ciudadanos”, porque según lo que él trasladó a sus lectoras “el cielo os ha creado para eso”. A juicio del poeta zaragozano, la mujer servía de contrapeso a una naturaleza masculina que, con los adjetivos empleados por él mismo, catalogaba de antisocial, inhumana, ruda y salvaje. La desigualdad entre los sexos le era condenable, pero la separación de esferas la asumía irrenunciable:

“Os veo declaradas incapaces de una multitud de derechos que nosotros nos conferimos y esa desigualdad la veo injusta en una gran porción de casos” (...) “Pero lo dicho arriba hermosas mías” (...) “Dejad al hombre los oficios públicos y enseñadle vosotras el orden con vuestro gobierno interior, con vuestro régimen doméstico, con vuestra administración maternal”<sup>292</sup>.

El liberal progresista Joan Mañé i Flaquer (1823-1901) también demostró especial sensibilidad por las penalidades sociales de las mujeres. El periodista tarraconense lamentaba sus padecimientos y el destino oscuro que encarnaba la prostitución para las mujeres<sup>293</sup>. Reprendió, además, a aquellos “señores” “muy miopes de entendimiento”

---

<sup>291</sup> *El Pensil del Bello Sexo*, 23 noviembre 1845, pp. 1-2.

<sup>292</sup> *Ibidem*, pp. 2-3.

<sup>293</sup> Durante su juventud tomó partido por el liberalismo radical y se inició en el periodismo de la mano justamente de Víctor Balaguer. Con los años fue moderando su liberalismo hasta decantarse por el conservadurismo político. Estuvo casado con la poeta romántica Amalia Fenallosa (1825-1869), quien

que desplegaban con ligereza sofismas acerca de la incapacidad e inconveniencia de que las mujeres se ilustraran. Mañé i Flaquer se preguntaba “¿no debemos suponer que en igualdad de circunstancias sino sobrepusiera al de los hombres lo igualaría a lo menos (...) es muy probable: nosotros así creemos y sin temor de equivocarnos”<sup>294</sup>.

A todo esto, el escritor y periodista catalán, añadía que el matrimonio suponía para las mujeres un salvoconducto y un mero “contrato mercantil”. Según su opinión, hombres y mujeres vivían en un estado de cosas muy mejorable para ambos. Sin embargo, la diferencia estribaba en la condición de cada uno, entre un “dueño infeliz” y una “sierva desgraciada”. Sostuvo, asimismo, que la mujer es con el varón “su igual ante Dios”, pero que por desgracia el hombre la “encadena y esclaviza”. Ese estado de sujeción infligido por el hombre había convertido a las mujeres en “víctimas del sistema actual que las sujeta exclusivamente a los cuidados domésticos”<sup>295</sup>. Reclamaba su emancipación y en reparar sus condiciones laborales y su educación en favor de desterrar el despotismo conyugal varonil y los males ocasionados a la sociedad por la ignorancia de las madres: “Este fatal egoísmo, causa principal de todos tus males, este vergonzoso proceder del hombre con respecto a ti, debe obrar la tan justa emancipación que te es debida”<sup>296</sup>.

Más adelante, en plena Restauración canovista algunos liberales comenzaron a incluir en su ideario y su discurso de género el reconocimiento, esta vez sí, de derechos concretos para la mujer española. No obstante, muchos defendían que el desmontaje de las bases legales discriminatorias con la mujer debía llevarse a cabo de un modo gradual y paulatino. Un ejemplo es el del médico Javier Lasso de la Vega y Cortezo (1855-1911). Su evolución ideológica se aprecia a partir de los cargos que ostentó durante su trayectoria política. En un primer caso, fue representante en el Consistorio sevillano con el Partido Liberal Fusionista y, años después, con la Unión Republicana.

---

publicó en revistas femeninas y perteneció a la Hermandad lírica, una red de apoyo entre escritoras isabelinas cuya mentora fue la ya citada Carolina Coronado.

<sup>294</sup> MAÑÉ I FLAQUER, Joan, “La mujer y la sociedad”, *El Pensil del Bello Sexo: colección de poesías, novelitas, etc.* Barcelona, Imprenta de J. M. de Grau, 1845, p. 129.

<sup>295</sup> *Ibidem*, p. 125. Mañé i Flaquer cita una frase de Fourier y su sistema societario que entendemos concordaría con su visión: “(...) que la mujer gana en dignidad lo que se le concede en libertad, y que sin la libertad comedida del sexo, no puede haber en la sociedad ni orden justo, ni pureza de costumbres”.

<sup>296</sup> *Ibidem*, p. 145.

El 1 de octubre de 1904, en la Iglesia de la Universidad de Sevilla, pronunció un discurso sobre el feminismo que abriría el curso académico<sup>297</sup>. Fue recibido con acalorado entusiasmo, a pesar de las proposiciones tan controvertidas que sostuvo, como podían ser la independencia de la mujer desde el punto de vista político y económico. Una idea que debemos tener en cuenta es que normalmente el reconocimiento social e intelectual del emisor, en este caso un varón intelectual, difería del de cualquier mujer, fuera cual fuera su posición social y/o intelectual. Si una mujer hubiera pronunciado este mismo discurso lo más seguro es que su aceptación no habría sido tal, despertando probablemente mofas, recelos o incluso reprimendas feroces<sup>298</sup>. Si atendemos a un ejemplo concreto al respecto, Margarita Nelken, en su reseña de “Feminismo, feminidad y españolismo” de Gregorio Martínez Sierra, se quejaba de la diferente recepción y valoración que producía entre el público el discurso feminista de un hombre y el de una mujer:

“La acción feminista de Martínez Sierra no puede refutarse con chistes y caricaturas como la acción excesiva de ciertas sufragistas; además... Martínez Sierra es un hombre, y esto aumenta singularmente el valor de sus campañas en favor de la mujer. Hay gentes que al oír hablar de reivindicaciones femeninas de derechos de la mujer, etc... sonríen burlonamente y hablan de solteronas despechadas o de marimachos; cuando estas reivindicaciones están hechas por un hombre que, a primera vista, no ha de ganar nada con ellas, cuando es un hombre el que asegura que la mujer tiene tales y tales derechos, la oposición ya no es tan fácil”<sup>299</sup>.

Volviendo al político sevillano, cabe destacar que él pensaba que “el fin primordial de la mujer es la maternidad, y para cumplirlo, para sublimarlo, guarda el corazón femenino, una energía exuberante, guiada por afinidades misteriosas, fecunda en revelaciones intuitivas, en telepatías inexplicables”. Seguidamente, añadía una dosis de “progresismo”: “en cualquier caso, aunque sea antinatural, se debe respetar la voluntad de la mujer” a no tener hijos<sup>300</sup>. Como médico reputado plasmó una minuciosa crítica a las teorías frenológicas y craneológicas de J. P. Moebius, F. Gall y otros teóricos misóginos con la finalidad de poner en evidencia sus proposiciones misóginas

---

<sup>297</sup> LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, Javier, *El feminismo. Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el acto solemne de la apertura del año académico de 1904 a 1905*. Sevilla, Papelería, 1904.

<sup>298</sup> CARRILLO-LINARES, Alberto, “Mujer y feminismo en la obra de Javier Lasso de la Vega y Cortezo (1855-1911)” en RAMOS, M<sup>a</sup> Dolores y VERA, M<sup>a</sup> Teresa, *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*. Barcelona, Anthropos, 2002, p. 119.

<sup>299</sup> *El Día*, 16 julio 1917, p. 4.

<sup>300</sup> Extraído de *Ibidem*.



pseudocientíficas. Como remedio a la crisis heredada del 98, Lasso de la Vega y Cortezo, desde su espíritu regeneracionista, declaraba la importancia de la extensión de la educación en la liberación de la mujer española: “(...) entre nosotros resuena este clamor de los países civilizados, que estima la cultura de un pueblo por la condición intelectual y social de sus mujeres”<sup>301</sup>.

Defendió sin titubeos el derecho al sufragio femenino. Se opuso radicalmente a los argumentos “infundados” que se esgrimían para negarlo: la dependencia del marido o del hermano y sus obligaciones domésticas. Las ventajas que traería la extensión del voto de la mujer serían enormemente beneficiosas: la pureza en las elecciones, la desaparición del alcoholismo, etc. Pero en cualquier caso, advirtamos que su concepción del derecho al voto era evolutiva:

“Nosotros empezaríamos concediendo el voto pasivo administrativo a las mujeres que, sabiendo leer y escribir, se mantuviesen con los productos de su trabajo (...) y a las que poseyeran un título profesional. (...) La cultura individual sería, pues, la base de este derecho. (...) Después pasaríamos paulatinamente, (...) a la concesión del político y el activo”<sup>302</sup>.

Un perfil parecido al de Lasso de la Vega fue el del también liberal Eduardo Gómez Baquero (1866-1929). Este último, en calidad de Vicepresidente de la Academia de Jurisprudencia, participó en la reunión de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias (acto al que acudieron, entre otras muchas, Matilde Huici y Clara Campoamor). Allí el político liberal alabó la emancipación de la mujer, todos sus logros hasta entonces y su carácter pacífico e incruento<sup>303</sup>. Fue un intelectual presente en más actos de este tipo, en los que llamaba a la responsabilidad de los representantes públicos a que se concediese la igualdad civil entre los sexos y *a posteriori* el derecho al voto de las mujeres: “No estoy muy lejos de creer que los beneficios de la emancipación femenina serán principalmente para los varones”<sup>304</sup>.

Asimismo, Gómez Baquero, años antes, había publicado su *Ensayo acerca de la condición jurídica de la mujer* (1892) en el que revelaba ser favorable a la igualdad.

---

<sup>301</sup> Extraído de CARRILLO-LINARES, Alberto, *El feminismo de Javier Lasso de la Vega y Cortezo, entre la modernidad y la tradición*. Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2010.

<sup>302</sup> Extraído de *Ibidem*.

<sup>303</sup> *La Voz*, 19 septiembre 1928, p. 3.

<sup>304</sup> GÓMEZ BAQUERO, “¿Van a votar las mujeres españolas?”, *Nuevo Mundo*, 24 enero 1910.

Pero fue más cauteloso al señalar los peligros sociales que supondría la elección de que la sociedad española tomase un rumbo demasiado acelerado<sup>305</sup>. Por ello prefería la abolición, primero, de las discriminaciones jurídicas contra la mujer y, de forma gradual, reconocer sus derechos políticos: “Una transformación social tan honda y tan trascendental como la del establecimiento de la igualdad de derechos de hombres y mujeres tendría que irse realizando lentamente”<sup>306</sup>.

En la vida de Gómez de Baquero fue notoria su evolución ideológica, pues de sus posiciones conservadoras avanzó hacia actitudes muy liberales y progresistas. Como conservador hay que destacar su candidatura a diputado por Getafe representando al grupo de Antonio Maura en 1914, escaño que finalmente no consiguió. En 1918 rompió formalmente sus relaciones con los conservadores e ingresó en el Partido Liberal, acomodado en la facción de la izquierda liberal de Santiago Alba. Estos cambios ideológicos afectaron a su labor periodística, pues en 1922, tras treinta y cinco años de colaboración, abandonó el diario *La Época* e ingresó en los diarios liberales más de izquierdas<sup>307</sup>.

Gómez Baquero abogó por una gradual equiparación civil y política de la mujer con el hombre, pero a su vez mostró una ambivalente resistencia al declive social de ciertos modales galantes hacia la mujer. Un caso más que, sin apelar a la añoranza nostálgica y defendiendo parte de la agenda feminista de su tiempo, se resiste al quebranto social de un modelo de masculinidad que temía ver en peligro. Bajo el pseudónimo de Andrenio, en un artículo suyo publicado en *La Voz* reconocía que besar la mano de la mujer constituía un ritual ligado a la distinción de clase y que, más tarde o temprano, con el avance de la democracia y el feminismo caería en desuso. A su entender, la solución para que los varones no pierdan su halo galante y cortés de cara al otro sexo se basaba en innovar al respecto:

“Habrá que buscar algo nuevo, por ejemplo, una reverencia versallesca, con sus pasos bien medidos hacia adelante y hacia atrás” (...) “Y hay otro peligro: el avance del

---

<sup>305</sup> Esta obra, en 1892, fue publicada en varios números de *Revista de España*, a partir del volumen 139 de dicha revista.

<sup>306</sup> GÓMEZ BAQUERO, “La propaganda feminista”, *La Época*, 18 noviembre 1894.

<sup>307</sup> Baquero publicó también una reseña positiva del libro de John Stuart Mill *La esclavitud femenina* que fue traducido y prologado por Emilia Pardo Bazán. GÓMEZ BAQUERO, “La esclavitud femenina por John Stuart Mill”, *La Época*, 4 junio 1892, p. 2.

feminismo. La mujer emancipada mira con recelo la galantería, como recuerdo de la jaula dorada. Su mano libre preferirá estrechar la mano del hombre, dejando el beso para la sabrosa y dulce intimidad, que sobrevive a las modas”<sup>308</sup>.

Pero el político liberal defensor de los derechos de las mujeres más destacado fue el librepensador y masón José Francos Rodríguez (1862-1931), el cual abogó por una ampliación de las opciones de la mujer en el espacio político y por su plena inserción en el mundo laboral. Francos Rodríguez fue una figura renombrada dentro del mundo librepensador masónico al pertenecer a la logia *Amor* de Madrid y al ser director de la revista *La España Masónica*<sup>309</sup>. En su juventud ingresó en la JER (Juventud Estudiantil Republicana) para más tarde afiliarse al Partido Liberal (al ala afín al sector canalejista). Fue director del periódico *La Justicia*, alcalde de Madrid en dos ocasiones y ministro de Instrucción Pública en 1917 y de Gracia y Justicia en 1921.

En su obra *La mujer y la política españolas* (1920) se aprecia la especial preocupación de Francos Rodríguez por la condición social y política de la mujer. Ya en 1891, ante los ataques de la misoginia científicista, deseaba para la mujer la igualdad absoluta de derechos, basándose en los estudios más actualizados de biofisiología<sup>310</sup>. Francos Rodríguez procuró desmontar las ideas que deslegitimaban la participación del sexo femenino en la política. Acusaba en razón de esta situación a la retórica convencional y a la legislación vigente: “los hombres nos allanamos a que la mujer reine; pero no consentimos que gobierne”<sup>311</sup>.

El prejuicio de que las mujeres son naturalmente más nerviosas y frívolas fue uno de los más discutidos por Francos Rodríguez<sup>312</sup>. A tenor del fracaso del dominio político masculino, para Francos Rodríguez “si la mujer interviniese en la política, alteraría las normas dispuestas por nosotros desde el principio de los siglos, provocando con ello la revolución más grande que en ninguno se conoció”<sup>313</sup>. Bajo la finalidad de dotar de

---

<sup>308</sup> GÓMEZ BAQUERO, Eduardo, “El besamanos galante”, *La Voz*, 13 septiembre 1923, p. 11.

<sup>309</sup> FRANCOS RODRÍGUEZ, José, “La mujer y la logia”, *Dominicales del Libre Pensamiento*. Madrid, 29 enero, 1887. Precisamente, Francos Rodríguez fue uno de los organizadores en 1892 del congreso de librepensamiento en Madrid.

<sup>310</sup> FRANCOS RODRÍGUEZ, José, *Problema y prejuicio de los sexos*. Madrid, 1891. No ha sido posible encontrar esta obra, ni averiguar la editorial que la publicó. El título es parecido al libro del feminista francés Jean Finot *El prejuicio de los sexos*.

<sup>311</sup> FRANCOS RODRÍGUEZ, José, *La mujer y la política españolas*. Madrid, Pueyo, 1920, p. 15.

<sup>312</sup> *Ibidem*, p. 25-35.

<sup>313</sup> *Ibidem*, p. 16.

mayor autoridad a sus argumentos, el doctor madrileño se escudó con los de autores feministas extranjeros, tales como John Stuart Mill, August Bebel o Alfred Fouillé. De igual forma, mantuvo que determinadas diferencias entre los sexos no resultaban ser efecto de una supuesta esencia femenina, sino más bien producto de un profundo proceso de socialización:

“(…) la atención constante que a los esplendores de su sexo dedican las mujeres, son consecuencia de la supremacía masculina. (…) y así, la actividad del ser femenino se concentra en lo sexual, que es después de todo lo que el hombre generalmente persigue con egoísmo”<sup>314</sup>.

El político madrileño reivindicaba la igualdad de oportunidades en la libre elección de las mujeres de su trabajo. No obstante, compartía también la existencia de un catálogo de profesiones que, dependiendo de cada una, se adecuaban más a la naturaleza femenina o a la masculina:

“En el ejercicio de las profesiones llamadas liberales (…) los hombres suelen desempeñar papeles más que para ellos, destinados a las mujeres. ¡Cuántas veces nos asombramos por ver en manos masculinas empleos que corresponden al sexo femenino! Pues ocurre lo mismo en ciertos cargos públicos. ¡Qué indignación la de algunos ilustres varones si se les dijera: los puestos que ustedes ocupan estarían desempeñados con más provecho para el país por las señoras que los merecieran!”<sup>315</sup>.

A lo largo de su libro, Francos Rodríguez expuso ejemplos de mujeres brillantes en la Historia de España. Entre una cuentas, trazó la biografía de mujeres de la talla de la condesa Espoz y Mina, Concepción Arenal, Gertrudis de Avellaneda o María Isidra Quintana de Guzmán. Sobre gobernantas y reinas recalca que “los pecados de las mujeres –las gobernantas a lo largo de la historia–, (…) no procedían de la supuesta inferioridad de su sexo, sino del medio social en que vivían; eran consecuencia indeclinable del predominio masculino”<sup>316</sup>.

Dentro del ala más izquierdista del partido liberal cabe, de igual modo, mencionar al médico y humanista liberal Manuel Corral y Mairá (1862-1926). En un artículo, publicado en 1922, felicitó al presidente del gobierno Sánchez Guerra y a la mujer española por lo que calificó de “loable triunfo del feminismo” por un hecho concreto, la

---

<sup>314</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>315</sup> *Ibidem*, p. 39-40.

<sup>316</sup> *Ibidem*, p. 41.

entrada por primera vez en el Cuerpo de Correos de millares de mujeres. No obstante, el médico canalejista sugería que se “dictara a la par una inexorable ley que prohibiera el imperante chulapismo explotativo de la mujer”. Los avances que el feminismo estaba conquistando, a su entender, no pueden ser más que positivos, sin embargo, la misión fundamental de las mujeres residía en el hogar. Emanciparla y “desesclavizarla” significaba no sólo su entrada en el mundo de las profesiones masculinas. A ojos de Corral y Mairá suponía también acabar con un tipo de masculinidad improductiva y descortés que se aprovechaba del trabajo de sus esposas mientras los hombres derrochaban el dinero de sus mujeres en los garitos, tascas y cabarets. Este médico humanista, como otros médicos e intelectuales de su época, reclamaba un modelo de masculinidad opuesto al donjuanesco. Pedía, en definitiva, “para esa plaga de hombres que por infortunio y vergüenza de España abundan escandalosamente, todo el peso de la ley, pero de una ley inexorable y descompasiva”:

“Yo entiendo que el medio mundo femenino está sólo destinado para ser la dulce compañía del hombre; la mujer es la dueña y la reina del hogar, y en él ha de trabajar sólo, siendo su predilecta misión la de ser “madre”, título que la engrandece y santifica, y al serlo ha de dedicarse únicamente, exclusivamente, a la crianza, educación y culturación de sus hijos, física y psicológicamente, a fin de dar a la patria hombres fuertes, sanos, valerosos, dignos, corteses, galantes e hidalgos, como fue siempre la característica de la masculinidad de la noble raza española” (...) “Pero desgraciadamente, como no todos los hombres son así, como en muchos casos, «hartos casos», la pobre mujer en el hogar doméstico no es la reina, sino la esclava” (...) “para que la emancipación femenina sea eficaz y segura su desesclavización, fuera preciso que ese mismo Estado castigara con mano dura a toda esa pléyade de hombres degradados, vagos de oficio, vividores del feminismo, que comen sin trabajar con el producto de la labor manual e intelectual efectuada por la mujer en la fábrica, en el obrador y en la oficina”<sup>317</sup>.

## 5.2 - El “escritor galante” Cristóbal de Castro

El escritor y periodista iznajeño Cristóbal de Castro (1874-1953) es uno de esos intelectuales casi “inclasificables” y cuyo periplo ideológico y político fue complejo y enrevesado. Fue en todo caso un autor que dedicó la mayor parte de su vida novelística a escribir sobre las mujeres. Ahí quedan sus novelas *La bonita y la fea* (1909), *La descastada* (1915), *Mujeres solas* (1921), *Clavellina* (1927), *La generala carlista*

---

<sup>317</sup> CORRAL Y MAIRA, Doctor, “Un triunfo de la mujer”, *La Correspondencia de España*, 12 septiembre 1922, p. 2.

(1931), *Mariquilla, barre, barre* (1939) y muchas más. Se le presentaba en el mundo periodístico de su tiempo como el “escritor de las mujeres” o en su caso “el cronista de la mujer”. Este tipo de apelativos se los ganó con el éxito no sólo de sus obras literarias, sino también por su labor periodística y ensayística en la que se hizo patente su avenencia por el feminismo y su denuncia a la marginación de las creadoras españolas dentro del universo teatral y literario.

Se sabe de su simpatía de juventud por el anarquismo y el socialismo. Fundó en 1901 *El Evangelio*, un periódico anticlerical en el que firmó incendiarias proclamas por una revolución jornalera andaluza. Pasado un tiempo, Castro ofreció al regeneracionista Joaquín Costa, por el que varios años sintió una especial admiración, que este periódico pasase a ser altavoz del partido Unión Nacional. En 1906 fundó *España Nueva*, un periódico republicano. También se tiene constancia de que fue gobernador civil de Ávila, del 26 de noviembre de 1918 al 17 de abril de 1919, durante los gobiernos de Prieto y Romanones. Fue propuesto para ministro por Alfonso XIII, pero lo rechazó. A este respecto, ha sido calificado de liberal por el escritor y crítico literario Rafael Cansinos Assens (1882-1964) y otros, pero colaboró en periódicos tanto liberales como conservadores: *La Época*, *El Globo*, *Heraldo de Madrid*, *ABC* y *Nuevo Mundo*. Se observa en Cristóbal de Castro, en efecto, un recorrido ideológico sujeto a múltiples vaivenes, fruto de sus circunstancias personales y profesionales. Su inclinación liberal durante un tiempo importante de su vida estuvo en parte motivada por su amistad con su coterráneo Julio Burell y Cuéllar (1859-1919), su mentor durante muchos años.

Tras la Guerra Civil, para sobrevivir, se vio empujado a trabajar en la prensa del régimen franquista. Además, durante la contienda tuvo que refugiarse en la embajada de Chile en España porque fue denunciado, de forma infundada, por ser “fascista”. Asimismo, a su hermano Juan de Castro, durante la contienda, lo mataron por su ideario monárquico. Los últimos años de su vida estuvieron marcados por la falta de compromiso político, su actividad periodística en *ABC* y por la publicación de algunos otros libros de diferentes géneros.

Su matrimonio con la actriz Mary Carbone de Arcos (1886-1969) y su amistad con Julio Burell pudieron ser decisivos para el desarrollo de su especial sensibilidad por el sexo femenino. A esto cabe añadir su relación en los círculos literarios con numerosas

escritoras y con mujeres del movimiento feminista. La atmósfera privada y pública en la que respiró caló hondamente en él. Mary Carbone, su esposa, fue una mujer adelantada a su tiempo. Lo mismo ocurrió con su hermana, la también actriz Adela Carbone (1890-1960). Ambas fueron retratadas por el pintor Julio Romero de Torres, pero las dos también coincidieron en compartir un espíritu avanzado en lo concerniente al lugar de la mujer en la sociedad<sup>318</sup>.

Por otra parte, Julio Burell fue ministro de instrucción pública y en 1910 bajo su cargo se promulgó, desde su ministerio, el decreto por el que se confería a la mujer el derecho para acceder libremente a la Universidad y a ocupar cargos dentro del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Fue Burell quien nombró “catedrático” de Lenguas Neolatinas de la Universidad Central a Emilia Pardo Bazán. Pero Castro, por cierto, prefería utilizar “catedrática” para mencionar a cualquier mujer que obtuviese dicho rango académico. Del mismo modo que Burell, tomó postura en pro de derogar la prohibición a la entrada de la mujer en la Real Academia Española o a cualquier institución. No dudaba en sostener la idoneidad de hacer manejo del género femenino a la hora de nombrar profesiones, además de “catedrática”, véase “abogada” o incluso “médica”. El lenguaje era, según el criterio de Castro, de exigencia que se adaptase a la realidad y que no se obcecase en resistirse a ella para invisibilizar a la otra mitad de la población:

“Yo, tratándose de mujeres, no diría concejales y diputados, sino concejales y diputadas. Como digo generalas y coronelas. Y médicas y farmacéuticas. Y loteras y zapateras, naturalmente, abogadas como todo el mundo. Porque nadie ha dicho, ni dice, ni dirá que Santa Rita es abogado de los imposibles”<sup>319</sup>.

Cristóbal de Castro fue muy aplaudido y laureado por notorias mujeres intelectuales y feministas de su época. Su ahínco por promocionar a las mujeres en la literatura española fue muy estimado y apreciado. En su volumen *Teatro de mujeres* (1934) dio a conocer a dramaturgas de vanguardia. Lo hizo con el fin de impedir el olvido al que, sobre seguro, habrían estado condenadas por las impenetrables barreras que tenían que franquear para lograr estrenar sus obras. A este respecto, no existía a su

---

<sup>318</sup> Trasladamos nuestro agradecimiento al profesor Manuel Galeote por la información que nos ha proporcionado sobre la vida y obra de Cristóbal de Castro tras una conversación telefónica.

<sup>319</sup> CASTRO, Cristóbal, “El nuevo feminismo. Promoción de la mujer”, *La Esfera*, 31 mayo 1930, p. 21. Extraído GALEOTE, Manuel, TOLEDANO, Juana y CRUZ CASADO, Antonio, “Estudio introductorio” en GALEOTE, Manuel (Coord.), op. cit., p. 38.

juicio una esencia femenina ni masculina que se plasmase en cualquier creación artística: “El arte, como la moral, carece de sexo. Un poema, un cuadro, una escultura, tanto pueden ser creados por la mujer como por el hombre. No hay una estética femenina y otra masculina, sino simplemente una estética”<sup>320</sup>.

Entre otras muchas figuras relevantes del feminismo español, Concha Espina, Clara Campoamor, Blanca de los Ríos o Carmen de Burgos, por citar sólo a algunas de ellas, dedicaron palabras singularmente lisonjeras al escritor cordobés<sup>321</sup>. Lo hicieron así, en boca de Blanca de los Ríos, por su “generoso y ferviente feminismo”. Carmen de Burgos, por ejemplo, sostenía que el escritor se había ganado, con toda seguridad, “la admiración y gratitud de las mujeres”. Consideraba que los hombres como Castro no rebajaban su masculinidad: “Sólo los hombres inferiores son enemigos de la mujer”. Colombine llamó la atención sobre que en él subyacía “un acento de acendrada ternura” cuando describía y defendía a la mujer. Un apego y afecto hacia ella “que está lejos de esa torpe galantería empleada por los que la duermen en lisonjas para escatimarla mejor sus derechos” (...) “la piedad con que él trata a la mujer no nace de la idea de inferioridad”<sup>322</sup>. La insigne periodista feminista manejaba en sus valoraciones un canon de masculinidad que apreciaba positivamente, concretamente una tipología de galantería y hombría alejada de la condescendencia y la falta de respeto hacia la mujer.

De su agradecimiento dejó también constancia Concha Espina, al calificar a Castro de “justiciero y ecuánime con nosotras”, mereciendo por ello “una especial simpatía de cuantas mujeres sostenemos aquí una lucha valiente contra prejuicios, costumbres y rivalidades sin nombre”<sup>323</sup>. La escritora santanderina apuntaba, así pues, el carácter “justiciero” de un hombre que se solidarizaba con la causa feminista, lo que podría denotar una suerte de ímpetu asociado a una masculinidad caballeresca, el de “hacer justicia” con los ataques hacia la mujer. Tampoco la actriz y escritora feminista Isabel Oyarzábal (1878-1974) ocultaba su admiración por él:

---

<sup>320</sup> Extraído de *Ibidem*, p. 45.

<sup>321</sup> Pero también tuvo sus críticos. La periodista feminista y republicana Magda Donato no dejó muy bien parado a Cristóbal de Castro en un artículo en el que lo acusaba de escribir sobre feminismo sin estar demasiado bien informado. En el apéndice XI se recoge parte del contenido de este artículo.

<sup>322</sup> *El Liberal*, 25 julio 1930, p. 3.

<sup>323</sup> Extraído GALEOTE, Manuel, TOLEDANO, Juana y CRUZ CASADO, Antonio, “Estudio introductorio” en GALEOTE, Manuel (Coord.), op. cit., pp. 66-67.



“Las mujeres debemos de agradecer al insigne Cristóbal de Castro su devoción por nuestros ideales y su ardiente defensa de los mismos. Es el escritor que con más constancia, inteligencia y delicadeza ha ensalzado a la mujer y defendido la causa feminista”<sup>324</sup>.

Asimismo, en palabras de Concha Espina, Castro “alzó su voz clara y robusta en favor nuestro cuando muy pocos se atrevían más que a sonreírnos con humillante benevolencia”. La poeta y dramaturga María Valero de Mazas (1874-1943) incluso reconocía la virilidad del escritor cordobés por su buen hacer al respetar y querer a la mujer de forma educada y apropiada a su sexo: “Cristóbal de Castro supo siempre desde niño, querernos bien a las mujeres. Con ternura, con pasión, con respeto. El ilustre escritor ha sido siempre muy hombre y muy poeta...”<sup>325</sup>.

A colación de cómo se valoró su masculinidad, Cristóbal de Castro ha sido habitualmente calificado, asimismo, como un “escritor galante”<sup>326</sup>. Hay que recordar que entre su obra lírica escribió *Cancionero galante* (1909) y otras piezas poéticas. Pero él mismo, a su vez, fue muy crítico con la galantería asociada al donjuanismo, el cual desaprobaba con contundencia: “Cuando una mujer toma un volumen en sus manos, Don Juan está tan lejos como Ciutti. Las páginas de un libro son los osarios del Tenorio de cada día. (...) el rival más temible para un galán no es un bostezo, sino un libro...”<sup>327</sup>.

Castro rechazaba la galantería de Don Juan y la del hombre español en general, concretamente ese modelo que se dirigía al otro sexo vulnerando su dignidad. No obstante, este esquema de masculinidad galante inaceptable se oponía a una galantería, para él y sus seguidoras citadas, atenta, pulcra y considerada con el sexo femenino. En la introducción a su libro *Las mujeres* (1917) titulada “Ofrenda a las mujeres” Castro declaró que él no era un “donjuanista” sino “solo un escritor lo bastante cortés para no ofender a las damas y lo suficientemente discreto para no aburrirlas”. Se detecta pues,

---

<sup>324</sup> Extraído de *Ibidem*, p. 596. Muchas de estas palabras elogiosas hacia la figura de Castro también se recogen en TOLEDANO MOLINA, Juana, “Elogio y defensa de la mujer en los ensayos de Cristóbal de Castro”, GALEOTE, Manuel (Ed.), *Oralidad y escritura en andaluz: Hablas cordobesas y literatura española en la Andalucía de fin de siglo*. Ayuntamiento Iznájar, 1998, pp. 289-297.

<sup>325</sup> PULIDO MUÑOZ, Francisco, “Presentaciones” en GALEOTE, Manuel (Coord.), op. cit., 2011, p. 17.

<sup>326</sup> Luis de Alba lo tildó de “poeta galante”: “parece como que le obliga a usar la cortesía y benevolencia con el bello sexo”. DE ALBA, Luis, “En defensa de la mujer”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 10 diciembre 1909, p. 2.

<sup>327</sup> Extraído de GALEOTE, Manuel, TOLEDANO, Juana y CRUZ CASADO, Antonio, “Estudio introductorio” en GALEOTE, Manuel (Coord.), op. cit., pp. 68-69.

en Castro, un tono caballeresco y cortés que sigue con esa actitud masculina en la forma de tratar con el otro sexo y en este caso concreto con sus lectoras<sup>328</sup>. Se presentaba, a continuación, equidistante en su valoración del alma femenina. Marcaba distancia con las visiones polarizadas de la mujer, “ni ángel del hogar” ni “demonio-hembra”, ni “conjunto de perfecciones” ni la “suma de perversiones” decía. Sin embargo, el lenguaje poético y encomiástico hacia el sexo femenino del que se sirvió a lo largo de su obra periodística, novelística, ensayística y poética lo situaría en la prolífera esfera de autores galantes de su tiempo. Eso sí, una galantería que huía y objetaba del donjuanismo español que tanto denostaba:

“(…) presentamos a la mujer en toda su indignante indefensión económica y social, acorralada de una feroz jauría de prejuicios, extramuros de los poderes y de los códigos, y sola enfrente de Don Juan Tenorio y de los chulos”<sup>329</sup>.

En este mismo ensayo, *Las mujeres*, desplegó una recia y severa crítica a los presupuestos de la inferioridad intelectual de la mujer y de la misoginia pseudocientificista en boga. En su opinión, “las jerarquías sexuales” constituían “la más absurda aberración quizá de nuestra historia social”. Quienes sustentaban estas teorías, según él, tendrían que dejar de hablar de “sexo débil”:

“Pues señores del margen, lo que entonces no era más que un apostolado sujeto a las disputas del hombre, es ya un principio universal que no admite ni discusión ni dudas siquiera. La mujer ha sustituido al hombre en todos los oficios y profesiones tanto intelectuales como manuales sin desventaja alguna. Hay que ir pensando en sustituir también lo de sexo débil por algo más en armonía con la verdad y con la gramática”<sup>330</sup>.

Más tarde, en su libro *Mujeres extraordinarias* (1929) dibujó las semblanzas de decenas de mujeres que han sobresalido en la Historia, mujeres que con su vida y relevancia histórica no se ajustaban a la imagen que los antifeministas querían imponer<sup>331</sup>. Entre los retratos femeninos seleccionados por el autor para su galería de mujeres ilustres, elogió la lucha reivindicativa de figuras feministas como Concepción Arenal, Josephine Butler, Emilia Pardo Bazán, Christabel Pankhurst o María Kroupskaia. El libro tuvo una buena acogida por parte de la crítica periodística. La

---

<sup>328</sup> Esta obra se trata de una compilación de artículos sobre la mujer publicados por Castro en los diarios *Nuevo Mundo* y *La Esfera* entre 1914 y 1917. Emilia Pardo Bazán reseñó en ABC este libro. En su comentario situó a Castro “entre los mejores amigos de la mujer”. PARDO BAZÁN, Emilia, “Eterno feminismo”, *ABC*, 26 agosto 1920.

<sup>329</sup> CASTRO, Cristóbal, *Las mujeres*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1917, p. 10.

<sup>330</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>331</sup> Véase CASTRO, Cristóbal, *Mujeres extraordinarias*. Madrid, Renacimiento, 1929.

revista *Mundo Femenino*, con motivo de la publicación de *Mujeres Extraordinarias*, bautizó a Castro con el “merecido título de paladín del feminismo”<sup>332</sup>.

Castro pasó a ser un personaje público al que con frecuencia la prensa acudía a recabar su opinión sobre asuntos relativos al movimiento feminista. En la revista *Estampa* se preguntó a figuras relevantes como Margarita Nelken o Jose María Gil Robles, incluido a Cristóbal de Castro, sobre qué carteras ministeriales adjudicarían a las mujeres en un hipotético gobierno. La respuesta de Castro alumbra su concepción esencialista de la mujer. Atribuía al “bello sexo” la virtud de seducir y agradar. Por ello, era competente para desempeñar cargos ministeriales en los que pudiese insuflar su pacifismo y sus dotes de diplomacia:

“Porque la diplomacia es una función femenina. Participa, a la vez, de audacia y cautela, cualidades que sólo se aúnan en la mujer. Requiere la *conditio sine qua non* de agradar, si no de seducir, modos enteramente peculiares del bello sexo. Exige mundanismo social, en que la mujer es maestra. Ofrece ejemplos, tanto antiguos como contemporáneos, de tratados y acuerdos que, fallidos entre varones, fueron realidad entre hembras (...) Actualmente Alejandra Kollontay, diplomática de la URSS, ha logrado, en Noruega, lo que su antecesor no pudo, en beneficio del comercio bolchevique. Si un día las carteras de negocios extranjeros estuviesen desempeñadas por mujeres, sería innecesario la Sociedad de Naciones. Porque ellas, pacifistas por naturaleza, acabarían con la guerra, habrían realizado la obra política más útil para la Humanidad”<sup>333</sup>.

Con el mismo sesgo, cargado de dosis también de esencialismo, Castro saludaba positivamente la entrada de la mujer a la política española, a la obtención de cargos públicos y al ejercicio del sufragio. Se avanzaba muy positivamente, según su parecer, para el cumplimiento no sólo de sus derechos económicos, los de las mujeres, sino también para su presunta función social: el de velar por el cuidado de la infancia, pacificar la atmósfera política y gestionar la atención de enfermos y excluidos sociales. Entre otros cometidos, Castro señalaba también el salvar a las mujeres prostitutas y el servir de ejemplo moral a la sociedad en su conjunto:

“¿Para qué quieren las mujeres intervenir en la política? Para imponer el buen gobierno del amor en los asilos, manicomios, escuelas, cárceles. Para que las niñas y las jóvenes encuentren apoyo contra la ignorancia, la miseria, la pereza, el mal ejemplo y tantas fuerzas como las empujan a la prostitución. Para que la mujer no encuentre

---

<sup>332</sup> *Mundo Femenino*, 1 enero 1936, p. 8.

<sup>333</sup> “Preguntas de Estampa”, *Estampa*, 2 julio 1932, p. 11.

cerrados todos los caminos cuando quiera trabajar. Para que el precio de su trabajo sea equitativo...”<sup>334</sup>.

Por otra parte, Castro alabó el supuesto “feminismo” de Antonio Maura, aunque muy seguramente el político conservador nunca se habría sentido cómodo con esa etiqueta. Pero se preguntaba por qué, el que fue Presidente del gobierno, no legisló en la dirección de sus propias palabras pronunciadas en una conferencia en la Asociación Católica de la Mujer de Madrid<sup>335</sup>. A su vez, en la crónica de esta conferencia, el autor iznajeño aprovechó para disparar sin miramientos al feminismo “izquierdista” y laico que intentaba, según su idea, monopolizar la causa feminista. Un feminismo al que acusó de impertinente, sensiblero y poco consistente, “empecinado de amor libre, igualdad de sexos, ibsenismo indigesto y rosaluxemburguismo”. Tras sus duras embestidas a “los adalides feministas de la izquierda” aprovechó para ensalzar la conferencia de Maura y sin rodeos proclamarlo, ni más ni menos, como el hombre español con el discurso feminista más sólido:

“(…) ninguna de las asociaciones feministas de izquierdas ha realizado nada comparable por su seriedad, trascendencia y eficacia a la asamblea feminista católica. Ningún hombre feminista de izquierdas ha demostrado el interés, la diligencia, la curiosidad social y política por el feminismo en su conferencia que ha demostrado el Sr. Maura”<sup>336</sup>.

En este mismo artículo invocaba a superar dos extremos, la mujer encarnada en la “dama roja” y en la “mujer devota”, ambas mediatizadas por dos bandos antagónicos, el revolucionario y el clerical acérrimo que la negaba, a juicio suyo, todo tipo de derechos: “Doctrina y organización. He aquí, lectora, las dos alas del feminismo eficaz”. En este sentido, apelaba al “espíritu liberal” con el que se identificaba y a la acción legislativa que derogase las discriminaciones jurídicas:

“Los espíritus seriamente liberales no pueden señalar en las izquierdas ni organización ni doctrina. (...) Y asimismo tendremos, del otro polo femenino, que la mujer seudosumisa, seudoresignada, seudocalmada por el feminismo de la oración, (...) con su catrecillo y su rosario, su buena fe y su horror a las novedades. Es decir, que la dama roja y la dama devota, separadas por la divulgación de un feminismo impertinente, enemigas por la incompreensión de un feminismo impertinente, cederán en

---

<sup>334</sup> CASTRO, Cristóbal, “La mujer y la política”, *La Esfera*, 4 septiembre 1920, p. 8.

<sup>335</sup> La vicepresidenta de ANME reconoció que uno de los políticos que mayor simpatía generaban en la asociación era Antonio Maura, junto con otros conservadores como Eduardo Dato y Juan de la Cierva. *Mundo Femenino*, marzo 1921, p. 1. Citado en SCANLON, Geraldine, op. cit., p. 204.

<sup>336</sup> CASTRO, Cristóbal, “Las mujeres. Feminismo eficaz y feminismo impertinente”, *Los Lunes de El Imparcial*, 30 mayo 1920, p. 12.

sus actitudes implacables, en sus idearios irreductibles, conforme en las posibilidades políticas y parlamentarias se abra camino un feminismo gacetable, un feminismo eficaz”.

En otro escrito suyo publicado en *La Esfera* tampoco escondió su animadversión a las tácticas disruptivas y “alborotadoras” de una parte del feminismo. Celebraba que, según él, el movimiento fuera cambiando sus métodos, que abandonara la calle y volviese al hogar: “trunca de repente su táctica huyendo por igual de lo trágico y de lo cómico, apréstase a emplear procedimientos de combate más conformes a su naturaleza (...) Su liza no es la calle, sino el hogar”<sup>337</sup>. Castro, en este texto, instaba a renunciar a estrategias desestabilizadoras del orden:

“La mujer es la gran educadora. (...) El vasto fundó intelectual, sórdida y groseramente acaparado por el hombre, ofrece a la mujer horizontes ilimitados y deslumbrantes. La escuela, el taller, el laboratorio, el archivo, no pueden seguir siendo altivos de latifundios varoniles. Es preciso que la mujer desenvuelva en ellos todo un complejo mundo de sensibilidad y sutileza, compartiendo con el varón la alta duarquía educadora. Respondiendo a estos postulados humanistas, normas del feminismo universal, también el feminismo español abandona el tumulto vacuo, callejero e innoble, acogándose a las seguras bóvedas del método”<sup>338</sup>.

En ese mismo artículo enumeró las conferencias que la Juventud Universitaria Feminista organizó, entre ellas una que él mismo impartió “La mujer en su ambiente”, dentro de un ciclo de charlas en las que participaron Clara Campoamor, Odón de Buen y Pilar Oñate. Sobre la asociación, bajo la vicepresidencia de María de Maeztu, Castro loaba su labor y la contraponía a la de otras mujeres feministas a las que catalogaba de “cotorras” y “brujas”. Paradójicamente, manejó estereotipos negativos y misóginos que se arrojaban muy comúnmente desde las filas del antifeminismo:

“Labor tan admirable, que aúna la actividad juvenil y la gravedad estudiosa, la inquietud espiritual y el método científico, está, por un milagro de talento, voluntad y disciplina, limpia del necio pedantismo de feministas cotorronas, exhibicionistas, intrigantes, acaparadoras de boletines y escritoras de petulancias. El nuevo feminismo ahuyentará a esas brujas, obligándolas a cabalgar sobre sus escobas. (...) cabalguen, cabalguen en sus escobas; digo, en sus plumas”<sup>339</sup>.

En sus escritos en prensa manifestó una especial simpatía también por las organizaciones y federaciones feministas de proyección internacional. Parte de su labor

---

<sup>337</sup> CASTRO, Cristóbal, “Las mujeres. Juventud Universitaria Feminista”, *Nuevo Mundo*, 10 marzo 1922, p. 24.

<sup>338</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>339</sup> *Ibidem*, p. 25.

periodística la consagró en informar sobre los dictámenes aprobados y las actividades desarrolladas en sus respectivos congresos, sobre todo a través de las crónicas que redactó en *La Esfera*<sup>340</sup>. Lamentaba la falta de hermandad entre las organizaciones feministas laicas y religiosas, entre las más ubicadas a la izquierda y las de signo más conservador en el campo ideológico. Aunque Castro se decantase siempre por los sectores feministas más moderados, ligados al liberalismo y el conservadurismo político, clamaba por la unidad de acuerdo en un programa mínimo que apostara por la igualdad entre los sexos desde el punto de vista jurídico, educativo, profesional y político:

“¿Con qué derecho sitúa el hombre a la mujer en las mismas zonas incapaces que al niño y al loco? La mujer es, por naturaleza, un ser humano, como el hombre. Un ser que, como él tiene la misma inteligencia, la misma conciencia, la misma fuerza, la misma debilidad, las mismas virtudes, los mismos vicios. A la igualdad natural corresponde igualdad legal” (...) “Hoy cerramos nuestra labor honrándonos con proclamar la seriedad, aguda y enérgica, de esta Internacional Femenina donde mujeres de todas las razas, de todas las religiones, de todas las naciones, se han concertado para preparar el santo advenimiento de la igualdad legal entre la mujer y el hombre”<sup>341</sup>.

La apuesta de Cristóbal de Castro por la igualdad entre hombres y mujeres se sustanciaba, en sus propias palabras, en “el acceso de la mujer a las profesiones y oficios, hasta ahora monopolio del hombre”. Esgrimía el argumento de que “no sólo es un avance económico, sino una promoción a la libertad”. Denunció que los hombres continuaban “monopolizando los ministerios, los parlamentos, los municipios, los gremios, con raras y sabidas excepciones, ahora como antes”<sup>342</sup>. No obstante, coincidía con el antes mencionado Ángel Ossorio y Gallardo en que la equiparación social entre los sexos se efectuase de forma gradualista y ordenada:

“en efecto, la promoción de la mujer hacia una mayor libertad y una mayor autoridad, que la iguale política y socialmente con el hombre, ha de ser precedida necesariamente de una igualdad jurídica. Porque, como señala atinadamente el agudo político [Ángel Ossorio], «no tiene sentido que las mujeres sean concejales o diputados mientras les está vedado gobernar sus bienes, pertenecer al consejo de familia y ser testigos de un testamento»”<sup>343</sup>.

---

<sup>340</sup> Véase CASTRO, Cristóbal, “Campañas de La Esfera. El feminismo y las mujeres. Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas”, *La Esfera*, 2 agosto 1924, p. 7; CASTRO, Cristóbal, “Campañas de La Esfera. El feminismo y las mujeres. Alianza Internacional Femenina”, *La Esfera*, 9 agosto 1924, p. 32.

<sup>341</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>342</sup> CASTRO, Cristóbal, “El nuevo feminismo. Promoción de la mujer”, *La Esfera*, 31 mayo 1930, p. 21.

<sup>343</sup> *Ibidem*, p. 21.

Sin embargo, el novelista iznajeño, a pesar de alegrarse por los avances del feminismo, admitía su temor ante una futura disolución de la feminidad. Los cambios repentinos en la estética femenina, la emergencia de las nuevas modas y vestimentas más “masculinas” tomadas por la mujer moderna las vivió con no pocas reservas:

“Insisto en que en el feminismo hay más que el artículo 430. Hay, por ejemplo, esa tendencia femenina hacia el hominismo. Personificada audazmente en la chica «Manolo». Ya «La garçon», de Margiteritte, es tan anticuada como la «Claudina» de Villy. Ahora lo que priva es «Manolo», la chica-chico. Cuerpo de chico, aire de chico, peinado de chico, modales de chico. Si, como dice Heinse, «la mujer más perfecta será aquella que tenga tan sólo los elementos femeninos precisos para continuar siendo mujer», vamos, a pasos de gigante, hacia la hecatombe. Porque, si se acaban las mujeres, ¿qué nos puede Importar el artículo 430?»<sup>344</sup>.

Castro fue testigo, como se ve, de mutaciones de hondo calado en la sociedad española. A la altura ya de 1936 diagnosticaba una apreciable “dimisión galante del hombre”. El acceso de la mujer a profesiones y responsabilidades públicas y, del mismo modo, a la independencia económica entre determinadas capas de la sociedad urbana eran cada vez más patentes. Con algo de nostalgia detectaba que las mujeres, de forma proclive, huían del matrimonio mientras los hombres iban desertando de su mandato de protegerlas:

“Aquello era conciencia de una superioridad, signo de protección y merced, gracia otorgada por el sexo fuerte al sexo débil” (...) “El hombre de hoy, disminuido en su arrogancia de sexo fuerte, se siente ridículo al proteger, la mujer de hoy, fortalecida se siente ofendida en la protección. Por eso, ellos no ceden ya el asiento, porque ya no las consideran inferiores. Por eso ellas, cuando se lo ofrecen, lo rechazan, porque ya no los juzgan superiores” (...) “El Feminismo terminó su época agresiva y marcial y ha comenzado, en todo el mundo, la reconstructiva y orgánica (...). La prédica de no casarse debe ser sustituida por la de casarse bien, cosa que sólo ahora es posible, puesto que sólo ahora la mujer, viviendo por sí, puede esperar, con dignidad y sin impaciencias”<sup>345</sup>.

Aunque la visión de género de Castro no fuese completamente rupturista, eso no significa que su ideario no pueda etiquetarse de feminista. Castro no trasciende, al fin y al cabo, el marco limitante en el que se desenvolvió el pensamiento feminista de su tiempo, al que se ciñeron tanto hombres como mujeres que sin demasiadas renuencias la historiografía y la crítica literaria no han vacilado en definir como “feministas”. Sin reparar en los condicionantes contextuales, muchos análisis pueden partir de ideas

---

<sup>344</sup> CASTRO, Cristóbal, “A unos y otros”, *La Libertad*, 28 abril 1927, p. 1.

<sup>345</sup> CASTRO, Cristóbal, “La escuela de las mujeres”, *La Esfera*, 1 junio 1929, p. 43.

preconcebidas y desembocar en la formulación de conclusiones erráticas. María José Porro Herrera en su pormenorizada y minuciosa incursión en la producción literaria de Castro, ha calificado al autor cordobés como un “oportunista publicitario” capaz de “engañar” a lectores y lectoras de su momento e incluso a las/os más recientes<sup>346</sup>. Castro, según esta tesis, no sería un literato verdaderamente feminista, sino que más bien supo aprovecharse de la encendida cuestión de la mujer de su tiempo para granjearse con habilidad una trayectoria literaria y periodística exitosa. El estudio de Porro Herrera, por lo tanto, se focaliza en desmitificar la imagen de autor feminista, la que ella ya de partida busca y pretende desmontar. Sin tener en cuenta el resto de su producción periodística e intelectual, centra su ejercicio exegético sólo en su literatura. Deslindar la ideología de un autor a través exclusivamente de su novelística conduce a un análisis incompleto y reducido.

En torno a la literatura como fuente histórica, también conviene recalcar que la literatura es, sin duda, un canal de expresión de ideas muy rico y al que han recurrido infinidad de literatos y literatas, fuera para denunciar o fuera para legitimar el orden de género vigente. Pero en el campo de la ficción las interpretaciones que caben por parte de especialistas, críticos/as y analistas son múltiples y antitéticas entre sí. En muchos casos, las posiciones personales e ideológicas de los/as autores/as de un texto de ficción no se definen con total nitidez y contundencia. Por lo tanto, existen numerosos ejemplos en los cuales es difícil afirmar sin ambages las pretensiones que puedan traslucirse, por ejemplo, de las páginas de una novela. Al contrario que en un ensayo, un programa político o un artículo de opinión, en un texto literario –atado al servicio de la ficción y la narrativa– no se plasma de manera tan perfilada la ideología de género del que o la que escribe.

Sin desechar del todo la interpretación de Porro Herrera, no es difícil probar que Castro en el ámbito periodístico y ensayístico abogó, sin lugar a dudas, por una mayor equiparación legal y social entre los sexos y que en múltiples declaraciones manifestó su ferviente apoyo al movimiento feminista. No es suficiente, para llegar a aseveraciones de tal calibre, asegurar que Castro en sus novelas no escapó, en la

---

<sup>346</sup> PORRO HERRERA, María José, “Los estados de la mujer o visión ¿feminista? de un novelista burgués: Cristóbal de Castro” en *Reunión Científica sobre Referencias Vivenciales Femeninas en la Literatura Española (1830-1936)*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997, p. 169.



caracterización de sus personajes femeninos, de los cánones establecidos de feminidad. Tampoco lo es afirmar que dichos personajes no se amoldan a los arquetipos de una mujer moderna ni con deseos de emancipación. Si la variada tipología femenina de Castro, tal como Porro Herrera analiza con exhaustividad, responde en sus novelas al de mujeres “perversas, adúlteras, (...) frágiles, inútiles y ociosas, frívolas, inconscientes y malignas” no significa que inexorablemente el autor a través de sus textos literarios acabe por “reforzar el poder patriarcalista”<sup>347</sup>. El campo de la literatura se somete a lógicas subordinadas a la ficción, por lo que las interpretaciones en ese ámbito pueden ser, como en este caso, demasiado injustas y apresuradas.

---

<sup>347</sup> *Ibidem*, p. 167.



## CAPÍTULO VI

### KRAUSE Y EL KRAUSO-INSTITUCIONISMO ESPAÑOL: ENTRE LA ARMONÍA Y LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

*“Semejante espíritu anima también a la mujer respecto del varón, de suerte que con su peculiar carácter y prendas regocije y embellezca la vida y que acompañada la severa dignidad del varón con la dulzura y gracia de la mujer, completen la primera armonía humana en la tierra y fuente de todas las armonías y progresos sociales”*

Karl Christian Friedrich Krause<sup>348</sup>

En cuanto los krausistas españoles se recuperaron del *shock* que supuso la segunda cuestión universitaria y la instauración del régimen turnista de la Restauración no tardaron en retomar su proyecto de reforma social. Centrarón parte de su programa en la pedagogía e instrucción femenina. Posteriormente, en algunos sectores ensancharon su espectro de sensibilidad hacia la situación de la mujer y comenzaron a recusar las restricciones jurídicas que padecía<sup>349</sup>. El ya mencionado Julio Alarcón y Meléndez, furibundo antikrausista, calificaba a los krausistas de “paladines de los derechos de las mujeres”<sup>350</sup>. Esta mención, más allá de su carácter cáustico, entronca con la imagen caballeresca varonil de la masculinidad, lo que alude metafóricamente a la “espada” empuñada por quién defiende a las mujeres. Las metáforas sobre paladines empuñando armas fue algo usual en la prensa de la época. Del siguiente modo describía, en 1894, el periódico *El Imparcial* a un grupo parlamentario francés compuesto sólo por varones, cuyo programa era el de defender en las instituciones representativas la agenda de reclamaciones del movimiento feminista francés:

---

<sup>348</sup> KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Ideal de la humanidad para la vida con introducción y comentarios de Julián de Sanz del Río*. Madrid, Imprenta de F. Martínez García, (2ª edición), 1871, p. 94.

<sup>349</sup> Sobre el krausismo y su reformismo en lo referente a las relaciones de género véase DI FEBO, Giuliana, “Orígenes del debate feminista en España. La escuela krausista y la Institución Libre de Enseñanza (1870-1890)”, *Sistema: Revista de Ciencias Sociales*, nº 12, 1976, pp. 49-82; o ONTAÑÓN, Elvira, *Un estudio sobre la Institución Libre de Enseñanza y la mujer*. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia, 2003.

<sup>350</sup> ALARCÓN Y MELÉNDEZ, Julio, *Un feminismo aceptable...* op. cit., p. 34.

¿Eran pocos? Por si acaso, se está organizando a toda prisa en Francia un nuevo grupo parlamentario. Su nombre llama ya la atención: se titula «Grupo femenino». Pero no se compone de mujeres, pues en Francia no son todavía elegibles las mujeres para la diputación al menos, sino de diputados que, resucitando su forma prosaica los tiempos de la caballería andante, van a declararse paladines del bello sexo y a luchar por él, no con lanzas ni mandobles, sino con discursos, proposiciones y votos. Su programa es defender los derechos civiles de la mujer»<sup>351</sup>.

Retomando los juicios escritos por el Alarcón y Meléndez, en referencia a los “paladines” del otro sexo, sus palabras revelan la abigarrada oposición que, desde el catolicismo más conservador, se mantenía frente a las iniciativas de la Institución Libre de Enseñanza por promocionar la instrucción de la mujer española<sup>352</sup>. En los postulados igualitarios de Adolfo González Posada, de Francisco Giner de los Ríos o de Rafael María de Labra resuenan los ecos de la concepción de Krause sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Una de las lagunas existentes en la historiografía consagrada al estudio del krausismo es la de no haber escudriñado más esta vinculación. No es conveniente olvidar, a este respecto, que el krauso-institucionismo fue una corriente de pensamiento pionera en aspirar a enmendar la grave situación educativa y social de las mujeres en la sociedad española<sup>353</sup>.

### **6.1 - La mujer hacia el “ideal de la Humanidad”: El pensamiento de Krause y el institucionismo español**

Antes de adentrarse en el krauso-institucionismo, debemos atender primero al pensamiento del filósofo idealista alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), sobremanera en lo conforme a su interpretación con respecto al lugar que la mujer estaba llamada a ocupar. El discurso de género de Friedrich Krause conectaba con su concepción metafísica sobre la *Doctrina de ser (Wesenlebre)*, hoy en día denominada panenteísmo (una conciliación entre el teísmo trascendentalista y el deísmo fundado en

---

<sup>351</sup> *El Imparcial*, 14 octubre 1894, p. 1.

<sup>352</sup> Un apodo que alude a la caballería de los krausistas es el que el poeta Ramón Campoamor ingenió cuando los bautizó de “caballeros de la lenteja”. Véase SUÁREZ CORTINA, Manuel, *Los caballeros de la razón. Cultura institucionista y democracia parlamentaria en la España liberal*. Santander, Genuve Ediciones, 2019, p. 11. Sanz del Río, en su momento, había intentado sintetizar el intrincado sistema filosófico de Krause con la imagen de la leguminosa, que por su forma ovalada representaba bien gráficamente la armonía naturaleza-espíritu o ciencia-fe.

<sup>353</sup> Gran parte de los contenidos de este capítulo están extraídos de ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “Nuevas aportaciones al ideal de mujer en el krausismo español” en *V Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres* (15 al 31 de octubre de 2013), pp. 629-656. Este artículo también se publicó en <http://wzar.unizar.es/siem/PREMIO/XVI%20Premio%20SIEM.pdf>. Este enlace corresponde a la página web de la Universidad de Zaragoza.

la inmanencia divina). En el sistema filosófico de Krause naturaleza y espíritu convergían armónicamente a un mismo nivel en Dios. Lo mismo ocurre en el terreno de la humanidad, en concreto entre varón y mujer. Ambos los concebía opuestos pero esencialmente iguales<sup>354</sup>. Los sexos se diferencian, según Krause, por las funciones que cumplen en la naturaleza pero no por su naturaleza en sí.

El armonicismo de Krause lo empujaba a contemplar que hombre y mujer son en sí mismos incompletos porque los dos sexos se humanizan mutuamente<sup>355</sup>. En concordancia con el humanismo integral del periodista francés Leopold Lacour (autor de honda influencia también en Adolfo González Posada y otros krausistas), para Krause la dignificación de la mujer traería consigo el advenimiento de un individuo superior. Varón y mujer constituirían ese único “individuo”. El matrimonio, tal como lo imaginaba Krause, reuniría a dos mitades que integrarían una unidad superior y cincelarían el espíritu de un nuevo ser: el “ser humano total”.

Se evidencian, efectivamente, innegables diferencias entre Friedrich Krause y otros pensadores del idealismo de inicios del siglo XIX, no sólo en aspectos directamente filosóficos. En materia sexual, Krause mantenía férreas divergencias con Johann Gottlieb Fichte, uno de los padres del idealismo alemán. Fichte formulaba que la mujer tendía irremediablemente al sentimiento amoroso. En su visión, los hombres podían entablar relaciones sexuales extramatrimoniales, las mujeres de ninguna manera. El hombre gozaba del derecho de no ocultar su deseo sexual, al contrario que la mujer. En cambio, Krause dotaba al otro sexo de legitimidad moral para expresar su sexualidad a la par que los hombres. Krause llegó incluso a esbozar proposiciones bastante innovadoras, una de ellas, promover en las escuelas la educación corporal y sexual. Las/os jóvenes debían instruirse en la idea de que el cuerpo humano no tiene nada de indigno. El filósofo alemán apostaba porque las relaciones sexuales fueran en el porvenir equiparadas, en legitimidad y dignidad, a cualquier otro tipo de interacción

---

<sup>354</sup> A la hora de enfrentarnos a la filosofía krausista, precisamente a su sistema filosófico total, acudimos a ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V., *El sistema de la filosofía de Krause: Génesis y desarrollo del panenteísmo*. Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1998.

<sup>355</sup> Sobre la simbiosis entre la metafísica de Krause y su discurso de género feminista hemos acudido a MENÉNDEZ UREÑA, Enrique, “Algunas consecuencias del panenteísmo krausista: Ecología y mujer”, *El Basilisco*, nº 4, 1990, pp. 51-58; y ANDRÉS ROIG, Arturo, “Sofía o la nueva mujer. Cuestiones de dialéctica y de género en Krause. Los marcos ideológicos e institucionales de la constitución del sujeto femenino”, *Polis: Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, nº 12, 2005.

humana. Desde un carácter verdaderamente renovador para su tiempo Krause apelaba a una vida sexual para la mujer en igualdad con el hombre.

Este aspecto no ha sido en exceso reseñado. No fue ni siquiera ligeramente planteado por ningún krausista español décadas después. La excepcionalidad de su pensamiento marca una radicalidad poco común en el panorama filosófico de comienzos del siglo XIX. En su obra *Ideal de la Humanidad para la vida* (1811) se plasman sugerencias muy adelantadas a su tiempo<sup>356</sup>. De un modo equivalente a una especie de catecismo, Krause desglosaba un sumario de principios morales y responsabilidades a contraer por el Estado ante la cuestión de los sexos:

“1- Los derechos generales de la persona humana son iguales para el varón y la mujer, y por tanto, como exigencia de los individuos, se les debe prestar igualmente a uno y otro todas las condiciones temporales y libres para su desenvolvimiento armonioso como seres humanos. Además, como exigencia superior de la humanidad, se debe determinar en general el organismo entero del derecho, de modo que la humanidad sea viva con igual perfección en sus dos mitades, en bondad moral y belleza propias, y que varón y mujer tomen igual parte en todos los asuntos humanos y en toda acción para la integridad de nuestro común destino, como en especial para la ciencia y el arte.

2 - Se debe organizar el sistema del derecho de tal modo que se cumplan también desde la infancia todas las condiciones temporales y libres de que depende el desenvolvimiento especial y contrapuesto de cada sexo como tal, y singularmente en lo que se refiere a las relaciones de la función reproductora y a los fines del varón y de la mujer, como padre y como madre; en los cual hay que tener en cuenta asimismo el derecho de los hijos como un fundamento para aquella organización.

3 - También debe ordenarse el sistema jurídico de manera que el varón y la mujer puedan unirse mediante el amor, constituyendo como un ser humano completo una vida social; y especialmente, en cuanto a la generación, de un modo adecuado a la dignidad moral del hombre y de la humanidad, y a imagen y semejanza de Dios, a fin de que esta comunión sexual tenga un resultado conforme al destino de la naturaleza y del espíritu en lo que toca al nacimiento y educación de los hijos y a la sociedad de estos con los padres”<sup>357</sup>.

El pensador idealista incluso penalizó a sus compañeros masones por impedir que

---

<sup>356</sup> No debe quedar desapercibido que poco tiempo antes un pensador también masón y alemán –amigo personal de Immanuel Kant– el ya mencionado Theodor Gittlieb Von Hippel, reivindicaba, según sus propias palabras, “destruir la Bastilla de galantería en la que se encuentra el bello sexo”. CAVANA, M<sup>a</sup> Luisa, “Sobre el mejoramiento civil de las mujeres de Thr. G. Von Hippel: ¿Ilustración verdadera o a destiempo?” en CANTERLA GONZÁLEZ, Cinta (Coord.), *De la Ilustración al Romanticismo: VII Encuentro: la mujer en los siglos XVIII y XIX: Cádiz, América y Europa ante la modernidad*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, p. 63.

<sup>357</sup> KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Ideal de la humanidad para la vida*. Biblioteca Virtual Universal, 2003, p. 83.

las mujeres ingresaran en las logias y por instaurar una organización educativa excluyente, segregadora y discriminatoria. Desatender la formación de las niñas e imposibilitar su desarrollo al mismo nivel que los niños reforzaba el trato desigual que recibían las jóvenes por los que debieran de ser sus iguales:

“Si perseguimos en nuestro Instituto Educativo una formación humana general (...) tenemos que dedicarnos también a nuestras niñas con el mismo amor y cuidado que a nuestros niños. Que el género femenino participa igualmente de la naturaleza humana que el masculino, que puede aspirar a la justicia y la formación igual que el masculino (...) tenemos que tratar también nosotros a nuestras niñas de una manera completamente igual que a nuestros niños, y darles una educación igual de buena que a los muchachos; así los niños ya no aprenderán a ver en sus compañeras de juego a la mujer como un ser inferior sometido que está destinado sólo al servicio del varón”<sup>358</sup>.

Pese a que Krause aceptaba que la maternidad no debía de ser destino irrevocable ni un mandato para la mujer, la estimaba un aspecto trascendental<sup>359</sup>. Incluso aceptando que el nexo conyugal no tenía como fin último la procreación, opinaba que el engendrar hijos tenía una importancia crucial, porque constituía el modo por el cual crear una unidad superior al matrimonio, es decir, la familia. Bajo su enfoque, sería de obligado cumplimiento, por parte del Estado, el garantizar a la mujer embarazada una protección y asistencia particulares. La legislación laboral, en lo particular, debía de contribuir a facilitar el disfrute de bajas por maternidad<sup>360</sup>. Esta forma de discernir sobre la maternidad la reencontramos en la mayoría de los krausistas e institucionistas españoles. Se trataba de una visión que aunque concibiera que la mujer reunía las características más aptas para ser la educadora y cuidadora de sus hijos, apoyaba su libertad a desempeñar simultáneamente tareas sociales semejantes a las de los varones.

Las palabras de Krause son esclarecedoras en cuanto a lo que los krausistas españoles pensarán sobre la familia y la mujer: “No es menos contraria a la naturaleza y destino del hombre [es decir, del ser humano] la afirmación de que el ser total de la mujer se reduce a su condición de madre, de suerte que la mitad femenina de la humanidad se halla excluida de participar en la vida pública”. Más adelante, añadía que

---

<sup>358</sup> KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Circular entregada con fraterna sumisión a los venerables y muy meritorios Hermanos Presidentes del Instituto Educativo de Friedrichstadt*, extraído de MENÉNDEZ UREÑA, Enrique, “Krausistas, froebelianos y la cuestión de la mujer” en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro y VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (Eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza: Nuevos estudios*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005, pp. 27-52.

<sup>359</sup> MENÉNDEZ UREÑA, Enrique, “Algunas consecuencias del panenteísmo...”, op. cit, p. 55.

<sup>360</sup> *Ibidem*, p. 55.

“ni la función doméstica, ni la procreación y educación de los hijos debe impedir que la mujer adquiriera una cultura general que le permita participar en todas las esferas del destino humano”. A partir de estos criterios, proclamaba indispensable el “no confiar la administración del Estado directa ni indirectamente a un estamento concreto, el de los varones, o dicho de una manera positiva, reconocer teóricamente y en la práctica la completa igualdad de todos, los hombres y mujeres en todas las esferas de la vida humana”<sup>361</sup>.

De la misma manera que los institucionistas españoles, Krause sostenía que el Estado fuese democrático. Para ello era preciso partir de una restructuración de la familia. En la misma línea, el jurisconsulto krausista Heinrich Ahrens (1808-1874) y más adelante hombres feministas como Adolfo González Posada y Miguel Romera-Navarro sustentaban que el Estado descendía de la familia<sup>362</sup>. Por esta razón, para el buen progreso del Estado, la educación familiar y estatal tenían que regirse por los valores de la libertad y la igualdad. De algún modo, la reforma de las relaciones de género constituía un aspecto imprescindible para la armonización de una sociedad española que, según la orientación armonicista del krausismo-institucionismo, rompiera con el conflicto y la degradación social reinante<sup>363</sup>. Krause, además, hizo valer también los quehaceres domésticos de las mujeres en el hogar y en la crianza de los hijos porque constituían un fundamento esencial para la perpetuación de la familia.

A pesar de su exaltación de los roles femeninos convencionales, en contraste con las ideas promulgadas por Rousseau en su famosa obra *Emilio*, Krause disenta con el ilustrado francés en muchos aspectos. Hizo hincapié en que era preciso educar a las mujeres para la libertad y al tiempo hacerlo a fin de generar las condiciones que asentaran una relación “armónica” con el hombre<sup>364</sup>. Una vez reformada la familia, bajo

---

<sup>361</sup> Texto extraído de KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Ideal de la humanidad...* op. cit., pp. 105-106.

<sup>362</sup> A lo largo del trabajo nos referiremos a Adolfo González Posada, como Adolfo Posada o González Posada. Ambas fórmulas para aludir al profesor ovetense están muy generalizadas dentro de las numerosas publicaciones que tratan su obra y figura.

<sup>363</sup> Para una mayor comprensión del proyecto político y social del krausismo español CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo, *La España armónica: El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

<sup>364</sup> Las ideas pedagógicas de Krause se nos presentan superadoras de las del filósofo ginebrino. Los doce hijos que Amalia Concordia Fuchs tuvo con Friedrich Krause fueron criados en un clima familiar poco convencional. La miseria los acosó siempre, lo que no fue motivo para que todos dejaran de recibir una elevada instrucción. Krause ejerció –con devoción y esfuerzo– el papel de maestro de su prole. En 1829



principios más democráticos y armónicos, la sociedad alcanzaría la constitución de un Estado orgánico que potenciaría el desarrollo pleno de cada uno de los seres humanos. Del mismo modo que lo deseó Adolfo González Posada en su libro *Feminismo* (1899) las mujeres debían unirse a lo que denominaba “Alianza de la Humanidad”. Según su consideración, la mujer tenía todo el derecho a participar de dicha alianza, es más, sin su colaboración quedaría incompleta e irrealizable.

En el proyecto krausista la búsqueda de un “hombre nuevo” fue equiparable a la de una “mujer nueva”, pero quizás con disimilitudes sustanciales. Aquel “hombre nuevo” le tocaba liberar a la mujer de su condición de sometimiento. Como apreciamos nuevamente, entre los varones que han trabajado y reivindicado los derechos de las mujeres, el sentido protector hacia el otro sexo ha sido sumamente habitual. Krause en su *Ideal de la Humanidad* no fue una excepción:

“El hombre que reconoce la idea de la unidad humana, y de la dualidad inmediata y la más íntima contenida en esta unidad, (...) ama y respeta la peculiar excelencia y dignidad de la mujer. Cuando observa que esta mitad esencial de la humanidad está hoy en unos pueblos oprimida y degradada, en otros postergada o abandonada en su educación por el varón, que hasta ahora se ha atribuido una superioridad exclusiva (...). Con este vivo sentido trabaja, donde ha lugar y lo puede hacer con fruto, para establecer el santo derecho de la mujer al lado del varón”<sup>365</sup>.

Tras la muerte de Krause, sus principales partidarios, siguiendo muchas de las ideas de su maestro, emprendieron iniciativas en favor de los derechos de la mujer en múltiples materias. En el krausismo alemán se iniciaron relaciones estrechas con diversos movimientos feministas del momento. Estos tomaron siempre de su maestro el valor de la educación de la mujeres para la obtención de derechos similares al hombre. De acuerdo con ello, una de las instituciones más relevantes en el proceso de la mejora de la condición social y cultural de la mujer en España fue la Institución Libre de Enseñanza, la cual continuaba con el espíritu pedagógico de Krause<sup>366</sup>.

---

escribía en su diario que era necesario ir preparando la realización de la Alianza de la Humanidad. No sólo pensaba en sus amigos y seguidores, sino también en las mujeres de su casa. Sobre Amalia, su esposa y sus hijas Sofía y Sidonia decía: “deberían ser empujadas también a unirse a la Alianza de la Humanidad”. Véase MENÉNDEZ UREÑA, Enrique, “Algunas consecuencias del panenteísmo...”, op. cit., p. 58.

<sup>365</sup> KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Ideal de la humanidad*... op. cit., p. 105.

<sup>366</sup> El krausismo hispanoamericano tuvo como una de sus figuras esenciales al escritor puertorriqueño Eugenio María de Hostos, partidario de la liberación de la mujer. Pero también al revolucionario cubano

Muchas mujeres ilustres tuvieron presencia en los círculos intelectuales de la ILE. Rosario de Acuña, Concepción Arenal, María Goyri, Adela Riquelme, Matilde Huici o Emilia Pardo Bazán serían reconocidas y valoradas por muchos krausistas a raíz de sus méritos intelectuales. La cooperación intelectual y profesional entre mujeres y hombres, en efecto, fue intensa y fecunda<sup>367</sup>. Emilia Pardo Bazán, al igual que Concepción Arenal, se carteaba con Francisco Giner de los Ríos desde 1873, fruto de una admiración mutua. Decía de él, quizás de forma un tanto excesiva, que era “resueltamente feminista (...) todo lo que atañía al mejoramiento de la condición de la mujer le interesaba en el más alto grado”<sup>368</sup>.

En alguna que otra ocasión, también la escritora feminista Carmen de Burgos intercambió impresiones con Giner de los Ríos. Nos referimos a la petición de la periodista sobre la opinión del afamado pedagogo krausista sobre el divorcio. Él respondió, brevemente, pero “por completo favorable al divorcio”. En su carta se disculpaba con “Colombine” pues sentía, por falta de tiempo, no desplegar más argumentos al respecto: “(...) esperando que usted tendrá la voluntad de perdonarme, soy con este motivo de usted afectísimo y seguro servidor q. s. p. b. [que sus pies besa]”<sup>369</sup>. Estas fórmulas de cortesía hacia las mujeres eran de lo más socorridas entre los varones: “Distinguida señora mía”, “muy suyo su afectísimo devoto admirador”, “rogando a usted me ponga a sus pies”, “beso sus pies/sus manos”, etc. Pese a que entre

---

José Martí, abanderado de su educación. LÓPEZ ÁLVAREZ, Juan, “Krausismo y feminismo” en EDGARDO BIAGINI, Hugo, *Orígenes de la democracia argentina: El trasfondo krausista*. Buenos Aires, Fundación Ebert, 1989, pp. 148-149.

<sup>367</sup> Concepción Arenal, por ejemplo, colaboró con Nicolás Salmerón en la reforma del Código Penal durante el Sexenio democrático. Asimismo, entabló una estrecha amistad con Francisco Giner de los Ríos, con el que coincidió en muchos aspectos en lo concerniente a la educación de la mujer. Leyendo el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* nos topamos con artículos de Concepción Arenal, pero también con noticias sobre la *Asociación para la Enseñanza de la Mujer*, sobre universidades para mujeres en Europa y EEUU, etc. Véase MARTÍN GARCÍA, Ana Esther, “La mujer en el BILE: análisis temático y productividad” en *VI Coloquio de Historia de la Educación. Mujer y educación en España (1868-1975)*. Universidad de Santiago, Departamento de Historia de la Educación, Sociedad Española de Historia de la Educación, 1990, pp. 210-220.

<sup>368</sup> Véase BAZÁN PARDO, Emilia, “Don Francisco Giner”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, febrero-marzo 1915, p. 59. En lo tocante a la inquietud de Giner de los Ríos por la educación de la mujer véase DONÉZAR DÍEZ DE ULZURRUN, Javier, “La mujer en la obra de Giner de los Ríos” en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*. Vol. 2, 1989, pp. 277-288.

<sup>369</sup> BURGOS, Carmen, *El divorcio en España*. Madrid, Viuda de M. Romero, 1904, p. 57. La respuesta epistolar de Giner de los Ríos se enmarca en el sondeo de opinión que “Colombine” inició a través del periódico *Diario Universal*. En dicha consulta pedía la opinión de intelectuales y políticos sobre la conveniencia de aprobar en España el derecho legal al divorcio. Jacinto Octavio Picón, Canalejas, o Blasco Ibáñez, entre otros, se pronunciaron también favorables.

mujeres también se dirigían en este tono, ya que el uso de dichas expresiones se convirtió en un repetido formalismo, los hombres lo hacían de un modo muy habitual con el otro sexo. Aquel obligado trato cortés que los hombres debían dispensar a cualquier ilustre señora tenía mucho de convencional, pero tenía también una carga simbólica importante. Los hombres, bajo este lenguaje, profesaron su respeto y admiración en un tono de enaltecimiento nítidamente hiperbólico y caballeroso.

Por otra parte, a colación de Francisco Giner de los Ríos, el movimiento krausista para la educación de la mujer fue incluso anterior al alumbramiento de la Institución Libre de Enseñanza. Se remonta a la actividad de Fernando de Castro, rector de la Universidad de Madrid, ayudado por otros profesores que se aglutinaron en torno a la personalidad del propio Giner de los Ríos. Fernando de Castro (1814-1874) inauguró el 21 de febrero de 1869 las conferencias dominicales sobre la educación de la mujer y fundó en ese mismo año la Escuela de Institutrices<sup>370</sup>. En las conferencias dominicales de 1869 coexistieron dos líneas sobre la educación de la mujer. Si bien no excesivamente divergentes, se manifestó una “conservadora” y otra más “liberal”. Esta última, representada principalmente por José Echegaray (1832-1916), sostenía que la razón humana era común en todos los seres humanos y no exclusiva ni más desarrollada en los varones: “La mujer, como el hombre, discurre, piensa, juzga, compara, analiza, sintetiza, ejerce en fin todas las funciones de la razón humana. Luego todo lo que se refiere a la razón puede y debe ser comprendido por la mujer; luego no hay ciencia que sea, ni deba, ni pueda ser, radical y terminantemente ajena al pensamiento femenino”<sup>371</sup>.

Desde una concepción filosófica y social heredera del krausismo, la mujer según Fernando de Castro tenía el derecho y el cometido de contribuir activamente al progreso de la humanidad. Fernando de Castro en 1870 fundó y fue presidente de la Asociación

---

<sup>370</sup> CASTRO, Fernando, *Discurso que en la inauguración de las Conferencias dominicales para la educación de la mujer leyó en la Universidad de Madrid el Dr. D. Fernando de Castro y Pajares. Tema: Carácter de la educación de la mujer*. Madrid, Imp. y Est. de M. Rivadeneyra, 1869; GARCÍA ROMERO, Juan, “Las conferencias dominicales en la asociación para la enseñanza de la mujer” en ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V., AGENJO BULLÓN, Xabier y JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio (Coords.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español: actas de las V Jornadas de Hispanismo Filosófico*. Madrid, Fundación Ignacio de Larramendi, Asociación de Hispanismo Filosófico, 2005, pp. 245-252.

<sup>371</sup> ECHEGARAY, José, “Influencia del estudio de las ciencias físicas en la educación de la mujer” en *Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer*. Madrid, Archivo de la Biblioteca Nacional, Rivadeneyra, 1869, p. 7.

para la Enseñanza de la Mujer<sup>372</sup>. A su muerte, en 1874, le sucedió en la presidencia Manuel Ruiz de Quevedo (1817-1898), quien mantuvo hasta el final de su vida la dirección de este organismo. Ruiz de Quevedo y el que fuera primer rector de la Institución Libre de Enseñanza, Gumersindo de Azcárate, impartieron docencia en la asociación<sup>373</sup>. Lo mismo hizo Rafael Torres Campos (1853-1904), quien se significó de forma semejante por secundar el derecho de las mujeres a ejercer una profesión liberal<sup>374</sup>.

En la publicación *Revista Contemporánea*, por cierto, se valoraba la trascendencia de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y se describía que su cometido era “el fomento intelectual de la bella mitad del género humano”. El vínculo de la belleza y la feminidad no era lo único que se apreciaba en el reportaje a dicha institución. A juicio de la revista, la labor de dicha empresa educativa procedía de una tradición bien asentada en España: “nuestro país se ha esmerado desde antigua fecha en la instrucción de la mujer; no podía suceder otra cosa en la tierra galante por excelencia”. Se daba a entender que la galantería masculina resultaba ser un germen cultural positivo y que en dosis abundantes potenciaba la iniciativa masculina para, en este caso, mejorar la situación social subalterna de las mujeres<sup>375</sup>.

Rafael Torres Campos estuvo muy implicado con la asociación y con la promoción educativa de las mujeres españolas. Un acontecimiento refuerza esta idea. Nos referimos a un suceso en el que Torres Campos se vio envuelto y a la repercusión mediática que tuvo al suscitar acalorados comentarios. El arzobispo de Granada presentó, a su lado de la mesa, una conferencia impartida por Torres Campos en la Sociedad Económica de Amigos del País. Ya avanzada la disertación del institucionista sobre la educación de la mujer, el religioso interrumpió abruptamente el discurso del conferenciante para rebatir sus aseveraciones, tachándolas de contrarias al dogma y a los principios cristianos. Según esta crónica, Torres Campos, a raíz de la censura que

---

<sup>372</sup> En ella se formaron escritoras feministas de gran relieve y talento, por ejemplo, María de la O Lejárraga, Concepción Saiz Otero, María Goyri, etc.

<sup>373</sup> Véase RUIZ DE QUEVEDO, Manuel, “Asociación para la Enseñanza de la mujer”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 17 julio 1881, pp. 97-98.

<sup>374</sup> DI FEBBO, Giuliana, “Orígenes del debate feminista...”, op. cit., p. 54. Véase TORRES CAMPOS, Rafael, *La reforma en la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de “El Correo”, 1884.

<sup>375</sup> *Revista Contemporánea*, año XI, tomo LV, enero-febrero 1885, p. 507.

sufrió y la intransigencia del obispo, decidió dimitir del cargo de director de estudios que desempeñaba en la Sociedad Económica de Amigos del País<sup>376</sup>. Fernando de Castro también fue flanco de duros ataques por parte de círculos reaccionarios y ultramontanos. En el diario católico *El Siglo Futuro* se hacía mención y se reprochaba a los “protectores y regeneradores” de la mujer y entre ellos al “apóstata” Fernando de Castro.

“Esto mismo nos ocurre cuando leemos en la prensa liberal alegatos en favor del feminismo, basados en la absoluta independencia y completa emancipación de la mujer, emancipada de antemano de la ley de Dios; o lo que es lo mismo, tan libre e independiente, que no tiene el diablo por donde cogerla. ¡Allá ellas, y sus protectores y regeneradores; desde el clérigo renegado y apóstata D. Fernando de Castro, fundador de escuelas laicas para mujeres, hasta el último predestinado, en cuyos oídos suenan blandamente las palabras independencia y emancipación de la mujer!”<sup>377</sup>.

Este primer “feminismo” krausista se difundía mediante su actividad cultural y su conexión con las corrientes del resto de Europa. Es entonces cuando se celebraron los Congresos pedagógicos de 1882 y 1892, muy en la dirección de los que se estaban organizando en otros países europeos<sup>378</sup>. Conforme a los conferenciantes con una visión más aperturista, la condición individual era la que condicionaba la capacidad de la mujer. Por ello abogaron por una educación más moderna, pero siempre encaminada a que la mujer mantuviera su papel de madre y esposa.

Esta orientación más “liberal” congeniaba con la idea de que la mujer adquiriese conocimientos que anteriormente no se contemplaban para el sexo femenino, por ejemplo, el participar en la actividad científica e investigadora. Ambas concepciones, “abierta” y “conservadora”, procuraban suavizar los escollos sociales sufridos por la mujer y otorgarla un lugar algo más digno en el cuerpo social. El objetivo pasaba por generar una armonía entre la libertad individual y el prototipo de familia imperante.

Pese a estas limitaciones, instituciones como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) y la ILE sirvieron de trampolín para que muchas mujeres consiguieran acceder a profesiones antes reservadas a los varones. Muchas

---

<sup>376</sup> *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, “Lo de Granada”, 15 octubre 1895, p. 2.

<sup>377</sup> *El Siglo Futuro*, 8 abril 1899, p. 2.

<sup>378</sup> Véase RUIZ BERRIO, Julio, “Los Congresos Pedagógicos en la Restauración”, *Bordón: Revista de Pedagogía*, n° 234, 1980, pp. 401-422; CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, “La apertura del horizonte cultural femenino: Fernando de Castro y los congresos pedagógicos del siglo XIX” en DURÁN, María Ángeles y CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, *Mujer y sociedad en España: 1700-1975*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1986, pp. 109-146.

mujeres obtuvieron becas o “pensiones” para ampliar estudios en el extranjero. La creación en 1915 de la Residencia de Señoritas dirigida por María de Maeztu, homóloga femenina de la Residencia de Estudiantes, fue también ejemplar en este aspecto<sup>379</sup>. Del mismo modo lo fue el Instituto-Escuela, donde se implantó un modelo coeducativo en sus aulas. Otra institución íntimamente conexas con la ILE –asesorada en este caso por Gumersindo de Azcárate– fue el Instituto Internacional, entidad procedente de EEUU y dedicada a la instrucción de la mujer en España<sup>380</sup>.

Dentro de la Institución Libre de Enseñanza destaca también la figura de Rafael María de Labra (1840-1918). En el ideario reformista de quien fuera rector y cofundador de la ILE se aprecia un precoz interés por la emancipación de la mujer<sup>381</sup>. Rafael María de Labra, durante su participación en 1869 en las conferencias dominicales se convirtió en uno de los primeros hombres en España en manifestar una opinión asertiva a la concesión de derechos políticos para las mujeres. Sin embargo, debemos matizar que sus afirmaciones se enunciaban en forma de futurible. El ejercicio de este derecho podría hacerse realidad cuando la mujer española estuviese más preparada y las instituciones saneadas de corrupción moral. A este respecto concluyó lo siguiente: “Pues bien, yo os digo que en la doctrina de la emancipación de la mujer hay mucho equivocado; pero enseguida os afirmo que la mayor parte es cierta, es incontestable”<sup>382</sup>.

Labra, en este caso, pretendía resguardar a la mujer de posibles peligros. Además, establecía limitaciones a esos derechos políticos. Otorgaba a la mujer su capacidad de elegir, pero sin la posibilidad de ser elegibles y representar a los ciudadanos en los asuntos públicos<sup>383</sup>. Ya a la altura de 1905 se ve, a través de una de sus disertaciones en

---

<sup>379</sup> Véase DE LA CUEVA, Almudena, “Los foros de difusión del conocimiento en el primer tercio del siglo XX: la Residencia de Señoritas” en FOLGUERA, Pilar (Coord.), *Mujeres con voz. Voces desde el silencio: Una historia necesaria de la UIMP*. Santander, UIMP, 2010, pp. 41-68 o RIBAGORDA ESTEBAN, Álvaro, “Una historia en la penumbra: las intelectuales de la Residencia de Señoritas”, *Sistema: Revista de Ciencias Sociales*, nº 188, 2005, pp. 45-62.

<sup>380</sup> CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo, *Gumersindo de Azcárate: Biografía intelectual*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2005, p. 103.

<sup>381</sup> Además ostentó la presidencia del Ateneo de Madrid y de la Sociedad Abolicionista Española fundada en 1865. Logró que la Asamblea Nacional aprobase la Ley de abolición de la esclavitud en 1888.

<sup>382</sup> LABRA, Rafael María, “La mujer en la legislación castellana” en *Quinta conferencia de las Conferencias Dominicales sobre la Educación de la Mujer*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Ryvadeneyra, 1869, p. 11.

<sup>383</sup> Rafael María de Labra fue accionista de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer fundada por

la cámara de los diputados, una ligera evolución en su pensamiento. Según sus palabras, reivindicó con más nitidez una “emancipación reflexiva y racional de la mujer, de forma que se rompa esa separación profunda de las generaciones anteriores que establecían al hombre luchando por el bienestar y la mujer separada y fuera de todos los compromisos y exigencias de la vida pública”<sup>384</sup>.

En el pensamiento social de Rafael María de Labra convergieron un conjunto de inquietudes humanitarias de carácter liberal y reformista<sup>385</sup>. Entre ellas, su activo antiesclavismo, su pacifismo y su lucha por la abolición de la prostitución. Precisamente, fue promotor en 1883 de la Sociedad para la Abolición de la Prostitución Legal y Tolerada y participante en la sección española de la Federación Internacional contra la prostitución. El institucionista madrileño formaría parte de ese número de intelectuales y activistas que aunaron, dentro de su ideario social, su trabajo en favor de la abolición de la esclavitud y su convicción por el reconocimiento de los derechos de las mujeres. Parece un perfil acorde, salvando las diferencias, con el de un gran número de reformistas de la talla de los ya antedichos William Lloyd Garrison, Frederick Douglass, Wendell Phillips o Parker Pillsbury<sup>386</sup>.

Rafael María de Labra, con otros institucionistas, compartieron un ideario laico, pero no desarrollaron un discurso, por lo general, muy anticlerical, aunque hubo alguna excepción. La animadversión que sentían distintos sectores integristas dentro del catolicismo contra los ideales institucionistas fue muy palpable, lo que se trasladó, a veces, a un intercambio feroz de acusaciones en torno a la mujer: “La mujer bajo el cristianismo ha sido siempre un ser inferior al cual se impone la obediencia”. El aserto

---

Fernando de Castro. La hija de Labra fue alumna en la escuela regentada por la propia asociación. *Ibidem*, p. 52.

<sup>384</sup> Discurso de Rafael María de Labra el 28 de diciembre de 1905. *Diario de Sesiones del Senado*, p. 855. Extraído de DOMINGO ACEBRÓN, M<sup>a</sup> Dolores, *Rafael María de Labra. Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Europa y Marruecos, en la España del Sexenio democrático y la Restauración (1871-1918)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, 2006, p. 52.

<sup>385</sup> Rafael María de Labra en *Estudios de economía social* (1892) ya incluía entre sus aspiraciones la “rehabilitación moral y jurídica de la mujer”. Véase en LABRA, Rafael María, *Estudios de economía social*. Madrid, Imp. Manuel Minuesa de los Ríos, 1892, pp. 115 y ss. Extraído de PALACIO LIS, Irene, *Mujer, trabajo y educación. Valencia. (1874-1931)*. Universitat de Valencia, Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación, D.L., 1992, p. 9. Véase también LABRA, Rafael María, *El problema jurídico de la mujer. Notas de vulgarización*. Madrid, Centro Editorial de Góngora, 1905.

<sup>386</sup> Conviene recordar que en los orígenes del feminismo sufragista la abolición de la esclavitud tuvo ilustres representantes. Elizabeth Cady Stanton, Amelia Murray, Elizabeth Barrett Browning o Julia Howe, entre otras muchas, son célebres ejemplos de aquellas que aunaron un doble activismo.

pertenece al jurista republicano Antonio Zozaya y You (1859-1943). Durante su juventud colaboró en el PSOE. Pero fue discípulo y admirador de Francisco Giner de los Ríos y con los años se sintió cada vez más cercano al institucionismo. Su evolución ideológica culminó, definitivamente, con un comprometido republicanismo. Antes de su exilio durante la Guerra Civil, en 1934, fue cofundador del partido de Manuel Azaña Izquierda Republicana. Zozaya valoraba muy positivamente que una vanguardia de mujeres se hubiese propuesto “emancipar a todo su sexo de la esclavitud y de la barbarie”<sup>387</sup>. Aseguraba, con tono caballeresco, que “los hombres todos venimos obligados a prestarles en su obra redentora todo género de entusiásticos auxilios”:

“(…) en esta tarea de emancipación y de ennoblecimiento se han distinguido siempre algunas mujeres merecedoras de glorificación. Estas mujeres valerosas que son ya legión, son las verdaderas emancipadoras del sexo y aquellas a quienes deberán las futuras su liberación y su verdadera dignidad”<sup>388</sup>.

Frente al entusiasmo que desprendía por las mujeres que luchaban y rompían los moldes sociales, arremetió muy duramente y sin miramientos contra dos tipos de mujeres, las “enemigas del feminismo” que desprecian a sus “redentoras” y las indiferentes que callan o desconocen su propio estado de opresión:

“Se sienten felices o, al menos, resignadas en su miseria, que les parece irremediable, y a la cual se han habituado como al yugo el buey de labor. Toleran los malos tratos del esposo y hasta sus golpes como si cumplieran un deber. Creen que ellas nada tienen que hacer en la biblioteca, ni en el cuarto de estudio, ni en las decisiones maritales. Hilan, tejen, guisan, friegan, se uncen, si es preciso, al arado, y callan. (...) Y luego están con ellas las muñecas vistosas de las clases acomodadas, que visitan, recorren las tiendas, coquetean, hablan de necedades y superficialidades, toman el té con pastas, asisten a los teatros, sin entender la mitad de lo que allí se dice (...) Todas estas son verdaderos seres inconscientes, que no han despertado a la vida del espíritu, que justifican la teoría de Moebius, al considerar a la mujer inferior al hombre en entendimiento y elevación de miras. Son la «turba multa» semiirracional, que va despertando poco a poco como despertaron los esclavos cuando fue habiendo muchos Espartacos” (...) “Cuando se les habla de feminismo o de trabajos de emancipación femenina se encogen de hombros o se asustan”<sup>389</sup>.

La dureza y la contundencia de las palabras de Zozaya continúa. Llegó a culpabilizarlas de todas sus desdichas y de su sometimiento. Concluye en su artículo que hacía falta libertarlas de su ceguera, de una tipología de mujer rémora del progreso y

---

<sup>387</sup> ZOZAYA Y YOU, Antonio, “Esclavas de espíritu”, *La Libertad*, 19 noviembre 1931, p. 1.

<sup>388</sup> *Ibidem*.

<sup>389</sup> *Ibidem*.



“esclava de espíritu”, la encarnada en la “necia que sostiene que la mujer casada ha de tener la pata quebrada” y, sobre manera, de mujeres supersticiosas abducidas por la doctrina clerical:

“Para ellas, toda mujer que trabaja por el enaltecimiento del sexo, toda escritora, funcionaria, diputada o simple mecanógrafa o contable es una mujer sin decoro, una ramera, una lesbiana. Las injurias más soeces brotan de los labios de estas desgraciadas calumniadoras, culpables del atraso y de la desgracia femenina. (...) por ellas se suicidan centenares de mujeres deshonradas y sin medios de rehabilitación; por ellas hay prostíbulos y tratas de blancas” (...) “Pero estas injuriadoras y enemigas del feminismo todo lo ignoran; creen que cumplen un deber al defender la esclavitud, la ignorancia, la bajeza actual de la llamada compañera del hombre” (...) “se juzgan más honradas que las otras, sin serlo; imaginan que el decoro consiste en no hablar en público, en obedecer y en colocar en la puerta de la casa una placa de latón y en la alcoba un icono con una lamparilla. ¿Qué saben de abnegación ni de verdadero sacrificio? Son dignas compañeras, en el hogar, del perro que se rasca la oreja con la pata y se enrosca debajo de la silla del amo, o del gato, que ronronea sobre el cojín, o de la mula que patea en la caballeriza. Injurian sin saber por qué injurian como hablan de los problemas sociales sin enterarse de lo que se piensa, se escribe y se hace en el planeta; son las admiradoras de las iluminadas de Lourdes, de las otras infelices que llaman marranas a las mujeres que se bañan y salvajes a las que estudian (...) Es absolutamente necesario poner en dos pies a estas infelices, y para ello hay que comenzar por libertarlas de sus sugestionadores”<sup>390</sup>.

En otro escrito de su autoría, publicado esta vez en *Mundo Gráfico*, Antonio Zozaya se inclinaba con rotundidad a no poner límite alguno a las aspiraciones del sexo femenino: “Es, pues, incontestable que la mujer tiene derecho, no ya a ser mecanógrafa o empleada, sino juez, notario, registrador, diputado, ministro, todo, en suma, (...) no podrán echar abajo su derecho a ser lo que quiera, a vestir como se le antoje y a contraer o no matrimonio, siendo todo ello tan natural como lo ha sido en el varón desde el principio de los siglos”. Su actitud y espíritu aperturista, dice, contrastaba con el de otros hombres que niegan “a priori a toda mujer el derecho a demostrar que sirve o no para desempeñar un cargo público y para ejercitar todos los derechos civiles y políticos”. Sin embargo, esos horizontes y libertades no podían reñirse, a su juicio, con las funciones maternas que en la sociedad debían cumplir en favor del mantenimiento del orden hogareño:

“Una cosa es que se permita a todas las mujeres ganar su vida y que se les reconozca su capacidad para todos los trabajos, y otra que debamos felicitarnos de que

---

<sup>390</sup> *Ibidem*, p. 2.

los hogares se deshagan y de que la mujer deje de ser madre (...) para buscar fuera del nido el alimento en la lucha violenta, función reservada al macho en toda la escala zoológica. Tan temerario es oponerse a que la mujer encuentre en la crisis social actual medios de defensa, como alegrarse de que los haya con perjuicio de sus funciones maternas y no pocas veces de su pudor, tan necesario para la formación del espíritu de los hijos”<sup>391</sup>.

En resumidas cuentas, el krausismo español fue también pionero en la introducción de la discusión sobre la situación social de la mujer, enfocándola desde un punto de vista pedagógico. De todos modos, en sus inicios el krauso-institucionismo no constituyó un proyecto ideológico valedor de la igualdad de la mujer con el hombre en todas las esferas de la sociedad, pero sí impulsor de una elevación de su condición social y educativa. Autores de la siguiente generación, como Miguel Romera-Navarro y Adolfo Posada, dieron un paso más allá al de sus “antecesores” y esgrimieron planteamientos más audaces.

## **6.2 - Adolfo González Posada: Krausismo, humanismo integral y feminismo**

La inspiración e influencia del krausismo en la cultura española no acabó alrededor de los años 1880 y 1890, sino que prosiguió con la actividad de otros intelectuales. Algunos de éstos reivindicarán nuevos derechos para la mujer española en condiciones de mayor equidad. Fueron krausistas dos de los pocos hombres en España que antes de la Guerra Civil dedicaron dentro de su obra escrita un espacio considerablemente extenso a la defensa de los derechos de las mujeres<sup>392</sup>.

El primero de ellos fue Adolfo González Posada y Biesca (1860-1944), uno de los hombres españoles más conocidos por simpatizar de un modo abierto con los movimientos de liberación de la mujer. Adolfo Posada, discípulo de Francisco Giner de los Ríos, fue catedrático de Derecho político en la Universidad de Oviedo. Fue director

---

<sup>391</sup> ZOZAYA, Antonio, “El angustioso tema”, *Mundo Gráfico*, 11 mayo 1927, p. 3.

<sup>392</sup> Parte de los contenidos expuestos en los siguientes apartados, dedicados a las figuras de Adolfo Posada y Miguel Romera-Navarro, parten de dos artículos míos previos escritos durante el tiempo de elaboración de la tesis doctoral. ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “Adolfo González Posada y el feminismo: Hombres feministas a finales del siglo XIX en España” publicado en [http://intercambia.educalab.es/wp-content/uploads/2016/06/cime2011\\_P3\\_JesusEspinosa1.pdf](http://intercambia.educalab.es/wp-content/uploads/2016/06/cime2011_P3_JesusEspinosa1.pdf) y bajo otro título en <http://www.antiguahombresigualitarios.ahige.org/galeria-de-hombres-al-margen-del-patriarcado-adolfo-gonzalez-posada&catid=81:al-margen-del-patriarcado&Itemid=79>. El otro artículo es ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “Miguel Romera-Navarro: Un hombre feminista frente a la misoginia cientificista del siglo XIX”, *Hombres Igualitarios*, Año IX, nº 94. Por desgracia, el archivo documental de Adolfo Posada, incluida su biblioteca, desaparecieron bajo los avatares de la Guerra Civil, lo que nos podría haber permitido conocer algo más sobre su pensamiento feminista.

del Instituto de Reformas Sociales y miembro del Partido Reformista encabezado por Melquiades Álvarez.

Este renombrado jurista y sociólogo contribuyó a divulgar en España el término “feminismo” mediante la publicación en 1899 de su libro precisamente titulado *Feminismo*<sup>393</sup>. En esta obra se mostraba como un decidido y enérgico partidario de la coeducación y del derecho al voto de la mujer<sup>394</sup>. Además, Posada señaló el carácter exiguo e insuficiente de las formulaciones de los feminismos católico y conservador. En su caso, precisó coincidir más con lo que él mismo etiquetaba de “feminismo radical”. El profesor ovetense valoraba muy positivamente la idea de que el movimiento de liberación de la mujer constituía, en su tiempo, “una de las revoluciones más grandes que en este siglo han empezado a cumplirse”<sup>395</sup>.

En varios de sus escritos elaboró una revisión crítica contraria a las posturas que negaban y deslegitimaban las vindicaciones feministas. De igual modo, destacó su interés por los movimientos feministas de Europa, EEUU y Australia<sup>396</sup>. Gran lector y atento bibliógrafo a lo publicado también en Francia, hizo referencias en su libro a la *Revue Encyclopedique Laroux*, revista que en 1896 publicó un número especial sobre feminismo. Este número comenzaba con un artículo de la profesora de la Universidad de Bruselas María Chéliga que llevaba por título “Los hombres feministas”. En aquel momento en Francia el número de defensores masculinos del voto femenino era considerable<sup>397</sup>. Posada citó y leyó a muchos de ellos, lo que en parte le permitió

---

<sup>393</sup> GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo*. Oviedo, Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud del Principado de Asturias, Ediciones Cátedra, 1994. Parte de esta obra, tal y como aclaraba el propio González Posada en su prólogo, fue publicada primeramente en varios números de la revista *La España Moderna*. Pero para la realización del libro fueron corregidos, ampliados y modificados. Él mismo admitió que algunas de las ideas y datos presentados en aquellos artículos estaban desfasados o eran ya “inoportunos”. Estos artículos publicados por González Posada en *La España Moderna* son GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “La condición jurídica de la mujer española”, *La España Moderna*, nº 111 y 112, 1898; GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “Los problemas del feminismo”, *La España Moderna*, nº 95, 1896; GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “El movimiento feminista, a propósito de un libro nuevo sobre feminismo”, *La España Moderna*, nº 156, 1901; GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “Progresos del feminismo”, *La España Moderna*, nº 99, 1897.

<sup>394</sup> Véase uno de sus artículos publicado en *La Revista Socialista* GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “El sufragio femenino”, *La Revista Socialista*, nº 30, 1904.

<sup>395</sup> GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo*, op. cit., p. 30.

<sup>396</sup> Por el propio González Posada sabemos que su interés por el “problema del feminismo” fue suscitado a raíz de la lectura de la traducción que Emilia Pardo Bazán hizo del libro *La esclavitud femenina* de John Stuart Mill.

<sup>397</sup> Posada citó y leyó a gran parte de los autores franceses del momento defensores de los derechos de la mujer. Entre ellos, algunos ya aludidos, al sociólogo Jean Finot, al economista Peirre Paul Leroy-

construir su ideario feminista.

Desde su condición de jurista, González Posada denunció la discriminatoria situación jurídica de las mujeres dentro del corpus legislativo español. Las leyes, según su parecer, se crearon a partir de los prejuicios contra el sexo femenino, propios de una sociedad arraigada en costumbres arcaicas y regresivas. En correspondencia con este asunto, habría que poner de relieve que con la publicación de su libro *Feminismo* tomó cuerpo en España la noción de “feminismo jurídico”<sup>398</sup>. Este concepto desencadenó una actividad de examen y debate sobre la condición jurídica femenina a través de las actividades organizadas por la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación<sup>399</sup>. Tampoco es casual que el libro publicado años después por el krausista Miguel Romera-Navarro se titulase *Feminismo jurídico* (1910). A juicio del especialista en historia del derecho Javier García Martín, este cualitativo y novedoso cambio del concepto de feminismo, desplegado por González Posada, no ha sido muy tenido en cuenta por la historiografía española<sup>400</sup>. Incluso la historiografía jurídica dedicada a la figura de Adolfo González Posada tampoco ha prestado demasiada atención a su pensamiento feminista ni a la influencia que tuvo en círculos intelectuales de su época<sup>401</sup>.

---

Beauleiu, al pedagogo Félix Pecaui, al escritor Félix Alcan. De igual manera, estuvo al tanto de lo que en el panorama alemán se estaba desarrollando. A este respecto, reseñó *El feminismo en la universidad de Zurich* (1898) de la feminista alemana Kaethe Schirmacher. “Notas bibliográficas”, *La España Moderna*, diciembre 1898, nº 120, pp. 194-195. Extraído de DAVIES, Rhian, “La cuestión femenina and La España Moderna (1889-1914)”, *Bulletin of Spanish Studies*, nº 89, vol. 1, p. 72.

<sup>398</sup> GARCÍA MARTÍN, Javier, “Adolfo G. Posada, un constitucionalista ante el feminismo: entre Estado social y derecho privado” en ASTOLA MADARIAGA, Jasone (Coord.), *Mujeres y derecho, pasado y presente: I Congreso multidisciplinar de Centro-Sección de Bizkaia de la Facultad de Derecho*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2008, p. 295.

<sup>399</sup> Entre aquellas conferencias, la mayoría pronunciadas por hombres, tenemos las dictadas por Manuel García-Prieto (*Discurso del Excmo Sr. Presidente. D. en la sesión inaugural del curso 1910-11 celebrada el 25 de enero de 1911*, Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1911) y por Diego María Crehuet (*El feminismo en los aspectos jurídico-constituyente y literario*, Sesión del 7 de febrero de 1920).

<sup>400</sup> GARCÍA MARTÍN, Javier, “Adolfo G. Posada, un constitucionalista...”, op. cit., p. 292. Sobre González Posada también trata gran parte del capítulo titulado “Iniciativas masculinas” en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe, *Hombres y mujeres: El difícil camino hacia la igualdad*. Madrid, Editorial Complutense, 2002, pp. 313-317. En alguna que otra ocasión incluso se sobrevalora el feminismo de Posada. Por ejemplo, de forma errónea, Guadalupe Morant asegura que en aquella época ningún hombre se había atrevido, según sus propias palabras, “a tomar actitudes comprometidas y a presentar proyectos decididos a eliminar las diferencias legales entre ambos sexos”. *Ibidem*, p. 313.

<sup>401</sup> Véase esta ausencia en escritos como LAPORTA, Francisco Javier, *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*. Madrid, Edicusa, 1974. De todas formas, Adolfo Posada tiene cabida en la antología del pensamiento feminista coordinada por Roberta Johnson y María Teresa Zubiaurre. Véase los tres textos seleccionados del autor por las coordinadoras: “Las direcciones del feminismo. Feminismo radical y radicalismo feminista”, “El feminismo oportunista y conservador” y “¿Feminismo católico?” en JOHNSON, Roberta y ZUBIAURRE, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), op. cit., pp. 137-

En torno a contenidos de tipo jurídico, el modelo matrimonial resultaba ser, a juicio suyo, una forma de sometimiento jurídico y económico similar a la servidumbre. Recordaba que, mientras el hombre tenía las puertas abiertas para poder realizarse, la mujer, por los obstáculos de la tradición, los prejuicios y la vida económica moderna, tenía su destino sumamente acotado en cuanto a opciones vitales y profesionales<sup>402</sup>. Por todo ello, según el jurista ovetense, la mujer necesitaba instrucción y formación, un acopio de oportunidades que el sistema le negaba<sup>403</sup>.

La primera parte de su obra *Feminismo*, titulada “Doctrinas y problemas del feminismo”, comenzaba con un primer capítulo en el que se abordaba el tema partiendo de tres perspectivas: física, moral y económica<sup>404</sup>. Este esquema recuerda inevitablemente al utilizado, casi doscientos años antes, por el también ovetense Jerónimo Feijoo en su texto “Defensa de las mujeres”. En el capítulo cuarto el krausista asturiano se refirió a las principales peculiaridades y carencias del feminismo católico. Dados los déficits apreciados por el autor, el título del capítulo se presenta de manera interrogativa: “¿Feminismo católico?”. Sin embargo, González Posada advertía que aun cuando la inmensa mayoría de los sectores del catolicismo demonizaban las aspiraciones de los movimientos feministas, existieron en reducidos ámbitos de estos quienes deseaban la elevación intelectual y educativa de las mujeres.

En otro orden de cosas, Adolfo Posada, en calidad de director del Instituto de Reformas Sociales, mantuvo también una especial preocupación por las condiciones económicas y laborales de las mujeres<sup>405</sup>. El que llegara a ser director de dicha institución insistió en la teoría de que las malas condiciones en las que vivía la mujer española habían sido agravadas por la consolidación de una economía industrial competitiva. Reconocía que la grave situación de las mujeres trabajadoras era mucho más dura que la de los obreros. Su estado de precariedad empeoraba cada vez más por

---

142, pp. 143-145 y pp. 146-149.

<sup>402</sup> GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo...* op. cit., p. 88.

<sup>403</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>404</sup> Antes de la edición de 1994 ni siquiera se guardaba un ejemplar en la Biblioteca Nacional. Este libro solamente era consultable en la Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Una obra que, por cierto, resulta ser una fuente muy útil para conocer la situación social y jurídica de la mujer en la España del siglo XIX. En ella González Posada incluyó numerosas citas repletas de datos estadísticos y jurídicos de gran interés.

<sup>405</sup> González Posada profundizó, años después, en la relación entre desigualdad hombre-mujer, trabajo y condiciones sociales en su artículo GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “La mujer y las preocupaciones sociales”, *La Revista Socialista*, nº 9, Madrid, 1903.

las acusadas diferencias salariales entre los sexos y por vetar a la mujer del acceso a amplios espacios del mundo laboral.

En torno a la cuestión social, Posada establecía diferencias entre el “feminismo radical” y el “radicalismo feminista”. Sobre este último no escondía sus reticencias por ser, desde su criterio, el más próximo a las pretensiones revolucionarias de los movimientos proletarios. Sobre este tipo de feminismo mencionaba los puntos sustanciales de coincidencia con el radical, pero también sus desemejanzas en lo concerniente a los métodos a seguir. El “radicalismo feminista”, a ojos del autor, presentaba soluciones violentas que empañaban la imagen de los movimientos pacíficos de mujeres. González Posada criticaba que, en ocasiones, dentro del feminismo socialista solamente se tuviera en cuenta a las obreras, olvidándose del resto de mujeres de otras clases sociales<sup>406</sup>. Para el catedrático krausista, el movimiento feminista exhibía un glosario de reclamaciones de carácter holístico, que trascendían el enfrentamiento entre patrones y obreros. Fue ese carácter interclasista el que tanto le agradaba y satisfacía ideológicamente (véase apéndice 3).

A este respecto, según su criterio, el feminismo aglutinaba un muestrario de aspiraciones que se teñían de una fuerte diversidad de posiciones coincidentes en un punto de infinita virtud: el de un gran humanismo, un “humanismo integral”. En términos del filósofo francés Leopold Lacour, el “humanismo integral” inherente a los movimientos de mujeres convertía al feminismo en una corriente universal, con una inmensa capacidad expansiva a nivel internacional<sup>407</sup>. Con desmedido optimismo Posada reconocía que frente a la fuerzas de la reacción y del conservadurismo existían doctrinas de las características del feminismo que acabarían venciendo. Aquellas ideas que los movimientos emancipatorios desplegaban pasaban a convertirse en ideas-fuerza que, con posterioridad, se traducían en conductas y hechos generalizados.

Las ideas-fuerza que citaba González Posada se refieren a un concepto rescatado de la filosofía del pensador feminista francés Alfred Fouillée (1838-1912), uno de los autores más leídos por el jurista asturiano. Notemos de paso que González Posada fue

---

<sup>406</sup> *Ibidem*, pp. 48-51.

<sup>407</sup> Leopoldo Lacour, autor de la obra *Humanismo integral*, con el subtítulo “El duelo de los sexos – La ciudad futura”, participó en el Congreso Feminista Internacional celebrado en 1896. En este libro, por cierto, de forma similar a Posada, distinguía entre feminismo burgués, socialista y cristiano.

traductor de la obra del suizo Louis Bridel, *Los derechos de la mujer y el matrimonio* (1894). Siguiendo a Bridel, señalaba que el feminismo era “una doctrina de liberación y reorganización, que buscaba no sólo garantizar [a las mujeres] sus derechos individuales, sino en interés de la colectividad, para lograr la cooperación en las mitades constitutivas de la especie humana”<sup>408</sup>.

Posada y la cultura krausista en general, desde el punto de vista político, creían en la consecución de un Estado democrático, tal y como lo describió el propio autor en su *Tratado de Derecho Político* (1894). Ese Estado, creía el krausista asturiano, debía garantizar la independencia económica de la mujer, que “lleva a la vez consigo (...) la independencia política, moral, religiosa, jurídica, personal en suma”, porque “la mujer necesita ser persona con todas sus consecuencias (...) vivir una vida plenamente racional”<sup>409</sup>. El jurista ovetense declinó los argumentos que esgrimían la conveniencia de cerrar el acceso de las mujeres a multitud de cargos y ocupaciones por no estar supuestamente capacitadas. En su opinión, fue el varón quien levantó trabas a la mujer, no su naturaleza. Las mujeres estaban dotadas de las mismas capacidades que el hombre para cualquier responsabilidad social y política.

Con respecto al reconocimiento de derechos, otro hecho a resaltar es que, en el verano de 1930 González Posada participó en la redacción del proyecto de reforma de la Constitución de 1876. En esta revisión del texto constitucional se prohibía la discriminación por razón de sexo en los salarios ya que, según se recogía, “no podría disminuirse el salario femenino por razón de sexo, a trabajo igual, salario igual, trátase de varón o de mujer”. A la mujer, además, se la permitía el libre acceso a los cargos públicos de acuerdo con criterios de mérito y capacidad. Se la otorgaba, asimismo, el pleno derecho al sufragio activo y pasivo, pero estipulado bajo la siguiente condición: “la ley determinará las condiciones en que debe reconocerse el sufragio a la mujer”<sup>410</sup>.

Por otra parte, es preciso recordar que Adolfo Posada se acercó a otros problemas relacionados también con aspectos psicológicos, culturales y pedagógicos. Lo podemos apreciar en el diálogo mantenido entre él y su amigo Urbano González Serrano en forma

---

<sup>408</sup> GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo*, op. cit., p. 44.

<sup>409</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>410</sup> Véase GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *La reforma constitucional*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1931.

de correspondencia, publicado bajo el título de *La amistad y el sexo* (1893)<sup>411</sup>. En ella se recopilan cartas en las que el jurista ovetense respaldaba la implantación de un régimen escolar coeducativo<sup>412</sup>. Sobre este tema, de gran controversia en su momento, polemizó de modo semejante con Alejandro Pidal y Mon.

En un artículo publicado por González Posada en *La España Moderna*, titulado “Un discurso sobre el feminismo de don Alejandro Pidal”, transcribe la opinión de Pidal sobre la coeducación: “ha sustraído a la mujer a la educación maternal, para entregarla al brazo laico y secular del Estado, sumergiéndola en esas escuelas en que la promiscuidad de sexos y la ausencia de todo pudor les ha merecido el nombre gráfico de porquerizas”<sup>413</sup>. Ante estas afirmaciones, Posada tildó de bárbaras las ideas del señor Pidal y enumeró los avances positivos que la coeducación había propiciado en las escuelas mixtas de EEUU y de Holanda. Sobre esta cuestión merece la pena reproducir las palabras laudatorias de Posada hacia las universidades inglesas. En este caso, el profesor ovetense traslada en el texto su admiración por ese modelo de masculinidad británica. Sugería que aquel modelo de gentleman caballero debiera de calar en el sistema universitario español:

“Oxford y Cambridge son escuelas de «caballeros» de verdaderos «gentlemen», y un «gentleman» es un hombre comedido, pulcro, culto, que sabe conducirse, que «siente» de una cierta manera el bien público, y que además puede saber mucho griego o mucha química, cirugía, o historia, sin perjuicio de ser fuerte y sano, alegre y templado. Traducirá a Homero, remarará en el río cercano, jugará al football y bailará todos los días, vistiendo el frac, la blusa del taller, según las circunstancias y los momentos”<sup>414</sup>.

Las apreciaciones positivas sobre la caballeridad masculina expresadas por

---

<sup>411</sup> Urbano González Serrano perteneció a una primera generación de discípulos de Sanz del Río y de Salmerón. Fue un republicano muy próximo a Francisco Giner de los Ríos y vinculado durante unos años a la ILE. Contribuyó muy especialmente al progreso de la filosofía española en los campos de la Ética, la Sociología y la Psicología.

<sup>412</sup> Véase GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “Un discurso sobre el feminismo de don Alejandro Pidal”, *La España Moderna*, junio 1903.

<sup>413</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>414</sup> GONZÁLEZ POSADA, “Mi universidad”, *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, vol. 3, nº 8, 1907, p. 270. En Posada calaron las tesis eugenésicas en boga. En este texto presenta un tipo de masculinidad que debía tender al cuidado de la mente, de los comportamientos, pero también del cuerpo. Fue junto con Rafael Altamira uno de los representantes españoles que acudieron a la reunión que se celebró en la Sociological Society de Londres con la finalidad de debatir en torno a una ponencia del pionero de la eugenesia, el estadístico y antropólogo Sir Francis Galton. Hecho extraído de GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *El universo conservador de Antonio Maura: Biografía y proyecto de estado*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 191.



hombres y mujeres favorables a la igualdad entre los sexos no fueron infrecuentes durante el siglo XIX y principios del XX. Por ejemplo, la portuguesa Alice Pestana (1860-1929) consideraba que la escuela mixta incentivaba a los niños a ganar en galantería y caballerosidad. La feminista portuguesa, también perteneciente al entorno institucionista de Adolfo Posada, argumentaba que “se ha comprobado que siempre la familiaridad en la escuela mixta tiende a establecer un equilibrio saludable”, porque “los niños ganan en caballerosidad y en cortesía, las niñas en personalidad y soltura”<sup>415</sup>.

Para un segmento importante de la opinión pública, a la altura de principios del siglo XX, los avances en materia de equiparación de derechos entre los sexos estaban arrinconando los modales caballerescos, los del buen trato hacia el “sexo débil”. La nostalgia de parte de la población, de hombres y mujeres incluidas, a la añeja cortesía masculina podría denotar, con el cambio de siglo, el comienzo de un proceso redefinición de la masculinidad tradicional en ciernes. Se llegaba incluso a la idealización de tiempos remotos, tal como diagnosticaba con pesimismo un autor presbítero:

“En aquella edad gloriosa de la caballerosidad y la hidalguía, la mujer era respetada, y por ella se rompían lanzas, y se luchaba en los torneos, y se combatía en los campos de batalla; y su honor y su honra se conservaban inmaculados, respetándolos como algo sagrado; y hoy, hoy se la deprime y rebaja, se la seduce y engaña, y en pos del engaño el abandono más despiadado y cruel”<sup>416</sup>.

Pero regresando a la primera polémica citada, cabe explicar que ésta empezó cuando Urbano González Serrano, en sus *Estudios Psicológicos* (1892), alegó que debido a que biológicamente las mujeres vivían sacrificadas al amor y a la maternidad se convertían en enfermas y siervas de su constitución física. Por consiguiente, eran incapaces de mantener amistades fuertes y duraderas con varones. Añadía que desde la pubertad cualquier amistad con un hombre corría el peligro de convertirse en una relación amorosa. Emilia Pardo Bazán no tardó en replicar a González Serrano. Declaró lo extravagante del argumento y recusó la idea de que la mujer fuera una enferma

---

<sup>415</sup> PESTANA, Alice, “Feminismo: Tendencia actual del feminismo”, *La Lectura*, nº 30, 1904, p. 50

<sup>416</sup> DE LA FUENTE, F. B., “Instituciones y hombres: El Instituto de Hermanas Trinitarias”, *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, enero 1911, p. 37.

permanente<sup>417</sup>.

González Serrano, ante la reacción de Pardo Bazán, inició la mencionada correspondencia con Adolfo González Posada. A resultas de su exacerbada misoginia, González Serrano entendía que la discusión con una mujer, sobre temas tan elevados y de altura, no era la opción más acertada. Prefirió debatir con alguien del sexo masculino antes que con Pardo Bazán, aunque de ella dijera cínicamente lo siguiente: “Creo que tiene talento, pero desequilibrado por el sexo, no espero tener la honra de discutir con la mencionada señora”<sup>418</sup>.

En los albores del siglo XX, con el acceso de las mujeres a la educación y la irrupción aún mayor de los replanteamientos sobre su condición y sus derechos en España, la ola de detractores de la enseñanza de la mujer se intensificó. Entre ellos estuvo Urbano González Serrano, entre los autores que ni siquiera respaldaban que la educación para la mujer conduciría a la adquisición de un elenco de capacidades que mejoraran su papel maternal. Según él, la instrucción femenina suponía un gasto de energía innecesario y perjudicial para ella y para la sociedad misma, pues el excesivo uso del cerebro por parte de las mujeres podría acarrear efectos poco saludables en su frágil fisiología<sup>419</sup>.

En las cartas en las que polemizó con Adolfo Posada, González Serrano desplegó su “auctoritas” científica. Por medio de argumentaciones bañadas de un fuerte determinismo biológico, González Serrano fue proclamado por la prensa vencedor de una contienda que tuvo su resonancia en la opinión pública <sup>420</sup>. Para Posada, no era la fisiología la que debiera marcar una definición de la condición social de la mujer<sup>421</sup>. González Posada no negaba que los caracteres fisiológicos no fueran diferentes entre los

---

<sup>417</sup> PARDO BAZÁN, Emilia, “Del amor y la amistad”, *Nuevo Teatro Crítico*, nº 13, pp. 150-151.

<sup>418</sup> GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, *Psicología del amor*. Madrid, Librería de F. Fe, 1897, p. 18. Cita extraída de SCANLON, Gerladine, op. cit. p. 169.

<sup>419</sup> Estos argumentos pueden verse en GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, y GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, *La amistad y el sexo: Cartas sobre la educación de la mujer*. Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1893, pp. 1-10.

<sup>420</sup> Entre sus argumentaciones, González Serrano defendía que “con mayor rapidez de comprensión, la mujer llega, sin embargo, a concebir sus ideas por abnegación y por pasión más que por convicciones reflexivas”. Con todo, aun reconociendo que las mujeres eran capaces de realizar exámenes brillantes, no resultaban ser producto de la racionalidad o de la destreza intelectual, sino de su innato tesón y sacrificio, propios de su naturaleza. GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, *Psicología del amor...*, op. cit., p. 323.

<sup>421</sup> Ya en su libro *Teorías modernas acerca del origen de la familia, de la sociedad y del estado* (1891) comenzaba a entrecruzar en González Posada su deseo por mejorar la situación social de las mujeres.

sexos, pero sí el hecho de que condujeran a “un tratamiento educativo distinto en lo que tienen de común, ni unos una capacidad necesaria por parte de las mujeres, para ninguna de las manifestaciones verdaderamente humanas que no tengan por condición inmediata el sexo”<sup>422</sup>. No obstante, dentro de una atmósfera de reverencia social a unas ciencias naturales viciadas de androcentrismo, el positivismo y las teorías científicas habían ganado tal respeto intelectual, que las respuestas de raigambre sociológica no poseían el reconocimiento suficiente para combatir las diatribas misóginas esgrimidas por biólogos, médicos y demás científicos.

Esto supuso que se reinstalase socialmente la idea de la “hembra” como un ser fisiológicamente inhábil para el trabajo mental y, por lo tanto, exclusivamente preparado y destinado para la concepción y crianza de la prole. Durante décadas proliferaron argumentos relacionados con la masa y el tamaño de los cerebros y su conexión con los grados de inteligencia. También tuvieron enorme predicamento las teorías positivistas de Herbert Spencer sobre la economía de la energía vital. Se especulaba que las mujeres no debían recibir una instrucción muy intensa porque corrían el riesgo sobrecargar su sistema fisiológico y nervioso bajo la consecuencia de afectar a su fertilidad<sup>423</sup>.

Los “descubrimientos” del médico Paul Julius Moebius, compendiados en su famoso tratado *La inferioridad mental de la mujer* (1900), fueron los de mayor éxito y divulgación. El psiquiatra alemán pretendió certificar científicamente la frivolidad innata de la mujer y su incapacidad para la concentración intelectual. A partir de las ideas de Lamarck y Darwin concluía que la actividad intelectual de la mujer “estudiosa” generaría un estado de masculinización del sexo femenino, con la consiguiente degeneración y extinción de la raza humana<sup>424</sup>.

---

<sup>422</sup> GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo*, op. cit., p. 78.

<sup>423</sup> En torno al avance del positivismo y de las ciencias naturales, legitimadoras de la subalternidad y la inferioridad de la mujer, véase el ya citado artículo ARESTI ESTEBAN, Nerea, “Pensamiento científico y género...”, op. cit., pp. 53-72.

<sup>424</sup> Para una aproximación a la oleada científicista misógina y antifeminista desde mediados del siglo XIX véase “La reacción antifeminista: moral victoriana y romanticismo sexual en los discursos científicos”, epígrafe perteneciente al segundo capítulo de GARCÍA DAUDER, Silvia, *Psicología y feminismo: Una aproximación desde la psicología social de la ciencia y las epistemologías feministas*. Tesis doctoral dirigida por Florencio Jiménez Burillo, Universidad Complutense de Madrid, 2003, pp. 81-97.

### 6.3 - Feminismo jurídico y refutación a la misoginia científicista en Miguel Romera-Navarro

Dentro de este clima misógino-científicista fue el abogado almeriense Miguel Romera-Navarro (1888-1954) quien publicó, a la edad de 23 años, un libro titulado *Ensayo de una filosofía feminista. Refutación a Moebius* (1909). En dicha obra elaboró una crítica pormenorizada al violento argumentario de Moebius sobre la mujer. En *Feminismo jurídico* (1910) y en otros textos continuó con su duelo dialéctico contra los argumentarios acérrimamente antifeministas y pseudocientíficos preponderantes<sup>425</sup>. Miguel Romera-Navarro fue un firme pero incomprensiblemente olvidado valedor de la igualdad entre hombres y mujeres<sup>426</sup>. Durante su juventud se formó en el entorno de la Institución Libre de Enseñanza, para seguidamente forjar su trayectoria profesional y académica principalmente en EEUU, donde llegó a ostentar el cargo de catedrático de Literatura Española en la Universidad de Pensilvania<sup>427</sup>.

En su libro *Feminismo jurídico* hizo un ejercicio de ampliación de los planteamientos esbozados por Adolfo González Posada<sup>428</sup>. Denunció los precarios derechos jurídicos de la mujer y el trato injusto que sufría en el terreno penal al ser

---

<sup>425</sup> A otros escritos nos referimos a *El problema feminista*. Folleto.-Conferencia en el Ateneo de Madrid (24 Abril, 1908) –esta conferencia vimos que fue anunciada en *El Imparcial*, 24 abril 1908 y *El liberal*, 24 abril 1908, p. 5–; *El feminismo moderno desde el punto de vista económico* –Obra premiada en el Concurso interanual de Málaga (22 Agosto, 1908)–; *Feminismo jurídico-penal*, Ídem en el Concurso de Almería (28 Agosto, 1908). En la prensa Romera-Navarro ya había dejado también sus impresiones positivas sobre el feminismo en diversos artículos: “La moral y el delito”, “Los derechos políticos de la mujer”, “Paradojas sociales”, “La delincuencia femenina”, etc, etc. Además, tuvo el proyecto de escribir dos libros bajo los títulos *El amor libre* y *Apuntes para una historia del movimiento feminista*. Pero por desgracia nunca llegaron a ver la luz. Antes del prólogo a la obra de Romera-Navarro *Ensayo de una filosofía feminista* el autor nos detalla la existencia de estas publicaciones y proyectos que lamentablemente no hemos podido localizar.

<sup>426</sup> Solamente tengo conocimiento de que ha sido citado puntual y recientemente por la historiadora Nerea Aresti en varios de sus libros y artículos.

<sup>427</sup> Como afirma Nerea Aresti en ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Médicos, donjuanes...*, op. cit., p. 50. También solicitó iniciación en la masonería del Grande Oriente Español en la Ibérica, núm. 7, de los Wall. Dato descubierto en *Boletín oficial del Gran Oriente Español*, 27 abril 1910, p. 8. En 1937 se trasladó a Texas a ejercer de profesor de literatura española a la Universidad de Austin. Algunas de sus obras más relevantes fueron *Historia de España* (1923), *Historia de la literatura española* (1928), *El hispanismo en Norte América: Exposición y crítica de su aspecto literario* (1917) o *América Española* (1918). Fue el máximo especialista a nivel mundial de la obra de Baltasar Gracián. También estudió en profundidad la obra literaria de Lope de Vega, Cervantes y Unamuno.

<sup>428</sup> El masón Santiago Arimón, integrante de la comisión ejecutiva de La Liga Anticlerical Española y del grupo intelectual Joven España, publicó una reseña muy positiva de *Feminismo Jurídico* de Romera-Navarro, calificándolo de “decidido paladín de la mujer” y compartiendo sus ideas feministas. *El Liberal*, 12 mayo 1910, p. 2. También hizo una reseña de este libro Adalberto Hernández-Cid (autor del que hablaremos más tarde) en *Vida socialista*, 6 noviembre 1910, nº 45, p. 13.

castigada, en muchos casos, con mayor severidad que el hombre por los mismos delitos. Miguel Romera-Navarro también fue un esforzado y reconocido historiador. En *Feminismo jurídico* realizó interesantes indagaciones históricas alrededor de la historia jurídica de la mujer, desde el derecho romano, pasando por el germano y el de otras culturas antiguas. En los códigos jurídicos de entonces y en especial en el español Romera-Navarro descubría reminiscencias de los antiguos corpus latinos. De los códigos civil, mercantil y penal señalaba los tratos de vejación, inseguridad e inferioridad a los que estaba sometida la mujer española. Simultáneamente, lamentaba el hecho de que su subordinación jurídica se legitimara bajo la retórica y la lógica del interés social: “En el verdadero sentido de estas palabras puede descubrirse que el denominado interés social no es cosa distinta del interés masculino”<sup>429</sup>.

Fruto de la evidente responsabilidad masculina ante el régimen de sometimiento impuesto sobre el sexo femenino, en opinión del abogado almeriense, “la restricción de su personalidad civil [la de la mujer], debía trasplantarse al código penal bajo la forma de una responsabilidad menor, ya que los motivos en que fundan aquella son los mismos que justifican esta atenuación”<sup>430</sup>. Cuando la igualdad entre los sexos fuera efectiva, entonces –planteaba Romera-Navarro– la sanción penal se emplearía con la misma proporción para ambos sexos. La mujer, desde su concepción, era portadora de una sensibilidad natural especial, “que le hace la pena más dolorosa que si fuese aplicada a individuos del otro sexo”. Por consiguiente, “a la hora de delinquir en la mujer concurre, en la generalidad de los casos, motivos nacidos de las peculiares condiciones de su sexo y de las circunstancias sociales en que vive”<sup>431</sup>. A tenor de este hecho, compartía la idoneidad de reformar el código penal con objeto de atemperar los castigos aplicados a la mujer ante ciertos actos delictivos.

En contra de lo que se interpretaba con mucha frecuencia, algunos delitos (por ejemplo el aborto, el infanticidio o la prostitución) no se cometían, según Romera-Navarro, por la libre voluntad de la mujer. Reprochaba que la sociedad mirara “como un oprobio y como un escándalo el nacimiento del hijo ilegítimo”. En tal caso, “si lo condena y lo degrada ¿por qué no estima el aborto como un verdadero derecho de la

---

<sup>429</sup> ROMERA-NAVARRO, Miguel, *Feminismo jurídico...*, op. cit., p. 15.

<sup>430</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>431</sup> *Ibidem*, pp.18-119.

madre?”<sup>432</sup>. Romera-Navarro reconocía que la interrupción del embarazo nacía de una decisión tomada normalmente por desesperación. Era el producto de la dramática discriminación laboral y de clase contra las mujeres. Ante estas condiciones, la legislación debía aplicarse de forma mucho más indulgente<sup>433</sup>.

Al mismo tiempo, Miguel Romera-Navarro sentía la injusticia de que las mujeres se vieran obligadas a prostituirse. Bajo su prisma, la explotación laboral, sumada a las innumerables cortapisas sociales para la inserción del sexo femenino en el mercado de trabajo, empujaban a una masa de mujeres a la prostitución. Dados estos condicionantes económico-sociales alrededor del fenómeno de la prostitución, se oponía frontalmente a que se castigara penalmente a las mujeres prostituidas. A su parecer, el verdadero criminal lo representaba el hombre que pagaba por estos “servicios”.

Por otro lado, en su libro *Feminismo jurídico* Romera-Navarro concretó su esquema de familia ideal. Condenó la persistencia en el área familiar de un orden “monárquico” y “autoritario” ostentado por el poder masculino. En base a ello, mantuvo la idea de que la mujer no fuera ni tutelada ni sojuzgada por su marido. Exigía que debiera de practicarse una igualdad conyugal y una cultura democrática dentro de la propia familia. Declaró su fuerte objeción a que se le negase la patria potestad a la madre, además de su derecho a administrar y disponer de sus bienes. Ante esta situación de indefensión jurídica, Romera-Navarro presentó sin tapujos las ventajas del derecho al divorcio y sus críticas a la establecida indisolubilidad del vínculo matrimonial que la Iglesia Católica defendía<sup>434</sup>.

Bajo su perspectiva, el matrimonio no podía sustentarse en un ligamen de dependencia de la esposa al marido, sino en una verdadera unión. Tenía que sustentarse en una razonable alianza para cumplir, dentro de la armonía, la equidad entre los sexos, la libertad humana y también los fines del matrimonio y de la familia. El uso de los conceptos “alianza” y “armonía” y sus citas a Friedrich Krause y a Heinrich Ahrens evidencian la visible impronta krausista en la obra feminista de Romera-Navarro. De un

---

<sup>432</sup> *Ibidem*, p. 135.

<sup>433</sup> *Ibidem*, p. 108.

<sup>434</sup> En la revista espiritista *Sophia* Romera-Navarro firmó un artículo muy crítico con el maltrato que las religiones habían ejercido, según sus palabras, sobre el “bello sexo”. ROMERA-NAVARRO, Miguel, “El feminismo y la religión”, *Sophia*, nº 6, junio de 1909, pp. 222-230.

modo similar a Krause urgía a la concienciación de que “los intereses de la civilización y los altos intereses de la humanidad reclaman la colaboración femenina en las obras del progreso”<sup>435</sup>. En lo que toca a los derechos políticos, el escritor almeriense fue un firme defensor del sufragio femenino (véase apéndice 5). Reclamaba la concurrencia de las mujeres a la regencia y su derecho a votar y ser votadas, a representar y ser representadas en iguales condiciones que los varones:

“Desde los tiempos en que comienza a agitarse el feminismo, viénense repitiendo por cuantos le han defendido, que es la mujer la que contribuye con sus bienes a levantar las cargas nacionales” [por eso] “debe poseer el derecho de intervenir en su votación” (...) “Y a esto se ha objetado que el extranjero y el niño soportan también las cargas del impuesto; y que por consiguiente, la misma razón en que fundamos el derecho de las mujeres, abonaría la concesión de los derechos políticos a favor de aquellos. Prescindiendo de que el impuesto no es la única base que damos a los derechos políticos de la mujer, sino que descansaban sobre otros fundamentos, que no pueden aplicarse ni al extranjero, ni al niño; aun prescindiendo de él, continuará siendo errónea tal alegación, puesto que el extranjero no puede gozar aunque satisfaga el impuesto, de aquellos derechos que están reservados a la ciudadanía, a la soberanía nacional de la nación, y la nación sólo está compuesta de los nacionales. Y en cuanto al niño, carece de voluntad y de opinión política para tener representación en la opinión y la voluntad popular. Ni el uno ni el otro se encuentran en el mismo caso”<sup>436</sup>.

Uno de los lugares comunes más extendidos, tanto entre antifeministas como feministas, fue la idea de que la mujer por su naturaleza atesoraba una ética superior a la del varón. Romera-Navarro compartía esta concepción. Según él, la mujer aunaba mayor capacidad afectiva-sentimental. Poseía, por consiguiente, un sentido de la justicia superior al sexo masculino. Los índices de delincuencia femenina eran mucho menores a causa de su superior condición moral. Observaba, en este sentido, que la mayoría de los delitos cometidos por mujeres se producían por la irresponsabilidad del seductor, aquel prototipo de hombre que seducía mujeres para al poco tiempo abandonarlas. Dicha valoración negativa estaba ligada a aquella visión, materializada en la propia realidad cotidiana, del marido bebedor, jugador e irresponsable en la esfera de la familia. Este es uno de los arquetipos más utilizados por quienes se solidarizaron con los derechos de las mujeres, lo cual es reflejo de un tímido cambio del ideal de masculinidad. Tal como ha demostrado la historiadora Nerea Aresti, el donjuán dejó de tener, entre ciertos sectores de la intelectualidad, un significado positivo de hombre.

---

<sup>435</sup> ROMERA-NAVARRO, Miguel, *Feminismo jurídico...*, op. cit., p. 210.

<sup>436</sup> *Ibidem*, p. 171.

Pasó a ser, por consiguiente, una variante de virilidad seductora perjudicial para la familia y la sociedad.

No obstante, en el ideario de Romera-Navarro se presentan puntos coincidentes con el ideal de domesticidad femenino. Después de todo, a juicio del autor, la mujer tenía un cometido primordial: “No olvidando la función esencial que la mujer está llamada a desempeñar en el seno de la familia” que es la educación de la prole. Distinguía entre oficios genuinamente femeninos y masculinos<sup>437</sup>. Advertía del hecho de que los que consideraba femeninos habían sido, en la práctica, llevados a cabo por hombres. En vista de ello, razonaba que no había “nada tan humillante como el que un hombre fuerte y vigoroso se pase el tiempo plegando y desplegando telas delicadas, en peinar y formar tirabuzones”<sup>438</sup>. Sin embargo, en contradicción con su visión diferenciadora de género, Romera-Navarro aseveraba que la mujer no era conservadora por naturaleza. Recordaba que las mujeres siempre han protagonizado luchas y movilizaciones de carácter progresista (los movimientos abolicionistas de la esclavitud, el propio feminismo, su relevante intervención en la Revolución francesa, etc.).

En una línea análoga a la que había mantenido Mary Wollstonecraft en *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), sostenía que las conductas y comportamientos socialmente proyectados en lo femenino –fueran la frivolidad, la beatería o la coquetería– partían de su educación, asentada en la aceptación de su sometimiento. La condición femenina no emanaba de su naturaleza, al contrario de lo que pretendían probar determinadas tesis científicas del momento. Sobre este aspecto, son reveladoras sus apreciaciones. En su obra *Ensayo de una filosofía feminista* definía al androcentrismo dominante en el campo científico de “ciencia que los hombres” que habían “convertido en adúladora de su despotismo”<sup>439</sup>.

Por otra parte, la feminista Concepción Gimeno de Flaquer dedicó laudatorias palabras a Miguel Romera-Navarro a raíz de la publicación de este libro. Con entusiasmo, calificaba al autor de “heraldo de la justicia, campeón del oprimido, caballero del ideal, portavoz del más sano feminismo”. Continuando con su elogio,

---

<sup>437</sup> ROMERA-NAVARRO, Miguel, *Ensayo de una filosofía...*, op. cit., p. 108.

<sup>438</sup> *Ibidem*, p. 158.

<sup>439</sup> *Ibidem*, p. 20.



aseguraba que “el libro de Romera-Navarro es un Sinaí desde donde se promulga la moderna ley, es un nuevo decálogo para el sexo femenino”<sup>440</sup>. Además de apostar por un feminismo de connotaciones moderadas, se ve que Gimeno de Flaquer recurrió, en su alabanza al autor, a epítetos referenciados simbólicamente en lo masculino, en este caso “campeón” y “caballero”. Ella misma, de nuevo y de un modo muy similar, volvió a describir en otro artículo con dichos adjetivos a “los feministas”: “Los feministas son adalides del altruismo, campeones del oprimido, heraldos de la justicia, paladines de la moral, redentoristas”<sup>441</sup>. En las palabras de la feminista conservadora, se proyecta la imagen de virilidad heroica, caballerisca y, por ende, salvaguarda del honor de la mujer. En esta línea, entre las páginas de su revista *El Álbum Iberoamericano*, definía “feminismo” a sus lectoras de la siguiente manera, recalcando el altruismo y caballeridad de aquellos “paladines” de los derechos de las mujeres:

“¿Qué es el feminismo? (...) El feminismo es una doctrina generosa que pretende libertar de la esclavitud a la mujer, defenderla de todas las tiranías. El feminismo es una cruzada caballerisca contra las injusticias, vejaciones y opresión que ha tenido que soportar la mujer de todos los tiempos. Los feministas son campeones de una causa justa, paladines del indefenso. Los feministas tratan de humanizar las leyes para la mujer, y es indudable que cuando la moderna doctrina llegue a ser fuerza incontrastable, el Código se reformará. Los feministas, redentores de la mujer, pretenden darle un puesto en el banquete de la vida. Todo para el hombre, fue la divisa del sexo masculino en tiempos anteriores a la era culta en que nos hallamos; los apóstoles de las nuevas ideas, con un altruismo que les honra, exclaman: iguales privilegios para ambos sexos”<sup>442</sup>.

A este respecto, los varones dentro del feminismo han ocupado no de forma infrecuente una suerte de puesto de “portavocía”. Como se ha visto en el apartado dedicado a los sufragistas ingleses, su voz cargada de mayor respetabilidad y autoridad social –en un entorno cultural de minusvaloración intelectual hacia las mujeres– suponía un soporte formidable para la aceptación de las tesis feministas en la opinión pública. Gimeno de Flaquer, reproducía este sentir, al tildar a Romera-Navarro de “generoso autor” e incluso bautizarlo de “nuestro feminista”. Lo mismo sintieron y verbalizaron otras mujeres de su época, que vieron con beneplácito la colaboración y solidaridad de

---

<sup>440</sup> *El Álbum Iberoamericano*, 14 mayo 1909, nº 18, p. 10.

<sup>441</sup> GIMENO DE FLAQUER, Concepción, “Sección feminista”, *El Álbum Iberoamericano*, 30 julio 1908, p. 328.

<sup>442</sup> GIMENO DE FLAQUER, Concepción, “Alma femenina”, *El Álbum Iberoamericano*, 22 octubre 1899, p. 459.

varones que, haciendo uso de su prestigio, secundaran la causa. Algunas de eminente renombre en su momento, como por ejemplo Emilia Pardo Bazán, dieron por hecho que la redención femenina procedería en gran parte de la iniciativa masculina, los que en su condición de “libres” serían capaces de materializarla. De esta forma, a modo de ejemplo, se pronunció en respuesta a un cuestionario sobre el feminismo y los derechos de las mujeres elaborado por María Martínez Sierra y firmado por su marido Gregorio Martínez Sierra:

“Ante todo, permíname el retraso en contestar a su interrogatorio sobre la cuestión feminista. Otros lo han hecho ya con extraordinario empuje, demostrando ser cierto que cuanto se intente aquí en favor de nuestro sexo ha de ser principalmente iniciativa y obra del otro, resaltando una vez más la verdad histórica de que a los esclavos los redimen los libres”<sup>443</sup>.

---

<sup>443</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *La mujer moderna*, op. cit., p. 84.

## CAPÍTULO VII

### “LA PROLETARIA DEL PROLETARIADO”: EL SOCIALISMO ESPAÑOL Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

*“La mujer de la nueva sociedad será plenamente independiente en lo social y lo económico, no estará sometida lo más mínimo a ninguna dominación ni explotación, se enfrentará al hombre como persona libre, igual y dueña de su destino”*

August Bebel<sup>444</sup>

Los tratamientos sobre el estado social de la mujer elaborados por significativos referentes del socialismo utópico –Henri de Saint-Simón, Charles Fourier o Robert Dale Owen– marcaron los orígenes de una larga tradición del movimiento obrero por abordar la situación del sexo femenino<sup>445</sup>. Seguidamente, los artífices del socialismo científico –Marx y Engels–, dirigentes políticos como August Bebel y, desde luego, un gran número de mujeres feministas socialistas, dejaron de herencia un notable material teórico que durante los siglos XIX y XX permitió en el seno de la cultura socialista la formación de una extendida conciencia por los derechos de las mujeres<sup>446</sup>. Con todo, entre las filas del

---

<sup>444</sup> BEBEL, August, *Women and socialism*. Nueva York, Socialist Literature Company, Jubille 50th edition, 1910, (Edición original publicada en 1879), p. 466.

<sup>445</sup> Véase sobre los intensos enfrentamientos entre diferentes corrientes del sansimonismo por el papel de la mujer en el movimiento y sobre los orígenes del feminismo premarxista TAVERA GARCÍA, Susanna, “Feminisme, socialisme utòpic i moviments socials, 1815-1834”, *Cercles: Revista d'Història Cultural*, nº 9, 2006, pp. 224-246. Tavera nos introduce en la figura de Barthélemy Prosper Enfantin (1796-1894), uno de los líderes de la iglesia sansimoniana. “Padre” del movimiento, denunciaba la tiranía masculina en el matrimonio, proclamaba el amor libre y apostaba por buscar una mujer “mesías” con función de liderazgo.

<sup>446</sup> Véase el texto de Charles Fourier “La degradación de las mujeres en la Civilización” publicado en 1808. El fourierista Víctor Considerant (1808-1893) en 1848 pidió el voto para la mujer en el parlamento francés. Además, el saintsimonismo y el owenismo contaron con algunas de las más destacadas pioneras del feminismo del siglo XIX, francés e inglés respectivamente, inspiradas por las reflexiones alusivas a la condición femenina de sus correspondientes “padres” ideológicos. Por otra parte, nos referimos a *La mujer y el socialismo* (1879) de August Bebel y a *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) de Friedrich Engels, pero en especial a las más decididas aportaciones de mujeres socialistas de la talla de Flora Tristán, Alexandra Kollontai o Clara Zetkin. Por otra parte, Marx hizo a lo largo de su extensa obra pocas apreciaciones en lo concerniente a la situación social de la mujer, si bien en ciertas ocasiones señaló, al igual que Engels, el régimen de esclavitud doméstica que las mujeres padecían a consecuencia del sistema capitalista.

socialismo español, únicamente un reducido número de militantes e intelectuales asimilaron un ideario rupturista en este asunto. La mayoría de los hombres de filiación socialista, en el mejor de los casos, partieron de una intención proselitista e instrumental en su apelación a la desfavorable realidad social de las mujeres de la clase obrera<sup>447</sup>.

Este precario interés teórico y práctico masculino por la situación de la mujer entre las filas obreristas lo hizo observar August Bebel en su libro *La mujer y el socialismo* (1879). El líder socialdemócrata alemán informaba de la existencia de socialistas “que no se oponen menos a la emancipación de la mujer que los capitalistas al socialismo”. Seguidamente, desarrollaba aún más su argumentación: “el socialista que puede reconocer la dependencia del obrero con respecto al capital, con frecuencia no reconoce la dependencia de la mujer con respecto al hombre, porque la cuestión le atañe a su propio y muy querido ser”<sup>448</sup>.

Algo con ciertos puntos de similitud planteó ya Flora Tristán en 1842 cuando publicó *La Unión Obrera*. En esta obra, cinco años antes de que Marx y Engels popularizaran el lema “Proletarios del mundo, uníos”, Tristán presentaba por vez primera un programa revolucionario en el que llamaba a la “unión universal” de la clase proletaria. La socialista de ascendencia peruana denunciaba que “hasta el más oprimido de los hombres quiere oprimir a otro ser: su mujer. Ella es la proletaria del proletariado mismo”<sup>449</sup>. Engels también tomó de Tristán la tesis de la doble explotación del sexo femenino dentro del modo productivo capitalista, una idea que, bajo formulaciones diferentes, estará muy presente a lo largo de toda la trayectoria histórica del feminismo obrerista. Según Engels, el sometimiento patriarcado-capital sobre la mujer se perpetuaba a través del matrimonio, de la apropiación por parte del hombre de la propiedad privada, del control de la sexualidad femenina y del trabajo de la mujer en el ámbito doméstico y productivo. Pero Engels y Flora Tristán recogen una sensibilidad

---

<sup>447</sup> La filósofa feminista Ana de Miguel ha señalado la tortuosa y complicada relación entre socialismo y feminismo DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “La articulación del feminismo y el socialismo en el conflicto clase-género”, DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana y AMORÓS PUENTE, Celia, (Coords.), *Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización (De la Ilustración al segundo sexo)*. Vol. 1, Madrid, Minera, 2005, pp. 295-332; DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “El conflicto de clase-sexo-género en la tradición socialista”, *Utopías, Nuestra Bandera: Revista de Debate Político*, nº 195, 2003, pp. 77-92.

<sup>448</sup> Extraído de ROIG CASTELLANOS, Mercedes, *La mujer en la historia a través de la prensa: Francia, Italia, España, Ss. XVIII-XX*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1989, p. 199.

<sup>449</sup> DIJKSTRA, Sandra, *Flora Tristán. Feminism in the age of George Sand*. London, Verso, 2019, p. 190.

sobre la explotación de la mujer que ya tenía su recorrido previo en la tradición utopista del primer socialismo de la que ambos bebieron.

### 7.1 - La mujer en el socialismo utópico español

En España, durante el ciclo político del Trienio Liberal, el diputado entre 1822 y 1823 Joaquín Abreu Orta (1782-1851), durante su exilio en Francia, tuvo la oportunidad de participar *in situ* en el proyecto del falansterio ideado y puesto en práctica por Charles Fourier. En uno de sus artículos escritos en 1841 concluyó que la mujer era libre e independiente en el falansterio, pudiendo desplegar todas sus capacidades intelectuales. Calificaba a los hombres de opresores y deseaba la integración de los derechos de las mujeres en la sociedad futura. Lamentaba, asimismo, la posición degradante de la mujer en el matrimonio y el hecho de que la sociedad fijase el casamiento como su única meta<sup>450</sup>. En este sentido, la circulación en España del socialismo utópico de Charles Fourier supuso la inserción de la noción progresista que el pensador francés tenía sobre el lugar de la mujer en el futuro social.

Buen reflejo de ello son algunos escritos del masón, republicano y socialista Fernando Garrido Tortosa (1821-1883)<sup>451</sup>. El escritor federalista, seguidor de la doctrina de Fourier, se adhirió al discurso de las primeras feministas obreristas. Garrido en su pequeño ensayo “La mujer” (1859) reprodujo las palabras de Rosa Marina, pseudónimo bajo el que se escondían probablemente las escritoras y directoras de periódicos fourieristas María Josefa Zapata (1822 o 1823–1870?) y Margarita Pérez de Celis (1840-1882). Los alegatos de Rosa Marina tuvieron una buena recepción, aunque a su vez cautelosa, entre determinadas filas del demosocialismo español. En el periódico demócrata *La Discusión* se aludía a las impresiones positivas que despertaban las propuestas de Rosa Marina entre “barbudos” intelectuales pertenecientes a las corrientes demócratas y republicanas:

---

<sup>450</sup> ABREU, Joaquín, “Fourier”, *El Nacional*, n° 714, 9 enero 1841. Extraído de ELORZA, Antonio, *El fourierismo en España*. Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975, pp. 55-56. Para nuestro rastreo de intelectuales adalides de la emancipación femenina en el socialismo utópico español nos hemos también servido de otro artículo de Antonio Elorza, el ya clásico ELORZA, Antonio, “Feminismo y socialismo en España (1840-1868)”, *Tiempo de Historia*, n° 3, 1974.

<sup>451</sup> Fue uno de los primeros difusores del ideario de Fourier, junto al introductor del socialismo utópico en España Joaquín Abreu Orta. Garrido llegó a ser diputado en cortes durante el Sexenio democrático.

“Los que aplaudimos las ideas de esta amable escritora, que somos muchos y nada feroces, aunque barbudos, quisiéramos que sus esfuerzos en adelante se dedicaran a un trabajo más práctico (...) proyectar el mejor método de introducirlas (sus ideas) en el actual sistema, de modo que ni destruyan de un golpe el mecanismo social ni dejen de producir algún fruto inmediato, ésta debe ser en lo sucesivo la tarea de Rosa Marina, a no ser que espere una de esas revoluciones que vuelven lo de arriba abajo”<sup>452</sup>.

Sobre Fernando Garrido cabe anotar también que abogó por la igualdad de entendimiento entre los sexos, por la misma educación y por la valía de la mujer para todas las tareas de la sociedad, al igual que por ensanchar sus derechos y posibilidades en todos los campos del espacio público de los que se las apartaba y excluía:

“(...) estaba ya probado por los hechos, que la mujer es apta y que sabe desempeñar tan bien como el hombre, las variadas tareas que exigen la más alta inteligencia. La elocuencia, las ciencias, las artes, la política, la filosofía, la moral entran en el dominio de la inteligencia femenina, lo mismo que en la del hombre (...) no sabemos en qué falso principio de justicia podrá fundarse la doctrina que excluye a las mujeres, una vez demostrada la identidad de sus aptitudes y las del sexo fuerte. La preocupación hija del atraso y de la ignorancia, es la causa de que las mujeres sean consideradas inferiores al hombre. Uno de los caracteres del progreso social, es de conceder cada día más derechos, es de facilitar a las mujeres, más ancha esfera en que desenvolver su actividad, y esto es tan cierto, que puede ser considerado como un axioma del principio de que, la estabilidad de la sociedad, sus garantías de moralidad y de progreso, su perfección, en una palabra, están en relación directa de la libertad y los derechos de que disfrutaban las mujeres”<sup>453</sup>.

Garrido reflexionó sobre la protección que los varones ofrecen a las mujeres, la cual calificaba como “disfrazada de opresión”. Sin embargo, consideraba que en gran parte esta protección se hacía inevitablemente necesaria ante el comportamiento poco edificante de otros hombres. De este modo, el político cartagenero apuntaba el deber moral que los varones deben arrogarse bajo una masculinidad protectora de las mujeres, pero renunciando, eso sí, al objetivo de someterlas a los dictados del dominio varonil. El político demosocialista se refirió con acritud a los hombres “con pretensiones de liberales y de progresistas que, respecto a la mujer, van tan allá como los turcos en barbarie”<sup>454</sup>. Para Garrido se trataba realmente de proteger a la mujer de los ataques derivados de la dominación que la encadenaba, pero no de usar la trampa masculina de

---

<sup>452</sup> Citado en JIMÉNEZ MORELL, Inmaculada, op. cit., pp. 106-107.

<sup>453</sup> GARRIDO, Fernando, “La mujer” en *Obras escogidas de Fernando Garrido; publicadas e inéditas precedidas de un prólogo de D. Francisco Pi y Margal*. Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1859, p. 270.

<sup>454</sup> *Ibidem*, p. 273.

salvaguardar al sexo femenino para enclaustrarlo:

“En los pueblos cristianos se transforma el poder del hombre sobre la mujer en una influencia dulce y benévola; la dominación ha tomado la apariencia de defensa y protección. Por desgracia esta protección es todavía una opresión disfrazada. ¡De qué no abusa el hombre! Observemos de paso, que la necesidad de la protección supone un estado social que la educación y la cultura no han adelantado bastante entre los hombres, puesto que la protección, que supone amenaza de ofensa, amenaza que no puede venir sino del hombre, es una necesidad bien triste por cierto, y que revela cuan mal son practicados todavía los principios morales del evangelio”<sup>455</sup>.

La mujer se presenta de esta suerte como uno de los “instrumentos más activos y eficaces de progreso”. Por ello, para Garrido se necesitaba concederla “la más absoluta libertad (...) con su igualdad de derechos respecto al hombre”. Las consecuencias de sumir a la mujer en las tinieblas de la ignorancia y la servidumbre eran claras: “Las madres esclavas no pueden engendrar hijos libres! La ignorancia no puede parir la ciencia. La naturaleza quiere que la mujer sea libre”<sup>456</sup>. A su modo de ver, las sociedades más adelantadas son aquellas en que desprendiéndose de las preocupaciones que heredaron de la barbarie, han abierto a la mujer más ancho campo, la han concedido más libertad y mayores derechos (véase apéndice 2). Por esta razón, el pensador socialista no compartía la animadversión que despertaba la posibilidad de que el talento de la mujer fuese reconocido de forma consecuente por las instituciones académicas:

“No hace mucho tiempo se habló en Madrid de que la célebre escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda pensaba hacer oposición a un asiento vacante en la Academia de la Lengua; pues bien, no hubo un sólo periódico que apoyase su candidatura. No faltó en cambio quien se burlara, arrojando el sarcasmo y el ridículo, sobre la idea de ver un académico con faldas. Las obras de la señora Avellaneda no eran la causa de la rechifla de unos, ni del silencio de otros: todos ven en ellas méritos más que suficientes para justificar la pretensión de la autora, si es que la tuvo. Por el talento, por el genio revelado en sus escritos, no hay quien deje de creerla tan digna, y más acaso, que muchos de los miembros de la Academia, de ocupar un puesto entre ellos ¿En qué estaba, pues, la dificultad! En que era... mujer. Nosotros ya lo sabíamos, pero el modo con que fue recibida la idea, por los directores de la opinión pública, por la flor y nata de la sociedad ilustrada de Madrid, por las plumas de todos los partidos. Acabó de convencernos del atraso de esos adelantados, y de que la civilización contemporánea

---

<sup>455</sup> *Ibidem*, p. 201.

<sup>456</sup> Sobre esta idea insistió en el primer volumen de su libro *La Humanidad y sus progresos* (1867): “Los progresos sociales se han medido siempre por los de la condición social de la mujer; donde ella es esclava el hombre no puede ser libre, ni la ilustración del hombre puede ser completa donde la mujer es ignorante”. GARRIDO, Fernando, *La humanidad y sus progresos o la civilización antigua y moderna comparadas*. Barcelona, Salvador Manero, 1867, p. 484. En este ensayo histórico rastrea los orígenes de la “esclavitud de la mujer” y del tratamiento cruel que ha soportado desde tiempos muy remotos.

tiene todavía muchos puntos de contacto con la barbarie<sup>457</sup>”.

La fraternidad, la igualdad y la libertad debían ser las aspiraciones de toda sociedad hacia el bienestar de ambos sexos. Garrido, partiendo de su cristianismo socialista y republicano sostenía que no había nada más anticristiano que la pobreza que fermentaba del desorden social y económico instituido y, por otra parte, la hipocresía social y religiosa que legitimaba la prostitución como forma de salvaguardar la castidad y la virtud de la mujer<sup>458</sup>. Además, según Garrido, por el sistema industrial vigente había dos razones que desnaturalizaban y oprimían al sexo femenino a la hora de desempeñar sus funciones en el orden doméstico. La sociedad industrial explotaba al sexo femenino y, por carecer generalmente de una instrucción elevada, las mujeres ejercían con menor eficacia y voluntad sus tareas hogareñas. La emancipación de la mujer, como se puede apreciar, en Garrido se ve orientada al perfeccionamiento de un orden social futuro en el que las mujeres se abrirían a nuevos campos copados tradicionalmente por los varones, pero desempeñando también sus atribuciones tradicionales. Esta forma de concebir las relaciones de género fue muy común dentro de los feminismos históricos, fueran hombres o mujeres quienes concibieran su visión sobre la liberación de la mujer.

Pero además de Fourier, en España el socialista francés Étienne Cabet también tuvo sus acólitos. El principal de ellos fue el ingeniero Narciso Monturiol (1819-1885), bien conocido por ser el inventor del primer submarino, “El Ictineo”<sup>459</sup>. Afiliado al Partido Republicano Federal y propugnador de las ideas icarianas, dirigió una revista llamada *La Madre de Familia*. Monturiol argumentaba que “si el funcionamiento actual de la sociedad domestica es desafortunado, ello se debe al predominio de la idea de

---

<sup>457</sup> *Ibidem*, p. 274.

<sup>458</sup> De forma muy acorde a otros autores tratados en el presente trabajo, Garrido identificaba la extensión del cristianismo como la primera piedra para la liberación de la mujer. El mensaje de Cristo fue calando poco a poco en las sociedades cristianas y la mujer fue ganando un trato más humano, a pesar de la permanencia de costumbres contra su dignidad. Lo contrastaba con las sociedades islámicas “donde los derechos de la mujer son sistemáticamente negados en nombre de Dios, y su eterna abyección consagrada por la religión primero, y las leyes después. (...) como donde la esposa es esclava, el marido no puede ser ciudadano, sino tirano, resulta que las sociedades mahometanas no son en definitiva más que la organización de la opresión basada en la fe religiosa y sostenida por la fuerza bruta”. GARRIDO, Fernando, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa*. Tomo VI, Barcelona, Librería Salvador Moreno, 1866, p. 602.

<sup>459</sup> Fue el creador de la revista *La Fraternidad*, redactor de la revista *El Republicano* e impulsor de una comunidad cabetiana en Barcelona. Miembro del Partido Federal, en 1873 fue diputado en las Cortes Constituyentes de la Primera República Española.



lucro como criterio para la formación del hogar, el cual ofrece tres posibilidades a la mujer, todas ellas igualmente insatisfactorias, la de señora, esclava o prostituta”<sup>460</sup>.

Por otra parte, las revistas *El Pensil Gaditano*, *El Pensil de Iberia* (su nacimiento fue en 1857 como continuación del anterior) y *La Buena Nueva*, dirigidos por las mencionadas Margarita Pérez Celis y Josefa Zapata, continuarían con el legado de revistas femeninas de honda influencia fourierista. En ellas colaboraron Fernando Garrido, Sixto Sáenz de Cámara, Narciso Monturiol, entre otros. Lo hizo del mismo modo, aunque sea menos conocido, el médico gaditano José Bartorelo y Quintana (1816-¿?), más concretamente en la *Revista Gaditana*<sup>461</sup>. En su artículo “Misión de la pareja humana sobre la tierra” (1865) el socialista gaditano reivindicaba mejoras en las condiciones laborales de la mujer y denunciaba la “privación de sus derechos” por parte del otro sexo:

“¿Y qué suerte le ha deparado el hombre al hacerse dueño de la legislación y del poder? La esclavizó, la privó de todos sus derechos, de la entrada a ningún cargo público, en el ejercicio de ningún ramo de la industria, pues la relega a los simples y exclusivos quehaceres de la maternidad (...) Entre los civilizados, los menos indulgentes para el sexo débil han sido los españoles”<sup>462</sup>.

En una dirección muy parecida, el demócrata y socialista utópico Sixto Sáenz de la Cámara (1825-1859), director y redactor de *La Ilustración: Álbum del Bello Sexo*, denunciaba la esclavitud de la mujer. Como otros hombres encargados de conducir en el periodo isabelino la dirección de revistas femeninas, Sáenz de la Cámara calificaba a

---

<sup>460</sup> Estas palabras forman parte de un texto de la revista fourierista gaditana *El Nacional*. Extraído de MARRADES, María Isabel, “Feminismo, prensa y sociedad en España”, *Papers: Revista de Sociología*, nº 9, 197, p. 101.

<sup>461</sup> Ana María Franco, Joaquina García de Balsameda, Rosa Butler, Ángela Arizu o Adela de la Peña son algunas otras de las articulistas pioneras del feminismo decimonónico socialista, más o menos activas en este microuniverso de publicaciones utopistas. Sobre la ligazón entre los foros intelectuales federalistas, fourieristas y feministas en el Cádiz de mediados del XIX hemos consultado MARCHENA DOMÍNGUEZ, José, “Mujer e ideología en el Cádiz isabelino: Las corrientes de vanguardia”, *Trocadero*, nº 8-9, 1997, pp. 267-276; y PÉREZ TRUJILLANO, Rubén, “Contrato social y género en el constitucionalismo republicano (1873-1883). Especial referencia al caso andaluz”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, vol. 10, 2015, pp. 291-313. Pérez Trujillano analiza el Proyecto de Constitución confederalista para Andalucía de 1883 que reconocía la plena equiparación entre los sexos en cuanto a sus derechos civiles y cita las peticiones de emancipación femenina del federalista Manuel Pérez Crespo. Véase PÉREZ CRESPO, Manuel, “Emancipación de la mujer”, *La Hispalense*, 1 octubre 1871. Lamentablemente no hemos podido tener acceso al artículo en cuestión.

<sup>462</sup> *La Buena Nueva*, 1 diciembre 1865. Extraído de RABATÉ, Colette, *¿Eva o María? Ser mujer en la época Isabelina (1833-1868)*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, p. 215.

su semanario con el epíteto de “genio protector” del sexo femenino<sup>463</sup>. A estas dosis de paternalismo masculino se añadían las de galantería y caballerosidad. En la primera entrega de su revista trasladaba su temor a no dar la talla en el arte de la cortesía y el galanteo con sus lectoras. “Bellas mías”, así se dirigía a sus “seiscientas hermosas suscriptoras”, por las que sentía el deber de servir en aras de instruir las y halagarlas en favor de su liberación.

En Europa, los sectores más ultramontanos y conservadores temían de las corrientes utopistas que iban arraigando. El sansimonismo se identificaba, en no pocas ocasiones, con una ideología disolvente de la familia en su apuesta por la emancipación de la mujer. Incluso los redactores de la publicación liberal madrileña *El Mundo Nuevo* no disimulaban sus temores ante una supuesta deriva sansimoniana detrás de la rebelión de María da Fonte en el Portugal de 1848, originalmente encabezada por un grupo insurgente de mujeres. En su llamada de alerta por la “efervescencia mujeril” de dicha revuelta, el periódico satírico, cuestionaba veladamente la masculinidad de los maridos con “faldones” que presumiblemente, al dejarse manejar por sus esposas, respaldaban sus anhelos emancipadores: “Unos, los que tienen mujeres feas y viejas, se han puesto de parte de las revolucionarias. Otros, y estos son los que tienen mujeres jóvenes y bonitas, se llevan las manos a la cabeza...”<sup>464</sup>.

En una misma línea, *La Guirnalda*, una revista quincenal dirigida a mujeres, persuadía a sus suscriptoras de que evitaran dejarse embaucar por los promulgadores del utopismo social y sus invitaciones a liberarse del sistema social instituido. Jerónimo Morán, redactor de este, pretendía convencerlas de que la revista era realmente “defensor del bello sexo”: “no creáis por Dios a esos alucinados utopistas que, titulándose abogados de vuestros derechos, son más bien destruidores de lo que constituye vuestra verdadera fuerza, vuestro mayor encanto”<sup>465</sup>.

---

<sup>463</sup> “A las que estaban suscritas al defensor”, *La Ilustración: Álbum del Bello Sexo*, junio de 1846, pp. 1-3.

<sup>464</sup> *El Mundo Nuevo*, 18 mayo 1851.

<sup>465</sup> *La Guirnalda*, 1 enero 1867, p. 1.

## **7.2 - Proselitismo y revolución proletaria: La retórica masculina emancipadora de la mujer**

Desde su fundación y durante los primeros años del periodo restauracionista, el Partido Socialista Obrero Español trató de arrogarse la exclusividad del feminismo frente al republicanismo federal. De todas maneras, pese a la pretensión de convertirse en el partido representante de las demandas feministas, el esquema mayoritario compartido dentro de la organización asignaba a los obreros industriales la tarea, en la más pura lectura marxista, de ser los protagonistas del proceso revolucionario. En cambio, a las mujeres proletarias, que trabajaban en similares o peores condiciones laborales, se las acotaba normalmente a su funciones de esposas, madres e hijas del hombre proletario, esto es, del sujeto revolucionario masculino. De modo que su participación política, salvo excepciones, se circunscribiría a un papel meramente auxiliar, por el cual ejercerían las labores más acordes a su “naturaleza”<sup>466</sup>.

De todos modos, algunos contados dirigentes del socialismo, a los pocos años de andadura del partido, hicieron público su respaldo a la conquista de los derechos de la mujer. El PSOE, desde sus inicios, recogió en sus programas electorales planteamientos de género en clave igualitarista, centrados cardinalmente en la necesidad de eliminar la desigualdad salarial y la explotación laboral de las mujeres. Este acercamiento a los derechos de la mujer se produjo, más que nunca, a partir de la II Internacional y del incremento de mujeres en el seno del PSOE<sup>467</sup>. A raíz del XI Congreso Nacional del PSOE y del Congreso Nacional de las Juventudes Socialistas de 1929, se redactaron y confeccionaron programas en los que se introdujeron reivindicaciones clave del feminismo de la época. En este XI Congreso el partido ya recogía la reivindicación del sufragio universal masculino y femenino, de la igualdad civil, de la creación de casas de maternidad para hijos de las obreras municipales, etc<sup>468</sup>.

---

<sup>466</sup> Véase NASH, Mary, *Mujer y movimiento...*, op. cit.

<sup>467</sup> Cabe destacar el empuje que dieron dentro del partido las juventudes socialistas y las agrupaciones femeninas socialistas para que las demandas feministas tuvieran un hueco cada vez mayor en los programas del PSOE. Véase AGUADO HIGÓN, Ana María, y SANFELIU, Luz, “Juventud, socialismo y compromiso político femenino: entre el asociacionismo y la militancia (1906-1931)”, *Ayer*, nº 100, 2015, p. 50.

<sup>468</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Politización femenina y pensamiento igualitario en la cultura socialista” en AGUADO HIGÓN, Ana María y ORTEGA LÓPEZ, Teresa M<sup>a</sup>, *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*. Universidad de

Pero más allá de las apelaciones programáticas, predominaba la idea de que el obrero varón era el protagonista de la revolución. Esta concepción es un condicionante para que se pueda hablar con propiedad de un muy extendido “feminismo socialista” en España. Todo ello a pesar de que este feminismo de clase fuese divulgado por notables mujeres socialistas: María Cambrils, María Lejárraga, Isabel Muñoz Caravaca, Margarita Nelken, Hildegart Rodríguez y otras menos conocidas como Lorenza Hita, Amparo Martí, María de Lluria, Julia Vega Elejalde o Ester Azcárate. Si bien, también debemos incluir a hombres adscritos al socialismo, especialmente al sociólogo barcelonés Santiago Valentí i Camp o al novelista extremeño Felipe Trigo.

Generalmente, el socialismo abordaba el denominado “problema de la mujer” como un aspecto diluido dentro de la opresión capitalista. Las mujeres no constituían un grupo diferenciado. Ni la situación de sumisión en la que vivían, o las discriminaciones que soportaban, procedían de raíces específicas a su condición sexual. A partir de esta lógica, de igual modo que el resto de las opresiones, la ocasionada sobre la mujer derivaba de la existencia de la propiedad privada y de su exclusión de la esfera productiva, lo que las relegaba a un estado de dependencia de los hombres. Según una visión extendida dentro del socialismo y de otras culturas obreristas revolucionarias, los esposos constituían simbólicamente “la burguesía” y las esposas “el proletariado”. Una pequeña parte del socialismo deseaba acabar con todo ello, pero no iniciando una lucha de la orientación dada por las sufragistas. La culminación de los objetivos del sufragismo conllevaba únicamente a la aplicación de un cuadro de reformas que podían dar libertad e independencia a unas pocas. Sin embargo, preservaba intactas las bases del sistema capitalista. En esta línea tenemos el folleto *Sexo, moral y familia. Contra los conceptos burgueses, la concepción proletaria* (193?) del socialista y nacionalista catalán Ángel Estivill i Abelló<sup>469</sup>. La emancipación de la mujer, según este esquema, debía de ir consistentemente unida a la de la clase obrera, pues constituían dos aspectos de una misma lucha.

Por consiguiente, los problemas de las mujeres, aun sin obviarlos, ocuparon un lugar secundario en la estrategia de los partidos socialistas y de los sindicatos de clase.

---

Valencia, Cátedra, 2011, pp. 145-172.

<sup>469</sup> ESTIVILL Y ABELLÓ, Ángel, *Sexo, moral y familia. Contra los conceptos burgueses, la concepción proletaria*. Barcelona, J. Horta, [193?].

Es más, deudores de un determinado tiempo y mentalidad, líderes y afiliados no siempre respaldaron a sus compañeras en sus inquietudes vindicativas: en avanzar en equiparación salarial, mejores condiciones de trabajo, derechos civiles, etc<sup>470</sup>. En los primeros momentos, incluso, fueron muchas las voces alzadas en favor de suprimir el trabajo asalariado de la mujer por una supuesta competencia con el masculino. En cambio, Pablo Iglesias calificaba dicha oposición al empleo femenino de error estratégico, porque resultaba poco recomendable eliminar “del ejército que en el campo económico pelea contra el capital un buen número de combatientes”. Sería mucho más útil “atraer a las obreras a las filas societarias y reclamar para la mujer el mismo salario que se da al trabajador”<sup>471</sup>. Bajo esta misma filosofía Manuel Deprit Sainz, con un tono no exento de paternalismo ni de proselitismo, emplazaba con entusiasmo a la admiración por las feministas socialistas:

“Eduquémoslas, pues, e instruyámoslas, que nuestras compañeras, con el tiempo, serán la más firme de los cimientos del grandioso templo levantado por los pueblos al Socialismo. ¡Honor a nuestras mujeres! ¡Respeto y admiración hacia nuestras feministas socialistas!”<sup>472</sup>.

Otro ejemplo de paternalismo masculino se da curiosamente en los textos escritos por la socialista María de la O Lejárraga. Las últimas investigaciones han ya demostrado que la verdadera autoría de los libros del escritor y director teatral Gregorio Martínez Sierra y el contenido feminista de los mismos corresponde realmente a Lejárraga, su esposa. Hasta hace unas décadas se consideraba que Gregorio Martínez Sierra era un vigoroso defensor de la igualdad de derechos entre los sexos. Bajo la firma de su marido, Lejárraga fue realmente quien publicó ensayos tales como *Cartas a las*

---

<sup>470</sup> Del socialista Juan Almela Meliá –hijastro de Pablo Iglesias– denunciando la dramática explotación laboral sufrida por la mujer véase MELIA, Juan A., “Feminismo práctico”, *España Nueva*, 26 abril 1908. Del mismo autor véase también “Las pañueleras”, *España Nueva*, 9 agosto 1908 y “Cómo se explota a las mujeres. Las escogedoras de trapos”, *El Socialista*, 3 agosto 1908. Citados en BIZCARRONDO ALBEA, Marta, “Los orígenes del feminismo socialista en España” en VV.AA., *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1990, pp. 137-158. Juan Almela Meliá fue restaurador de libros y director durante un tiempo de las publicaciones *Revista Socialista* y *Vida Socialista*.

<sup>471</sup> IGLESIAS, Pablo, “La explotación de la mujer y del niño”, *El Socialista*, Madrid, 1 junio 1888. Juan Almela Meliá en 1908 hablaba de “feminismo práctico” y “feminismo sufragista”, al observar las condiciones de trabajo de las trabajadoras y proponer como solución la sindicación de estas en UGT. AGUILAR, Alejandro, “Feminismo”, *Vida Socialista*, 25 octubre 1910, p. 7.

<sup>472</sup> DEPRIT SAINZ, Manuel, “Impresión feminista”, *Vida Socialista*, n° 98, 17 diciembre 1911. Reproducido en BIZCARRONDO ALBEA, Marta, “Los orígenes del feminismo...”, op. cit., p. 149. Del mismo autor también véase “Eduquémoslas”, *Vida Socialista*, n° 27, 3 julio 1910. Sobre Manuel Deprit Sainz no hemos podido recabar mucha información básica sobre su vida y su trayectoria política.

*mujeres de España* (1916), *Feminismo, feminidad y españolismo* (1917), *La mujer moderna* (1920) o *Nuevas cartas a las mujeres de España* (1932)<sup>473</sup>. Con el hallazgo de cartas privadas entre ambos se ha corroborado lo que ya se intuía. Lo mismo sucedió con obras de teatro y discursos que él firmaba, incluyendo artículos y ensayos. En estos textos, Lejárraga asumió inevitablemente la voz masculina para patrocinar los derechos de las mujeres: “Yo, pecador, he sido uno de los más entusiastas anunciadores de vuestro advenimiento. Le esperaba, le deseaba...”<sup>474</sup>.

Además, en diversas ocasiones, dirigió sus mensajes a mujeres de clase media y amas de casa, vertiendo en sus palabras una retórica paternalista orientada a aleccionar y aconsejar a su mismo sexo, aunque fuese a través de la “voz” de su marido: “Señoras mías, mediten ustedes valerosamente sobre la opinión que hoy se les ofrece”. El objetivo era, según sus palabras, el de convencer a la población femenina de la imperiosa necesidad de instruirse y luchar por sus derechos, pero sin eludir a su irrenunciable feminidad:

“El hombre debe ser hombre, y la mujer, mujer, y eso es lo que yo vengo predicando a las mujeres (...) desde que ando metido en estas andanzas de adoctrinar a las españolas, para hacerles comprender que, precisamente como mujeres, tienen grandes deberes que cumplir con la Patria, y que, para cumplirlos libre y eficazmente, necesitan gozar, como los hombres, todos sus derechos de ser humano”<sup>475</sup>.

La escritora socialista hizo hincapié, en diversas ocasiones, en el atraso cultural en el que vivían las mujeres españolas con respecto a los varones y, en consecuencia, en lo adelantados que estaban determinados intelectuales en cuanto a su respaldo a los principios feministas: “Señoras mías, no van a tener ustedes más remedio que ponerse a estudiar a toda prisa, para no dejar en mal lugar a los hombres ilustres que con tanta lealtad y generosidad defienden la causa femenina”<sup>476</sup>. Lejárraga se quejaba del escaso interés colectivo de las mujeres españolas por ganar sus legítimos derechos políticos y subrayaba la generosidad de los varones que en otros países habían luchado codo con

---

<sup>473</sup> Véase con respecto a su feminismo BLANCO, Alda, *A las mujeres: Ensayos feministas de María Martínez Sierra*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003. En lo relativo a su biografía y su relación con Gregorio Martínez Sierra RODRIGO, Antonia, *María Lejárraga: una mujer en la sombra*. Madrid, Algaba, 2005.

<sup>474</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *Nuevas cartas a las mujeres de España*. Madrid, Renacimiento, 1932. Extraído de AGUILERA SASTRE, Juan, “María Martínez Sierra: Artículos feministas a las mujeres republicanas”, *Berceo*, nº 147, 2004, p. 12

<sup>475</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *La mujer moderna*, op. cit., 71.

<sup>476</sup> *Ibidem*.

codo con las mujeres por su liberación:

“Esta victoria la hemos logrado sin combatir. Nos encontramos la igualdad entre las manos sin haberla siquiera deseado. Las mujeres inglesas y los muchos hombres que generosamente sostuvieron su causa pelearon por ella largos años con tesón heroico. Las mujeres norteamericanas la defendieron también largo tiempo con entusiasmo decidido, con tenacidad optimista, con invencible buen humor. A bien pocas mujeres españolas se les ha ocurrido alzar, no ya la voz, si siquiera el anhelo a favor de esta posibilidad. No creo que lleguemos a doce las que con meridional entusiasmo intermitente hemos defendido nuestro derecho. Creo que hay en España más hombres que mujeres feministas. Es natural. La idea de justicia, innata en el varón, no la adquiere la hembra –nacida para defender lo inmediato con uñas y dientes– sino a fuerza de cultura. Y la incultura es nuestra tragedia, la tragedia española. Tenemos, pues, el triunfo sin haberlo ganado. Ahora se trata de merecerlo y de justificarlo. ¡A eso estamos, señoras!”<sup>477</sup>.

El pesimismo de Lejárraga por el cual aseguraba que en los años 30 había más “hombres que mujeres feministas” no respondía a la verdad. La feminista socialista, en este caso, formularía dicha apreciación a partir de una frustración, al observar que la mitad de la población más supuestamente interesada en la adquisición de sus derechos actuara con enorme pasividad. Lejárraga, al mismo tiempo, establecía puntos de comparación con el sufragismo británico, que destacó en sus últimos lustros por una espectacular movilización que asombró a ambos lados del Atlántico. Recordaba la ayuda, en efecto, de un número importante de hombres a las militantes inglesas.

Lejárraga no fue la única en subrayar esta idea. En un debate-encuesta organizado por el periódico *La Libertad* se halla la opinión de una mujer que responde a las preguntas formuladas por la feminista ácrata Lucía Sánchez Saornil. Dicha mujer anónima argumentaba que “en España hay más hombres feministas que mujeres, lo cual hemos de agradecerles, pues, de lo contrario, iba para muy largo en nuestro país la concesión del voto femenino”<sup>478</sup>. Otras, al contrario, estimaron que hay pocos que den el paso de sostener su causa, aunque su número vaya en aumento. La periodista feminista federalista Consuelo Álvarez Pool (1867-1959), bajo el pseudónimo de Violeta, los adjetivó de “paladines” de la mujer:

“La causa feminista gana de día en día nuevas simpatías y valiosos adalides; uno de ellos es el ilustre escritor francés Paul Margueritte, que con verdadero entusiasmo se

---

<sup>477</sup> *Crónica*, 20 diciembre 1931, p. 10.

<sup>478</sup> *La Libertad*, 15 febrero 1924, p. 5.

ocupa frecuentemente de cuanto se relaciona con nuestros avances; y entre nosotros, aunque con medrosa parsimonia, van pareciendo poco a poco algún que otro paladín que rompa lanzas en pro de la emancipación de la mujer sierva... pero preciso es confesar, que abundan más los ironistas que los alentadores”<sup>479</sup>.

Efectivamente, dentro del socialismo español, pero también en otras culturas políticas de izquierdas, la retórica masculina en favor de emancipación del sexo femenino fue abundante, pero por motivos muchas veces proselitistas. No obstante, pese al carácter instrumental del posicionamiento, por ejemplo, del líder fundador del PSOE Pablo Iglesias a propósito de la mujer, se puede decir que fue una de esas excepciones significativas dentro del primer socialismo. Pablo Iglesias, desde bien pronto, mostró vivamente su preocupación por los problemas de las mujeres trabajadoras. Afirmaba Iglesias que la mujer viene “al mundo para cumplir los mismos fines que el hombre; (...) y debe, consiguientemente, tener los mismos derechos”<sup>480</sup>. Indudablemente, a pesar de manifestar ideas poco habituales, la intención proselitista parece indubitable ante la conciencia de que las mujeres podían constituir un sector fundamental a sumar para el avance del partido. No obstante, también dentro del socialismo anidaba el convencimiento, entre algunos militantes, intelectuales y dirigentes, de que su ideario y objetivos eran los únicos con capacidad de realmente acabar con la opresión padecida por el otro sexo:

“(...) del Partido Socialista forman parte las mujeres, y es natural que así sea, porque si los hombres necesitan emanciparse, ellas lo necesitan más, por ser mayor su esclavitud, y para acabar con ella no pueden ir a otro partido, ya que solamente el socialista lucha por la desaparición de todas las esclavitudes”<sup>481</sup>.

Otra muestra del interés por ganar la afiliación emocional de las mujeres al socialismo la encontramos entre las páginas del diario *Vida Socialista*. En particular, como muestran de ello, traemos a colación un artículo publicado por el dramaturgo, poeta y periodista Antonio Martínez Viérgol (1872-1935). El socialista madrileño proponía la creación de una liga de obreros jóvenes del partido que se dedicara a proteger a las mujeres de los ataques y acosos que sufrían en las calles. La iniciativa la ideó como una forma de ganarse la confianza y el respeto de las potenciales votantes, de

---

<sup>479</sup> VIOLETA, “Por el derecho. De feminismo”, *El País*, 23 agosto 1907, p. 1.

<sup>480</sup> IGLESIAS, Pablo, “La emancipación de la mujer”, *El Socialista*, 15 enero 1897.

<sup>481</sup> PONT VIDAL, Josep y INIESTA MANRESA, Rafael, *La utopía obrera: Historia del movimiento de los trabajadores españoles*. Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2002, p. 310.



cara a mejorar los resultados electorales del PSOE:

“Yo leí, hará un mes, la noticia de que en la calle de la Montera un obrero había tenido que salir en defensa de unas damas, a quien un grupo de señoritos mal educados traían acorraladas (...). Había un periódico que titulaba el suceso: «Como en Cafrería», y algunos pedían para acabar (...) con tales atropellos de la mujer en plena vía pública, el restablecimiento de la orden medioeval de los caballeros andantes. Y a mí se me ocurrió, ipso facto, venir a la Casa del Pueblo y pedir turno para hablaros y para poder deciros desde esta tribuna: Obreros madrileños, esos caballeros andantes tenéis que ser vosotros”<sup>482</sup>.

Martínez Viérgol consideraba que la caballerosidad obrera se hace necesaria ante el estado de servidumbre y esclavitud en que la mujer vive y más ante su “debilidad y su hermosura”. Un partido obrerista que respalda la emancipación de las mujeres, apostillaba el autor del artículo, también debía empeñarse en la “defensa personal” de la mujer agredida, porque “en este sentido caballeresco no hay ni mujeres burguesas ni mujeres proletarias: no hay más que mujeres”. A esto añadía que el PSOE debía defender la igualdad entre los sexos y a su vez que sus militantes practicasen la defensa personal con la fuerza física frente a otros hombres acosadores:

“La mujer, por las viejas leyes y las arcaicas costumbres, está esclavizada en España, reducida a la triste condición de cosa, y ya que el Partido Socialista, la clase proletaria, tiene como uno de los primeros dogmas de su credo libertador el de la Emancipación de la Mujer y la paridad de sus derechos a los derechos del hombre (...) ¿por qué no hemos de echar sobre nuestros hombros un cuidado más: el de la defensa personal de su debilidad y su hermosura?”<sup>483</sup>.

A continuación, aseguraba que para el triunfo del partido no se debía de menospreciar la “estética” que desprendían sus acciones. Quienes conformaban sus filas deberían actuar de forma cortés y protectora con los sectores más débiles de la sociedad, entre ellos las mujeres<sup>484</sup>. A su modo de ver, las mujeres agradecerían y aplaudirían el amparo que los militantes varones ofrezcan al preservar con valor y arrojo su integridad física. Con seguridad y rotundidad asertaba lo siguiente: “Yo os aseguro que ese bello gesto, que esa hermosa actitud tendrá su premio en las próximas elecciones”.

---

<sup>482</sup> MARTÍNEZ VIÉRGOL, Antonio, “La caballerosidad del obrero. La estética y el socialismo”, *Vida Socialista*, 10 agosto 1912, n° 131, p. 3.

<sup>483</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>484</sup> En Argentina se creó un grupo con objetivos similares. La bautizada como “Los defensores del bello sexo” buscaba salvaguardar la dignidad e integridad de las mujeres por los ataques que sufrían diariamente en la vía pública. Se la describe metafóricamente como una especie de “orden de caballería”. Contó con hasta 200 miembros preparados para el “combate”. *El Independiente: Diario de la Tarde*, 10 febrero 1892, p. 3.

Convocaba a la valentía y al “espíritu galante” de la juventud militante para la creación de una suerte de “Liga para la defensa de la mujer en las calles” que brinde “caballerosos auxilios” a las viandantes ultrajadas. Apelaba a una masculinidad heroica, la cual conectaba totalmente con la historia de lucha del partido:

“Lo traigo a colación porque como el Partido Socialista es un partido de lucha, un partido de guerra, un partido redentor que tiene que combatir a pecho descubierto (...) es preciso que os familiaricéis con los peligros, que sepáis que detrás de ellos encontraréis muchas veces la muerte, como ya la han encontrado infinidad de compañeros, y que no hay nada más hermoso que hacer, por el bien de la Humanidad, la dejación de nuestra vida. Pues bien, con arreglo a las ideas altruistas del credo del Partido; con arreglo a la familiaridad del desprecio de la vida que debe reinar entre sus afiliados, no es ninguna cosa extravagante lo que os vengo a proponer en esta conversación familiar de sobremesa; la defensa de la mujer en las calles contra la brutalidad de los hombres. ¿Cómo? Yo lanzo la idea entre la juventud socialista desde la tribuna del grupo de educación y cultura. El elemento joven de esta casa sabrá cómo ha de realizarla, si la cree digna de ser tomada en cuenta. ¿Mediante la formación de una Liga para la defensa de la mujer en las calles? ¿Mediante el uso de un distintivo que de a conocer a los juramentados? No lo sé<sup>485</sup>.

Por último, el autor insistía en que la caballerosidad no era patrimonio de la clase burguesa y en que antes bien son los grupos sociales privilegiados los que vulneraban la dignidad del sexo femenino en las calles. Para su defensa, la masculinidad obrera que Martínez Viérgol reclamaba sólo necesitaba de “los puños recios y los brazos fuertes”, porque “la caballerosidad no está en el traje, ni en la riqueza, ni en el abolengo”:

“No es en los barrios extremos donde más se nota esta falta de respeto al bello sexo, es en los barrios céntricos (...) y a las horas en que son exclusivo feudo de la población burguesa. (...) el vía crucis de la mujer madrileña, que oyen, a su paso por ellas, más ofensas a su dignidad y más ultrajes a su sexo que oyera Jesucristo desde el tribunal de Poncio Pilatos al monte Calvario. No es la gente de blusa la que comete estos desafueros; es la gente distinguida, la que viste bien, la que por su porte parece pertenecer a las clases privilegiadas. Nótase, también, en los teatros, en los espectáculos de varietés; es de las localidades de preferencia, de los palcos y de las butacas de donde parten las manifestaciones incorrectas, las alusiones groseras para las artistas. En fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que las demás clases sociales parece que no se preocupan de esta defensa de la mujer en la calle, como no se han preocupado de buscarla medios decorosos de subsistencia y de recabar para ella derechos humanos. Los pocos privilegios de que hasta hoy goza la mujer, la mejora de sus condiciones de trabajo se las debe al partido Socialista. Un gran triunfo de Estética sería que también le debiese este caballeroso auxilio”<sup>486</sup>.

---

<sup>485</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>486</sup> *Ibidem*.

En otros asuntos, dentro de los círculos intelectuales socialistas existía también una honda atención en torno al matrimonio y al estado de dependencia y subalternidad de las mujeres dentro del mismo. Para la conciencia general, el matrimonio era la “carrera” vital y primordial para cualquier mujer. Pese a este consenso social, se levantaron opiniones divergentes relativas al modelo matrimonial<sup>487</sup>. El socialista Antonio Parejo Serrada, en 1880, señalaba el nefasto panorama de las mujeres casadas, porque al contraer matrimonio renunciaban inevitablemente a su autonomía personal. Según Parejo, la relegación de la mujer, su aislamiento, la superioridad que se le supone al hombre o la relación de dominio-subordinación que se prescribe entre los cónyuges, empujaban a un buen número de mujeres a buscar refugio en la oración y la Iglesia. De esta suerte, señalaba que en base a la aceptada doble moral sexual el hombre mantenía relaciones extramatrimoniales sin ser prácticamente censurado por ello<sup>488</sup>.

Ante este escenario, circularon mensajes que buscaban soluciones más liberalizadoras para la mujer. Otra figura preocupada también por la condición de la mujer casada fue la del poeta y pacifista Adalberto Hernández-Cid. En su escrito *Catecismo feminista* (1914) aseguraba que “racionalmente no puede afirmarse que la mujer sea inferior al hombre, fue el hombre quien se proclamó ser superior”. El autor arremetió contra las teorías misóginas científicas que humillaban a la mujer, pero a su vez contra los autores literarios que la deificaban con “efectismos de valor puramente poético”<sup>489</sup>.

Otro caso fue el del catedrático socialista Luis Jiménez de Asúa, el cual en 1931 defendía un régimen de divorcio que favoreciera a la mujer y por el cual abrir la posibilidad legal de presentar una demanda de divorcio sin alegar pretexto alguno<sup>490</sup>. Este trato preferencial para las mujeres se hacía necesario, según él, porque “sólo en casos muy graves se deciden nuestras compañeras a prescindir de las ventajas sociales que el casamiento les proporciona, y la censura pública es hartamente fuerte en nuestro país

---

<sup>487</sup> Véase DE LUIS MARTÍN, Francisco, “Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936)” en LORENZO PINAR, Francisco Javier (Coord.), *La familia en la historia*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, pp. 261-292.

<sup>488</sup> PAREJA SERRADA, Antonio, *Influencia de la mujer en la regeneración social*. Guadalajara, La Aurora, 1880, pp. 163-167.

<sup>489</sup> HERNÁNDEZ-CID, Adalberto, *Catecismo feminista*. Madrid, Vda. e hijos de Pueyo, 1914, p. 6.

<sup>490</sup> JIMÉNEZ DE ASUA, Luis, *Al servicio de la nueva generación*. Madrid, J. Morata, 1930, p. 47. Extraído de ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Masculinidades en tela de juicio...*, op. cit., p. 8.

como para reprimir los raros impulsos aventureros que pudieran prender en algunas hembras”. Jiménez de Asúa, al comentar un caso de violencia de género ponía el punto de mira en las fluctuaciones sociales que estaban produciéndose en relación a la mujer y las resistencias violentas de los varones a renunciar a su supremacía:

“Las nuevas mujeres caminan deprisa por la ruta de la emancipación y afinamiento espiritual. El muchacho español, en cambio mantiene su punto de vista incomprensivo en materias conyugales... concibe el hogar como en el ochocientos. Prefiere que la mujer zurza calcetines, a verla interesarse por más altos problemas del espíritu (...) Si el mozo español no acelera su ritmo, la superioridad incipiente de la juventud femenina se convertirá en un desequilibrio dramático y acaso no sea la última vez que un anormal acorte la distancia con un golpe de navaja”<sup>491</sup>.

Sobre otra gran cuestión como fue la del derecho al voto, en el socialismo desde 1924 se reavivó una divergencia en torno a la concesión del sufragio a la mujer. Cuando la dictadura primorriverista despertó el tema a consecuencia de su reforma electoral aplicada al ámbito municipal, en ese mismo año, el socialista Manuel Cordero afirmaba: “Concedámoslas plenamente sus derechos políticos y en su propio ejercicio se educará y aprenderá (la mujer) a ser liberal”<sup>492</sup>. En términos muy equivalentes se pronunció Cordero durante una de las vivas discusiones sobre el sufragio femenino en las Cortes de la II República:

“A nosotros no nos preocupa (...) el peligro para la república porque la mujer tenga derecho a votar. (...) Cuando se promulgó el sufragio universal, los trabajadores vivían una vida inferior; su incultura era enorme; aquellos que pensaron en implantar el sufragio universal, no pensaron en los peligros que aquello pudiera tener, porque sabían muy bien que implantar el sufragio era abrir una escuela de ciudadanía para ir formando la capacidad y la conciencia de los trabajadores. Lo mismo ocurrirá con el sufragio de la mujer. ¿Tenéis miedo a como se pronuncie? Pues trabajad e influid en ella para que se produzca a tono con nuestras ideas. Eso es lo que corresponde a una vida activa de la política. Yo les digo además Sres. Diputados: Para nosotros hay una gran cantidad de mujeres trabajadoras, mujeres de la clase media, que sufren las consecuencias de las imperfecciones de la Administración Pública y que muchas veces sienten el deseo de intervenir en defensa de sus intereses y de los intereses de sus hijos, y entendemos que tienen perfecto derecho a intervenir (...)”<sup>493</sup>.

Manuel Cordero, como se ve, se oponía a la extendida idea dentro del socialismo de poner obstáculos a la libertad y autonomía de la mujer española por su supuesta

---

<sup>491</sup> JIMÉNEZ DE ASUA, Luis, “El divorcio”, *El Socialista*, 26 junio 1931.

<sup>492</sup> CORDERO, Manuel, “El voto de la mujer”, *El Socialista*, 14 marzo 1924.

<sup>493</sup> *Diario de las sesiones de Cortes*. 1 octubre 1931, Número 48.

vinculación a los valores oscurantistas del catolicismo (véase apéndice 6). Como ha afirmado la historiadora Ana Aguado, el respaldo que algunos hombres del PSOE dieron al sufragio femenino “no fue casual”. Fue, ante todo, resultado del esfuerzo e iniciativa que las mujeres feministas socialistas llevaban tiempo desplegando<sup>494</sup>. De este modo, el también socialista Andrés Saborit, nieto de Pablo Iglesias, trasladaba la misma inquietud que hombres como Manuel Cordero y otros socialistas partidarios de conceder a las mujeres el derecho al voto:

“Ahora van a tener voto las mujeres. Yo no soy enemigo del voto femenino, aunque considero que por el momento va a ser un mal; pero los socialistas debemos tener fe en las ideas y aplicar estas en todo momento, no cuando nos convenga. Es verdad que la mayoría de las mujeres están entregadas a la reacción, pero somos nosotros los responsables, por haberlas abandonado. Podrá decirse que el Directorio ha cometido una habilidad reaccionaria al conceder el voto a la mujer, pero nosotros pedimos el sufragio universal, y seguiremos pidiéndolo aunque por el momento triunfen las derechas. Tenemos completamente abandonado el problema feminista. No tenemos nada hecho”<sup>495</sup>.

Una vez vistos tal cantidad de ejemplos, antes de adentrarse en las destacadas aportaciones que en el campo de la igualdad hicieron los socialistas Felipe Trigo y Santiago Valentí i Camp, conviene detenernos en la figura de Enrique Diego Madrazo (1850-1942) autor regeneracionista y republicano-socialista. Este médico y escritor aunó dentro de su diseño utópico de sociedad la defensa de determinados derechos para las mujeres, en convivencia con una interpretación palpablemente machista del papel social femenino. El análisis del discurso de género de Madrazo ofrece la oportunidad de ahondar en los elementos de renovación y de continuidad que integraron la visión mayoritaria y reinante dentro del mundo masculino progresista. El pensamiento eugenésico y “pseudofeminista” de Madrazo representa uno de los ejemplos masculinos más rotundo de instrumentalización ideológica-revolucionaria del sujeto femenino.

La apreciación hecha por la historiadora Nerea Aresti sobre el objetivo del cirujano cántabro ilustra con acierto el estado de ansiedad masculino ante las nuevas cuotas de reconocimiento y poder de la mujer española. Nuevas conquistas que, en su momento, se identificaron con la irrupción de un feminismo cada vez más pujante.

---

<sup>494</sup> AGUADO HIGÓN, Ana María, “Politización femenina y pensamiento igualitario en la cultura socialista”, op. cit., p. 159.

<sup>495</sup> Estas palabras las pronunció en una conferencia y fueron recogidas en *El Socialista*. SABORIT, Andrés, “Observaciones al estatuto municipal”, *El Socialista*, 21 mayo 1924.

Como ha asegurado Nerea Aresti, “el doctor Madrazo (...) vio con gran claridad la necesidad de una reforma que ofreciera una salida, a la vez que evitase el temido riesgo de una solución radical de tipo feminista”. Dicho de otro modo, el proyecto de género de Madrazo se dirigía a difuminar una supuestamente fracasada “disyuntiva entre la absoluta sumisión femenina y el feminismo”<sup>496</sup>.

El médico cántabro oriundo de la Vega de Pas fue un filántropo y un eminente cirujano, el cual difundió una doctrina de fuertes connotaciones eugenésicas. De esta forma, planteaba como remedio a una supuesta decadencia racial española medidas concretas para una óptima selección de la especie. Esto se lograría por medio del matrimonio eugenésico, el basado en una pareja sexual que asegurase una descendencia genética de individuos sanos. El ideario de Madrazo hay que saber interpretarlo en el escenario cultural de su tiempo. A este respecto, hay que señalar cómo el paradigma eugenésico caló en el feminismo. La médica canadiense Emily Stowe (1831-1903) es una de las figuras más representativas de esta tendencia que entrecruzaba eugenesia y sufragismo. En España, por ejemplo, podemos mencionar a la conocida como “niña prodigio” Hildegart Rodríguez. Sobre la también socialista Matilde de la Torre y su texto “Feminismo y pacifismo” (1934) observamos las coincidencias entre su feminismo y los presupuestos eugenésicos de Madrazo<sup>497</sup>.

Por un lado, la enseñanza constituía un campo esencial a reformar. Según Madrazo, regenerar al ser nacional por medio de un cambio en los códigos de conducta social se hacía indispensable, en extremo los primeros años del individuo. Algo que es indicativo de su sensibilidad pedagógica fue el hecho de que Madrazo erigiera las escuelas laicas de la Vega de Pas. Fue un proyecto coeducativo para la niñez en los parajes montañosos de Cantabria que, pese a su corta duración, resultó ser de inusitada modernidad. Su programa eugenésico, en complementación con el educativo, tenía el fin de fomentar la creación de una sociedad nueva, una arcadía social bajo el dominio de unas leyes naturales que habían sido creadas por Dios y perturbadas durante siglos por

---

<sup>496</sup> ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Médicos, donjuanes y mujeres...* op. cit., p. 72.

<sup>497</sup> Véase DE LA TORRE, Matilde, “Feminismo y pacifismo” en HUERTA, Luis y NOGUERA, Enrique (Eds.), *Genética, eugenesia y pedagogía sexual. Libro de las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas*. Tomo I, Madrid, Morata, 1934, pp. 4-59.

la acción humana<sup>498</sup>.

Según su criterio, niños y niñas debían aprender a entender que sus distinciones no se tradujeran en sometimiento o dominación, sino en una alianza de complementación entre los sexos. En *Ensayos sobre instrucción pública* (1932) reconocía la igualdad educativa<sup>499</sup>. Pero Madrazo mantuvo una concepción “limitada” de la coeducación porque según él la mujer nace para educar y cuidar de la prole. Por esta razón, fijaba que en los dos grados post-escolares, a los dieciséis o diecisiete años, la coeducación se rompería con la finalidad de que cada sexo se dirigiera directamente a la preparación espiritual de su particular destino.

Con este plan coeducativo, el cirujano cántabro concebía que la portadora y protagonista de la educación en la niñez fuera la madre: “El destino de la compañera del hombre es el de madre y pedagoga, que es el más sobresaliente y trascendental de la industria humana en todas sus invenciones”<sup>500</sup>. Así pues, Madrazo no negaba a la mujer su incursión intelectual en la ciencia y en las disciplinas más elevadas del pensamiento, pero lo que más le preocupaba de su educación era que prevaleciese su papel de madre y esposa:

“¿Por qué la mujer no ha de intervenir en la confección del Código social, que ha de afectarla como al varón y, en muchos casos, más aún que al varón? ¿Por qué no ha de cultivar su sensibilidad artística y hacerla más exquisita, en demanda de mayor felicidad? ¿Por qué no ha de saber de artes, oficios y ciencias, si tiene demostrada su potencialidad en principio? ¿Por qué no ha de escoger la hembra a su compañero como este escoge a aquella? Ya sabemos, y en ello estamos conformes, que la industria primordial y favorita de la mujer será el arte de hacer hijos y educarlos. Más por esto mismo: siendo la madre la primera gran maestra de hecho que tiene la Humanidad naciente... ¿por qué se pretende que esta maestra primordial, la que ha de imprimir la primera e indeleble huella de la ciencia de la vida en los hijos, sea precisamente

---

<sup>498</sup> Ya más distante de su republicanismo de comienzos de siglo, la utopía socialista de Madrazo puede apreciarse con mayor nitidez en su texto “Un siglo de civilización bajo la influencia eugenésica”, publicado en su libro *El destino de la mujer. Carta entre mujeres* (1930).

<sup>499</sup> Véase en capítulo XII de MADRAZO, Enrique Diego, *Introducción a una Ley de Instrucción Pública*. Madrid, Imp. de los Sucesores de Hernando, 1918. Citado en MADRAZO, Enrique Diego, *Escritos sobre ciencia y sociedad*. Estudio preliminar de Manuel Suárez Cortina, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998, p. 212. Fruto de su anticlericalismo recalaba la oposición de la Iglesia a la coeducación: “temerosa de sensualismo y de los deleites sexuales”, calificándolo de “concepto pesimista que aborrece la vida”, “justamente el que debemos alejar de la conciencia humana, sustituyéndole por el optimista que realmente entraña” (...) “Para este empeño asociamos los sexos en largo período educativo, para que armónicamente lleguen a los albores de la juventud en el estado de comprensión cooperadora y solidaria que debe reinar en la sociedad definitiva”. *Ibidem*, p. 211.

<sup>500</sup> Extraído de *Ibidem*, p. 214.

ignorante y burda en sus conocimientos y sentimientos?”<sup>501</sup>.

A pesar de su intensa labor en el sanatorio y en las escuelas fundadas por él mismo, Madrazo también sacaba tiempo para poder dedicarse a escribir obras de teatro. Se trataba de un vehículo por el cual divulgar su doctrina social y pedagógica. Entre una de estas obras tenemos su comedia *Amor y belleza* (1913), en la que presentó su modelo de amor eugenésico. A su modo de ver, el nexos entre hombre y mujer debía de concebirse atendiendo a razones de selección de la especie, entre ellas la salud física de los cónyuges<sup>502</sup>.

En otra de sus obras titulada *Pequeñeces* (1913) escenificó el problema de las conductas sexuales con objeto de divulgar sus ideas acerca de la soltería, el matrimonio y la libertad sexual. En *Las Criadas* (1913) realizó una crítica indirecta a la moral sexual y a la familia burguesa. Advertía, en efecto, de las consecuencias y los riesgos de las jóvenes campesinas a prostituirse tras el mantenimiento de relaciones sexuales con un “señorito” burgués y al verse obligadas a asumir una maternidad no deseada. Por el contrario, su juicio negativo de la cultura burguesa se percibe de su particular caracterización descriptiva del ambiente de veleidad, trivialidad y superficialidad instalado en los ámbitos burgueses de sociabilidad femeninos. En contraste con la mujer de clase alta, Madrazo denunciaba las enormes dificultades y penalidades que padecían las mujeres del pueblo llano. Su visión utópica de la democracia rural y de la vida en el campo, alejada de la mundanal corrupción urbana, coincidía con su exaltación de la naturaleza. En su asociación entre mundo natural y feminidad, Madrazo ensalzaba la hermosura de un ecosistema que las sociedades capitalistas inevitablemente destruían. Síntoma de su preocupación, interpretaba que el avance industrial-capitalista estaba generando un proceso que había conducido incluso a desvirtuar la belleza femenina.

Por otra parte, el puritanismo de Madrazo se aprecia en su idea de que el acto

---

<sup>501</sup> Extraído de MADRAZO, Enrique Diego, *Escritos sobre ciencia...*, op. cit., p. 213.

<sup>502</sup> En este sentido recordemos el contrapunto filosófico de esta novela de Madrazo con, por ejemplo, una de las más famosas de Miguel de Unamuno *Amor y pedagogía* (1902). Avito Carrascal, personaje principal, desea engendrar un hijo con capacidades intelectuales de genio. Para ello buscó tenerlo con una mujer que condensaba atribuciones físicas idóneas, pero acabó dejando embarazada a otra mujer. Finalmente fracasa en su pretensión y con los años su hijo, por diferentes circunstancias, acabará confundido en un callejón sin salida existencial que lo llevará al suicidio. Curiosamente, esta novela fue editada por la Biblioteca de Novelistas del Siglo XX de Santiago Valentí i Camp, admirador y amigo del novelista.



sexual que no tuviera como finalidad la reproducción debiera ser anulado por lesivo y antinatural. La salud sexual y el sentido existencial de las mujeres, a su modo de ver, debían ir asociados a la maternidad: “Fracasa la vida de la mujer que no cumple con la maternidad. En este destino están sus anhelos y su alma, y fuera de él pierde el carácter humano, para confundirse con los demás animales”<sup>503</sup>. Incluso bajo su concepción de que el varón es irremediabilmente activo y desenfrenado sexualmente, propuso la “extravagante” solución de que las mujeres que no tuvieran en aquel futuro social una base fisiológica preparada para la reproducción sirvieran de complemento en el matrimonio para los hombres que no tuvieran otro remedio que satisfacer sus impulsos sexuales. Con las siguientes palabras Madrazo describía las funciones de las mujeres en la cuarta fase de su sistema social:

“Si el macho le solicita el placer sexual, a mí me solicita la belleza de mi hijo. Este conflicto anticoncepcionista quedó resuelto con las mujeres de complemento o sexualidad hiperestésica, inadecuadas a la reproducción”<sup>504</sup>.

De nuevo, la subjetividad masculina se posicionaba en favor de la satisfacción de los intereses de la sexualidad de los varones, una sexualidad entendida como activa e irrefrenable, en contraste con la de la mujer. Esto denotaría la legitimación –en este caso por parte de Madrazo– de un arraigado privilegio masculino, el de su incuestionable derecho de acceso al cuerpo de las mujeres. Todo esto difería notablemente con el repudio frontal de Madrazo hacia el estado de inferioridad jurídica y social al que la mujer española se veía sometida<sup>505</sup>. El pensador regeneracionista aducía que el hombre era responsable de tan grave injusticia. El varón históricamente había ejercido y ejercía una dominación desproporcionada sobre la mujer:

“En esta desigual proporción concurre al matrimonio, y todavía parecemos vivir en los pasados y ominosos tiempos en que la mujer no servía para otra cosa que parir guerreros para matar y dominar a sus enemigos, desempeñando el destino de una bestezuela doméstica resignada y convencida” (...) “¡Cuán poco posee de lo que es suyo; con qué tiranía menoscaban aquella hermosa obra de la naturaleza, hecha por inspiración del arte!” (...) “Es en esa mujer de quien has fabricado una esclava o una sierva” (...) “Tu alma egoísta y músculo brutal te dijo: Soy más fuerte, y te mando que me sirvas-; sin tener en cuenta que con ella formabas una unidad; que por ti sólo no eres nada” (...) “son precisas la suma, la compenetración de las dos mitades, hombre y

---

<sup>503</sup> *Ibidem*, p. 116.

<sup>504</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>505</sup> *Ibidem*, p. 106.

mujer, para que la unidad surja, y cuanto empeño has puesto y aun vienes poniendo en separarte de la hembra, empequeñeciéndola y borrando su verdadero carácter, en destrucción de ti mismo y trincheras que se oponen al ideal humano.” (...) “el alma de la mujer, al correr de tan continua servidumbre, se ha ido acostumbrando a ese espíritu de inferioridad atávica” (...) “A fuerza de coacción y de atenazar su alma ligada por tantos y estrechos deberes, sin independencia y sin derechos, despreciada y pasiva, se han ido achicando y perdiendo sus naturales gracias”<sup>506</sup>.

Sin embargo, aunque Madrazo reconociera la grave situación de explotación existente sobre el sexo femenino, consideraba que la mujer española no debía acceder completamente, en libre competencia con el hombre, a todas las esferas de la realidad social. En “Entre mujeres” Madrazo, incluso, ridiculizaba al feminismo por su intento de igualar a ambos sexos. Si dicho proyecto radicalmente igualitario se materializara, se produciría inevitablemente, según sus propios miedos, una alteración de la naturaleza y de sus leyes. La mujer, según Madrazo, ante todo debía custodiar su feminidad, un canon de mujer que no podía renunciar a la dulzura, la maternidad y la belleza.

Además, en el esquema ideológico del médico pasiego, se reconoce nuevamente aquella idea por la cual se entendía que –dada la naturaleza sensible y moralmente superior del sexo femenino–, con la incorporación de las mujeres a las funciones públicas y de gobierno, llegaría la paz entre las naciones y el fin de los conflictos bélicos. Con un optimismo nada vacilante, Madrazo aseguraba que, con el ejercicio del derecho al voto por parte de las mujeres, la bienhechora y virtuosa influencia de lo femenino atemperaría la impetuosa y destructiva naturaleza masculina:

“La madre trae el encargo de armonizar el espíritu masculino de la actual organización social con el de su compañera; es el amor que subyugará a la fuerza. Es la madre la que hará la paz para salvar a sus hijos. (...) Al penetrar la madre en la asamblea se hizo la luz y los ángeles tocaron la gloria, confundiendo en un abrazo fraterno a hombres y pueblos.” (...) “Caigan de rodillas todas las mujeres y enderecen al Dios de la justicia y de la piedad una oración, la más santa de las oraciones, la que la de el voto, el derecho de intervenir como compañera inseparable del hombre en los destinos del género humano”<sup>507</sup>.

En sintonía con lo que algunos regeneracionistas insinuaron tímidamente en sus escritos –a raíz de su pesimismo y de su fuerte crítica a la historia política y social de la España de los últimos siglos– Madrazo propuso con urgencia el final del monopolio de

---

<sup>506</sup> *Ibidem*, p. 105-106.

<sup>507</sup> *Ibidem*, p. 158.

poder masculino en la esfera pública:

“Basta de ensayos masculinos. La sociedad construida a imagen y semejanza del macho ha pasado. El hombre ha fracasado en lo de hacer una humanidad mejor, contar con la mujer, ésta viene a sacarle del barranco por su propia iniciativa”<sup>508</sup>.

### **7.3 - El socialismo individualista de Federico Trigo: Erotismo, amor libre e igualdad entre los sexos**

El escritor Felipe Trigo Sánchez (1864-1916), militar, médico rural y escritor, fue en su época uno de los novelistas más famosos y notorios en número de ventas, tanto en España como en América<sup>509</sup>. Fue autor de novelas muy aplaudidas por la crítica, entre ellas *Jarrapellejos* (1914) o *El médico rural* (1912). Este éxito le permitió mantener una vida holgada y lujosa, en la que pudo codearse con grandes escritores. Su obra, tanto ensayística como novelística, contenía un mensaje, constante y omnipresente: la redención de la humanidad gracias a la instauración del amor libre, el cual liberaría a la sociedad de la hipocresía y los prejuicios sexuales.

Defensor del amor libre e iniciador de la novela erótica de cuño naturalista radical –siguiendo la estela de los novelistas médico-sociales y republicanos como Eduardo López Bago, Rodríguez-Solís o Vega Armentero– abogó expresamente por la emancipación de la mujer. Pero en su caso dio un paso más allá que otros novelistas naturalistas: respaldó la coeducación, el derecho al voto de la mujer, el matrimonio civil, el derecho al divorcio y la equiparación económica y social entre los sexos<sup>510</sup>.

---

<sup>508</sup> *Ibidem*, p. 115.

<sup>509</sup> Para adentrarnos primeramente en la figura de Felipe Trigo y recopilar datos de su intensa trayectoria vital hemos leído MUELAS HERRAIZ, Martín, *Felipe Trigo: Transfiguración literaria de un reformismo ético y moral en la España de la Restauración*. Madrid, Pigmalion, 2014 y MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel, *La narrativa de Felipe Trigo*. Madrid, C.S.I.C., 1983, entre otras publicaciones. En su juventud marchó voluntario a la guerra de Filipinas. Allí, en una escaramuza, le asestaron siete machetazos, dejándolo muy herido y mutilado de una mano. Fue recibido en España como un héroe y propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando, la cual declinó aceptar. A lo largo de su vida tuvo tentativas de suicidio y se especula que sufrió de una neurastenia que le condujo, en la cima ya de su carrera literaria, a suicidarse por miedo a caer en la locura. El 2 de septiembre de 1916 se pegó un tiro en el salón de su casa, donde fue hallado por su familia junto a una carta en la que pedía perdón.

<sup>510</sup> GUERRERO CABANILLAS, Víctor, “La impostura feminista de Felipe Trigo”, *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 66, nº 2, 2010, pp. 677-715; RÍOS-FONT, Wadda C., “Horrenda Adoración: The feminism of Felipe Trigo”, *Hispania*, vol. 76, nº 2, 1993, pp. 224-234; LITVAK, Lily, “Felipe Trigo: Erotismo y feminismo en la “Belle Époque”” en CARNERO ARBAT, Guillermo (Coord.), *Actas del Congreso Internacional sobre el modernismo español e hispanoamericano y sus raíces andaluzas y cordobesas*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 1987, pp. 101-12; GARCÍA FUENTES, Enrique, ““La bruta”: Un apunte feminista más en la narrativa de Felipe Trigo”, *Revista de Estudios Extremeños*, vol.

Curiosamente, en una carta, fechada el 24 de diciembre de 1899, que Trigo escribió a Unamuno, él mismo calificaba a su novela *Las ingenuas* (1901) de “libro feminista”. En su aspiración de abrirse un primer paso en el mundo literario, además de pedir el espaldarazo de Unamuno, comunicaba su deseo de entablar amistad con Adolfo Posada y de solicitar a Jacinto Octavio Picón –del que hablaremos después– escribir el prólogo de dicha novela<sup>511</sup>. Con el tiempo, consiguió que su figura fuera reconocida, dentro de los círculos literarios, por ser el novelista feminista más célebre y decidido de su época. La chilena Amanda Laura Huberton, embajadora y escritora defensora de los derechos de las mujeres, se pronunció con enorme entusiasmo al valorar la obra de Felipe Trigo: “el artista que más hondamente se ha preocupado de la cuestión femenina”<sup>512</sup>.

A juicio de Felipe Trigo la mujer es, sin ninguna duda, igual al hombre en capacidades y derechos: “yo no dudo en aceptar una igualdad intelectual y moral absoluta entre el hombre y la mujer”<sup>513</sup>. Tras un previo examen de su fisiología, el novelista socialista refrendaba incluso que el sexo femenino superaba rotundamente al masculino en dotes sexuales y emocionales. La educación y la falta de instrucción habrían alterado dichas virtudes naturales. El entorno social desfavorable la había forzado, según Felipe Trigo, a resignarse fatalmente a dos funestos destinos: la castidad o la prostitución. En el primero de los casos predestinándola únicamente a funciones domésticas que limitaban injustamente sus horizontes y anhelos individuales.

Dedicó gran parte de su obra literaria a denunciar el hecho de que los varones tuvieran libre acceso a la prostitución y al adulterio. Ambas circunstancias, según Trigo, no le eran recriminadas socialmente al hombre en razón de un código moral arcaico, hipócrita y desigual con los sexos. En el séptimo punto de un ficticio programa de gobierno ideado por el propio autor –expuesto en su ensayo *Socialismo individualista* (1904)– pedía “reconocimiento de derechos políticos a la mujer y de aptitud para el ejercicio de todos los cargos y profesiones” y, en definitiva, “iguales derechos civiles”

---

71, n° 2, 2015, pp. 935-968.

<sup>511</sup> Hipotéticamente Trigo sabía de las inclinaciones feministas de ambos. La carta ha sido hallada en GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (Ed.), *El socialismo español y los intelectuales: Cartas de líderes del movimiento a Unamuno*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, p. 386.

<sup>512</sup> La valoración de la feminista chilena está extraída de MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel, *La narrativa de Felipe Trigo...*, op. cit., p. 91. Las palabras de Felipe Trigo en TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista: Índice para su estudio antropológico*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1904, p. 168.

<sup>513</sup> *Ibidem*, p. 168.

para ambos sexos (véase apéndice 9)<sup>514</sup>.

Según el criterio del escritor extremeño, las mujeres tendrían que disfrutar del incuestionable derecho a acceder a los mismos trabajos que los hombres y bajo la misma retribución económica. El Estado debía, a su juicio, asumir la responsabilidad de cuidar de la prole para, de ese modo, liberar a la mujer de dichas cargas y obtener la capacidad de realizarse y amar sin ninguna clase de ataduras. Como destacó la historiadora Geraldine Scanlon, “Trigo creía que las mujeres sólo podrían ser libres en una sociedad que reservara la mitad de los trabajos para ellas, les dieran vacaciones pagadas en caso de embarazo y se encargara del cuidado de los niños”<sup>515</sup>. Vemos pues, que el popular novelista afirmaba contundentemente que la igualdad de derechos entre los sexos debía de ser absoluta, requisito inexcusable para su liberación del yugo masculino:

“Yo veo en el porvenir de la mujer una vida de trabajo completamente igual que la del hombre. Una vida de dignidad y de deberes y derechos absolutamente iguales a los del hombre” (...) “el trabajo la redimirá de su ignominiosa esclavitud” (...) “la mitad de los puestos en los escalafones de los gremios, serán reservados para el mundo femenino, con completa igualdad con respecto al hombre en orden al tiempo y a la retribución y a las categorías” (...) “será libre cuando no necesite que el hombre la mantenga”<sup>516</sup>.

Desde su punto de vista, bajo un orden social más equitativo, la mujer gozaría de las condiciones idóneas en aras de poder “amar y ser amada por el amor mismo”. Además, frente a la misoginia instalada en la mente y la palabra de numerosísimos pensadores, filósofos, políticos e intelectuales, no dudó en contestar a sus ataques. Refiriéndose a la tristemente conocida sentencia de Nietzsche, Trigo sugería lo siguiente: “No basta haber dicho: ¿vais con mujeres? Pues no olvidéis el látigo; el látigo, genial incongruente, tal vez habría estado mejor si hubieses ido tú con yeguas”<sup>517</sup>.

Trigo reprochaba a los que trataban al sexo femenino con poéticas galanterías para enmascarar su sometimiento ante el sexo masculino. Con “bellas palabras” legitimaban,

---

<sup>514</sup> *Ibidem*, p. 205.

<sup>515</sup> SCANLON, Geraldine, *La polémica feminista...*, op. cit., p. 238.

<sup>516</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 165.

<sup>517</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida y en los libros. Mi ética y mi estética*. Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1911, p. 16.

a su entender, su enclaustramiento doméstico. De forma sorprendente Trigo desmontaba, con igual contundencia, la retórica caballeresca y galante que hombres antifeministas, pero inclusive feministas, solían emplear:

“¿Trabajar las mujeres? –empezarán protestando los románticos poetas; – ¿Trabajar el ser ideal, el ser dulcísimo hecho para el amor, la diosa de la vida a la cual rendimos culto eterno, la bella mitad del género humano?– Todo eso es verdad en los versos, que son mentira; pero después de haber leído el verso engañoso de las mujeres, vuélvanse a la realidad los ojos y se verá al ser idolatrado ¿en los altares de la consideración?... no, en las casas de prostitución sirviendo para escarnio de los amores, en las fábricas o en el río, tejiendo o lavando la ropa de los poetas, y las más dichosas, las más felices, de ángeles del hogar... es decir, de ángeles con aguja y con escoba y con soplillo para servirle como esclavas domésticas al hombre”<sup>518</sup>.

El afamado novelista recordaba a los adversarios de los derechos del sexo femenino que las mujeres ya ejercían duramente “los oficios más crueles y más viles”. Llevaban siglos y siglos “labrando yuntas tras sol a sol” y en otros lugares trabajaban, por ejemplo, de costureras, generalmente condenadas “a pasarse los días enteros en el taller y las noches tal vez llorando por tristeza”. Era un destino igual de doloroso que el de las “prisioneras perpetuas” (...) “de su hogar, de donde no puede salir sino con guardas a menos que desconfíen todos y su marido el primero de su lealtad y de su virtud”<sup>519</sup>.

Trigo aseguraba que la mujer trabajadora embellecería con el tiempo, pero únicamente cuando las condiciones laborales inhumanas, insalubres y alienantes quedaran abolidas. Desde una mirada masculina laudatoria de la hermosura femenina, auguraba que las mujeres ganarán con el trabajo fuera de casa no sólo en salud y vitalidad, sino también en hermosura:

“Si hoy nuestras señoritas (¡con qué pena escribo siempre este nombre!) son gatas de salón, princesas tristes y cloróticas, muchachas histéricas y modernistas de interesante belleza enferma, mañana serán guerreras, walkyrias... tipos de belleza sana y fuerte creados por la actividad”<sup>520</sup>.

La sensibilidad que Felipe Trigo transmitía ante la desdicha y pesadumbre de las mujeres se hace notoriamente palpable a lo largo de las páginas de sus ensayos, pero

---

<sup>518</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 164.

<sup>519</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>520</sup> *Ibidem*, p. 168.

también de su literatura. De esta forma, el novelista pacense, fruto en parte de su experiencia vital y profesional de años como médico de pueblo, describía el amplio espectro de penalidades soportadas bajo los hombros de las mujeres de la España rural:

“(…) nuestras campesinas, no son más que muecas de la belleza ajada en flor por el hambre, por la suciedad y por la fatiga: son viejas, las infelices, a los veinte años, sin haber sido jóvenes jamás” (...) “Cuando coman todas las mujeres, cuando trabajen y descansen, cuando no sufran las eternas penas morales que sólo íntimamente conocen ellas y nos dicen a los médicos, entonces todas las mujeres serán bellas, como las rosas, como los pájaros”<sup>521</sup>.

Felipe Trigo profesó un socialismo que podría ser calificado por lo menos de “heterodoxo”: “Mi socialismo es tal, que no se aviene, hoy por hoy, con el de nadie”<sup>522</sup>. Así puntualizaba su apuesta por un futuro mundo socialista muy en contraposición con la concepción mayoritaria reinante en las filas del socialismo. Para el escritor badajocense, el advenimiento del socialismo no culminará sin transformaciones previas, entre ellas la del status de la mujer. Contrariamente a lo que normalmente se teorizaba entre los círculos revolucionarios, Trigo no imaginaba que la emancipación de la mujer llegara a través del triunfo de la revolución de clase, ni que la primera tuviera que estar subordinada a la segunda. Al contrario, advertía de que sin avances significativos relativos a la situación económica y moral de la mujer –entre otros asuntos, como las aptitudes individuales o la cultura amorosa– el socialismo no sería en tal caso un estadio histórico deseable, porque fracasaría o se convertiría en un orden social desestimable.

Tachó de antidemocráticos y retrógrados a quienes defendían “la dispensación del trabajo social a la mujer” y a quienes la mantenían “para el servicio y el placer del hombre”<sup>523</sup>. Felipe Trigo reprendió a los que tildaba de “amigos del socialismo” y conculcadores de los “derechos distintos del hombre y de la mujer”. Censuraba a quienes se escoraban a blindar la revolución socialista a la mera “revolución económica”:

---

<sup>521</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 168.

<sup>522</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida...*, op. cit., p. 8. Durante el tiempo que trabajó como médico rural estuvo muy activo en la creación de la Agrupación Socialista de Badajoz, coincidiendo con la publicación de nueve artículos suyos en *El Socialista*. Más adelante evolucionó de un modo muy similar a Santiago Valentí i Camp hacia un reformismo radical, siguiendo la vertiente política del republicanismo de Melquiades Álvarez.

<sup>523</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 30.

“Y yo digo esto, desde ahora: O la condición de la mujer es tal que pueda su perfección en el tiempo libertarla de frivolidad, de instintos brutos ardientes y depravados y desvergonzados, o se hará imposible todo progreso fundamental en el orden sociológico. Imposible porque el medio burdel del medio mundo femenino pronto trascendido al otro medio y al masculino, daría al traste con toda bella sociedad anarquista, y con toda fuerte y reglamentaria sociedad comunista... a pesar de todos los números y de todas las interpretaciones del bueno de Carlos Marx. Todos estos innovadores se olvidan demasiadamente de que si la abundancia económica es la mitad de la base de la vida, la economía sentimental es la otra mitad. Para demostrarlo, ahí están los archimillonarios duques que de cuando en vez se levantan la tapa de los sesos”<sup>524</sup>.

Felipe Trigo apaciguaba temores al asegurar que ni el desempleo incrementaría, ni las condiciones laborales se resentirían a consecuencia de la inserción de la mujer al mundo laboral. Recelos extensamente compartidos dentro del mundo obrerista. Igualmente confrontaba argumentos frente a quienes alegaban la incapacidad femenina, por su condición gestante, para trabajar en fábricas y otros lugares donde se requiere gran resistencia y fuerza física. Planteaba a tal fin un sistema de bajas maternales justamente retribuidas por el Estado.

“Fisiológicamente. Bien ¿y qué? ¿Qué hay en la mujer períodos de gestación, de partos y de puerperio que las impedirán trabajar?... Como hay en el hombre periodos de jaqueca y de poder partirse una pierna que lo baldan para un mes y también se lo impiden” (...) “por bien de la especie, las mujeres, durante parte de sus embarazos y lactancias, trabajasen mucho menos o no trabajasen nada... sin perder por tal motivo su retribución del estado, ya que entonces, podría decirse, estarían dedicadas al trabajo más importante social en que ellas son insustituibles: el de crear nuevos y fuertes trabajadores”<sup>525</sup>.

Según su propuesta, la mujer al séptimo mes de embarazo se trasladaría a una “casa de maternidad asistida por mujeres”. En ese lugar “podría el marido pasar junto a ella, consolando sus sufrimientos, todas las horas que antes pasaban cada mañana o tarde en paseos o en teatros o en eróticas o artísticas delicias”. Durante las visitas del marido a la embarazada se desplegaría “toda la importancia de un aprendizaje paternal de cariño en los amantes”<sup>526</sup>. De todos modos, su diseño de un sistema de protección y

---

<sup>524</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida...*, op. cit., pp. 87-88. A tenor de la última frase de esta cita, es chocante que él mismo describiera con sorprendente detalle lo que coincidiría con su propio suicidio años más tarde. Él mismo fue un hombre “archimillonario” que terminó con su vida levantándose “la tapa de los sesos” con una escopeta. Como señaló con anterioridad Trigo padeció durante gran parte de su vida una enfermedad mental que lo llevó al suicidio.

<sup>525</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 169.

<sup>526</sup> *Ibidem*, p. 193.



cuidado de las embarazadas seguía también una lógica en beneficio de la reproducción y procreación de la futura clase obrera. Bajo su óptica –sin desprenderse de la concepción maternal de lo femenino– la mujer tendría en tal caso “el deber natural de parir hijos”<sup>527</sup>.

Trasladándonos a sus novelas, Trigo batalló en denunciar todo lo que representaba un viejo mundo del que relegaba, el del caciquismo, la clerecía reaccionaria y la explotación industrial. Pero también el de la sumisión de la mujer al marido, el modelo hogareño femenino y el de la cultura del amor basada en los celos y la posesión. En ese sentido, fue un enérgico propugnador de la libertad sexual y amorosa de las mujeres con el fin de que los dos sexos canalizasen libremente sus inquietudes naturales. En una sociedad socialista y en armonía el amor debía de encabezar la vida de su conjunto social.

Normalmente, la temática de su producción novelística giraba alrededor de las relaciones amorosas y sexuales, lo cual le reportó el calificativo de “escritor erótico”. En su caracterización de los prejuicios sexuales de la burguesía provinciana evidenciaba la hipocresía de su código de valores. El vehículo de transmisión de su mensaje fue la novela erótica. Pero en todo caso, la filosofía que pretendió divulgar al gran público no fue comprendida. Simplemente fue tildada de ser un mero ejercicio literario de lascivia, pecado y mal gusto. Sus ideas erótico-sociales en reclamación de una sociedad del amor libre hicieron que explosionaran ardientes polémicas y que se le acusara de pornógrafo y corruptor moral. Gran cantidad de críticos y críticas han subrayado la injusticia por el silencio que la obra de Felipe Trigo ha padecido hasta hace apenas 30 años, motivada fundamentalmente por el ocultamiento editorial que se impuso a su literatura durante los años del franquismo.

Según Felipe Trigo, para que sus teorías del amor libre pudieran ser realizables correspondía en todo caso que la mujer consiguiera liberarse de su esclavitud. De lo contrario, los hombres tampoco lograrían amar con plena libertad. Visto desde este punto de vista, Felipe Trigo aplicó una mirada, en casos concretos, netamente masculina a la situación de la mujer. Sin ser insensible, más bien al contrario, a las condiciones de indignidad de la población femenina, su proyecto de cambio del estado de predominio

---

<sup>527</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida...*, op. cit., p. 189.

varonil sobre las mujeres podría obedecer en parte a la búsqueda de beneficios para los varones. Con la culminación de su utopía social los hombres se encontrarían más cómodos para interactuar sexual y emocionalmente con un nuevo paradigma de mujer libre de corsés culturales y materiales.

Como ha afirmado el especialista en teoría de la literatura Ángel Martínez San Martín, existieron notables diferencias en las formas por las que Felipe Trigo, en su variada producción escrita, trató la problemática de la mujer. Así se aprecian, concretamente, entre sus ensayos teóricos y su obra de ficción. En su literatura se encuentra, a su entender, “cierto machismo larvado” y especialmente en sus escritos de ficción<sup>528</sup>. Por ejemplo, el arquetipo del hombre “redentor” que seduce a mujeres para “liberarlas” del organigrama social que las ata. Según la interpretación de Martínez San Martín, lo que pudiera ser identificado con cierto paternalismo fue un recurso repetido en la novelística del escritor. Una visión por la cual la liberación de la mujer se inicia y culmina ineludiblemente por iniciativa y resolución del varón. La idea de que la redención femenina debe ser pilotada o protagonizada por los hombres es una constante literaria y/o teórica anclada incluso en la praxis política. Como se está demostrando en esta investigación, esta tendencia estuvo muy presente en la lógica revolucionaria que asumía que la transformación social la correspondía ser capitaneada por una vanguardia masculina.

Paralelamente, otras de las críticas vertidas sobre la novelística de Trigo –desde la perspectiva de género– es la que sostendría que el autor asumiría tácitamente que lo masculino representaría el estadio a alcanzar por las mujeres en su proceso de liberación hacia la igualdad. Por el contrario, Litvak considera que Felipe Trigo no pretendió nunca que las mujeres se asemejasen a lo que representaba el varón, lo supuestamente superior. Al contrario, el autor anhelaba con que la mujer se encontrara consigo misma en condiciones análogas y de equivalencia con los hombres. Deseaba que regresara a una naturaleza femenina despojada por una educación que la convertía en un ser pasivo y esclavo. La galantería de Felipe Trigo junto a su tono en ocasiones condescendiente con la mujer, a juicio nuevamente de Ángel Martínez San Martín, propician a pensar que “su feminismo teórico, que no deja de ser un catálogo de buenas intenciones, se

---

<sup>528</sup> MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel, *La narrativa de Felipe Trigo...*, op. cit., p. 91.

diluye en el abigarrado mundo novelesco del autor”<sup>529</sup>. Según su punto de vista, el novelista socialista pareciera en sus novelas dotar a sus personajes masculinos de una mayor “superioridad” en detrimento de los femeninos.

En cierta manera, sin contrariar del todo esta tesis, las aparentes contradicciones de Felipe Trigo son susceptibles de avivar conclusiones tal vez demasiado apresuradas. Lejos de enjuiciar en estos términos a Felipe Trigo cabría considerar que responden tal vez a expresiones propias de la cultura masculina de su tiempo. Estos limitantes no harían automáticamente desmerecer la radicalidad y el carácter avanzado del ideario adoptado por Felipe Trigo a lo largo de su vida y su extensa obra literaria, sino que más bien ayudan a entenderlas y ubicarlas mejor en su contexto.

Siguiendo con el análisis del mensaje feminista de Felipe Trigo, sabemos que se esforzó también en desmontar el extendido prejuicio social de que las mujeres eran más lujuriosas. Ante tales afirmaciones, Trigo sostuvo que la razón por la que alguna mujer se dejara llevar no por el amor sino por el “vicio” y la “lujuria” estribaría en que habría caído maniatada por la perversión de la misma sociedad que la encarcelaba. Por consiguiente, este repetido mantra sobre la condición sexual de las mujeres era, según su parecer, un “fallo vulgar” de quienes procuraban acusar al sexo femenino “de todas las perversidades y perdiciones”<sup>530</sup>. En esta misma línea, censuró “la malevolencia que viene desde antiguo calumniando al bello sexo”. Cuestionó el hecho de que con ligereza se calificara a las mujeres, por un lado, como seres sexualmente fríos y, del mismo modo, libidinosas ávidas de deseos carnales –culpables de la perversión humana–. Felipe Trigo rememoraba datos traídos de su experiencia vivida a partir de su trayectoria profesional previa, la de médico rural:

“De cien mujeres casadas, 32 eran y habían sido siempre absolutamente insensibles en el acto sexual con sus maridos. 5 experimentaban dolor y repugnancia. 47 mostrábanse casi indiferentes en la mayoría de las ocasiones y recibían placer muy leve raras veces. Y de las 16 restantes, que parecían corresponder de un modo normal, aunque no constantemente, a la sensación, sólo una, según su testimonio, corroborado por el marido, se confesaba entusiasta, hasta el punto de ser ella quien tomaba la iniciativa conyugal muchas veces” (...) “entre diez y nueve prostitutas a quienes pude sujetar al interrogatorio en condiciones de sinceridad (...) once me confesaron que

---

<sup>529</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>530</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida...*, op. cit., p. 97.

jamás habían recibido el menor placer en el acto sexual”<sup>531</sup>.

De este modo, el escritor socialista se preguntaba y se respondía: “¿Carece del instinto sexual la mujer? ¿Lo posee al menos en menor grado y en otras formas que el hombre? No”<sup>532</sup>. Acto seguido, describía las contradicciones de la hipócrita cultural sexual y moral dominante y asimismo la suerte de la mujer según su clase social:

“(…) hay por lo general para la mujer, por lo tanto, según su procedencia de clase, (…) dos sociales e inversos modos de recibirla: el del vicio más brutal y repugnante, o el de la castidad más absurda y absoluta. Brutal y repugnante, aquel vicio, porque es el amor sin amor. (…) En efecto, si es horrible ver que a las abandonadas las espera el viejo sátiro impotente, para iniciarlas tal vez en la sensualidad con perversiones que las llenen de asco y desengaño, más horrible es ver que a las cuidadosamente educadas en la coquetería mimosa, las espera toda una legión de masculina juventud, para excitar sin tregua sus deseos, en nombre de la galantería, y al mismo tiempo en nombre del honor y la virtud, la prohibición terminante de la satisfacción sexual”<sup>533</sup>.

Felipe Trigo concluía que muchas de estas “infelices” mujeres caerían “en su mayor parte, pasando desde el lascivo viejo chulo que las abofetea, y desde el chulo al burdel”<sup>534</sup>. Señalaba que el egoísmo varonil conducía a las mujeres a estos callejones sin salida vitales: “rara vez piensan esto el hombre que va a satisfacer en ellas, como metódico plan, su lujuria. Y si este hombre es un sociólogo, luego (…) escribe quizás convencido sobre su mesa de trabajo: La lujuria femenina, tiene atestadas de mujeres las casas de prostitución –y no se da cuenta de que no, de que la lujuria suya es la que tiene las casas de prostitución atestadas”<sup>535</sup>.

Por otra parte, la infidelidad y los celos resultarían ser poderosas cortapisas en el libre desarrollo individual del amor. Constituían, a su modo de ver, la irremediable consecuencia de la ley de la herencia, del patrimonio y de la familia, transmisora de la propiedad privada. Todo ello se perpetuaba a través de la figura patriarcal del padre. En las siguientes palabras explicaba su visión en lo relativo a los celos y la posesividad amorosa:

“Por lo que supone de traición amorosa “oficialmente”, dejará de serlo en cuanto “oficialmente” se decreta que no lo sea. Con lo que se habrá logrado que toda la

---

<sup>531</sup> *Ibidem*, pp. 98-99.

<sup>532</sup> *Ibidem*.

<sup>533</sup> *Ibidem*, pp. 122-123.

<sup>534</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>535</sup> *Ibidem*.

sociedad no sea traidora a sus pragmáticas morales, como lo es hoy – traidora de hecho a la fe moral que exige la exclusiva del amor de cada mujer a un sólo hombre” (...) “¿Pero qué culpa al amor si la sociedad educa a las mujeres para costureras y para madres?” (...) “¡La iniquidad es tal, que la humanidad del porvenir tendrá que horrorizarse de cómo hemos tratado los hombres actuales a nuestras madres, a nuestras hermanas, a nuestras hijas!” (...) “El amor digno del porvenir, será posible en cuanto se eduque a la mujer y se la instruya en igual libertad (absolutamente igual) que al hombre”<sup>536</sup>.

Dentro de la visión de Felipe Trigo sobre las relaciones afectivas y el amor, sus críticas al matrimonio recordarían a la interpretación compartida por el socialismo utópico saintsimoniano y a las ideas de la condición social de la mujer de Charles Fourier. A juicio de Felipe Trigo, “el matrimonio no es cuna sino tumba del amor”<sup>537</sup>. Para mayor escándalo de sus contemporáneos, el matrimonio, para el autor extremeño, trascendería de su función tradicional, la procreación de hijos. Emplazaba incluso al sexo prematrimonial, sin que esto generase un sentimiento de “deshonra social” por el cual a las mujeres se las estigmatizaba<sup>538</sup>.

Felipe Trigo, por otro lado, identificaba a la prostitución como institución al servicio del Estado burgués y como la prueba más palmaria de la hipocresía sexual burguesa. Describía esta cultura sexual de sexofóbica en teoría. Esta cultura delimitaba el acceso de los hombres al cuerpo de unas mujeres etiquetadas “de bien”, las enclaustradas sexualmente bajo el abrigo de su castidad. Mientras, a su vez, se legitimaba el hecho de que los hombres accedieran a todas las demás –las “lujuriosas”–, las que malviven en la pobreza y la indignidad<sup>539</sup>. Sin embargo, según contaba el escritor Ramón Gómez de la Serna, Trigo tenía la costumbre de presumir de “tener

---

<sup>536</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., pp. 94-95.

<sup>537</sup> ZAMORA CALVO, María Jesús, “El velo prostituido y la espiga...”, op. cit., p. 928. Como afirma Martín Muelas Herráiz “esa misma sociedad respetabilísima se encargaba de poner infinitas trabas a la libre unión de jóvenes parejas no independizadas económicamente, según le ocurriría al propio Trigo, convirtiendo el matrimonio en un mero contrato de conveniencias donde no contaban para nada las afinidades afectivas de los contrayentes ¿Esto significaría que el propio Felipe Trigo no pudo escapar en vida de lo que él mismo reprendía y criticaba?” MUELAS HERRÁIZ, Martín, *La obra narrativa...*, op. cit., p. 22.

<sup>538</sup> CASTAÑAR, Fulgencio, “Erotismo y sociedad...”, op. cit., p. 43.

<sup>539</sup> En su relato autobiográfico *En camisa rosa* (1916) –el cual formaría parte de una obra *Las sonatas del diablo* de 6 volúmenes–, sorprendentemente Felipe Trigo hizo memoria de cómo a los 11 once años tuvo su primera experiencia sexual con una mujer prostituida. A lo largo de los siguientes párrafos, atestigua, según lo que recuerda, que ella sería una víctima más de una sociedad basada aparente y engañosamente en la “respetabilidad” burguesa. Una cultura preocupada por salvaguardar la castidad de las señoritas en su carrera hacia el matrimonio y excluyente con las demás, las que arroja a la prostitución. Los jóvenes como él utilizarían los prostíbulos y a las criadas de la casa para consumir sus instintos sexuales. MUELAS HERRÁIZ, Martín, *La obra narrativa...*, op. cit., p. 22.

deberes de Don Juan a tenor de sus novelas y por causa de la emoción que provocaban en algunas mujeres”<sup>540</sup>. Curiosamente, una de sus novelas, *Sor demonio* (1909), era una crítica “a un tipo de hombres despreciable para Trigo: el “Don Juan”, el hombre que desprecia a la mujer y no conoce más amor que el carnal”<sup>541</sup>. De este modo, Trigo revelaba su aborrecimiento a este prototipo varonil, desaprensivo y mujeriego que “farda” de sus conquistas femeninas:

“El símbolo de este tiránico y miserable egoísmo de los hombres, es un drama que todos los años se aplaude: Don Juan Tenorio: mientras más mujeres deshonor, más bravo, más estimable, más arrebatador. La vida de Don Juan una especie de coto, donde las perdices son las mujeres”<sup>542</sup>.

En este caso, Felipe Trigo denunció el daño que ejercían estos donjuanes al sexo femenino. Pero también alzó su voz frente a la perversión que causaban al desvirtuar lo que representaría, a juicio suyo, el ideal de amor puro, sincero y virtuoso a construir en un porvenir social igualitario:

“Caza o guerra. Formas del amor archiclásicas. Vedlo, su dios es un ciego chiquillo armado con una flecha. Todo lo que tiene el concepto general del amor es guerrero o venatorio, desde su vocabulario hasta sus procedimientos. Se dice: Sitiar a una mujer–.vencerla–.Conquistarla. Se la llama: Gacela.–Paloma–.Garza–.Inocente cervatilla;– y al hombre Gavilán. Empezar a amar, es: tender las redes–.Poner la trampa. Cuando don Luis Mejía y Don Juan Tenorio forman en el figón la lista de amantes, como de perdices cobradas, aplaude el teatro todo... incluso las perdices. Además, Don Juan es el prototipo de hombre de amor, porque es bestia, embustero y valiente. Una plaza de virtud se soborna, como un fuerte. Una plaza de inocencia, con engaños. Y únicamente, cuando en la batalla resulta matrimonio, queda vencido el hombre... prisionero... y su enamorada triunfal se llama esposa como las de los presos” (...) “Y otros tantos de insolencia, de brutalidad y de escarnio para el amor. De su vocabulario los hombres, como si se tratase de la cosa más vil, han hecho rufianescamente el vocabulario rufianesco” (...) “Creo que no es posible mayor estupidez”<sup>543</sup>.

Una prueba más del rechazo, cada vez más acusado durante principios del siglo XX, del modelo de masculinidad donjuanesca lo encontramos incluso en declaraciones a pie de calle, de personas anónimas de la sociedad. Con motivo del cambio de década, un joven estudiante anónimo de 20 años responde a un cuestionario del diario *El Sol* sobre diversos temas (política, filosofía de vida, patriotismo). Sus respuestas al respecto

---

<sup>540</sup> Extraído de *Ibidem*, p. 48.

<sup>541</sup> *Ibidem*, p. 168.

<sup>542</sup> TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista...*, op. cit., p. 165.

<sup>543</sup> TRIGO, Felipe, *El amor en la vida...*, op. cit., pp. 90-91.

llaman la atención. En sus contestaciones plasma su concepción sobre lo que significa, según él, el amor para las generaciones más jóvenes. Resulta llamativa su respuesta al respecto. Presumimos, atendiendo a su discurso, que el joven pudiera sentirse próximo a opciones políticas de izquierdas, ya que cuestionaba el influjo de las religiones, los privilegios de las clases sociales más pudientes y el enorme peso de la “exaltación patriotería” en la lucha entre pueblos:

“El amor de este género no pasará nunca, de moda. Será más fuerte, más real y más vivo que el de las generaciones pasadas. Estas condenan este amor. Lo condenan por boca de sus moralistas, de sus sacerdotes. Prefieren una sociedad en que existan la prostitución y el donjuanismo: yo casi no me atrevería a decir porque así les conviene a ellos. Por eso trabajan contra la emancipación de la mujer. Y quieren que ésta no sea más que un instrumento de placer. Los jóvenes queremos que nuestras mujeres sean nuestras compañeras; queremos que tengan una educación sana, que puedan valerse por sí mismas. No queremos que consideren el matrimonio como su única carrera”<sup>544</sup>.

Felipe Trigo, un intelectual y escritor de cierta fama, compartía valores sobre el amor y el matrimonio semejantes a los de este desconocido joven de izquierdas, representativo de una minoría presumiblemente urbana de la sociedad de fin de siglo. La emergencia de este tipo de discursos trasluce los cambios de mentalidad que estaban operando lentamente en España. Trigo, como otros hombres, no fue una excepción al apostar públicamente por una nueva cultura del amor y de las relaciones entre los sexos. La especialista en literatura española Lily Litvak, a tenor de entrar en contacto con la novelística de Trigo, consideraba –con excesivo entusiasmo– que Felipe Trigo “al asociar la emancipación social y política de la mujer a su liberación erótica” se adelantaba “a la revolución social y al woman's lib de nuestros días”<sup>545</sup>. Más allá de que la observación pudiera resultar un tanto excesiva, parece innegable que el escritor badajoceno, en esta materia, fue uno de los hombres españoles más avanzados en los umbrales del siglo XX.

---

<sup>544</sup> “Lo que piensan los jóvenes”, *El Sol*, 10 enero 1930, p. 1.

<sup>545</sup> LITVAK, Lily, *Erotismo fin de siglo*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012, pp. 185-186.





## CAPÍTULO VIII

### EVA REDIMIDA Y REDENTORA: SOCIOLOGÍA Y FEMINISMO EN LA OBRA DE SANTIAGO VALENTÍ I CAMP

*“La mala fe de la literatura de los feministas en general se evidencia en la conducta que de éstos observa ante los datos empíricos que le son desagradables”*

Edmundo González Blanco<sup>546</sup>

El editor, periodista y sociólogo Santiago Valentí i Camp (Barcelona, 18 de diciembre de 1875 – Barcelona, 4 de marzo de 1934) publicó, a lo largo de su larga trayectoria intelectual, un buen número de artículos y obras en defensa de los derechos de las mujeres<sup>547</sup>. Entre sus escritos destacan *Las reivindicaciones femeninas* (1927), *La mujer ante el amor y frente a la vida* (1932) –prologado por Américo Castro–, *Elena Key: libertad de amar y la mujer del mañana* (1933), *Eva redimida y redentora* (1933) y *Arturo Schopenhauer: su pesimismo y su misoginia* (1933)<sup>548</sup>. Asimismo, pese a ser

---

<sup>546</sup> GONZÁLEZ BLANCO, Edmundo, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*. Madrid, Editorial Reus, 1930, p. 330.

<sup>547</sup> Era hijo de Ignacio Valentí Vivó (1841-1924), catedrático de medicina legal y toxicología de la Universidad de Barcelona. En 1869 Valentí Vivó publicó una propuesta para la creación en 1908 de lo que sería posteriormente la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Sobre la figura de Santiago Valentí i Camp existen contados artículos: FONTRODON, Mariano, “Santiago Valentí i Camp, un gran personaje olvidado”, *Historia y Vida*, n° 347, 1997, pp. 114-119; TORNÉS, Teresa, “Los orígenes de la sociología en Cataluña y la figura de Santiago Valentí i Camp”, *Papers. Revista de Sociología*, n° 31, 1989, pp. 175-184; SOTELLO VÁZQUEZ, Marisa, “El proyecto editorial de Santiago Valentí i Camp a través de su correspondencia con algunos escritores españoles”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año 84, 2008, pp. 295-319.

<sup>548</sup> Estos dos últimos escritos fueron publicados en prensa. Pero Valentí i Camp también publicó sobre Elena Key un artículo muy semejante con un título también similar en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza: VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La mujer de mañana: La vida y las obras de Elena Key”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1918, pp. 333-364. La obra sobre Ellen Key fue reeditada a partir de un capítulo de *Las reivindicaciones femeninas*. Precisamente, por iniciativa de Valentí i Camp se tradujeron algunos de sus libros en España. Autora de *El siglo de los niños* (1900), Elena Key fue una reformadora de la escuela adscrita al naturalismo pedagógico. Para Susana Tavera la publicación de *Reivindicaciones femeninas* tenía fundamentalmente la intención de divulgar en España el feminismo de la pedagoga sueca. TAVERA GARCÍA, Susanna, “Guerra civil y anarcofeminismo. Sus antecedentes históricos” en CALLE VELASCO M<sup>a</sup> Dolores y REDERO SAN ROMÁN, Manuel (Coords.), *Guerra Civil: Documentos y memoria*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006, p. 58.

poco conocido, fue uno de los introductores y precursores de la sociología en España<sup>549</sup>. Su libro más conocido *Vicisitudes y anhelos del pueblo español* (1908), en el que elaboró un estudio sobre las características psicosociológicas y antropológicas de la sociedad española, entronca con un espíritu visiblemente regeneracionista. Ya en esta obra, apostaba con suma claridad por la equiparación de derechos entre hombres y mujeres<sup>550</sup>.

Santiago Valentí i Camp estudió la carrera de derecho en la Universidad de Oviedo, donde recibió clases de Leopoldo Alas Clarín. En 1892, con 17 años, ingresó en el Partido Republicano Progresista liderado por Nicolás Salmerón. Elegido diputado provincial y concejal del Ayuntamiento de Barcelona se inició muy temprano en el “periodismo militante”. Más adelante, se afilió al PSOE y fue elegido presidente del Ateneo Socialista de Barcelona<sup>551</sup>. *Las reivindicaciones femeninas* (1927) y *La mujer ante el amor y frente a la vida* (1932) constituyen sus dos principales libros feministas. Dos voluminosas obras de aproximadamente 500 páginas en las que, con gran erudición y espíritu sociológico, estudió en profundidad los movimientos feministas<sup>552</sup>.

Ambos libros llaman la atención por sus apéndices bibliográficos de unas 6000 referencias de libros, folletos y artículos de temáticas relacionadas con la mujer y el feminismo. Estas recopilaciones constituyen una fuente histórica de gran valor, superando en número y variedad al inventario bibliográfico elaborado por Adolfo Posada para su libro *Feminismo* (1899)<sup>553</sup>. Tras la lectura de sus textos dedicados a

---

<sup>549</sup> Sobre la contribución de Valentí i Camp a la introducción de la ciencia sociológica en España véase GIMENO i TORRENT, Xavier, “El estudio de la institucionalización de la sociología en Catalunya: un estado de la cuestión” en *Revista Catalana de Sociologia*, nº 28, 2012, pp. 69-77 y TORNÉS, Teresa, “Els orígens de la sociologia a Catalunya i la figura de Santiago Valentí i Camp”, *Papers: Revista de Sociologia*, nº 31, 1989.

<sup>550</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*. Barcelona, Biblioteca de Ciencias Sociales, 1911, p. 268. Extraído de TORNÉS, Teresa, “Els orígens de la sociologia...”, op. cit., p. 183.

<sup>551</sup> Además, fue director de la revista *Labor Nueva: Revista Internacional* –fundada en 1904– y redactor de *El Diluvio*. En el plano editorial fundó y dirigió la Biblioteca de Novelistas del siglo XX, la Biblioteca Sociológica Internacional, la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales y la Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea. También fue iniciativa suya la fundación de la Biblioteca de Escritores Contemporáneos. Otras de sus obras principales son *Bosquejos sociológicos* (1899), *Atisbos y disquisiciones* (1908) y *La Antropología criminal y las disciplinas afines* (1908).

<sup>552</sup> La feminista Regina de Lamo (1870-1947), abuela materna de Lidia Falcón, fue la prologuista de esta obra. Ella también redactó el prólogo del libro *Escrits politics* de Federica Montseny. Llamativamente, el círculo se cierra con el hecho de que Federica Montseny hizo una reseña, a la que luego haremos alusión, no muy elogiosa de *Las reivindicaciones femeninas* de Valentí i Camp.

<sup>553</sup> Según presumió el autor, su apéndice bibliográfico sobre las temáticas del feminismo y de la mujer era

reivindicar los derechos de la mujer se hace inevitable tener la sensación de encontrarse ante un monumental y apasionado esfuerzo de estudio e investigación<sup>554</sup>. Del siguiente modo, explicaba Valentí i Camp las razones por las cuales empeñó cuatro décadas de su vida a auscultar los factores de metamorfosis social de un mundo que, él mismo sentía, ya no era el mismo a raíz de las conquistas logradas por los movimientos de mujeres:

“Creemos que el hecho de haber consagrado, muy cerca de cuatro decenios, a la lectura de millares de libros y opúsculos (...) acerca de temas y cuestiones que atañen a la feminidad, habría de permitir, a quien esto escribe, analizar (...) la profunda transmutación que se está operando en lo íntimo de la conciencia de las sociedades”<sup>555</sup>.

Pero ante esta evolución de profundas consecuencias, Valentí i Camp, más que temeroso, abrigaba una inusual esperanza. Abrazó las demandas de los movimientos feministas de su tiempo. Tanto fue así que él mismo, sin ningún tipo de vacilación, se autocalificaba con el adjetivo de “feminista”:

“los hombres que compartimos los principios de la liberación del sexo oprimido” (...) “quienes hiciéramos profesión de feministas, no sentimos el menor asomo de inquietud, ante los avances que consigue la mujer intrépida”<sup>556</sup>.

A pesar de que Valentí i Camp se definiera “feminista”, visto desde una óptica actual, son patentes las limitaciones de sus formulaciones. Sus extensas opiniones acerca del amor, la sexualidad, la prostitución, la maternidad, la familia, el matrimonio, y demás esferas de las relaciones de género permiten notar, con especial nitidez, los juegos de ambivalencias entre los elementos continuistas y renovadores de los discursos feministas articulados en su tiempo por hombres.

## 8.1 - Un análisis sociológico del feminismo

Valentí i Camp fue un experto observador de la realidad social de su tiempo. A lo

---

“el más basto y completo que figura en libro alguno”. VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas: la mentalidad y la condición de la mujer, el trabajo de la fémina, el amor y el matrimonio, la vida del niño y la familia, la criminalidad sexual, la transformación social y la cultura, la felicidad, la mujer de mañana y el pacifismo, apéndice bibliográfico*. Barcelona, J. Ruiz Romero, 1927, p. 281.

<sup>554</sup> Además, hemos hallado que en 1901 Valentí i Camp impartió en el Ateneo de Madrid una conferencia sobre feminismo. Recogido como noticia en el diario *Heraldo de Madrid*, 23 marzo 1901, p. 2.

<sup>555</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor y frente a la vida: Teorías, sistemas y opiniones de feminófilos, antifeministas y feminóforos*. Barcelona, Librería Síntesis, 1932, p. 397.

<sup>556</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 400. Ya lo hizo en varias ocasiones a lo largo de su obra: “los feministas a ultranza, podemos afirmar...”. VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 109.

largo de su obra, se mostró muy consciente de las vastas repercusiones económicas y sociales que la I Guerra Mundial había acarreado. Señaló, en términos cuantitativos, la superación de la población femenina en detrimento de la masculina tras la Gran Guerra. Dicho giro demográfico obligó a tomar conciencia de que no había suficientes varones para cubrir las exigencias derivadas de la producción económica. Esta carencia facilitó a las mujeres su acceso a parcelas de las que hasta entonces habían sido excluidas. Observaba que la Gran Guerra fue un acontecimiento de gran trascendencia para los avances en las demandas feministas:

“(...) la mujer se impuso, porque demostró (...) que no sólo poseía aptitudes para desempeñar oficios y profesiones varoniles” (...) “Ello reveló que sus facultades intelectuales tienen una plasticidad superior a la que le concedían los psicólogos”<sup>557</sup>.

Evidenciaba lo equivocados que estuvieron quienes se oponían a la incorporación de la mujer a determinados espacios del mundo profesional y más los que la negaban valía e igual capacidad que los hombres para la ejecución de actividades intelectuales, físicas y de liderazgo:

“La Eva de nuestros días (...) ha recorrido más camino que sus antepasadas durante todo el siglo XIX. Si examinamos la situación de dependencia y opresión, en que se hallaba antes de estallar la gran guerra y se compara con las ventajas que ahora ha obtenido, habrá de convenirse, en que la realidad, supera a todas las hipótesis favorables que habían imaginado los espíritus soñadores”<sup>558</sup>.

Después de todo, el esfuerzo del sexo femenino, aunque determinante para el triunfo bélico, quiso ser visto como una suerte de espejismo. Quienes más se oponían a los avances del feminismo anhelaban que el sistema normativo de género volviera a restablecerse sin fisuras y que las mujeres retornaran a sus funciones de antaño. Así se produjo, pero sólo en parte. Tras el regreso de los varones supervivientes de la Guerra, estos desalojaron a un gran número de mujeres de los puestos de trabajo provisionalmente desempeñados. Pero muchas otras, en los países más industrializados, fueron accediendo a nuevas profesiones cada vez más remuneradas<sup>559</sup>. Esto transcurrió de un modo relativamente rápido, tal como apuntaba Valentí i Camp:

---

<sup>557</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., pp. 44-45.

<sup>558</sup> *Ibidem*, p. 266.

<sup>559</sup> La historiadora Gloria Niefra ha abogado por una visión más equilibrada y menos “triumfalista” sobre los avances que se produjeron con la I Guerra Mundial en materia de reconocimiento de derechos y de mejora de la situación de las mujeres en los países beligerantes NIELFA CRISTOBAL, Gloria, “¿El siglo de las mujeres?”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 21, 1999, p. 68 en adelante.

“Los prejuicios de los enemigos de la liberación de la mujer, se desvanecieron como por encanto. Los hechos (...) vencieron a los sofismas y las argucias a que habían apelado los teorizantes del antifeminismo. (...) sus inducciones, reflejaban el criterio apasionado del que defiende una tesis preconcebida, aún sabiendo que es pura superchería.”<sup>560</sup>.

A juicio del sociólogo barcelonés, el feminismo se definía por ser un movimiento de transformación esencial para la resolución de los graves problemas de la humanidad (véase apéndice 7). El feminismo traería un marco de convivencia entre mujeres y hombres conducente al avance del progreso colectivo: “La relación de los sexos no se apoya en la imposición del más fuerte, sino en el mutuo consenso (...) cuando más íntima es la compenetración en lo genético y en lo moral, la marcha se hace más acelerada y el movimiento progresivo invade a todos los estamentos”<sup>561</sup>. Además, mientras se mantuviera “a la mujer en una condición de notoria dependencia, no resurgirá vigorosamente la espiritualidad colectiva”<sup>562</sup>. Tras la devastación generada por la I Guerra Mundial, la mujer era la única que tenía en su mano traer la anhelada paz entre las naciones. En este sentido, Valentí i Camp empleó el acostumbrado recurso de apelar al alma femenina purificadora y redentora moral de la humanidad:

“(...) la intervención femenina aportaría felices iniciativas, contribuyendo (...) a remozar las instituciones caducas” (...) “Con su nativo sentimiento de lo bello, su espíritu justiciero y su noble anhelo de laborar por el bien, la mujer no habría de tolerar el descuido y la negligencia (...) a las grandes Compañías, y a la gestión entera, de dirigir y gobernar, le comunicaría el sentido amoroso, que ahora, le falta por completo”<sup>563</sup>.

Al mismo tiempo, el deseo de Valentí i Camp de subvertir la realidad social reinante, basada en la exclusión de la mujer y la negación de sus derechos, respondía también a su convicción acerca de la inexcusable tarea de luchar por un ideal imprescindible e irrenunciable de justicia humana:

“Nuestras instituciones desposeen a la mitad del género humano de una parte considerable de felicidad que debería usufructuar” (...) “Excluír a toda una parte de la humanidad, no sólo es una evidente injusticia, sino una peligrosa insensatez (...) constituye un atentado contra la razón y contra esa sociedad que se trata de reconstruir”

---

<sup>560</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., pp. 44-45.

<sup>561</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La incomprensión de la mujer y la adinamia colectiva: La unidad de la civilización y el armonismo kantiano”, *Estudios*, nº 82, junio 1930, p. 14.

<sup>562</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 52.

<sup>563</sup> *Ibidem*, pp. 60-61.

(...) “ello es lamentable, dolorosísimo y casi incomprensible”<sup>564</sup>.

Apuntaba, de este modo, a la responsabilidad del varón y sus intereses, basados en la conservación de privilegios: “¿De quién es la culpa? Nuestra; porque la mujer, no goza de nuestra estima, no es libre de sus actos, no puede acogerse a las leyes que regulan las acciones humanas. Las funciones de la maternidad, le impiden aplicarse, en la medida que el hombre, a los diversos trabajos, y nosotros nos aprovechamos de esto, para despreciarla y menospreciar su labor”<sup>565</sup>. La mujer es por tanto “víctima de convencionalismos, erigidos en ley, por la torpeza y la soberbia del varón”<sup>566</sup>. Eso sí, no exento de un aire protector-caballeresco, Valentí i Camp juzgaba indispensable que el hombre la ayudara “enseñando a estimarla, respetarla y protegerla”<sup>567</sup>. La preocupación del sociólogo catalán se centró, preferentemente, en la situación de la mujer en las sociedades occidentales. No obstante, su inquietud intelectual trascendió el marco geográfico europeo y americano con el objetivo de denunciar las fuertes y brutales desigualdades de género en el resto del Mundo<sup>568</sup>:

“¿Qué podríamos decir de la mujer asiática y africana, que, cuando es joven, es a menudo carne de matadero, y, al llegar a la ancianidad, la consideran como un valor nulo? ¿Qué podríamos decir de las desgraciadas musulmanas, que gracias al harén, están prisioneras durante toda su vida, y de la mujer india, a quien se le niega todo goce desde la más tierna edad, y de la mujer china, a quien se mutila para agradar a los hombres?” (...) “podemos decir que es ella algo así como la bestia de carga, el esclavo instrumento de placer, como cosa y propiedad del hombre”<sup>569</sup>.

Sin embargo, más allá de su ambicioso intento de empeñarse en acometer un estudio omnímodo del feminismo, Valentí i Camp anhelaba que sus reformas llegaran también a incidir en el medio socio-cultural y político español. En tono muy elogioso, narró la historia de las sufragistas. Lo hizo en aras de desmontar el estereotipo de

---

<sup>564</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 174.

<sup>565</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 93.

<sup>566</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>567</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>568</sup> Pero Valentí i Camp en sus libros plasmó observaciones alusivas al feminismo no sólo de Norteamérica, Inglaterra, Alemania o Francia y otros países inmediatos, sino que su análisis también se prolongó a la realidad de la mujer y de los movimientos feministas de Suecia, Noruega, Holanda, Finlandia, Canadá, Australia, Bélgica y Rusia. Incluso, hizo interesantes anotaciones de lo acontecido en Islandia, Hungría, Nueva Zelanda, etc. Sin amoldarse a los límites geográficos de los países más desarrollados, en un subcapítulo, Valentí i Camp presentó las innovaciones llevadas a cabo por iniciativa del feminismo en Cuba, Argentina, Chile, Bolivia, Uruguay, Venezuela y Brasil. Del mismo modo, dedicó un epígrafe a México, incluso atreviéndose a profundizar en los inicios del fenómeno feminista en países asiáticos, concretamente en China y Japón.

<sup>569</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 161.

mujeres abyectas, feas, resentidas y desequilibradas con el que reiteradamente se las vilipendiaba. A lo largo de las páginas de sus libros, son abundantes las citas y alabanzas a multitud de feministas españolas, europeas y norteamericanas. Sobre Emmeline Pankhurst y las *sufragettes* entronizaba con honda admiración sus acciones heroicas:

“Heroínas fueron aquellas damas y mujeres del pueblo, (...) trabajaron con singular devoción por una causa que entonces, se consideraba ridícula y era objeto de escarnio y de befa”<sup>570</sup> (...) “Las bravas y tenaces directoras del Feminismo sufragista, evidenciaron que su firmeza de convicción era más fuerte que el ambiente en que se desenvolvían”<sup>571</sup>.

No obstante, en contraste con su recusación a la moderación y las soluciones “templadas” de feminismos “oportunistas”, recalcaba también la presencia de un feminismo “a ultranza”, el cual entrañaba extremismos y extravagancias<sup>572</sup>. Valentí i Camp achacaba estas supuestas estridencias a un periodo de transición que la mujer estaba viviendo, en un proceso en que se estaba buscando a sí misma. Pronosticaba que en el futuro florecería “el verdadero tipo de mujer nueva”. A esta mujer la describe como un ser que superará a la nueva mujer que en ese momento observaba estaba liberándose parcialmente de sus cadenas:

“Será sincera y honrada, leal y generosa, un ser humano como el hombre, con más o menos capacidad, acaso mejor o acaso peor que el correspondiente tipo masculino, pero siempre igual al hombre en valor humano y utilidad social. Los antifeministas dicen que la mujer usa de su libertad única y simplemente para imitar al hombre. Esta imitación es un síntoma de un momento difícil, la primera reacción de las mujeres sumergidas en el vórtice de la vida, sin la preparación suficiente, rodeadas de hostilidad, ávidas de verse libres y sin saber exactamente qué hacer con su libertad”<sup>573</sup>.

Sin especificar lo que calificaba de salidas de tono de ciertos sectores feministas, recordaba que, a su juicio, sobre el feminismo “desaparecieron exageraciones (...) propias del primer período de propaganda y difusión de casi todas las doctrinas”. Lo dejó claro al sustentar la falsedad de que “los núcleos centrales del Feminismo, que son los que dirigen y triunfan, pretendan orientar el espíritu de la mujer, alejándola del cumplimiento de la misión que le asignara la naturaleza y la substantividad de la

---

<sup>570</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>571</sup> *Ibidem*, p. 131.

<sup>572</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 50.

<sup>573</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La libertad de la mujer y su utilidad social: La actitud del hombre futuro”, *Estudios*, nº 128, abril 1934, pp. 40-41.

familia”. Se observa que Valentí i Camp se empeñó en la necesidad de custodiar el papel maternal y doméstico de la mujer. Así lo pretendería, según su punto de vista, el feminismo que en “las naciones cumbre (...) ha contribuido a exaltar las virtudes caseras en la mujer”<sup>574</sup>.

## **8.2 - La mujer y el feminismo en España**

Santiago Valentí i Camp lamentaba que el movimiento feminista no hubiera penetrado en España por efecto del atraso socio-económico del país y, ante todo, por la excesiva injerencia social de un poder confesional retardatario. España, por estas carencias, debía sumarse a los cambios legislativos y sociales que en otras naciones más avanzadas se habían efectuado. La implantación y aprobación en otros países de algunas de las reivindicaciones feministas habían supuesto avances y progresos muy beneficiosos:

“Quienes todavía abriguen dudas y reservas acerca de los continuados beneficios que ha reportado la actuación de la mujer, en la vida social, no tienen más que hacer un examen comparativo entre el nivel alcanzado por los países que regularon su actividad jurídica y económica, sustrayéndose a la intolerancia y reconociendo explícitamente, los derechos de la mujer, y el de aquellos otros, como el nuestro”<sup>575</sup>.

Valentí i Camp notaba que aunque el feminismo había calado más en el norte de Europa, sin haber penetrado sustancialmente en la zona mediterránea, en sus “ideas innovadoras” anidaba una fuerza “incontrastable”. Pronosticaba, por consiguiente, que España no sería refractaria a su impregnación, si bien los políticos e intelectuales, a su juicio, no habían ni comprendido ni tampoco admitido la justa necesidad de integrar las reclamaciones feministas en la agenda política española:

“el antifeminismo, lo sustentan personalidades que blasonan de ser espíritus abiertos (...) ¡Qué menguado concepto poseen los teorizantes del radicalismo español! (...) Todos los partidos, al planear sus programas, apenas preocupáronse de inscribir en ellos las reivindicaciones femeninas, y quienes las incorporaron, lo hicieron con tibieza”<sup>576</sup>.

El autor, partiendo de su espíritu intelectual regeneracionista, ante los “fracasos” históricos sufridos por España, depositó en la liberación de la mujer la regeneración de una sociedad española en crisis: “Es incontrovertible que para que la actuación

---

<sup>574</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 168.

<sup>575</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>576</sup> *Ibidem*, p. 48.



mancomunada de varón y hembra sea fructífera es necesario que el hombre reconozca de antemano la equivalencia de los sexos y, por consiguiente, la personalidad distinta, la individualidad de la mujer, de donde deriva su independencia, su derecho a la libertad y su opción a ser socialmente útil”<sup>577</sup>. De este modo, España podría superar, a su modo de ver, sus asignaturas pendientes. La naturaleza femenina, según su visión, albergaba el poder de desencallar los atrasos y rémoras culturales y sociales de una España por reconstituir:

“Sólo la gracia y la ternura femeninas, pueden romper el cerco de indiferencia y desafecto, que rodeó a cuantas personalidades han tratado de orientar por nuevos derroteros, la actividad colectiva de nuestro pueblo distraído, apático y receloso” (...) “Esta hermosa y trascendental obra, debe ser la madre quien la inicie entre nosotros” (...) “En el desenvolvimiento científico y pedagógico de la intelectualidad y el carácter de nuestras mujeres, acaso esté la base fundamental de la reconstitución de España” (...) “El día que las feministas constituyan una fuerza orgánica, la nación comenzará a resurgir”<sup>578</sup>.

Confiaba en la mujer española y diagnosticaba que los cambios sociales que protagonizaría llegarían primero a determinadas zonas de España, las más dinámicas y desarrolladas económica y culturalmente: “Tengo gran confianza en el despertar de la mujer española. Después de la del noroeste creo en la catalana y la valenciana, pero no tanto en la andaluza (...) las que llevan una orientación mejor son las madrileñas”<sup>579</sup>. España en su totalidad debía de incorporarse a la senda de la liberación de la mujer ya que en los países mediterráneos continuaba siendo, según su diagnóstico, “más supersticiosa y menos tolerante que el hombre”. En países europeos “la mujer intelectualizada (...) en estos instantes propugna y labora esforzadamente por el triunfo del criterio reformador de las ideas igualitarias y del sentido universalista”<sup>580</sup>.

Uno de los puntos básicos para el desenvolvimiento progresivo de España, según Valentí i Camp, era el de reformar drásticamente el sistema de derecho establecido. A su modo de ver, desde el punto de vista jurídico, “nadie podrá sostener que la equiparación jurídica de los sexos, sea un propósito erróneo, capaz de detener el progresivo

---

<sup>577</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La libertad de la mujer y su utilidad social...”, op. cit., 1934, p. 41.

<sup>578</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., pp. 117-119 y p. 125.

<sup>579</sup> *Ahora*, 13 marzo 1932.

<sup>580</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La incomprensión de la mujer y la adinamia colectiva...”, op. cit., p. 14.

desenvolvimiento de las naciones”<sup>581</sup>. La mujer debía, en su opinión, disfrutar de sus derechos políticos, no simplemente por una cuestión de justicia, sino también porque permitiría que la mujer irradiase en la sociedad lo que él creía que eran sus “virtudes naturales”.

Frente a una legislación segregadora, Valentí i Camp reivindicaba que la mujer obtuviera el derecho a ser testigo en juicios, su inclusión en calidad de tutora con plena potestad sobre sus hijos, que coparticipase en la gestión de los bienes gananciales, y demás reformas jurídicas en los códigos civil, de comercio y penal. En razón de estas circunstancias, insistió con vehemencia en que debían de abolirse diversas restricciones: la no disposición de las mujeres casadas de su propio salario, ni de sus propiedades mobiliarias e inmobiliarias, su prohibición a vender, comprar, alquilar, comerciar, hacer testamento y demás discriminaciones que impidiesen el libre disfrute de derechos civiles y económicos básicos:

“(...) todas las leyes civiles españolas rebosan injusticia y tiranía” (...) “porque los códigos jurídicos favorecen los privilegios del marido, o mejor dicho, tienden al afianzamiento de su supremacía”<sup>582</sup>.

### **8.3 - La coeducación y la capacidad intelectual de la mujer**

Su enfoque en lo tocante a la instrucción de la mujer se fundamentaba en la búsqueda de las condiciones pedagógicas que permitiesen a la mujer cumplir con mayor preparación sus funciones. En su visión educativa, las mujeres adquirirían una provisión de conocimientos con objeto de erradicar, por ejemplo, la mortalidad infantil, un argumento muy repetido por quienes abogaban por una instrucción femenina restringida. Pero en su caso, Valentí i Camp se opuso frontalmente a limitación educativa alguna. Al contrario, sus proposiciones se basaban en la implementación de un modelo de escuela mixta y en el acceso pleno de las mujeres a todos los niveles de formación, incluido el universitario.

Valentí i Camp entendía que la abnegación y el sacrificio constituían cualidades muy propias de las mujeres, por encima de sí mismas y de su individualidad. En base a estas virtudes, valoraba que esta propensión natural había sido empleada abusivamente

---

<sup>581</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 49.

<sup>582</sup> *Ibidem*, p. 47.

por los hombres para ejercer su dominación: “A pesar de que nuestras mujeres cumplen su cometido gallardamente, los hombres olvidamos demasiado pronto todos los sacrificios y todo el desinterés que pone en su obra ingente el sexo que llamamos débil”<sup>583</sup>. Su misión redentora como madre-pedagoga la concebía consustancial también a su naturaleza, una función cercenada por su encadenamiento social y su exclusión del sistema educativo. De este modo, Valentí i Camp daba de nuevo la vuelta a las argumentaciones antifeministas más extendidas, pero preservando, desde una óptica parcialmente equitativa, una división de roles más atenuada:

“La mujer por su carácter compuesto de misticismo (...) unido a su inagotable ternura y abnegación, constituye, y nadie podrá negarlo, la educadora completa, íntegra, la única que puede y debe dirigir los primeros pasos morales e intelectuales de los pequeñuelos”<sup>584</sup>.

Como apreciamos, la educación de la prole formaba parte de una labor que el polígrafo barcelonés asignaba exclusivamente a la madre. De este modo, exoneraba a los hombres de esas labores. Dadas sus altas virtudes morales, las mujeres poseían una mayor capacidad que el varón para discernir mejor los intereses y necesidades de sus hijas e hijos:

“(...) háyase más compenetrada en el ambiente que predomina en el hogar, que el varón, es la que por general, tiene un concepto más claro y definido de las tareas que incumbe realizar a los progenitores. La madre, cuando es consciente de sus actos, en mayor medida que el padre, y eso hay que afirmarlo aunque ello ofenda nuestro orgullo de machos, (...) y por esto se desvive y no vacila en imponerse privaciones y aún sacrificios, para proporcionar a los pequeñuelos, goces, venturas y satisfacciones...”<sup>585</sup>.

A partir de una supuesta inclinación predeterminada y natural hacia el contacto con el niño o la niña planteaba que el sexo femenino “es quien debe cimentar maternalmente la instrucción de los hijos” (...) “sólo cuando el hijo llega a adulto puede el padre encargarse de iniciarle en las ideas generales que le darán acceso a la cultura”<sup>586</sup>. Por ende, Valentí i Camp establecía una jerarquía evidente en su división sexual del trabajo familiar porque reservaba a los padres la tarea de instruir a los hijos

---

<sup>583</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La libertad de la mujer y su utilidad social...”, op. cit., p. 40.

<sup>584</sup> Más adelante, recordaba que las mujeres generalmente se daban “por entero a los hijos, sin vacilaciones ni desalientos, olvidándose de sí misma, del cuidado de su propia belleza, abdicando incluso de reinar en el corazón de su idolatrado esposo o amante, es algo sublime, incomparablemente grande y edificante”. VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 140.

<sup>585</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 251.

<sup>586</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 398.

en conocimientos más elevados.

Asimismo, desde nociones esencialistas, aseveraba que la realidad “vista a través del intelecto y la emotividad femenina” suministra fundamentos intelectuales “diametralmente opuestos”, con “distintos tonos y matices, que hasta ahora pasaron casi inadvertidos” en los ámbitos de la producción científica, intelectual y creativa<sup>587</sup>. Por esta razón, Valentí i Camp consideraba que se debía “asociar a la mujer a toda obra de arte, de cultura y previsión, porque su concurso es valiosísimo y constituye un complemento de inapreciable valor para llevar a cabo las empresas más arriesgadas, pero de máxima trascendencia”<sup>588</sup>.

Esa supuesta mirada femenina, dispar a la del sexo masculino, ofrecía un nuevo motor hacia el progreso de las ciencias en general. De todas maneras, su defensa del sistema coeducativo fue siempre firme. La escuela mixta prometía, a su entender, ganancias muy efectivas para el desarrollo social:

“Las naciones que establecieron las escuelas mixtas, han progresado colectivamente, en proporciones realmente incomparables. (...) La permanencia, durante años, en un círculo reducido de personas de un sólo sexo, impide la prolongación de la individualidad, (...) se deforma el carácter y aun alterase la salud. En los países en que las jovencitas viven en amable camaradería con los muchachos, el tribalismo ocasional apenas se desarrolla. En cambio, en los pueblos mediterráneos, el espectro de Lesbos asoma aquí y allá”<sup>589</sup>.

Más allá de las referencias heteronormativas que perseguían el objetivo de reforzar la idoneidad del sistema coeducativo, en su criterio, dicho modelo de enseñanza escolar fomentaba la construcción de un marco de convivencia que estimulaba la mutua comprensión entre los sexos:

“(...) el mozo y la muchacha que se instruyen juntos, se aprecian y respetan, (...), sentados en el mismo banco, como camaradas leales, coparticipando de idénticas emociones y de los mismos goces inefables, al ir agrandando sus conocimientos y disminuyendo el margen de enojos y limitaciones, que impone la incompreensión. El régimen escolar bisexual, es notorio, incuestionable”<sup>590</sup>.

---

<sup>587</sup> *Ibidem*.

<sup>588</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La incompreensión de la mujer y la adinamia colectiva...”, op. cit., p. 15.

<sup>589</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., pp. 410-411.

<sup>590</sup> *Ibidem*, p. 410.

#### 8.4 - Mujer, clase social y trabajo

El escritor barcelonés se esforzó, de igual modo, en denunciar la deficiente educación recibida por las obreras y las pésimas e injustas condiciones laborales que soportaban en comparación con los varones. Reclamó que era primordial alcanzar la igualdad de salarios entre hombres y mujeres. Siguiendo criterios eugenésicos, el mejoramiento de las condiciones laborales de la mujer obrera se convertiría en una pieza crucial para favorecer el vigor de la “raza”. Dio cuenta de que las fuerzas políticas obreristas, en general, habían apartado a las mujeres de ser coparticipes de sus luchas, a razón de su acentuada indiferencia hacia la liberación de la mujer. Creía que el avance de la economía capitalista fue culminante en la creación de un orden desigual para hombres y mujeres:

“El reconocimiento de los derechos de la obrera, pondría de relieve que la pretendida superioridad productiva del varón, es una de tantas mentiras convencionales que en la hora presente, no se puede mantener, ni siquiera perdurando el régimen económico odioso, de la concurrencia desleal, creado por la organización capitalista”<sup>591</sup>.

De forma paralela, Valentí i Camp apuntaba el contraste entre las mujeres de clase baja y las de clase alta. Socialista convencido, reconocía que la dominación sobre la mujer, con insalvables especificidades del grupo social, resultaba transversal y trascendía más allá de las clases sociales:

“Pero si aflictiva y agobiante, es la situación en que se hallan las mujeres de las clases desheredadas, que para ganar un mísero jornal comprometen su salud, y mueren aniquiladas, no lo es menos, el de las damas de alta alcurnia (...). En la llamada buena sociedad, el papel que desempeña la señora de su casa, (...) es, no sólo triste y vergonzosa, sino en extremo humillante y deprimente. (...) Supeditada a la tutela del marido, su existencia se desliza en la tibia atmósfera de una morada suntuosa, sin ideales ni estímulos que ennoblezcan su conducta. Sus iniciativas, se reducen y limitan a las cosas frívolas, a las bagatelas y naderías, porque lo humano le es ajeno y lo substantivo no lo conciben” (...) “es una niña grande, cuyo incentivo, estriba en ser agradable al esposo o los amantes, ya que su única aspiración, se cifra en gastar cada vez más dinero, en telas, pieles y joyas, para valorarse y ser más codiciable...”<sup>592</sup>.

A su juicio, el empleo de la mujer en la fábrica, por ejemplo, no constituía un fenómeno contraproducente para el movimiento obrero. Al contrario, la inclusión de la mujer en el mercado laboral generaba una incalculable riqueza y prosperidad a las

---

<sup>591</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 143.

<sup>592</sup> *Ibidem*, p. 275.

naciones que se abrían a ella. De igual forma, esta incorporación al aparato productivo otorgaba a las mujeres una deseable independencia personal, liberándose de la protección y dominación de sus maridos:

“El mayor acceso de la juventud femenina en la vida del trabajo estrechará los lazos de sincera y cordial amistad, entre ambos sexos. Se reconstituirán las instituciones domésticas; el matrimonio dejará de ser un mero contrato, para trocarse en la comunión espiritual de dos almas mellizas y los sentimientos de solidaridad”<sup>593</sup>.

En cuanto al trabajo doméstico, sugería que “en la vida doméstica, las cargas que pesan exclusivamente sobre la madre y la esposa” debían aligerarse<sup>594</sup>. Sin embargo, para conseguirlo, no apostó por un reparto equitativo entre hombres y mujeres en un esquema de corresponsabilidad. Limitó su planteamiento a la política que el Estado debía urgentemente poner en marcha para generalizar el acceso a la electricidad y demás progresos tecnológicos que mejorasen la vida en los hogares. De este modo, se optimizarían las condiciones materiales en las que las mujeres desempeñaban sus tareas hogareñas.

De hecho, aun sin vedar el acceso de las mujeres a cargos administrativos, de liderazgo, empresariales y a empleos de todo tipo, Valentí i Camp establecía límites indefinidos. Bajo la socorrida apelación a “lo propio de ellas”, “la conservación de su salud” y su “honor” femenino, aconsejaba la pertinencia de fijar empleos no pertinentes para las mujeres. Sin una mínima enumeración de trabajos supuestamente incompatibles con su “naturaleza”, con cierto sesgo sexista, el sociólogo barcelonés se refirió a oficios y carreras con arreglo a la feminidad:

“Les quedan aún, muchas ocupaciones que invadir en las industria del vestido, la confección y el comercio al pormenor, en bazares, tiendas y despachos”<sup>595</sup> (...) “se hallará en condiciones ventajosas para desempeñar cargos, que son más propios para ella, que para el varón. Un sinnúmero de ocupaciones en el comercio al pormenor, las deben ejercer las mujeres, v. gr. la expedición en los establecimientos de novedades, mercería, bisutería, camisería, géneros de punto, óptica y cien más”<sup>596</sup>.

---

<sup>593</sup> *Ibidem*, p. 280.

<sup>594</sup> *Ibidem*, p. 267.

<sup>595</sup> *Ibidem*.

<sup>596</sup> *Ibidem*, p. 138.

## 8.5 - Psicología y naturaleza moral femenina

En la visión de Santiago Valentí i Camp la mujer alojaba en su fuero interno rasgos psicológicos consustanciales a su biología. De todos modos, sobre el prejuicioso y estereotipador mito del “eterno femenino” merece la pena transcribir su opinión escéptica al respecto. La ambigüedad con la que enunciaba sus opiniones sobre la psique del sexo femenino resulta sintomática de la tensión entre su concepción aperturista de género y su visión esencialista de los sexos:

“¿Qué valor se asigna a este símbolo de la volubilidad, que tal se ha venido considerando el carácter de la mujer? Al suponerse, infundadamente, que la idiosincrasia del bello sexo era la expresión genuina de la inconstancia, (...) se ha venido tejiendo una leyenda fantasmagórica”<sup>597</sup>. (...) “se confunde su marcada propensión a elaborar síntesis prematuras que satisfagan sus anhelos de bondad, con la inestabilidad mental, debida a la falta de fijeza en las representaciones del mundo externo, que es un signo revelador de deficiencia y perturbación ideativa” (...) “Cuando algunos psicólogos, pretenden aquilatar las facultades intelectuales de la mujer, no aprecian en lo debido su discernimiento porque en la indagación, parten de meras suposiciones, a las cuales atribuyen un significado, que sólo existe en la imaginación de quienes teorizan”<sup>598</sup>.

Nuestro autor se alejó de este viejo esquema de diferenciaciones de género, pero sostuvo otro en el que se legitimaba el ideal doméstico de feminidad, en conjunción y sin incompatibilidad con su ideario feminista. Finura perceptiva, perspicacia, gentileza y desinterés por los otros son virtualidades que juzgaba superiores en las mujeres con respecto al sexo masculino:

“Su imaginación es más fina y delicada que la del hombre” (...) “rehace su psíquis con mayor presteza, seguramente, porque su ingenio es más fértil y se amolda con facilidad a las circunstancias imprevistas. Posee más flexibilidad espiritual y siente menos los afectos de la soberbia”<sup>599</sup>.

A juicio de Valentí i Camp, la firmeza de espíritu o el decoro constituían virtudes femeninas a preservar, frente a los peligros de que la mujer se inclinara hacia el placer ostentoso, la sensualidad y/o la perversión. Según Valentí i Camp, ya desde la tierna infancia, se intuyen actitudes inherentes y esenciales entre niñas y niños:

---

<sup>597</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>598</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>599</sup> *Ibidem*, pp. 54 y 104.

“Entre las muchachas aplicadas, el proceso de diferenciación de las aficiones, suele ser, en muchas ocasiones, más rápido que en los mozos, debido a que en general, en aquellas, las impulsiones son menos violentas. La adolescente es más modesta, circunspecta y sencilla, y se sustrae más a las influencias perniciosas del ambiente callejero, que el muchacho”<sup>600</sup>.

De todos modos, su esquema diferenciador entre cualidades varoniles y femeninas no se cimentaba sobre la base de criterios totalmente rígidos, puesto que el escritor catalán mantenía que hombres y mujeres alojaban la capacidad de asumir virtudes y dotes del otro sexo. Reconocía que “el talento y la laboriosidad, la penetración psicológica y la finura de percepción, y el dominio de las cuestiones morales, son cosas ajenas e independientes del sexo”. Por ejemplo, recordaba que había “hombres de mentalidad excepcional, que amén de sobresalir por sus dotes varoniles, son espíritus tan amplios, que descuellan por su delicadeza y finura”. Este hecho demostraba que “el hombre, cuando siente intensamente la piedad y el altruismo, ha invadido una de las esferas en que más descuella la mujer, que es la de prodigar el bien, realizando obras de piedad y misericordia, sin por esto afeminarse”<sup>601</sup>. Deducía, además, que la división sexual establecida entre lo público y lo privado generó que en los hombres se desvanecieran parte de sus cualidades morales. Se diluyeron por la función que se les asignó cumplir fielmente, quedando salvaguardadas por la mujer. Al respecto, abría la puerta a una concepción por la cual el sexo masculino también albergaba capacidades que estaban conferidas a las mujeres:

“¿Quién puede dudar que en el diálogo consigo misma, la mujer acrisola sus cualidades nativas y aun siendo sus lecturas menos copiosas, posee un temple moral muy superior al de muchos hombres, cuya espiritualidad se diluyó en el ejercicio corriente de las ocupaciones y en el trato social?”<sup>602</sup>.

## **8.6 - Familia y matrimonio**

Valentí i Camp advertía que la procreación y crianza de los hijos constituían los fines prioritarios del matrimonio, abandonados gradualmente por el advenimiento de una generalizada crisis social de la familia. Incluso admitiendo que no siempre había sido fácil la armonía familiar, al generalizarse el anticoncepcionismo y el individualismo estaba convencido de que se desvirtuaban los pilares del matrimonio.

---

<sup>600</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>601</sup> *Ibidem*, pp. 291-292.

<sup>602</sup> *Ibidem*, p. 54.



Así pues, lejos de seguir postulados confesionales sobre la familia, partía de criterios puramente eugenésicos y demográficos, fruto de su desazón ante el descenso de la natalidad. A diferencia del paradigma de relaciones de género defendido por el catolicismo, declaraba su entusiasmo por los avances que se habían producido al decrecer la tiranía conyugal masculina sobre sus mujeres:

“Los privilegios de que fuera revestido el padre, han dejado de tener plena efectividad, a medida que la cultura intelectual de la mujer se fue acrecentando. (...) Las facultades omnímodas de que se hallaba investido el hombre, la legislación y las costumbres, han tendido a reducirlas”<sup>603</sup>.

Por otro lado, a partir de su subjetividad masculina, Valentí i Camp recaía nuevamente en destinar a las mujeres papeles tradicionalmente asignados, en este caso, servir de lo que se ha denominado como “reposo del guerrero”. La mujer es la que acompaña al esposo en sus triunfos: “(...) la actividad exterior, absorbe casi totalmente las energías del varón, el cual, ansía hallar en la compañera, la confidente leal a quien poder hacer partícipe en los momentos de júbilo de sus triunfos”<sup>604</sup>. Además de no ser valorada, el sexo femenino sufría terribles penalidades en el entorno familiar. Valentí i Camp caracterizó con dureza la situación vulnerable que la mujer ocupaba en el orden doméstico:

“Por regla general, las ocupaciones domésticas de la mujer, sin ser rudas ni exigir un gran esfuerzo muscular, son tan prolijas como áridas y monótonas.” (...) “¡Está obligada a permanecer por la mañana, dos o tres horas, en pie, en la cocina, condimentando el almuerzo o la comida, y por la noche, otras tantas, para disponer la cena! Se ve constreñida a habitar en lugares insalubres, junto al fogón, el lavadero y el cuarto de plancha, (...) respirando una atmósfera, densa, cargada de óxido de carbono (...) Si bien maneja el peculio de la familia, no disfruta más que de una parte de los ingresos, porque el marido se reserva, semanal o mensualmente, una cantidad para atender a sus compromisos y diversiones personalísimas. Además, para tenerle contento y evitarse disgustos, ha de reservarle solícitamente, los manjares (...) que pueden satisfacer la sensualidad del amo de la casa. Ha de esmerarse en el arte culinario, para que no sobrevengan las explosiones de ira, ni la fiera que dormita en nuestros obreros, no le hiera en un súbito despertar”<sup>605</sup>.

Ante esta situación, propuso la fórmula de “un modelo de matrimonio que pudiera durar, dos, tres o cinco años”. Pasado este período, los dos contrayentes podrían

---

<sup>603</sup> *Ibidem*, pp. 34-35.

<sup>604</sup> *Ibidem*, p. 103.

<sup>605</sup> *Ibidem*, p. 272.

reformular y redefinir su unión bajo “un matrimonio definitivo o bien recobrar su libertad”. En caso de ruptura la sociedad, a través del Estado, debía proteger a la mujer y a sus hijas e hijos:

“(…) el matrimonio dejará de ser una prisión con cerrojos, pestillos y barrotes, y será la unión libérrima de dos seres que se aman. Una de las partes ligadas al contrato matrimonial no podrá hacer desgraciada a la otra de por vida y no podrá tenerse ni al hombre ni a la mujer aherrojado con las cadenas de la ley” (...) “el divorcio podrá obtenerse a solicitud de cualquiera de las partes (...) y el Estado procurará que la joven soltera que tenga un hijo no sufra las consecuencias”<sup>606</sup>.

### **8.7 - La mujer ante el amor y la sexualidad**

A partir de este modelo alternativo de matrimonio, Valentí i Camp reflexionó también sobre el amor y la sexualidad. Estimaba que el régimen de oprobio al que se veía sometida la mujer conducía a que, entre otras penalidades, nunca tuviera posibilidad alguna de disfrutar con “plenitud de los goces del amor”. En alusión a ello, recordaba que en las sociedades “bárbaras” la venta de mujeres se efectuaba de forma directa; mientras que en las sociedades “civilizadas” se llevaba a la práctica de manera más velada, por medio del sistema matrimonial imperante y de la prostitución<sup>607</sup>:

“Es, pues, innegable que nuestras instituciones sociales convierten a la mujer en víctima de cruentos martirios” (...) “la ceremonia nupcial es la cosa más indecente que nos podemos imaginar. Sólo la fuerza de la costumbre nos impide darnos cuenta de ello” (...) “muchísimas mujeres casadas guardan un recuerdo penosísimo de su noche de bodas”<sup>608</sup>.

Describió detalladamente las dificultades que muchas mujeres encaraban cuando tenían “el valor de hacer caso omiso de las convenciones arraigadas”<sup>609</sup>. Ante este orden de cosas, el autor barcelonés apostaba por el amor libre. Un modelo de libertad afectivo-sexual que no sería verdaderamente efectivo “si no le vemos realizar el milagro de exterminar la prostitución, de suprimir los traficantes y el mercado de carne femenina”<sup>610</sup>. En un mismo tono se pronunciaba ante los maltratos sufridos por las

---

<sup>606</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 109.

<sup>607</sup> *Ibidem*, pp. 150-151.

<sup>608</sup> *Ibidem*, p. 151-152.

<sup>609</sup> “(...) la mujer que, virgen y libre, se entregó al hombre amado (...); de la que, una vez realizado el acto, no quiso contraer matrimonio con objeto de poder disponer de sí misma y conservar el derecho de entregarse a otro hombre” (...) “la consideran, en primer lugar, como deshonorada y la excluyen de la sociedad” (...) “obligada a vivir sola, como una apestada”. *Ibidem*, p. 155.

<sup>610</sup> *Ibidem*, p. 122.

mujeres prostitutas y las recriminadas socialmente como “solteronas”:

“La prostituta y la solterona, igualmente desdichadas, (...) son las que sufren, por desgracia, el infierno del capitalismo y de los preconceitos sociales. Todos nosotros, los que nos llamamos civilizados, somos culpables de tamañas injusticias”<sup>611</sup>.

Por otra parte, las reticencias hacia lo que Valentí i Camp consideraba un acrecentamiento del “sensualismo” en las sociedades modernas partían de una serie de razonamientos que encerraban un grado de tirantez entre una decidida defensa de la libertad afectivo-sexual y un concepto ligeramente puritano de la sexualidad. Federica Montseny ya recalcó en su momento la concepción limitada que de la sexualidad tenía el sociólogo socialista. La escritora anarquista lamentaba que el autor formara parte de ese grupo de hombres que practican un “culto platónico de la mujer” y que “aun no la miran con la serena e igualitaria convicción de que es un ser fuerte, con personalidad y vida propias”. Concluyó, además, que *Las reivindicaciones femeninas* de Valentí i Camp es un “libro idealmente pobre”, de un feminismo poco atrevido, “atrasado moralmente, con un concepto aún arcaico de la mujer, y de las relaciones sexuales”. A juicio de Montseny, no hay nada del feminismo del autor “que supere al feminismo liberalista de Margarita Nelken”, de la que tampoco, por cierto, compartía su modo de entender el feminismo<sup>612</sup>.

Asimismo, en su esquema mental, Valentí i Camp continuaba considerando que era la mujer la que se entregaba al amor, al entender que es en su esencia un ser relacional y amoroso. Según su parecer, la “forma de amor sublime (el amor verdadero)” moraba “sobre todo en la mujer”, “capaz de sentir más profundamente que él”<sup>613</sup>. Aunque a juicio de Valentí i Camp no fueran las mujeres monógamas por naturaleza, ni los hombres polígamos, el varón ejercía la función de atraerlas<sup>614</sup>. En este caso, no escapaba de la visión hegemónica del papel “pasivo” de ellas y “activo” de ellos en el proceso de seducción. Al situarse de nuevo en el lugar del varón, concebía

---

<sup>611</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>612</sup> *La Revista Blanca*, 15 febrero 1928, pp. 570-571. Montseny disiente con Valentí y otras feministas en lo que ella cree que son propuestas feministas que no sintonizan con su visión humanista ácrata. Otra reseña crítica mucho menos seria, publicada en el *Heraldo de Madrid*, ubica a Valentí i Camp en “un grupo selecto de amigo de las mujeres”. Su sensible corazón “ladeado a fabricar un altar a las mujeres”, a juicio del periodista antifeminista, no acierta en sus aseveraciones. *Heraldo de Madrid*, 2 junio 1932, p. 7.

<sup>613</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 105.

<sup>614</sup> *Ibidem*, p. 112.

que era el varón irremediablemente el que se sentiría incompleto en ausencia de una “hembra” que lo completase: “El varón busca a la mujer porque de un modo fatal le atrae, y... nada más. La hembra humana accede, se despliega cuando considera que el hombre es de su agrado... otra ilusión. Accede porque una vibrante energía interna domina su ego”<sup>615</sup>.

Sin embargo, prosiguiendo con su dilatado análisis del concepto de amor, Valentí i Camp coincidiría con el anarquista individualista Émile Armand (1872-1962) y con la feminista brasileña María Lacerda de Moura (1877-1945) al combatir la arraigada cultura de los celos. Lo hizo, según sus palabras, contra el “exclusivismo sexual”, el “propietarismo amoroso” y, por lo tanto, al advertir la incompatibilidad del sentimiento de los celos con el amor verdadero. La propia Lacerda de Moura calificaba los escritos de Valentí i Camp de “obras magistrales de sociología feminista”. Creía que era un autor “a quien la crítica no ha hecho aún justicia, pero a quien debemos dirigir el homenaje de nuestra simpatía, de nuestro afecto y de nuestra gratitud, no sólo nosotras las mujeres – aunque seamos las más favorecidas por este paladín de la libertad–”<sup>616</sup>.

La crítica de Valentí i Camp hacia el exclusivismo amoroso y los celos conectaba con la cuestión de la violencia de género. Al denunciar la impunidad existente en la violencia que padecían las mujeres afirmaba que “el que ama intensamente, rodea a la amada, de atenciones y comodidades, no empuña un arma ni mata”<sup>617</sup>. En su indignación sobre la violencia física patriarcal no se detuvo en estas palabras. Dedicó varias partes de su obra a tratar la correlación entre estas agresiones, la supremacía que ejercen los hombres sobre las mujeres y los celos como parte de un sustrato cultural que concebía el amor regido por la posesividad:

“Si no bastaran los innumerables crímenes pasionales causados por los celos, para combatir el tópico de que el verdadero amor es absorbente y exclusivista, podemos oponerle la concepción muy humana y altruista del amor que consiste en querer por encima de todo la felicidad del ser amado” (...) “Si este elevado sentimiento no fuese deformado por los convencionalismos absurdos, y si la hipócrita educación que hemos recibido no pesara tanto sobre nosotros ¿qué impediría que estos jóvenes de ambos sexos pudiesen satisfacer las ardientes aspiraciones de su corazón? Nada. El camino

---

<sup>615</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>616</sup> Texto extraído de BAIGORRIA, Oswaldo (Comp.), *El amor libre: Eros y anarquía*. Buenos Aires, Txalaparta, 2006, pp. 71-72.

<sup>617</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 96.

sería fácil para ellos y no existiría esta pobreza de amor que tantas víctimas causa”<sup>618</sup>.

Valentí i Camp condenaba con la misma contundencia la actitud de indiferencia social ante estos sangrientos actos, una sensibilidad poco común en un panorama de invisibilización total de la violencia sufrida por las mujeres. Merece la pena atender al siguiente alegato, el cual por desgracia no ha perdido aún vigencia:

“A las defensoras del Feminismo, les asiste toda la razón, cuando protestan enérgicamente, contra la lenidad de los Tribunales, que no condenan con el rigor merecido, a los asesinos de infelices mujeres, y contra la prensa diaria, que con sus relatos tendenciosos y amañados, procura desvirtuar las pruebas aportadas por la acusación y, en cambio, hace resaltar los argumentos de defensa. En España, cada vez se manifiesta de un modo más palmario, la repugnante complicidad de la opinión pública”<sup>619</sup>.

“Para los espíritus monoideicos, el tener que renunciar a la posesión de la mujer querida –mejor sería decir esclavizada– es algo que para ellos, representa un motivo de oprobio, porque se connaturalizaron con la idea de que les pertenecía en absoluto, a títulos de dueños de su cuerpo y de su alma. Después de los celos, la causa que con mayor frecuencia impulsa a los machos a la especie humana a delinquir, es el convencimiento de que la esposa o la amante no ha de plegarse a sus requerimientos, ni mediante las súplicas ni ante las amenazas.” (...) “Algunos de estos, después de la agresión, vuelven el arma contra sí mismos. El ser a quien creían hacer objeto de su adoración, era la referencia inevitable y única, de su menguada actividad psíquica, ya que no comprendieron que el amor necesita del consenso de la mujer”<sup>620</sup>.

Al tratar el tema de los asesinatos machistas y la indolencia social que primaba al respecto, trazó también un breve dibujo del que razonaba era el perfil del maltratador. La procedencia fundamental de este drama, según indicaba el polígrafo catalán, no procedía del alcoholismo, ni de las deficiencias educativas, ni tampoco de las diferencias sociales, sino de la resistencia de los hombres a perder sus privilegios patriarcales:

“Las consecuencias de tratar a la fémina como a una menor son funestas. A diario las registra la prensa en la sección de sucesos” (...) “La estadística de la criminalidad de sangre, pone al descubierto que los instintos de brutalidad en el hombre subsisten, y de un modo casi mecánico, se exteriorizan, habiendo sólo variado en algún detalle, la manera de perpetuarse los horripilantes crímenes de que son víctimas todos los años, infortunadas mujeres pertenecientes a las distintas clases sociales. En la lucha de sexos, la combatividad que revela el hombre, es brutal y feroz. (...) El mecanismo anímico que

---

<sup>618</sup> *Ibidem*.

<sup>619</sup> *Ibidem*, p. 202.

<sup>620</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 224.

determina los delitos de sangre es una demostración apodíctica del encarnizamiento con que el varón defiende sus pretendidos fueros y prerrogativas”<sup>621</sup>.

Otra de las manifestaciones recurrentes de la violencia física contra las mujeres es la que se desencadenaba como consecuencia última del adulterio o la infidelidad. Valentí i Camp apuntaba que en muchos países, cristianos y presuntamente civilizados, el marido tenía todavía el derecho de matar a su esposa sorprendida en delito de adulterio:

“Como que este asesinato no se considera como crimen, el hombre puede perpetrarlo a su placer” (...) “el primer marido encolerizado puede matar a su mujer sin el menor temor de verse perseguido por la justicia. Parece ya imposible perjudicar en mayor grado a la mujer, puesto que en ciertas circunstancias particulares se le rehúsa incluso el derecho a vivir”. (...) “el legislador no concede a la mujer el derecho de matar al marido sorprendido en flagrante delito de adulterio y, en cambio, castiga el adulterio femenino con penas severísimas”<sup>622</sup>.

Sorprendentemente, Valentí i Camp aventuró que, ante los dramáticos hechos de esta violencia, los poderes públicos tendrían más tarde o temprano que intervenir en aras de erradicarla. Sin perfilar en exceso su idea de intervención estatal, abogó por la inaplazable implantación de “medidas enérgicas” y por una pronta concienciación colectiva para proteger a las mujeres:

“El incremento que va adquiriendo la criminalidad sexual, obligará a los Gobiernos y Parlamentarios, al espíritu ciudadano, a los educadores y todas las gentes bien nacidas y conscientes de sus deberes, a considerar este trascendental problema, como una dolencia moral agudísima, que exige la implantación de medidas enérgicas, para salvaguardar la vida de las pobres mujeres, que sucumben por la negligencia y la apatía de los Poderes tutelares”<sup>623</sup>.

Por otra parte, de su visión un tanto restrictiva de las relaciones sexuales se desprende su objeción a lo que se denomina coloquialmente de “flirteo”. En esta materia, temía que “el gran enemigo del amor es la frivolidad, la camaradería, no”. Aseguraba que constituía una hipocresía, “porque cada cual en él juega con el otro e intenta engañarlo” (...) “la que cae en "flirt" no tiene excusa”<sup>624</sup>. Sin embargo, tomó una postura bien distinta con la galantería, en tanto en cuanto afectaba únicamente a la responsabilidad de los hombres. Señalaba que la decadencia de la galantería formaba

---

<sup>621</sup> *Ibidem*, pp. 41-42.

<sup>622</sup> *Ibidem*, pp. 154 y 160-161.

<sup>623</sup> *Ibidem*, p. 204.

<sup>624</sup> *Ibidem*, p. 130.

parte integrante del “progreso del espíritu democrático y de nuestra tendencia a la igualdad”, porque “una sociedad democrática debe substituir a las gracias y seducciones de la galantería, las simples relaciones de la buena educación y la solidaridad”. Recordaba que “las mismas mujeres, las que están impregnadas de feminismo” reprendían la galantería. Pese a todo remarcaba las “virtudes” de este compendio de actitudes y comportamientos masculinos:

“Y sin embargo, la galantería no debe ser desterrada; si algunas veces lleva al hombre a simular virtudes que no posee, también es verdad que le induce a realizar actos en los cuales no hubiera pensado de no habérselos sugerido el afán de ser persona distinguida y mundana” (...) “La galantería es más superficial que el amor, pero a semejanza de éste, rodea de cierta espiritualidad el deseo”<sup>625</sup>.

A colación de las reflexiones de Valentí i Camp en este punto, existen ejemplos de esta convivencia entre sinceros ideales de liberación femenina y prácticas de galanteo típicamente masculinas en autores que se declaraban admiradores del feminismo. Este es el caso, por ejemplo, del novelista y crítico literario Andrés González-Blanco (1886-1924). En una reseña al libro del ya citado Miguel Romera-Navarro *Ensayo de una filosofía feminista*, reconoció con total naturalidad la práctica de piropear a las mujeres, incluso junto a la compañía y participación del propio Romera-Navarro:

“Quizás cuando Romera Navarro y yo, en estos fragantes atardeceres de junio, cruzamos las ruidosas calles madrileñas, entre la alegría de las burguesitas gentiles, de las modistas pizpiretas y de las chulas fachendosas, declarándolas adorables a todas, sólo porque son mujeres, no sospecha ninguna de ellas que, bajo nuestras miradas intensas, nuestras risas joviales y nuestros piropos finos (que seguimos lanzando al aire, a pesar del misógino Méndez Alanis), late una tortura interior, un noble anhelo de que se rediman las pobres esclavas hasta hoy irredentas”<sup>626</sup>.

Desde otro punto de vista, y siguiendo con Valentí i Camp, pese a que él mismo dictaminara que el “sensualismo” por sí sólo denigraba a la persona, su “puritanismo” no promulgaba ni el ascetismo ni tampoco la abstinencia sexual. La armonía entre sensualismo y el amor necesitaba de una educación sexual que combatiese tanto el “exceso” como el ascetismo impuesto por la moral católica. La igualdad entre hombres y mujeres debía de ir acompañada de una profunda reforma de las relaciones sexuales, por la cual las mujeres conocieran y pudieran vivir con mayor libertad su sexualidad.

---

<sup>625</sup> *Ibidem*, pp. 205-206.

<sup>626</sup> *La Correspondencia de España*, 13 junio 1909, p. 1.

El socialista barcelonés dibujaba dos arquetipos de mujeres que aparecen recurrentemente en sus descripciones de la sociedad: la mujer honesta y equilibrada, otro, la amoral y corrompida. Estas últimas serían aquellas que dejaban llevarse por el lujo y la lúvido, que manipulaban a hombres a fin de satisfacer sus vicios dinerarios y sexuales. En vista de ello, el estereotipo óptimo de mujer sería el de la “ejemplar”: la nueva mujer, consciente y decidida, que aglutinaba las virtudes de la inteligencia y el ansia de libertad. Paralelamente, Valentí i Camp valoraba la penetración de la moda, los nuevos patrones de belleza y las consecuencias contraproducentes que tenían para el desempeño de lo que concebía era una función femenina primordial, la maternal. No obstante, también tuvo elogios para la nueva moda femenina. En una pequeña entrevista que le hicieron para el diario *Ahora* respondió lo siguiente:

“(...) se advierte el influjo de las nuevas modas. El cabello y la falda cortos son la enciclopedia del nuevo feminismo, porque han logrado que se perdiese un poco del temor al ridículo y la gazmoñería, que tanto les afeaba. La mujer sabía que no podía haber inteligencia despreciando las atenciones generales del cuerpo, de manera que la higiene y la estética han sido los elementos coadyuvantes de la feminidad no decentista”<sup>627</sup>.

A tenor de sus disquisiciones acerca de la belleza y la moda tomó también partido ante la “coquetería” femenina. Los hombres, en su visión, tendían hipócritamente a despreciarla, al identificarla con un rasgo de inferioridad femenina. Lo hacían injustamente, a su entender, cuando los varones la habían “excitado de todos modos, fomentado, y casi provocado”. Diagnosticaba que, a pesar de que la coquetería había acarreado “errores y desvíos”, resultaba beneficiosa al ser consustancial a la naturaleza de la mujer. En su opinión, enlazaba con el deseo de las mujeres de ser admiradas y cortejadas. También conectaba con la excesiva preocupación por su hermosura, impulso irreprímible que emergía en la psique desde la más temprana niñez. Esta apreciación esencialista entraba nuevamente en contradicción, pues seguidamente sostenía que la coquetería femenina “se desarrolló únicamente por el deseo de agradar al hombre, de atraer su atención y de ser objeto de sus deseos”<sup>628</sup>. Las ambivalencias no se detienen en este punto, sino que prosiguen al recopilar sus aspectos positivos y negativos. Valentí i Camp ponía de relieve las torturas e incomodidades que suponía para el sexo femenino

---

<sup>627</sup> *Ahora*, 13 marzo 1932.

<sup>628</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 184.



su frenética búsqueda de admiración por su belleza:

“Miramos con cierto estupor a las mujeres que se han dejado mutilar, estropear los pies, destruir la dentadura, alargarse el cuello y otras anormalidades para parecer más hermosas y más seductoras; pero también la mujer de más recientes tiempos (...) ha tenido semejantes heroísmos; y se inmoló alegremente para conquistar lo que creía el premio de la belleza”<sup>629</sup>.

Pese a su cruda descripción, el autor enumeró los frutos positivos que brindaba. Siempre que se realizase bajo parámetros más proporcionados, la coquetería femenina estimulaba a una poderosa industria, la cual generaba grandes bolsas de empleo. Pero en su mensaje entusiasta llegaba inclusive a justificar el constreñimiento de los corpiños y demás vestidos dolorosamente estrechos. Los estimaba elementos positivamente disciplinadores que fomentaban que en las mujeres rebosasen caracteres morales acordes con su naturaleza. En su justificación de este tipo de indumentarias, las compresiones físicas que las mujeres soportaban al seguir dichos cánones estéticos aseguraban ser agradables estética y sexualmente a ojos de los varones:

“Observando a las campeonas de estos martirios y de la coquetería, debemos de reconocer que su actitud es absolutamente heroica y admirable. Apretada, sujeta, sofocada de manera que casi no podía respirar sin dificultad ni moverse sin dolor, mostrábase, sin embargo, rebosante de una alegría superficial, desenvuelta y simulando una simpatía maliciosa. (...) “Esta especie de disciplina que constriñe la coquetería a la mujer, la enseña muchas cosas preciosas: le enseña a dominarse, a moderarse, a controlar la expresión de las propias sensaciones y de los propios sentimientos. El retener las palabras coléricas para no aparecer desagradable y brutal, con la frente arrugada, los labios contraídos, los ojos duros, ha creado en la mujer el hábito de no ser fácilmente accesible a la ira, o de refrenar, por lo menos, los turbulentos accesos” (...) “Del mismo modo como bajo la dolorosa y continua presión la cintura se estrecha, y como constreñidos en pequeños zapatos los pies no se desarrollan y se conservan pequeños y graciosos, así también el perenne y afortunado esfuerzo para aparecer graciosa, desenvuelta y amable, acaba por imponer a su personalidad real la cualidad que primero era sólo ficticia, aparente, exterior”<sup>630</sup>.

La contradicción entre lo construido y lo natural de los sexos y, al tiempo, lo “tolerable” y lo opresor se repiten con asiduidad. De este modo, Valentí i Camp recaía en reflexiones encapsuladas dentro de la subjetividad masculina, en favor de los intereses de su sexo, mientras denunciaba otras prácticas que sí las calificaba de dañinas:

---

<sup>629</sup> *Ibidem*, p. 190.

<sup>630</sup> *Ibidem*.

“Cuando no encontramos en un salón bien caldeado, sentados en un cómodo y mullido sillón, mientras la música nos caricia los oídos y tenemos a nuestra disposición agradables pastelitos para regalo de nuestro paladar, alegrada nuestra vista por la presencia de señoras con magníficas toillettes; cuando declaramos que todo esto son bellezas interesantes y agradables, la coquetería, si alguna vez pudiera adquirir personalidad, voz y conciencia, podría alegrarse y alabarse de un éxito suyo, personal, y decir con orgullo: Todo esto es un poco obra mía”<sup>631</sup>.

Si proseguimos con los aspectos provechosos de la coquetería apuntados por Valentí i Camp, vemos de nuevo aflorar su concepción de la mujer en calidad de objeto “decorativo” y sujeto “decorador”. En su opinión, la preocupación de la mujer por la belleza era inherente a ella, de igual modo que su gusto no sólo a embellecerse sino a adornar su hogar:

“Porque, la gloria mayor de la mujer es esta: haber sabido inventar el hogar, la casa, el palacio, con todos los elementos de bienestar, de belleza y de gracia que forman el atractivo y la complejidad seductora y preciosa de las casas dispuestas con refinado gusto” (...) “El hombre, por sí solo, no habría pensado nunca en cosas superfluas, pero gratas” (...) “Un palacio, una casa, no se comprende sin una mujer, de la misma manera como una jaula no tiene razón de existir sin el pájaro que la habite” (...) “Si la coquetería no hubiese existido (...) el mundo se asemejaría a un vasto cenobio y los humanos viviríamos como unos eremitas, tristes y acaso seríamos víctimas del aburrimiento”<sup>632</sup>.

## **8.8 - El patriarcado y el futuro de la mujer**

Lo que queda es comprender la perspectiva de Valentí i Camp hacia el futuro y su interpretación en lo concerniente a la genealogía del sistema patriarcal. Lo que resultaba más evidente para él es que el feminismo había “cambiado el centro de gravedad de la Historia”<sup>633</sup>. Consciente de los avances que la mujer había adquirido en tan poco tiempo, conjeturaba que “si Arturo Schopenhauer se levantase de la tumba y pudiera contemplar el hermoso y radiante triunfo, obtenido por la mujer, seguramente se avergonzaría de haber estampado en alguno de sus libros, juicios depresivos e injuriosos”<sup>634</sup>.

---

<sup>631</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>632</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>633</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>634</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 266. Recordemos que Schopenhauer es uno de los sumos exponentes de la misoginia romántica: “La mujer es un animal de cabellos largos e inteligencia corta”, esta fue una de tantas sentencias misóginas escritas por el popular filósofo alemán.

A juicio del escritor catalán, parecía indudable que las “mujeres han llegado a ser lo que la tradición, la historia y la moral rebajada que aquí predomina, quisieron que fuesen”<sup>635</sup>. De este modo, la sujeción del sexo femenino había moldeado su modo de interactuar con el mundo. Esto se derivaba de unas causas y de un proceso que él situaba en los siguientes términos:

“El hombre, además, (...) aprovechábase de la superioridad física, (..), con el objeto de conservar las posiciones adquiridas en el hogar y en la organización social. No es que fomentase las causas determinantes de la insuficiencia femenina, sino que se habían connaturalizado ya, con el orden de cosas establecido, por la sucesión ininterrumpida de generaciones y más generaciones, que se formaron en la creencia de que la mujer, había de vivir supeditada a un poder extraño porque no era, mentalmente, capaz de dirigirse por sí misma. Si el hombre se hubiera dado cuenta de que la servidumbre femenina, representaba el mayor obstáculo para el triunfo de la justicia social y del progreso político, es probable que, por egoísmo, habría desistido en su inútil empeño de dificultar la manumisión de las modernas esclavas. La necedad, el temor y la inconsciencia, generaron en el espíritu de los hombres mejor intencionados, nobles y medianamente ilustrados, la atroz antipatía, primero, y después, la odiosidad inocultable, hacia las soluciones feministas”<sup>636</sup>.

Bajo una interpretación de la Prehistoria semejante a la del conocido antropólogo suizo Johann Jakob Bachofen, Valentí i Camp respaldaba la teoría de que el matriarcado fue una fase pretérita al sistema patriarcal. En tiempos primitivos el parentesco se instituyó a partir del criterio de nacimiento por parte materna. Se derivaron así los derechos de propiedad por vía de esta línea. El padre primigeniamente era un subordinado, lo que cambió con la llegada del patriarcado. Por lo que se refiere a esto, el proyecto de Valentí i Camp no consistía en un retorno a aquella supuesta “ginecocracia” pasada, sino en “laborar para que la espiral de la evolución de los pueblos traiga como consecuencia armónica la conciliación de ambos sistemas, fundiéndolos”. Anhelaba con que en su lugar pudiese “instaurarse en el mundo la era de paz y felicidad” (...) “por medio de la conquista de la igualdad, para ambos sexos”<sup>637</sup>. De este modo, con excesivo optimismo pronosticaba el alejamiento “de la milenaria y omnímoda dominación del varón”. Su diagnóstico le llevó a concluir que “acabóse el patriarcado”, “resurge la ginecocracia”<sup>638</sup>. Aventuró que en “diez o quince años, la capacidad de los dos sexos” se habría “equiparado en los principales ramos de la

---

<sup>635</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 28.

<sup>636</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 267.

<sup>637</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 385.

<sup>638</sup> *Ibidem*, p. 413.

actividad”<sup>639</sup>. En la juventud española ya se constataban aires de cambio en sus conciencias:

“Se va evidenciando que en las mujeres de las diferentes clases sociales disminuye y en algunos casos se agota la capacidad de sacrificio basada en la negación de la propia personalidad. El sacrificio estéril no puede constituir un aliciente para una individualidad por sencilla y modesta que sea”<sup>640</sup>.

Aquella actitud de abnegación no estaba ya tan interiorizada por muchas mujeres. En referencia a la heroína del escritor Henrik Ibsen, Valentí i Camp, anunciaba que comenzaban a “cundir las Noras”<sup>641</sup>. Ante estos hechos, describió a la *garçone*, el tipo de mujer protagonista del bestseller de Victor Margueritte *La Garçone* (1922), como el modelo femenino del futuro. La mujer ante los escarnios padecidos había luchado en un acto de pura justicia en favor de sus derechos, pero en ocasiones, juzgaba Valentí i Camp, había abandonado su “feminidad”. Habían confundido el objetivo principal de la igualdad de derechos, con el de “igualarse” a los hombres o masculinizarse.

Valentí i Camp auguraba que “la mujer del mañana” no se convertiría en un “tipo masculino”, sino que perfeccionaría su feminidad dentro de un régimen de convivencia más igualitario y fraterno con el otro sexo:

“La mujer de mañana no corresponderá a lo que llamamos el tipo masculino. Será solícita, amable y cariñosa compañera del hombre, igual a él, pero diferente en cuanto al sexo, consciente de sus cualidades y sabiendo cómo cultivarlas y elevarlas a un grado más alto de perfección. Continuará siendo una mujer que traerá hijos al mundo igual que la mujer del pasado. Pero seleccionará al padre de sus hijos, haciendo esta elección libremente, sin que nadie la coaccione por motivos morales o materiales. (...) La mujer de mañana se negará a ligarse con los anticuados nudos de la ley romana. Si no ama a su marido lo dejará, exactamente igual como hace ahora él cuando está cansado de ella. Las tragedias conyugales, ahora tan corrientes, serán contadas en el porvenir. La mujer de mañana no confiará en el hombre para atender a su subsistencia. Será independiente y dichosa con el hombre de su elección, al que estará unida, no por la ley, sino por inclinación, amor y aprecio mutuos”<sup>642</sup>.

Estos “excesos”, pronosticaba, se encauzarían con el paso del tiempo, cuando la mujer se viera definitivamente reparada ante la injusticia soportada. Resulta interesante

---

<sup>639</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas...*, op. cit., p. 127.

<sup>640</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 25.

<sup>641</sup> Aquí hizo una referencia al personaje protagonista de *La casa de muñecas* de Henrick Ibsen, al que por cierto dedica un capítulo especial en *Ibidem*, p. 25.

<sup>642</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La libertad de la mujer y su utilidad social...”, op. cit., p. 41.

la siguiente declaración. Estas palabras concuerdan con su apuesta por el “verdadero tipo de mujer nueva”, no las “nuevas mujeres” que, según su valoración, malentendieron su liberación al renunciar a su feminidad maternal<sup>643</sup>:

“Impulsada por cierto sentimiento de amargura y contrariedad (...) el resultado fue que cometió excesos, debidos únicamente a su reacción después de un largo período de esclavitud. Este tipo, del que la guerra fue en mucho responsable, ha sido una mera forma transitoria del tipo femenino moderno. Este tipo se está desarrollando vigorosamente y no debemos asustarnos de él”<sup>644</sup>.

A pesar de que el sociólogo catalán desplegara en su alegato muchas seguridades poco o nada reconocía saber sobre el porvenir social a largo plazo. Se mostró cauteloso ante una incógnita, la durabilidad del sistema de subordinación contra las mujeres. Pero este proceso de ocaso del patriarcado lo pronosticaba irrevocable. Lanzaba, a propósito de este presumible declive, una interrogación al lector –ideal para ir finalizando el presente capítulo–, una pregunta que parece no tener una respuesta ni fácil ni definitiva: “¿Cuánto tiempo se necesitará para el total desarrollo de la mujer? ¿Quién es capaz de decirlo? Pueden ser años o pueden ser siglos, pero el resultado es inevitable”<sup>645</sup>.

---

<sup>643</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, *La mujer ante el amor...*, op. cit., p. 129.

<sup>644</sup> *Ibidem*, pp. 108-109.

<sup>645</sup> VALENTÍ I CAMP, Santiago, “La libertad de la mujer y su utilidad social...”, op. cit., p. 41.



## CAPÍTULO IX

### DISCURSOS DE GÉNERO PROGRESISTAS EN LAS SUBCULTURAS REPUBLICANAS, LA MASONERÍA Y EL LIBREPENSAMIENTO

*“Para compenetrar a la mujer con la República es preciso e indispensable concederla, desde luego, el derecho al sufragio, porque ¿cómo la queremos compenetrar con la República y sacarla de la iglesia?” (...) “la mujer no saldrá nunca de la iglesia hasta que no la concedamos el voto”*

Roberto Castrovido<sup>646</sup>

Como en cualquier otra cultura política de su época, pese a la existencia de un exacerbado machismo dentro de las culturas republicanas españolas, hay que poner de relieve que desde los años 60 del siglo XIX, algunos intelectuales entre sus filas fueron junto a socialistas utópicos precursores en defender los derechos de las mujeres. Los pioneros y pioneras, dentro de estos círculos, fueron los/as pertenecientes a las filas del republicanismo federal, en estrecho vínculo después con el primer anarquismo y la literatura naturalista. Masones, republicanos de casi todas las tendencias, librepensadores, espiritistas y literatos del naturalismo radical, a través de sus novelas, libros y artículos de opinión, pusieron en evidencia algunas de las condiciones de subalternidad sufridas por el sexo femenino y, de este modo, se alejaron de los esquemas predominantes. En aquel *maremágnun* de culturas progresistas y radicales nos encontramos con referentes poco conocidos, pero que cultivaron en su literatura una profunda crítica a la situación de la mujer. A su vez, se pueden entrever las imbricaciones de estos republicanismos con las corrientes más progresistas dentro de los marcos alternativos al catolicismo, tal como se dieron en la masonería, el espiritismo y el librepensamiento. El anticlericalismo y el laicismo republicano que anidaron, sobre todo, entre sus vertientes más de izquierdas marcó en gran medida sus discursos de género y, por lo tanto, los mensajes de los hombres de estas corrientes políticas que

---

<sup>646</sup> *Diario de las sesiones de Cortes*, 1 octubre 1931.

apostaron por la emancipación de la mujer.

### 9.1 - La mujer en el republicanismo federal

Resulta llamativo que el Partido Republicano Democrático Federal (PRDF) desde 1883 ya contemplara, en algunas de sus proclamas, la consecución de derechos políticos para las mujeres<sup>647</sup>. Había ya antecedentes, señalados con anterioridad en este trabajo, dentro de la órbita del socialismo utópico y del federalismo más “primigenio” en los que se denunció por parte de mujeres, pero también de hombres como Fernando Garrido o Sixto Cámara, el estado de subyugación que el sexo femenino soportaba. Incluso entre las filas del democratismo más vinculado al progresismo liberal se dieron también de forma aislada estas posturas.

Un autor federalista muy desconocido como fue Juan Manuel Diez, firmante de un opúsculo llamado *El sufragio Universal*, se sintió atraído por la idea de una futura emancipación de la mujer. Ya en 1867, a las puertas de la revolución septembrina, confesó su conformidad con la idea de que las mujeres debieran de disfrutar de derechos políticos y civiles iguales a los de los varones. Merece la pena reproducir sus palabras en las que manifiesta sus dificultades, en una atmósfera hostil y refractaria, para transmitir sus opiniones heterodoxas sobre la condición política y social de la mujer:

“Pasmado estaba de tener una idea (...) y más me quedaba al escuchar que me faltaba la ídem de todos aquellos en cuya presencia la emitía. (...) a fuerza de desdeñosas sonrisas me obligaron a guardar secreto acerca de ella (...) me apostrofaban tan duramente, que principié a creer que mi idea era un error crasísimo”<sup>648</sup>.

Su “original idea” consistía, tal como lo enunciaba el militante republicano, en el siguiente aserto: “La mujer, en el orden social, debe ser igual al hombre, como lo es en el orden natural”. En este texto hallado durante la investigación se aprecia que él mismo

---

<sup>647</sup> Véase “Asamblea Federal”, *La Vanguardia. Diario Federal*, 9 junio 1883. En lo tocante al PRDF y los derechos de la mujer véase SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio, “Antecedentes del voto femenino en España: el republicanismo federal pactista y los derechos políticos de las mujeres (1868-1914)”, *Historia Constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, nº 15, 2014. Aunque no fructificasen, en el articulado de dos proyectos de constitución (uno presentado en 1872 y otro planteado por el Partido Republicano Federal ante la Cámara en 1873) se contemplaba la igualdad de derechos civiles para ambos sexos. Véase PÉREZ ROLDÁN, Carmen, *El Partido Republicano Federal, 1868-1874*. Madrid, Endymion, 2001, p. 128.

<sup>648</sup> DIEZ, Juan Manuel, “Una idea madurando”, *El Siglo Ilustrado*, 19 agosto 1867, p. 5. *La Igualdad*, 22 enero 1871, p. 3. Lamentablemente, no hemos conseguido encontrar más datos biográficos sobre este militante republicano.



formuló sus primeras dudas ante el rechazo generalizado que recibió hacia sus rompedores planteamientos: “Íbame sospechando que mi idea era un disparate y disponíame a renunciar a ella”. Sin embargo, no desistió: “devoré con la vista cuantos libros llegaron a mi poder” sobre la mujer. Durante la descripción que realiza en su escrito, en torno al periplo de dilemas que atravesó en lo tocante a la idoneidad o no del reconocimiento de los derechos de las mujeres, aprovechó para denunciar el hecho de que el varón haya tenido a las mujeres “cerradas las puertas del saber humano” y de que se hubiera autodeclarado injustamente sexo dominante.

A su modo de ver, el hombre también se había autoerigido, sin fundamento alguno, en el sexo fuerte. Cuenta, de paso, una experiencia “peculiar” que le hizo cambiar su parecer con respecto al tópico de la debilidad física del sexo femenino y su, en consecuencia, incapacidad para funciones públicas reservadas a los varones. Narra y confiesa un encuentro desafortunado que tuvo con una mujer de la que recibió un “piramidal bofetón” al haberse, él mismo, “sobrepasado” con ella<sup>649</sup>. A juicio suyo, en definitiva, el problema de raíz que dificultaba los avances en esta materia estribaba en que, simplemente, “la emancipación de la mujer tendría un grave inconveniente para los que la dominan cual a manso cordero y es que sería real y efectivamente su semejante, su igual, su compañera, lo que no puede tolerar el hombre”<sup>650</sup>.

El periodista y dramaturgo republicano Luis Rivera (1826-1872), también a poco menos de un año de que cayese el régimen isabelino, verbalizaba su deseo por la ilustración de la mujer y su objeción al hecho de que “se la nieguen los derechos del hombre”. Esta injusticia perpetuaba, en sus propias palabras, su “estado de servidumbre”. El que fuera afiliado del Partido Demócrata no compartía que el otro sexo fuese tutelado y viviera al albur del “capricho del hombre”, de que su existencia se viera marcada por el matrimonio como única vía de realización personal. En nombre de la revista que dirigía, la publicación republicana *Gil Blas*, enunció su firme convicción de la misión de su diario político-satírico: “hacemos muy bien en pedir para la mujer los mismos derechos que el hombre”<sup>651</sup>.

---

<sup>649</sup> *Ibidem*.

<sup>650</sup> *Ibidem*.

<sup>651</sup> *Gil Blas*, 16 octubre 1867.

De entre las posturas tempranas más progresistas sobre la mujer dentro del federalismo existe una referencia de José Gómez y Gordillo. A la altura de 1870, este republicano federalista en un texto que publicó en *La Revista Federal* apreciaba la concesión del voto como un instrumento eficaz de progreso social. De paso, animaba a las mujeres a ingresar en las filas republicanas: “Mujer: estudia la forma republicana, adhiérete a ella y lleva consigo al hombre”<sup>652</sup>.

Otro ejemplo es el del periodista y poeta demócrata Jose María Prellezo ( -1903). En 1872, en su respuesta a un artículo en *La Discusión* titulado “La emancipación de la mujer” firmado por el republicano Francisco Flores García, rebautizó el título de este texto con “La esclavitud de la mujer”. Con un tono de camaradería, Jose María Prellezo consideraba que Flores García recelaba de los avances que la mujer podría protagonizar. Según su opinión, esos temores eran prácticamente los mismos que los de un “neoconservador o un reaccionario”. Prellezo, además, contradijo el adjetivo de “sexo débil” adjudicado a la mujer y censuró que los hombres disfrutasen privilegios, “los que se han dado en llamar el sexo fuerte”. Apuntaba que la similitud de derechos y aptitudes entre los sexos es “natural, lógica, justa y necesaria, como la consagración de los derechos humanos”:

“(…) máxime cuando los reivindica la parte desposeída hasta ahora, no porque es débil, sino porque se la ha debilitado en la esclavitud por la atrofia de la inteligencia, la prostitución del corazón y las apremiantes necesidades de la miseria; siempre rodeada de atractivos que exaltan su delicada sensibilidad, llena de supersticiones de una mala educación (...) vejada por el hombre que la bula y la engaña, sirviéndose de ella como medio para aparecer más grande”<sup>653</sup>.

Prellezo no veía incompatibles las tareas literarias, artísticas y políticas que las mujeres pudieran cultivar conciliándolas con sus quehaceres domésticos. Según él, la mujer era la depositaria de la moralidad social y de la salvaguarda de la familia: “La emancipación de la mujer vendrá y con ella el mejoramiento de la familia porque es cierto en toda certeza que el hombre es tanto más perfecto cuando mejor es la mujer, piedra angular de la sociedad y exacto reflejo de las costumbres y cultura de los

---

<sup>652</sup> GÓMEZ Y GORDILLO, José, “La mujer y la política”, *Revista Federal*, nº 8, 24 julio 1870. Extraído de ESPIGADO TOCINO, M<sup>a</sup> Gloria, “El discurso republicano...”, op. cit., p. 162. Lamentablemente, no hemos hallado más datos biográficos sobre Gómez y Gordillo.

<sup>653</sup> PRELLEZO, Jose María, “Carta abierta”, *La América*, 13 julio 1872, p. 11.

pueblos”<sup>654</sup>.

Otra muestra de apoyo masculino por los derechos de la mujer la encontramos en una sucesión de artículos firmados por el federalista Nicolás Díez de Benjumea (1820-1884), bajo el título “La gran causa del bello sexo”. En dichos escritos, publicados en 1877, el autor no disimulaba su admiración hacia los avances liberadores que la mujer estaba obteniendo en los países más avanzados<sup>655</sup>. Díez de Benjumea, en estos textos, desplegó una retórica alabadora y poética sobre el “bello sexo”. Lo hizo apelando a la hermosura femenina y a su papel como musas del arte y de la creación masculina a lo largo de la Historia.

Los hombres “decentes, lógicos y razonables”, a juicio de Benjumea, serían los “caballeros” que reconocen y ensalzan los méritos que la mujer ha reunido desde los más lejanos tiempos. En contraposición, Benjumea señalaba “el egoísmo e injusticia de los hombres”. Para él, los hombres son realmente el “sexo feo” porque esclavizaron y privaron de derechos al “más bello tesoro sobre la tierra”. Recordaba, a este respecto, que los varones “tuvieron el mando, ellos hicieron las leyes, ellos gobernaron o monopolizaron la prensa”. Por todo ello la mujer ha sido, a su entender, “la eterna víctima”. Ante este estado de “arbitrariedad”, “dependencia de la mujer” y de tiranía masculina, Benjumea se autodeclaraba “apoderado o defensor del bello sexo”. Con espíritu justiciero justificaba su toma de partido. Sus palabras, visiblemente, guardan un tono caballeresco bajo el deseo de escudar la honra femenina mancillada:

“A mí me cabe la honra de investirme (...) apoderado o defensor del bello sexo, simplemente por la buena voluntad y amor que le tengo y porque no puedo sufrir enredos, amañes, belenes ni hipocresías” (...) “puede estar segura la bella mitad de la española raza que no dejaré ostugo ni escondrijo, razón ni argumento, socaliña ni callejuela del culpable usurpador y tirano de las barbas (...) dando a cada cuál lo que se merece” (...) “Al fin, aunque tarde, ha llegado la hora de la redención y emancipación de la mujer de las garras de su disfrazado déspota” (...) “la razón y la justicia asisten al bello sexo” (...) “Época hubo en que pensar en hacer de una mujer un doctor en medicina, en jurisprudencia o empleada del gobierno, sonó y pareció en todos los pueblos y a todas las inteligencias, el mayor disparate que podían caber en inquilinos de

---

<sup>654</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>655</sup> Benjumea dirigió el periódico demócrata *La Unión* y fue favorable a una república federal de estados ibéricos, pero a su vez, aunque republicano, transigía con la figura de un monarca para un régimen democrático. Fue, además, director de *La Ilustración de la Mujer*, una revista femenina que agarraba como estandarte la educación femenina para el mejoramiento de su condición social.

manicomios. Pero el mundo ha ido dando sus vueltas y la sociedad y las ideas las suyas, y ahora nos encontramos, con que los pueblos más civilizados y sesudos adoptan y reconocen lo que a nosotros nos parece todavía una quimera, un delirio, una locura, y tiempo seguirá pareciendo a los latinos por mucho tiempo hasta que sus condiciones sociales no la hagan aparecer una cosa legal, racional, justa y equitativa”<sup>656</sup>.

Benjumea, además, apuntaba que las revoluciones inspiradas por la francesa reconocieron derechos solamente a los hombres: “como si las mujeres no fueran alguien” (...) “¿y la mujer? caballeros, ni palabra, como si no existieran en el mundo”. Aquellos “señores autócratas del bigote y la perilla”, refiriéndose a los hombres que han encabezado revoluciones, han reducido a la mujer a “la categoría de un juguete precioso o un animal agradable”. Comparaba la España conocida por su falsa galantería con la Inglaterra avanzada que iba gradualmente superando obstáculos hacia la igualdad de derechos. Polarizaba, al fin y al cabo, dos modelos de caballerosidad y galantería masculina, la española, que jalonaba a la mujer para enmascarar su sometimiento y la inglesa, escudera de quienes obraban para coartar sus derechos y libertades:

“(...) los hombres más ilustres de nuestros tiempos, llamados locos o visionarios por los ingleses, a saber, Víctor Hugo y Stuart Mill, han reconocido y definido el derecho a la igualdad en ambos sexos. (...) nosotros llevamos la fama de adoradores, admiradores, galanes, deferentes hacia el bello sexo. Los ingleses en su trato social no hacen grandes extremos de adoración y homenaje a la hermosa mitad del género humano. Sin embargo, nosotros los teóricos sabedores de que las grandes inteligencias de la civilizada Europa defienden en principio la igualdad de los sexos en punto a derechos, nosotros que tenemos la reputación de besar los pies de nuestras españolas, a la primera vista y encuentro, sabemos lo que pasa en la esfera de las ideas, lo que pasa en la esfera de los hechos, que en teoría y práctica van avanzando en las culturas y civilizadas capitales de Washington y Londres, y con todo eso no hemos tenido la galantería de ponernos siquiera al nivel (...) declarando la parte igual de la mujer en los derechos civiles y políticos”<sup>657</sup>.

El historiador republicano Francisco Pérez Guillén en un artículo que publicó en el diario republicano *El Popular* se refirió también a la necesidad de que prevaleciese el deber caballeresco de elogiar al sexo femenino mientras se abogaba por su dignificación. Calificó de enemigos de los “defensores del bello sexo” a figuras como Schopenhauer, Gall, Spencer o Moebius. En contraposición, Pérez Guillén se ubicaba cerca de otros eminentes autores, según sus palabras, “briosos paladines” de la talla de

---

<sup>656</sup> DIEZ DE BENJUMEA, Nicolás, “La gran causa del bello sexo”, *Cádiz: Diario de Artes Letras y Ciencias*, nº 12, 20 septiembre 1877, p. 111.

<sup>657</sup> *Ibidem*, p. 110.

Stuart Mill o August Bebel. De ellos celebró su labor en favor de los derechos “de esa bella mitad del género humano”. En este sentido, un mandato de género masculino a cumplir tradicionalmente es el de reverenciar y glorificar la belleza o las virtudes del otro sexo. El federalista malagueño sugirió que los únicos varones que lo hacían y respetaban realmente a la mujer eran quienes trabajaban por sacarla de su condición de sierva del hombre:

“Los que con rectitud de miras nos preocupamos de la dignificación de la mujer y los que de veras sabemos respetarla y enaltecerla, los que aspiramos a que ella, siendo nuestra amiga, nuestra hermana, nuestra esposa, nuestra amante, sea siempre algo más que nuestra hembra y nunca nuestra sierva, nosotros, repito, laboraremos con entusiasmo y ardimiento”<sup>658</sup>.

En aquel panorama político del Sexenio democrático, pese a excepciones ahora señaladas, el demo-republicanismo no apostaba todavía de manera muy decidida por reformas encaminadas a la concesión de derechos políticos a las mujeres<sup>659</sup>. Las enarbolaciones a la emancipación de la mujer fueron habituales entre los círculos republicanos, pero la falta de concreción programática al respecto, e incluso los planteamientos acotados a nociones ancladas en la domesticidad femenina, restaron radicalidad a muchos de estas alusiones a la emancipación de la mujer. Un ejemplo es el de quien llegó a ser director del Teatro Lara y gobernador civil de Ciudad Real, el citado dramaturgo y periodista malagueño Francisco Flores García (1844-1917). Fue además secretario personal del ya mencionado Fernando Garrido, con el cual no compartía puntos de vista tan aperturistas con respecto a su visión sobre la mujer, aunque sí su concepción paternalista por la cual el hombre desempeñaría la tarea de guiar al otro sexo en su marcha hacia la liberación. En opinión del federalista malagueño la mujer, ese “hermoso complemento de la vida” del hombre, no debía concurrir al mundo de la política:

“No somos enemigos de la emancipación de la mujer (...) porque la cultura de la

---

<sup>658</sup> PÉREZ GUILLÉN, Francisco, “Laboremos”, *El Popular: Diario Republicano*, 27 noviembre 1910, p. 1.

<sup>659</sup> Acerca de los límites de género del discurso socio-político de los republicanismos y las versiones ideológicas democratizadoras en el período isabelino véase PEYROU TUBERT, Florencia, “Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino”, *Historia y política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, nº 25, 2011, pp. 149-174. Para el período de la Restauración SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio, “Mujer y republicanismo en la España de la Restauración” en RAMOS PALOMO, Dolores (Coord.), *Tejedoras de ciudadanía: Culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*. Universidad de Málaga, 2014, pp. 65-80.

madre se refleja en el hijo” (...) “como las nuevas ideas atraviesan siempre exageraciones” (...) “de aquí la necesidad de señalar a la mujer el camino que debe seguir” (...) “Trabaje la mujer por su emancipación. Pero que sepa que ha de realizar la sublime misión de su destino dentro del hogar doméstico, reinando, por medio del amor en el corazón del hombre”<sup>660</sup>.

Representativo de esta tendencia todavía “moderada” lo fue también el líder federalista Francisco Pi i Margall. A pesar de su ideario democrático-revolucionario no dudaba en rehusar por completo todo proyecto de quebrantamiento de las funciones tradicionalmente adjudicadas al sexo femenino. Aun cuando no aceptó las tesis de la inferioridad intelectual de la mujer, para el que fuera presidente de la I República, su misión social no podía ser otra que la del cuidado del hogar<sup>661</sup>. Si la mujer accediese a la lucha partidista se correría el riesgo de que perdiera su influjo civilizador y apaciguador, en detrimento de la estabilidad de la familia<sup>662</sup>.

De todas maneras, Pi i Margall, 30 años después, avanzó hacia apreciaciones algo más abiertas. En una de sus intervenciones en el Centro Federal de Madrid desenmascará la injustificable incoherencia del hecho de que se negaran derechos políticos a las mujeres, mientras se reconocía legalmente la facultad de que la jefatura del Estado fuera ocupada por una mujer<sup>663</sup>. De igual forma, Pi i Margall alentó a los correligionarios allí presentes a estudiar las reformas necesarias que condujeran a la emancipación del sexo femenino. En otro discurso, en esta ocasión pronunciado en el Ateneo de Madrid en 1888, denunció las leyes recogidas en el código civil que privaban a la mujer española de su autonomía: “La mujer dentro del matrimonio, así civil como canónico, carece de personalidad (...); no puede, sin el consentimiento de su marido, ni administrar sus bienes. (...) es triste la situación de la mujer en el nuevo Código, es tan

---

<sup>660</sup> FLORES Y GARCÍA, Francisco, “La emancipación de la mujer”, *La Discusión*, 21 junio 1872, p. 3.

<sup>661</sup> Véase PI I MARGALL, Francisco, “La misión de la mujer en la sociedad” en *Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer*. 21 de febrero de 1869 [23 de mayo de 1869]. Universidad Complutense de Madrid, Impr. y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1917.

<sup>662</sup> PI I MARGALL, Francisco, *La Federación*. Madrid, Correa y Zafrilla, 1880, pp. 184 y ss. Extraído de ESPIGADO TOCINO, M<sup>a</sup> Gloria, “El discurso republicano...”, op. cit., p. 160.

<sup>663</sup> Sus palabras fueron publicadas en el periódico *El Nuevo Régimen*, 11 noviembre 1899, bajo una crónica titulada “Discurso pronunciado por Francisco Pi i Margall la noche del 4 de noviembre con motivo de la reapertura de las conferencias federales”. Extraído de SALOMÓN CHÉLIZ, M<sup>a</sup> Pilar, “Devotas, mojigatas, fanáticas y libidinosas” en AGUADO HIGÓN, Ana María y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*. Universitat de Valencia, 2011, p. 79. Véase también en DE DIEGO ROMERO, Javier, *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 159.

triste como en el antiguo”<sup>664</sup>.

El demócrata y republicano Eusebio Asquerino (1822-1892), al igual que Pi i Margall, censuró la precaria situación moral y social de la mujer, “el ser oprimido”. En su descripción histórica de los martirios que desde los más remotos tiempos de la historia ha padecido la mujer, desvelaba su especial sensibilidad hacia el estado de servidumbre de la mujer: “El hombre comenzó su obra de dominación y la mujer fue su primera víctima” (...) “ejercía el derecho del más fuerte sobre su compañera y la hizo su víctima”. A parte, las alabanzas a la belleza femenina trufan el artículo del autor. Pero, además, las raíces fourieristas de su pensamiento se desvelan a mitad del texto:

“La historia de la mujer, de este ser encantador, es la de la humanidad entera, y cuanto más libre es la mujer, se eleva más el nivel moral y se puede sostener como un axioma, que el respeto que se consagra a la mujer y la valiosa importancia que se le tributa en un pueblo son el verdadero criterio de civilización”<sup>665</sup>.

Ya a finales del siglo XIX, varios federalistas hablaban más claramente de la necesidad de conceder derechos políticos a las mujeres, incluido el derecho al voto y a ser representantes de la ciudadanía. Quien fuese el primer traductor en España de *El Capital* de Marx, el abogado Pablo Correa y Zafrilla (1842-1888), fue seguidor de Pi y Margall y compartía con él su gradual aperturismo en torno al status jurídico y político de la mujer española:

“Respecto de la mujer, no hay razón fundamental, como ya sostienen muchos y eminentes escritores de Europa y América, para excluirla del goce de éste y de los demás derechos políticos; sobre todo, nadie podrá explicar, por qué no gozan derecho de sufragio las que son cabezas de familia, dirigen una numerosa familia, una casa de labranza, un comercio, una industria cualquiera, todo lo cual supone más capacidad de la que se le atribuye. La emancipación de la mujer es una necesidad política y moral de los tiempos modernos”<sup>666</sup>.

Otro caso es el del sucesor de Pi i Margall a la cabeza del Partido Republicano Federal, el lingüista y matemático Eduardo Benot (1822-1907). El escritor republicano enumeraba, en una carta dirigida a los jóvenes federalistas, la lista de injusticias y desgracias que asolaban la condición social del sexo femenino. Las mujeres, “seres

---

<sup>664</sup> Citado por DE DIEGO ROMERO, Javier, op. cit., p. 100.

<sup>665</sup> ASQUERINO, Eusebio, “La educación de la mujer”, *La América*, 8 abril 1881, pp. 5-6.

<sup>666</sup> CORREA Y ZAFRILLA, Pablo, “Democracia, federación y socialismo”, *La República: Diario Federal*, 3 noviembre 1886, p. 3.

dotados de gracia y hermosura”, afligían fruto de una tiranía masculina desentendida de “la fraternidad universal”:

“¿Por qué la sociedad mantiene cerrado a la mujer el ingreso en las carreras compatibles con las aptitudes femeninas? ¿Por qué paga a una profesora normal menos que a los profesores de Institutos? ¿Es que las unas estudian menos que los otros? (...) “¡Pero con qué mezquindad!” (...) “dirigid vuestros ojos frente al camino de amargura recorrido por la mujer en los siglos de la historia, y os convenceréis de lo difícil de extirpar las tiranías sociales” (...) “En lo antiguo, carecía enteramente la mujer de derecho y era una esclava miserable. El hombre tenía sobre ella derecho de vida o muerte. Su abyección en algunos pueblos era inconcebible, porque el hombre podía echarle al cuello una cadena y sujetarla como a un perro. Aun hoy es mercancía que provee los harenes de los turcos, a pesar de estar prohibido el horrible comercio de hermosuras” (...) “¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!” (...) “aun en los países de mayor cultura, la condición de la mujer es inferior a la del hombre. Una costurera hábil gana menos que el más chapucero menestral. Se instruye menos a las niñas que a los niños” (...) “El país donde existen tales cosas está envuelto en tan negra calaña, que no puede atravesarla la luz de la fraternidad universal. A vosotros toca, jóvenes de altruismo, iluminar con los más potentes focos la niebla espesísima que ha llegado hasta nosotros de las barbaries de otros tiempos. Perseverad, perseverad sin desmayar y tened presente que la mujer en todo tiempo lo que al hombre ha querido que sea. De vosotros depende y de los corazones altruistas de esta generación que la mujer llegue a ser un faro nunca empañado de hermosura y de pureza”<sup>667</sup>.

Asimismo, coincidiendo con esos años, del Partido Republicano Democrático Federal se registran algunas de las primeras sugerencias parlamentarias de extensión del derecho al voto para las mujeres. En 1907, Joaquín Salvatella Gisbert (1881-1932), diputado republicano federal, lo pidió en las cortes para las viudas que disfrutasen de la patria potestad en el ámbito municipal. Al año siguiente el liberal Conde de Casas-Valencia, Emilio Alcalá Galiano (1831-1914), en el senado propuso un proyecto de ley que reconociera que fueran electoras todas las mujeres casadas con bienes propios o cualquier mujer con casa propia o arrendada<sup>668</sup>. Luego, en el escenario de reformas electorales del gobierno de Antonio Maura, el 10 de marzo de 1908, de nuevo un federalista, Francisco Pi i Arsuaga, redactó en el Congreso una enmienda a las leyes electorales municipales. La proposición presentada por el hijo de Francisco Pi i Margall

---

<sup>667</sup> BENOT, Eduardo, “Una carta de Benot”, *El Liberal*, p. 2

<sup>668</sup> Hay que recordar que en ya 1877 se hizo una petición similar por parte de una serie de diputados ultraconservadores, la cual pasó prácticamente inadvertida y que, por supuesto, fue rechazada. También que en 1918 el diputado conservador Manuel de Burgos solicitó el sufragio femenino, pero privaba a las mujeres de ser elegibles. Durante la Dictadura de Primo de Rivera las mujeres solteras ostentaron el derecho al voto administrativo, excluyendo a las casadas para evitar disensiones en las familias, una reforma encabezada por Gil Robles y Calvo Sotelo. No obstante, estas iniciativas y reformas no partían de un espíritu equitativo entre los sexos, sino que respondían a intereses electorales o estrictamente políticos.



recogía que fueran electoras las mujeres emancipadas no sujetas a autoridad marital. Pero esta iniciativa fue rápidamente desestimada por dos tercios de la cámara<sup>669</sup>.

El compromiso del federalismo por los derechos políticos y jurídicos de las mujeres emparentaba no sólo con su democratismo, sino directamente también con su anticlericalismo. Uno de los más fervientes anticlericales fue el periodista republicano Francisco García López (1824-1878), militante del Partido Demócrata y luego del federal<sup>670</sup>. En un acto, titulado por la prensa con el nombre de “La Velada feminista”, García López reprochó primero el “despojo que la sociedad comete sancionando la inferioridad jurídica en qué la mujer se halla”. Cerró su intervención, además, con las siguientes palabras:

“Han sido siempre las iglesias enemigas de la mujer. No os repetiré que las antiguas religiones las prostituían empleando el dinero recaudado con la venta de sus gracias en sostener los esplendores del culto. Se ha repetido mucho que el cristianismo redimió a la mujer, dignificándola, y esto no es cierto en absoluto. La Iglesia católica ha consentido y consiente la prostitución de la mujer”<sup>671</sup>.

En la misma velada, García López brindó a las mujeres allí congregadas “el más respetuoso homenaje de admiración y simpatía”. Dedicaba sus palabras “a las señoras libres de los prejuicios de su sexo”. Admiraba su compromiso y profesaba su más sincero respeto y admiración hacia las “defensoras de sus hermanas”:

“(…) al erigirse en defensoras de sus hermanas reclamando la consideración jurídica que les es debida, se habrán convencido prácticamente que no cosechan con su propaganda el ridículo, según afirman espíritus superficiales, sino la consideración y el respeto de todas las personas amantes del progreso. Para que la mujer hable en los mitins y pida en ellos su plena capacidad jurídica, ha sido antes necesario desterrar de las conciencias viejas preocupaciones y arrancar el poder a los déspotas que tiranizaban a los pueblos apoyados en pretenciosos derechos legados por la divinidad”<sup>672</sup>.

Tras sus palabras de elogio a las luchadoras por su propia libertad quiso advertir a las asistentes que desconfiasen de la Iglesia Católica: “Así, pues, señoras, no creáis a los

---

<sup>669</sup> Puede comprobarse en las *Actas de Sesiones del Congreso de los Diputados*. 17 marzo 1906. Entre risas se produjo el rechazo de la proposición. Anécdota extraída de GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *El universo conservador...*, op. cit., p. 149.

<sup>670</sup> En 1866 participó en los sucesos del Cuartel de San Gil, vocal de las Juntas Revolucionarias de Madrid durante La Gloriosa de 1868, presidió el Casino Republicano Federal de Madrid, y fue elegido varias veces diputado durante el Sexenio democrático.

<sup>671</sup> “Velada feminista”, *El Nuevo Régimen*, 2 abril 1904, p. 3.

<sup>672</sup> *Ibidem*.

sacerdotes cuando os hablen de libertad, de dignificación, porque si recobrasen su antiguo poder os dejarían ahora en la esclavitud y en la ignorancia”. Asimismo, apoyaba la concesión del derecho al voto y argumentaba que la mujer necesitaba más protección dado su desamparo social y su mayor debilidad física. La única manera era reconociendo sus derechos y posibilitándola el arma de los votos con el fin de preservar sus intereses:

“Pero creo que si ha de ser un hecho la emancipación de la mujer, como el privilegiado no es fácil que se vuelva contra el privilegio, la propaganda debe ser ayudada por el voto como arma de combate. Ninguna razón justifica (dice Stuart Mill) la influencia del sexo en el goce de los derechos políticos. En efecto: si todos los seres humanos tienen el mismo interés en ser bien gobernados, (...) si las mujeres casadas o solteras pueden ser propietarias y ocuparse de intereses y negocios lo mismo que los hombres; si se aplaude el que las mujeres piensen, escriban y eduquen a los niños; si realizan, en fin, una misión social tan importante como la del hombre, es evidente que como él debe tener el derecho de sufragio, porque si hubiera alguna diferencia, sería siempre a favor de la mujer que, físicamente más débil, necesita más que el hombre la protección de la sociedad y de las leyes”.

Por último, el abogado republicano se reconocía entre los hombres incomprensidos y tildados de “chiflados” por sintonizar con las demandas feministas. De lo contrario, según su opinión, él con sus compañeros de partido no trabajarían congruentemente ni por el progreso humano ni por la democracia. Recriminaba que los que no demostraban coherencia eran los que reconocieron la autoridad y legitimidad de una mujer, la reina Isabel, pero continuaban negando un derecho básico de ciudadanía al resto de las mujeres españolas:

“Con el feminismo ocurren hechos muy graciosos. De chiflados nos califican muchos hombres serios a los que pretendemos que la mujer vote, y ellos que se tienen por cuerdos, hasta ayer han prestado acatamiento a una mujer que ejercía en España el poder supremo. Y es que muchos españoles que se creen cultos, no han podido emanciparse de las preocupaciones infiltradas en el alma nacional por tres siglos de despotismo; que habituados a la servidumbre, sienten cierta voluptuosidad en esclavizar a seres más débiles y defienden con feroz egoísmo su tiranía en el hogar. Pero la verdad hará su camino en las inteligencias sanas, y no pasará una generación sin que se haya hecho justicia a las mujeres y sin que el sexo, como otras diferencias accidentales, dejen de ser causa bastante para despojar de su derecho a los ciudadanos”<sup>673</sup>.

Por otra parte, en respuesta al anticlericalismo federalista el semanal *La Lectura Dominical*, órgano de expresión eclesiástico, para desacreditar a los republicanos

---

<sup>673</sup> *Ibidem*.

emancipadores de la mujer criticaba presumibles contradicciones entre su teoría y sus actos: “¡Tiene gracia! Pero digan ustedes, señores maridos descontentos, ¿Por qué se pasaron ustedes con mujeres clericales? Hubiéranse casado con correligionarias de Rosario de Acuña, de Belén Sárraga, de Teresa Claramunt y de todas esas bravías que atacan la propiedad y la religión, el trono y el altar en los mitins”<sup>674</sup>. En su ataque a los que abanderaban la liberación feminista y se enfrentaban a las fuerzas clericales, el semanario continuaba reprochando sus supuestas incoherencias:

“Bueno: y aparte de eso, ¿me quieren ustedes decir qué idea tienen de las mujeres? ¿No nos está todos los días la prensa cencerreando con el feminismo, y con la emancipación de la mujer, y con el derecho que las mujeres tienen a pensar, y a votar y a intervenir en los asuntos públicos en igualdad de condición y derechos que el hombre? Pues entonces, ¿por qué nos salen ahora con la sandez de que las mujeres bilbaínas no deben meterse en nada y deben ser unas muñequitas vestidas para divertir al hombre, y llevarle dotes, y tocar el piano, y lucir joyas, y no tener conciencia ni sentir en su corazón los santos estímulos de la fe y del patriotismo? ¡Os veo besugos! Mucho feminismo, mucha emancipación para los anticlericales; pero si se trata de clericales hay que negarles todo. ¡A la cocina con ellas! Y allí, a las puertas de la cocina, ponedles un retén de gastadores para que no salgan y no molesten a esos maridos tímidos y derroten a Pablo Iglesias en las elecciones”<sup>675</sup>.

El mismo semanario católico siguió por la misma línea con un cuento que firmaba un tal Dionisio Rojas bajo el título “Un redentor como hay muchos”. Cuenta la historia de Malaspina, un hombre republicano, propagador del derecho al divorcio y la emancipación de la mujer. En boca del protagonista del relato, Don Torcuato, el autor alertaba de las “atrocidades revolucionarias” de Malaspina, que personificaba a esos “modernos emancipadores” de la mujer. Lo describía, a Malaspina, como un propagandista del amor libre y seductor de mujeres. En el relato, Don Torcuato se dibuja, al contrario, como un personaje noble que renegó de su ideología revolucionaria al comprobar la hipocresía de Malaspina, el cual trataba con despotismo a su esposa e incluso la maltrataba físicamente. Don Torcuato confesaba, de la siguiente forma, su decepción con los ideales revolucionarios:

“Y mi horror y mi asco y mi indignación subieron de punto al oír a Malaespina comenzar su discurso en el club con estas palabras: «Ciudadanas y ciudadanos: el tema de mi discurso no puede ser más simpático para todo corazón sensible. Vengo a pedir la emancipación de la mujer tiranizada por la teocracia» —No quise oír más; y desde

---

<sup>674</sup> MEDIOCRIS, “Sección de polémica”, *La Lectura Dominical*, 25 octubre 1903, p. 679.

<sup>675</sup> *Ibidem*.

entonces, siempre que oigo hablar de los modernos emancipadores, me acuerdo de Malaespina, tirano de su pobre mujer, a cuya costa vivía, y «redentor» de las concurrentes con él de la calle de la Yedra”<sup>676</sup>.

En las ilustraciones que acompañan al texto aparece Malaspina en pleno mitin embaucando a las mujeres que en primera fila asistían embelesadas al mismo. Mientras, en otra imagen, Malaspina se presenta representado en actitud visiblemente autoritaria con su mujer. En otro número de la misma revista se sugiere que “los socialistas”, refiriéndose también a republicanos de izquierdas, buscaban con sus postulados feministas el “desenfreno moral” de las mujeres para ganar del sexo femenino favores sexuales: “No estará descontento el socialista que quería emancipar a las criadas del servicio de la tiranía patronal: sus enseñanzas van teniendo muy feliz éxito en esta villa y corte. La mujer se emancipa poco a poco... de todo freno moral, y si sigue por este camino, llegará a colmar los deseos de los más furibundos socialistas”<sup>677</sup>.

Los diarios y periódicos de las fuerzas más conservadoras y tradicionalistas se ve que apuntaron con asiduidad contra los “izquierdistas” “emancipadores” y “redentores” de la mujer. No obstante, esta imagen de “salvadores” fue asumida por ellos mismos. Además, cabe señalar que, en su apelación a la emancipación femenina, de manera muy habitual, estos hombres defensores de la mujer recelaron del activismo autónomo femenino. Esto se hacía dentro de esquemas que persistían en recalcar el papel de estímulo y refugio del hombre que las mujeres debían encarnar conforme a su status de compañeras de lucha. Debían reservar el liderazgo y la acción política a los varones. A esto también estaba muy arraigada una cultura masculina caballerosa y deferente con las mujeres también entre los círculos del federalismo. En un acto federalista, fechado en 1904 y organizado por las juventudes del partido, se asignaron localidades preferentes a las asistentes en un gesto de cortesía hacia las mujeres interesadas en escuchar una charla sobre su emancipación:

“La Juventud federal de Madrid celebrará esta noche, a las nueve y media, en el salón de actos del Círculo federal (...), sobre el tema «Emancipación de la mujer», una conferencia feminista a cargo del señor D. Juan Francisco Miranda. La comisión organizadora, dado el carácter del acto, invita al mismo especialmente a las señoras, que

---

<sup>676</sup> ROJAS, Dionisio, “Un redentor como hay muchos”, *La Lectura Dominical*, 14 marzo 1897, p. 174.

<sup>677</sup> LEÓN, Froilán, “Sección obrera”, *La Lectura Dominical*, 9 enero 1898, p. 28.

tendrán asientos reservados en sitio preferente del local”<sup>678</sup>.

Las juventudes federalistas celebraron, durante este periodo, diversos encuentros y conferencias en las que el tema de la mujer constituía el eje central de los eventos. Algunos de los contertulios y conferenciantes se declaraban incluso “feministas”. El diario *El Nuevo Régimen* recogía un mitin de estas juventudes de Madrid en el que se declaraba feminista un tal Antonio Santana: “Le siguió D. Antonio Santana, que explicó de modo claro el mecanismo de las autonomías municipales y regionales y se declaró feminista convencido, dedicando al tema de la emancipación de la mujer párrafos muy brillantes”<sup>679</sup>.

## **9.2 - Los naturalistas de barricada y la novela lupanaria. Literatos republicanos contra la prostitución**

Entre otros federalistas defensores de los derechos de las mujeres conviene citar también al periodista y escritor Enrique Rodríguez Solís (1844-1923). Este historiador y novelista social fue durante su juventud asiduo del republicano Círculo Democrático de Madrid. En 1869 cooperó en una insurrección republicana en Alicante y ya durante los años 80 dirigió la librería *La Unión*. Fue director de periódicos de signo progresista y republicano como *El Progreso*, *La Ilustración Popular* o *La Ilustración Republicana Federal*<sup>680</sup>. Asimismo, publicó libros de ficción comprometidos en su crítica a las condiciones sociales y económicas de la mujer española. *Eva* (1880), *Las extraviadas* (1880) y *Evangelina* (1883) fueron los más leídos y reconocidos en su tiempo<sup>681</sup>. Al

---

<sup>678</sup> *El Imparcial*, 28 mayo 1904, p. 3

<sup>679</sup> “Mitin federal”, *El Nuevo Régimen*, 15 noviembre 1903, p. 2. No hemos conseguido hallar información alguna sobre Antonio Santana. En un diario político de noticias se citaba también que un socialista llamado Gregorio Angulo proclamó, en el mismo acto aquí recogido, la emancipación de la mujer. “Los mitins ayer en Madrid”, *La Correspondencia de España*, 2 mayo 1903, p. 1

<sup>680</sup> Información obtenida de FERNÁNDEZ-CORDERO AZORÍN, Concepción, “Aproximación a Enrique Rodríguez Solís” en *Estudios históricos: Homenaje a los profesores José M<sup>a</sup> Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*. Vol. 1, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia Contemporánea, 1990, pp. 123-136.

<sup>681</sup> Entre sus libros de historia destacamos *La mujer española y americana: Reseña histórica* (1898), *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral: Estudio crítico* (1877). También publicó *Historia de la prostitución en España y América* (1921) –editada por entregas entre los años de 1891 y 1893 y reeditada en 1921– y *Los Guerrilleros de 1808: historia popular de la Guerra de la Independencia* (1895) e *Historia del Partido Republicano Español* (1892). En lo tocante a sus obras de historia PEYROU TUBERT, Florencia, “La historia al servicio de la libertad. La historia del partido republicano español de Enrique Rodríguez Solís” en FORCADELL, Carlos, et Al., (Coords.), *Usos públicos de la Historia, VI Congreso de la Asociación de Historia Moderna y Contemporánea*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2002, pp. 519-533.

mismo tiempo, junto con Rafael María de Labra, colaboró en la sección española de la Federación Internacional contra la Prostitución<sup>682</sup>.

Rodríguez Solís lo tenía claro, la mujer no se prostituía producto del vicio y de su miseria moral –recurso argumentativo socorrido en su momento–, sino por la pura e imperiosa necesidad y el maltrato perpetrado por la tiranía social varonil. En sus estudios titulados *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral. Estudio crítico* (1877), *La mujer española y americana. Su esclavitud, sus luchas y sus deberes* (1898) e *Historia de la prostitución en España y América* (1921) la tesis principal se sustentaba en la idea de que el hombre había corrompido y prostituido a la mujer desde los orígenes de la historia:

“Probar que no ha sido la mujer la que se ha prostituido, sino que, por el contrario, ha sido el hombre el que ha prostituido a la mujer (...) tal es la idea que nos hemos propuesto”<sup>683</sup> (...) “el hombre prostituyó a la mujer en la época salvaje, la prostituyó en el hogar doméstico, la prostituyó en el templo y la prostituyó en la ley, cuando no para satisfacer sus brutales apetitos, para desarmar las iras de un falso Dios, o para enriquecerse con su oro, ya con el título de marido, ya con el nombre de padre, ya con la autoridad de Estado; y esos grandes legisladores no tuvieron el valor de reprimirla; obra suya la dejaban vivir para su provecho”<sup>684</sup>.

Según el escritor castellanoleonés, la única cualidad por la cual el hombre superaba a la mujer era la fuerza física, jamás en inteligencia y facultad moral<sup>685</sup>. La corpulencia masculina ha sido la desencadenante de la sumisión que aflige al sexo femenino. De las manos del egoísmo varonil “la mujer no fue en lo antiguo sino un paciente instrumento de los goces del hombre”<sup>686</sup>. En su recopilación de mujeres sabias y célebres de la historia probaba que la mujer desplegaba igual sabiduría y talento que el otro sexo. De esta manera, enumeraba Rodríguez Solís una ristra inagotable de

---

<sup>682</sup> Para localizar referencias a la sensibilización de estos dos republicanos con la tragedia social que representaba la prostitución consúltese SCANLON, Geraldine, op. cit., pp. 106-113.

<sup>683</sup> RODRÍGUEZ-SOLÍS, E., *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral: Estudio crítico*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de El Imparcial, 1877, p. 6.

<sup>684</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>685</sup> Ahora bien, Rodríguez Solís admitía que había profesiones más adecuadas para hombres y mujeres y viceversa: “¿Hay nada más ridículo ni más cruel al mismo tiempo que ver tras un mostrador desdoblando sedas y encajes a un ejército de holgazanes, mientras la mujer se muere de hambre o se ve obligada a prostituirse por falta de trabajo? Es preciso, por tanto, que el hombre no usurpe a la mujer oficios y ocupaciones que le pertenecen, y que la mujer sea admitida en el ejercicio de todas las profesiones privadas y públicas, a todos los empleos que no repugnen a sus condiciones naturales, a fin de crearles una posición independiente que les salve de la miseria y la infamia”. *Ibidem*, p. 76.

<sup>686</sup> *Ibidem*, p. 37.

tormentos e injusticias que las mujeres han soportado ancestralmente:

“La vida de la mujer desde su aparición en la tierra, es un martirio tan continuado, que necesitamos de toda la indulgencia de nuestros lectores para reseñar su historia, (...) así en los tiempos pasados como en la época presente, porque, forzoso es confesarlo, ¡aún la mujer no ha salido de la esclavitud, que para ella subsiste todavía, no habiendo cambiado más que de forma”<sup>687</sup>.

La prostitución resultaba ser, desde su perspectiva, la “esclavitud moderna”, la institución social que perpetuaba la sumisión de la mujer al varón. Su sometimiento sexual se reforzaba por su generalizada situación de dependencia y precariedad económica:

“(...) la fábrica y el taller son el mayor foco de prostitución (...) gran número de jóvenes obreras se ven obligadas a ceder a los amorosos deseos del Propietario, del Director, del Capataz, o del Maestro, a menos de no verse admitidas o de ser arrojadas, dejando en la miseria a sus ancianos padres o a sus infelices hijos” (...) “¿Qué es esto sino la prostitución moderna, el vicio ilustrado, la esclavitud civilizada?”<sup>688</sup>.

El cristianismo progresista, anticlerical y disidente de Enrique Rodríguez Solís se hace palpable entre las páginas de sus libros. Observaba que el cristianismo primitivo y “original” presentó una oportunidad para la “redención femenina”, pero que quedó interrumpido en parte por el triunfo y primacía de una desenfocada perspectiva del cristianismo clerical:

“(...) el cristianismo ha triunfado redimiendo a la mujer, y las prostitutas de ayer serán las santas de mañana: el cristianismo ha triunfado volviendo al redil a la oveja descarriada, porque el hijo del hombre ha venido a salvar lo que había perdido; el cristianismo ha triunfado, y pecadoras redimidas serán las que acompañen a Jesús” (...) “parecía lógico y natural que el triunfo de Jesús fuera el triunfo de la mujer, pero desgraciadamente no fue así” (...) “Jesús había elevado la condición natural de la mujer, pero subsistió la esclavitud doméstica” (...) “su condición natural había mejorado, pero seguían separados hombres y mujeres en la Iglesia”<sup>689</sup>.

En otro orden de cosas, Rodríguez Solís observaba con impotencia cuántas mujeres eran expulsadas, por sus parientes, de sus hogares por perder la virginidad antes del matrimonio. Observaba con tristeza que el valor social de la castidad femenina estaba muy arraigado por arcaicos y “barbáricos” códigos morales. Este hecho

---

<sup>687</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>688</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>689</sup> *Ibidem*, p. 39.

motivaba, en muchas ocasiones, que a multitud mujeres no les quedara otra alternativa que prostituirse, puesto que quedaban invalidadas para casarse<sup>690</sup>. A tenor de esa cruda realidad, para Rodríguez Solís “la mujer no había salido de la esclavitud, no habiendo cambiado más que de forma”<sup>691</sup>. Su sujeción constituía el resultado de un determinismo histórico que había derivado la condición de la mujer a un estado de “esclavitud civilizada”<sup>692</sup>. Frente a quienes legitimaban la prostitución indicaba que suponía un ejercicio de sofística “la argumentación de que la prostitución es un mal que siempre ha existido, y que a la autoridad civil no le queda más recurso que tolerarlo, (...) para contrarrestar los males físicos que ocasiona”<sup>693</sup>.

Rodríguez Solís asumió la postura abolicionista de la prostitución. De la misma manera lo reflejan sus libros de ficción, muy especialmente *Las extraviadas*, doce novelas en las que abogó por una reforma social y moral que acabara con la indefensión de las mujeres prostituidas. Sus novelas tuvieron un fulgurante éxito editorial, pero fueron duramente reprobadas por culpabilizar a los clientes y prostituidores. Ante tal volumen de reproches, el escritor republicano respondía sin remisión a sus detractores: “la esclavitud de un sexo es mil veces peor que la de una raza” (...) “donde la mujer viva esclava no es posible que el hombre sea libre”<sup>694</sup>.

En su compromiso por la abolición recogió ideas de enorme similitud a las de la activista abolicionista británica Josephine Butler<sup>695</sup>. Al igual que Francisco Sales Mayo, Remigio Vega Armentero o Eduardo López Bago (autores de novelas lupanarias), junto a Rodríguez Solís, representaron un radicalismo naturalista crítico con la prostitución y el estado de dominio social sobre las mujeres. Desde esta ideología afín a la de los naturalistas radicales, Rodríguez Solís buscó desmontar la imagen que se había proyectado de la mujer prostituida como ser tentador e inmoral: “La mujer no ha sido en todos los tiempos y países más que el retrato del hombre, y ha sido buena o mala, según

---

<sup>690</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>691</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>692</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>693</sup> *Ibidem*, p. 96.

<sup>694</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>695</sup> Josephine Butler fue una feminista y reformista social británica, conocida principalmente por el movimiento que en plena era victoriana centró sus esfuerzos en la protección de las prostitutas. En 1869 inició una gran campaña para derogar la Ley de Enfermedades Contagiosas, la cual recogía el encarcelamiento de mujeres por el mero hecho de ejercer la prostitución.



el hombre se ha mostrado noble y miserable”<sup>696</sup>.

Por último, cabe destacar que Rodríguez Solís participó de una charla organizada por la juventud federal de Madrid con el nombre de “Velada feminista”, en la que se pronunció en favor de la emancipación de la mujer, junto con la asistencia de la librepensadora Belén Sárraga, la anarquista Soledad Gustavo y demás federalistas allí presentes<sup>697</sup>. Pero realmente, según reconocía en una carta, dada su avanzada edad no pudo asistir por cuestiones de salud. En ella declaraba ser “antiguo defensor de la regeneración y la emancipación de la mujer”. Transmitía su orgullo por haber “librado porfiados combates en el libro y la prensa” por la liberación de la mujer:

“Suplico a ustedes me tengan presente y adherido a cuanto en pro de estas ideas se diga y mantenga” (...) “La mujer ha sido nuestra madre, y cuanto el hombre haga por ella, por pagarla sus dolores, sus sufrimientos y, sus cariños, es una deuda sagradísima que el hombre viene sujeto a pagar por la vida que de la mujer ha recibido, por los sinsabores que la ha ocasionado, por los cariños que la ha merecido, por las penas que la ha causado. Póngame a los pies, que beso, de cuantas mujeres asistan a la velada, y crean usted y sus compañeros en el sincero cariño que les profesa su buen amigo y colega”<sup>698</sup>.

Un perfil similar al de Rodríguez Solís fue el del naturalista radical Enrique Sánchez Seña (¿?-1892), autor de novelas lupanarias como *La manceba* (1886) o *Las ramerías de salón* (1886), las cuales seguirían la estela de aquel grupo autodenominado “naturalistas de barricada”. Su rechazo a la prostitución no sólo se plasmó en el campo literario, sino que además lo hizo en prensa. Llamaba decididamente a “emancipar a la mujer de la impura tutela que desde los primitivos tiempos atenaza su espíritu y encadena su alma”:

“Emancipar a la mujer es romper de un modo definitivo con la tradición y con la ignorancia, glaucomas de la inteligencia que, cual densas nubes, han producido una fatalidad abrumadora, para llegar de negación en negación a contradecir la ley de amor universal” (...) “la mujer ni es joya, ni perla, ni ángel del hogar, ni tanto y tanto adjetivo como la prodiga su discreto admirador; es un ser humano digno de todo respeto” (...) “¿en virtud de qué principio de justicia, en prestigio de qué ley, en razón a qué saludables conveniencias sociales esa bella mitad del linaje humano ha de consagrarse indefectiblemente al hogar, siempre insegura en su destino y siempre víctima de audaces soberbias?” (...) “Si en la mente del Creador estuvo la igualdad como ley, y si en la vida

---

<sup>696</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>697</sup> “Velada feminista”, *El Imparcial*, 28 marzo 1904, p. 2.

<sup>698</sup> *El Nuevo Régimen*, 2 abril 1904, p. 2.

social, jurídica y humana la igualdad la ha roto el hombre”<sup>699</sup>.

Un caso paradigmático, en esta misma línea, fue el del republicano Jacinto Octavio Picón (1852-1923). A juicio de algunos críticos literarios, fue el mejor novelista naturalista español. Su prosa estuvo dedicada al “amor libre” y al derecho natural de toda mujer a rehacer su vida sentimental. Picón desplegó entre las páginas de sus novelas una radical impugnación a las leyes que trataban a las mujeres casi como menores de edad<sup>700</sup>. La crítica literaria ha descuidado a este autor de numerosos cuentos y ensayos. Posiblemente su olvido provenga de la censura que padeció en su momento por los sectores más conservadores, al ser catalogado de anticlerical y “profeminista”. Aunque fuera uno de los novelistas más leídos de su tiempo, la sombra de Pardo Bazán, Galdós y otros escritores de tal prestigio y popularidad terminaron de alejar su obra literaria del público general.

Jacinto Octavio Picón, pintor, crítico de arte y periodista de ideales republicanos, fue corresponsal literario en *El Imparcial*. Colaboró después en *El Correo* —órgano político de Sagasta— y en *Ilustración Española y Americana*. Su labor periodística se plasmó también en *La Europa*, *El Progreso*, *La Revista de España*, *Los Contemporáneos*, *La Esfera* y otras muchas publicaciones. Conviene aludir igualmente a que hizo observaciones y comentarios severamente críticos al ya mencionado tratado misógino *Psicología del amor* de Urbano González Serrano<sup>701</sup>.

Fue conocido como un académico que gustaba autodeclararse feminista. La aprobación del derecho al divorcio, aseguraba, constituiría un paso previo hacia la abolición de las leyes que perpetraban la sujeción de la mujer al marido. Defendía la idea de que tanto el hombre como la mujer tuvieran el derecho a rehacer su propia vida sentimental. Su aversión por el contrato matrimonial respondía a su concepción de que

---

<sup>699</sup> SÁNCHEZ SEÑA, Enrique, “Esclavitud y derecho o sea la emancipación de la mujer”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 30 diciembre 1883, p. 3.

<sup>700</sup> Véase VALDÉS SÁNCHEZ, Ivón, “La mujer moderna en la olvidada narrativa de un autor decimonónico profeminista: Jacinto Octavio Picón”, *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 20, 2002, pp. 343-356.

<sup>701</sup> OCTAVIO PICÓN, Jacinto, “Psicología del amor”, *La Escuela Moderna*, 1 julio 1897, pp. 291-305. Las reseñas que escribió Picón de este libro aparecieron también en *El Correo*, 6 mayo 1888 y *El Liberal*, 12 septiembre 1897. Información extraída de MAUREEN VALIS, Noel, *Jacinto Octavio Picón, Novelista*. Barcelona, Anthropos, p. 237. Picón fue secretario primero de la sección de literatura del Ateneo y en 1900 ingresó en la Academia Española de Bellas Artes de San Fernando. Consiguió, además, ser vicepresidente del Patronato del Museo del Prado y ser secretario perpetuo de la Academia de la Lengua.

el amor y el matrimonio eran simplemente antitéticos. La plenitud conyugal, si se consiguiera, siempre resultaría efímera y transitoria<sup>702</sup>. En sus novelas Picón defendía la independencia económica y sentimental del sexo femenino<sup>703</sup>.

Picón apostó por el derecho al amor libre sin bendiciones o condenas religiosas, ni certificados o impedimentos legales. En cierta forma, su visión se encontraba al margen de la moral mayoritaria de su tiempo. Como era propio del naturalismo, el amor debía partir de una elección natural y eximida de reglas preconcebidas. En sus narraciones otorgaba un protagonismo especial a las mujeres que, afligidas por el desengaño amoroso, acababan desheredadas por culpa de los hombres. Las heroínas de sus novelas encarnan a mujeres víctimas de una sociedad incomprensiva y asfixiante. Las mujeres cultas, inteligentes, independientes y de gran honestidad constituían los arquetipos protagonistas de sus novelas, damnificadas por hombres crueles y autoritarios.

Numerosas novelas realistas y naturalistas difundían otros significados de feminidad, contrapuestos a los más tradicionales. Sin ser muchas de ellas feministas, estas obras literarias trasladaron modelos de relaciones amorosas alternativas, como puede apreciarse en Benito Pérez Galdós, o desde una postura visiblemente feminista en el caso de Emilia Pardo Bazán. Así pues, en estas novelas normalmente se nota una ambigüedad palpable en lo concerniente al tratamiento de los personajes femeninos. En ocasiones, por parte de la crítica literaria contemporánea, se han podido hacer lecturas no demasiado objetivas o por lo menos excesivamente taxativas.

Sobre el caso de Benito Pérez Galdós muchos ríos de tinta han corrido en alusión al feminismo de su obra de ficción y a la influencia que Emilia Pardo Bazán pudiera haber tenido en la confección de los personajes femeninos del autor<sup>704</sup>. Las inquietudes

---

<sup>702</sup> EZAMA GIL, M<sup>a</sup> Ángeles, “El profeminismo en los cuentos de Picón” en BLESÁ, Túa, *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1994, p. 173.

<sup>703</sup> Entre sus obras de ficción sobresalen *La hijastra del amor* (1884), *Dulce y sabrosa* (1891), *Juanita Tenorio* (1910), *Sacramento* (1914) y en una colección de cuentos publicados en sus obras completas bajo el título *Mujeres* (1911). Véase MAUREEN VALIS, Noel, *Jacinto Octavio Picón...* op. cit. *Desencanto* (1907) de Picón fue, del mismo modo, una novela que abordaba la educación de la mujer y su estado de precariedad en la sociedad española.

<sup>704</sup> El tratamiento hermenéutico de género de la literatura de Galdós atraviesa décadas de estudios e investigaciones. Dar cuenta de todas las interpretaciones e incluso profundizar en algunas de ellas nos parece, por motivos obvios de formato y extensión, imposible de llevar a cabo. Nos resulta más adecuado citar algunos de los artículos y monografías que hemos leído detenidamente y que tratan tan voluminoso e

políticas de Galdós comenzaron con su adhesión al Partido Liberal. Llegó a ser elegido diputado del Congreso por Guayama (Puerto Rico). Posteriormente fue miembro del Partido Reformista y, con posterioridad, diputado con la Conjunción Republicano-Socialista. Galdós fue un ferviente republicano gran parte de su vida. Además, su obra novelesca estuvo muy impregnada del naturalismo literario. Si partimos de una orientación interpretativa bastante extendida, el personaje galdosiano de Tristana encarnaría a una mujer feminista en lo vivencial. Desde otra óptica distinta, la pretensión de Galdós fue más equívoca. Especialistas en su obra se han decantado por una visión de trazos menos gruesos a la hora de valorar sus novelas desde una óptica de género.

En opinión de algunas autoras, hay un momento transicional en Galdós –a partir de 1890– hacia posicionamientos más progresistas, calificándolo ocasionalmente como el nacimiento de una nueva conciencia feminista del autor. Las figuras independientes, decididas, fuertes y con deseos de liberación y autonomía de algunas mujeres de sus novelas han hecho reflexionar muy sesudamente sobre su visión de género. La ensayista Catherine Jagoe, por el contrario, ha mantenido que Galdós fue conservadurizando su mirada de la feminidad. A partir de críticas contrapuestas y, en apariencia irreconciliables, en lo tocante a la literatura de Galdós en clave de género, Akiko Tsuchiya ha argumentado que en sus novelas pugnarón dos almas. Una que a través de los personajes femeninos puso a prueba las convenciones de género instaladas y otra que se ajustaba a los límites con arreglo al ideal de feminidad dominante.

Según numerosas interpretaciones, su célebre novela *Tristana* trataba del despertar de la conciencia feminista de su protagonista. No obstante, sus deseos de independencia personal y económica acaban siendo truncados al perder una pierna, al terminar casándose y finalmente confinada en el espacio doméstico. Fruto de este desenlace la

---

inabarcable litigio académico. Véase TSUCHIYA, Akiko, “Género y feminismo en las obras galdosianas de los años 90: Para una nueva contextualización del debate” en ARENCIBIA SANTANA, Carmen Yolanda (Coord.), *Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas de Gran Canaria, Casa-Museo Pérez Galdós, 2009, pp. 53-65; ALDARACA, Bridget, *El Ángel del hogar: Galdós and ideology of domesticity in Spain*. Chapel Hill, University of North Carolina, Department of Romance Languages, 1991; CONDE, Lisa P., *Stages in the development of a feminist consciousness in Pérez Galdós (1843-1920): A biographical sketch*. Lewiston, The Edwin Mellen Press, 1990. Destacamos sobre todo JAGOE, Catherine, *Ambiguous angels: Gender in the novels of Galdós*. Berkeley, University of California Press, 1994.

crítica literaria se encuentra dividida, otorgando un significado u otro al desenredo de la trama. Una interpretación categórica y firme no parece fácil de presentarse como definitiva. Galdós fue algo confuso al presentar a un prototipo de mujer ciertamente moderno y que acaba aceptando inesperadamente el mandato de género más severo ¿Esto significaría que Galdós únicamente aprobaba la liberación de la mujer bajo un marco muy demarcado? Emilia Pardo Bazán así lo pensó cuando reseñó *Tristana*. Por ejemplo, la célebre escritora detectaba en Galdós una atípica sensibilidad respecto a la mujer, pero que únicamente se traducía en una apuesta porque el sexo femenino accediera a la educación: una “nueva” mujer más autónoma, pero que no vulnerara en exceso determinados mandatos.

### **9.3 - La escuadra y el compás frente al cetro: La disputa por la mujer en el conflicto laicismo-confesionalismo**

La masonería fue un espacio en el que numerosos republicanos se inscribieron, pero también hombres y mujeres de otras culturas políticas. Las logias masónicas fueron lugares donde se produjeron disensiones ideológicas no menos considerables en lo relativo a las cuestiones de género<sup>705</sup>. Las definiciones que desde la masonería se enunciaron acerca de la naturaleza femenina no fueron en absoluto consensualmente aceptadas en su seno<sup>706</sup>. La actitud general de los masones transitó desde la misoginia – que percibía a las mujeres como un peligro retardatario imbuido de confesionalismo– hasta posicionamientos feministas, como el de la masona francesa Annie Besant, vicepresidenta de la Comasonería mundial en 1911<sup>707</sup>. Besant deseaba que la masonería se ganase la reputación de ser el instrumento por el cual lograr la rehabilitación social

---

<sup>705</sup> Gran parte de los contenidos de este apartado los extraigo de ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “«Feminismo de hombres» en la masonería y el librepensamiento español (1868-1920)”, DELGADO IDARRETA, José Miguel y POZUELO ANDRÉS, Yván (Coords.), *La masonería hispano-lusa: De los absolutismos a las democracias*. Vol. 1, Universidad de Oviedo, Centro de Estudios Históricos de la masonería española, 2017, pp. 149-161.

<sup>706</sup> Entre otras publicaciones, sobre la mujer en la masonería española hemos consultado LACALZADA DE MATEO, María José, “Laicismo, derechos humanos y derechos femeninos en la masonería: acerca de los cimientos en los siglos XVIII-XIX”, *Arenal: Revista de Historia de las Mujeres*, Vol. 11, nº 2, 2004, pp. 5-26; LACALZADA DE MATEO, María José, “La mitad femenina “para” la masonería y “en” masonería (1868-1936): balance y perspectivas”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 23, 2003, pp. 117-139; ENRÍQUEZ DEL ARBOL, Eduardo, “La masonería española y la mujer en el sexenio democrático (1868-1874)”, *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 14, 1987-1991, pp. 49-66.

<sup>707</sup> Víctor Hugo fue Presidente Honorario de la Ligue Française pour le Droit des Femmes, junto con Deraismes y el poeta y dramaturgo Auguste Vacquerie, ambos vicepresidentes honorarios. La mitad de la membresía de esta organización fue masculina.

de las mujeres<sup>708</sup>. Otras feministas masonas españolas, como las hermanas Domingo Soler –Ana y Amalia–, Ángeles López de Ayala o Rosario Acuña, desde los ideales laicos y progresistas, predicaron su visión igualitaria de los sexos dentro de los espacios del librepensamiento y la masonería española.

En esta atmósfera, en no pocos sectores de la masonería se alentaba a que los hombres asumieran la misión de liberar a las mujeres, de “iluminarlas” el camino hacia la adquisición de la cultura y así sustraerlas del influjo confesional. Eugenio Pérez Chosa, miembro de grado 30 de la Logia Hércules, acuciaba a los todos los masones varones a dicho cometido:

“Masones todos del mundo, y en especial masones españoles” (...) “pensad en esa gran miseria y necesidad social que se llama la educación de la mujer. Levantad con mano amiga a vuestra compañera de su larga y penosa postración e iluminad con luz esplendorosa su inteligencia preñada de sombras”<sup>709</sup>.

En una charla, por ejemplo, el republicano federalista y masón Segundo Moreno Barcia destacaba la natural influencia de la mujer en las niñas y niños del porvenir y por ello la masonería debía trabajar por su liberación. Ello exigía, a su modo de ver, instruirla y reconocerla sus legítimos derechos: “No abandonemos su instrucción, no le arrebatemos sus derechos, ella, señores, constituye con nosotros una unidad en la carne y en el espíritu” (...) “Yo no aprecio la masa encefálica por el peso, sino por la calidad” (...) “¡A trabajar por la emancipación de la mujer!”<sup>710</sup>. De forma análoga, el periodista y traductor Nicolás Salmerón y García (1864-1933), hijo del que fuese presidente de la I República Nicolás Salmerón Alonso, impartió un discurso que se recoge en *Las Dominicales del Libre Pensamiento* en el que, según un cronista, “afirmó que era bien para la Humanidad la emancipación de la mujer, cuestión que a su juicio es el principio de la universal emancipación”<sup>711</sup>. Al fin y al cabo, muchos/as masones/as y

---

<sup>708</sup> LACALZADA DE MATEO, M<sup>a</sup> José, “La intervención de la masonería en los inicios de la ciudadanía femenina” en ORTEGA, Margarita, SÁNCHEZ, Cristina y VALIENTE, Celia, *Género y ciudadanía, revisiones desde el ámbito privado. Actas de las doceavas jornadas de investigación interdisciplinaria de la mujer*. Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1999, pp. 243-257.

<sup>709</sup> PÉREZ CHOSA, Eugenio, “La Educación de la mujer”, *Boletín de Procedimientos, Revista Sociológica Ilustrada: Órgano Oficial del Soberano Gran Consejo General Ibérico*, 28 septiembre 1893, p. 7. pp. 5-7. No hemos conseguido mucha información sobre Eugenio Pérez Chosa. Sabemos que fue un político liberal y profesor argentino, aunque debió de vivir parte de su vida en España porque perteneció a una logia masónica española.

<sup>710</sup> “Descripción del certamen literario”, *Galicia: Revista Regional*, nº 12, diciembre 1888, pp. 12-13.

<sup>711</sup> “El meeting”, *Las Dominicales del Librepensamiento*, 9 noviembre 1899, p. 3. Salmerón y García fue

librepensadores/as traducían la liberación del sexo femenino como la destrucción final del dominio teocrático.

Por otro lado, en un texto hallado también entre las páginas de *Las Dominicales del Librepensamiento* se encuentra un pequeño escrito firmado por una lista de mujeres y hombres que se sumaron a las ideas y acciones feministas de Rosario de Acuña. Como puede apreciarse, los nombres femeninos aparecen primero, en último lugar los masculinos. Podría considerarse, tal vez, un gesto de caballerosidad, en el que además se recalca explícitamente que el apoyo que los hombres rubrican en el manifiesto significaba, para ellos mismos, un noble acto de “virilidad”:

“Señora Doña Rosario de Acuña. Muy señora nuestra, de la mayor distinción y aprecio: Vuestro concurso para la emancipación de la mujer del yugo teocrático es el paso de más trascendencia para la regeneración social que se viene operando de algunos años a esta parte en nuestra desdichada y querida patria. (...) Que la falta de instrucción, los hábitos contraídos y las vulgares preocupaciones son la rémora principal para el logro complejo de nuestros comunes propósitos es ya evidente (...). Bien contados somos los más, y debemos luchar sin descanso para rebasar la última trinchera, en que se apostan nuestros enemigos, y la victoria será rápida y completa. Cuento con el incondicional apoyo de los racionalistas cristianos, que, como adalides avanzados del progreso, saben llevar a la práctica sus ideales, dando ejemplos de virilidad y abnegación en todos los actos de la vida. Reciba nuestro leal y sincero aplauso y la consideración distinguida de sus afectísimos ss., Andrea Martin de Mouton.—Enriqueta Galinsoga de Ruiz Matas.—Eusebia López de González.—Clotilde Mouton Martin.—Desirée Barrera de Molina.—Dolores Mouton Martin.—Dolores Molina de Muñoz.—Elena Molina Barrera.—Rita Mouton.—Elena Tórresele Contreras.—Manuel Molina.—Manuel Muñoz Coca.—Miguel Ruiz Matas.—Germán González Romero.—Alejandro Mouton Medina.—Ricardo Mouton.—Dionisio Contreras Alba.—Mariano Mouton.—F. Contreras.—Aurelio R. García-Taheño.—F. Romero.—Antonio Diaz Ortiz”<sup>712</sup>.

El federalista y librepensador, en una carta publicada en su semanario relataba el desarrollo de un simposio organizado por una logia en la que varios hombres impartieron charlas en las que se abordó el tema de la mujer. Según narra el autor de la carta, testigo del evento, las mujeres no disimularon su emoción y agradecimiento por el hecho de que sus hermanos pronunciaran palabras que enarbolaban la bandera de su liberación: “El amor a la mujer, el deseo vehemente de mejorar su estado civil, intelectual y político, inspiraron acentos arrebatadores, y en las mejillas de las damas a

---

promotor en 1899 de la formación de la Asociación Republicano-Socialista Germinal y diputado durante la II República con el Partido Republicano Radical Socialista.

<sup>712</sup> *Las Dominicales del Librepensamiento*, 1 marzo 1885, p. 4.

quienes iban dirigidos creí notar el brillo de silenciosas lágrimas de agradecimiento y de entusiasmo”. Al finalizar el acto, en un gesto de cortesía, “las señoras fueron obsequiadas con hermosos ramos de flores”<sup>713</sup>. No obstante, más allá de este vento, hubo algún intelectual masón que, en la teoría, rechazó por entero las costumbres caballerosas y galantes masculinas. Lo hizo por constituir una forma de artificio y enmascaramiento del dominio que los hombres ejercían sobre el otro sexo:

“Las tributamos fingida consideración (...) nos quitamos el sombrero humildemente ante ellas, nos ponemos a sus pies, les cedemos el asiento, estamos obligados a atenderlas, a darles conversación, a poner nuestras ideas a su alcance (...) En el templo les cedemos la parte anterior de la iglesia, y al salir nos adelantamos para darles agua bendita; en las reuniones y espectáculos les dejamos el lugar preferente, y nosotros ocupamos el más molesto. En fin, nos creemos obligados a hacer con ellas todas estas monadas, que constituyen la galantería, y no parece sino que tratamos de engañarlas cortésmente y ocultarles con halagos que somos sus tiranos. (...) No parece sino que tratamos de contentarlas de la usurpación de sus derechos. Mientras les arrebatamos la libertad, les prodigamos todos esos gestos, exclamaciones y piruetas propias de payasos. Ellas, como las mujeres de los turcos, no conocen su propio envilecimiento y están contentas; nosotros, al verlas risueñas, creemos hacerlas felices”<sup>714</sup>.

Estas palabras corresponden al filósofo masón Eduardo Ovejero Maury (1871-1939)<sup>715</sup>. Ovejero Maury imbuido del pensamiento igualitario de Stuart Mill, al que cita en su obra *Nuestras Costumbres* (1900), denunció el estado de opresión padecido por la mujer española y especialmente el lugar subalterno que la mujer ocupaba en la Iglesia Católica:

“Las mujeres representan en la Iglesia un elemento puramente pasivo, por estar completamente excluidas de las órdenes sagradas. (...) ¿Qué de extraño tiene, pues, si la Iglesia sustentaba esta opinión con respecto a la mujer, que no la permitiese ni siquiera ayudar a misa? ¿Qué de extraño que hoy se muestre hostil a toda reivindicación social y política de la mujer?” (...) “Triste es para el hombre que piensa un poco, ver a sus mujeres queridas, a su madre, a su esposa, a sus hermanas y a sus hijas, condenadas a esta servidumbre mental que abre un abismo entre los dos sexos”<sup>716</sup>.

Ovejero Maury apreciaba la evolución que se había producido durante los siglos en

---

<sup>713</sup> CHÍES, Ramón, “Los masones”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 25 mayo 1884.

<sup>714</sup> GOTOR DE BURBÁGUENA, Pedro, *Nuestras costumbres*. Madrid, Imprenta Ricardo Rojas, 1900, p. 34. Publicó esta obra bajo el pseudónimo de Pedro Gotor de Burbáguena.

<sup>715</sup> Ovejero Maury fue profesor de filosofía de la Universidad Central y director de la Biblioteca de Filósofos Españoles. Su trayectoria como editor y traductor fue clave para la difusión de la filosofía en España. Fue, además, miembro de la Logia Ibérica, de Juventud Democrática (satélite político del ala canalejista del Partido liberal) y cofundador de la Liga Anticlerical Española.

<sup>716</sup> OVEJERO Y MAURY, Eduardo, “La mujer, la Iglesia y la religión”, *La Palabra Libre. Periódico Republicano de Cultura Popular*, Madrid, 17 marzo 1912.



las condiciones de vida de las mujeres, aunque persistiera su falta de libertad. Criticaba los infundios que sobre el sexo femenino circulaban y el trato indigno al que era sometido. Valoraba que, afortunadamente, la cultura caballerescas era ya un vestigio del pasado en el campo de las artes y de la literatura, aunque perdurase aún en el terreno de las costumbres sociales:

“¿Qué no se ha dicho de la mujer? ¿Dónde no ha encontrado calumniadores y enemigos? ¿En qué parte del planeta no habrá tenido humildes adoradores? Unos pueblos la han reducido a mísera esclavitud, viendo en ella un ser inferior al hombre en su organización y en su espíritu; la han despreciado, considerándola apta únicamente para los humildes servicios, para los oficios mecánicos en que no se exige (...) inteligencia, para el cuidado del hogar, para la limpieza de la casa” (...) “Toda la época del romanticismo medioeval no es materia ya sino para caricaturas. Aquel idealismo caballeresco, aquella exageración de sentimientos es presentada por nuestros literatos y artistas con caracteres bufos, y ha costado casi tantas carcajadas como gotas de sangre y suspiros costó en los tiempos en que estuvo en boga”<sup>717</sup>.

En su opinión, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, el trato excesivamente deferente y las soflamas de glorificación hacia las mujeres debían de sustituirse por relaciones más equitativas y por la concesión de iguales derechos: “Unos han hecho de ella una esclava y otros una diosa. Sin embargo, ni unos ni otros la han dado nunca verdaderos derechos”<sup>718</sup>. Censuraba, de este modo, la hipocresía que disfrazaba una mentalidad que idealizaba a la mujer y que, al tiempo, coartaba el ejercicio de su libertad:

“No tienen más que alabanzas e idealización para ellas, sin duda creyendo honrarlas de esta manera. Yo creo que se las honraría más dándoles libertad y educación. Otros, principalmente los libertinos, que creen que la única misión de la mujer es agradarles a ellos y guardarles fidelidad, dicen de ella pestes y le achacan todos los defectos humanos” (...) “mujer a quien se trata como a una muñeca para nuestro recreo. Como somos un poco más instruidos que los turcos, la enseñamos a que toque el piano y hable el francés: esa es toda la diferencia; y para que se consuele de sus infortunios y nos sea fiel, la dejamos que oiga misa”<sup>719</sup>.

El autor de *Nuestras Costumbres* se esforzó en transmitir a sus lectores y lectoras que el sexo femenino no albergaba los atributos negativos que la sociedad le inculcaba. Según sus palabras, la mujer es en su estado actual el “resultado de todos los prejuicios, convenciones y falsas ideas que sobre ella pesan”. Los varones tenían, a su parecer, una

---

<sup>717</sup> GOTOR DE BURBÁGUENA, Pedro, *Nuestras costumbres...* op. cit., pp. 27-29.

<sup>718</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>719</sup> *Ibidem*, pp. 30 y 32.

responsabilidad innegable en todo ello. Y añadía al respecto: “Cambiad el ambiente en que vive, y puede ser que se cambie ella misma toda entera”<sup>720</sup>. De esta forma, los mandatos a los que estaban sometidas pesaban enormemente en su infelicidad y en la de los propios hombres:

“«¿No queréis ver en nosotras más que un objeto sensual? Pues por los sentidos nos apoderaremos de vosotros». Y así es; por los sentidos se apoderan de nosotros. Nos devuelven su esclavitud, nos pagan nuestra tiranía, y por una extraña repercusión, haciéndolas esclavas a ellas, nos hacemos esclavos nosotros”<sup>721</sup>.

En su estudio sobre las costumbres de la sociedad española Ovejero Maury demostraba un agudo sentido de la observación. Describió con un nivel sorprendente de detalle y minuciosidad mecanismos de dominación presentes en actos cotidianos de la vida diaria entre los sexos (véase apéndice 4). Un elenco de prohibiciones y tabúes impuestos culturalmente a las mujeres perpetuaban su situación subalterna:

“(…) debe ignorarlo todo, debe medir sus palabras, debe bajar los ojos, debe ponerse colorada. En ciertas conversaciones no se la admite. No le es permitido manifestar sus ideas acerca de los hombres. Si en esto mostrase alguna libertad, causaría muy mal efecto. No puede salir sola. Debe ir guardada precisamente por su padre, su madre o su hermano. Igual se hace con los locos. En visita debe hablar la última. En paseo debe ir delante. No es de buen efecto que se exhiba demasiado. No debe reír con demasiada franqueza. No puede mirar a los hombres. Debe esperar a que éstos la saluden, y en ningún caso ser ella la que los llame la atención” (...) “causaría efecto extraordinario que una joven invitase a un hombre para bailar. Sería inaudito. Ninguna espontaneidad está bien en ellas. Deben hacer gala de indiferencia hacia los hombres. Nosotros podemos y aún debemos decirles lisonjas, echarles piropos. Ellas ni por pienso”<sup>722</sup>.

El estado de esclavitud de la mujer, a juicio de Ovejero Maury, se perpetuaba por un sistema cultural que era el producto de un engranaje social de muchos siglos de historia. Dado que sus orígenes se retrotraían a tiempos muy remotos, a su juicio, resultaba hartamente arduo y dificultoso desnaturalizarlo:

“(…) existe una concatenación de causas sociales, un engranaje perfecto de ruedas que ponen en movimiento la máquina inmensa de opresión moral de nuestras costumbres equivocadas y salvajes; pero en la imposibilidad de estudiar en conjunto todo ese organismo viciado, tenemos que desmontar sus piezas, como las de un reloj, por medio del análisis parcial, para luego formarnos, por medio de la abstracción, el verdadero cuadro de la humanidad civilizada, que es un conjunto de todas esas piezas

---

<sup>720</sup> *Ibidem*, p. 33

<sup>721</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>722</sup> *Ibidem*, p. 34

oxidadas y mohosas, desgastadas ya y dispuestas a quebrarse con el trabajo lento y continuado de los siglos”<sup>723</sup>.

La idea de la salvaguarda del honor, observaba el filósofo masón, pesaba como una losa sobre la mujer, sometida a restricciones y a escrutinios por parte de la familia, la pareja y la comunidad que la arrojaban al encarcelamiento social. Su rebeldía ante dichas convenciones se castigaba con enorme severidad y brutalidad. Ante tal irrespirable represión, muchas caminaban hacia un libertinaje que no las podía ser reprochable, ya que, en opinión de Ovejero Maury, era la reacción ante la esclavitud a la que la habían reducido los hombres:

“Una terrible y constante opresión moral, sometido a la cual vive ese sexo débil, según le llamamos, teniendo que sostener una lucha perpetua para conservar intacto su honor (...). Pero no todas resisten y luchan de la misma manera. Sus pasiones, sometidas a la inmensa presión de todas las prohibiciones a que se hallan condenadas, son fuego devorador que reduce su alma a pavesas o estalla en forma de licencia y libertinaje. No se concibe sino comprendiendo que les imponemos hábito de fingir, cómo soportan todo ese peso y no llega un día en que, rompiendo la máscara, enseñen el rostro. Semejante coacción no tiene más remedio que embrutecerlas o corromperlas; hacerlas mártires, perversas o bestias. (...) De suerte que esa infidelidad que los libertinos reprochan a la mujer, esa inconstancia, esa perfidia, esa vileza, esa falta de corazón, esa doblez que tanto abunda en ellas y tan triste efecto nos produce, son en mucha parte obra nuestra, consecuencia del lugar que les asignamos y de la esclavitud en que las sumimos”<sup>724</sup>.

Según su punto de vista, las diferencias en la socialización de mujeres y hombres desde la más tierna infancia son decisivas a la hora de que el individuo, dependiendo de su sexo, despliegue sus potencialidades. La pretendida inferioridad de la mujer, concluía Ovejero Maury, no se ajustaba a la realidad. Las mujeres tenían el mismo derecho y la necesidad de instruirse de igual manera que los varones para abrir sus horizontes vitales:

“¿Cómo extrañarse de que la mujer no se incline naturalmente a la filosofía y a las abstrusas ciencias, si no hacemos nada por infundirle amor a ellas? A los muchachos les sometemos a severa disciplina desde que empiezan a manifestarse su voluntad y su inteligencia (...). A las jóvenes, lejos de hacer lo mismo con ellas, les dejamos en libertad desde muy pequeñas; nadie les habla de que tengan que ganarse el sustento con su trabajo, sino que con suavidad, les hacemos comprender que hay un hombre destinado a trabajar para ellas, y que su misión consiste en saberle agradar. Su aprendizaje debe hacerse en el tocador, y su único afán debe ser el cuidado de su

---

<sup>723</sup> *Ibidem*, pp. 60-61.

<sup>724</sup> *Ibidem*, pp. 35-36.

cuerpo”<sup>725</sup>.

El impulso emancipador que anidaba tanto en la masonería como en el librepensamiento, aunque minoritario, no fue ni mucho menos ignorado por las fuerzas reaccionarias, en especial las vinculadas directamente con la Iglesia Católica. Según la contrapropaganda confesional, la “francmasonería” trabajaba para corromper a la mujer y a la familia. En concreto, la publicación confesional *La Unión Católica* señalaba los peligros que se cernían sobre la mujer a resultas del influjo masón: “Con este fin, donde ha podido, introduce a las mujeres en las logias y es además el alma del movimiento titulado Feminista o de emancipación de la mujer, destinado a llevar el desorden a las familias con las apariencias de satisfacer el deseo vago de una reforma imposible”<sup>726</sup>.

En el diario tradicionalista *El Correo Español* se puede también leer un relato literario que buscaba disuadir a toda mujer de acercarse a las doctrinas de la liberación de la mujer difundidas por masones y librepensadores. En este breve relato, un médico incompetente, de “malas costumbres” y de ideales progresistas, Don Nemesio Transijas, adopta a una niña, Teresa, abandonada por sus padres en su niñez. El médico “solterón” y “librepensador” presumía de escudero de la igualdad intelectual y de derechos entre los sexos. A Don Nemesio se le describe como un sectario “enciclopedista cuya cabeza estaba convertida en una grillera”, un “pomposo vindicador de la emancipación de la mujer”. En un principio, Nemesio aplicaría su ideario emancipador de la mujer en la educación de su hija adoptiva. Pero finalmente, cuando comenzó a notar los achaques de una vejez prematura, fruto de tantos excesos, decidió que Teresa pasase a ser su cuidadora y ama de casa, y para ello se opuso cruelmente a que pudiese conocer a su madre:

“No tengo por mi mal una esposa que me cuide y mire por mí, ni parienta ninguna que me atienda con interés. Esta muchachuela me viene de perilla. Haré que me sirva con solicitud durante mi vejez, animándola con que ya sabe que ha de cargar con lo mucho o poco que haya en la casa el día que yo falte. Ya debe columbrar que falló toda esperanza que pudo tener de llegar algún día a conocer a sus padres y a poder valerse de ellos. Nada, nada, que aprenda la chicuela a guisar bien, a zurcir la ropa, el planchado, el gobierno de una casa y la atienda con solicitud, que al fin y al cabo mi carácter de padrino y protector algo la obligan a aguantar mi genio, mi malhumor y las impertinencias que se nos vienen encima con el ímprobo peso de los años. No se

---

<sup>725</sup> *Ibidem*, p. 47.

<sup>726</sup> “Contra la masonería”, *La Unión Católica*, 13 enero 1897, p. 2.

encuentra una muchacha de servicio siquiera mediana ni con la linterna de Diógenes; pues a ver si mi ahijada me toma afecto, cobra cariño a la casa y me releva del cuidado de habérmelas con sirvientas descocadas y casquivanas”<sup>727</sup>.

En este aspecto, existió un combate encarnizado para ganarse, por ambas partes, la voluntad de las mujeres, fuese para redimirlas del “yugo eclesial” o salvarlas del redil del ateísmo y la apostasía. En las palabras de Demófilo, pseudónimo del republicano librepensador Fernando Lozano Montes (1844-1935), queda bien patente el deseo de que la “hermosa mitad” de las españolas renunciase a su aparente clericalismo y se unieran a las filas del librepensamiento. En un tono paternalista y persuasivo se presentaba como uno de sus verdaderos “salvadores”:

“¿Dónde está esa emancipación que dicen haberte traído el cristianismo? ¡Tantos siglos de catolicismo imperante y absoluto en España, para que estés vilipendiada, sin concederte siquiera derecho a defender tu honra legalmente! Hace un siglo que el liberalismo se anuncia, y ya de todos lados surgen defensores en tu loor. ¿Cómo dudas, hermosa mitad nuestra, en elegir?”<sup>728</sup>.

El ya mencionado Eduardo Riofranco, pseudónimo de Ramón Chies Gómez (1846-1893) y fundador de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, en una carta a un amigo de ferviente fe católica, lo contradice en su idea de que la Iglesia y el cristianismo hayan redimido a la mujer:

“Respecto a la emancipación de la mujer, con decirte que hoy mismo la vemos sierva del vicio en las mancebías, del salario en el taller y del marido en el matrimonio, y que todos andamos preocupados de su emancipación, te declaro que le falta al cristianismo bastante que hacer para aspirar a la gloria de haberla emancipado, que tan de ligero le atribuyes. Lee, lee la verdadera historia, y te dará horror averiguar que muchos abades tuvieron y ejercitaron el derecho de pernada en sus siervas. Estudia detenidamente la evolución legislativa y observarás que la dignidad de la mujer ha ido elaborándose lentamente, no por la acción del cristianismo. (...) La gran conquista de la mujer en nuestro derecho, la patria protesta sobre sus hijos, que las leyes de la España Católica la negaban, se las han concedido las leyes de la España revolucionaria, de la España puesta en entredicho y sordamente combatida por el Pontífice Romano. (...) falta mucho que andar para que haya desaparecido la esclavitud y mucho que hacer para emancipar a la mujer, tan digna y tan necesitada de verdadera emancipación”<sup>729</sup>.

Este mismo conflicto clericalismo-masonería con telón de fondo a la mujer fue

---

<sup>727</sup> *El Correo Español: Diario Tradicionalista*, 19 agosto 1902, p. 4.

<sup>728</sup> DEMÓFILO, “El catolicismo en acción”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 20 enero 1884, p. 1.

<sup>729</sup> RIOFRANCO, Eduardo, “A vuela pluma”, *Las Dominicales del Librepensamiento*, 14 diciembre 1884, p. 2.

muy virulento en Francia. Allí, por ejemplo, el periodista librepensador y masón francés Léon Richer, autor de *La femme libre* (1877), *Le droit des femmes* (1879) o *Le code des femmes* (1883) y estrecho colaborador de la feminista francesa Marie Deraismes, editó y escribió, junto a ella, el semanario feminista *Le droit des femmes* (1869 a 1891). De hecho, fundó también la Ligue Française pour le Droit des Femmes, una de las organizaciones defensoras de los derechos de las mujeres más populares en Francia.

Richer tuvo sus desavenencias con Hubertine Auclert y Marie Deraismes en lo concerniente al voto femenino. Pese a erigirse escudero de los derechos políticos de las mujeres, no ocultaba su desasosiego ante la posibilidad de que la población femenina refrendara electoralmente a los sectores clericales y monárquicos. En el año 1878, Deraismes y Richer organizaron la Conferencia sobre los Derechos de las Mujeres. En 1879 Richer redactó el proyecto de ley de divorcio que el médico y jurista republicano Alfred Naquet –también enérgico defensor del feminismo y propugnador del amor libre– introdujo en la Cámara francesa. María Deraismes, codo a codo con el francmasón George Martín –simpatizante también de los derechos de las mujeres– fundaron la masonería mixta. Como puede apreciarse, a nivel europeo –en Francia sobremanera– hubo una cantidad considerable de hombres que tuvieron un papel activo en el feminismo laico y librepensador.

Un ejemplo español más, de un feminismo masculino republicano y masón, fue el del médico y abogado Joaquín de Huelbes (1842-1916). Sobre este poeta espiritista y masón obtuvimos una fuente que refleja su defensa por la igualdad entre hombres y mujeres en un artículo escrito por él en la revista *Germinal*, titulado “El feminismo ante la ciencia” (1897). El autor, al desacreditar las teorías de la inferioridad intelectual femenina, no dudaba en que “la mujer es por lo menos igual al hombre”<sup>730</sup>. Para demostrarlo, Huelbes realizó un repaso histórico en el que pormenorizaba las vejaciones y agravios que la mujer había sufrido a manos del despotismo masculino. Dio especial relieve a los padecidos por las religiones que la habían relegado a un plano de subalternidad y esclavitud. Como era costumbre entre quienes se erigieron combatientes de la misoginia científicista, Huelbes se esforzó por derribar el supuesto rigor científico

---

<sup>730</sup> DE HUELBS, Joaquín, “El feminismo ante la ciencia”, *Germinal*, nº 16, 1897. Extraído de CELMA VALERO, María Pilar, “Feminismo *Fin de siglo*: más allá del amor” en *Actas de El Banquete. Primeros encuentros sobre el amor*. Universidad de Zaragoza, 1993.

de dichas teorías de la deficiencia mental femenina.

Otro autor, en este caso espiritista y bastante desconocido, fue el argentino afincado en España Miguel Bianchi Delgado, director de *El Porvenir de Algeciras*. En la revista espiritista catalana *Luz y Unión* se recoge un artículo suyo. Este texto, fechado en 1900, era una llamada de atención a sus compañeros y a quienes se erigían valedores del progreso pero se apresuraban, con “engreimiento y desdén”, a objetar de la igualdad de derechos entre los sexos:

“No lo comprendemos; no podemos comprender que criaturas que alardean de republicanas, librepensadoras, libertarias, y lo que es más grave aún, de espiritistas, osen abogar por la permanencia de la ignorancia en la mujer” (...) “Y qué hombre que haya adquirido estos hermosos conocimientos, se atreverá a negar a la mujer los mismos derechos de que él goza, sin declamarse cruel enemigo de lo más santo y sublime, de la variedad en la unidad creada?” (...) “No faltará quien al leer estas francotas líneas haga un gesto de desagrado, y condimentándolo con una sonrisa de compasión, se diga para su capote: este pobre diablo de articulista, defensor del bello sexo, está soñando; ¡pues no pretende una locura! ¡Conceder a la mujer sus derechos cuando la generalidad no conoce migaja de ellos! ¡Qué horror!” (...) “Pues bien, no se asusten ustedes, que no es el león tan fiero como lo pintan. ¿Qué queréis evitar el mal uso que de su derecho puedan hacer las mujeres ignorantes? Pues ilustradlas y separadlas de doctrinas supersticiosas” (...) “¿Qué no estamos en lo cierto? ¿Qué la mujer no puede emanciparse? Pues no lo comprendemos; y en su consecuencia al tiempo dejamos por testigo”<sup>731</sup>.

Otro hombre republicano y masón que es necesario mencionar es el médico Rosendo Castells Ballespi (1868-1939). Pronunció, en 1908, una conferencia titulada “Derechos y deberes de la mujer ante la sociedad” en la que se declaraba favorable a que la mujer desempeñara cargos públicos, a su derecho a estudiar una carrera universitaria, a desarrollar una trayectoria profesional equiparable a la del hombre y al reconocimiento de sus derechos civiles: “la mujer tiene para con la sociedad absolutamente los mismos derechos y los mismos deberes que el hombre”<sup>732</sup>. En esta

---

<sup>731</sup> BIANCHI DELGADO, Miguel, “No lo comprendemos”, *Luz y Unión*, nº 11, 24 julio 1900, pp. 4-5.

<sup>732</sup> Extraído de CASTELLS BALLESPI, Rosendo, *Derechos y deberes de la mujer ante la sociedad*. Conferencia dada en el Centre Català de Madrid el día 23 de abril de 1908, Ricardo Rojas, 1908, p. 29. Una hermana de este, Martina Castells Ballespi, estudió la carrera de Medicina sin que nadie se opusiera a ello. Una vez finalizó sus estudios, las resistencias para concederle el título obligaron a su padre a realizar grandes esfuerzos para que el Gobierno reconociese aquel derecho. La hermana fue una de las tres primeras mujeres de España, junto con María Elena Maseras y Dolors Aleu, en matricularse y licenciarse en Medicina. Una vez licenciada, fue la tercera mujer en obtener el doctorado. El 4 de octubre de 1882, cuatro días antes que Dolors Aleu y más de un siglo después que doña María Isidra Quintana de Guzmán y de la Cerda.

misma intervención, recriminó a quienes calificaba de hombres cultos y de ideales progresistas por sostener la conveniencia de encerrar a la mujer en la esfera de acción a la que tradicionalmente se la ha reducido:

“Todavía repercuten en nuestros oídos manifestaciones constantes de determinados hombres, que se tienen por cultos, que afirman que la mujer no debe hacer otra cosa que guisar y coser, y para estas afirmaciones no hay absolutamente ninguna razón fisiológica: la mujer tiene absoluta idoneidad para realizar todas las mismas funciones que el hombre”<sup>733</sup>.

Castells Ballespi hizo un repaso de la consideración que se había tenido y se tenía sobre las mujeres en sociedades antiguas y atrasadas. Hizo especial mención al trato violento e inhumano del que habían sido víctimas, a la esclavitud a la que secularmente han sido sometidas:

“La mujer, esclavizada en los primeros tiempos de nuestra historia, conceptuada como una cosa, puesta a disposición del hombre para satisfacción de sus gustos o elemento auxiliar para la atención de sus necesidades, apreciada como mercancía subastable en la mayoría de los antiguos pueblos, ha ido conquistando, sólo por su propia iniciativa, su libertad, contra la voluntad del hombre y sin medios para ello, llegando a merecer un verdadero puesto de honor en la sociedad”<sup>734</sup>.

Otros de los exponentes ubicados dentro de universos espirituales alternativos al catolicismo, pero en este caso también avenidos con el librepensamiento, fueron los intelectuales republicanos Francisco Suñer y Capdevila (1826-1898), Remigio Vega Armentero (1852-1893) y Odón de Buen y del Cos (1863-1945)<sup>735</sup>. El primero, ya en 1869, partiendo de un acérrimo anticlericalismo creía que la mujer debía ser “sustraída de las trabas que de la iglesia y la legislación que se oponen a su desarrollo”<sup>736</sup>. Este médico ateo y republicano federal se granjeó feroces enemigos por parte de la Iglesia y

---

<sup>733</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>734</sup> *Ibidem*, pp. 25-26.

<sup>735</sup> Sobre el nexo entre el feminismo y el librepensamiento en España véase RAMOS PALOMO, M<sup>a</sup> Dolores, “Feminismo y librepensamiento. Contra las raíces de la sociedad patriarcal” en CANTERLA GONZÁLEZ, Cinta (Coord.), *De la Ilustración al Romanticismo: VII Encuentro La Mujer en los Siglos XVIII y XIX: Cádiz, América y Europa ante la Modernidad*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, pp. 313-330; SÁNCHEZ I FERRÉ, Pere, “La masonería, el librepensamiento y los orígenes del feminismo en Cataluña 1870-1920”, *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, n° 32-36, 2003, pp. 117-142; RAMOS PALOMO, M<sup>a</sup> Dolores, “La cultura societaria del feminismo librepensador en España (1895-1918)” en QUILES FAZ, Amparo y SAURET GUERRERO, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), *Prototipos e imágenes de la mujer en los siglos XIX y XX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga (UMA), 2002, pp. 73-98.

<sup>736</sup> *La República Ibérica*, n° 29, 5 de enero 1869. Citado en ESPIGADO TOCINO, M<sup>a</sup> Gloria, “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: Los límites de la modernidad”, *Ayer*, n° 78, 2010, pp. 143-168.



de amplias capas del conservadurismo. Escritos de Suñer y Capdevila tales como su *Guerra a Dios* (pronunciado en la sesión de las Cortes del 26 de abril de 1869) o su folleto *Dios* (1869) produjeron entonces un sonoro escándalo<sup>737</sup>.

Al calor también del Sexenio Revolucionario contamos con la figura poco estudiada del vallisoletano Remigio Vega Armentero, novelista, librepensador, masón y republicano (perteneciente al Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla). La literatura del que fuera colaborador en *Las Dominicales del Libre Pensamiento* es de similares características a la escrita por Enrique Rodríguez Solís. Del mismo modo que el escritor castellanoleonés, él fue también un declarado abolicionista de la prostitución<sup>738</sup>. En algunos de sus escritos, pertenecientes al naturalismo radical de las novelas lupanarias médico-sociales, denunció la grave y dramática situación social de la mujer. En un artículo suyo escrito en *La Ilustración Republicana Federal* Armentero esperaba aquellos “días en que la república protegerá y emancipará a la mujer, dándola libertad y asegurando sus derechos...”<sup>739</sup>. Sobre la mujer desplegó un discurso especialmente enaltecedor y encomiástico: “¡Qué hermoso, qué bello, qué dulce es ese ángel que habita la tierra y que se llama mujer!” (...) “Bella en su conjunto, hechicera en sus sonrisas” (...) “numen sublime que inspira al hombre”. Merece la pena, a continuación, reproducir sus palabras de alabanza hacia la mujer:

“¡Ah! Si mis dedos tañeran como los del apasionado trovador; si mi mente pudiera remontarse en alas del entusiasmo como la del atrevido e inspirado poeta” (...) “entonces... entonces yo cantaré a la mujer, ensalzaré sus virtudes, enalteceré lo grande y bendito de su destino en la tierra, y a todas horas, con el alma llena de misteriosas y embriagadoras emociones, con el corazón palpitante y todo suyo, y son el acento trémulo, entonaré una cantiga amorosa de esas que no tienen fin, que tienen ecos para todos los corazones, sonidos para todos los oídos, luz para todos los ojos, destellos para todas las inteligencias y que pueblan los ámbitos del universo de armonías deleitosas; que son todo encanto, todo insinuación, todo verdad; que sin seducir atraen,

---

<sup>737</sup> Llegó a ser alcalde de Barcelona en 1868 y Ministro de Ultramar durante la Primera República. En 1869 encabezó una revuelta en el Ampurdán al organizar una partida militar con el objetivo de instaurar la república federal. Este intento fue fácilmente derrotado por el gobierno, por lo que tuvo que refugiarse en los montes catalanes y exilarse a Francia. El 17 de Julio de 1873 desde la tribuna de oradores del Congreso dio su aval a los cantonalistas de Cartagena.

<sup>738</sup> Véase GUEREÑA, Jean-Louis, *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 337. Vega Armentero congenió con la abolición de la prostitución FERNÁNDEZ, Pura, *Mujer pública y vida privada: Del arte eunuco a la novela Lupanaria*. Woodbridge, Tamesis, 2008, p. 236.

<sup>739</sup> VEGA ARMENTERO, Remigio, “La mujer”, *La Ilustración Republicana Federal*, 8 junio 1872.

que sin embelesar cautivan. ¡Oh, sí, bendita una y mil veces la mujer!”<sup>740</sup>.

El escritor vallisoletano en su artículo denunció la situación de semiesclavitud, falta de instrucción, libertades y derechos que la mujer española sufría por una sociedad pasiva e indiferente hacia sus padecimientos. Por ello llamó a su emancipación, la que el advenimiento de una futura República debía de estimular y facilitar:

“(…) continúa en la precaria condición que la han creado las oscuras instituciones de tiempos odiosos; no tiene casi derechos, ni protección; es considerada como un instrumento que se explota, y víctima siempre, sufre y calla, porque otra cosa no la es dado, y sucede muchas veces que, como el pájaro que perdió su libertad y vive cautivo entre los alambres de la estrecha jaula, no se queja, sino que, al contrario, canta alegre, porque su resignación y su bondad son excesivas. Pero en este triste y lamentable estado no debe continuar la mujer. Es preciso emanciparla, darle todos sus legítimos e imprescindibles derechos; legarla, no un porvenir de miseria, abyección y ludibrio; no un mañana de eterna continuación del ayer, sino un porvenir de libertad, de instrucción, de adelanto y de felicidad, que haciéndola respetuosa y respetada, la prodigue venturas y satisfacción; y protegida por leyes sabias y celosas que la defiendan con una tutela especial, hacer que todo lo que la rodee la sea agradable, útil, deleitoso y amado; y de esta suerte, la mujer, ese grande elemento constitutivo de la sociedad, asentado y afianzado sólidamente, contribuirá al desarrollo de la perfección social, que tanto necesitan los pueblos, cansados de esta larga noche de ignorancia y miserias”<sup>741</sup>.

Sorprendentemente, Vega Armentero cumplió cadena perpetua por el asesinato de su propia esposa, una profesora francesa llamada Cecilia Ritter. Estamos, con toda seguridad, ante un caso de violencia de género. Las obsesiones patológicas de Vega Armentero sobre la fidelidad de su esposa y su inestabilidad psicológica eran bien conocidas. Ingresó en varios manicomios, la segunda vez gracias a las gestiones de su propia esposa. Su mujer, Cecilia Ritter, impartía clases de francés y fue una reputada concertista de piano. Se convirtió en una auténtica celebridad en los salones de Madrid. Dado su éxito, ingresaba más dinero que su marido al presupuesto familiar. Las obsesiones personales de Armentero y los hechos alrededor del asesinato de su esposa quedaron reflejados en sus propias novelas *Doble adulterio: El fango del boudoir* (1887), *La Venus granadina* (1888) y *¿Loco o delincuente?* (1890). Esta última fue escrita desde la cárcel, lugar donde moriría años después.

El otro ejemplo de republicano y librepensador con un discurso de género progresista fue el del citado Odón de Buen y del Cos, primer director del Instituto

---

<sup>740</sup> *Ibidem*.

<sup>741</sup> *Ibidem*.

Español de Oceanografía. En “La mujer ante la ciencia” –prólogo a la obra del masón y federalista Cristóbal Litrán *La mujer en el cristianismo* (1892)– salió en defensa de la mujer al arremeter radicalmente contra toda teoría acerca de su inferioridad intelectual. Este catedrático de Ciencias Naturales en Zaragoza, de Biología General en la Facultad de Ciencias de Madrid –a partir de 1911– y de Zoología, Mineralogía y Botánica en la de Barcelona, fue una notable figura de la ciencia española, pionero de la Oceanografía y la Antropología física<sup>742</sup>. Además, fue yerno del ya mencionado Fernando Lozano Montes “Demófilo” –cofundador de las *Dominicales del Librepensamiento*– y llegó a ostentar el cargo de gran maestro masón.

Por su filiación masónica y sus férreas convicciones evolucionistas acabó padeciendo el vilipendio de la Iglesia, fruto de sus radicales preceptos científicos y sociales. Los intentos, por parte de grandes sectores de la Iglesia Católica, de expulsarlo de la Universidad fueron recurrentes. Según Odón de Buen y del Cos, introductor del darwinismo en España, “la geología contrariaba algún tanto el texto bíblico”. Estas diferencias repercutieron en la integridad personal del catedrático de Buen y del Cos y su familia. A finales del siglo XIX lo visitó un padre jesuita que le trasladó su situación: “has de saber que las monjitas piden en sus oraciones que Dios te convierta y, si no, te inutilice”<sup>743</sup>. Pasados unos años intentaron “inutilizarlo” *de facto*.

En el senado, Odón del Buen y del Cos, de la minoría republicana Solidaridad Catalana, reclamó el voto municipal para las mayores de 23 años, viudas o emancipadas con al menos dos años de residencia en un municipio. Al día siguiente, Luis Palomo y Ruiz, un representante de la minoría demócrata, presentó a título personal otra enmienda dirigida a conseguir el derecho al sufragio para las viudas que embolsaban una

---

<sup>742</sup> Se vio asaltado por los sectores más aguerridos e inmovilistas del catolicismo catalán. El obispo de Barcelona incluyó varios de sus escritos en el *Índice de libros prohibidos* y consiguió que se le retirase su cátedra en la Universidad de Barcelona. Su carrera docente la compaginaba con la de conferenciante asiduo en La Escuela Moderna de Francisco Ferrer i Guardia y con la de una activa labor como escritor e investigador. Sus inclinaciones institucionistas y republicanas le llevaron a adherirse a varias opciones dentro del republicanismo, pero preferentemente al personificado por Nicolás Salmerón. Fue una de las figuras más excelsas de la masonería española de entonces. Fue colaborador durante un tiempo de las *Dominicales del Librepensamiento* y uno de los organizadores del *Congreso Internacional de Librepensadores* de Madrid de 1872. Con el estallido de la Guerra Civil se exilió en México con ochenta años, donde falleció en 1945. ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro F., *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración (aproximación histórica)*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1985, p. 139.

<sup>743</sup> SERRANO BLANQUER, Jordi, “La bulliciosa república escolar de Odón de Buen”, *Cuadernos de Pedagogía*, nº 391, 2009, p. 89.

contribución superior a las cien pesetas anuales. Aseguraba que las mujeres demostraban tanto o más discernimiento que gran parte de los electores de clase obrera, desmarcándose de la creencia de que tendían a inclinarse por votar opciones conservadoras y ultramontanas. El senador demócrata mantenía la idea de que las viudas se desenvolvían en la sociedad como verdaderas jefas de familia. Por ello merecían el derecho a expresar su opinión política.

En términos generales, en no pocas ocasiones, el discurso emancipador masculino presente en el mundo masónico y librepensador aconsejaba que la liberación de la mujer únicamente podía cumplirse en manos del sexo masculino. Por ejemplo, el editor Francisco Nacente y Soler (1841-1894) publicó *Historia moral de la mujer*, un libro que el autor, en un tono cortés, dedicaba al “bello sexo”. En esta obra apostaba por derrumbar la condición esclava de la mujer y por avanzar hacia su “emancipación”. No obstante, abogó, como muchos de sus contemporáneos, por una redención que situase al sexo femenino en un mejorado status social, pero distante de un estadio jurídico y político completamente equitativo. En ese proceso, el hombre, no la mujer, debía de ostentar la tarea de avanzar hacia la emancipación femenina: “no son ellas, seres débiles y apasionados las que han de corregir dichos errores”<sup>744</sup>.

La retórica de la emancipación, vemos, no conducía siempre a la adopción de una perspectiva que reconociese la autonomía de la mujer en su liberación. Ante ello, Rosario Acuña exclamaba su oposición a la idea de que las mujeres, en vez de tomar el volante de su destino, se dejasen conducir por la piedad de varones que, como Nacente y Soler, se autoproclamaban sus redentores. La feminista librepensadora advertía, “jamás seremos su mitad siendo sus libertas”:

---

<sup>744</sup> Extraído de DÍAZ MARCOS, Ana María, “¿Qué es la emancipación para quien se tiene por libre? Rosario de Acuña ante la cuestión femenina” en GONZÁLEZ DE SANDE, Estela y CRUZADO RODRÍGUEZ, Ángeles (Eds.), *Las revolucionarias. Literatura e insumisión femenina*. Sevilla, Arcibel Editores, 2009, p. 206. Bajo el pseudónimo de “Francisco Nacente y Soler” se publicaron obras traducidas y otras escritas por Vicente Ortiz de la Puebla (1841-1894). No hemos conseguido encontrar demasiada información sobre este editor y traductor barcelonés, ni tan siquiera sobre su filiación política e ideológica. Insertamos sus palabras a estas alturas del trabajo para ilustrar las observaciones de Rosario de Acuña acerca de su predilección porque las mujeres fueran dueñas de su propia emancipación frente a las tentaciones bien intencionadas o no de otros varones. La referencia completa de la voluminosa obra de Vicente Ortiz de la Puebla es NACENTE Y SOLER, Francisco, *Historia moral de las mujeres: el bello sexo vindicado: influencia de la mujer en el progreso y cultura de las naciones, sus deberes, sus derechos en la sociedad y la familia: educación y enseñanza que convendría para su misión: estudio filosófico recreativo*. Barcelona, Francisco Nacente, [1890?].

“...solo en virtud de sus propios esfuerzos ha de reconquistar su sitio en el concurso social, (...) todo engrandecimiento que le llegue a la mujer en el orden social por determinación del hombre, sólo servirá para especificar más claramente su inferioridad, verificándose de este modo una apariencia de regeneración, espejismo esplendoroso por el cual adquirirá nuestro sexo más privilegios, pero también más dolores, ganando en vanidades lo que pierda en fortaleza, y, a la larga, la reacción de este engrandecimiento ficticio atraído, no por el íntimo valer, sino por la clemencia masculina, pudiera muy bien llevarnos a un nuevo gineceo en donde perdiéramos hasta la concepción de criaturas racionales que hoy ya poseemos, adquiriendo, en cambio, el calificativo de irredimibles, peligro pavoroso que expongo a vuestra consideración, segura de que vuestro juicio alcanzará lo trascendental de la catástrofe. Nosotras no debemos esperar nada sino de nosotras mismas, no por terquedad de rebeldía orgullosa, sino por convencimiento de razones deductivas. Nosotras no podemos intentar otro valer que el alcanzado por aquellas condiciones que poseemos”<sup>745</sup>.

En otro texto de Rosario de Acuña se trasluce también sus reservas a las intenciones de los hombres que simpatizaban con liberar al otro sexo. En este caso, la escritora madrileña critica a los “emancipadores de la mujer”, incluso a algunos por ser en exceso atrevidos y poner en peligro a las mujeres al querer conceder derechos para los que todavía no estaban preparadas. Planteó cambios más paulatinos, priorizando la educación femenina como paso previo a la asunción de funciones públicas. Merece la pena reproducir el texto casi íntegro:

“El camino de vuestra regeneración es éste, única y exclusivamente éste; el hogar, la familia, descentralizada de la ciudad por medio de la quinta o casa de campo. Los que pretenden llevaros por otro camino están locos, y es más, no conocen ni penetran toda la espantosa degradación física y moral que nos acosa, a pesar de nuestro conocimiento del francés, de la música y de otras quisicosas por el estilo. ¿Sabéis lo que pedís, emancipadores de la mujer, repartidores de doctorados y tribunales del sexo femenino? ¿Queréis, sin educarnos, llevarnos a la cátedra y la academia? Ni hablo de las excepciones, ni creo que deban mentarse en estas cuestiones de escuela. ¿Sabéis lo que haréis al darle a la mujer una muceta y una toga? Ponerla en sus manos un medio más de colocarse el pelo a la Virgen; entregarle una prenda más con que recrearse en su figura, haciendo dengues delante del espejo; darla un pretexto más para que arruine el templo de la familia, al abandonar su culto entre criados mercenarios o fondistas especuladores; inclinarla con más fuerza a que arroje sus pequeños hijos en colegios o instituciones, donde, como en manada, les den el alimento del cuerpo y de la inteligencia; y ponerla en peligro más eminente de materializarse, de petrificarse en un egoísmo infecundo, en medio del cual vea a sus padres como enojosa carga, al matrimonio como feroz tiranía, a la maternidad como repugnante impedimento; ponéis a su alcance todas las armas no para defenderse, sino para suicidarse; todo esto quieres

---

<sup>745</sup> *Dominicales del Libre Pensamiento*, 25 abril 1888. Extraído de FERNÁNDEZ RIERA, Macrino, *Rosario Acuña y Villanueva: Una heterodoxa en la España del concordato*. Gijón, Zahorí, 2009, pp. 252-253.

hacer, escuela de emancipadores, al pretender, con la imaginación desbordada por el entusiasmo, esos encumbramientos de la mujer, que no está en disposición de desempeñarlos más que con toda la dignidad necesaria, y los cuales sólo acarrearán una reacción lamentable, que acaso la volvería a encerrar en la oscuridad asoladora de los serrillos orientales”<sup>746</sup>.

#### **9.4 - “¿La República de las mujeres?”: El republicanismo y el voto de la mujer**

Las palabras de Rosario de Acuña, que ponían fin al anterior apartado, evidencian los temores arraigados dentro de amplios sectores del progresismo español a conceder determinados derechos a las mujeres. Concretamente, el miedo residía en efectuarlo de un modo demasiado acelerado porque podría contravenir a las aspiraciones de modernización de la sociedad, inclusive entre hombres y mujeres que se autocalificaron o se pueden etiquetar de feministas. Entre las culturas republicanas, estos miedos circularon de un modo significativo, sobre todo en lo concerniente a la adquisición por parte de las mujeres de su derecho al voto. En España, al igual que en Francia y otros países, el conflicto laicismo-confesionalismo marcó de un modo notorio la articulación de discursos de género y de estrategias políticas entre diferentes sectores. Es sabido que hubo incluso mujeres feministas que no vieron adecuado reconocer ese derecho político. Mientras, paradójicamente, hubo también quienes apoyaron su reconocimiento únicamente por oportunismo electoral, sin comulgar ni mucho menos, más bien al contrario, con los ideales de la emancipación de la mujer.

A este respecto, existe un terreno espinoso y resbaladizo que dificulta cualquier intento de analizar las visiones de género del pasado, el de manejar la categoría “feminista” a la hora de rotular discursos de determinados autores y autoras. En el caso de los hombres, los hubo que se autoproclamaron “feministas”, muchos de ellos encuadrados entre las diversas subculturas republicanas. Pero por el contenido de sus apreciaciones con respecto a las mujeres y sus derechos no podrían ser fácilmente designados bajo esa etiqueta. Con lecturas superficiales es probable que, desde el análisis histórico, se elaboren y se hayan elaborado apreciaciones probablemente desatinadas. Muchas veces, los problemas para etiquetar de feministas a quienes se autodefinieron así son enormes. Este es el caso, por ejemplo, del ginecólogo Vital Aza y

---

<sup>746</sup> *El Correo de la Moda*, 10 enero 1885.

Diez (1890-1960), autor de *Feminismo y sexo* (1928), el cual se refería así mismo como “feminista”<sup>747</sup>. A la luz de su discurso científico, definitivamente, es complicado sostener que Aza Díez compartiese un ideario igualitario entre mujeres y hombres y que, por consiguiente, se le pueda definir de feminista.

En esta línea, los planteamientos sobre la mujer divulgados por Gregorio Marañón fueron incluso elogiados por la feminista Carmen de Burgos, quien dedicó su novela *Quiero vivir mi vida* (1931) al endocrinólogo madrileño<sup>748</sup>. Sin embargo, Marañón en su obra *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1927) y sus tesis sobre la intersexualidad, argumentaba que la inteligencia en alto grado constituía un rasgo esencialmente masculino. El prestigioso médico republicano y liberal simpatizó con algunos de los puntos de las demandas feministas, como los derechos al divorcio, al voto y los derechos civiles, además de esforzarse en desmontar el argumentario científicista de autores misóginos como Moebius. En su tiempo, las teorías de Marañón fueron atractivas para determinadas mujeres feministas al justificar, con su auctoritas científica, la complementariedad sexual en confrontación con el viejo esquema de la inferioridad femenina.

El pedagogo institucionista y político republicano Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964), padre de la feminista Carmen de Zulueta (1916-2010) y esposo de la pedagoga institucionista Amparo Cebrián (1883-1955), fue también favorable al voto femenino y planteaba de forma análoga a Marañón que las mujeres debían de obtener plenos derechos<sup>749</sup>. Pero aseguraba la superioridad de los varones en las funciones públicas e intelectuales<sup>750</sup>. A pesar de ello, la hermana de Margarita Nelken, la actriz y dramaturga feminista Carmen Eva Nelken Mansberger “Magda Donato” (1898-1966) lo agrupó entre los pocos hombres españoles con un ideario feminista sólido<sup>751</sup>.

---

<sup>747</sup> SCANLON, Geraldine, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 181.

<sup>748</sup> Carmen de Burgos resaltó lo que ella creía que era incluso un “espíritu justiciero” con la mujer por parte del médico madrileño. Además, expresó su adhesión a las teorías de diferenciación sexual de Marañón. BURGOS, Carmen, *La mujer moderna y sus derechos*. Valencia, Sempere, 1927, p. 27.

<sup>749</sup> Lerrouxista en su juventud, años después fue miembro del Partido Reformista durante la Restauración y diputado en 3 ocasiones. Como independiente, fue ministro de Estado en uno de los gabinetes de Gobierno presidido por Azaña.

<sup>750</sup> ZULUETA, Luis, “Sobre lo femenino y el feminismo”, *La Lectura*, septiembre de 1908, pp. 363-369.

<sup>751</sup> Véase el apéndice 10 de este trabajo.

Otro caso por mencionar es el del escritor Armando Palacio Valdés (1853-1938). A pesar de su concepción doméstica de la mujer, fue homenajeado en 1935 por la Asociación Nacional de Mujeres Españolas por sus declaraciones en pro de la participación política de la mujer española. En su libro *El gobierno de las mujeres: ensayo histórico de política femenina* (1929) apostó porque fuesen las mujeres las que se encargaran exclusivamente de la política institucional. En cambio, acto seguido, el que en su momento formó parte del Partido Republicano Posibilista de Emilio Castelar, reservaba a los varones las más altas tareas del ser humano, como eran, a juicio suyo, la ciencia, la reflexión intelectual y la creación artística.

El propio Valdés, que respondió a un cuestionario confeccionado por María Martínez Sierra en *La Mujer Moderna* (1920), concluía que la mujer era más apta que el hombre para el ejercicio de la política, porque suponía una prolongación de sus dotes domésticas. En el desarrollo de su argumentación declaraba: “Mi feminismo es ultra-radical”<sup>752</sup>. María Lejárraga, incluso, llegó a calificar las opiniones del escritor de “ultrafeministas”<sup>753</sup>. Estas contradicciones, sin embargo, no se dieron únicamente en el campo del republicanismo, sino que en otros espacios ideológicos podemos hallar ejemplos del mismo tipo. Otro aspecto, en esta línea, reside en las discordancias entre manifestaciones personales y discursivas en las que incurrieron políticos e intelectuales de todas las vertientes político-ideológicas, incluidos republicanos de múltiples corrientes. Nos referimos, en concreto, a los contrastes entre abogar por reconocer a las mujeres sus derechos y, al tiempo, exteriorizar mensajes calificables de ser misóginos y machistas.

Estas contradicciones se ven con mucha nitidez, por ejemplo, en el transcurso del debate sobre el sufragio de la mujer en la II República. La segunda experiencia democrática en la Historia de España supuso para la mujer española la aprobación de un conjunto de mejoras sin precedentes en su condición de ciudadana (el derecho al voto, al divorcio, la derogación de discriminaciones jurídicas, la derogación del delito de adulterio presente en el Código Penal, el reconocimiento constitucional de la igualdad de derechos para ambos sexos, etc). Esta imagen se amplifica aún más si se establece la

---

<sup>752</sup> MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *La mujer moderna*, op. cit., p. 17.

<sup>753</sup> *Ibidem*, p. 19.



inevitable comparativa con respecto al régimen instaurado posteriormente por los vencedores, el cual procedió al desmontaje de los avances conseguidos durante la República y reforzó sobre la mujer los mecanismos legales y culturales de su opresión. Sin embargo, aunque la II República haya sido incluso catalogada como “La República de las mujeres”, no conviene olvidar que destacados líderes, muchos republicanos, que trabajaron por su nacimiento y lucharon por su supervivencia mostraron férreas resistencias a los progresos que, en materia legislativa pero también cultural, estaban produciéndose para la vida de las mujeres<sup>754</sup>.

A modo de ejemplo, el diputado republicano independiente Luis de Tapia (1871-1917), el radical socialista Joaquín Pérez Madrigal (1898-1974) o el republicano radical Rafael Guerra del Río (1885-1955) fueron muy beligerantes a la aprobación del voto de la mujer durante la intervención de Clara Campoamor, concretamente en los debates que se dieron en las cortes. Como bien se refleja en las actas, estos diputados interrumpieron a Campoamor en varias ocasiones en pleno uso de la palabra, alertando de un hipotético respaldo masivo que la derecha recibía por parte de una población femenina supuestamente abducida por la doctrina clerical.

Durante una de aquellas sesiones de debate, una de las excepciones masculinas republicanas conformes con la aprobación del sufragio femenino fue la de Roberto Castrovido (1864-1941), ya que votó y se expresó contraviniendo a la mayoría de su grupo parlamentario, Acción Republicana. Las palabras de quien fuera director de *El País*, las cuales inician este capítulo recogen una inquietud central dentro de las filas de los republicanismos más de izquierdas, la redención de la mujer de las cadenas del poder confesional<sup>755</sup>. Castrovido y también Manuel Carrasco i Formiguera (1890-1938) aparcaron esa clase de temores. Este último sentía su republicanismo sin menoscabo de su catolicismo. Al igual que su compañero de partido, lo conveniente para la República no era privar de derechos políticos a las españolas, al contrario. El diputado también de

---

<sup>754</sup> Justo tras la aprobación por parte de la cámara del derecho al voto para la mujer, entre el ruido y el alboroto causado por diputados y demás asistentes en la sala, un diputado sin identificar gritó con fervor “¡Viva la república de las mujeres!”. Así ha quedado registrado en el diario de sesiones: “El resultado de la votación es acogido con aplausos en unos lados de la cámara y con protestas en otros.-Un Sr. Diputado: ¡Viva la Republica de las mujeres! Varios diputados pronuncian palabras que no se oyen claramente, por el ruido que hay en el salón”. *Diario de sesiones de las Cortes*, 1 octubre 1931.

<sup>755</sup> *Ibidem*. Es llamativo que Castrovido escribiera el prólogo de las memorias del ya mencionado Enrique Rodríguez Solís.

Acción Republicana, entre el griterío que se produjo con la aprobación del derecho al voto para la mujer, quiso dejar claro ante la cámara el porqué de su voto. Mientras exponía la razón se apreciaba el clima que se respiraba en las cortes. Queda patente la atmósfera de tensiones y divisiones que la cuestión religiosa generaban en todo el arco parlamentario:

“Yo creo que votando sí, hemos votado por la Republica (...) Lo que no puede hacer la República es admitir aquí el principio de la igualdad de derechos de los dos sexos y venir después a excluir del derecho de voto a la mitad de los ciudadanos españoles. (...) Estoy explicando el voto, diciendo que he votado por la República y por la democracia. ¡Oídmeme con atención, si sois demócratas y tolerantes! No podemos admitir la posibilidad de que sólo tengan voto la mitad de los ciudadanos españoles. Tanto la una como la otra mitad de los ciudadanos españoles, son republicanos en su mayor parte, y hay entre estos republicanos muchos católicos y muchas católicas. En muchas partes, los católicos y las católicas son republicanos, como lo soy yo, y lo que no se puede admitir es, en régimen de democracia, que se den patentes de republicanismo a nadie. Yo soy católico” (...) “No callaré, Sr. Presidente, porque tengo derecho a hablar y es la Cámara la que no me deja hacerlo” (...) “Aquí se ha dicho, ofendiendo nuestros sentimientos católicos, que se daría el voto a la mujer cuando se emancipase del confesonario; y yo digo que, en el buen terreno de la democracia y de la libertad, tenemos derecho al voto todos los que somos republicanos y hemos dado nuestra fortuna y nuestro bienestar por la República y hemos perdido la libertad y estamos dispuestos a dar la vida por la República, aunque después no nos avergoncemos, como no nos avergonzamos, delante del mundo, de arrodillarnos ante un confesonario, si esto responde a una convicción sincera que, por serlo, debe ser por todos respetada”<sup>756</sup>.

Entre los republicanos, como se puede observar, hubo posicionamientos diversos. Los hubo, por otra parte, que esgrimieron incluso argumentos todavía anclados en las teorías de la inferioridad intelectual femenina. El republicano federal Manuel Hilario Ayuso Iglesias (1880-1940) incluso propuso que los varones pudiesen votar a los veintitrés años y las mujeres a los cuarenta y cinco años bajo criterios supuestamente científicos. Pero también hubo diputados que afirmaron, en el terreno de los principios, la igualdad de derechos entre los sexos. Entre estos hubo quienes aceptaron el voto de la mujer al descartar miedos al respecto, como lo hizo Companys. Mientras, otros apostaban en avanzar cautelosa y gradualmente, todo por el bien de la República. Aparte los hubo también que simplemente trasladaron lo contraproducente que podría ser el hecho de que las mujeres votasen en masa a opciones electorales derechistas, por ejemplo, el republicano radical José Álvarez-Buylla (1881-¿?), el diputado de Acción

---

<sup>756</sup> *Ibidem*.

Republicana Mariano Ruiz Funes (1889-1953), el republicano independiente Manuel Rico Avello (1886-1936) o el radical socialista Ángel Galarza (1891-1966).

En una línea muy similar a la expuesta por Victoria Kent, Rico al dirigirse a la diputada Campoamor subrayó el estado de opresión y desigualdad que la mujer sufría desde siglos atrás. A su entender, esa misma situación podía conllevar a que optase, con un prematuro e inoportuno poder de decisión electoral, por fuerzas que desmantelasen los logros que la República había conseguido para las propias mujeres:

“La esclavitud de la mujer, contra la que teóricamente hemos protestado y protestamos en el momento actual; esa esclavitud de la que la República ha de procurar emancipar a la mujer hasta los límites más absolutos, no es una cosa aislada; es un hecho secular que tiene raíz y entronque en toda la legislación española, con arreglo a la cual varía la capacidad jurídica de la mujer según su estado, y no creo que sería prudente resolver de un plumazo, en un precepto constitucional, no ya el reconocimiento de una personalidad a la mujer, el reconocimiento de un derecho electoral, sino establecer sin regulación alguna la igualdad absoluta de derechos con el varón. Negar el derecho electoral a la mujer sería injusticia y sería labor antidemocrática; reconocerlo ahora mismo, sin meditación, con una igualdad absoluta, sería imprudencia que podría perjudicar a la República. Reconozcamos todos unidos, con el entusiasmo que merece el ideal democrático que representa, el derecho de la mujer que los siglos desconocieron y atropellaron, y que la República hoy reconoce y establece como principio inmovible en su Constitución; pero dejemos para la ley Electoral el condicionar ese derecho y el establecer las diferenciaciones, que no serán producto de la voluntad, sino consecuencia obligada de aquella esclavitud, de aquella sumisión en que la mujer ha vivido, y con el tiempo irá preparándose para que la igualdad de derechos pueda ser efectiva”<sup>757</sup>.

Por otro lado, así se pronunciaba, por parte del Partido Republicano Radical, Rafael Guerra del Río durante su intervención. En ella reivindicó la igualdad absoluta entre los sexos como un principio propio de su partido, pero una igualdad que de momento no debía de ser total en lo referente a sufragio:

“La minoría radical empieza por declarar su compenetración espiritual, hasta su orgullo de contarla en su seno, con la señorita Clara Campoamor, que cuando ha defendido en esta cámara con tanta energía, con tanto sentimiento y con gran elocuencia, los derechos de la mujer, no ha hecho otra cosa sino servir de abanderada a lo que siempre fue, es y será mañana ideal del partido republicano radical: la igualdad absoluta de derechos para ambos sexos y, por tanto, el derecho de la mujer para expresar su pensamiento, para influir en la vida política en igualdad de condiciones que el

---

<sup>757</sup> *Ibidem*.

hombre”<sup>758</sup>.

Dentro de las filas socialistas, el diputado Andrés Ovejero Bustamante (1871-1954) se opuso al sentir del voto mayoritario de su partido. En concordancia a Guerra del Río, detalló cuál era su plan. Este era el mismo que gravitaba en la conciencia de quienes en su tiempo compartían la necesidad de reconocer la igualdad legal entre los sexos, pero por los motivos ya mencionados de cautela y oportunidad preferían aplazar la posibilidad de que las mujeres ejerciesen integralmente sus derechos políticos:

“(…) primero, Cortes de la República española, mujeres en los escaños; segundo, elecciones legislativas, voto a las mujeres que hayan emancipado su conciencia del confesonario, que es el enemigo del espíritu democrático. Y, finalmente, yo admitía la plenitud del sufragio femenino cuando una educación republicana hubiese acabado de modelar la conciencia de la feminidad española”<sup>759</sup>.

Tras Ovejero justificar su voto particular, se dispuso a explicar el de la mayoría de su partido. En su argumentación declaraba que el PSOE era un partido acostumbrado a las derrotas y que si el voto de la mujer supusiese una fatalidad los socialistas habrían actuado, a pesar de todo, con responsabilidad porque habrían iniciado a la población femenina en el ejercicio de la ciudadanía plena. Además, merece la pena reproducir sus palabras cuando trasladaba su contrariedad a una suerte de masculinidad burguesa y añeja que identificaba con la galantería y la caballeridad. Lo hizo frente a una especie de masculinidad obrerista que realmente, según su parecer, encontraba en la mujer a una “compañera”:

“Nosotros, los socialistas, no tendremos jamás para vosotras, ni para las demás mujeres, galanterías de antaño, que pertenecen a la época de la caballeridad burguesa: nosotros os llamamos de manera distinta; nosotros decimos: a trabajo igual, salario igual; a deberes iguales, derechos iguales. Nosotros vamos a llamar a las mujeres a la conquista del sufragio, con este apelativo, que, en nombre de la minoría socialista, dirijo a quienes representan la feminidad en nuestras Cortes Constituyentes: compañeras. Esta es la palabra mágica que reclutará sufragios femeninos y que dará el triunfo, hoy y mañana, a esta minoría de cemento inmovible y fuerte”<sup>760</sup>.

Tampoco Ramón Franco, diputado de Esquerra Republicana de Catalunya, temía que el sufragio de la mujer condujera a un avance de las derechas ni a que la República se pusiese en peligro. Durante la sesión parlamentaria en la que se debatía en torno al

---

<sup>758</sup> *Ibidem*.

<sup>759</sup> *Ibidem*.

<sup>760</sup> *Ibidem*.

artículo 34 de la Constitución trasladó los beneficios positivos de que la mujer accediese al ejercicio del voto: “el sentimiento pacifista del mundo llegará a ser una realidad cuando en todas las naciones tengan voto las mujeres”<sup>761</sup>.

No obstante, sabemos que el hermano del futuro dictador Francisco Franco, en boca de un puñado de testimonios, no fue probablemente un ejemplo de rigurosidad moral en su trato con las mujeres, por mucho que verbalizara su entusiasmo por la consecución de sus derechos políticos. Carmen Díaz, su esposa, describió con detalle su relación, de la cual se trasluce el machismo más palmario:

“Ramón tiene otra mujer en Barcelona” (...) “Nunca tuvo conmigo un momento de fidelidad” (...) “Yo soy su capricho, su juguete, la niña joven que le prepara la comida, le plancha su ropa y, de tarde en tarde, le da un instante de placer”<sup>762</sup>.

En este aspecto, conviene recordar también ciertas declaraciones machistas y cambios de posición de Manuel Azaña sobre el derecho de las mujeres al sufragio activo. En su artículo “Doña Fulana de tal ¡Vota!” (1924) se congratulaba por el avance alcanzado durante el régimen primorriverista al permitirse a la mujer elegir y ser elegibles en unas elecciones municipales. En ese texto, asimismo, Azaña recalcó lo corta que se quedó dicha reforma. El político republicano, un párrafo después, desarrolló un extenso argumentario en torno a la igual facultad de ambos sexos para el voto. Además, se desmarcó del tópico de que existía una supuesta inclinación ideológica retardataria del sexo femenino y un peligro de hacer retroceder a las fuerzas progresistas en caso de que se posibilitase a las mujeres acudir a las urnas<sup>763</sup>.

Estas declaraciones de 1924 se contraponían a las tesis esgrimidas años después para justificar, en aras de salvar a la República, la decisión de Acción Republicana de votar en contra de conceder el voto a la mujer. El tono burlesco de Azaña en su descripción del debate que Victoria Kent y Clara Campoamor entablaron sobre el voto en las Cortes pone de relieve el machismo que desprendió el Presidente de la República al referirse a ambas diputadas. Tildó aquella discusión parlamentaria de “muy divertida” ante el siguiente hecho: “dos mujeres solamente en la cámara, y ni por casualidad se

---

<sup>761</sup> *Diario de las sesiones de Cortes*, 30 septiembre 1931.

<sup>762</sup> Esta confesión se recoge en DÍAZ, Carmen y SILVA, José Antonio, *Carmen Díaz, viuda de Franco: Mi vida con Ramón Franco*. Madrid, Planeta, 1981, p. 157.

<sup>763</sup> VÁZQUEZ RAMIL, Raquel, *La mujer en la II República*. Madrid, Akal, 2014, p. 4.

ponen de acuerdo”. Sus anotaciones sobre el “canesú” de Kent y lo “antipática” que le parecía “la Campoamor” completan el compendio de observaciones que, sin lugar a muchas interpretaciones, indican el perfil machista del autor<sup>764</sup>.

Por otra parte, una parte importante de la derecha parlamentaria, por cuestiones de oportunidad electoral, votó a favor del derecho de la mujer española a elegir a sus representantes. El diputado tradicionalista Joaquín Beunza (1872-1936), de la coalición católico-fuerista, apelaba a la inconsistencia de negar al sexo femenino un derecho básico de ciudadanía, pero también por la tradición regia española que había permitido el reinado de mujeres y por la injusticia que suponía que no pudiese la mujer elegir opciones políticas tildadas de católicas y retardatarias:

“(…) en nuestro país, desde tiempo inmemorial, tienen las mujeres intervención en la cosa pública y forman parte de Coronaciones administrativas en las mismas condiciones que los hombres, por lo cual nosotros, por tradición, no podemos traer aquí preferencias que serían el colmo de lo ilógico” (...) “después de que en España las mujeres pueden aspirar a todos los cargos públicos y pudieran estar en la Presidencia del Consejo de Ministros” (...) “o en la cabecera de un Ministerio, demostrando en todas partes la misma capacidad que los hombres, compitiendo con ellos en muchas oposiciones y obteniendo en ellas mejores números que los hombres, no se explica que ahora se pretenda imponer una condición suspensiva” (...) “sería una cosa antidemocrática el que por temor de que un sector de opinión se manifieste en sentido determinado, se le sujete temporalmente a una tutela que ninguna razón ni legal ni moral autoriza”<sup>765</sup>.

Como se ha podido demostrar, las posturas tomadas ante el voto de la mujer fueron muy heterogéneas dentro de los republicanismos, pero también en otras corrientes políticas por diferentes cuestiones ideológicas y estratégicas, lo cual complica toda pretensión de esquematizar de modo simplista el escenario en el que se desarrolló el debate. Las intensas discusiones sobre el derecho al sufragio de la mujer en la II República expresan una parte de las tensiones que la sociedad española vivía a la altura de los años 30, pero que hundían sus raíces desde largo tiempo atrás.

Tras ver cómo desde el amplio universo de culturas republicanas emergieron

---

<sup>764</sup> Estos comentarios que anotó Azaña el 1 de octubre de 1931 se encuentran en sus memorias. MERINO HERNÁNDEZ, Rosa María, *La Segunda República, una coyuntura para las mujeres españolas: Cambios y permanencias en las relaciones de género*. Tesis doctoral dirigida por Josefina Cuesta Bustillo, Universidad de Salamanca, 2016, p. 60. También se ha dicho que Campoamor cuando quiso después ingresar en Izquierda Republicana no fue aceptada en el partido por la negativa del propio Azaña.

<sup>765</sup> *Diario de las sesiones de Cortes*, 30 septiembre 1931.

voces masculinas cómplices con las demandas feministas, se puede apreciar, además, que la vena federalista fue desde un principio la más contestataria ante el estado de subalternidad padecido por la mujer. En este sentido, sorprende también que algunas de las primeras expresiones feministas en España florecieran dentro de la órbita que aglutinaba aquel federalismo con el librepensamiento y la masonería. Más tarde, en tiempos de la II República, se ha observado que ante la oportunidad de que la mujer española adquiriese definitivamente sus derechos políticos, muchos destacados republicanos dieron un paso atrás por temores seculares ante el comportamiento electoral de la población femenina. A pesar de todo, en los años de cristalización en España del republicanismo primigenio, de aquel republicanismo federal partieron, algo más adelante, un número no exiguo de anarquistas que abrazaron la idea de un futuro anticapitalista libre de la dominación masculina. El anarquismo llevará la impugnación del orden sexual vigente a un esquema reivindicativo, en muchos casos, de mayor radicalidad a partir de presupuestos ideológicos más revolucionarios.





## CAPÍTULO X

### LOS ANARQUISTAS Y LA MUJER: LA LIBERACIÓN FEMENINA EN EL PENSAMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL

*“Oswald es un paladín de la mujer. Como hombre de ahora, defiende a la mujer de ahora, pero dudo que en el fondo de su alma no sea un poco caballero andante, trovador medioeval, señor galán y aventurero, que ama y defiende a las mujeres por galantería y romanticismo, no por justicia ni por convicción”*

Federica Montseny<sup>766</sup>

La visión de la mujer dentro del anarquismo, al igual que su ideario político, sienta sus cimientos bajo una contundente y perseverante oposición a la sociedad burguesa y al catolicismo. El radicalismo de sus planteamientos anticapitalistas y de género convierte al pensamiento libertario en una corriente ideológica sumamente interesante y sugerente para su estudio. La defensa filosófica a ultranza de la libertad individual por parte del anarquismo –por encima de cualquier signo de autoridad– repercutió poderosamente en la proliferación de discursos de género casi impensables en otras ramas del pensamiento político español, sobre todo, en torno a la sexualidad, la familia o el amor.

De todos modos, la moral sexual consuetudinaria, la monogamia y la hegemonía del varón –tanto en las relaciones cotidianas de pareja, familiares o incluso en las concernientes a la lucha revolucionaria– fueron visiblemente predominantes en la cultura libertaria. Pese al carácter revolucionario del anarquismo –máxime de sus principios socioeconómicos– los valores más tradicionales en torno a la familia y las relaciones de género continuaron férreamente arraigados en la práctica común<sup>767</sup>. Con todo, por supuesto, sí se descubren excepciones “disidentes” de vivir las relaciones de

---

<sup>766</sup> MONTSENY, Federica, “Victoria”, *La Revista Blanca*, 1 marzo 1925, p. 19.

<sup>767</sup> Prueba de ello, por ejemplo, fue la poco entusiasta acogida de las tesis sobre la mujer de Federica Montseny o las resistencias machistas ante la irrupción de Mujeres Libres y otras iniciativas encabezadas por mujeres. Así se recoge, por ejemplo, en TAVERA GARCÍA, Susanna, *Federica Montseny: La indomable (1905-1994)*. Madrid, Temas de Hoy, 2005.

género entre su militancia. Estas, sin duda, fueron muy inusuales en otros espacios de militancia política.

Por ejemplo, entre las costumbres y patrones culturales alternativos, recalcaríamos el acostumbrado rechazo a contraer matrimonio, fuese eclesiástico o civil, entre militantes ácratas. Del mismo modo, la cuantiosa inserción de mujeres en las filas ácratas supone también una señal más de un cúmulo de transgresiones muy anómalas en otras coordenadas político-ideológicas. En numerosas ocasiones, las mujeres fueron aceptadas en teoría para ser compañeras de lucha, inclusive –aunque no siempre– en calidad de “iguales” a los varones. Siguiendo esta interpretación, que no excluye las evidentes y acentuadas relaciones asimétricas de poder entre los sexos, no fue casual que Federica Montseny fuese una de las primeras ministras en la historia de la Europa Occidental. Las cuotas de presencia de las mujeres en el anarquismo –pese al machismo reinante– sobresalieron por encima de lo normal en contraste con otras corrientes políticas y sociales que no tenían la fuerza del movimiento libertario en España.

Desde bien pronto, en el mundo anarquista español se hallan entre sus filas exaltaciones a la emancipación de la mujer, fuese del poder clerical, del Capitalismo o del dominio del varón. En un texto fechado en 1886, recogido en la revista *Bandera Social*, un grupúsculo mixto de mujeres y hombres, militantes ácratas, brindaron con frenesí por la Comuna de París, por Louise Michel y, por último, por la liberación del sexo femenino:

“Un grupo de menos de veinte compañeros, y a las ocho de la noche, nos reunimos en el restaurante de la calle de Barrionuevo unos ciento cincuenta anarquistas para solemnizar con un modesto banquete el 18 de marzo, fiesta universal del Proletariado militante. Terminada la comida hicieron uso de la palabra varios compañeros para brindar por las ideas revolucionarias, por la Commune de París y por la Revolución Social. También hizo uso de la palabra una compañera y una niña de diez años, cuyo brindis fue el siguiente: Brindo por Luisa Michel, por el príncipe Kropotkine y por la emancipación de la mujer. Excusado es decir que reinó el mayor entusiasmo”<sup>768</sup>.

La relativa aceptación de las mujeres y sus reclamaciones dentro de la cultura libertaria es sintomática de los aires de anhelo hacia la emancipación e igualdad social respirados en sus espacios militantes. Un caso singular es el de la pareja formada por el

---

<sup>768</sup> *Bandera Social: Semanario Anárquico-colectivista*, nº 63, 13 mayo 1886.

afamado anarcosindicalista Buenaventura Durruti y su compañera Émilienne Morin (1901-1991). Entre los y las anarquistas es bastante conocida la anécdota que se recoge en la biografía novelada de Durruti *El corto verano de la anarquía*. Hans Magnus Enzensberger, autor de la novela, durante su elaboración estuvo entrevistando a un buen número de personas cercanas al líder ácrata. La figura de Durruti siempre ha estado muy envuelta en el mito, por lo que es difícil poder esclarecer la veracidad de los testimonios que de él nos han llegado en boca de testigos incluso oculares. A continuación, reproducimos un fragmento de la novela biográfica que proyecta la imagen de un Durruti que alecciona a varios de sus seguidores sobre la idea de que los hombres, sin menoscabo de su hombría, tienen que responsabilizarse también de las tareas del hogar:

“Una tarde fuimos a visitar a Durruti y lo encontramos en la cocina. Llevaba un delantal, fregaba los platos y preparaba la cena para su hijita Collette y su mujer. El amigo con quien había ido trató de bromear: "Pero oye, Durruti, éstos son trabajos femeninos". Durruti le contestó rudamente. "Toma este ejemplo: cuando mi mujer va a trabajar yo limpio la casa, hago las camas y preparo la comida. Además, baño a la niña y la visto. Si crees que un anarquista tiene que estar metido en un bar o un café mientras su mujer trabaja, quiere decir que nos has comprendido nada"”<sup>769</sup>.

Las palabras de la propia Émilienne Morin nos aportan una mirada muy aproximada de las contradicciones entre teoría y praxis dentro de la militancia libertaria. Además, lo hacen también del perfil de Durruti, al cual su compañera lo valoraba más coherente de lo normal en comparación con otros varones ácratas:

“Durruti y yo no nos casamos nunca, por supuesto. ¿Qué se figura usted? Los anarquistas no van al registro civil” (...) “Sí, los anarquistas siempre hablaban mucho del amor libre. Pero eran españoles al fin y al cabo, y da risa cuando los españoles hablan de cosas así, porque va contra su temperamento. Repetían lo que habían leído en los libros. Los españoles nunca estuvieron a favor de la liberación de la mujer. Yo los conozco bien a fondo, por dentro y por fuera, y le aseguro que los prejuicios que les molestaban se los quitaron enseguida de encima, pero los que les convenían los conservaron cuidadosamente. ¡La mujer en casa! Esa filosofía sí les gustaba. Una vez un viejo compañero me dijo: «Sí, son muy bonitas sus teorías, pero la anarquía es una cosa y la familia es otra, así es y así será siempre». Con Durruti tuve suerte. Él no era tan atrasado como los demás. ¡Claro que él sabía también con quién estaba tratando!”<sup>770</sup>.

Efectivamente, aun cuando un nutrido número de hombres libertarios rechazaron,

---

<sup>769</sup> MAGNUS ENZENSBERGER, Hans, *El corto verano de la anarquía*. Barcelona, Anagrama, 2002, p. 113.

<sup>770</sup> *Ibidem*, p. 114.

en la teoría, la sumisión de la mujer al varón, muchos aceptaban simultáneamente criterios de diferenciación sexual. Por ejemplo, el anarco-comunista madrileño Vicente Daza y Hurtado denunció la condición de esclavitud de las mujeres<sup>771</sup>. No obstante, a la hora de idear su organigrama de sociedad futura planteaba que en dicha utopía las mujeres asumirían labores propias de su sexo<sup>772</sup>. Por otra parte, según el periodista andaluz Antonio Verdú Suárez las mujeres son “principio de toda belleza y modelo de sublimidad”<sup>773</sup>. La identificación entre belleza y feminidad fue también muy normalizada en la cultura ácrata, y más entre los hombres, tendentes a encumbrar las virtudes físicas y estéticas de las mujeres.

Otro caso parecido, en cuanto a conciliar su sensibilidad por la erradicación de las desigualdades y sus observaciones diferenciadoras entre los sexos, es el del anarquista Luis Martínez Gracia. En su escrito *Pro-reivindicación.... feminista* evidenciaba el ensañamiento de autores de la talla de Shakespeare o Cervantes con los personajes femeninos<sup>774</sup>. Observó que en los clásicos de la literatura hay una cuantía innumerable de pasajes que buscan realzar, de manera injusta y prejuiciosa, supuestas maldades e imperfecciones inherentes a la psicología de la mujer.

Para el autor no existía “desigualdad alguna entre la estructura cerebral”, ni “en las células nerviosas entre ambos sexos”. La razón fundamental por la que se las negaba iguales derechos que a los hombres se resumía en el hecho de que las leyes estaban elaboradas por los varones, las cuales relegaban a la mujer a la ignorancia y a una educación ceñida al “hornillo, la escoba” y la frivolidad<sup>775</sup>. Así pues, en esta conferencia –publicada bajo este nombre, *Pro-reivindicación feminista...*– Martínez Gracia aconsejaba, a las allí presentes, reclamar un puesto en condiciones parejas con el sexo masculino, pero sin desviarse del camino de la feminidad:

---

<sup>771</sup> Vicente Daza y Hurtado, obrero y zapatero, abrió una escuela laica gratuita para niños. Fue detenido en 1906 por relacionarse con el atentado perpetrado por Mateo Morral contra Alfonso XIII.

<sup>772</sup> ÁLVAREZ JUNCO, A., *La ideología política...*, op. cit., p. 287. Véase DAZA Y HURTADO, Vicente, “Lo que debe ser el trabajo de las mujeres y los niños”, *La Revista Blanca*, 1 julio 1900, pp. 29-32.

<sup>773</sup> De Antonio Verdú Suárez véase VERDÚ SUÁREZ, Antonio, *La mujer*. Córdoba, Renovación, 1925. El onubense Verdú Suárez fue director de *El Retablo*, propietario de un semanario republicano cordobés llamado *Ágora* y, previamente, redactor de *El Sur*.

<sup>774</sup> MARTÍNEZ GRACIA, Luis, *Pro-reivindicación feminista*. Zaragoza, Tip. de Mariano G. Capapé, 1921.

<sup>775</sup> Pedía que a la mujer se la ofreciera “instrucción igualmente sólida –según las particulares aptitudes– que al hombre”. *Ibidem*, p. 24-25.

“Alza tu gentil cabeza, yergue tu noble frente y considérate igual al hombre, porque iguales derechos te son debidos” (...) “te animo y te aliento... para que no pierdas la fe en tu reivindicación. No pretendas ser más, porque sería presunción injusta, pero tampoco te conformes con ser menos que el hombre, porque es servilismo. Igual el uno y el otro, atendiendo siempre a las respectivas aptitudes y cualidades que Natura señalara a cada sexo...”<sup>776</sup>.

Asimismo, en el discurso libertario, a la mujer se la caracterizaba muy repetidamente como “la rebelde absoluta” o “el más oprimido de los seres”<sup>777</sup>. La conciencia de que el sexo femenino vivía encadenado, tanto al capital como al “dominio masculino”, coexistía con el hecho de que en la militancia masculina libertaria concebían la idea de que la mujer debía de ubicarse políticamente en un plano secundario y bien definido: el de ser compañera del hombre en la revolución, limitarse casi exclusivamente a la procreación y educación de futuros revolucionarios.

En una de sus novelas ideales, Federica Montseny, ilustraba sin tapujos estas contradicciones de los correligionarios anarquistas entre la retórica revolucionaria en favor de la libertad femenina y la práctica en la esfera de convivencia diaria con sus compañeras. En boca de uno de los personajes literarios de dichas novelas, Clara, una maestra racionalista ennoviada con un militante ácrata, se indignaba en los siguientes términos:

“—¡Ah! ¡Comprendo, comprendo por fin!— dijo la joven [Clara a Roberto] con amargura— Es esta vida mía, sin preocupación alguna, libre y personal lo que le asusta. Quiere usted una mujer que sea de usted y para usted, no de ella y para ella” (...) “Lo que no me explico es que sea usted el luchador de un ideal igualitario, que proclama la emancipación de la mujer, el que se asuste ante la vida independiente de una, emancipada de todas las tutelas y prejuicios” (...) “aconsejándola que rompa las cadenas y ocupe al lado del hombre el lugar que le pertenece, asustados ante una mujer que no hace más que poner en práctica” (...) “las ideas que ellos propagan! ¡Emancipemos a la mujer!! gritan en todas partes, a todas horas, desde todos los puntos de vista, ¡Emancipémosla, pero en el hogar ajeno! ¡En el nuestro, una mujer sumisa, obediente, débil a la que se puede dominar”<sup>778</sup>.

---

<sup>776</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>777</sup> Véase ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política...*, op. cit., p. 288-289.

<sup>778</sup> Citado en GONZÁLEZ DE SANDE, Estela y CRUZADO RODRÍGUEZ, Ángeles (Eds.), op. cit., p. 140.

## 10.1 - Feminismo y anticlericalismo ácrata

A colación de las primigenias conexiones entre el federalismo y el incipiente movimiento libertario, otro de aquellos hombres sensibles a las injusticias que las mujeres sufrían fue el federalista José Francisco Prat (1867-1932). Este sindicalista catalán, hacia el año 1890, se convirtió al anarquismo y ejerció de administrador de La Escuela Moderna de Francisco Ferrer i Guardia. Prat, por consiguiente, se alejó en varios aspectos de la visión dominante sobre la mujer. Del mismo modo, el librepensador Cristóbal Litrán Canet (1860-1926) –también defensor de los derechos de las mujeres– llevó a cabo el viraje ideológico del republicanismo federal al anarquismo. Y al igual que su compañero Prat, casualmente, en su caso Litrán fue secretario personal de Ferrer i Guardia. Ante estas coincidencias y conexiones se aprecian vínculos evidentes entre el anticlericalismo del primer anarquismo y el del republicanismo federal, cuyos puntos en común también se trasladaron a las propuestas políticas referentes a la situación social de la mujer.

Cristóbal Litrán y José Prat sistematizaron de manera extensa su crítica al trato degradante y sumiso que el catolicismo infligía a las mujeres. Litrán escribió un pequeño libro titulado *La mujer en el cristianismo* (1892), un texto que tuvo honda influencia en los círculos libertarios españoles<sup>779</sup>. En sus páginas se acumulaban, según un procedimiento clásico, las citas de los Santos Padres que denostaban al sexo femenino. La tesis principal de Litrán se basaba en que el catolicismo anulaba la autonomía individual de la mujer, convirtiéndola con su retórica en personificación del mal y la perversión.

Durante años, Litrán y Prat, junto a Odón de Buen y del Cos, recorrieron España pronunciando charlas en diversos centros obreros, ateneos republicanos y librepensadores. A tenor de su gira se gestó la elaboración del mencionado libro *La mujer en el cristianismo*. Litrán, como otros y otras anarquistas de entonces, reconocía que la subyugación a la que estaban sometidas las mujeres era superior a la soportada por los varones bajo el régimen de explotación capitalista. A ello se sumaba, en el caso

---

<sup>779</sup> Fue además cofundador de la obediencia masónica Gran Logia Simbólica Regional Catalana Balear en 1886. El libro citado fue prologado, como se verá, por el también librepensador Odón del Buen y del Cos. LITRÁN, Cristóbal, *La mujer en el cristianismo*. Barcelona, Tip. La Academia, 1892.

de la mujer, el dogmatismo religioso que la postraba moral e intelectualmente. Por esta razón, Litrán advertía a los obreros que “su campaña será incompleta y además egoísta si no luchan por redimir a la mujer con más urgencia y más energía, si cabe, que por la propia redención” de la dominación burguesa<sup>780</sup>.

Este periodista almeriense aconsejaba que la lucha por la liberación de la mujer debía de ser empujada por los hombres. En este aspecto lo que se aprecia es un talante paternalista, propensión inherente a la identidad masculina tradicional. Asimismo, Litrán creía que en la nueva sociedad las mujeres no debían ser excluidas de la esfera pública. Sin embargo, el lugar por excelencia de las mujeres debía seguir residiendo en el hogar: “Arrancar a la mujer de la falsa senda en la que la han lanzado los prejuicios religiosos transfundidos en las costumbres, reintegrarla al hogar y al sacerdocio sublime de la maternidad, es obra de sana política”<sup>781</sup>.

Por otro lado, su compañero José Prat fue uno de los precursores del anarcosindicalismo español y del neomalthusianismo libertario. Asimismo, fue un prolífico periodista (director de la revista *Natura*) y traductor de decenas de artículos y libros de Jean Grave, Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Pietro Gori, Sebastián Faure o Luigi Fabbri, algunos de ellos vehementes simpatizantes de la emancipación de la mujer<sup>782</sup>. Prat denunciaba, en concordancia con estas autoras y autores, que la mujer al casarse perdía la mayoría de sus derechos legales, mientras el marido adquiriría inmediatamente el poder de administrar sus bienes. Esta subordinación se hacía explícita cuando identificaba a la mujer como “esclava de un esclavo”, que más que reclamar derechos vivía sumida en innumerables deberes que la dañaban física y moralmente:

“El cura la domina, el padre manda en ella, el hermano hácela objeto de sus burlas, el marido la maltrata, la ley no la protege (...) y toda su vida de pajarillo enjaulado transcurre entre sumisiones y obediencias, respetos y humillaciones, risas forzadas y mimos empalagosos”<sup>783</sup>.

En otras palabras, José Prat consideraba que “el atraso cultural de las mujeres”

---

<sup>780</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>781</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>782</sup> También acometió la tarea de traducir *Feminismo Racional* (1911), escrito por la neomalthusiana y anarcofeminista argentina Alejandra David.

<sup>783</sup> NASH, Mary, *Mujer, trabajo y familia (1875-1936)*. Barcelona, Anthropos, 1983, p. 81.

resultaba ser “efecto del abandono” del hombre y de la sociedad. Por lo tanto, “la naturaleza no tiene nada que ver con ello” porque “el hombre la mantuvo en esta inferioridad, privándole de todos los derechos que para sí mismo iba conquistando gradualmente”<sup>784</sup>. En su mención a las mujeres de clase alta, observaba que generalmente tampoco estaban lo suficientemente formadas. En su opinión, su único objetivo era “brillar en los salones de contratación de matrimonios” en interés de convertirse en “un simple objeto de lujo con derechos muy restringidos”<sup>785</sup>. No obstante, Prat condenó con mayor contundencia aún las penosas e indignas condiciones laborales de las obreras:

“Y he aquí otra de las reivindicaciones que debería perseguir el Sindicalismo: la unificación de los salarios (...) para ambos sexos” (...) “¿Ha de tener forzosamente menos necesidades una mujer que un hombre?” (...) “La unificación de los salarios de la mujer y del hombre, permitiría a la primera emanciparse en el seno del hogar, no estaría económicamente sujeta al padre o al marido (...). Además, la unificación de los salarios evitaría la competencia obrera. Los obreros se la hacen mutuamente, y la mujer y el niño la hacen a los hombres de modo enorme. El Capitalismo es el único que sale beneficiado, porque efectúa una doble explotación: la que permite el hecho de tener asalariados y la que le permite el hecho de esta competencia entre asalariados”<sup>786</sup>.

De igual forma que reclamaba la equiparación salarial Prat no se olvidaba de la mujer prostituida. Identificaba a la prostitución como la consecuencia directa de una organización social injusta y arreglada a los intereses de la clase burguesa. Su origen radicaba en la feminización de la pobreza y en los gustos insaciables de los varones burgueses y de clase alta. A comienzos de siglo, Prat inició la ya antedicha campaña de carácter proselitista con el fin de hacer un masivo llamamiento a las mujeres para ingresar en el movimiento anarquista. En este caso, no lo hizo bajo la idea de incorporar a las mujeres en un sentido por el cual adquiriesen una participación activa y plena en la lucha social, sino para pedirles que adoptasen “una actitud más comprensiva en la lucha que llevaban adelante los hombres”<sup>787</sup>.

Por otra parte, entre los alegatos anticlericales libertarios se evidencia una crítica recurrente al hecho de que la mujer tuviera que cumplir, con mayor severidad que los

---

<sup>784</sup> *Ibidem*.

<sup>785</sup> Véase estas referencias en el discurso PRAT, José, “A las mujeres” (Conferencia leída en el “Centro Obrero” de Barcelona los días 18 y 24 de octubre de 1903), Barcelona, Biblioteca Juventud Libertaria, 1904.

<sup>786</sup> PRAT, José, *El sindicalismo*. Barcelona, Edición de El Combate Sindicalista, 1974, p. 25-26.

<sup>787</sup> *Ibidem*, p. 28.



varones, con normas sociales relativas a sus conductas sexuales. La denuncia a dicha hipocresía social anclada, desde la visión ácrata, en los valores burgueses y del catolicismo estuvo hondamente presente en aquel imaginario anticlerical. El periodista ácrata Julio Camba Andreu (1882-1962) fue uno de los que manejó este tipo de argumentos. A efectos discursivos y retóricos, en algunos militantes, como se ejemplifica en Camba, se confundían en muchas ocasiones el “feminismo” con el anticlericalismo<sup>788</sup>. En términos equivalentes a los de otros camaradas Camba exclamaba lo siguiente: “Sobre el cerebro de la mujer pesa veinte siglos de cristianismo” (...) “la religión impuso a la mujer el deber de ser obediente, pasiva, humilde, resignada; sojuzgola a la coyunda masculina por medio del matrimonio (...) con su doctrina puerca y asquerosa. La religión ha utilizado a la mujer como instrumento de dominio”<sup>789</sup>.

Camba en este texto además invitaba a respetar que las mujeres reclamasen sus legítimos derechos: “Hace falta, repetimos, que la mujer vindique sus derechos, pues de otro modo la Humanidad nunca podrá ser libre”<sup>790</sup>. Asimismo, puso mucho énfasis en la idea de que la mujer era un ser inferior tal como lo acostumbraban a afirmar multitud de pesadores y científicos a los que tachaba de “misóginos”:

“¿Inferior la mujer? ¿Débil? ¿Vanidosa? No. Inferiorizada, debilitada, infatuada más bien. La mujer es una víctima del hombre, de la ignorancia del hombre, del medio que el hombre le impuso para su desarrollo. Si la mujer hubiera podido poner en funciones todos sus órganos, hallaríase hoy a nuestra misma altura, es indudable, pero relegada a una condición mezquina, sujeta a tareas en las que el cerebro y los músculos no intervienen apenas, se hizo débil, física e intelectualmente”<sup>791</sup>.

Julio Camba, pasados unos años, llegó a adherirse al bando franquista, para convertirse después en articulista del periódico ABC. Este drástico viaje ideológico se acompañaba con el de sus opiniones sobre la mujer, las cuales evolucionaron hacia la misoginia y el machismo más contundente. El ejemplo de Camba no debiera de albergar

---

<sup>788</sup> A la edad de trece años se escapó de casa y como polizón embarcó en un barco hacia Argentina, donde formó parte de círculos anarquistas. En 1902 fue expulsado de Argentina junto con otros por organizar huelgas en Buenos Aires. Ya en España fue redactor del periódico libertario *Rebelde* de Madrid, en el que colaboraron personalidades tales como la anarcofeminista Teresa Claramunt o José Prat.

<sup>789</sup> CAMBA, Julio, “Sobre la emancipación de la mujer”, *La Revista Blanca*, 15 agosto 1903. Citado también en ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política...*, op. cit.

<sup>790</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>791</sup> *Ibidem*, p. 100.

la tentativa de sostener una supuesta ligazón indisociable entre anarquismo y feminismo, nada más lejos de la realidad. Pero sí la de constatar que, en numerosas ocasiones, pensamiento político y discurso de género adquieren una simbiosis, pues la ideología condiciona la concepción de las relaciones humanas, en la que se incluye, por supuesto, las de ambos sexos.

Muchos militantes libertarios adquirieron conciencia “feminista” a raíz de las influencias recibidas de otros países, pero sobre todo de sus amigas, compañeras de organización, de sindicato, y/o sentimentales. Fueron mujeres como Guillermina Rojas, Teresa Claramunt, Antonia Maymón, Federica Montseny, Lucía Sánchez Saornil, Teresa Mañé, Lola Iturbe, Trinidad Urien o la agrupación Mujeres Libres –liderada por las militantes de la talla de Concha Liaño, Mercedes Comaposada o Amparo Poch Gascón– las que fundaron las bases del feminismo libertario español. Ellas, por este motivo, influyeron inevitablemente en sus compañeros, sobre todo en los más receptivos al mensaje feminista.

“Padres” y “madres” espirituales del movimiento libertario, escribieron y reflexionaron hondamente acerca de las desigualdades entre los sexos y muy especialmente, como estamos observando en este subcapítulo dedicado al anticlericalismo libertario, en torno los resortes represivos que la religión imponía sobre la mujer: Mijail Bakunin, Kropotkin, Enrico Malatesta, Emile Armand o Sebastian Faure son de los más conocidos. Por otra parte, entre ellas, más comprometidas y activas, algunas de las más influyentes y notorias a nivel internacional fueron Emma Goldman o Louise Mitchell. La conciencia feminista de muchas anarquistas españolas, pero también de hombres que ocupan su lugar en la presente investigación, se nutrió gracias a las lecturas de estos/as referentes. Algunos militantes libertarios, como los citados José Prat o Cristóbal Litrán, mantuvieron con mayor o menor grado sus posicionamientos igualitarios y anticlericales adquiridos por su anticlericalismo y por el influjo de sus referentes ideológicos. Mientras, otros los abandonaron por variadas circunstancias.

El mismo Julio Camba ejemplifica perfectamente esta evolución. Fustigador en su juventud de la misoginia de Schopenhauer, a la altura de los años 20 acabó oponiéndose frontalmente al sufragio femenino. En sus escritos en ABC consideró urgente que el

bando nacional acabase con la ley de divorcio republicana. Advertía que “con las mujeres no debía de emplearse nunca el lenguaje de la razón”<sup>792</sup>. Ya con anterioridad, rotundamente alejado de su sentir “feminista” y anticlerical de sus inicios, Camba dejó constancia de su punto de vista acerca de las mujeres y su relación con la religión: “Los sentimientos religiosos son sentimientos de mujer”, porque “sin ellos la mujer no sería verdaderamente femenina”. En el mismo artículo, supuso natural la incompatibilidad entre política y feminidad: “La política, en cambio, es cosa de hombres. (...) la política española es bastante aburrida (...) los mismos articulistas políticos tendrían que adoptar un estilo algo más ameno el día en que nuestra política pudiera comentarse en presencia de señoras”<sup>793</sup>.

En su libro de 1928, titulado *Sobre casi todo*, ya dejaba patente sus recelos a propósito de los avances que las mujeres estaban conquistando: “Pues a mí no es que me gusten las mujeres muy emancipadas que digamos; pero, la verdad, los principios feministas no les sientan nada mal a nuestras pequeñas madrileñas. Por ahí va una”<sup>794</sup>. Su hostilidad fue muy acusada, ya que estas opiniones misóginas y machistas contrastaban con las de su etapa anarquista, que sin ser definitivamente feministas, en dicho periodo su discurso denunciaba, al menos, la subyugación religiosa y económica sobre la mujer<sup>795</sup>. Sin embargo, al igual que una gran parte de los pensadores libertarios, dicha perspectiva sobre la liberación de la mujer, pudiera servir a Camba como un mero refuerzo retórico para armar sus diatribas anticlericales.

Sobre los miedos masculinos a los avances de las mujeres, son un buen ejemplo las observaciones también del propio Julio Camba. El periodista gallego plasmó en sus artículos de viaje alrededor de EEUU su parecer acerca de las “american girls”. Sobre esta nueva mujer moderna, ironizaba, hasta una extraordinaria exageración, que en aquel tiempo “echarle un piropo a una mujer puede costarle a uno en los Estados Unidos

---

<sup>792</sup> Extraído de NUÑO LANGA, Concha, *De cómo se improvisó el franquismo durante la Guerra Civil: La aportación del ABC en Sevilla*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2007, p. 664.

<sup>793</sup> CAMBA, Julio, *La rana viajera*. Madrid, Espasa-Calpe, 1920, p. 26.

<sup>794</sup> CAMBA, Julio, *Sobre casi todo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1928, p. 27.

<sup>795</sup> Carmen de Burgos en sus memorias recordaba un artículo de Julio Camba. El ex propagandista libertario calificaba a las mujeres escritoras de “estafermos”, sin “pantorrillas, ni culo, ni tetas, ni ná”. UTRERA, Federico, *Memorias de Colombine, la primera periodista*. Madrid, Ediciones HMR Hijos de Muley-Rubio, 1998, p. 81.

o la ruina, o la cárcel”, o incluso “hasta el matrimonio”<sup>796</sup>. La renuncia a este privilegio que los hombres ostentan sobre el cuerpo de las mujeres no fue bien digerida por el autor. Camba caía en la hipocresía que él mismo reprochaba antaño de la cultura burguesa. De este novedoso concepto de mujer norteamericana únicamente aplaudía su liberalidad sexual. Apreciaba con entusiasmo acaso la mayor disponibilidad de la mujer americana a exhibir sus “encantos”. Según esta visión cosificadora masculina, la mujer acababa constituyéndose en un bello objeto de contemplación y conquista.

A este respecto, dentro del mundo libertario se fue extendiendo la idea de que la burguesía y el orden capitalista convertían a la mujer en un objeto sexual y decorativo para el hombre. Desde esta cosmovisión anticlerical, además, la Iglesia habría sido la encargada de levantar un régimen moral sexualmente represivo contra el sexo femenino. Así lo aseguraba el pedagogo libertario Joan Mir i Mir (1871-1930) en *El Porvenir del Obrero*:

“Las reglas de la moral en teoría obligan igualmente a los dos sexos. ¿Hombre y mujer deben ir al matrimonio completamente vírgenes? Hablad de su virginidad a cualquier soltero de 20 años y veréis lo que os contesta. En cambio la mujer no sólo se le exige la virginidad material, sino que cualquier desliz, un poco de libertad en su lenguaje o en sus maneras, una duda que haya nacido de la calumnia, ya es bastante como para que no se la considere como mujer honrada y para que su matrimonio sea muy difícil, hasta imposible con un hombre que tenga respecto del honor la opinión reinante”<sup>797</sup>.

La vida de Joan Mir i Mir estuvo marcada por el activismo anarco-sindicalista, por su afinidad masónica y por su vasta labor pedagógica<sup>798</sup>. Fue director de la Agrupación Germinal, incansable articulista y artífice de escuelas racionalistas. Durante su juventud sostuvo una desaforada defensa del integrismo católico, comenzando a frecuentar al poco tiempo espacios de sociabilidad espiritistas. Pronto renunció a su fe para tornar a un pensamiento duramente anticlerical. A partir de 1898 comenzó a escribir en *El Porvenir del Obrero* (del que fuera director durante un tiempo) y a cartearse con personalidades tales como Pablo Iglesias o Hermenegildo Giner de los

---

<sup>796</sup> CAMBA, Julio, *Obras completas de Julio Camba*. Tomo I, Buenos aires, Plus-Ultra, 1948, p. 376.

<sup>797</sup> Extraído de LITVAK, Lily, *Musa libertaria: Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español, 1880-1913*. Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001, p. 117.

<sup>798</sup> En 1892 mantuvo un duelo con pistola sin consecuencias dramáticas con Josep Mercadal. Comportamiento muy propio de la masculinidad tradicional decimonónica: la defensa del honor a través de la violencia. Véase sobre el personaje y su vida PORTELLA COLL, Josep, “Joan Mir i Mir. Obra anarquista 1898-1915”, *Revista de Menorca*, 1988, pp. 101-225.

Ríos. Con este último entabló contacto epistolar con la intención mutua de fundar una escuela integral, aunque finalmente no se consiguiese materializar.

En 1908, el escritor mahonés, cofundó la Escola Racionalista de Alaior. Pero antes, en 1902, participó en la constitución de la Escuela Laica de la Sociedad Progresiva Femenina de Mahón. Estas sociedades progresivas provenían del impulso de la feminista librepensadora Ángeles López de Ayala. Un año antes, Joan Mir i Mir, en 1901, marchó una temporada a Barcelona para visitar la Escuela Moderna de su amigo Francesc Ferrer i Guardia.

## **10.2 - Francesc Ferrer i Guardia: La coeducación de los sexos en la Escuela Moderna**

Como bien se conoce, en materia educativa, el anarquismo español también presentó propuestas y acciones en oposición al sistema económico y social vigente. Entre las filas del anarquismo existía un consenso compartido sobre la equivalente valía intelectual de ambos sexos y sobre la necesidad de que la mujer tuviera el derecho a instruirse en las mismas condiciones que los varones. Sin embargo, no todos y todas se pronunciaron abiertamente favorables a la coeducación y a la implantación de escuelas mixtas.

En todo caso, la figura por excelencia en materia coeducativa fue Francesc Ferrer i Guardia. Su proyecto racionalista e integral de instrucción fue francamente innovador, tal y como lo ha estimado un amplio catálogo de incursiones biográficas sobre su figura y de estudios sobre la Escuela Moderna. El pedagogo libertario planteaba la coeducación como una de las vías en aras de lograr que la mujer superase su grave situación. Decidió en 1901 poner en práctica sus ideas. Fundó la primera de sus escuelas, con doce chicas y 18 chicos, la cual en años sucesivos llegaría a sumar 51 chicas y 63 chicos<sup>799</sup>.

Su proyecto pedagógico, base de una gran parte de las escuelas obreras y racionalistas futuras, se sustentaba en la laicidad, la interacción estrecha del alumnado con el medio natural y social, la educación integral –por la cual se combinaba el

---

<sup>799</sup> Datos recogidos en el segundo número del *Boletín de la Escuela Moderna*.

aprendizaje intelectual con el manual—, la libertad de pensamiento y la coeducación de sexos y de clases sociales. Ferrer i Guardia revelaba así el objetivo de su plan coeducativo: “La coeducación tenía para mí una importancia capitalísima, era, no sólo una circunstancia indispensable para la realización del ideal que considero como resultado de la enseñanza racionalista, sino como el ideal mismo”<sup>800</sup>.

En su escuela convivía alumnado de clase trabajadora con alumnas y alumnos de familias librepensadoras acomodadas. Según su punto de vista, la extensión de un sistema de instrucción de niños y niñas de grupos sociales distintos acabaría con la sociedad de clases. El carácter vanguardista de la escuela de Ferrer i Guardia contrastaba con el modelo escolar compartido por la Iglesia Católica y las capas sociales más conservadoras. Existía en la opinión pública de aquel tiempo una temerosa asociación entre “promiscuidad sexual” y escuela mixta. El concepto segregado era, en razón a ello, el normalizado y predominante en las ciudades.

Es significativo que Francesc Ferrer i Guardia mantuviera una amistad duradera con Ángeles López de Ayala —una de las feministas librepensadoras españolas más relevantes— y que su concepto educativo fuera inspirado por el pedagogo anarquista Paul Robin (1837-1912)<sup>801</sup>. Robin instauró en sus escuelas de Francia la coeducación de niños y niñas. Asimismo, fundó uno de los primeros centros dispensarios de anticonceptivos que se conocen en Europa. El libertario francés fue referente en el movimiento pedagógico de la “Escuela Nueva”. Ferrer i Guardia no fue ajeno a la influencia de las nuevas pedagogías, impregnándose de sus innovadoras metodologías.

El pedagogo catalán y quienes con posterioridad han estudiado la educación en la Restauración han subrayado que, a pesar de la fobia o repulsa social que generaba la convivencia de niñas y niños en las aulas, las experiencias educativas mixtas en la España de la época se daban de facto. En el entorno rural, por imperio de necesidad, una maestra, muy frecuentemente, enseñaba en el mismo aula las primeras letras a un alumnado de ambos sexos. Ya era complicado, en muchas zonas de España, que un

---

<sup>800</sup> FERRER I GUARDIA, Francesc, *La Escuela Moderna*. Barcelona, Tusquets, 2002, p. 102.

<sup>801</sup> Bakuninista y neomalthusiano fue un enérgico partidario de la liberación de la mujer y de la maternidad libre. En 1889 creó en uno de los primeros centros de planificación familiar, donde se informaba y se expedían anticonceptivos. Robin fundó en 1896 la Liga de la Regeneración Humana, en la que ingresó otro defensor de la liberación de la mujer, el anarquista Sebastian Fraure.

municipio tuviera por lo menos un centro educativo. Debido a lo cual, el régimen de escuela mixta o era desconocido en la ciudad o se repudiaba en razón de los prejuicios más extendidos. Ferrer i Guardia relataba su cautelosa y precavida forma de obrar para no levantar escándalos, en su pretensión de convencer a las familias de la idoneidad de no segregar por sexos en las aulas:

“Me guardé bien de propagar públicamente mi propósito, reservándome hacerlo privada e individualmente. A toda persona que solicitaba la inscripción de un alumno le pedía alumnas, si tenía niñas en su familia, siendo necesario exponer a cada uno, las razones que abonan la coeducación, y aunque el trabajo era pesado, resultó fructífero”. (...) “Anunciado públicamente hubiera suscitado mil preocupaciones, se hubiera discutido en la prensa, los convencionalismos y el temor al qué dirán” (...) “si no destruido por completo, el propósito hubiera sido de realización difícilísima”<sup>802</sup>.

En el segundo número del *Boletín de la Escuela Moderna* Ferrer i Guardia constataba la eficacia de la enseñanza mixta y la necesidad de que las niñas tuvieran una educación de igual calidad y contenidos a la de sus compañeros. Aseguraba que su avance e implantación en otros países europeos era una prueba incontestable de su éxito:

“La enseñanza mixta penetra en todos los pueblos cultos. En muchos, hace tiempo que se recogen sus óptimos resultados” (...) “El propósito de la enseñanza de referencia, es que los niños de ambos sexos tengan idéntica educación; que por semejante manera desenvuelvan la inteligencia, purifiquen el corazón y templen sus voluntades; que la humanidad femenina y masculina se compenetren, desde la infancia, llegando a ser la mujer, no de nombre, sino en realidad de verdad, la compañera del hombre”<sup>803</sup>.

A juicio del librepensador catalán, la mujer no conseguiría ser realmente compañera del varón bajo el régimen masculino que la dominaba. O mejor dicho, según sus propias palabras, el compañerismo –al que se aludía con tanta asiduidad dentro de la cultura ácrata– no podía forjarse por vía de “palabras huecas, vacías de sentido, sin trascendencia efectiva y racional en la vida” (...), “porque lo que se ve y se palpa en las iglesias cristianas, y en la ortodoxia católica en especial, es lo contrario de todo en todo a semejante compañerismo”<sup>804</sup>. Advertía que uno de los frenos que más condicionaban esta compenetración fraternal entre los sexos era la institución eclesiástica:

---

<sup>802</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>803</sup> *Ibidem*.

<sup>804</sup> *Ibidem*.

“Dígalo, si no, una mujer cristiana, de gran corazón, que rebosando sinceridad, no hace mucho se quejaba amargamente a su iglesia por el rebajamiento moral que sufría su sexo en el seno de la comunión de sus fieles: Atrevimiento impío sería que el templo osara aspirar la mujer a la categoría del último sacristán”<sup>805</sup>.

Ferrer i Guardia también participaba de la visión anticlerical compartida dentro de la cultura libertaria. Desde este consenso, se condenaba el hecho de que dentro de la Iglesia Católica la mujer viviera relegada a un papel secundario, sin opción a ostentar ningún cargo o status de responsabilidad. Su lugar quedaba reducido a la resignación de ser temerosas y serviciales feligresas. Ante esta realidad, Ferrer i Guardia indicaba que “padecería ceguera de inteligencia quien no viese que, bajo la inspiración del sentido cristiano, están las cosas, respecto al problema de la mujer, en el mismo ser y estado que lo dejara la Historia Antigua: o quizás peor”. A continuación, advirtió de las consecuencias del dominio masculino sobre la mujer y declaró su deseo de que se liberase de su yugo:

“Lo que palpita, lo que vive por todas partes en nuestras sociedades cristianas como fruto y término de la evolución patriarcal, es la mujer no perteneciéndose a sí misma, siendo ni más ni menos que un adjetivo del hombre, atado continuamente al poste de su dominio absoluto, a veces... con cadenas de oro. El hombre la ha convertido en perpetua menor. Una vez mutilada (...) o la oprime y le impone silencio, o la trata como niño mimado... a gusto del antojadizo señor” (...) “Si parece que asoma para ella la aurora del nuevo día, si de algún tiempo a esta parte acentúa su albedrío y recaba partículas de independencia, si de esclava va pasando, siquiera con lentitud irritable, a la categoría de pupila atendida, débelo al espíritu redentor de la ciencia que se impone a las costumbres de los pueblos y a los propósitos de los gobernantes sociales” (...) “La mujer no debe estar recluida en el hogar. Su radio de acción debe dilatarse más de las paredes de su casa y debería alcanzar a donde llega y termina la sociedad”<sup>806</sup>.

### **10.3 - Amor libre, familia y propiedad privada**

Otro temprano valedor de la emancipación de la mujer fue Teobaldo Nieva Aguiar (1834-1894), bohemio, anarquista y librepensador. Durante su etapa federalista colaboró en revistas tales como *Anuario republicano federal*, para acabar años después abrazando el anarco-colectivismo. Destacó por ser uno de los más persistentes activistas en los primeros arranques del obrerismo catalán, así como por ser un escritor particularmente prolífico en revistas libertarias y librepensadoras<sup>807</sup>. Teobaldo Nieva murió en la

---

<sup>805</sup> *Ibidem*.

<sup>806</sup> *Ibidem*, p. 103.

<sup>807</sup> Comenzó embarcándose en una efímera aventura editorial con la creación de un periódico satírico



miseria, apartado del anarquismo durante sus últimos años<sup>808</sup>. Desgraciadamente, no tuvo una vida fácil. En *Iluminaciones en la sombra* el escritor Alejandro Sawa nos lo cuenta:

“Llevó una existencia atormentada (...). Su padre, que fue general y amigo de Espronceda, contrajo nupcias en Lisboa con la que había de ser madre del anarquista, sin otra poderosa razón de amor que la de ganar una apuesta entre amigos. Luego abandonó a la mujer. Pero el nardo dio su flor... y Teobaldo Nieva vino al mundo huérfano de padre sin haberlo perdido, gustando desde el primer vagido del nacer una leche agriada por la humillación y el dolor”<sup>809</sup>.

De mayor interés para este trabajo es su texto dirigido a las trabajadoras de fábricas de tejidos, que vio la luz en 1870 en las páginas de *La Solidaridad*. Un precoz alegato en favor de la mujer de clase trabajadora<sup>810</sup>. El lugar de la mujer a ocupar en el porvenir no debía conjugarse al que le confinaba Joseph Proudhon. En este sentido, Nieva se opuso a las tesis de la inferioridad femenina del que fuera considerado padre del anarquismo.

Sus críticas a la familia burguesa y al clero católico fueron feroces. Fue uno de los primeros en describir las consecuencias que para la mujer tenía la estructura económica por su papel en la conformación de un modelo familiar opresivo. Según Nieva, se trataba de un sistema de familia radicado en la propiedad y en el autoritarismo

---

titulado *Las Escobas*, el cual él mismo redactaba, dirigía, e incluso voceaba y repartía por las calles. Cofundó la revista *Acracia* y colaboró en publicaciones al amparo de la FRE de la AIT, entre ellas *La Federación*, *La Solidaridad*, *Bandera Social* o *El Productor*.

<sup>808</sup> Consúltese BARCK, Ernesto, *Filosofía del placer*. Madrid, Biblioteca Germinal, 1907, p. 119. Relativo a su figura puede consultarse MORALES MUÑOZ, Manuel, Málaga. *La memoria perdida. Los primeros militantes obreros*. Edición de publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1989, pp. 67-81. El bohemio y escritor Alejandro Sawa describió la extrema pobreza en la que vivía Nieva, quien “escribía muchas veces sobre las rodillas por carecer de mesa”. Pese a que el puritanismo y ascetismo en las costumbres fue muy característico entre anarquistas, los había también como Teobaldo Nieva, de vida bastante “desordenada”. Nos ha quedado una divertida anécdota que nos resistimos a omitir: “Cierta vez, los compañeros le encontraron de madrugada, vestido de etiqueta, de frac y chistera, en lamentable estado de embriaguez. Le reprendieron amistosamente, contestando él: “Pero, ¿no veis, tontos, que estoy poniendo en ridículo a la burguesía?”. Citado por LIDIA, Palmiro, “Evocando el pasado”, *La Revista Blanca*, vol. V, serie de artículos publicados entre el 15 de julio y el 15 de septiembre de 1927.

<sup>809</sup> SAWA, Alejandro, *Iluminaciones en la sombra*. Madrid, Nórdica Libros, 2013, p. 74.

<sup>810</sup> NIEVA, Teobaldo, “A las obreras mallorquinas y de Madrid de la Internacional de Trabajadores”, *La Solidaridad*, 28 mayo 1870 y también NIEVA, Teobaldo, “¡Ecce Mulier! Dedicado a las trabajadoras de la Internacional”, 19 y 26 noviembre y 3 diciembre 1870. Este texto fue presentado y galardonado en 1884 en el I Certamen Socialista Español. Un análisis de este mismo texto MORALES MUÑOZ, Manuel, “Sobre un discurso de Teobaldo Nieva a las trabajadoras de la Internacional” en VARA MIRANDA, María Jesús y MAQUIEIRA D'ANGELO, Virginia (Coords.), *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*. Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1996, pp. 289-300.

masculino. A su modo de ver, la “unión sexual” debía de fundamentarse en el amor libre entre hombre y mujer, seres complementarios pero libres e iguales en aptitudes y deseos de libertad. Nieva aducía que “la familia es no sólo base y complemento del orden social, sino consecuencia variable o modificable del orden económico”. Inevitablemente, para Nieva, “las realidades de éste, que son indudablemente las que han de cambiar aquélla” deberían ajustarse a “la libertad que los individuos quieran y necesiten en equilibrio con los derechos de la mujer”. Eso sí, siempre garantizando “la salvación de la progenitura, objeto primordial de la unión sexual en la naturaleza”. En otras palabras, para Nieva la liberación de la mujer debía de armonizarse con su capacidad procreadora. No obstante, era consciente del estado de injusticia que las mujeres soportaban en la familia y el matrimonio:

“Mientras la mujer esté en lo general atendida a que el hombre provea a todas sus necesidades, será siempre su pupila, estará siempre a él supeditada, y la unión de los dos sexos, a más de cimentarse en el interés y en el cálculo, (...) será en el fondo otra cosa que una barraganería” (...) “por más que estos dos sexos contrarios se complementan, cada uno de ellos tiene dentro de sus diferentes organismos las mismas aspiraciones de libertad, independencia y bienestar” (...) “La compañera del porvenir es la que se ha elegido (...) por los lazos de la voluntad libre, (...) sin necesidad de extrañas imposiciones, juramentos, votos, formalidades ni contratos...”<sup>811</sup>.

El periodista malagueño, asimismo, defendió el derecho al divorcio. Según él, era insostenible el hecho de que quienes decidían comenzar una relación amorosa continuaran “unidos de por vida”<sup>812</sup>. Teobaldo Nieva planteaba la emancipación de la mujer, en el plano fisiológico y moral, por medio de un pacto amoroso libre y alejado de la influencia clerical: “El matrimonio, como sacramento (...) pretende unir sus dos espíritus en una sola carne y esta es la del varón a la que (...) está obligada con subordinación de la mujer (...) de este modo, ha conducido, en definitiva, a la mujer a ser no sólo esclava, sino barragana del hombre”<sup>813</sup>.

Fuera por imperativo fisiológico o por su condición de “esclava” del capital y del sexo masculino, los hombres libertarios propugnadores de la liberación de la mujer se autodesignaron, en variadas ocasiones, en agente colectivo superior. Los varones

---

<sup>811</sup> NIEVA, Teobaldo, *Química de la cuestión social o sea organismo científico de la revolución deducidas de la ley natural de las ideas anárquico-colectivistas*. Madrid, Ulpiano Gómez, 1886, p. 810.

<sup>812</sup> Esto se recoge en uno de sus artículos NIEVA, Teobaldo, “Nada de tolerancia con la Iglesia”, *La Federación*, 23 noviembre 1870.

<sup>813</sup> *Ibidem*, p. 234 y p. 239.

conscientes y contestatarios frente a la “esclavitud femenina” siguieron adjudicándose el liderazgo y protagonismo en la lucha por la emancipación de la mujer. Con respecto a ello, de nuevo, el lenguaje de Teobaldo Nieva no puede ser más revelador:

“Sí compañeros; sí, proletarios todos: eduquemos a la mujer; emancipémosla de sus preocupaciones y confiémosle la bandera de la Revolución Social, para que (...) pueda leerse flotando por todos los ámbitos del universo el santo lema de Anarquía, Federación y Colectivismo, símbolo de la redención del mundo”<sup>814</sup>.

Por otra parte, mucho más adelante, el propagandista y filósofo ácrata Federico Urales, quien fuera uno de los máximos exponentes filosóficos e intelectuales del movimiento libertario español, fue uno de los autores que más hincapié hizo en impugnar las reglas del amor y de la familia burguesa. Urales afirmaba que la cultura burguesa asignaba a la mujer el ser, según sus palabras, “una cosa de lujo y regalo para el hombre, sin más voluntad que la de su señor, sin personalidad como individuo social”<sup>815</sup>. Estas apreciaciones entre la relación esposa-esposo conectarían con el hecho de que el amor a la familia constituía, a juicio suyo, un sentimiento esencialmente egoísta. Desde el mundo anarquista no era muy inusitado concebir que las relaciones familiares estaban atada irremediabilmente a la propiedad privada, como lo estaba incluso el matrimonio, al que en ocasiones tildaban de “monógamo” y “burgués”. El casamiento, de esta forma, se asemejaba a una denigrante esclavitud, pues para Urales la mujer acababa convirtiéndose en una mera propiedad del marido.

Además, en determinados sectores del movimiento libertario se interpretaba que la sociedad empujaba a las mujeres a tener que cumplir un estricto régimen de fidelidad sexual, al contrario que sus maridos. Se teorizaba que la finalidad de este control sobre la sexualidad femenina era la de garantizar la paternidad de los hijo/as, propiedad por ello del *pater familias*. La familia, en definitiva, se limitaba a ser una mera unión de herederos, lo cual constituía un atentado contra la propia naturaleza. En este sentido, ciertos militantes como Leopoldo Bonafulla, amigo y colaborador de la feminista Teresa Claramunt, equiparaban el matrimonio con la prostitución<sup>816</sup>. En su obra titulada *La*

---

<sup>814</sup> Citado en TAVERA GARCÍA, Susanna, “Guerra civil y anarcofeminismo...”, op. cit., p. 50.

<sup>815</sup> URALES, Federico, *Tierra y Libertad*, nº 1, 1904.

<sup>816</sup> Leopoldo Bonafulla (muerto en Barcelona en 1922), pseudónimo de Joan Baptista Esteve, fue una de las figuras centrales del sindicalismo revolucionario. Según algunas fuentes, Bonafulla mantuvo una relación amorosa con la anarco-feminista Teresa Claramunt. PRADAS BAENA, María Amalia y CLARAMUNT, Teresa, *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa: Biografía y escritos*. Barcelona,

*familia libre* (1905) Bonafulla rebatía los clásicos argumentos biologicistas que pretendían certificar la inferioridad de la mujer. Los calificaba de “estúpidos prejuicios” y “falsedades cargadas de mala fe”<sup>817</sup>. Bonafulla atacaba, en los siguientes términos, las teorías del célebre criminólogo misógino Cesare Lombroso:

“Lombroso, con sus ejemplos del reino animal, sosteniendo que en la escala zoológica la inteligencia se halla en razón inversa a la procreación, ha facilitado el medio que convenía a los enemigos de la justicia social para explotar la ignorancia de la mujer, repitiéndole que debe aceptar la condición de inferior...”<sup>818</sup>.

En cualquier caso, junto con Federico Urales, Bonafulla se opuso a las nuevas sensibilidades malthusianas que se iban extendiendo en el anarquismo. Se pronunció en contra de los métodos contraceptivos y de la procreación limitada de la clase obrera, pues, según su parecer, su aplicación restaría fuerza al movimiento revolucionario. Bajo este diagnóstico, se dejaba al margen la voluntad de las mujeres con respecto a su maternidad y su salud física. De acuerdo con ello, de forma un tanto paternalista, subrayaba que las mujeres debían de ser enseñadas por los hombres a convertirse en luchadoras<sup>819</sup>.

Desde otro punto de vista, la concepción del amor libre ocupó un lugar relevante en los discursos de género anarquistas. En términos análogos a los de figuras de la talla de Emma Goldman, sin omitir las de homólogas españolas como Soledad Gustavo, el amor libre que predicaban hombres anarquistas, como Federico Urales o Teobaldo Nieva, llamaba a la espontaneidad en el amor, su carácter natural y su ilegislabilidad por el Estado<sup>820</sup>. Para una parte considerable de los sectores intelectuales del anarquismo, la libertad y la igualdad eran los pilares básicos por los cuales debía cimentarse la vida en común de las parejas. Existió un perceptible rechazo al matrimonio en sí, a su carácter vitalicio, a su reglamentación y a los derechos de posesión asociados a las relaciones de pareja. El amor libre se erigió en un anhelo utópico razonablemente extendido entre los

---

Virus, 2006, p. 66.

<sup>817</sup> BONAFULLA, Leopoldo, *La familia libre*. Barcelona, Biblioteca Germinal, Toribio Taberner, 1905, p. 28.

<sup>818</sup> *Ibidem*, pp. 188-189.

<sup>819</sup> MASJUAN BRACONS, Eduard, *La ecología humana en el anarquismo ibérico: Urbanismo “orgánico” o ecológico, neomaltusianismo y naturismo social*. Madrid, Icaria Atrazyt, 2000, pp. 236-239 y 241. Nash ha señalado que para Leopoldo Bonafulla la más alta atribución de la mujer es la de ser madre. NASH, Mary, *Mujer y movimiento obrero...*, op. cit., p. 57.

<sup>820</sup> Sobre la concepción del amor libre de Soledad Gustavo y Urales véase en TAVERA GARCÍA, Susanna, *Federica Montseny...*, op. cit., p. 60.

foros intelectuales libertarios, incorporándose a las propias aspiraciones anarco-feministas.

Federico Urales, de nuevo, fue uno de los pensadores libertarios que más páginas dedicó a la problemática del amor libre. Coincidió con muchas de las tesis de su compañera sentimental, Teresa Mañé (Soledad Gustavo) y de su hija, Federica Montseny. De todas maneras, los ideales feministas del matrimonio Montseny no tuvieron una plasmación totalmente congruente conforme a los comportamientos cotidianos de la pareja. Después de todo, en la elaboración de la revista dirigida por ambos, la división sexual del trabajo se cumplía a raja tabla. En aquel ambiente de “falansterio familiar”, según el testimonio de la propia Federica Montseny, su tía y su madre eran las que se encargaban de atender las labores domésticas y la educación de Federica. Mientras, Urales era quien supervisaba la actividad de propaganda de sus publicaciones y trabajaba en la granja que tenían como sustento extra de la economía familiar<sup>821</sup>.

Estas contradicciones reflejan algo sumamente habitual y que respondería al fuerte arraigo de los valores machistas, que aun siendo censurados en el campo de la teoría, en los entornos privados de la vida cotidiana acababan finalmente reproduciéndose. A pesar de todo, el ejemplo de Urales es útil para apreciar no sólo dicha incoherencia, sino también para ejemplificar que detrás de su pensamiento estuvo presente la influencia de su pareja a la hora de formular sus ideas sobre el amor libre. Para Urales, la mujer debía cobrar independencia con la meta de luchar por sus intereses y gozar de su vida libremente. El objetivo era desatarse de los engranajes represivos de la familia, la ley del Estado y la moral religiosa. Al igual que su compañera, Urales sostenía que la familia patriarcal junto al sistema capitalista eran las estructuras que imposibilitaban la libertad de amar de las mujeres:

“¿Puede la mujer amar libremente? No. ¿Por qué? Porque no es independiente, porque las sociedades modernas, que pretenden haberla emancipado, la hacen depender de su padre, de su marido, cuando no del burgués”<sup>822</sup>.

---

<sup>821</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>822</sup> URALES, Federico, “El amor en la filosofía y en el socialismo”, *La Revista Blanca*, nº 2, 1899-1900, p. 628. Extraído de PRADO, Antonio, *Matrimonio, familia y estado. Escritoras anarco-feministas en La Revista Blanca (1898-1936)*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2006, p. 96.

Una de las características propias de los hombres que abogaron por la emancipación de las mujeres fue la de idealizarlas como encarnación de la belleza. En esta misma línea, Urales conceptualizaba a la mujer como musa de la creación humana, del arte y de la anarquía. Argumentaba que el verdadero hombre artista es el que es capaz de amar y fecundar a una mujer, el que tiene acceso al contacto sexual-afectivo pleno con la “musa”, el ente ideal femenino por excelencia.

Como bien ha analizado el historiador Antonio Prado, especialista en la obra literaria de Federico Urales, “la contradicción está en que mientras ataca a los esteticistas modernistas por su culto a los objetos”, “vuelve a hacer lo mismo, siendo la mujer el objeto estético por excelencia del arte, de la inspiración del arte masculino, y del hombre en general”. A partir de esta lógica, la mujer deviene en objeto inspirador del artista masculino. Un sujeto, el femenino, no tendría la misma capacidad ni de desear ni de producir, en este caso, obras artísticas. Si el verdadero artista es quien desea y se inspira de la imagen de la mujer, el verdadero hombre-artista es a su vez quien cosifica a la mujer:

“(…) ¿Se puede ser artista sin amar a la mujer por lo que tiene de hembra? (...) el artista verdadero aprende más arte en los ojos de una mujer que en todos los tratados de estética ¿Acaso los más grandes artistas no han sido lo más grandes amantes? ¿acaso las obras eternas en arte no las inspiró una mujer? (...) El hombre que nada siente en presencia de una mujer hermosa, que no desea, con pasión inmensa, besar sus labios, besar sus ojos, abrazar su talle, ¿podrá producir obras inmortales? (...) Que me contesten (...) los que no sean hombres, que vale mucho más ser artistas, porque sin hombre no hay poeta ¿quién os inspiró el acto mejor, el acto más poético, más grande de vuestra vida? ¿a quién habéis dedicado vuestros pensamientos más nobles, vuestros anhelos más sublimes? A la mujer, a ella, a la que aún recordáis en la vejez y cuya memoria os rejuvenece el espíritu y el cuerpo... ¿Cómo puede ser artista el que no quiere, el que no puede querer a una mujer?”<sup>823</sup>.

De estas palabras cabe subrayar que Urales reproduce aspectos con arreglo al imaginario masculino de lo “femenino”. El filósofo libertario aseguraba que la inspiración de la revolución y del arte la encarna el sexo femenino. En cambio, si siguiésemos esta lógica, la mujer revolucionaria y artista carecerían de inspirador masculino y, en virtud de ello, sus obras revolucionarias y artísticas jamás alcanzarían la categoría de la creación y la acción masculina.

---

<sup>823</sup> URALES, Federico, “El arte, el amor y la mujer en el Ateneo de Madrid”, *La Revista Blanca*, nº 5, p. 581.

La ligazón entre revolución y amor Urales la abordó a través de su literatura didáctica y doctrinaria, concretamente en doce cuentos que publicó entre 1898 y 1901. Los once primeros aparecieron bajo el título de “Cuentos de amor”, el último con el título “Gloria y amor”. Todos ellos con una estructura y un contenido en extremo similar<sup>824</sup>. La tipología de los personajes obedecía a una visión estereotipada. En sus relatos de ficción siempre hacía presencia una mujer casada con un hombre burgués. El contraer matrimonio la acarrea una enorme infelicidad. En un momento concreto, la joven descubría el “verdadero amor” al ennoviarse con un artista o un obrero, con el que cobraba, gracias a él, conciencia de su propia explotación.

En la concepción de Urales la pureza del amor descansaba en su naturalidad, en una espontaneidad que nacía, en estos relatos literarios, de la rebelión para desligarse del hogar, del matrimonio y de la familia burguesa. Ambas eran estructuras socioculturales que anulaban la naturaleza del amor. Esta artificiosa forma de amar, anuladora de la espontaneidad, convertía a la mujer en objeto de la propiedad privada y del marido. El sistema de dominación capitalista respondía, según Urales, al paradigma cultural burgués, que de igual forma perpetuaba la esclavitud del sexo femenino.

Lo más significativo es que, dentro de la moraleja doctrinal de los cuentos del padre de Federica Montseny, siempre se situaba al varón –al artista u obrero– en el puesto de revelador y salvador. Además, esta función asignada al varón dentro del relato lo ubicaba en el centro de la acción. Los hombres quienes redimían a las mujeres acababan dirigiendo directa o indirectamente las decisiones de las jóvenes enamoradas. Él normalmente las instaba a que renunciaran a su marido y a desobedecer las leyes del paradigma burgués que las sojuzgaba. Los personajes femeninos, por mediación de los protagonistas masculinos, finalmente escogían un amor “destructor” del sistema previo, para constituir un nuevo amor, lo equivalente a una nueva sociedad. En estas narraciones, por consiguiente, los personajes transitaban del concepto burgués de familia y matrimonio, al libertario. Urales recurría a la tipología mujer-esclava como elemento de combate contra el sistema capitalista, priorizando lo segundo frente a la liberación de la mujer. El personaje masculino, por consiguiente, se presentaba portador

---

<sup>824</sup> Véase el interesante análisis realizado de estos cuentos en PRADO, Antonio, *Matrimonio, familia y Estado...*, op. cit., pp. 102-103.

de la revelación, siendo ella quién acogía la “idea” de su salvador intelectual-revolucionario. La literatura de Urales, en definitiva, resulta ser un ejemplo evidente, otro más, del acostumbrado tono paternalista desplegado por hombres que secundaron reivindicaciones del feminismo de su época.

#### **10.4 - Prostitución, explotación de clase y comunismo sexual**

En lo referente a la temática de la sexualidad, como se ha podido ya apreciar, para muchas y muchos anarquistas la prostitución era un problema de raíz social. En parte del imaginario libertario la mujer prostituida simbolizaba la imagen de la proletaria explotada por la burguesía capitalista. El burgués satisfacía sus impulsos naturales reprimidos, producto de la moral sexual represiva que imponía pero que no cumplía. Como afirmaba Anselmo Lorenzo Asperilla (1841-1914), la burguesía legitimaba la prostitución, al dotarla de una función que garantizaba la castidad y el honor de las mujeres. Quién fue apodado “el abuelo” del anarquismo español también reclamó, en algunos de sus textos y folletos, la emancipación de la mujer.

Anselmo Lorenzo fue de una de las cabezas pensantes y personajes más relevantes del movimiento libertario español. Su reunión con Giuseppe Fanelli en 1868, acontecimiento fundacional del movimiento anarquista en España, su papel en la creación de la sección española de la Primera Internacional y en la fundación de la CNT son hitos significativos de su contribución primordial al nacimiento y evolución del movimiento ácrata. Fue director y redactor del periódico *Acracia*, así como un activo masón durante gran parte de su vida. Su labor de traductor –en colaboración con la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia– fue esencial para la circulación del pensamiento de Pedro Kropotkin, Jean Grave, Fourier y del bakuninismo en España, autores todos especialmente sensibles con la situación subalterna de las mujeres en las sociedades capitalistas. La crítica que Lorenzo articuló en sus escritos sobre las condiciones de dominación que las mujeres padecen no ha sido prácticamente resaltada por la historiografía. El lenguaje que Anselmo Lorenzo utilizó para detallar la situación de las mujeres prostitutas –y de las mujeres en general– nos presenta un mensaje que pretendía resaltar tanto las injusticias de clase como las de género:

“Esas pobres mujeres que llevan sobre sí el peso de todas las iniquidades



sociales, más las que les impone por añadidura la brutal supremacía hombruna, consuélense, si pueden, con el vasallaje que, obligados por la lujuria, les rinden sus dominadores”<sup>825</sup>.

Según Lorenzo, la explotación de la mujer era más dramática que la que soportaban los trabajadores varones, puesto que las mujeres se enfrentaban a una doble servidumbre: la capitalista en la fábrica y la esclavitud en las esferas del matrimonio y de la familia (véase apéndice 8). De una forma que recuerda al socialista utópico Charles Fourier, entendía que el progreso de la humanidad no podía desligarse de la redención de la otra mitad de la Humanidad. La mujer se constituye indiscutiblemente como “parte integrante del pueblo, con cuyo concurso ha de contarse imprescindiblemente para la gran obra de la realización del ideal, como sujeto y objeto que es la mujer al igual que el hombre”<sup>826</sup>. De esa manera, observamos que como fourierista reconocía que sin las mujeres la revolución nunca sería posible. La especial sensibilidad de la mujer ante la injusticia y el pesar ajeno resultaba ser, en opinión de Lorenzo, un motor de enorme potencialidad para la extensión de la conciencia de clase:

“Un pensamiento final para las mujeres: la mujer es susceptible de saber tanto como el hombre y de sentir más que el hombre.” (...) “Se ha dicho, y me parece que la Historia lo confirma, que en el mundo no triunfa una idea hasta que las mujeres la aceptan, la sienten y son capaces de sacrificarse por ella” (...) “Yo sé cómo sienten las mujeres, porque me lo ha enseñado la experiencia del mundo y por lo que he visto en mi familia cuando he tenido la honra de sufrir por la idea; sé, por tanto, que habéis de sufrir cuando os hiera el privilegio, y más aún cuando hiera a los que amáis”<sup>827</sup>.

Nuestro autor fue de los pocos varones libertarios en condenar detalladamente, en varios de sus escritos, el trato que se infligía a la mujer en la legislación de su época. El estado de “servidumbre” y “esclavitud” al que se sometía a las mujeres era el síndrome del “abismo de desigualdad y de injusticia que entre el hombre y la mujer establecieron los legisladores que fundaron esta civilización en que vivimos”<sup>828</sup>. Lorenzo aseveraba que la intervención regeneradora de la mujer se basaba en dos elementos. El primero, por su inclinación ética superior a la del hombre y, el segundo, porque era la portadora de la educación de sus hijos y, al fin y al cabo, de la sociedad. Lorenzo recalaba de que

---

<sup>825</sup> LORENZO, Anselmo, “La solución del problema social”, *La Revista Blanca*, nº 42, 15 marzo 1900, pp. 503-506.

<sup>826</sup> LORENZO, Anselmo, *El pueblo: Estudio Libertario*. Valencia, F. Sempere, 1909, p. 61.

<sup>827</sup> Extraído de LORENZO, Anselmo, “Sobre el sistema de explotación capitalista”, *La Revista Blanca* (Madrid), VI, 136 (15 febrero 1904), pp. 491-495, VI y 138 (15 marzo 1904), pp. 545-554.

<sup>828</sup> LORENZO, Anselmo, “Sobre la mujer”, op. cit., p. 61.

la mujer no debía resignarse con un puesto secundario de mera “colaboradora” del hombre. Debía reclamar ser “compañera”, ser “nuestra igual”. La educación de la mujer y su inclusión en la sociedad a la misma altura que el hombre traerían grandes beneficios a la sociedad futura. Anselmo Lorenzo auguraba que gracias a la acción femenina advendría “el fin del militarismo y la completa pacificación del mundo”<sup>829</sup>. Al haberse tomado una actitud masculina tiránica se había impedido que las mujeres se instruyeran y participaran en las obras del progreso:

“y como consecuencia de ese error” (...) “en vez de ayudarnos a avanzar, emplea todas sus energías en dificultar nuestra marcha. ¡Qué esfuerzo no se imprimiría a la civilización si la mujer colaborara en beneficio de las ideas modernas! Por eso lo que más importa, si se quiere que la educación influya de una manera decisiva en los destinos (...) de la humanidad (...), es fijarse seriamente en la educación de la mujer. Esa es la gran obra del porvenir”<sup>830</sup>.

Por otra parte, Lorenzo establecía que se habían generado las bases de un modelo de matrimonio y de familia configurados por la propiedad, lo que dificultaba que las relaciones afectivas y amorosas fueran plenas y satisfactorias. Lejos de ello, se forjaban las condiciones para la subyugación del sexo femenino. Por ejemplo, la opinión pública y “nuestros jurados absuelven fácilmente al marido asesino de su mujer adúltera, a la vez que se muestran muy indulgentes para los extravíos extra-conyugales del tremendo y cruel justiciero”. La propiedad privada conducía a sentimientos egoístas y de posesión que se extrapolaban a las relaciones humanas y, al mismo tiempo, a la institución del matrimonio:

“El concepto de que la mujer es una propiedad servil perteneciente al marido continúa existiendo en muchas cabezas; pero irá desapareciendo, y el contrato matrimonial acabará por ser un contrato como otro cualquiera, libremente aceptado, libremente conservado, libremente disuelto, y llegado este caso, donde toda imposición y coerción desaparece, el engaño se convierte en una indigna felonía, sin razón de existir, y cuando existiera sería como una excepción rarísima” (...) “la ética colectiva será más elevada moralmente que la nuestra” (...) “no excusará al marido asesino”<sup>831</sup>.

Quienes legitimaban la inferioridad femenina no tenían en cuenta, según el militante libertario, las condiciones a las que han sido sometidas las mujeres a lo largo de una larga Historia de subordinación impuesta por los varones. Frente al

---

<sup>829</sup> *Ibidem*.

<sup>830</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>831</sup> *Ibidem*.

“exclusivismo masculino” Lorenzo elogiaba la facultad intelectual y moral de las mujeres:

“La historia desvanece igualmente la de su inferioridad intelectual a pesar de habersele negado sistemáticamente la instrucción, (...) del sangriento ridículo con que se ha perseguido a la pobre mujer que se acercaba a las fuentes de la ciencia, pueden citarse innumerables ejemplos de mujeres que han brillado en todos los ramos del saber”<sup>832</sup>.

En cuanto a la negación a que la mujer trabajase, Anselmo Lorenzo recordaba que la mujer siempre lo había hecho, por ende en peores condiciones que los varones. Subrayaba, en consecuencia, la hipocresía de quienes devaluaban a las mujeres como seres inferiores pero al mismo tiempo las explotaban en la fábrica, en el campo o en el taller:

“Y no es que los que protestan contra el avance de las mujeres y se opongan a que la mujer trabaje; nada que iguale a esas protestas han producido esos protestantes para censurar la posición que tantas infelices mujeres ocupan en las minas, en los campos, en las fábricas o en las miserables buhardillas con la aguja en la mano o ante la máquina de coser” (...) “la gran industria, la cual, sí en un principio la retenía en su vivienda, hoy la saca de ella para encerrarla en la fábrica y someterla a la explotación capitalista”<sup>833</sup>.

La doble explotación de la fábrica y del hogar se legitimaba y reproducía a partir de los intereses masculinos, amparados de forma simultánea por el sistema capitalista. Sin embargo, mientras generalmente la militancia ácrata tachaba al sufragismo de burgués, el escritor ácrata reconocía los avances positivos de dicho movimiento y no ocultaba su optimismo ante el porvenir gracias a movimientos de esas características:

“El mundo marcha y el progreso se impone, a pesar de los más lentos y torpes tardígrados, y el feminismo ha ganado ya brillantes triunfos. De tal manera se impone la justicia en punto a la emancipación de la mujer, que es grande el número de las que, saltando sobre leyes y preocupaciones, han asaltado la misma ciudadela del privilegio, la Universidad, convirtiéndose las más osadas en privilegiadas, en virtud del grado de doctor, noble y valerosamente obtenido, que no puede compartir con su marido, pobre hombre que queda reducido al papel de inferior e ignorante, aunque conserve el poder de matar a su mujer en un arrebató de celos, de privarla que haga uso de su sabiduría y de tenerla sometida a constante protección y obediencia”<sup>834</sup>.

Aun no coincidiendo con las proposiciones de raíz liberal-burguesa de algunos

---

<sup>832</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>833</sup> *Ibidem*.

<sup>834</sup> *Ibidem*.

sectores sufragistas, valoraba muy positivamente los avances logrados por el sufragismo: “Ha resultado que la mujer, (...) ha formado clase, ha tomado parte en la lucha de clases y ha constituido esa entidad denominada el feminismo, que va formulando sus doctrinas y su ideal, abriéndose paso hacia las reivindicaciones justicieras y racionales de lo porvenir, despreciando las burlas de los necios”<sup>835</sup>.

Al haberse hecho eco de los prejuicios contrarios a la liberación de las mujeres, Anselmo Lorenzo precisaba que “el feminismo, como principio de justicia, (...), no va contra el hombre, sobre el cual pesan hoy todas las cargas y todas las responsabilidades de la vida, sino a su favor (...) trata de repartir estas cargas y estas responsabilidades entre los dos sexos”. Pero, de todas maneras, parafraseando a otra autora, juzgaba que este reparto se debía hacer “dando participación a la mujer en aquellas funciones que en armonía con sus aptitudes y sin perjuicio de la raza puede desempeñar”<sup>836</sup>. Estaba convencido de que la idea de la inferioridad intelectual de la mujer constituía un mero artefacto teórico-discursivo por el cual mantener a las mujeres en la subalternidad:

“(...) contra todo lo sostenido por las leyes, las costumbres, el vulgo ignorante y aun la vulgaridad de los sabios, los experimentos científicos comparativos del cerebro del hombre y de la mujer, lo mismo de razas bárbaras o semibárbaras que de las naciones civilizadas, demuestran que no hay diferencia esencial entre ambos sexos, y las diferencias que se notan son única y exclusivamente resultado de las condiciones del medio en que uno y otro se hallan colocados”<sup>837</sup>.

En palabras del propio autor, el desagradecimiento histórico de los hombres con las mujeres constituía un acto de enorme ceguera colectiva, porque en sus grandes logros la mujer siempre había estado ahí detrás con su estímulo y su apoyo incondicional. Sin su soporte, su sacrificio y su abnegación los avances históricos se habrían definitivamente truncado:

“Si un hombre ha sido grande en la vida, si esta vida ha podido ser consagrada por completo a un ideal de ciencia o de arte, débese muy frecuentemente a que logró hallar una compañera abnegada que, (...) creó la atmósfera de calma propicia al desarrollo de su genio; (...), le estimuló al estudio y le recompensó con su amor; a que fue su consejera, en muchos casos su colaboradora y su guía, y quizá en un momento de decaimiento y vacilación quien le libró de hundirse (...) ¿Quién sabe a costa de cuántas privaciones, de olvido de sí misma (...) pudo el genio crecer como un árbol (...) ¿Quién

---

<sup>835</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>836</sup> *Ibidem*, pp. 76-77.

<sup>837</sup> *Ibidem*.

puede apreciar la participación de esa colaboración discreta en la obra que la fama atribuye solamente al hombre?”<sup>838</sup>.

Por otro lado, según sus planteamientos, la prostitución resultaba ser un fenómeno de causas hondamente estructurales, pues no podían obviarse las desigualdades socio-económicas en su origen y desarrollo. En opinión del pensador ácrata, la explicación centrada en los impulsos individuales, en concordancia a los juicios morales negativos que casi siempre recaían sobre la prostituida, buscaban denigrar y culpabilizar al sexo femenino en su conjunto:

“no es debida a causas individuales, como suelen decir muchos moralistas de vida fácil (...) la prostitución es un mal social, como lo fueron la esclavitud y la servidumbre y como lo es actualmente el salariado; resulta de la organización de nuestra sociedad, dominada por el privilegio fundado sobre la usurpación del patrimonio universal. Lo prueba la idea que manifiestan los mismos reaccionarios o burgueses, diciendo que la prostitución es una garantía de la castidad y del honor de las mujeres”<sup>839</sup>.

De este modo, yendo más lejos, concluía que el matrimonio, tanto civil como religioso, eran incluso formas también de prostitución. La propiedad privada generaba, a su entender, las condiciones por las cuales las relaciones humanas, forjadas en un principio en el amor mutuo, se corrompían para tornar al campo de los intereses y las necesidades generadas por un sistema de dominación económico: “Toda alianza contratada entre un hombre y una mujer con objeto de satisfacer miras egoístas es pura prostitución, tanto si ha sido autorizada por un cura o un funcionario civil”<sup>840</sup>. El régimen de propiedad económico se extrapola al personal y, por consiguiente, al área de las relaciones afectivas mujer-hombre, las cuales mutan a una dominación masculina amparada por las leyes. Todo ello, a su juicio, con dramáticas consecuencias, sobremanera para las mujeres:

“El hombre que ama a una mujer y recibe de ella correspondencia, se cree su propietario, la posee; pero si ella cesa de amar, reivindica su independencia y dispone de sí por una nueva inspiración amorosa, el amante decaído se siente robado, y en un arranque de rabia celosa, mata. Ya hemos visto lo que acerca de este punto dispone nuestra legislación; ahí está escrito con sangre el atávico art. 438 de nuestro Código penal, que parece inspirado por un legislador contemporáneo del hombre de las cavernas. ¿Y a esa soberbia de propietario se llama amor? ¿Qué posee el hombre en la mujer? ¿Qué posee la mujer en el hombre? Recíprocamente se dan mucho amor cuando

---

<sup>838</sup> *Ibidem*, p. 70.

<sup>839</sup> *Ibidem*.

<sup>840</sup> *Ibidem*, p. 68.

mutuamente se lo inspiran, y cesa la reciprocidad cuando cesa la mutualidad de la inspiración; porque el amor no es cuestión de lealtad ni de virtud, sino de sentimiento individual y de concordancia dual, y es inútil cuanto digan en contra legisladores, moralistas, poetas, hipócritas y vulgo rutinario”<sup>841</sup>.

Según Lorenzo, hombre y mujer se complementan, porque pese a sus diferencias son seres libres e iguales, los cuales deben de vivir en virtud de una unión armónica y recíproca con sus deseos y aspiraciones individuales. Por eso Anselmo Lorenzo, sin titubeos, abogaba “para la mujer a lo menos toda la libertad que se concede el hombre a sí mismo”<sup>842</sup>. Enalteció la idea ligada al “amor libre”. Según Lorenzo, los hombres y mujeres que aceptan y practican coherentemente el amor libre, rehuirán obligadamente de cualquier esquema de coerción que anulara toda manifestación de libertad personal:

“(…) atribuyen a la mujer, antes y después del acto de unión, el derecho de pertenecerse, permaneciendo dueña física y moral única de su persona, contra todas las servidumbres carnales, morales, sociales y sentimentales de que se le ha cargado, que representan otras tantas cadenas, frecuentemente disfrazadas bajo la forma de adornos simbólicos, collares de perlas, pulseras y sortijas; le permiten darse libremente a quien le plazca y quiera tomarla (...). El hecho de haber sufrido por un momento y con placer la seducción de un hombre no significa en manera alguna donación de su persona ni título de posesión para el hombre; (...) ni justifica la vergüenza que la vieja tradición del pecado original ha inculcado en los atrasados creyentes; en esa donación de su cuerpo no hay más que un préstamo efímero, un regalo superficial, algo no más importante que un cumplimiento o un apretón de manos”<sup>843</sup>.

En opinión de Anselmo Lorenzo, la individualidad de las mujeres no debe de ser quebrantada ni por la moral religiosa ni por costumbres sociales severamente coercitivas, atávicas y retrógradas de la sexualidad. El sentimiento de pertenencia con que consuetudinariamente se viven las relaciones amorosas, coartan la libertad de los individuos y de las mujeres particularmente. La posesividad amorosa conduce al enjaulamiento afectivo y sexual, lo cual empobrece y convierte en denigrantes las relaciones entre las parejas y los miembros del entorno familiar. A tenor de la familia, Lorenzo propuso un modelo de cuidados comunitario al margen de la familia y del Estado:

“(…) el hijo debe criarse y educarse a cargo y a expensas de la Sociedad. La educación y desarrollo de la infancia, que interesa a todos, no son cosas que hayan de

---

<sup>841</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>842</sup> *Ibidem*.

<sup>843</sup> *Ibidem*, p. 71.

quedar reducidas a la estrechez de recursos materiales e intelectuales de la familia” (...) “porque el padre de familia, cortado por el patrón del derecho romano, con su despotismo y su derecho de propiedad, o imposibilitado por la vida jornalera, por bueno e instruido que sea, es una cosa ínfima ante la bondad y la ciencia que puede y debe ofrecer la Sociedad entera a la infancia (...). Bien se demuestra en la práctica de la misma Sociedad actual, sometiendo la enseñanza al cargo o a la vigilancia del Estado, aunque, como toda cosa autoritaria, sea esa enseñanza sencillamente antiprogresiva”<sup>844</sup>.

Este sorprendente anhelo por abolir el monopolio familiar del cuidado de la prole tiene implicaciones muy significativas para las mujeres. Las exoneraba de la función exclusiva del cuidado, para que esta fuera transferida a la comunidad. La maternidad consciente y el libre despliegue de sus potencialidades y aspiraciones, a partir del reparto colectivo de las tareas de la crianza y del hogar, constituyen las piezas esenciales para el asentamiento de un orden social emancipatorio para la mujer:

“(...) exceptuándola de los cuidados roedores que en la sociedad individualista consumen a la madre y a la esposa en la estrechez del hogar; la estimula y la impulsa a conseguir el desarrollo de su inteligencia y de su sentimiento (...). Libre de la maternidad forzosa, siente un amor puro y noble por la infancia. Aquí ninguna mujer derrama la sangre de inocentes y pequeños seres” (...) “Vense ahí rotos los prejuicios tradicionales de la obediencia femenina, de la protección masculina y de la autoridad paternal, y sobre todo reconocido y practicado el derecho a la maternidad libre, y como consecuencia, desquiciada y amenazando inminente ruina la familia, indebidamente considerada por todos los antiprogresivos como la célula social”<sup>845</sup>.

Una vez vista la visión de un pensador tan notorio e influyente como Anselmo Lorenzo, cabe proseguir con las ideas sobre sexualidad y prostitución compartidas por otros varones anarquistas que predicaron con la emancipación del sexo femenino. Para ello, es ahora conveniente acercarse a la figura del ácrata andaluz Mariano Gallardo Nieva y su ideal de “comunismo amoroso”<sup>846</sup>. Según el anarquista individualista y nihilista el problema de la esclavitud de la mujer resultaba comparable en gravedad al

---

<sup>844</sup> *Ibidem*, pp.71-72.

<sup>845</sup> *Ibidem*, pp. 73-74.

<sup>846</sup> Junto a Morales Guzmán, del que luego se hablará, editó la revista *Nervio*. Asimismo, durante la década de los años treinta fue colaborador habitual en revistas libertarias: *Tierra y Libertad*, *Al Margen*, *Generación Consciente*, *Estudios o Iniciales*, etc. Gallardo fue además autor de una pequeña obra titulada *El sexo, la prostitución y el amor* y de otras novelas tales como *Tres prostitutas decentes* (Volumen 51 de Novela libre editada por La Revista Blanca), *La sensualidad y el amor* (Volumen 33 de la colección Novela Libre editada por La Revista Blanca) o *Mujeres libres. Novela sexual* (Volumen 44 de Novela libre editada por La Revista Blanca). Según recoge el historiador Xabier Díez, no existen muchos datos de su vida, ni siquiera sabemos fechas de su nacimiento ni de su muerte. Probablemente, Gallardo murió en la década de los 60 en Francia, donde se exilió tras la Guerra Civil. DÍEZ, Xavier, *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*. Barcelona, Virus, 2007, p. 286.

de la lucha del proletariado<sup>847</sup>. Defensor de la promiscuidad sexual y del pluralismo amoroso, Gallardo sostenía en sus escritos la necesidad de erigir una moral sexual alternativa.

No obstante, su ideario disidente en materia sexual derivó, en ocasiones, en un respaldo y legitimación de privilegios masculinos. En palabras de la historiadora Mary Nash, la interpretación “curiosa y misógina” que Gallardo mantuvo sobre la prostitución parece singular “por parte de un hombre que, en otras ocasiones” se declaró “abiertamente comprometido en impulsar la liberación de la mujer”. Incluso Nash da cuenta de un manuscrito suyo titulado “La libertad de la mujer”, enviado a la redacción de la revista *Mujeres Libres* para su publicación<sup>848</sup>. Además, en un artículo del propio Gallardo, entre las páginas de *La Revista Blanca*, censuraba el carácter conservador de los militantes ácratas con lo que respecta a la opresión de la mujer:

“Si las mujeres esperan que los hombres les digan: "Sois iguales a nosotros", están frescas y pueden esperar sentadas. Revolucionarios hay muchos, de distintos colores y tamaños, pero a la hora de poner a las mujeres en el mismo plano de igualdad que el hombre en materia de amor, se les ve el espíritu ancestral y reaccionario”<sup>849</sup>.

Para Mariano Gallardo la pareja no era más que la institución sexual “a favor del macho” y “extraña a la naturaleza psicosocial del ser humano”. De este modo, llegó a plantear que las formas de asociación sexual socialmente legitimadas no se fundamentaban realmente en las leyes naturales, sino que más bien se ajustaban de acuerdo a las reglas del orden socio-económico dominante:

“Por ley de naturaleza el sexo humano es igualitario. (...) La pareja humana no está fundamentada en las leyes reguladoras de la vida sexual de nuestra especie, sino en las conveniencias particulares de una clase social, de un sexo o de una religión, o bien de un determinado régimen político. (...) No es cierto que la mujer sea inferior al hombre. (...) esa regonada inferioridad es puramente artificial”<sup>850</sup>.

Por su parte, Gallardo advertía de que “en la Naturaleza no hay nada sistemático

---

<sup>847</sup> NASH, Mary, “Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer: Federica Montseny y Lucía Sánchez Saornil”, *Convivium*, nº 44 y 45, 1975, p. 92.

<sup>848</sup> NASH, Mary, *Mujer y movimiento...*, op. cit., pp. 30-31. Lamentablemente no hemos encontrado el contenido de este manuscrito.

<sup>849</sup> Citado en *Ibidem*, p. 140; El artículo original se titula “El honor sexual de las mujeres”, *La Revista Blanca*, nº 158, marzo 1936.

<sup>850</sup> GALLARDO NIEVA, Mariano, “Tendencias del instinto sexual humano”, nº 136, *Estudios*, diciembre 1934, p. 7.



ni rutinario”, por lo que tampoco en el amor puro rigen reglas cerradas o fórmulas únicas que puedan dirigir las pulsiones instintivas y psico-sexuales del ser humano, sea hombre o mujer:

“Hay mujeres poliándricas, hombres monógamos, mujeres que se bastan con un sólo amor y hombres que precisan varias mujeres”. (...) “al lado de éstos están las mujeres y los hombres que no precisan el amor, viviendo muy bien sin mantener relación sexual de ningún género” (...) “Una fórmula de amor única para todo el mundo, es un desatino, y no tiene nada de naturista. Lo natural, creo yo, es que cada cual tome el camino que más de acuerdo esté con su peculiar manera de ser. El que se sienta monógamo, que lo sea. La mujer que precise tres maridos, que los tenga. Y la que no quiera casarse, que no se case. Esto es lo natural”<sup>851</sup>.

Como buen seguidor de la filosofía de Emile Armand (1872-1962), se proclamó nihilista en todos los aspectos, incluido el sexual. Su apertura a la diversidad resultaba para entonces rompedora y escandalosa. La liberación sexual resultaba ser, acorde a su perspectiva, el motor de la liberación individual. La monogamia, en cambio, abocaría a un contrato coercitivo que exige la restricción sexual para ambos sexos, una prolongación de la hipocresía sexual burguesa y confesional a erradicar. En consecuencia, el matrimonio había devenido, a sus ojos, en una institución despótica para la mujer y equiparable al de la prostitución:

“Eso es el matrimonio: una feria sexual (...). El hombre busca (...) la satisfacción de su lujuria de un modo más práctico y barato que recurriendo a las prostitutas. Y la mujer busca en el matrimonio, el buscarse un amo que le asegure el lleno diario del estómago, a cambio de ponerse en posición horizontal cada vez que el marido lo solicite. El hombre (...) adquiere una mujer por la misma razón que compra una vaca (...) porque necesita acompañarse de animales útiles. (...) adquiere una mujer para darse placer y estrujarla haciéndole hijos. La mujer se echa al marido para tener un amo que la eche buenos cachos de pan y la convierta en esclava suya, útil para el trabajo y para el catre. Tan pronto como se realiza un trato en la feria sexual, (...) la esposa llama «mi hombre», a su comprador: cada uno de los dos presume de ser el propietario del otro (...) En el matrimonio, el hombre adquiere la hembra al por mayor, como los almacenistas adquieren los jamones o el trigo (...). Y las mujeres se venden de un golpe, de una sola vez. En cambio, en la prostitución, las mujeres se venden por entregas, a cachos, (...). La prostitución y el matrimonio son repugnantes: ambas son instituciones sexuales del amor mercantilizado y servil, bestial y despótico. Tanto la esposa como las prostitutas son despreciables y dignas de compasión y odio. Ambas venden sus caricias

---

<sup>851</sup> GALLARDO NIEVA, Mariano, “La sexualidad y el naturismo”, *La Revista Blanca*, 30 junio 1936, p. 54. En este artículo señalaba que la sexualidad no podía limitarse a concebir hijos. Asimismo, en su opinión, la libertad de amar no debía confundirse con una actitud viciosa. El amor y el sexo, libre, anárquico y naturista no significaba *per se* ningún tipo de “libertinaje”, sino una vía de satisfacción libre y racional. GALLARDO NIEVA, Mariano, “El amor plural no es vicio”, *Iniciales*, nº 7-8, 1935, p. 6.

al hombre por el percibo de un mendrugo y un plato de desperdicios. Sólo el amor libre, (...) es la única realización sexual propia de personas limpias de servilismo y tiranías, de miseria y de embrutecimiento”<sup>852</sup>.

Su áspero y crudo punto de vista partía de que todas las mujeres estaban prostituidas de una manera o de otra. Su trato discursivo hacia las mujeres prostituidas, al calificarlas de “animales útiles” y de seres “despreciables” y “merecedoras de odio” contrasta con las contribuciones más empáticas de otros intelectuales libertarios. Además, Gallardo, desde su óptica masculina, sostenía que los varones contienen necesidades sexuales irrefrenables. Recurren al sexo de pago cuando no son capaces de satisfacer sus ansias de forma gratuita o cuando no obtienen placer sexual de sus parejas. Anotaba que la insatisfacción del impulso sexual llevaba irremediabilmente a la degeneración y la enfermedad. De hecho, no dudaba en culpabilizar a las mujeres de no ser lo suficientemente comprensivas con las necesidades eróticas de los varones:

“Pocas muchachas conocen la intensidad del hambre sexual de los jóvenes. La virginidad sexual debe ser reputada como un atentado a la salud y la tranquilidad de los hombres... Es la abstención, esa criminal abstención sexual de las mujeres, la culpa de toda la tragedia sexual de la Humanidad”<sup>853</sup>. (...) “Mientras las mujeres no se presten a las relaciones sexuales sin previos sentimentalismos, la prostitución seguirá existiendo (...) ese empalagoso e irritante sentimentalismo femenino da por resultado el tener el hombre echar mano a la prostitución para satisfacerse sexualmente”<sup>854</sup> (...) “En ellos la necesidad sexual aprieta con una violencia que muy pocas mujeres conocen, y que muy pocas de vosotras sentís. Vivir virgen de pene un hombre sano y robusto, es más terrible que estar quince días sin dormir porque no le dejan a uno”<sup>855</sup>.

Por otro lado, creyó que para acabar con la prostitución la solución radicaba en la creación de una nueva ética basada en la libre concurrencia sexual, sin prejuicios, vergüenzas, ni lazos afectivos. La redención sexual y amorosa del sexo femenino desencadenaría en la posibilidad de que los varones desplegaran sus naturales instintos:

“(...) es innegable que es más fácil conseguir mujeres comprándolas, que conseguir las porque ellas se den gustosamente. La prostitución, por tanto, sería la consecuencia lógica en una sociedad donde, limitando el instinto natural masculino, se exige castidad y fidelidad a las mujeres. (...) el matrimonio no es una institución fundamentalmente erótica, sino que es esencialmente económica. Hay quien dice que el hombre es monógamo; pero lo cierto es que mientras exista el matrimonio al modo

---

<sup>852</sup> GALLARDO NIEVA, Mariano, “La feria sexual”, *Iniciales*, junio 1935, p. 13. Citado en DIEZ, X., *El anarquismo individualista...*, op. cit., pp. 258-259.

<sup>853</sup> GALLARDO NIEVA, Mariano, *El sexo, la prostitución y el amor*. Toulouse, Universo, s.f., p. 17.

<sup>854</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>855</sup> *Ibidem*, p. 11.

actual, el adulterio es inevitable y la prostitución también. Pocos hombres se conforman con conocer durante su vida a una sola mujer. El que lo hace, o es un sabio o un imbécil de remate” (...) “el deseo de variación sexual no es un vicio, sino que es una necesidad biológica del hombre” (...) “Hay que tener también en cuenta el caso de muchas mujeres que, no obstante al contar con una ocupación para vivir, acaban prostituyéndose. Sin duda porque esa actividad les es más fácil y menos penosa que su oficio o profesión habitual. La prostitución se acabaría poniendo en juego varios factores de difícil realización” (...) “poniendo en práctica una libertad sexual amplia y juiciosa” (...) “procurando a la mujer iguales medios de vida que al hombre. Y por último, educando moral y científicamente a la mujer y al hombre con miradas a construir una ética sexual nueva, en la cual el hombre no sea tan maligno para la mujer ni ésta tan estúpida para el hombre”<sup>856</sup>.

A diferencia de otros intelectuales ácratas, como por ejemplo Anselmo Lorenzo, Mariano Gallardo descartó la fragilidad económica como desencadenante de la prostitución. Su discurso se presentaba perceptiblemente sesgado, probablemente, por la mirada masculina de la que provenía. Por añadidura, sus argumentos llegaban incluso a responsabilizar directamente a las mujeres, prostitutas o no, de su esclavitud sexual y de las insatisfacciones sexuales de los varones. Tal vez, el ejemplo de Mariano Gallardo sea el más extremo en relación a los discursos de hombres que divulgaron concepciones de género transgresoras pero férreamente mediatizadas por la subjetividad masculina.

### **10.5 - Isaac Puente y Félix Martí Ibáñez: Eugenesia y revolución sexual**

A la altura de principios de siglo, las cuestiones eugenésicas comenzaron a incentivar mayores espacios de disensión dentro de los sectores intelectuales ácratas. Una ola de reforma sexual incentivó que afloraran teorías que concordaron con las tesis de la liberación sexual femenina<sup>857</sup>. Encarecieron a la mujer a ser “dueña de sí misma”, de su maternidad. De este modo lo afirmaba el médico anarquista Luis Bulffi, promulgador del libre acceso a métodos anticonceptivos<sup>858</sup>. Pero esto no fue en el caso de otros y otras militantes. Los ya citados Bonafulla o Urales, por ejemplo, se resistían a

---

<sup>856</sup> GALLARDO NIEVA, Mariano, “La prostitución sexual”, *Iniciales*, mayo 1937, p. 7. Citado en DIEZ, X., *El anarquismo individualista...*, op. cit., pp. 282-283.

<sup>857</sup> Véase NASH, Mary, “La reforma sexual en el anarquismo español” en HOFMANN, Bert, JOAN I TOUS, Pere y TIETZE, Manfred (Coords.), *El anarquismo español y sus tradiciones*. Madrid, Iberoamericana: Vervuert, 1995, pp. 281-296.

<sup>858</sup> NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier, “Neomalthusianismo y clase obrera en la cultura anarquista española” en *Actes de les IV Trobades D’Historia de la Ciència i de la tècnica*. Barcelona, SCHCT, 1997, pp. 317-327. Véase también del autor *¡Huelga de vientres! Medios prácticos para evitar las familias numerosas* (1906). Bulffi abogaba por el control de la natalidad por medio de métodos anticoncepcionales. Sus tesis partían de una estrategia revolucionaria, pero también preocupada por la salud de las mujeres. Por el contenido de este panfleto pasó por varios procesos judiciales.

admitir estas formas de control de la natalidad<sup>859</sup>.

Dentro de esta vía neomalthusiana libertaria debemos destacar al alavés Isaac Puente Amestoy (1896-1936) y al librepensador Félix Martí Ibáñez (1911-1972)<sup>860</sup>. Ambos, preocupados por la insalubridad moral y vital de la clase obrera, fueron, al igual que Mariano Gallardo, divulgadores de una nueva ética sexual, asentada en la defensa de la maternidad consciente, la libertad sexual, el nudismo, la abolición de la prostitución, la desintoxicación religiosa del sexo, el derecho al divorcio o el acceso abierto a los métodos anticonceptivos<sup>861</sup>. Estos dos médicos aspiraban, a través del tratamiento de temas entonces tabú, a la redención del proletariado y de la mujer por medio de principios eugenésicos.

Isaac Puente, fusilado a los inicios de la Guerra Civil, fue un célebre médico y activista de la CNT y de la FAI. Conocido con el seudónimo de “Un médico rural” colaboró en numerosas revistas anarquistas donde escribió sobre salud, sexualidad, causas sociales de las enfermedades, etc<sup>862</sup>. Sostuvo puntos de vista neomalthusianos, eugenésicos y naturistas en favor de acabar con la prostitución. Además, Isaac Puente difundió información acerca de los métodos anticonceptivos en la prensa libertaria. Respaldó enérgicamente “el derecho de la madre a serlo plenamente y a dejarlo de ser” y, por consiguiente, “la emancipación de la mujer de la esclavitud de su sexo: el parir incesantemente”<sup>863</sup>.

La introducción en el anarquismo de la idea de licitud de la relación sexual como actividad placentera, y no meramente reproductiva, fue también uno de los ingredientes

---

<sup>859</sup> Véase ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política...*, op. cit.

<sup>860</sup> MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, *Tres mensajes a la mujer: Mensaje eugénico a la mujer, mensaje a la mujer obrera, la mujer en la revolución*. Barcelona, Colección Nueva Era, 1937; MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, *Mensaje eugénico a la mujer*. Barcelona, Pub. Conselleria de Sanitat y Asistencia Social de la Generalitat de Catalunya, 1937. Martí Ibáñez, acabada la Guerra Civil, huyó a Francia y luego a Estados Unidos. En el país americano trabajó para distintas editoriales y entidades académicas, donde murió en 1972 de un ataque cardíaco.

<sup>861</sup> Esta ética sexual propuesta por Puente puede apreciarse en su artículo UN MÉDICO RURAL, “A modo de Programa”, *Estudios*, nº 94, 1931, pp. 7-9; MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, “Nueva moral sexual”, *Estudios*, nº 134, octubre 1934, pp. 13-15; MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, “Erótica, matrimonio y sexualidad”, *Estudios*, nº 136, diciembre 1934, pp. 21-23; MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, “Eugenesia y moral sexual. Carta a una muchacha española sobre el problema sexual”, *Estudios*, nº 138, febrero 1935, pp. 5-6.

<sup>862</sup> Algunas de ellas fueron *Iniciales*, *Generación Consciente*, *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, *Estudios*, etc. En esta última, dirigió un consultorio psicosexual, una sección de divulgación y educación sexológica donde resolvía todo tipo de dudas a sus lectores/as.

<sup>863</sup> PUENTE, Isaac, “Neomalthusianismo”, *Estudios*, nº 87, octubre 1930, pp. 10-11.

que repercutieron en la extensión de ideas liberadoras para las mujeres<sup>864</sup>. Sin embargo, en consonancia con los límites de las propuestas de utopía sexual de muchos hombres ácratas, según su lógica, la maternidad seguía siendo un aspecto que definía a la mujer. Pese a separar el placer sexual de la reproducción, de promulgar por una moral sexual igualitaria entre los sexos y por la autonomía sexual y corporal de la mujer, la maternidad constituía, a juicio de Isaac Puente, “la plenitud de lo femenino”<sup>865</sup>. Entendía que el embarazo “suele remediar en algunas mujeres la falta de sensación de hartura, ya que este proceso es el complemento que precisa la sexualidad femenina para alcanzar su plenitud”<sup>866</sup>. De todas maneras, con inusitada modernidad, el doctor Puente apostaba tajantemente por la libre elección de la mujer a decidir sobre su cuerpo: “Abortar siempre que ella lo quiera. Su cuerpo es suyo”<sup>867</sup>.

No solamente médicos como Isaac Puente, sino también feministas ácratas como Federica Montseny o la maestra naturista Antonia Maymón, habían mantenido la idea de que la maternidad constituía el eje central de la identidad femenina<sup>868</sup>. Federica Montseny, que abogó en sus escritos por un nuevo tipo de mujer “indomable”, no rompió en ningún momento con esta tendencia a identificar a las mujeres con la maternidad. Su modelo era pues el de una mujer independiente del varón, pero siempre definida como madre: “Mujer sin hijos es árbol sin frutos, rosal sin rosas, la cuestión está en saber ser madre y serlo consciente y voluntariamente”<sup>869</sup>.

En otro orden de cosas, conviene señalar que la recurrente idealización masculina de la belleza ligada a la feminidad forjaba una visión cosificada de lo femenino. Félix Martí Ibáñez, en su caso, no ocultó su anhelo por el advenimiento de la Anarquía, la que se encarnaba en la belleza de la mujer, la musa inspiradora de la revolución social:

---

<sup>864</sup> PUENTE, Isaac, “El amor libre”, *Generación Consciente*, nº 61, 1 diciembre 1924. Extraído de ÁLVAREZ JUNCO, José, op. cit.

<sup>865</sup> Véase sobre la postura de Isaac Puente en este sentido “Maternidad y sexualismo”, *Estudios*, nº 93, 1931, pp. 8-9.

<sup>866</sup> FERNÁNDEZ DE MENDIOLA, Francisco, *Puente: El médico anarquista*. Pamplona, Txalaparta, 2007, p. 135.

<sup>867</sup> NAVARRO, Francisco Javier, *El paraíso de la razón: La revista Estudios, 1928-1937 y el mundo cultural anarquista*. Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1997, p. 133.

<sup>868</sup> De Isaac Puente destaca PUENTE, Isaac, “Consciencia maternal”, *Estudios*, febrero 1932, pp. 7-9.

<sup>869</sup> Véase TAVERA GARCÍA, Susanna, “Federica Montseny y el feminismo. Unos escritos de juventud”, *Arenal*, vol. 1, nº 2, 1994, pp. 307-329.

“Para mí al menos, el Comunismo Libertario es a la Anarquía, lo que la Venus de Milo a la Belleza femenina. Aquella es una forma de Anarquía, como ésta es una forma de Belleza, pero por ser forma concreta, ha tenido que ser planeada, “programada”, a trueque de limitación, ¡naturalmente!, pero asegurando con ello la realización de esa forma de Belleza, como queremos realizar la forma de Anarquía”<sup>870</sup>.

Por otra parte, no puede quedar desapercibido que Martí Ibáñez, en calidad de Director General de Sanidad y Asistencia Social de la Generalitat de Cataluña, llevó a cabo una malograda pero inédita iniciativa<sup>871</sup>. Junto con Federica Montseny y la asistencia de Mujeres Libres fundó los conocidos como Liberatorios de Prostitución, destinados a las que deseaban abandonar la prostitución. En estos centros recibían ayuda y formación. Así lo recordaba y detallaba el propio Martí Ibáñez:

“Concebimos los liberatorios de prostitución” (...) “sobre la base de que la prostituta representa el estadio final de un proceso de desadaptación en su triple modalidad: social, amorosa y biológica” (...) “Verificado el censo de prostitutas, y sobre los datos que ya obraban en nuestro poder, pensábamos instalar liberatorios de unas 200 plazas de cabida y agrado de hogar –nunca con similitud de cárcel–”<sup>872</sup>.

En ese mismo escenario bélico Martí Ibáñez promulgó la despenalización del aborto por vía del Decreto de la Generalitat de Cataluña del 25 de diciembre de 1936<sup>873</sup>. Esta orden se efectuó por razones de salud pública y eugenésicas, para evitar el nacimiento de niños no deseados, muchas veces abandonados por las malas y pauperosas condiciones de sus padres. Lo hizo en aras de mitigar, en resumidas cuentas, la práctica de abortos clandestinos de riesgo que producían daños gravemente severos en el cuerpo de las mujeres. Pero también se contemplaba la dimensión personal, pues en esta reforma sólo se pedía la decisión de la mujer, incluso de mujeres menores de

---

<sup>870</sup> FERNÁNDEZ DE MEDIOLA, Francisco, *Isaac Puente: El médico anarquista*. Pamplona, Txalaparta, 2007, pp. 181-182.

<sup>871</sup> Se inició en el anarquismo al ingresar en las Juventudes Libertarias. Durante la Guerra Civil fue soldado de la columna Durruti y portavoz español en los Congresos para la Paz Mundial. En su exilio a EEUU consiguió iniciar una carrera literaria y ser catedrático de Medicina. Para profundizar en su vida véase MARTÍ BOSCA, José Vicente y REY GONZÁLEZ, Antonio, “Félix Martí Ibáñez: aportación biográfica a su etapa española (1911-1939)”, *Medicina & historia: Revista de Estudios Históricos de las Ciencias Médicas*, nº 2, 2001, pp. 1-15 o CLEMINSON, Richard, “Sexuality and revolution of mentalities: Anarchism, science and sex in the thought of Félix Martí Ibáñez”, *Anarchist Studies*, nº 5, 1997, pp. 45-58.

<sup>872</sup> MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, “Sanidad, asistencia social y eugenesia en la Revolución social española”, *Estudios*, año XV, nº 160, Valencia, enero 1937, p. 38. Otra fuente en la que relata su experiencia como impulsor de esta reforma MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, *Obra. Diez meses de labor en Sanidad y Asistencia social*. Barcelona, Tierra y libertad, 1937.

<sup>873</sup> MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, *Tres mensajes a la mujer...* op. cit. Uno de estos mensajes se reeditó en MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, *Mensaje eugénico a la mujer*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, Conselleria de Sanitat i Asistencia Social, 1937.

edad. También se contemplaba edificar centros de planificación familiar en los que se les ofrecía información y se les proveía de anticonceptivos. Evidentemente, los condicionamientos de la guerra, las resistencias de una gran cantidad de profesionales y la falta de recursos de la ley hicieron que esta no fuese mínimamente efectiva en sus objetivos.

### **10.6 - El anarco-feminismo, una lucha autónoma de “Mujeres Libres”**

Las actitudes remisas y temerosas a la autonomía y autorganización de las mujeres fueron una constante entre las filas del anarquismo. De todos modos, por ejemplo, Mariano Rodríguez Vázquez (1909-1939), voz discrepante ante las actitudes discriminatorias contra las mujeres militantes, modificaba ligeramente este estado de opinión mayoritariamente incrustado en el movimiento ácrata. Vázquez equiparaba la explotación de clase con el dominio que los varones ejercían sobre la mujer y reconocía, por ello, la legitimidad y la necesidad de que se articulara un movimiento de mujeres autónomo.

Mariano Rodríguez Vázquez, apodado “Marianet”, fue un destacado anarcosindicalista que llegó a desempeñar entre 1936 y 1939 el cargo de Secretario Regional de Cataluña de la CNT<sup>874</sup>. A parte de su trayectoria de lucha sindical, de gran interés son también los contactos que mantuvo con Emma Goldman. A finales de junio de 1939, cuando la quedaba menos de un año de vida, Goldman celebraba en Toronto su setenta cumpleaños. Desde París le llegó un cariñoso mensaje de Mariano Vázquez, que le agradeció todo el apoyo prestado por ser, en su opinión, “madre espiritual” de la revolución española. Ella misma valoró esta carta como el tributo más hermoso que había recibido en su vida, aunque simultáneamente, Rodríguez Vázquez era para ella, tal y como declaró en alguna que otra ocasión, un hombre demasiado “sectario, rígido e insociable”<sup>875</sup>. En cualquier caso, “Marianet” llamó la atención a sus compañeros masculinos, subrayando que algunos de los más ardientes incondicionales de las tesis

---

<sup>874</sup> Fue un joven albañil de etnia gitana que conoció las ideas anarquistas durante su estancia en prisión, hecho que le influyó profundamente y que lo convirtió en un completo convencido del ideal libertario. Poco sabemos de su vida privada. Lo que sí se conoce es que tuvo una compañera sentimental, Conxita Dávila, la cual se exilió a México durante la Guerra Civil. Rodríguez Vázquez tras exiliarse también, murió ahogado en Francia en 1939.

<sup>875</sup> PORTER, David, *Vision on fire: Emma Goldman on the Spanish revolution*. Edinburgh, AK Press, 2006, p. 56.

libertarias “sólo lo son (...) cuando se trata de la lucha de clases y dejan de serlo en el preciso momento que cruzan el umbral del hogar”:

“Entonces, el anarquista queda puertas afuera, arrinconadito en el quicio de la puerta, y penetra el amo, con su despotismo y absolutismo integral. El compañero, el hermano, no queda compañerismo; simplemente quien manda y quien ha de obedecer”<sup>876</sup>.

Un anarquista ejemplar, a juicio del líder anarcosindicalista, si fuese consecuente con el ideario libertario, no podía ejercer autoridad alguna sobre nadie para que lo obedezca, por consiguiente, tampoco sobre la mujer: “¿Pero por qué tiene que obedecer nadie? ¿No hemos convenido en que no sólo es responsable de la desigualdad quién manda?”. Seguidamente, terminaba de desarrollar su argumentación:

“(...) los camaradas no elevan a sus compañeras ni les ceden el lugar de iguales que les corresponde por ley natural (...) ¿Nos extraña que el burgués no quiera ceder su posición ni tan siquiera igualarse a sus obreros? (...) Entre la mujer y el hombre ocurre lo propio. El macho se siente más satisfecho teniendo una criada que le haga una comida, lave la ropa, arregle el hogar, que teniendo a una igual”<sup>877</sup>.

Otro hecho a resaltar es que en un artículo publicado también en *Solidaridad Obrera* una de las cofundadoras de Mujeres Libres, Lucía Sánchez Saornil, había manifestado su intención de crear un órgano de mujeres independiente de las organizaciones libertarias. El proyecto lo hizo público en la prensa anarquista en noviembre de 1935, a la vez que declinaba la oferta del propio Rodríguez Vázquez de participar en una página femenina para el periódico. Instó a “compañeras y camaradas” a enviar artículos por “la conveniencia de que semanalmente se dedicara una página de *Solidaridad Obrera* a la mujer”, puesto que “la prensa burguesa, en su mayoría, lo hace ¿Por qué no hacerlo nosotros?”<sup>878</sup>. Saornil respondió a Rodríguez Vázquez excusándose: “(...) amigo Vázquez, no recojo tu sugerencia (...), aunque es muy interesante, porque mis ambiciones van más lejos; tengo el proyecto de crear un órgano independiente”<sup>879</sup>.

---

<sup>876</sup> RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, Mariano, “Por la elevación social de la mujer”, *Solidaridad Obrera*, 10 de octubre 1935, p. 4.

<sup>877</sup> *Ibidem*.

<sup>878</sup> RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, Mariano, “Por la elevación...”, op. cit.

<sup>879</sup> SÁNCHEZ SAORNIL, Lucía, “Resumen al margen de la cuestión femenina. Para el compañero M. R. Vázquez”, *Solidaridad Obrera*, 8 noviembre 1935. También se ofreció el anarquista Hernández Domenech. Véase *Carta de Mujeres Libres al libertario murciano Hernández Domenech*, 27 mayo 1936.



Finalmente se creó Mujeres Libres, cuya revista estaba editada y escrita exclusivamente por mujeres, sin aceptar en varias ocasiones ofrecimientos de colaboración voluntaria por parte de algunos hombres<sup>880</sup>. La intención de la revista partía del deseo de que el trabajo intelectual de la publicación recayera únicamente en mujeres, pero también obedecía a la valoración de las apreciaciones y contribuciones que los varones solían formular. En el texto que encabeza el primer número de la revista ya se dejaba meridianamente claro que “Mujeres Libres quiere (...) hacer oír una voz sincera, firme y desinteresada, la de la mujer: pero una voz propia, la suya, la que nace de su naturaleza íntima; la no sugerida ni aprendida en los coros de teorizantes”<sup>881</sup>. Tras 20 meses desde su constitución, el comité de redacción de su revista se enorgullecía de sus éxitos, forjados únicamente por la iniciativa y capacidad de las mujeres que la integraban, “un bloque femenino que ha progresado por sí mismo”<sup>882</sup>. A la luz de sus palabras no es improbable pensar que preexistía un deseo de autonomía frente al tutelaje masculino en general y particularmente de los compañeros de sindicato y del movimiento libertario:

“No creemos en la modestia (...) La Federación Nacional “Mujeres Libres” es el exponente más rotundo que se haya dado jamás de capacidad femenina (...) la mujer ha demostrado que sabe administrarse y valorizarse (...) Entre los hombres había llegado a manejarse un axioma la frase “el peor enemigo de la mujer es la mujer misma”; querían unos dar a entender que serían sancionadas con la censura de las demás”<sup>883</sup>.

Observaban que, en la inmensa mayoría de los casos, las aproximaciones de los hombres a la hora de transmitir el problema de la mujer no eran demasiado acertadas<sup>884</sup>: “Sabemos por experiencia que los hombres, por muy buena voluntad que pongáis, difícilmente atináis en el tono preciso”<sup>885</sup>. Resultaba evidente también, como la misma

---

Extraído de NASH, Mary, *Mujer y movimiento obrero...*, op. cit., p. 115. Por más que hayamos indagado no hemos encontrado más información en torno a Hernández Domenech.

<sup>880</sup> ACKELSBURG, Martha, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona, Virus, 2000, pp. 164-168.

<sup>881</sup> *Mujeres Libres*, nº 1, mayo 1936.

<sup>882</sup> “La federación”, *Mujeres Libres*, nº 13, 1938.

<sup>883</sup> *Ibidem*.

<sup>884</sup> Ya observó en su momento Anselmo Lorenzo el hecho de que las mujeres feministas habían ido “recibiendo con mezcla de gratitud y de duda el apoyo de ciertas entidades masculinas”. LORENZO, Anselmo, “Sobre la mujer”, op. cit., p. 77.

<sup>885</sup> *Carta a Hernández Doménech...*, 27-5-36, sección Político-Social Madrid del Archivo General de la Guerra Civil Española. Extraído de MONTERO BARRADO, Jesús M<sup>a</sup>, “Mujeres Libres...”, op. cit., p. 12. Según el historiador Jesús María Montero Barrado hubo cuatro camaradas que se ofrecieron, entre ellos Morales Guzmán y Mariano Gallardo Nieva.

Saornil replicó a Rodríguez Vázquez en la carta anteriormente citada, que “muchos compañeros desean sinceramente el concurso de la mujer en la lucha; pero este deseo no responde a la modificación de su concepto de mujer”. Advertía, por consiguiente, que “antes de decidirse ningún compañero a emplearlos [la conferencia, el mitin o el periódico para la divulgación de mensajes dirigidos a las mujeres] es necesario que tenga en cuenta que precisa de un tacto y una habilidad extrema para no hacer una labor negativa” (...) “los que no hubieran logrado esta conclusión preferible es que callen”<sup>886</sup>.

A tenor de ello, la escritora feminista respondía a afirmaciones como la siguiente, firmada por el propio Vázquez: “no sólo cabe culpar al hombre por ser tirano, sino también a la mujer por avenirse a ser esclava” (...) “digámosle a la mujer que es responsable de su esclavitud”<sup>887</sup>. Saornil reprendió a quienes solían cargar de culpabilidad a las mujeres por soportar el yugo masculino: “Pero no olviden nuestros propagandistas (...) no es el mejor camino echarles en cara un crimen del que son sólo víctimas”<sup>888</sup>.

La coartífice de Mujeres Libres, además, llamó la atención en otro punto a gran parte de sus camaradas, en especial a quienes figuraban ser adalides de la redención de la mujer. En este caso, apuntó a una de las tesis del presente estudio. A estos defensores de su liberación, les achacó el que trabajaran porque las mujeres se incorporasen a la senda militante y el que escribieran artículos para “atraerlas” al campo revolucionario, pero con ánimo más bien de utilizarlas:

“(...) desean su concurso como un elemento que puede dar facilidades para la victoria, como una aportación estratégica podríamos decir, sin que ello les haga pensar ni por un instante en la autonomía femenina, sin que dejen de considerarse a sí mismos el obbligo del mundo. Son estos los que dicen en momentos de agitación: ¿Por qué no se organizan manifestaciones de mujeres? Una manifestación de mujeres es a veces más eficaz y la fuerza pública se detiene un poco ante ellas”<sup>889</sup>.

Federica Montseny también señaló las contradicciones de los hombres que en teoría se sumaban, a veces con retórica fervorosa, a la empresa emancipadora de sus compañeras. Su “alma” caballeresca y galante se enmascaraba bajo un lenguaje de

---

<sup>886</sup> SÁNCHEZ SAORNIL, Lucía, “Resumen al margen...”, op. cit.

<sup>887</sup> RODRÍGUEZ VÁZQUEZ, Mariano, “Por la elevación...”, op. cit.

<sup>888</sup> SÁNCHEZ SAORNIL, Lucía, “Resumen al margen...”, op. cit.

<sup>889</sup> *Ibidem*.

emancipación. Según Montseny, la defensa de estos “paladines” no nacía de la convicción de unos ideales, más bien lo hacía bajo una defensa bien intencionada de protección masculina ante el estado de subalternidad social de las mujeres. Insistió en que la liberación del sexo femenino debía ser encabezada e iniciada por ellas mismas, sin el amparo paternalista y condescendiente de quienes se autonombaban salvadores. Clara, personaje de la novela *Victoria* (1925) de Federica Montseny, proclamaba la necesidad de la autonomía de la mujer en la lucha por sus derechos y de rechazar el “auxilio” del hombre:

“Todas las defensas masculinas de la mujer, la de Oswald inclusive, se dirigen a la mujer como mujer, no como ser humano. Y la mujer, como mujer, es siempre considerada débil y se halla ahora, realmente, en una situación de inferioridad física y moral con respecto al hombre. Proteger la debilidad femenina es obra de hombres buenos y caballerescos, pero nunca obra reivindicadora de la mujer. Es más; esta obra no pueden hacerla los hombres ni es lógico que la hagan. Debemos ser las mujeres las que nos reivindicemos, fortalezcamos y dignifiquemos. Debemos ser nosotras las que aceptemos como ofrenda la galantería del hombre, pero nunca como necesidad. Debemos ser nosotras las que conquistemos iguales derechos (...)”<sup>890</sup>.

Precisamente, sobre el personaje de Clara de Federica Montseny se pronunció la anarcofeminista Isabel Hortensia Pereira (1895-1975), fundadora de escuelas racionalistas en Cataluña y Andalucía. La cenetista argentina hizo sus observaciones en torno a la conversación de Clara y los dos “campeones” y “paladines” de la mujer. Señaló que ellos representaban a esos hombres que caían en contradicciones, porque a la hora de compartir su vida con una mujer, que demandaba libertad e igualdad plena, los ideales teóricos igualitarios de ellos, finalmente, no coincidían del todo con sus acciones: “por encima de todo son hombres, y esto significa que siempre se halla en ellos el poseedor, el amo, el tirano de la mujer”. Pereyra indicaba las rémoras culturales, de siglos y siglos, que arrastran a esa tipología de hombres a la incoherencia entre teoría y práctica:

“Y que por mucho que un hombre se liberte de prejuicios y ame a la libertad en todas sus manifestaciones, hállese tan arraigada en él, desde siglos y siglos, la soberanía sobre el otro sexo, que si pudiéramos leer en el pensamiento de los que más dicen pretenden la igualdad de varón y de hembra, veríamos con espanto que éstos son los que conceden menos libertad de obrar y de opinar a su compañera. Unos se excusan con que la mujer no sabe hacer verdadero uso de la libertad cual le sucede a Évora, coincidiendo

---

<sup>890</sup> MONTSENY, Federica, “Victoria”, *La Revista Blanca*, 1 marzo 1925, op. cit., p. 19.

con la burguesía cuando arguye que si no hubiese quien mandara nadie querría trabajar; y otros opinan que en esta sociedad, por lo menos, la vida de relación impone una pequeña diferencia de la libertad del hombre a la de la mujer. Dentro del hogar, en nuestro amor, podemos ser iguales, podemos no admitir norma ni restricción alguna, pero frente al mundo que nos rodea, que a pesar de nuestras protestas y de nuestras aspiraciones nos rodeará durante bastante tiempo, de ninguna manera pueden borrarse las pequeñas variaciones que diferencian la vida del hombre de la de la mujer” (...) “Luego el eterno temor en ellos a hacer el ridículo, a que el mundo se entere que en casa no saben imponerse, que no son obedecidos” (...) “no esperemos que el tirano nos devuelva la libertad”<sup>891</sup>.

El anarcosindicalista malagueño Antonio Morales Guzmán (1903-1973) puede que, como muchos otros, respondiese a los personajes que Montseny dibujó en sus novelas de ficción<sup>892</sup>. Pero por lo menos en su discurso censuraba esas mismas incongruencias que Clara. De un modo parecido a su compañero Mariano Rodríguez Vázquez, Morales Guzmán denunció la marginación y el generalizado maltrato padecido por las mujeres en las agrupaciones anarquistas:

“Cuando leemos en nuestra prensa la constitución de tal o cual agrupación femenina, nos extraña grandemente. Cuando vamos a un mitin o a una conferencia, nos sobresalta la presencia de una docena de compañeras. Cuando nos preguntan algo relacionado con las ideas nos encogemos de hombros. Cuando una mujer expresa su opinión en una tertulia, asamblea o en el hogar, nos decimos con misterio ¿será una loca?”<sup>893</sup>.

Tampoco guardó silencio a propósito de las incongruencias reinantes entre las filas masculinas del mundo libertario en el hogar. Morales Guzmán veía inaceptables las contradicciones de los militantes entre su comprometida lucha por la abolición del yugo social del régimen burgués y el despotismo que ejercían sobre sus compañeras de militancia y de vida:

---

<sup>891</sup> HORTENSIA PEREIRA, Isabel, “En defensa de Clara”, *La Revista Blanca*, 1 julio 1925, pp. 2-3.

<sup>892</sup> Se erigió como uno de los más activos militantes de la CNT granadina. Participó en la constitución de las Juventudes Libertarias granadinas y de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias en su congreso constitutivo en Madrid. Fundó el periódico *Anarquía* y escribió numerosos artículos en la revista *Estudios*, *Solidaridad Obrera*, *Tierra y Libertad*, etc. Además, durante la Guerra Civil dirigió la Columna CEFA (Confederación Española de Federaciones Anarquistas) y editó en Guadix *Hombres Libres*. Acabó exiliándose a Francia gracias a que tuvo la posibilidad de traspasar los Pirineos. Sin embargo, pronto los nazis lo hicieron prisionero y lo deportaron en 1941 al campo de concentración de Mauthausen. Tras aquella traumática experiencia, su activismo libertario no cesó y siguió participando en congresos y plenos libertarios en el exilio.

<sup>893</sup> MORALES GUZMÁN, Antonio, “Ocupémonos de la mujer”, *Tierra y Libertad*, 12 julio 1935, p. 3. Otro artículo suyo referente a la sindicación de las mujeres MORALES GUZMÁN, Antonio, “La mujer acude a los sindicatos. Jornada de un movimiento femenino”, *Solidaridad Obrera*, 12 marzo 1936.

“No comprendemos cómo un obrero (...) se convierte en su hogar en un tirano y en jefe de unos principios autoritarios que están en contradicción con la libertad de su pensamiento. ¿Con qué conducta y con qué personalidad moral protestan estos camaradas? ¿No es su hogar un pequeño estado violento y autoritario? ¿No es el ladrón que explota a su mujer y le arrebató sus libertades, no es el carcelero que convierte su hogar en una cárcel?”<sup>894</sup>.

Morales Guzmán, además, compartía con otros y otras militantes que la mujer suponía un agente fundamental para el proceso revolucionario, porque era la educadora de la humanidad: “la mujer es para nuestros ideales la segunda fase de la Revolución, la etapa cultural y educativa de la venidera generación”. Era una pieza clave para la construcción del comunismo libertario. En cambio, lamentó que los hombres proletarios no apreciaran ese valor:

“(...) empleada en el hogar como una máquina humana para concebir y criar seres dóciles y obedientes al Estado y a la Religión. Más de una vez hemos visto en el hogar obrero una categoría de gobierno con los mismos resabios autoritarios y con los mismos métodos represivos. Esto es intolerable”<sup>895</sup>.

Por todas estas razones, Morales Guzmán espoleaba a integrar a la mujer en las organizaciones ácratas y a “desgarrar el velo que cubre los derechos y libertades de la mujer, dedicando una parte de nuestras actividades sociales a desprenderles de su sueño y sumisión” (...) “del yugo que sobre ellas pesa”<sup>896</sup>.

Por otra parte, resulta conveniente rescatar también la figura de Galo Díez (1884-1938), dirigente de gran influencia en el anarcosindicalismo vasco. Autor del folleto *La mujer en la lucha social* (1922), apostaba por la transformación del status social de la mujer como pieza decisiva en la culminación de la revolución social: “Aquí en España como en resto del mundo, digámoslo una vez más, es preciso que la mujer surja a la vida social e intervenga en sus palpitaciones y agitaciones, agrupándose y actuando en un sentido individual y colectivo”<sup>897</sup>. Estaba convencido de que la lucha de las mujeres debía de trascender más allá de la propia Revolución, porque sus derechos como mujeres también debían de ser reconocidos en aras de alcanzar una sociedad más justa e igualitaria: “Mujeres, estudiad para dejar de ser ignorantes y rutinarias; rebelaos para

---

<sup>894</sup> Extraído de PINO, Marina, “Mujeres Libres, un movimiento feminista en plena guerra civil”, *Tiempo de Historia*, nº 18, 1976, p. 38.

<sup>895</sup> MORALES GUZMÁN, Antonio, “Ocupémonos de la mujer”, *Tierra y Libertad*, 12 julio 1935, p. 3.

<sup>896</sup> *Ibidem*.

<sup>897</sup> DIEZ, Galo, *La mujer en la lucha social*. Sevilla, Renovación Proletaria, 1923, p. 18.

dejar de ser esclavas; sed revolucionarias para conquistar con vuestro propio esfuerzo, vuestros derechos y vuestro bienestar”<sup>898</sup>. El militante anarcosindicalista también dirigió sus críticas a quienes comulgaban con las doctrinas revolucionarias, pero no guardaban debida coherencia en la praxis. Se refería a quienes anhelaban la libertad individual pero ejercían el poder más despótico y coercitivo contra sus compañeras de familia y/u organización:

“No se puede presumir de amante de la libertad y luchador por la emancipación, y luego ser un intransigente y amigo de imponerse en sus tertulias, reuniones y relaciones sociales, y en el hogar, con su compañera e hijos, un tirano e inquisidor, cuando no un miserable explotador”<sup>899</sup>.

Galo Díez también se sumó a la exteriorización de apreciaciones dirigidas a la belleza de la mujer. Identificaba, al igual que otros tantos compañeros, belleza con feminidad y anarquía: “La felicidad, el bienestar y la libertad que no ha podido proporcionarnos la religión ni los diferentes sistemas políticos con sus montones de leyes y decretos, los hallaréis en la Anarquía: bella y hermosa cual vuestras virginales caras a las veinte primaveras”<sup>900</sup>.

Contra el feminismo sufragista-burgués, pero apostando simultáneamente por “la emancipación de la mujer por la ruta de la Anarquía”, el anarquista vasco partía de la idea de que las mujeres necesitaban articular movimientos propios y agruparse exclusivamente entre ellas: “la emancipación de la mujer ha de ser obra de ella misma”<sup>901</sup>. Esta tesis rompe con la tendencia masculina de autoasignarse la tarea de salvadores y de concebirse como vanguardia de la liberación femenina.

Al mismo tiempo, no debemos orillar que en el seno mismo del feminismo anarquista se darán dos estrategias distintas a propósito de la autorganización femenina. En este asunto, la discrepancia no se dirimía entre una inmensa mayoría de hombres que se oponían a la misma y un contado número que la promocionaban. La polémica se desarrolló más que nada entre las propias mujeres anarco-feministas. La primera de las tendencias a las que hacemos alusión negaba, en mayor o menor grado, un problema

---

<sup>898</sup> *Ibidem*.

<sup>899</sup> DÍEZ, Galo, *Esencia ideológica del sindicalismo*, Gijón, Publicaciones de El Vidrio, 1922, p. 38.

<sup>900</sup> DÍEZ, Galo, *La mujer en la lucha...*, op. cit., p. 17.

<sup>901</sup> *Ibidem*.

específico de las mujeres como grupo oprimido. Valoraban, en el mejor de los casos, que aun resultando legítimo el objetivo de una emancipación de su sexo, esta no podía separarse de la lucha obrera, por lo que no se congratulaban con una lucha autónoma de mujeres. La dirigente Federica Montseny, cuyo proyecto se fundamentaba en un camino de liberación individual en el que ambos sexos compartían responsabilidad, sería la representante más reconocida de esta apuesta estratégica<sup>902</sup>.

Sobre la segunda vertiente cabe resaltar que sus máximas representantes serían quizás, por citar a algunas, Teresa Claramunt y Lucía Sánchez Saornil. Esta corriente se basaba en que debían ser las propias mujeres las que llevaran la iniciativa en la lucha por su propia emancipación porque los hombres por sí solos no abandonarían su posición de privilegio<sup>903</sup>. Claramunt coincidía con el pensador anarquista francés Sebastian Faure, el cual convidaba a la urgente necesidad de que las mujeres se agruparan por sí mismas. El objetivo era, de esta manera, crear un movimiento feminista propio a partir de grupos afines. En España, el anarquista Galo Diez, el ya citado Morales Guzmán o incluso Mariano Rodríguez Vázquez, junto con Claramunt y las que fundaran Mujeres Libres, serán quienes se aproximen más a los planteamientos de Faure<sup>904</sup>.

---

<sup>902</sup> NASH, Mary, *Mujer y movimiento...*, op. cit., p. 36.

<sup>903</sup> *Ibidem*, p. 25-26.

<sup>904</sup> *Ibidem*, p. 34-35.





## **PARTE IV**

### **HOMBRES EN DECONSTRUCCIÓN: EL SALTO AL ACTIVISMO POR LA IGUALDAD DE GÉNERO**



## CAPÍTULO XI

### CRISIS DE LA MASCULINIDAD TRADICIONAL: LOS HOMBRES POR LA IGUALDAD DE GÉNERO EN ESPAÑA

*“¿El feminismo va a hacer posible por primera vez que los hombres sean libres”*

Floyd Dell<sup>905</sup>

Tras las dos guerras mundiales, con la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral, el marco cultural de las relaciones de género conoció desórdenes y alteraciones de dimensiones hasta entonces desconocidas<sup>906</sup>. El creciente desdibujamiento de los esquemas tradicionales de género supuso no solamente una redefinición significativa de los cánones de feminidad en todos los países “desarrollados”. Se desencadenó, además, lo que se ha conceptualizado como una substancial crisis de la masculinidad tradicional, la cual, de todas maneras, no ha traído ni mucho menos la desaparición definitiva de asimetrías en el reparto de poder entre hombres y mujeres<sup>907</sup>.

---

<sup>905</sup> DELL, Floyd “Feminism for Men”, *The Masses*, julio 1914, p. 19. Citado en KIMMEL, Michael Scott, “From conscience and common sense to feminism for men: Profeminist men’s rethoric of support for women’s equality” en SCHACHT, Steven y EWING, Doris, *Feminism and Men: Reconstructing Gender Relations*. New York University Press, 1998, p. 21.

<sup>906</sup> Betty Friedan describió con inusitada precisión los efectos psicológicos negativos que supuso para amas de casa de clase media el modelo de feminidad instaurado en los EEUU de posguerra. Esta regresión nacía de una reacción defensiva patriarcal a los nuevos esquemas de feminidad que en los años 20 y 30 estaban erosionando los patrones tradicionales. Véase FRIEDAN, Betty, *La mística de la feminidad*. Madrid, Cátedra, (Edición original de 1963), 2017.

<sup>907</sup> Connell trataba la actual crisis de la masculinidad resultante de las dinámicas históricas. Véase “Historical dynamics, violence and crisis tendencies” capítulo del ya clásico CONNELL, Raewyn, *Masculinities*. Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 81-90. Kimmel hizo de igual manera apreciaciones al tema KIMMEL, Michael Scott, “The contemporary crisis of masculinity in historical perspective” en BROD, Harry, *Making of masculinities: The new men's studies*. Boston, Allen and Unwin, 1987, pp. 121-153. En torno a este mismo asunto se han publicado, en diferentes disciplinas, obras y artículos de referencia: CLARE, Anthony, *Hombres: La masculinidad en crisis*. Barcelona, Taurus Ediciones, 2001; RODRIGUEZ DEL PINO, Juan Antonio y MARIN TRAURA, Susana, “Desempleo, hombres y cambio: La masculinidad en busca de un espacio en una sociedad postmoderna” en VAZQUEZ BERMUDEZ, Isabel (Coord.), *Logros y retos: Actas de III congreso universitario nacional “Investigación y género”*. Sevilla, Producciones S.L.N.E., 2011, pp. 1707-1720; DA SILVA CONCHA,

A partir de los años 70 el comienzo de una percepción de desubicación general de los hombres de su posición y de su identidad inauguró un proceso de enorme interés para comprender la emergencia de colectivos de hombres, fueran masculinistas-antifeministas o igualitarios-feministas. El nacimiento de organizaciones que reclaman los “derechos de los hombres” se retrotrae a la eclosión de un “neomachismo” sociológico en ascenso. En España, tras los avances legislativos contra la violencia de género y las medidas en favor de la paridad, estos colectivos buscan despuntar mediática y socialmente con el pretexto de demoler las políticas de igualdad promovidas por el feminismo institucional desde los años 90<sup>908</sup>.

Los varones del siglo XXI no obtienen las mismas respuestas de antaño en su interacción e interrelación con las mujeres. Las conductas masculinas más tradicionales han ido quedando significativamente caducas. La feminidad se ha reformulado socialmente a niveles por los cuales las mujeres han anulado, hasta cierto punto, la transigencia a las más añejas actitudes de dominación y control masculino. La independencia económica de un número cada vez más alto de mujeres y de su acceso masivo a estudios superiores han quebrado las viejas certidumbres del modelo de hombre como único o principal proveedor de la familia y de la pareja. Desde la sociología, la antropología y la psicología social, el concepto “nueva masculinidad” resulta operativo a la hora de escrutar y esclarecer los efectos de una honda crisis de las formas tradicionales de ser y sentirse hombre.

La nostalgia por una masculinidad pasada que se produjo en los años 90, especialmente la planteada por el grupo de los mitopoéticos liderado por Robert Bly, es una señal reveladora del desconcierto de los varones a este nuevo escenario<sup>909</sup>. Fue y es

---

Davenir, “Masculinidad y café con piernas: ¿Crisis, reacomodo o auge de una nueva masculinidad?”, *Gazeta de Antropología*, nº 20, 2004.

<sup>908</sup> Resaltamos las obras de Miguel Lorente Acosta *Los nuevos hombres nuevos: Los miedos de siempre en tiempos de igualdad* (2009), o la obra de Lidia Falcón *Los nuevos machismos* (2014), que estudian y critican estos influjos reactivos. Un análisis comparativo de las diferencias entre ambas corrientes en MESSNER, Michael A., “The limits of the male sex role: An analysis of the men's liberation and men's rights movements discourse”, *Gender and Society*, 1998, nº 12, pp. 255-276 y en el diálogo entre ambos reproducido en KIMMEL, Michael Scott (Ed.), *The politics of manhood: Profeminist men respond to the mythopoetic men's movement and the mythopetic leaders answer*. Philadelphia, Temple University Press, 1995.

<sup>909</sup> Robert Bly, líder de este movimiento, es un poeta estadounidense que venía marcado por la psicología analítica jungiana. Véase para profundizar en su filosofía y pensamiento BLY, Robert, *Iron John*. Barcelona, Plaza & Janes, 1992. Según nos ha contado en una entrevista el promotor de Homes

una corriente más espiritual que política, sin ser estrictamente antifeminista. El objetivo principal de los mitopoéticos es el de liberar a los hombres de unas supuestas limitaciones que, el mundo moderno e industrial, han abocado a que los varones hayan perdido el contacto con su “verdadera naturaleza masculina”.

La conquista de un segmento no desdeñable de las demandas feministas y el acceso, por parte de las mujeres, a los ámbitos de la producción económica y del poder, son mutaciones, en distintos órdenes, que revisten especial centralidad en la búsqueda de una explicación a esta “desorientación” masculina. Por otra parte, además de los indicadores de renta, resulta pertinente meter en la ecuación otros de naturaleza demográfica como, por ejemplo, el progresivo descenso de los índices de natalidad. Los avances tecnológicos y particularmente en el sector de los electrodomésticos –lo que rebajó el peso de esfuerzo y tiempo en las cargas domésticas– constituye también un ingrediente importante que fue, junto a otros citados, ensanchando el horizonte de expectativas de la población femenina. Por consiguiente, sus nuevos horizontes fueron colisionando irremediabilmente con el universo de certidumbres masculinas. Incluso podríamos mencionar la generalización de anticonceptivos, o la inclusión de técnicas de reproducción asistida en las últimas décadas, que algunas autoras y teóricas han planteado como adelantos que restan la función varonil de “preñador”. Muchos hombres, en definitiva, se han visto desplazados de sus funciones tradicionales.

La presencia pública de “otros” hombres percibidos como “amenazantes”, “feminizados” e hipomascuinos ha ido generando también una desestabilización de los significados tradicionales y homofóbicos de la masculinidad. La reacción hostil de amplios sectores masculinos se ha compaginado con el de una aceptación intrincada y paulatina de otras formas de ser hombre, que rompen con la visión monolítica y heteronormativa de la hombría. Los avances sin precedentes de los movimientos asociados a sexualidades e identidades de género marginalizadas y “outsider” han contribuido a ensanchar los espacios de la identidad masculina e incluso a tambalearlos.

---

Igualitaris, Juanjo Compaire, el psicólogo catalán Joan Garriga, durante los años 90, promovió la creación de grupos terapéuticos de varones en el Instituto Gestalt. De inspiración mitopoética, organizaban dinámicas grupales para “rehacerse hombre”. Entrevista con Juanjo Compaire, 19 de enero de 2016.

Esta es también una de las causas subyacentes y perentorias en la crisis de la masculinidad tradicional<sup>910</sup>.

Resulta innegable que persiste una omnipresente hegemonía cultural, económica y social de los varones, pero el reacomodo de los hombres a la nueva situación, en la cual ya no monopolizan por completo los espacios de lo asignado a lo masculino, se ha manifestado a través de una resignificación social de la masculinidad. En paralelo, dentro de esta dinámica de cambio han proliferado organizaciones de hombres que, compartiendo la agenda feminista, empujan hacia la deconstrucción de la masculinidad hegemónica y patriarcal.

En España, como en otros países, queda pendiente un trabajo que presente una genealogía más extensa y organizada de la historia de los hombres por la igualdad españoles de las últimas décadas. Aquí obviamente sólo podemos ofrecer una breve y primera aproximación. Incluso desde el “micromundo” activista de “hombres por la igualdad” en España, últimamente, se insta a una mayor voluntad por recabar información acerca de los orígenes del “movimiento”<sup>911</sup>.

Antes de comenzar con este sintético intento de reconstrucción de lo que es todavía arriesgado denominar como “movimiento” de hombres igualitarios en España, necesitamos contextualizar brevemente de dónde provienen estas corrientes de varones antipatriarcales en el ámbito internacional. Las asociaciones de hombres feministas tienen su origen a finales de los años 60 y comienzos de los 70, fruto de la confluencia de muchos movimientos que florecieron en la atmósfera reivindicativa de mayo del 68. En Norteamérica y Escandinavia, los movimientos pacifistas, antimilitaristas, por los derechos civiles, LGTB y, por supuesto, feministas de mujeres, sirvieron de empuje para la formación de grupos de hombres antisexistas.

---

<sup>910</sup> Véase al respecto, por ejemplo, GONZÁLEZ ETXEBERRÍA, Juan, *Crisis de la masculinidad hegemónica: (Re)escrituras finiseculares de la batalla de los sexos en Estados Unidos*. Memoria para optar al Grado de Doctor dirigida por Félix Martín Gutiérrez y Joanne Neff Van Aertselaer, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología Inglesa II, 2016, pp. 210-211.

<sup>911</sup> Este deseo ha sobrevolado en varias de las conversaciones que he entablado con los activistas más veteranos, entrevistas que he efectuado para la confección de este capítulo. Me han transmitido la idea de que buceando en los antecedentes se tomará una conciencia “histórica” colectiva que haga que quienes se sienten pertenecientes a este proyecto se inserten dentro de un proceso preexistente.

El esquema de estos grupos de conciencia se asemeja al de los colectivos feministas de mujeres nacidos de la tercera ola. En los colectivos de mujeres el empoderamiento y la sororidad sientan las bases para el derrocamiento del sistema patriarcal. Sin embargo, en los de hombres no se busca el empoderamiento, sino una revisión personal y colectiva para la renuncia de sus privilegios y prerrogativas. De acuerdo con el lema de “lo personal es político”, se hacía ya forzoso que determinados hombres no pudieran eludirse del replanteamiento en lo que concierne al poder cotidiano que ejercen sobre las mujeres (personal, afectivo, sexual y en todos los planos de las relaciones económicas, laborales, institucionales, culturales, etc).

En los años 80, en los foros académicos de diversos departamentos universitarios de Norteamérica, Europa, Reino Unido y Australia, brotarían grupos de estudios críticos de la masculinidad. Se irá modelando de este modo un nuevo campo de estudio, los *masculinities studies*, que introducen inequívocamente la categoría de género dentro de sus premisas teóricas. Este ámbito de estudio tiene su origen también en los contactos que algunos hombres en los años 70 comenzaron a entablar con movimientos de mujeres y su consiguiente acceso a lecturas del feminismo político y filosófico.

Figuras del prestigio de la socióloga australiana Raewyn Connell, los sociólogos Michael Scott Kimmel, Pierre Bourdieu, Harry Brod, Michael Flood, Michael Kauffman, Daniel Welzer Lang, o el teórico social Victor Seidler, han dotado de crédito académico a los *men's studies*, conocidos también como “studies of men and masculinities”, “critical studies of men and masculinities” y demás acepciones. Los han llevado a la consolidación y plena inserción en el espacio académico-intelectual, sobre todo en las universidades anglosajonas y francófonas<sup>912</sup>. Muchos de estos autores han extendido, inclusive, sus raíces más allá de la producción científica, para confluir también con los movimientos de hombres igualitarios.

Estos son algunos de los factores que acarrearón la proliferación de colectivos de varones igualitarios. Por otra parte, es interesante reparar en que la invitación que las

---

<sup>912</sup> Un libro fundamental para una primera inmersión en los *men's studies* y su incidencia en los estudios de género es KIMMEL, Michael Scott, HEARN, Jeff y CONNELL, Robert W., (Eds.), *Handbook of studies on men and masculinities*. California, London & New Delhi, Sage Publications, 2004. Para un primer acercamiento a los estudios de las masculinidades véase también REESER, Todd W., *Masculinities in theory. An introduction*. Willie-Blackwell, Oxford, 2010.

feministas hacen a los hombres para sumarse a su causa no fue inicialmente mayoritaria dentro de los movimientos de mujeres, más bien al contrario. Las que abogaban por esa alianza con los varones contemplaban que, si bien generalmente son mujeres quienes se aglutinan en los espacios feministas, la lucha por la igualdad no puede ser asumida en soledad.

De forma paralela, algunos hombres empezaron a remarcar que los estándares de masculinidad también les afectaban, ya que de los varones se espera que cumplan con unas expectativas de género que resultan alienantes y tóxicas para ellos mismos. Desde esta óptica, se comenzó a reflexionar sobre la base de que la masculinidad es un constructo histórico y cultural<sup>913</sup>. El modelo masculino machista asienta la supremacía de los hombres como sexo opresor sobre las mujeres y contra quienes también se apartan de la normativa hegemónica de ser varón, tanto por su orientación sexual no heteronormativa, por representar una masculinidad de corte “subalterno” o “recesivo” o por su autoasignación al margen del esquema sexo/género binario.

La política de las organizaciones de mujeres al rechazar a los hombres dentro de los colectivos feministas se fundamentó bajo una lógica estratégica. Algunos hombres comprendieron esta circunstancia y no cayeron en el atrincheramiento y en el retorno a una actitud despolitizada, o en el peor de los casos machista-reactiva. Lejos de ello, se dispusieron a organizarse, no contra las agrupaciones de mujeres, sino contra el patriarcado en sí. De este modo, emprendieron la tarea de “trabajarse a sí mismos”. En estos colectivos de varones por la equidad de género las dinámicas de grupo horizontales y el asamblearismo pretendieron, y pretenden hoy en día, socavar el dominio del hombre heterosexual, blanco, competitivo, agresivo y seguro de sí mismo. Buscan ampliar el perímetro de lo considerado “hombre”, bajo la finalidad de trabajar y autoreflexionar acerca de las emociones y los déficits de una virilidad demarcada por el “deber-ser”.

---

<sup>913</sup> En España, libros de la calidad de SALAZAR BENÍTEZ, Octavio, *Masculinidades y ciudadanía. Los hombres también tienen género*. Madrid, Dykinson, 2013, por ejemplo, son un exponente sobresaliente de la incorporación paulatina del concepto de género para el análisis de la dimensión socio-cultural de lo masculino. Octavio Salazar es miembro de la Red de Hombres por la Igualdad y catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Córdoba. Hoy en día es uno de los referentes masculinos españoles más notorios por su compromiso feminista en favor de la construcción de masculinidades igualitarias. Es autor, además, de numerosas publicaciones científicas y artículos de prensa en medios como *El País* o el *Huffington Post*.



Desde un punto de vista político, estas organizaciones de hombres por la igualdad centran gran parte de sus esfuerzos en avanzar hacia la corresponsabilidad en las tareas del hogar y de los cuidados, es decir, hacia la incorporación de los hombres en clave igualitaria en la esfera privada. La violencia machista es el eje de denuncia vertebrador de estos grupos que emergieron al promocionar socialmente el compromiso inexcusable de los hombres contra la violencia física patriarcal. La campaña internacional del lazo blanco nacida en Canadá y las ruedas de hombres contra la violencia machista en todo el mundo se han constituido en los actos simbólicos y mediáticos de mayor repercusión del “movimiento”<sup>914</sup>. Estos nuevos varones feministas se distinguen de sus “antecesores” del siglo XIX e inicios del XX en que han puesto en revisión el canon patriarcal de lo que es “ser hombre”. Por otro lado, en España, los hombres comprometidos con la lucha por la igualdad entre los sexos se diferencian de los hombres que defendieron los derechos de las mujeres en los siglos pasados en que han realizado un salto cualitativo del discurso intelectual a la generación de espacios de organización y activismo.

### **11.1 - Semblanzas de hombres igualitarios en la transición hacia la democracia**

Tras la Guerra Civil, con la victoria del bando franquista, la sociedad española entró en un ciclo de retroceso social, cultural y jurídico en lo que se refiere a la situación de la mujer. La Sección Femenina de Falange capitaneada por Pilar Primo de Rivera, la Iglesia Católica y el sistema educativo de la dictadura fueron los tres pilares que desmontaron las bases legales y socioculturales que estaban, durante el régimen previo, abriendo nuevos marcos culturales y de participación pública a las mujeres.

---

<sup>914</sup> La Campaña del Lazo Blanco (White Ribbon Campaign) tiene su origen en Canadá, por iniciativa de un grupo de hombres, entre ellos el mencionado Michael Kauffman. Conmocionados por la Masacre de Montreal de 1989, deciden al año siguiente arrancar una campaña con el propósito de romper el silencio masculino ante la violencia de género. En Montreal se produjo el asesinato de 14 mujeres por parte de un joven, Marc Lepine. El asesino irrumpió en una de las salas de la Escuela Politécnica de Montreal gritando “Quiero aquí sólo a las mujeres”. A continuación alineó a nueve chicas. Tras gritarlas que eran “unas feministas”, las disparó una a una. En la carta encontrada en su bolsillo, Lepine dejaba patente su misoginia y culpaba a las mujeres de los fracasos de los hombres. Cualquier mujer que se cruzara en el camino del éxito de un hombre debía ser castigada por entorpecerlo. Lepine lamentaba, en dicha carta, que las mujeres de éxito habían renunciado a su “derecho” de recibir la protección de los varones.

La represión contra las republicanas fue muy virulenta. Los encarcelamientos, los fusilamientos, las torturas y las vejaciones a las mujeres significadas con la II República interrumpieron la continuidad de cualquier movimiento feminista durante décadas. El miedo y el silencio de las disidentes que se quedaron, junto con el exilio masivo de mujeres pertenecientes a una generación más propensa a abrazar un modelo de mujer “nueva”, tampoco ayudaron a ello. Con la dictadura franquista se articularon contrarreformas legales discriminatorias para apuntalar un orden social que asegurase, sin volver atrás, la subordinación patriarcal de las mujeres. Desde el nuevo Estado, se tomaron medidas adoctrinadoras dirigidas a resituar a la mujer en el hogar y a devolverla a sus tareas tradicionales en la familia. El nacionalcatolicismo retomó arcaicos ideales de feminidad, como fueron el de la reina del hogar y la perfecta casada. Reintegrar a la mujer al ámbito de lo privado tenía una motivación revanchista y reinstauradora. El objetivo era devolver a las mujeres a las funciones vulneradas por un arquetipo de mujer moderna a desterrar y que se identificaba, por parte de las familias ideológicas del franquismo, con la “antiespaña” vencida y derrotada<sup>915</sup>.

Sin embargo, varias figuras representaron la heterodoxia feminista dentro de la etapa de la dictadura de Franco. La falangista Mercedes Formica (1913-2002), la aristócrata María Laffite Pérez del Pulgar, condesa de Campo Alange (1902-1986) o Lili Álvarez (1905-1998) fueron mujeres muy singulares, excepciones que confirman la regla en una atmósfera social y política cerrada y represiva. No fue hasta los años del desarrollismo cuando eclosionó con el avance de las nuevas generaciones un movimiento de mujeres, desde la oposición al régimen, que vindicó avances más atrevidos.

Pese a que, al principio, fueran muy pocos los varones significados con la igualdad de los sexos, es preciso recalcar que aquellos hombres de izquierdas (un reducido número dentro de las organizaciones antifranquistas) supieron captar la magnitud de las peticiones formuladas por los movimientos de mujeres<sup>916</sup>. A pesar de no

---

<sup>915</sup> Se podría hablar incluso de un “exilio doméstico” para las republicanas y de una “contrarrevolución” para la mujer española en su conjunto. TAVERA GARCÍA, Susanna, “La memoria de las vencidas: política, género y exilio en la experiencia republicana”, *Ayer*, nº 60, 2005, pp. 198-199.

<sup>916</sup> Existe una extensa producción de publicaciones que han profundizado en los movimientos feministas en la Transición a la democracia en España. Durante la realización de este apartado hemos consultado LARUMBE GORRAITZ, María Ángeles, *Una inmensa minoría: Influencia y feminismo en la transición*.

sufrir agravio o menoscabo de sus derechos, dada la posición masculina dominante dentro del sistema sexo/género, tomaron el camino de la solidaridad y el compromiso por la equidad entre mujeres y hombres. Algunos de ellos, se erigieron en referentes masculinos para otros varones que irán, más adelante y colectivamente, proyectando y poniendo en práctica maneras alternativas de ser y sentirse hombre.

Este fue el caso del escritor Josep Vicent Marqués (1943-2008), uno de los sociólogos más reputados de los años 80 a nivel estatal y uno de los precursores de la sexología moderna en España<sup>917</sup>. Se le conoce por sus obras *¿Qué hace el poder en tu cama?* (1981), *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables* (1991), *Sexualidad y sexismo* (1991), pero sobre todo por su breve texto titulado “Sobre la alienación del varón” (1978)<sup>918</sup>. Todos estos son escritos pioneros en escudriñar los déficits de la masculinidad. Esta “alienación” haría referencia a la “mística” de la masculinidad, en términos que recuerdan a los de Betty Friedan, autora del clásico libro *La mística de la feminidad* (1963). Se trataría de una suerte de inventario de nociones ideales de masculinidad a las que los hombres aspiran, pero que siempre se truncan por ser en la práctica inalcanzables<sup>919</sup>. Marqués recalcaba la ansiedad de los hombres ante el no cumplimiento de las exigencias fijadas por el patriarcado:

---

Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002; GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén, “Del antifranquismo al feminismo: la búsqueda de una nueva ciudadanía del movimiento democrático de mujeres en la Transición democrática”, *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, nº 13, 2014, pp. 251-270; NASH, Mary, “Feminismos de la Transición: políticas identitarias, cultura política y disidencia cultural como resignificación de los valores de género” en PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar (Coord.), *Entre dos orillas: Las mujeres en la historia de España y América Latina: Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres. Coloquio Internacional*. Barcelona, Icaria, 2012, pp. 355-380.

<sup>917</sup> Catedrático y profesor del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Valencia, durante su juventud fue militante del Moviment Social-Cristià de Catalunya y del Partit Socialista Valencià (PSV). Finalmente abandonó el PSV para instituir el grupo Germanía Socialista, de carácter comunista, antiautoritario y nacionalista valenciano. Fue además uno de los impulsores de los primeros grupos ecologistas y antinucleares de Valencia. Asimismo, firmó artículos en *El País*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Levante*, etc.

<sup>918</sup> MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “Sobre la alienación del varón”, *El Viejo Topo*, nº 19, 1978, pp. 41-44. Este artículo fue galardonado con el premio de ensayo de la propia revista en 1977.

<sup>919</sup> En *La dominación masculina* (1998) el sociólogo francés Pierre Bourdieu coincidía en la existencia de un molde de masculinidad prestigiado que resulta ser “un ideal, o, mejor dicho, un sistema de exigencias que está condenado a permanecer, en más de un caso, como inaccesible”. Agregó asimismo que “la virilidad, entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia (en la venganza sobre todo), es fundamentalmente una carga” (...) “el hombre «realmente hombre» es el que se siente obligado a estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de incrementar su honor buscando la gloria y la distinción en la esfera pública”. BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 68-69.

“Se da la paradoja de que el sistema (refiriéndose al patriarcal) plantea problemas al propio varón. ¡El modelo de cómo ha de ser el hombre es absurdo! Se le exige que sea fuerte, agresivo, audaz, potente... La angustia viene sin embargo, cuando el varón no responde a este modelo. La sociedad le exige que sea una mezcla de Einstein, Juan Tenorio y John Wayne y el hombre finge que tiene un poco de cada uno de ellos, mientras sufre porque hay otros que son más machos que él”<sup>920</sup>.

No es casualidad que Marqués hablara de la “alienación del hombre” y que Carlos Castilla del Pino, autor del que hablaremos más tarde, de la “alienación de la mujer”. La impronta marxista parece obvia en ambos títulos y en sus respectivos contenidos, pero también en buena parte de los discursos críticos con el machismo de otras autoras y militantes feministas de esos años, como Lidia Falcón, Cristina Alberdi o Carmen Sarmiento. En este grupo incluiríamos, a otro hombre, al filósofo marxista Carlos París.

Marqués protagonizó el nacimiento de una corriente de especulación masculina que, aunque joven, a día de hoy está en progresivo crecimiento. Su firme defensa de las tesis feministas le llevó a una larga colaboración con la revista *Mujeres*, editada por el Instituto de la Mujer, a la par que con diversos medios de comunicación<sup>921</sup>. En consecuencia, Marqués fue quien inspiró intelectual y personalmente a los pioneros en la constitución de un “movimiento” de hombres igualitarios en España. Así se le agradeció al ser galardonado “Hombre por la Igualdad” en 2007<sup>922</sup>. Ángeles Álvarez, en ese momento Secretaria de Igualdad y Diversidad del PSOE de Madrid, al entregarle dicho reconocimiento, ensalzó la envergadura de su meritoria y dilatada trayectoria: “Marqués está ya en el inventario de los pensadores que formarán parte de la historia de la igualdad” (...) “Vicent Marqués es el Condorcet, el Stuart Mill de esta época”<sup>923</sup>.

---

<sup>920</sup> Entrevista en *Diario de Barcelona*, 8 junio 1983. Este sería el extracto de un resumen de su intervención en las II Jornadas sobre el Patriarcado celebradas en Barcelona en 1983. Extraído de CABALLÉ, Anna, *El feminismo en España...* op. cit., p. 303.

<sup>921</sup> Véase ROMERO, Joan, “En Memoria de Josep Vicent Marqués”, *Hombres Igualitarios*, nº 6, 21 junio 2008. Otras publicaciones suyas con perspectiva de género no mencionadas son, por orden cronológico, MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “La mujer como sujeto ético”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988; MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “¿Qué masculinidades?” en BLANCO LÓPEZ, Juan y VALCUENDE DEL RÍO, Jose María (Coords.), *Hombres: La construcción cultural de las masculinidades*. Barcelona, Talasa, 2003, pp. 204-211; MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent y OSBORNE VERDUGO, Raquel, *Sexualidad y sexismo*. Madrid, Fundación Universidad Empresa, 1991; MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, ETXARRI, Tonia y SCHNAITH, Nelly, “Dossier: El macho en crisis”, *El Viejo Topo*, nº 43, 1980, pp. 27-42.

<sup>922</sup> Obtuvo entre otros galardones el accésit al premio Estropajo de la Asociación Ágora Feminista de Madrid en 1988, el premio Violeta del Colectivo Escuela No Sexista de Murcia en 1990 y el Comadre de Oro de la tertulia feminista gijonesa Las Comadres el mismo año.

<sup>923</sup> SÁEZ MÉNDEZ, Hilario, “Adiós a Josep Vicent Marqués”, *El País*, 2 julio 2008. Hilario Sáez,

En el discurso pronunciado por el propio homenajeado, reconocemos el tipo de declaraciones que algunos hombres igualitarios han hecho al clarificar que las mujeres son las auténticas protagonistas del movimiento feminista y reconocer la influencia crucial que sobre ellos mismos han tenido otras mujeres en sus propias vidas y su pensamiento feminista:

“Celia Amorós había sido mi maestra porque, no sé si sabéis que el igualitarismo o el feminismo no lo hemos inventado los hombres; permitidme que mencione los nombres de las mujeres que más me han influido: Leonor Taboada, Carlota Bustelo, Amparo Rubiales, Pura Duart, Amelia Valcárcel, Genoveva Rojo, o mi alumna Cristina Piris” (...) “Aún firmaría la consigna que en un panfleto del año creo que setenta, escribí: País Valenciano libre, socialista, no patriarcal y solidario con todos los pueblos del mundo”<sup>924</sup>.

La contribución de Marqués en el arranque de la corriente de hombres por la igualdad no parte únicamente de su actividad intelectual. Estuvo algo activo en la creación de los primeros grupúsculos de hombres que surgieron en Madrid, Sevilla y Valencia, a partir de los cuales se fue organizando la actual corriente de hombres por la igualdad de género. De igual modo, participó en el Primer Encuentro Internacional sobre las Masculinidades, celebrado en Toledo en 1997, así como en las Primeras Jornadas Estatales de la Condición Masculina, organizadas por el Ayuntamiento de Jerez de la Frontera en 1996, encuentros que sirvieron para fomentar la creación de nuevos colectivos igualitarios de varones<sup>925</sup>.

En referencia a la disparidad de pareceres dentro de los feminismos de esos años alrededor de los hombres, Marqués ya en los años 70 remarcaba las contradicciones que pudieran interpretarse a la hora de que los varones participaran en la praxis política de la lucha feminista:

---

sociólogo e investigador, es uno de los más activos promotores de la Red de Hombres por la Igualdad. Desde los 15 años militó en grupos a la izquierda del PCE. José Ángel Lozoya, uno de los pioneros impulsores de grupos de hombres, era su vecino y criaron juntos a sus hijos. El profesor Jesús Casado Rodrigo, Hilario Sáez y José Ángel Lozoya fundaron el Foro de Hombres por la Igualdad. De un llamamiento del escritor Saramago en televisión, Hilario Sáez, junto con otros, organizaron en 2006 la primera manifestación de hombres contra la violencia machista. Entrevista con Hilario Sáez Méndez, 14 de enero de 2016. Véase también SÁEZ MÉNDEZ, Hilario, "Políticas de género para hombres" en LOZOYA, Jose Ángel y BEDOYA, Jose María (Coords.), *Voces de hombres por la igualdad*. Edición online, 2007.

<sup>924</sup> Los extractos de su discurso en SÁEZ MÉNDEZ, Hilario, op. cit.

<sup>925</sup> LOZOYA, Jose Ángel, BONINO, Luis, LEAL, Daniel y SZIL, Peter, “Cronología inconclusa del movimiento de hombres igualitarios del Estado Español”, publicado en [www.hombresporlaigualdad.com](http://www.hombresporlaigualdad.com), 2003.

“La intervención en el debate sobre la opresión de la mujer puede jugar el papel de resistencia a la autocritica y el de reproducción de nuestro infatigable y patológico protagonismo” (...) “escribir un varón un libro sobre la mujer no es necesariamente un acto de paternalismo; tampoco que el libro lo escriba una mujer garantiza nada en principio. Sin embargo, es sospechoso que, apenas nos sentimos los varones convencidos de que esta cuestión es seria, nos apresuramos a tratar de cauterizar la herida y acudimos presurosos con bálsamos y síntesis del tipo también nosotros estamos mal, hemos de arreglarlo juntos hombres y mujeres o la culpa no es nuestra sino del Capitalismo. Una síntesis propuesta por quien es, aun secundaria o involuntariamente opresor, y desde su propia normalidad, no puede ser nunca una síntesis superadora. No lo vemos sin embargo así. Y si nuestros primeros movimientos intervencionistas pueden, incluso suelen, ser hijos de la mala conciencia y la buena voluntad, aferrarnos a ellos tras el rechazo por parte de las mujeres es un indicio más de nuestra anormalidad. (...) “Así acudir a unas jornadas sobre la mujer no es un acto machista, obviamente, pero cabrearnos si las mujeres no nos dejan entrar sí lo es. Nuestra comprensión de que el oprimido puede querer, incluso necesita, estar sólo desaparece cuando ese oprimido es la mujer. El varón intelectual que considera inoportuno participar en una reunión de obreros porque, aunque no sea patrono, no es obrero, no suele tener reparo en intervenir o exigir su entrada en una reunión de mujeres”<sup>926</sup>.

Los varones, según Marqués, no debían caer en el victimismo, ni dejarse llevar por la vanidad masculina al tratar de frecuentar espacios feministas. Al contrario, los hombres debían de reflexionar sobre su “alienación”, lo que “podría agilizar la marcha de la Historia” hacia una sociedad equitativa (véase apéndice 12). Pero sin autoidentificarse engañosa y desafortunadamente en sujetos oprimidos, ni tampoco con derecho a exhibirse con voz de autoridad en los foros teóricos y políticos feministas. El paternalismo de una gran cantidad de hombres, descrito por el sociólogo valenciano, fue una fuente permanente de tensión entre varones que no discernían entre lo que interpretaban como “exclusión” y la autonomía que pedían más que nunca las mujeres. Marqués, mientras objetaba de la praxis paternalista de varones “bienintencionados”, invitaba a hablar a los hombres de “nosotros, de nuestra patología”. Llamaba a “romper el espejo que nos devuelve la imagen de un gran personaje que no somos, que no podemos ser, que no debiera ser nadie”<sup>927</sup>.

De un modo comparable a otros precursores de los estudios sociales de la construcción de género masculina, Marqués vislumbraba y se sumaba a una nueva óptica, una mirada que pone también su foco en los hombres como constructo genérico.

---

<sup>926</sup> VICENT MARQUÉS, Josep, *Sobre la alienación del varón*. Santo Domingo, Editorial Alas, 1977, pp. 6-7.

<sup>927</sup> *Ibidem*, p. 7.

En su análisis de la subjetividad masculina, Marqués argumentaba que lo masculino depende de una constante revalidación, convirtiéndose dicha necesidad en mecanismo de reproducción de la desigualdad entre los sexos. Al no poder acceder a ese ideal inalcanzable de virilidad, la frustración masculina acaba siendo alienante para los hombres y opresora contra las mujeres<sup>928</sup>: “Nuestra imagen como héroes oculta nuestra realidad como oprimidos y como cretinos (...) nos hace prisioneros, pero sólo lo estrictamente necesario para hacernos carceleros de las mujeres”<sup>929</sup>.

De todas maneras, la figura intelectual y política de Josep Vicent Marqués no se detiene aquí, pues junto a sexólogos como Julián Fernández de Quero y el mencionado Carlos Castilla del Pino, fue uno de los predecesores de la moderna sexología española<sup>930</sup>. Durante la entrada a la democracia se fundaron, a partir de la celebración de diversas jornadas científicas, las sociedades sexológicas que se encargaron de difundir principios laicos y científicos, en fuerte contraste con los más arcaicos de impronta católica. Miembro de AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género), Julián Fernández de Quero (1944-2020) fue artífice de la Sociedad Sexológica de Madrid y la Fundación Sexpol<sup>931</sup>. Su itinerario como profesional y teórico de la sexología resulta fundamental para entender la conexión entre el nacimiento de la sexología moderna en España y los grupos de hombres por la equidad entre los sexos en el estado español.

No es fortuito que en estas sociedades sexológicas se constituyeran algunas de las primeras organizaciones de varones feministas. Las sociedades sexológicas de Cataluña, Andalucía, Galicia, Euskadi, Madrid y País Valencià fueron el germen de una corriente disidente que fue esparciéndose por todo el Estado. Pues bien, Josep Vicent Marqués fue por añadidura cofundador de la Societat Sexològica del País Valencià, junto con la

---

<sup>928</sup> Bourdieu señaló también los costes que los hombres pagan en una obstinada y nociva búsqueda de reafirmación genérica: “(...) el privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad”. BOURDIEU, Pierre, op. cit., p. 68.

<sup>929</sup> *Ibidem*.

<sup>930</sup> Julián Fernández de Quero fue galardonado “Hombre por la Igualdad 2009”, premio concedido por la Concejalía de Integración e Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de Alcobendas. Además, fue militante del Partido Comunista de España desde los años 70 y fue también integrante de Zeromacho, organización abolicionista y contra la trata sexual. Entrevista con Julián Fernández de Quero Lucero, 21 de enero de 2016.

<sup>931</sup> Véase FERNÁNDEZ DE QUERO, Julián, *Hombres sin temor al cambio: una crítica necesaria para un cambio en positivo*. Salamanca, Amarú, 2000.

psicoterapeuta y sexóloga Fina Sanz, los sexólogos Vicent Bataller y José Manuel Jaén, promotores, junto con el psicólogo Joan Vilches y el psicoterapeuta Peter Szil, de los primeros círculos de hombres feministas en España<sup>932</sup>.

Como vemos, el compromiso de los hombres por la igualdad a lo largo de la Historia siempre ha tenido su impulso a raíz de los esfuerzos de determinadas mujeres. Las mujeres han estado muy presentes en la toma de conciencia de los hombres que se han adherido al compromiso por la igualdad entre los sexos. Viendo la presencia de mujeres tales como Celia Amorós o Fina Sanz en la vida de hombres igualitarios, es menester recordar otro tándem, el de Lidia Falcón y su compañero Carlos París. El papel trascendental de Falcón en el feminismo español es inapelable, al igual que su larga e intensa trayectoria militante, la cual atraviesa décadas de cambios y acontecimientos históricos. La postura de Falcón en los 70 y su apuesta actual por la inclusión de los hombres son sintomáticas de la evolución que ha atravesado la deliberación en torno a la presencia de los varones dentro de los feminismos. La posición de Lidia Falcón en este asunto, en órganos de expresión como *Vindicación Feminista*, no tuvo casi contestación en los años 70 y 80, estando de acuerdo la inmensa mayoría de las organizaciones feministas de entonces.

El humanista y filósofo marxista Carlos París (1925-2014) fue uno de aquellos hombres atípicos que, mientras compaginaba su activismo antifranquista, censuró la indiferencia reinante entre la militancia masculina de izquierdas en lo tocante a la subordinación social de las mujeres<sup>933</sup>. Lidia Falcón narraba cómo se enamoró de Carlos París. En la plataforma de creación de Izquierda Unida, tras la lectura de los puntos

---

<sup>932</sup> Fina Sanz es profesora de psicología en la Universidad de Valencia y cofundadora de la Sociedad de Sexología del País Valenciano. En los años 70 apostaba por un feminismo cuya proyección se basara en la extensión social de los llamados valores prescritos a lo femenino, lo que conectaría con su idea de la creación de colectivos de hombres en clave terapéutica. Véase SANZ, Fina, *Hombres con corazón: Hablando en la segunda mitad de la vida*. Barcelona, Kairós, 2015. Por otra parte, en 1989, Péter Szil se instala en España transmitiendo sus vivencias en los primeros grupos de reflexión masculina creados en Suecia en los años 70.

<sup>933</sup> Carlos París ha sido una figura imprescindible del pensamiento filosófico español de los últimos 70 años. Entre muchas cosas fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, iniciador del departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valencia, presidente durante diecisiete años del Ateneo de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Filosofía. Sobre el PCE y la mujer durante la Transición española VALVERDE MÁRQUEZ, María José, “La mujer y el Partido Comunista de España (1958-1977)” en JIMÉNEZ TOMÉ, María José (Coord.), *Pensamiento, imagen, identidad: A la búsqueda de la definición de género*. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones, 1999, pp. 99-116.



programáticos, París pidió el turno de palabra. “Esta plataforma no trata en ningún apartado del problema de la mujer”, dijo en ese momento:

“(…) era la primera vez, y sigue siéndolo, en que un hombre (…) es el primero que interpela a la presidencia en un acto público reprochándole el olvido de la situación de la mujer” [escribía Falcón] (…) “cuando nos encontramos por primera vez en mi casa (…) le pregunté por qué él se preocupaba de esos temas que tanto los dirigentes políticos como los profesores habían dejado absolutamente en la responsabilidad de las activistas feministas, y me respondió, como dándolo por evidente, que no hay ningún tema al que pueda estar ajena la filosofía, y si se trata de los sufrimientos de la mitad de la humanidad mucho menos” (…) “Mucho antes de que él y yo nos encontráramos, París ya había afirmado y publicado que la mujer era una clase social” (…) “Él, que era un hombre (…) educado en la más tradicional cultura patriarcal, al que de niño su padre sacaba de la cocina cuando iba a ver cómo cocinaba su madre, diciendo que eso no era cosa de hombres, que disfrutó del amor (…) de dos primeras esposas, (…) dedicadas a cuidarle, fue capaz, ya en la madurez de la vida, de hacer el esfuerzo de aceptar su responsabilidad de las tareas domésticas”<sup>934</sup>.

Carlos París ya en los años 70 escribió en su libro *Lucha de clases* (1977) que el lugar de la mujer en la producción capitalista la convierte en una clase social específica, al igual que teorizara Lidia Falcón<sup>935</sup>. En un texto de 1981 ya señalaba con gran visión de futuro la potencialidad del feminismo a la hora de forzar al marxismo a una revisión de sus axiomas más aceptados:

“Son diversos los fenómenos que hoy plantean un verdadero desafío al pensamiento revolucionario. En primer lugar, el enorme espectáculo histórico de la opresión y la explotación de la mujer. Y es aquí donde la problemática que los movimientos feministas suscitan nos ofrece excelentes posibilidades. En el tema de la mujer, en efecto, se entrecruzan los aspectos más vivos en que la situación actual desafía al marxismo histórico y le fuerza a una reflexión creativa. Podemos decir que el tema de la mujer, la problemática más honda suscitada por los movimientos feministas, constituye una verdadera prueba de fuego para contrastar la auténtica eficacia

---

<sup>934</sup> FALCÓN O'NEILL, Lidia, “El amor a las mujeres de Carlos París” en VV.AA., *Ciencia, técnica, cultura: Congreso internacional: Homenaje a la figura y la obra de Carlos París*. Madrid, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 1997, p. 153.

<sup>935</sup> PARÍS, Carlos, “La degradación del ser humano en la prostitución” en *Nuestra Bandera*, nº 232, 2012; PARÍS, Carlos, “Los llamados clientes” en MARCOS, Liliana (Coord.), *Explotación sexual y trata de mujeres*. Madrid, Editorial Complutense, 2006. Hay que hacer mención también a PARÍS, Carlos, “Patriarcado y pensamiento filosófico occidental” en VV. AA., *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*. Vol. 1, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, 1989, pp. 271-290 o PARÍS, Carlos, “La razón feminista”, *Poder y Libertad: Revista teórica del Partido Feminista de España*, nº 24, 1994, p. 26; PARÍS, Carlos, “Ética o barbarie”, *Poder y libertad: revista teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988, entre otros textos.

revolucionaria de la teoría y la práctica marxista, sus capacidades de pensar y crear una sociedad liberada de las relaciones de dominación”<sup>936</sup>.

Dentro todavía del entorno de Lidia Falcón, hay otros intelectuales varones que, durante estos años, publicaron artículos respaldando postulados feministas. Tal es el caso del escritor Ludolfo Paramio, casado con la feminista y ginecóloga Carmen Martínez Ten. Paramio escribió textos en los que definió al feminismo como imprescindible para el cambio social<sup>937</sup>. De igual modo lo hicieron en su momento el filósofo Javier Sádaba o el poeta Agustín García Calvo<sup>938</sup>. Pero entre figuras afamadas de las letras cabe destacar al popular economista y humanista Jose Luis Sampedro (1917-2013)<sup>939</sup>. Según de nuevo Lidia Falcón, “sorprendía en los años ochenta que un hombre de su edad defendiera las ideas más avanzadas sobre la mujer”:

“(…) no sólo porque aceptase la igualdad de la mujer con el hombre, su derecho a una sexualidad libre y gozosa, a controlar su natalidad y a decidir interrumpir un embarazo no deseado, y rechazara indignado el machismo que dominaba a la mayoría de los hombres, sino porque era capaz de comprender la sensibilidad femenina, sus anhelos y sus frustraciones y dolerse de las opresiones que padecían las mujeres del mundo entero, con una ternura que conmovía. Aquella entrevista debería ser objeto de

---

<sup>936</sup> PARÍS, Carlos, “Feminismo y filosofía de la reproducción” en *Encuentros sobre feminismo y política*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1981, pp. 46-55. Recogido dicho capítulo en PARÍS, Carlos, *Ciencia, tecnología y transformación social*. Universitat Valencia, 1992.

<sup>937</sup> Ludolfo Paramio, periodista, sociólogo, director durante años de la Fundación Pablo Iglesias, es un prestigioso profesor universitario y ha dirigido diferentes instituciones académicas. EMA, Charo, MARTÍNEZ TEN, Carmen y PARAMIO RODRIGO, Ludolfo, “Trabajo doméstico y lucha feminista”, *Zona Abierta*, nº 8, 1976, pp. 49-60; PARAMIO RODRIGO, Ludolfo, “La libertad, la igualdad y el derecho a la infelicidad”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988; PARAMIO RODRIGO, Ludolfo, “Lo que todo marxista vulgar debe saber sobre feminismo” en FOLGUERA, Pilar (Coord.), *Nuevas perspectivas sobre la mujer: Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Vol. 2, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, 1982, pp. 171-179.

<sup>938</sup> Javier Sábada es catedrático de Ética en la Universidad Autónoma de Madrid y ha sido profesor en las universidades de Columbia, Oxford y Cambridge. Justamente, fue ayudante en el departamento de filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid, de cuya dirección se hacía cargo el propio Carlos París. El artículo en clave feminista del autor es SÁBADA, Javier, “Ética y feminismo”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988. De García Calvo véase GARCÍA CALVO, Agustín, “La ética, vida de sumisión”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988; GARCÍA CALVO, Agustín, *El amor y los 2 sexos*. Madrid, Lucina, 1982. La escritora Yolanda Alba publicó el artículo “Libre te quiero... Las contribuciones de García Calvo al pensamiento feminista” en el libro homenaje dedicado al filósofo *Encuentros con ¿Agustín García Calvo?* (2013). Fue muy popular en aquel momento su poesía “Libre te quiero” sobre la libertad de las mujeres.

<sup>939</sup> Entre sus méritos y galardones está el haber sido Premio Nacional de las Letras Españolas en 2011, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alcalá y de la Universidad de Sevilla, distinguido con la Orden de las Artes y las Letras de España y XXIV Premio Internacional Menéndez Pelayo.

estudio en los institutos y universidades, para enseñanza de alumnos y de profesores...”<sup>940</sup>.

Lidia Falcón, al finalizar su artículo de despedida a Sampedro con motivo de su fallecimiento, aplaudía *La Sonrisa Etrusca* (1985), novela que tuvo en los años 90 un impacto de ventas y social notorio<sup>941</sup>. De forma resumida, en la novela se aprecia la evolución personal de un anciano italiano forjado en una visión del mundo muy machista y que con el transcurrir de la novela desvela su lado más sensible y humano:

“Me relató cómo había escrito su novela *La Sonrisa Etrusca* mientras su mujer estaba internada en el hospital y cómo iba allí a leerle cada capítulo y como ella se emocionaba con su texto (...). *La Sonrisa Etrusca*, una deliciosa crónica de la evolución de un hombre elemental y machista hacia la comprensión de los problemas femeninos, analiza y critica mejor que muchos ensayos la raíz del machismo y de los desencuentros entre los sexos. Yo difundí su obra entre mis compañeras feministas y su lectura creó adictas y amigas con las que se escribió hasta el final de su vida”<sup>942</sup>.

Sin embargo, desde el punto de vista teórico, es obligado también mencionar la obra de Carlos Castilla del Pino (1922-2009). Neurólogo, psiquiatra y prolífico escritor, su contribución fue también sustancial para la modernización de la sexología española. Conocido como el “psiquiatra rojo” durante los años del franquismo, militó en el Partido Comunista de España hasta 1980, año en el que se afilió al PSOE. Fue galardonado con el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos de 1998 y con la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Asimismo, fue candidato en cuatro ocasiones para el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y ha sido Doctor Honoris Causa por varias universidades españolas e incluso extranjeras.

Además, fue uno de los introductores de la psicología social en la psiquiatría española, al manejar variables socioeconómicas, políticas y culturales en la comprensión de patologías mentales<sup>943</sup>. Con sus *Cuatro estudios sobre la mujer* (1971) y su pequeño libro “La alienación de la mujer” (1968), Castilla del Pino obtuvo, a lo largo de los años 70, una influencia importante en el campo de la reflexión sobre la

---

<sup>940</sup> Lidia Falcón se refería a SAMPEDRO, José Luis, “Camino sin retorno”, *Poder y libertad: revista teórica del Partido Feminista de España*, nº 24, 1994, p. 44.

<sup>941</sup> En 2001 el periódico *El Mundo* situó esta obra de ficción entre las 100 mejores novelas en español del siglo XX.

<sup>942</sup> FALCÓN, Lidia, “El feminismo de José Luis Sampedro”, *Público*, 9 abril 2013.

<sup>943</sup> Véase CABALLÉ, Anna y CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Carlos Castilla del Pino: cinco conversaciones sobre la psiquiatría, la felicidad, la memoria, los libros*. Barcelona, Península, 2005.

emancipación de las mujeres<sup>944</sup>. En *Cuatro ensayos sobre la mujer* (1974) se concentran 4 capítulos: el ya citado “La alienación de la mujer”, “La función de la mujer”, “Problemas en la relación hombre-mujer” y “Conciencia tardía” (véase apéndice 11). En alusión a su renombre intelectual y académico la filósofa feminista Amelia Valcárcel escribió lo siguiente acerca de su admirado colega:

“Dedico este libro a Carlos Castilla del Pino, amigo y maestro, por más de una razón. Pero la principal es que en mis tempranas lecturas de ensayistas españoles contemporáneos, casi todavía adolescente, me encontré con su texto *La alienación de la mujer*. (...) para mí nunca puede dejar de ser la figura de relieve indiscutible que se atrevió a dar carta de naturaleza al feminismo español de los primeros años 70. Ese libro suyo, un breve pero exacto ensayo, fue leído y releído muchas veces. Y, para que quede constancia de cuál era el panorama en que nacía, contaré un caso, anecdótico (...). En la biblioteca de la ciudad donde yo cursaba mis estudios universitarios (...) se exponía a la entrada un censo o lista de las obras recientemente adquiridas. El libro de Carlos aparecía así: “doctor Carlos Castilla del Pino, La alimentación de la mujer”. Transijamos con que el término “alienación” no formara parte del vocabulario corriente. Creo que ese desliz revelaba una semántica mucho más abisal. Si un prestigioso médico escribía sobre las mujeres, se le suponía un enfoque naturalista práctico. Como alimentar a aquel tipo especial de seres, por ejemplo. Y por lo mismo estaba clasificado entre los de medicina específica, hosticultura y cría de aves de corral. Ésta era la escena española entonces. En ella un texto claro y militante como el suyo trastocaba muchos prejuicios insondables. Cada vez que se lo recuerdo aparece en sus vivos ojos una impresión de divertida incredulidad. Pero es tan cierto como lo era aquella sociedad de cultura felizmente superada”<sup>945</sup>.

---

<sup>944</sup> CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Cuatro ensayos sobre la mujer*. Madrid, Alianza, 1971. “La alienación de la mujer” fue un texto de gran acogida en su momento CASTILLA DEL PINO, Carlos, *La alienación de la mujer*. Madrid, Ciencia Nueva, 1968. Meses después daría la conferencia bajo el mismo título “La alienación de la mujer” en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Sevilla en Julio de 1968. Impartió numerosas conferencias sobre la mujer y el feminismo: “La situación de la mujer en la sociedad actual” en la Delegación del Arzobispado de Madrid en enero de 1976; “Política de la mujer frente a liberación de la mujer” en la Facultades de Filosofía y de CC. Económicas de la Universidad Complutense de Madrid en febrero de 1976; participó en el Coloquio sobre la mujer organizado por la Federación Argentina de Psiquiatría en Buenos Aires, en Octubre de 1972; “Femenino-Masculino”, en la Fundación de Investigaciones Marxistas de Madrid el 2 de Junio de 1979; y demás conferencias hasta los últimos años de su vida, entre ellas “Escenarios de la vida humana”, en Octubre de 2006, presentada por Amelia Valcárcel y organizada por Tertulia Feminista Les Comadres. Véase sobre esto último VALCÁRCEL, Amelia, “Carlos Castilla del Pino, maestro”, &cétera: *Revista del Aula de Letras UC*, nº 3, 2009, pp. 122-133.

<sup>945</sup> VALCÁRCEL, Amelia, *La política de las mujeres*. Universidad de Valencia, Ediciones Cátedra, 1997, p. 14. Recordar que Amelia Valcárcel colaboró en numerosas ocasiones en el Seminario de Antropología de la Conducta dirigido por el propio Carlos Castilla del Pino. Además, Amelia Valcárcel en su prólogo de su obra *Sexo y filosofía. Sobre “mujer” y “poder”* (1988) agradece a dos personas el haberla dado las primeras claves para su iniciación, durante su juventud, en las cuestiones feministas: Lidia Falcón y Carlos Catilla del Pino. Este último, de hecho, prologó el libro de Amelia Valcárcel *Rebeldes hacia la paridad* (2000).

El psiquiatra gaditano partía de esquemas de interpretación marcadamente marxistas. Detallaba que, para la perpetuación de la división social del trabajo, la subordinación de la mujer cumplía una función esencial en el sostenimiento del sistema capitalista<sup>946</sup>. En su empeño por fundir psicoanálisis y marxismo, teorizó en torno a la frustración, la cosificación y la dependencia que sufren sistemáticamente las mujeres bajo el régimen de la división sexual del trabajo. Su explotación se perpetúa por medio de innumerables mecanismos de represión. Pero, de todos modos, a pesar de que los prejuicios heredados continuaran férreamente vigentes, Castilla del Pino apuntaba a la existencia de una “crisis de pareja” en las sociedades modernas: “la concepción tradicional de la pareja” debía de “considerarse fracasada”<sup>947</sup>.

En sus análisis, el psiquiatra gaditano señalaba que la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado no se había realizado “en condiciones de paridad”, lo que había generado una dramática frustración en muchos sectores de la población femenina. Las bases de socialización que desencadenan esta sensación de fracaso vital entre las mujeres arrancan en la niñez: del aprendizaje y adopción de “la pasividad”, de “su debilidad frente al varón”, de la dependencia y la sumisión. De todo ello, el autor notaba “la mayor delicadeza de sus vestidos, la orientación hacia su realce estético, hasta la orientación explícitamente diferenciadora de sus juegos y actividades”<sup>948</sup>. En definitiva, este proceso educacional actúa en detrimento del libre desenvolvimiento de su personalidad.

Diariamente, en su consulta, el Carlos Castilla del Pino psiquiatra comprobaba que “un número cada vez mayor de mujeres” afligían de daños psicológicos ligados a “la conciencia de su situación”<sup>949</sup>. Señalaba que esta conciencia es cada vez más acusada: “el problema de la mujer es tanto más acuciante cuando que constituye como

---

<sup>946</sup> Carlos Castilla del Pino aparece en la antología del pensamiento feminista coordinada por Roberta Johnson y María Teresa Zubiaurre. Véase “La función de mujer” en JOHNSON, Roberta y ZUBIAURRE, M<sup>a</sup> Teresa, (Coords), op. cit., pp. 357-370. En lo tocante a la importancia de la obra *Cuatro Ensayos sobre la mujer* también da cuenta NIELFA CRISTOBAL, Gloria, “El debate feminista durante el franquismo” en NIELFA CRISTOBAL, Gloria (Ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista*. Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, Editorial Complutense, 2003, p. 288.

<sup>947</sup> CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Cuatro ensayos sobre la mujer*. Madrid, Alianza, 1971, p. 75.

<sup>948</sup> *Ibidem*, p. 57.

<sup>949</sup> *Ibidem*, p. 101.

tal un anacronismo, revelador de la incapacidad de nuestro sistema para resolver sus contradicciones internas”<sup>950</sup>.

Aun compartiendo la filosofía reivindicativa del feminismo y la fotografía crítica de la realidad patriarcal, Castilla del Pino definía al feminismo de “pseudoliberación”. Desde un enfoque marxista clásico, a su parecer, “la lucha de la mujer por su liberación no puede promoverse como una forma específica de lucha que concierna solamente a la mujer, sino como un aspecto más de la lucha por la superación de las condiciones que hacen posible la alienación (...) –del ser humano–, sea hombre o mujer”<sup>951</sup>. El humanista gaditano, como otros habían hecho antes, no supo entender la diversidad de los feminismos. Ignoraba la existencia en su momento de un feminismo anticapitalista que comprendía, desde sus presupuestos, que la confluencia de la opresión de clase y sexo se retroalimentaban.

Las tesis de Lidia Falcón serían las más relevantes de esta vertiente feminista revolucionaria. Defensora, durante un tiempo, de la militancia única en el feminismo y de la reserva del derecho de admisión a la militancia masculina, Falcón insistía en que el varón constituía la clase social opresora. De tal modo, sus intereses de clase eran totalmente contrarios e irreconciliables con los del feminismo. Según la Organización Feminista Revolucionaria (OFR), nacida de la expulsión de las fundadoras del colectivo feminista LAMAR (Lidia Falcón, Anna Stany y Regina Bayo), “el hombre es una clase antagónica, consecuencia del enfrentamiento de clase hombre-mujer y, por ello, no se acepta como militante”<sup>952</sup>. De nuevo, como Lucía Sánchez Saornil dejó claro, meses previos a la fundación en 1936 de Mujeres Libres, no era adecuado que los hombres tuvieran cabida en la militancia feminista. Su acceso y participación podría debilitar al movimiento. Los varones, dada su condición de privilegio, poco podían proporcionar de constructivo a la liberación de las mujeres en el terreno político.

En la actualidad, las reticencias a la idea de que los hombres puedan ser feministas, o militar políticamente en los feminismos, sigue estando presente. Pero no se

---

<sup>950</sup> *Ibidem*, p. 133.

<sup>951</sup> *Ibidem*, p. 32. Citado también en CABALLÉ, Anna, *El feminismo...*, op. cit., p. 268.

<sup>952</sup> Este era uno de los puntos para la fundación de la organización, germen del Partido Feminista, firmados por las propias Falcón, Stany y Bayo. *Vindicación Feminista*, nº 13, julio 1977. Extraído de *Ibidem*, p. 281.

plantea desde los taxativos posicionamientos pretéritos. Hoy en día los movimientos de mujeres y muchas feministas de diferente procedencia no suelen, salvo excepciones, oponerse a los grupos de hombres por la igualdad de género que lentamente se extienden a lo largo y ancho de la geografía española.

### **11.2 - Los grupos de hombres: Una ruptura con la masculinidad tradicional**

En los últimos 30 años se han ido multiplicando, sobre todo en los países occidentales, asociaciones formales e informales de hombres que luchan por la equiparación de los sexos desde el cuestionamiento de la masculinidad tradicional. Estos grupos iniciaron un replanteamiento en torno al papel de los varones en la sociedad y en la esfera de lo privado de acuerdo con su masculinidad preceptiva. En EEUU el colectivo con más divulgación en el campo de los hombres feministas es la Organización Nacional de Hombres contra el Sexismo (NOMAS), el cual, en el arranque de los años 70, comenzó siendo una iniciativa espontánea<sup>953</sup>. El movimiento de liberación gay, surgido en 1969, supuso un punto de inflexión en la lucha en favor de los derechos civiles de los homosexuales y más adelante en la revisión colectiva de lo masculino. Era la primera vez que la comunidad homosexual, presidida principalmente por varones (reproduciéndose el propio machismo en el mismo movimiento), se movilizaba y organizaba frente a la homofobia social e institucional. Fueron pioneros en criticar los constructos heterosexistas de la masculinidad y constituir círculos de hombres igualitarios en EEUU.

En EEUU, además, ya preexistía, entre reducidos foros intelectuales y políticos fuera de la órbita disidente del 68, un compromiso masculino por los derechos de las mujeres. Dos hombres fueron promotores de NOW (National Organization of Women), creada en 1966. La organización inicialmente encabezada por la feminista liberal Betty Friedan fue la más importante de la nación. Fue fundada por 46 mujeres y 3 hombres, entre ellos Carl Neumann Degler (1921-2014), historiador galardonado con el Pulitzer, profesor de la universidad de Stanford y presidente de la American Historical

---

<sup>953</sup> Una aproximación histórica a este movimiento en EEUU: OKUN, Rob y KIMMEL, Michael Scott (Coords.), *Voice male: The untold story of the pro-feminist men's movement*. Massachusetts, Interlink Publishing Group, 2014. Un artículo en el que se narran experiencias de académicos en su “conversión” al activismo feminista: JONES, David M., “Women's Lib, gender theory, and the politics of home: How I became a black male feminist”, *Feminist Teacher*, vol. 13, nº 3, 2001, pp. 213-224.

Association; el republicano Richard Graham (1920-2007) quien fue el primer vicepresidente de NOW en 1964; y Phineas Indritz (1916-1997), un comprometido abogado contra las leyes discriminatorias por sexo y raza. Otros de los primeros miembros de la organización fueron el doctor Shep Aaronson o el reverendo presbiteriano Dean Lewis. Dentro de NOW, a lo largo de su historia, han llegado a ingresar varios cientos de hombres<sup>954</sup>.

Pero la mayoría de los varones feministas que se integraron en los grupos de hombres antipatriarcales de los años 70 y 80 habían entablado contacto próximo y personal con mujeres feministas, atraídos por el sentido de comunidad y sororidad que vinculaba entre sí a las mujeres en su lucha contra el machismo. Como afirma la socióloga Àngels Carabí, estos hombres “auto-excluidos de los pactos no escritos entre varones, abrieron espacios segregados en entornos domésticos y públicos y mostraron su deseo de participar de los placeres y también de las preocupaciones que comporta el cuidado de los hijos”<sup>955</sup>.

Mayo del 68 es un acontecimiento clave para situar los orígenes más remotos de los grupos de hombres feministas tanto en Norteamérica como en Europa. Si tomamos el caso francés, se advierte que en el Movimiento Democrático de Mujeres Francesas (MDF) de signo proletario y revolucionario fundado en 1962, se creó años después, en 1967, Femenino-Masculino Porvenir (FMA), denominados como “los amigos del MDF”<sup>956</sup>. El objetivo era abrir un espacio mixto para permitir a los hombres “aportar la contribución de su competencia y apoyarnos [a las mujeres feministas] moralmente ... y, si ellos pueden, financieramente”. Algunas de sus activistas consideraban que “la emancipación de las mujeres también interesa al hombre y no sucederá sin él”, ya que la opresión patriarcal es “tan alienante para ellas como para ellos”. No obstante, no dejó de ser un grupúsculo muy reducido de activistas<sup>957</sup>.

---

<sup>954</sup> Hemos recopilado información fundamentalmente de la página web de NOW, en la que se recoge una lista de fundadoras y fundadores <https://now.org/about/history/honoring-our-founders-pioneers>.

<sup>955</sup> CARABÍ, Àngels y SEGARRA, Marta (Eds.), op. cit., p. 23.

<sup>956</sup> La atmósfera contracultural del 68 en la emergencia de una conciencia feminista entre hombres también ha sido estudiada en el caso de Bélgica. Véase al respecto DE WOLF, Philippe, “Male feminism: men's participation in women's emancipation movements and debates. Case studies from Belgium and France (1967–1984)”, *European Review of History: Revue Européenne d'histoire*, nº 22, 2015, pp. 77-100.

<sup>957</sup> JACQUEMART, op. cit., pp. 119-120.



Otras organizaciones feministas se constituyeron, pero generalmente evitaron generar espacios mixtos. Es verdad que algunos hombres ubicados en la izquierda francesa confraternizaban con una organización no mixta como era el Movimiento de Liberación de la Mujer (FML), el más importante en aquel clima reivindicativo del 68 en Francia. Aquellos varones simpatizantes pudieron participar desde fuera, sin ser miembros y con ciertas restricciones. El movimiento de mujeres se construyó bajo esta exclusión ante la hostilidad y sexismo de muchos compañeros. Los hombres, activistas de extrema izquierda, tenían la intención de impedir la participación de otros compañeros y respondieron mediante la proclamación o la escritura en las paredes de ataques como “ustedes no son activistas” o “¿y quién hará la limpieza?”. Algunos hombres incluso, con actitud burlesca, se colaron en reuniones de mujeres feministas disfrazados de niñas<sup>958</sup>. Quien fuera militante del Movimiento de Liberación de la Mujer en esos años, la historiadora Christine Delphy, advertía que los hombres pretendían “tomar nuestro lugar”:

“hablan efectivamente en nuestro lugar; aprueban la liberación de las mujeres, e incluso desean su participación en este proyecto, siempre y cuando las mujeres las sigan” (...) “quieren imponer su concepción de la liberación de las mujeres (...) imponer esta participación para controlar el movimiento y la dirección”<sup>959</sup>.

La fecha de constitución de un primer grupo francés de hombres feministas sigue siendo controvertido: ciertos activistas evocan el año 1970, pero el primer documento, según recoge el sociólogo francés Alba Jacquemart, certifica la existencia de un grupo pequeño que data de principios del año 1972, el denominado Movimiento de Liberación de los Hombres (MLH), surgido a raíz del citado FML. La proliferación de grupos estables comenzaría a cundir desde finales de los años setenta. Sus discursos empleaban conceptos como “masculinidad encadenada” o “virilidad obligatoria”.

Con los ejemplos estadounidense y francés apuntados se observa que los primeros grupos de varones antipatriarcales nacen algo más de una década antes que en el estado español. En España esta corriente tiene su origen en el impulso individual de intelectuales ya mencionados (sobre todo dentro del campo de la sexología y la psicología) que dieron como resultado el nacimiento de los primeros colectivos de

---

<sup>958</sup> JACQUEMART, op. cit., pp. 124-125.

<sup>959</sup> *Ibidem*, pp. 119-120.

hombres<sup>960</sup>. Estos se formaron en Valencia y Sevilla en 1985, creados por sexólogos y psicólogos antifranquistas. El médico y psiquiatra austríaco Wilhelm Reich (1897-1957), autor de la *Revolución sexual* (1936), fue un autor inspirador para el nacimiento del movimiento de hombres por la equidad de género. En cierta medida, proporcionó una base teórica sustancial a sexólogos, psicoterapeutas y psicólogos españoles progresistas de los años 70.

El nombre de Sexpol (fundación madrileña constituida por Julián Fernández de Quero y cantera de muchos hombres igualitarios) proviene del trabajo que el Partido Comunista de Austria Wilhem Reich hizo en su época. Reich organizó centros de orientación y consejería sexual (bajo el nombre de “sexpols”) destinados a la juventud obrera austríaca con la voluntad de auspiciar una revolución sexual. La conjunción psicoanálisis-marxismo de Reich y sus teorías de la sexualidad influyeron en los antedichos Carlos Castilla del Pino, Josep Vicent Marqués, Julián Fernández o Joan Vílchez, entre otros impulsores de círculos de hombres por la igualdad en España entre los años 80 y 90. Reich sustentaba que la represión sexual emanaba de la estructura de poder del capitalismo, la cual fomentaba la figura autoritaria del pater familias. Entre otras cosas, abogaba por la autodeterminación sexual de las mujeres y los anticonceptivos. En una España nacional-católica y represora en materia sexual no es de extrañar que la literatura reichiana tuviera tanta influencia en los sexólogos antifranquistas de principios de los 70.

El psicoterapeuta y sexólogo Joan Vílchez promovió en 1985, desde la Societat de Sexologia de Valencia, uno de los primeros grupos de hombres del Estado<sup>961</sup>. Vílchez tenía amigas feministas que se congregaban en reuniones vetadas a los hombres, pero en contacto con ellas supo acerca de sus dinámicas grupales de autoconciencia. La falta de

---

<sup>960</sup> Bajo el título “Sexólogos valencianos luchan por la liberación del hombre” se publicaba, en la revista *Interviú* de junio de 1989, un artículo sobre el fenómeno de los varones por la igualdad.

<sup>961</sup> De joven Joan Vilchez trabajó en los astilleros, donde tomó contacto con movimientos sindicales. En aquel ambiente tan masculinizado extrajo conclusiones clave para su futuro compromiso. Entrevista con Joan Vilchez Cambronero, 16 de enero de 2016. Las entrevistas se han realizado por Skype y por teléfono. Dependiendo de cada interlocutor el esquema de preguntas prediseñado se reformulaba, en función también de cómo avanzaba la conversación. Se ha preferido renunciar metodológicamente al formato férreamente pautado y optar por la flexibilidad y espontaneidad de las entrevistas-diálogos que han sido grabadas y almacenadas en mi archivo personal. A propósito de este dato, las entrevistas pueden ser consultadas. Con mucho gusto serán proporcionadas a quien quiera solicitármelas, puesto que se han obtenido con el permiso expreso de todos los entrevistados.

comunicación paterno-filial por circunstancias personales –su padre en la Dictadura fue encarcelado durante años por motivos políticos– y su formación estrechamente reichiana en el terreno de la psicoterapia fueron episodios, según él, que le llevaron a pensar sobre la competitividad y la falta de comunicación entre hombres.

Su experiencia en talleres y cursos en los que lo corporal y emocional eran los ejes en las dinámicas de grupo, contribuyeron a que emprendiera la iniciativa de los grupos de varones. En el primer grupo de autoconciencia de hombres que formó, había psicólogos, maestros y algún arquitecto (gente toda ella del entorno de la Sociedad Sexológica de Valencia)<sup>962</sup>. En algunas ocasiones el ya citado Josep Vicent Marqués acudía. Vílchez y los sexólogos José Manuel Jaén y Juan Luis García Ferrer – participantes en el primer grupo de hombres de Valencia– concluyeron que había que extender este tipo de grupos de autoayuda masculina, e impartieron entonces talleres por toda España. Los medios de comunicación –TV y prensa escrita– se interesaron por estos hombres atípicos.

El mismo año que Vílchez en Valencia, el educador sexual José Ángel Lozoya creó un círculo de 17 varones en Sevilla. Por aquellas reuniones pasaron “dos ginecólogos, un catedrático de economía, el líder ecologista de la ciudad...”, etc. Lozoya recuerda que “pasó de la lucha por las libertades, a la lucha por las libertades de las mujeres a través del aborto”, lo que le permitió madurar “un discurso crítico de la sexualidad masculina” y a partir de ahí “hablar de los hombres en general”. José Ángel Lozoya, de familia activamente antifranquista, fue trabajador metalúrgico y representante sindical durante su adolescencia. Una de sus primeras parejas era feminista y militante del PSOE en el exilio, partido al que se afilió Lozoya con 16 años. Todas sus parejas en España eran mujeres feministas, conociendo “a la mitad” de las que crearon la Asamblea de Mujeres de Valencia. En esos años, mientras militaba en el LCR (Liga Comunista Revolucionaria), respaldó también al movimiento de liberación homosexual de Valencia.

En las reuniones del primer grupo de hombres creado por Lozoya, una regla

---

<sup>962</sup> Sobre la creación de este grupo VILCHEZ CAMBRONERO, Joan, “Grupos de Hombres: La Sexualidad masculina a debate”, *Energía, Carácter y Sociedad: Revista de la Escuela Española de Terapia Reichiana (Es.Te.R.)*, nº 13, 1990.

fundamental consistía en marcarse tres temas de los que no hablar, fútbol, mujeres y política: “a mí en un momento me daba mucha envidia ver como mi compañera tenía la posibilidad de poder juntarse con amigas para con un nivel de intimidad tremendo hablar de cualquier tema”. En la conversación que mantuvimos nos detallaba que muchos de los que acudían a estos encuentros “no sabían ya de que hablar” por la incapacidad de avanzar hacia el terreno de lo estrictamente emocional<sup>963</sup>. Así, desde los años 90, los colectivos de hombres están en constante crecimiento, sumándose cada vez más varones de todos los lugares, provenientes especialmente del ecologismo, de los movimientos LGTBI y de espacios ideológicos cercanos al anarquismo, el socialismo y demás ramificaciones políticas de izquierdas.

Lo interesante es que, en sus primeros momentos, estos hombres pioneros en España no eran conscientes de que existieran en otros países agrupaciones y movimientos de este tipo, ni siquiera de que estuvieran funcionando en otras ciudades españolas<sup>964</sup>. De lo que podríamos denominar los “históricos”, tal como se les conoce corrientemente dentro del propio “movimiento”, encontramos las contribuciones teóricas de Josep Vicent Marques, de José Ángel Lozoya, (miembro del Foro y de la Red de Hombres por la Igualdad), del psicoterapeuta Luis Bonino (en Madrid) y de las aportaciones también importantes del terapeuta Xabi Odriozola y el sexólogo Fernando Villadangos. Estos hombres, como otros muchos, dedicaron gran parte de sus esfuerzos e ilusiones a incentivar a otros varones a la revisión de su masculinidad.

---

<sup>963</sup> En la Sociedad Sexológica de Madrid recibió, al igual que Joan Vilchez, clases de Julián Fernández de Quero. Para más detalles de la vida de José Ángel Lozoya y el proceso judicial que sufrió por su actividad en la clínica abortista véase LOZOYA, José Ángel, *El aborto: Historias de combate y resistencia (El caso de la clínica “Los Naranjos”)*. Sevilla, Fundación Iniciativa Social, 2014. En los últimos años ha dedicado sus esfuerzos, casi en exclusiva, “a las tareas domésticas” y también al grupo de Hombres de Sevilla y al Foro de Hombres por la Igualdad. Actualmente está involucrado en una corriente feminista dentro del partido político Podemos. Entrevista con José Ángel Lozoya, 21 de enero de 2016.

<sup>964</sup> Parece ser que Josep Vicent Marqués recordaba la existencia de un grupo de Valencia que se reunían durante los años 70. Entre sus integrantes estuvieron Albert García Hernández, Antonio Goyte, Julio A. Mañez, Víctor Navarro, un filósofo y algunos otros más. Otro caso de un grupo conformado antes de los fundados en 1985 por José Ángel Lozoya y Joan Vilchez se encuentra en *El Viejo Topo*, Octubre 1980, p. 48. En un artículo dos hombres reflexionan alrededor de la actividad de un grupo de entre 5 y 7 componentes que a finales de los 70 se juntaban una vez por semana. Aquellos se ubicaban ideológicamente más a la izquierda del PCE, estando la mitad relacionados con mujeres feministas. Extraído de *Cronología inconclusa...* En el primer grupo de Valencia participaron entre otros Jose Luis García Ferrer, ginecólogo y sexólogo (impulsor de agrupaciones de varones en Pamplona), Rafael Xambó i Olmos, músico y sociólogo (quien mantenía una estrecha relación con Josep Vicent Marqués) o José Manuel Jaén (componente de la Societat Sexològica del País Valencià).

Vílchez y Lozoya, los primeros fundadores de grupos, se conocieron en un congreso de sexología. Josep Vicent Marqués era ya un referente ideológico para Lozoya, puesto que este último había leído sus artículos en *El País* y había coincidido en distintos espacios políticos. Ellos, junto con los mencionados Peter Szil, Luis Bonino, Xabi Odriozola y Fernando Villadangos, entre otros, propulsaron la primera coordinadora a nivel estatal de hombres igualitarios. En ella cohabitaban diversas sensibilidades. Sus discrepancias, a la postre, desencadenaron la desaparición definitiva de dicha plataforma. José Ángel Lozoya, a partir de 1999, comenzó a dirigir el Programa de Hombres por la Igualdad de Jerez junto con el psicólogo Daniel Leal, el primer plan institucional en España para promover el cambio de los varones desde las administraciones públicas.

A la altura de 1989, había ya grupos también en Barcelona y Bilbao. Pronto comenzaron a configurarse otros muchos: AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género), Red de Hombres por la Igualdad, Foro de Hombres por la Igualdad de Sevilla, Nous Homes de Sabadell, Stop Machismo, Hombres por la Igualdad de Aragón, etc. Todos estos son y han sido los principales colectivos de hombres por la igualdad, junto con otros como Grupo Prometeo de León, Gizon Sarea, Hocovige en Badalona o Codo a codo: Grupo de Hombres por la Igualdad de Palencia y un largo etc (véase un listado obviamente incompleto de este tipo de colectivos en España que hemos elaborado e incluido en el apéndice 14)<sup>965</sup>.

El primer intento de cohesión de esta amalgama de grupos tuvo lugar con la creación de la Red Interprovincial de Reflexión sobre los Modelos Masculinos y a nivel académico con la creación del Centro de Estudios de la Condición Masculina en Madrid, dirigido por el psicoterapeuta y coordinador del Centro de Estudios de la Condición Masculina Luis Bonino, quien fuera miembro del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad de

---

<sup>965</sup> De muchas o no tenemos conocimiento directo y fehaciente o ya han desaparecido. Dada la espontaneidad en la conformación de agrupaciones informales muchas de ellas ni siquiera se han registrado en calidad de asociación u ONG. Después existe una nebulosa de microgrupos informales y efímeros que nacen y se disuelven sin conexión con colectivos y asociaciones más asentadas. En el apéndice recogemos una lista algo más extensa que hemos recopilado en la que no se incluyen grupos mixtos, salvo Masculinidades Beta que aglutina mujeres y hombres en su seno.

España desde el año 2000<sup>966</sup>.

En cualquier caso, en el terreno del activismo, AHIGE y la Red de Hombres por la Igualdad de Género son las asociaciones de mayor alcance e incidencia, las cuales mantienen un estrecho entendimiento con organizaciones feministas de mujeres y mixtas. Las vías de divulgación de estas dos asociaciones son principalmente las revistas electrónicas que publican mensualmente *Hombres Igualitarios* y *Red de Hombres por la Igualdad: Una Revista de los Hombres por la Igualdad del Estado Español* respectivamente. Por ejemplo, la preocupación de estos colectivos con la corresponsabilidad de las tareas del cuidado y un concepto igualitario de paternidad ha hecho que su colaboración con PPIINA (Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción –pagados al 100%–) sea muy fructífera. Han focalizado sus esfuerzos en reivindicar un marco social de cuidados que rompa con la primacía de los esquemas tradicionales en el reparto de las tareas familiares y del hogar.

A grandes rasgos, en los colectivos de hombres igualitarios el objetivo primordial es destruir los imperativos de la masculinidad tóxica y patriarcal. Gracias a los grupos de conciencia se estimula el contacto emocional entre hombres. Según su filosofía, la alienación mutiladora y deshumanizante de la socialización patriarcal convierte a los varones en “analfabetos emocionales”. Por eso, parten de la idea de que para avanzar hacia una sociedad en igualdad se hace urgente una autocrítica de los hombres sobre el ejercicio del poder sobre las mujeres. Se hace necesario, desde su visión, abrir un proceso de cambio personal y colectivo que conduzca a la construcción de unas masculinidades resistenciales, alternativas y subversivas, o lo que es lo mismo, igualitarias, empáticas y pacíficas (véase apéndice 13). Tratan de renunciar a sus privilegios y de alejarse, en consecuencia, de un paradigma viril machista que repercute

---

<sup>966</sup> El concepto de micromachismos –acepción que hace referencia a las maniobras “invisibles” y cotidianas de dominio masculino– es una de sus más conocidas aportaciones dentro de los estudios de género. Además, conviene resaltar que desde 1985 ha sido coordinador de grupos de desarrollo personal para hombres. De su producción científica destacan BONINO, Luis, “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la normalidad masculina” en SEGARRA MONTANER, Marta y CARABÍ, Ángels (Coord.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria Editorial, 2000, pp. 41-64; BONINO, Luis, *Hombres y violencia de género. Más allá de los maltratadores y de los factores de riesgo*. Madrid, Ministerio de Igualdad, 2009; BONINO, Luis, “Los varones ante el cambio de las mujeres”, *Lectora: Revista de Dones intertextualitat* (monográfico hombres y feminismo dirigido por Nieves Ibeas), n° 4, 1998, pp. 12-21.

en una serie de costes físicos, emocionales y vivenciales<sup>967</sup>.

Los grupos de hombres igualitarios se componen en su mayoría por personas de capas sociales medias, afines a las ciencias sociales, de la salud y educativas, o a otras redes asociativas y, por lo general, de izquierdas y partícipes en el activismo social. Pero después de todo, dado su carácter en parte terapéutico y con voluntad de aglutinar a todos los hombres, hallamos una variedad de perfiles muy amplia, tanto por orientación sexual, estado civil, raza, escalafón social o edad<sup>968</sup>.

Estas asociaciones de hombres reconocen la responsabilidad masculina en la preservación de las desigualdades de género y la homofobia. Como se ha señalado páginas atrás, uno de los aspectos más interesantes de su emergencia es que muchas se formaron sin tener conocimiento de la actividad de otras. Hombres de lugares muy distantes comenzaron a reunirse sin saber muy bien por qué, preguntándose qué es ser hombre a finales del siglo pasado, congregándose con la finalidad de hablar de sí mismos, de sus sentimientos más profundos y de su mundo interior. Esta comunicación entre varones parte desde lo personal y desde la complicidad, resquebrajando las barreras homofóbicas que impiden la cercanía y los climas de intimidad entre ellos.

Actualmente, a nivel sobre todo europeo, se ha producido un crecimiento de asociaciones de hombres por la igualdad de género. Las plataformas que buscan aglutinar en red las existentes en de cada país son Critical Research on Men in Europe (de carácter más académico) y la red EuroPROFEM<sup>969</sup>. Otras agrupaciones de coalición son Men for gender Equality Sweeden, los franceses Les Traoubles y Les Hommes Barrès, o el italiano Uomini contra la Violenza. En problemas más específicos como,

---

<sup>967</sup> Las diferencias entre estas terapias y las de cuño junguiano y guesáltico, más próximas a las realizadas por mitopoéticos, son bastante acusadas. Los mitopoéticos asumen una masculinidad “natural”, en contraposición con una parte femenina de lo masculino. Desde los colectivos de varones feministas estas nociones se interpretan de esencialistas. Desde otra mirada, los “profeministas” critican la posición victimista de los mitopoéticos, que llegan incluso al extremo de presentarse como víctimas en una dimensión equiparable a la opresión que sufren las mujeres a causa del sistema patriarcalista. Sobre las dimensiones entre ambos véase KIMMEL, Michael Scott, *The politics of manhood: Profeminist men respond to the mythopoetic men's movement...* op. cit.

<sup>968</sup> A este respecto son fundamentales dos libros en los que algunos de los activistas más enérgicos trazan sus trayectorias vivenciales en lo tocante a su masculinidad. LOZOYA, José Ángel y BEDOYA, José María (Coords.), *Voces de hombres por la igualdad*. Edición online, 2007 y FERÁNDEZ QUERO, Julián (Comp.), *Hombres del siglo XXI: Semblanzas de hombres feministas*. Editado por AHIGE, 2015.

<sup>969</sup> CROME se trata de una plataforma en el que varones y mujeres de varios países se han asociado para investigar la problemática de los varones. Su plataforma divulgativa es la revista *Men and Masculinities*.

por ejemplo, la prostitución sobresale la labor de Zeromacho, agrupación francesa de signo abolicionista de la prostitución (con ramificaciones también en Cataluña)<sup>970</sup>. Incluso, desde hace varios lustros, las revistas *Achilles Heel* y *XY* divulgan los valores de las masculinidades igualitarias con relativa propagación a nivel internacional. A escala global despunta la red Men Engage, una alianza de ONGS de todo el Mundo que promueve compañías e interconecta a todos estos movimientos de muchos países.

En Sudamérica este tipo de colectivos experimentan un crecimiento exponencial. El colectivo más potente es, sin duda, la organización argentina Varones Antipatriarcales, aunque no podemos olvidarnos de Kolectivo Poroto en Chile o de la Red Chilena de Masculinidades<sup>971</sup>. Incluso en África existe la ONG Men for Gender Equality Now (MEGEN). Tanto en países como India, Pakistán y una gran variedad de países africanos, de Oriente Medio y Caribe, MenEngage extiende sus actividades y campañas (entre otras, para el fomento de la creación de círculos de hombres por la deconstrucción de su masculinidad machista). Todo ello denota que, desde finales de los años 90, la articulación de asociaciones y ONGS de varones por la igualdad de género se está globalizando<sup>972</sup>.

No debemos olvidar tampoco que la emergencia cada vez mayor de estos grupos de hombres coincide en paralelo con la creciente preocupación de los organismos internacionales –la ONU, UNICEF, o la OMS– por el estímulo de las masculinidades equitativas. Estas instituciones hacen valer cada vez más la eficacia de involucrar a los varones en las medidas que los estados ejecutan en materia de equidad de género. Recientemente ha obtenido una enorme cobertura mediática la campaña *HeForShe*,

---

<sup>970</sup> Existen escasos estudios acerca de estos grupos. Una excepción es PINILLA MUÑOZ, David, *Masculinidades: Un acercamiento a los grupos de hombres por la igualdad en el estado español*. Trabajo de fin de Máster dirigido por Santiago Boira Sarto, curso 2011-2012 del Master en relaciones de Género, Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo, Universidad de Zaragoza, 2012.

<sup>971</sup> En Latinoamérica estos colectivos despliegan su activismo sobre todo en la lucha contra la violencia de género. En Brasil se tiene noticia de la creación en 1981 de una primera organización feminista integrada por hombres “Grupo masculino de apoio à luta das mulheres”. Véase AZEVEDO, Mariana, MEDRADO, Benedito y LYRA, Jorge, “Homens e o movimento fequista no Brasil: Rastros em fragmentos de memória”, *Cadernos Pagu*, nº 54, 2018. Otro sucinto acercamiento histórico en Brasil GALVAO ADRIANO, Karla y TEODOSIO DE QUADROS, Marion, “Feminismo e homens: Reflexões sobre participação, pesquisa e militância”, *Fazendo gênero: diásporas, diversidades, deslocamentos*, 23 a 26 de agosto 2010.

<sup>972</sup> Véase BONINO, Luis, “Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres” en LOMAS, Carlos (Ed.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidad masculina y cambios sociales*. Barcelona, Paidós, 2003.



impulsada por ONU Mujeres. Las resoluciones tomadas en materia de políticas de igualdad dirigidas a hombres en el congreso de Beijing (1995) –IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres– revelan también una exponencial receptividad a la inclusión del sexo masculino en los objetivos de una agenda global feminista.

En España este tipo de iniciativas institucionales destinadas a hombres no han sido muy profusas, en comparación con países escandinavos, si bien las que más incidencia han tenido son las que se han llevado adelante en el Ayuntamiento de Jerez, por medio del Programa “Hombres por la Igualdad” de la Delegación de gobierno (coordinado en su momento por José Ángel Lozoya) y en País Vasco a través de Gizonduz, dependiente del Instituto Vasco de la Mujer.

Una vez creados a lo largo de la geografía nacional los grupos de hombres, se generó finalmente la necesidad de constituir una gran asociación de varones igualitarios a nivel estatal. Como resultado de la iniciativa de un grupo de hombres de Málaga nace a principios de 2001 AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género). La intención del trabajador social Antonio García Domínguez (artífice y coordinador de AHIGE desde 2003) era conferir de una dimensión más social el compromiso de los hombres a la igualdad<sup>973</sup>. Buscaba ofrecer una salida, en clave activista y de cambio personal, a la transformación que los varones estaban experimentando en sus correspondientes colectivos de autorreflexión. Se trataba de espolear una “revolución interior que todo hombre tiene pendiente” –lema de AHIGE–<sup>974</sup>.

---

<sup>973</sup> Dejó su trabajo de profesor universitario en Málaga para dedicarse a promover la ya desaparecida Plataforma de Hombres por la Igualdad de Santander. Con 17 años entró en el PCE y en CCOO. Durante la entrevista Antonio nos explicó que al principio no fue consciente de que otros habían también creado grupos de hombres de este tipo: “Yo creí que estaba también descubriendo el Mediterráneo”. Con su experiencia y formación como trabajador social comunitario, Antonio perfiló su filosofía para el cambio social de los hombres. Basada en la premisa de que para la resolución de los problemas colectivos la vía tiene que pasar por la involucración de toda la comunidad implicada, en este caso mujeres y también hombres. Entrevista con Antonio García, 11 de febrero de 2016. De Antonio Gracia véase GARCÍA DOMÍNGUEZ, Antonio, “Bases psico-sociales del sexismo y la violencia de género: Una perspectiva histórica y de género desde un punto de vista masculino”, Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social, nº 31, 2004, pp. 25-57.

<sup>974</sup> En una entrevista mantenida con Juanjo Compaire –uno de los integrantes más veteranos de AHIGE– él nos suministró mucha información acerca de la asociación y su historia. Juanjo Compaire fue profesor de Historia y militó en el PSUC. Pero a partir de los años 70 dejó el activismo político, pese a continuar en CCOO. Con el 15M despertó de nuevo su implicación política, en este caso con Guayem Barcelona y Barcelona en Comú. El primer grupo de hombres igualitarios que promovió se llamaba Sopa de Hombres. A partir de 2005, Compaire entra en AHIGE y en 2009 crea Homes Igualitaris, asociación catalana de hombres por la igualdad, lugar donde se tejió una red de grupos de varones igualitarios de Cataluña.

Esta asociación apuesta por un mensaje en positivo hacia los hombres, por la asunción de su responsabilidad. Pero también por fomentar la idea de que con la igualdad los hombres también ganan en todos los aspectos de su vida. De todas maneras, el objetivo de la asociación no quedó reducido al área del cambio personal por parte de sus miembros integrantes, sino que extendió sus brazos hacia la intervención social, en colaboración también con instituciones. AHIGE, al fin y al cabo, pretende desde sus comienzos estimular el cambio personal de los hombres, sin dejar a un lado la dimensión tanto técnico-profesional como la social.

En definitiva, pese a su carácter minoritario y la discrepancia que inspira el binomio “hombre feminista”, se observa que impera una creciente aceptación de los grupos de hombres por la igualdad de género por parte de amplios sectores de los feminismos. Como prueba de esta llamada a los varones en la lucha por la igualdad nos remitimos a las palabras de una de las teóricas más relevantes e influyentes del feminismo actual en España. La filósofa feminista Ana de Miguel, interpelando directamente a los hombres al final de su libro *Neoliberalismo sexual* (2015), trasladaba la siguiente pregunta en forma de petición:

“¿Dónde está el “hombre nuevo” en las sociedades “formalmente igualitarias”? (...) “Agradeceríamos a nuestros hermanos, los hombres, que se sentaran a pensar quiénes son, qué hace la sociedad patriarcal con ellos y qué quieren llegar a ser, que plantaran cara a lo que el sistema espera de ellos”<sup>975</sup>.

---

Entrevista con Juanjo Compaire, 19 de enero de 2016. Véase también COMPAIRE, Juanjo, “Hombres: la necesidad de una voz colectiva”, *Temas de psicoanálisis*, nº 18, 2019.

<sup>975</sup> DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid, Cátedra, 2015, p. 344.

## CONCLUSIONES

En el curso de esta investigación hemos presentado una extensa galería de hombres que a lo largo de la historia de España apostaron en lo económico, cultural, social y político por ensanchar los horizontes de acción y decisión de la mujer. Muchos de ellos se inclinaron por desterrar viejos esquemas tradicionales de feminidad y visualizaron un horizonte social que rompía con el orden de género establecido de su tiempo. Lo hicieron procediendo de mundos ideológicos bien diferentes, pero sobre todo de los ubicados en espacios progresistas y de izquierdas. Concretamente, entre el Sexenio democrático y la Guerra Civil, las proclamas discursivas por la emancipación de la mujer que los hombres trasladaron públicamente fueron más frecuentes de lo que comúnmente se ha descrito.

Sin embargo, muchos de estos hombres que respaldaron las reivindicaciones feministas se pronunciaron favorables a las mismas porque el avance hacia un modelo de feminidad más moderno se concebía como una oportunidad de acelerar el advenimiento de una nueva sociedad que rompiese con herencias del pasado. Este anhelo derivaba del afán de avanzar hacia la culminación de proyectos político-ideológicos transformadores (desde los reformistas de cuño progresista hasta los más revolucionarios de clase). Desde su perspectiva, para la llegada de ese progreso social, la mujer debía inevitablemente incorporarse al mismo y deshacerse de su estado de sometimiento.

En ese proceso, los hombres a menudo se autoerigieron como los sujetos a guiar a las mujeres en su rumbo a la liberación. En muchos casos, se vieron a sí mismos como los únicos capacitados para conducirlos y capitanearlos, un paternalismo parejo al desplegado, siglos antes, por los tratadistas profemeninos del Bajomedievo y del Renacimiento. Aunque estos discursos filóginos masculinos medievales y renacentistas se asentaron en la defensa de la equidignidad de los sexos y no de la igualdad de derechos, es posible trazar ciertos patrones que continuaron operando siglos después en cómo, desde la subjetividad masculina, se interactuó con el otro sexo.

Bajo estos códigos culturales caballerescos se vertebraron los discursos de género de tratadistas defensores de la mujer como Juan Rodríguez de Cámara, Álvaro de Luna o posteriormente, en el periodo ilustrado, Benito Jerónimo Feijoo. Mucho se ha escrito sobre la artificiosidad retórica y el oportunismo político de muchos de los intervinientes en la Querella de las damas. Pero desde los siglos XIV al XVIII estos autores profemeninos, al seguir los imperativos de conducta caballerescos de auxiliar a las mujeres ofendidas, se convirtieron en una suerte de “escuderos” de la mujer frente a los proliferantes ataques misóginos que recibieron.

Más tarde, a partir del siglo XIX, entre los varones que profesaron la dignificación de la situación de la mujer, fue común el que operase, de forma soterrada, esta ética rehabilitadora de la honra y la dignidad femenina. Se trataba de una reacción que enlazaba con los rasgos configurativos de la masculinidad caballeresca y tradicional. Por consiguiente, esto se tradujo, en siglos ulteriores, en que muchos de los varones que abrazaron el programa vindicativo del feminismo tomaran un tono paternalista que infravaloraba la capacidad de agencia y autonomía de las mujeres.

En comparación con el panorama ideológico y cultural ilustrado de países como Francia o Inglaterra, hubo que esperar mucho más en España para que emergiese una visión masculina sobre la operatividad política que suponía, para la transformación de la sociedad, el desarrollo de los derechos de las mujeres. En el contexto español hubo que aguardar, por lo menos, hasta los últimos años de la crisis del régimen isabelino. Por el contrario, a modo de ejemplo, en Inglaterra o en Francia, ya durante el siglo XVIII y principios del XIX, hombres de diversas culturas políticas radicales se esperanzaron con la idea de que las mujeres contribuyesen al progreso humano y a la igualdad social.

En España, a partir de los años 40 del siglo XIX, llama la atención el carácter pionero del fourierismo y de otras corrientes del socialismo utópico en su reprobación y censura hacia la situación de sometimiento social del sexo femenino. En plena era isabelina hemos localizado los primeros y tímidos vestigios decimonónicos de defensa de la mujer en España, concretamente en la naciente prensa femenina y en los discursos de intelectuales adscritos al primer socialismo utópico. Profundizando en la retórica de un contado número de intelectuales que ejercieron la dirección de revistas femeninas de la época evidenciamos el carácter paternalista de su mensaje. Pero también observamos

su antimisoginia y su deseo de que las mujeres de clases medias y altas se instruyesen al igual que los varones.

En pleno fervor cultural del romanticismo, estos escritores promocionaron la literatura escrita por mujeres y valoraron, con altas dosis de galantería y caballerosidad, la capacidad de la mujer para la creación intelectual y artística. Desde el liberalismo progresista, el democratismo y el socialismo utópico sansimoniano y fourierista, los que administraron revistas como *El Defensor del Bello Sexo*, enarbolaron la bandera de la emancipación de las mujeres en calidad de guías y escuderos mandatados a aconsejarlas e instruir las. Dichos autores romanticistas, liberales y utopistas comenzaron a hablar de “tiranía masculina”, de “esclavitud femenina” y de la “emancipación de la otra bella mitad”. Sin embargo, no presentaron un corpus reivindicativo concreto. Redujeron sus propuestas, generalmente, a una mejora sustancial de la educación de la mujer con el fin de que únicamente cumpliera con mayor libertad y eficacia sus atribuciones en la esfera doméstica.

En referencia a los diferentes ámbitos de la tradición política del liberalismo español, ya más adelante, desde finales del siglo XIX, no hubo muchos hombres que dentro del Partido Liberal manifestaran su respaldo a las demandas feministas. Entre ellos destacaron, de forma excepcional, Francos Rodríguez, Eduardo Gómez Baquero o Cristóbal de Castro. Por otro lado, en el plano cultural y educativo descollaron las iniciativas pedagógicas de los krausistas e institucionistas, debido a que bebieron del legado filosófico armónico e igualitarista del pensador alemán Karl Friedrich Krause. Hombres como Rafael María de Labra, Francisco Giner de los Ríos o Fernando de Castro, entre otros muchos, promocionaron la instrucción de las mujeres, defendieron su derecho a ejercer profesiones liberales y promovieron su libre acceso a ámbitos científicos, intelectuales y académicos. Algunos incluso llevaron a la práctica la coeducación entre los sexos en sus instituciones educativas. En esta línea, censuraron la misoginia reinante y señalaron la inconsistencia de los postulados pseudocientíficos que pregonaban la inferioridad intelectual y moral de la mujer. Asimismo, entre los krausistas de la siguiente generación, sobresalieron Miguel Romera Navarro y Adolfo González Posada, quienes articularon un discurso más igualitario y netamente feminista.

Por otro lado, algunos de los hombres en favor de una mayor igualdad entre los

sexos denunciaron la prostitución al considerarla una forma de dominación contra las mujeres. De este modo, impugnaron la represión sexual de la mujer, la que padecía como resultado, a su entender, de la hipocresía moral impuesta por el sexo masculino. Una gran cantidad de los que se adscribieron a opciones ideológicas más situadas a la izquierda tendió a censurar esta misma opresión sexual, al identificarla con prescripciones culturales enraizadas en la sociedad burguesa y el catolicismo. En su concepción aperturista en esta materia, anarquistas, socialistas y republicanos partieron de premisas sumamente rompedoras para entonces. Entre ellos, algunos de los autores más comprometidos y radicales fueron Santiago Valentí i Camp, Felipe Trigo o Félix Martín Ibáñez. Estos y otros tantos intelectuales y escritores abogaron por el amor libre, la autonomía sexual de las mujeres, la maternidad consciente o incluso el suministro de anticonceptivos como un instrumento conducente a la libertad sexual y personal de la mujer.

Es verdad que el anticlericalismo de muchos hombres que simpatizaron con las demandas del feminismo redujo su preocupación meramente a la conveniencia de alejar a las mujeres del influjo confesional y clerical. La percepción compartida de que la mujer española formaba parte del bloque de la reacción alimentó el hecho de que una gran mayoría de los hombres encuadrados en culturas políticas más progresistas optaran por estrechar las libertades de la mujer. Pese a ello, otra imagen, la de la mujer como redentora de los males de la humanidad, ayudó a atemperar los temores que la ligaban a la España ultramontana y conservadora. Por eso, no conviene olvidar tampoco que muchos prefirieron apartar sus miedos a un lado y fomentar cambios legislativos y culturales que reconociesen, para la mujer española, derechos básicos de ciudadanía. Lo entendieron no sólo en su anhelo por allanar la marcha hacia el progreso y la liberación humana, sino también por estrictos motivos de justicia y solidaridad con la otra mitad de la sociedad.

Algunos intelectuales alzaron su voz también contra la violencia física que las mujeres sufrían a manos de los hombres, es decir, de sus maridos y parejas sentimentales. Frente a la tiranía y el autoritarismo conyugal secundaron la promulgación del derecho al divorcio, una legislación que amparase un contrato matrimonial más equitativo y la derogación de multitud de discriminaciones recogidas

en el ordenamiento jurídico. Demandaron, además, derechos políticos para las mujeres en pie de igualdad con los varones y una mayor participación de la mujer en los espacios públicos. Pero, en cualquier caso, desde las familias políticas más de izquierdas y obreristas se hizo especial hincapié en su situación de explotación económica y laboral. En este asunto, frente a una mayoría de compañeros de militancia, algunos hombres reclamaron la igualdad salarial entre los sexos.

Por otra parte, fue a partir, efectivamente, del Sexenio Revolucionario cuando federalistas, masones y librepensadores proclamaron la “emancipación femenina” de un modo algo más acentuado que en décadas previas, exponiendo de forma más contundente su respaldo a la consecución de derechos para las mujeres. Lo hicieron desde un imaginario anticlerical y laico que, al tiempo, temía también de la influencia de la clerecía sobre la “bella mitad” a la que pretendían “redimir”. Entre los federalistas defensores de la liberación de la mujer, algunos acabaron ingresando en las filas del anarquismo. De este modo, dentro de la cultura ácrata se articularon discursos de especial radicalidad en materia sexual y con respecto a la familia y las relaciones amorosas, como fue el caso, por ejemplo, de Anselmo Lorenzo, Mariano Gallardo o Federico Urales.

Un pequeño número de militantes e intelectuales, aun representando una minoría de la militancia libertaria masculina, también apoyaron incluso la autorganización de sus compañeras. En este aspecto, entre las filas militantes y los sectores intelectuales de izquierdas en su conjunto, este sentir fue bastante minoritario. Por lo general, se reservaba al obrero de sexo masculino el cometido de acaudillar la revolución social, mientras la mujer debía cumplir un papel secundario como “compañera” del hombre. Lo plantearon así incluso quienes con ardoroso entusiasmo exhortaban a la emancipación de la mujer frente al dominio capitalista, confesional y varonil. En esta dirección, un gran número de hombres, y mujeres también de diferentes culturas políticas de izquierdas, siguieron anclados en un prototipo de feminidad doméstico y bajo el convencimiento de que el “problema” de la mujer debía de subordinarse al de la resolución de las desigualdades de clase.

Por el contrario, unos pocos no acabaron de sentirse próximos con aquella interpretación dominante que relegaba a sus compañeras y sus peticiones a un segundo

plano. Los hubo, los que menos, que incluso juzgaron oportuno y necesario que se conformaran colectivos de mujeres autónomos. Dieron su respaldo a la unidad de las mujeres con el objetivo no únicamente de ayudar a la causa revolucionaria, sino también de que ellas mismas lucharan por su propia liberación. Unos lo hicieron bajo objetivos puramente proselitistas, cuando el apoyo de las mujeres a un determinado movimiento u opción electoral permitía medirse mejor con otras fuerzas políticas y sociales, principalmente las que consideraban reaccionarias y burguesas. Sin embargo, otros, apostaron por esta vía no únicamente para acrecentar la base social y electoral del movimiento o del partido. Partieron, en resumidas cuentas, de la sincera convicción de que conceder autonomía a las mujeres que combatían por sus derechos se traduciría en prosperar de modo más efectivo y congruente en su legítima y reparadora liberación.

Por otra parte, dentro de estas culturas políticas revolucionarias de clase y republicanas, en definitiva, la mujer se convirtió así en una suerte de objeto de disputa dentro de la secular tensión laicismo-confesionalismo. Este virulento conflicto que atravesó toda la historia contemporánea de España acarreó la entrada en escena de hombres que en su retórica clamaron por la liberación del otro sexo bajo una lógica anticlerical. En relación también con la cuestión religiosa, las diferencias entre países anglosajones y protestantes en comparación con España, de tradición católica, fueron en determinados aspectos sustanciales. Una de las más significativas fue que en esta época hubo pastores y religiosos protestantes británicos y estadounidenses que se comprometieron activamente por la causa de los derechos educativos, civiles y políticos de la mujer. En cambio, el peso del catolicismo más conservador y tradicionalista en España probablemente impidiera el paso a la aparición de voces masculinas que, desde el convencimiento, se unieran a las reivindicaciones del feminismo católico español.

En el terreno partidista, los cálculos electorales y los deseos de alejar a la población femenina de las fuerzas progresistas y anticlericales produjeron, de forma coyuntural, que quienes se ubicaban en las múltiples vertientes de la derecha política española se inclinaron por incorporar a sus mensajes políticos el derecho al voto para la mujer española. No obstante, en muy pocos casos estas posturas provinieron de un deseo de que la mujer se liberase del dominio masculino, más bien al contrario. Además, en el universo del conservadurismo político y del liberalismo turnista muy



pocas figuras masculinas articularon un discurso nítidamente adherido a los postulados del feminismo. Todos estos espacios de antagonismo entre culturas políticas muy heterogéneas, sujetos a la discrepancia ideológica y a la competición política, social y electoral, hicieron aflorar notorias contradicciones. Por consiguiente, se manifestaron suficientes elementos de confusión como para que, desde el análisis histórico, sea difícil distinguir entre los hombres que asumieron con franqueza y sinceridad los ideales del feminismo y los que simplemente los instrumentalizaron con fines de distinta índole.

Una vez vistos los aspectos fundamentales alrededor de las expresiones masculinas en favor de la emancipación de la mujer en las distintas culturas políticas, queda exponer las conclusiones a las que hemos llegado en torno al segundo eje fundamental que vertebra la presente investigación. Nos referimos al influjo de la masculinidad tradicional en la expresión por parte de los hombres de su adhesión a las demandas feministas. Después de todo, aunque muchos hombres de diversas ideologías se sumaran con conciencia a la agenda vindicativa que los movimientos de mujeres habían puesto sobre la mesa, hemos demostrado cómo los caracteres definitorios que edifican la masculinidad tradicional y hegemónica persisten y tienen su reflejo en los discursos de los defensores de las reclamaciones de los feminismos.

La exaltación galante de las virtudes físicas y estéticas de las mujeres, la carencia de movilización y militancia feminista de los hombres o un sentido del deber masculino paternalista y protector del “sexo débil”, son algunas de las inercias que contuvieron los discursos igualitarios expresados por hombres en España. Estas manifestaciones eran directamente producto de toda una serie de rasgos que configuran el modelo delineado y dominante de masculinidad. Sin embargo, otras expresiones, como el miedo al desequilibrio sexual de la sociedad y a la “masculinización” de la mujer o, por ejemplo, la concepción maternalista del ideal de feminidad, son más bien inherentes al paradigma esencialista y diferenciador anclado en los márgenes culturales de género por los que el feminismo de la época discurrió.

Todas estas tendencias se evidenciaron de modo reiterado en los mensajes y discursos de todos esos hombres que en España compartieron los reclamos feministas de entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Pero en términos de historia comparativa, es relevante también indicar que en España el conflicto en torno a

la cuestión de la mujer suscitó una menor polarización social que en otros países, como fueron Francia, EEUU o Inglaterra. La débil movilización del movimiento sufragista español y la ausencia de una organización colectiva de hombres en esta causa repercutieron en muchos aspectos. Uno de ellos fue en que no se generasen las condiciones necesarias para que emergieran imágenes de masculinidad muy opuestas y polarizadas en los discursos, por decirlo así, feministas y antifeministas.

Si rastremos en la genealogía de la palabra “feminista” en su significado político, tal como hemos hecho, se observa que durante el siglo XIX la patologización y minusvalorización de la masculinidad de los hombres que se significaron por la igualdad entre los sexos coincidió con los primeros usos del concepto, el asociado a “afeminado”. Dentro de la encarnizada atmósfera de debate y controversia sobre los derechos de las mujeres, el vocablo fue manejado como un artefacto de ataque e infundió “antifeminista” contra los “defensores del bello sexo”. En España, el uso de calificativos disvalorativos de la virilidad dirigidos a los varones que apoyaron las reivindicaciones feministas no fue demasiado reiterado. Esta realidad, concluimos, contrasta notablemente con la de otras naciones en las que las tensiones que desencadenaron los movimientos feministas fueron mucho más acentuadas.

Si a las mujeres que trasladaron su descontento e inconformismo con el orden sexual vigente se las arremetía normalmente con epítetos tales como “marisabidillas”, “marimachos”, “lujuriosas” o “resentidas”, no se produjo una adjetivación semejante dirigida a los varones. Las críticas más recurrentes hacia los hombres que respaldaron la emancipación de la mujer versaban sobre sus supuestas contradicciones entre práctica y teoría. A esto habría que añadir que solían también recaer, a ojos de sus adversarios/as, en su excesiva y mal orientada galantería o caballerosidad. Quienes no comprendían su sensibilidad igualitaria también los acusaban de su pretensión por colonizar la conciencia de la población femenina en pro de una causa política y/o por esconder inclusive deseos de utilizar a las mujeres en el plano sexual.

No obstante, las reprimendas no sólo se lanzaron por parte de quienes contravenían todo atisbo de transformación en las relaciones de género. Mujeres reconocidas por luchar en favor de la igualdad de derechos entre los sexos recelaron de las buenas intenciones de quienes se autoerigían valedores de sus demandas. Sin

embargo, las críticas de estas mujeres se articularon y pronunciaron bajo razonamientos bien distintos. El repertorio de sus juicios, en ningún caso, transitó por el camino de subestimar su masculinidad. Lo hizo más bien por vías de argumentación diferentes. Reprendieron a los que se definían a sí mismos como emancipadores del otro sexo y de manera incongruente, al mismo tiempo, se pronunciaban de forma errática o “desafortunada”.

Muchas feministas de la época se refirieron incluso a la falta de compromiso franco y verdaderamente solidario de los hombres. Del mismo modo, aludieron a sus tentativas por instrumentalizar una causa que, a su parecer, no les correspondía ni liderar, ni dirigir, ni representar. Sus recriminaciones también apuntaron a su paternalismo y condescendencia o, por ejemplo, a su carencia de conocimientos sobre la situación real de las mujeres. Asimismo, indicaron sus posibles incoherencias personales entre sus alegatos igualitarios y la práctica cotidiana en sus relaciones, sobre todo, familiares y conyugales. Otras mujeres, inclusive, censuraron con dureza sus valoraciones inoportunas en torno a la naturaleza femenina y su papel en la sociedad. Pero este conglomerado de acusaciones, fruto de la desconfianza y el escepticismo de mujeres que exigían autonomía e iban adquiriendo identidad como sujeto político, se vieron acompañadas también por palabras de admiración y gratitud. Las declaraciones positivas que apelaban, en diversas ocasiones, a una suerte de masculinidad virtuosa de los que veían con gratificación como sus aliados fueron también habituales.

En aras de remarcar su masculinidad, hombres “feministas” y “antifeministas” compitieron por alcanzar un status de masculinidad prestigiado. Según el esquema regido por la masculinidad hegemónica y dominante, las inercias de revalidación genérica entre los hombres se despliegan en términos de competitividad y combate entre varones. En este caso, los representantes de ambos “grupos” se autoerigieron como verdaderos defensores de la mujer y lo hicieron realzando su masculinidad respectiva.

Aparte de esto, no hay que olvidar que las demostraciones de virilidad de los abanderados de la liberación de la mujer también las representaron de cara al otro sexo, con retóricas, modales y actos caballerosos y galantes dirigidos a sus compañeras de causa, partido o corriente política y, por lo demás, a las mujeres en su totalidad. Aquel trato cortés fue aplaudido, pero también fue rechazado por mujeres que buscaban

desatarse del tutelaje masculino. Asimismo, en este punto conviene recordar que, en un marco de evolución de los ideales de masculinidad, hubo algunos hombres que incluso renegaron de estos esquemas de virilidad que percibían desfasados y dañinos, como lo fue también el donjuanismo. Aunque fueron muy pocos, vieron que detrás de una apariencia amable y deferente con el otro sexo se enmascaraban mecanismos opresivos que perpetuaban el injusto estado de servidumbre al que la mujer se veía sometida.

Por otra parte, si tomamos un ejemplo bien paradigmático, el de los hombres que militaron en el universo del sufragismo británico, estos asumieron ubicarse en lugares subalternos frente al indiscutible liderazgo femenino del movimiento. Si se analiza con perspectiva amplia, esta ha sido una circunstancia muy poco usual. En la inmensa mayoría de los movimientos políticos y sociales, por lo general e históricamente, ha prevalecido de manera muy contundente el dominio masculino en sus jerarquías y puestos de dirección. En Inglaterra o EEUU, por ejemplo, las asociaciones sufragistas de mujeres comandaron y lideraron la causa. Los hombres no ejercieron jefatura alguna por encima del mando ejercido por mujeres. Lo contrario sucedió, durante los inicios de la segunda mitad del XIX, en los orígenes del feminismo organizado francés y alemán. Sin embargo, en estos países, a las pocas décadas, fue sustituyéndose la representación masculina por la femenina en los cargos directivos de estos colectivos defensores de los derechos de las mujeres. A partir de los años 70 del siglo XIX, tanto en Francia como en Alemania, un número significativo de intelectuales y profesionales ingresaron en asociaciones dirigidas por mujeres, abandonando poco a poco los cargos de mayor poder. Pero, con posterioridad, también se fueron autorganizando en ligas de hombres para cooperar en la consecución de derechos para las mujeres de sus respectivas naciones.

En España, concluimos, no se aprecia dicha evolución declinante del poder masculino dentro de las primeras organizaciones feministas, ya que simplemente los hombres no llegaron ni siquiera a habitar en ningún espacio del feminismo organizado, ni en grupos mixtos ni masculinos. De hecho, habría que esperar a los años 80 del siglo XX para que una serie de varones en el estado español comenzaran a configurar un mínimo tejido asociativo que trabajase por la equidad de género. En el marco del feminismo de la tercera ola, fueron figuras antifranquistas las que desde la Transición

representan la génesis del compromiso masculino por la igualdad de género. Estos hombres entroncan, a la par, con las primeras vertientes de una sexología alternativa en la España saliente de la dictadura. La represión sexual que el nacionalcatolicismo instauró en la cultura y en la sociedad española propició que los fundadores de los primeros grupos de hombres antipatriarcales construyeran sus fundamentos teóricos a través de un freudomarxismo de raíces reichianas. Con el tiempo, esta óptica marxista ha ido perdiendo su peso en el microuniverso actual de grupos de varones por la igualdad.

Esta impronta sexológica marca una diferencia sustancial con otros países del entorno que, durante los años 70 del siglo XX, más de una década antes que en España, experimentaron el nacimiento de grupúsculos de hombres de este tipo. El influjo marxista y contestatario en la genealogía de los colectivos feministas de hombres de la tercera ola sí fue, en todo caso, común en los países comparados. A este respecto, lo que resulta también llamativo observar, en definitiva, es que el salto del discurso al activismo feminista masculino fuera sustancialmente más tardío en España que en el resto de las naciones que hemos tratado durante el transcurso de este estudio.

Hoy en día, los círculos y grupos de hombres por la igualdad de género suelen asumir y aceptar de manera consciente un sitio acotado basado en el desempeño de un papel auxiliar y secundario. Lo adoptan bajo la voluntad de que no se reproduzcan patrones patriarcales consistentes en la preeminencia y hegemonía masculina en cualquier ámbito de sociabilidad y, menos aún, dentro de los movimientos feministas. La tarea fundamental que se han asignado consiste en la de secundar las reivindicaciones de la agenda política fijada. Fruto de la naturaleza del nuevo paradigma vindicativo, también se han marcado el objetivo embarcarse en un trabajo interior por deconstruir lo que identifican como las bases de una masculinidad machista y LGTBIQ+fóbica.

En cuanto a las inercias paternalistas apuntadas durante el transcurso del estudio, los varones significados con el ideario del movimiento feminista comenzarán a someterlas a la autocritica a partir también de los años 80 del pasado siglo. El nacimiento de un activismo de hombres por la igualdad aunó dos procesos. Por un lado, el de una creciente conciencia de la situación de subordinación de la mujer que arraigó

en capas masculinas algo más amplias y, por otro, el de una enérgica voluntad por la revisión del canon patriarcal de ser hombre. A colación de esto último, una parte de nuestro esfuerzo se ha focalizado en demostrar cómo la emergencia de estas nuevas formas masculinas de hacer política feminista coincide en el tiempo con una crisis sociocultural del paradigma de la masculinidad tradicional.

En términos generales, los varones que han apoyado las tesis de la liberación de la mujer han sido una minoría excepcional. No pueden compararse ni en grado de compromiso, ni mucho menos numéricamente hablando, con las mujeres que han engrosado el movimiento feminista durante sus más de dos siglos de historia. De todas maneras, las reticencias que despierta el binomio “hombre feminista” poco a poco van decayendo o moderándose. Lo que impera actualmente es una creciente aprobación, por parte de diversos sectores de los feminismos políticos, de una estrategia consistente en que los hombres deben de tener un papel no protagonista, pero sí activo en la lucha por la superación del sistema de dominación patriarcal. Aun cuando continúan persistiendo disonancias a propósito de cómo delimitar o no su presencia y su función, existe una creciente llamada a que de alguna u otra forma colaboren y se comprometan.

Tal como lo hemos resaltado en este trabajo de investigación, una gran parte de los hombres que tomaron conciencia igualitaria se vieron influenciados directa o indirectamente por figuras femeninas intelectuales y familiares. Pero también por compañeras tanto sentimentales como del ámbito de la militancia. Esta circunstancia parece una muestra o una prueba más de que, sin duda, el sujeto político del feminismo es la mujer. De todas formas, la historia del feminismo no se reduce únicamente a las acciones de una vanguardia de mujeres que la han representado y protagonizado. Sin ánimo de sobredimensionar, indicar la contribución, algo más que testimonial, de determinados varones en los avances que el feminismo ha conquistado a lo largo del tiempo nos abre una visión de los feminismos históricos algo más rica en registros de tipo discursivo e identitario.

En resumidas cuentas, con la elaboración de esta visión panorámica y general, hemos intentado arrojar algo más de luz a una temática que no ha suscitado demasiada atención dentro de la disciplina histórica. Esperamos con nuestra contribución generar e incentivar otras iniciativas de investigación sobre múltiples aspectos que han girado

alrededor de este trabajo, pero también en torno a un campo de estudio de enormes posibilidades y potencialidades para el futuro, como es el de las masculinidades dentro de la historiografía de género española.





## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### - Libros:

ACKELSBERG, Martha, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Barcelona, Virus, 2000.

ALDARACA, Bridget, *El Ángel del hogar: Galdós and ideology of domesticity in Spain. North Carolina Studies in the romance languages and literatures*. Chapel Hill, University of North Carolina, Departament of Romance Languages, 1991.

ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid, Siglo Veintiuno, 1991.

ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro F., *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración (aproximación histórica)*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1985.

ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro F., y VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (Eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza: Nuevos estudios*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005.

AMORÓS PUENTE, Celia (Ed.), *Feminismo y filosofía*. Madrid, Síntesis, 2000.

- *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Universidad de Valencia, Cátedra, 2000.

ANGENOT, Marc, *Les Champions des femmes. Examen du discours sur la supériorité des femmes 1400-1800*. Montréal, Les presses de l'Université du Québec, 1977.

ARCE PINEDO, Rebeca, *Dios, patria y hogar: La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*. Santander, Universidad de Cantabria, 2008.

- *La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas*

*antiliberales entre 1850 y 1940*. Santander, PubliCan, 2005.

ARESTI ESTEBAN, Nerea, *Masculinidades en tela de juicio: Hombre y género en el primer tercio del siglo XX*. Madrid, Cátedra, 2010.

- *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.

BLANCO, Alda, *A las mujeres: Ensayos feministas de María Martínez Sierra*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003.

BLANCO CORUJA, Oliva, *La polémica feminista en la España ilustrada: La Defensa de las mujeres de Feijoo y sus detractores*. Toledo, Almud, 2010.

BADINTER, Elisabeth, *XY: La identidad masculina*. Madrid, Alianza, 1993.

- *Paroles d'hommes (1790-1793)*. POL Editeur, Paris, 1989.

BAIGORRIA, Oswaldo (Comp.), *El amor libre: Eros y anarquía*. Buenos Aires, Txalaparta, 2006.

BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, 2008.

BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth, *El normal caos del amor: Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.

BENHABIB, Seyla, "Feminismo y posmodernidad: una difícil alianza" en DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana y AMORÓS PUENTE, Celia (Coords.), *Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización*. Madrid, Minerva, 2005, pp. 319-342.

BLY, Robert, *Iron John*. Barcelona, Plaza & Janes Editores, 1992.

BOONE, Joseph Allen y CADDEN, Michael (Eds.), *Engendering men: The question of male feminist criticism*. London, Routledge, 1990.

BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2000.

BOYER, Agustín, *Estudio descriptivo del "Libro de las virtuosas e claras mujeres" de*

*don Álvaro de Luna: fuentes, género y ubicación en el debate*. Berkeley, University of California, 1988.

BROOKE, Kroeger, *The Suffragents: How women used men to get the vote*. New York, Excelsior editions, 2017.

BURDIEL, Isabel, *Emilia Pardo Bazán*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

BUTLER, Judith, *Deshacer el género*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2008.

CABALLÉ, Anna, *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*. Madrid, Cátedra, 2013.

- *Concepción Arenal: La caminante y su sombra*. Barcelona, Taurus, 2018.

CABALLÉ, Anna y CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Carlos Castilla del Pino: cinco conversaciones sobre la psiquiatría, la felicidad, la memoria, los libros*. Barcelona, Península, 2005.

CANTAVELLA, Rosanna, *Els cards i el lli: Una lectura de l'Espill" de Jaume Roig*. Barcelona, Quaderns Crema, 1992.

CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, *El sufragismo en la II República Española*. Madrid, Horas y Horas, 1992.

CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo, *Gumersindo de Azcárate: Biografía intelectual*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2005.

- *La España armónica: El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

CARABÍ, Àngels y ARMENGOL, Josep M., (Eds.), *Debating masculinity*. Barcelona, Icaria, 2008.

CARABÍ, Àngels y SEGARRA, Marta (Eds.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria, 2000.

CARRILLO-LINARES, Alberto, *El Feminismo de Javier Lasso de la Vega y Cortezo*.

*Entre la Modernidad y la Tradición*. Granada, Biblioteca Virtual de Andalucía-Junta de Andalucía, 2010.

CARROLL, Brett E., *American masculinities: A historical encyclopedia*. California State University, Stanislaus, 2003.

CAZÉS MENACHE, Daniel, *Obras feministas de François Poulain de la Barre (1647-1723)*. México, Universidad Nacional Autónoma, 2007.

CENIZA, Sherry, *Walt Whitman and nineteenth century women reformers*. Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1998.

CHERNOCK, Arianne, *Men and the making of Modern British Feminism*. California, Stanford University Press, 2010.

CHRISTIAN, Harry, *The making of anti-sexist men*. London, Routledge, 1994.

CLARE, Anthony, *Hombres: La masculinidad en crisis*. Barcelona, Taurus, 2001.

CONDE, Lisa P., *Stages in the development of a feminist consciousness in Pérez Galdós (1843-1920): A biographical sketch*. Lewiston, The Edwin Mellen Press, 1990.

CONNELL, Raewyn, *Masculinities*. Berkeley, University of California Press, 1995.

- *The men and the boys*. Los Angeles, California University, 2000.

CORONADO, Nuria, *Hombres por la igualdad*. Madrid, Lo que no existe, 2017.

DÍAZ, Carmen y SILVA, José Antonio, *Carmen Díaz, viuda de Franco: Mi vida con Ramón Franco*. Madrid, Planeta, 1981.

DE DIEGO ROMERO, Javier, *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

DE LA FUENTE MONGE, Gregorio y SERRANO GARCÍA, Rafael, *La revolución gloriosa. Un ensayo de regeneración nacional (1868-1874): Antología de textos*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, *Élites y participación política en la obra de John Stuart Mill*. Tesis doctoral dirigida por Santiago González Noriega, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Filosofía, 1990.

- *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid, Cátedra, 2015.

DÍEZ, Xavier, *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*. Barcelona, Virus, 2007.

DIGBY, Tom, *Men doing feminism*. New York, Routledge, 1998.

DIJKSTRA, Sandra, *Flora Tristán. Feminism in the age of George Sand*. London, Verso, 2019.

DOMINGO ACEBRÓN, M<sup>a</sup> Dolores, *Rafael María de Labra. Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Europa y Marruecos, en la España del Sexenio democrático y la Restauración (1871-1918)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, 2006.

DOOLEY, Dolores, *Sexual equality in the writings of William Thompson and Anna Doyle Wheeler*. Cork, Cork University Press, 1996.

ELORZA, Antonio, *El fourierismo en España*. Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975.

ELÍAS, Nobert, *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas.*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, (Edición original publicada en 1939).

ESCARIO, Pilar, LÓPEZ-ACCOTTO, Ana Inés y ALBERDI ALONSO, Inés, *Lo personal es político: El movimiento feminista en la Transición*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1996.

EUSTANCE, Claire y JOHN, Angela V., *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997.

FAGOAGA DE BARTOLOMÉ, Concha, *La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España (1877-1931)*. Barcelona, Icaria, 1985.

FEIJOO, Benito Jerónimo y SAU, Victoria, *Benito Jerónimo Feijoo: Defensa de la mujer*. Barcelona, Icaria, 1997.

FALCÓN O'NEILL, Lidia, *Los nuevos machismos*. Madrid, Aresta, 2014.

FERNÁNDEZ, Pura, *Mujer pública y vida privada. Del arte eunuco a la novela lupanaria*. Woodbridge, Tamesis, 2008.

FERNÁNDEZ DE MEDIOLA, Francisco, *Isaac Puente: El médico anarquista*. Pamplona, Txalaparta, 2007.

FERRER I GUARDIA, Francesc, *La Escuela Moderna*. Barcelona, Tusquets, 2002.

FOLGUERA, Pilar, *El feminismo en España: Dos siglos de historia*. Madrid, Pablo Iglesias, 1988.

FRAISSE, Geneviève, *Musa de la razón: La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*. Madrid, Cátedra, 1991, (Edición original publicada en 1989).

FREVERT, Ute, *Men of honour: A social and cultural history of the duel*. Cambridge, Wiley, 1995.

FUMAROLI, Marc, *Las abejas y las arañas. La querelle de los antiguos y los modernos*. Barcelona, Acantilado, 2008.

GARCÍA DAUDER, Silvia, *Psicología y feminismo: Una aproximación desde la psicología social de la ciencia y las epistemologías feministas*. Tesis doctoral dirigida por Florencio Jiménez Burillo, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

GAZDAR, Kaevan, *Feminism's founding fathers: The men who fought for women's rights*. Hants, Zero, 2016.

GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra, 1998.

GILMORE, David, *Hacerse un hombre: Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.

GIROUARD, Mark, *The return to Camelot: Chivalry and the English gentleman*. New Haven, Yale University Press, 1981.

GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (Ed.), *El socialismo español y los intelectuales: Cartas de líderes del movimiento a Unamuno*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980.

GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe, *Hombres y mujeres: El difícil camino hacia la igualdad*. Madrid, Editorial Complutense, 2002.

GONZÁLEZ, Anabel, LOPEZ, Amalia MENDOZA, Ana y URUEÑA, Isabel, *Los orígenes del feminismo en España*. Madrid, Zero, 1980.

GONZÁLEZ ETXEBERRÍA, Juan, *Crisis de la masculinidad hegemónica: (Re)escrituras finiseculares de la batalla de los sexos en Estados Unidos*. Memoria para optar al Grado de Doctor dirigida por Félix Martín Gutiérrez y Joanne Neff Van Aertselaer, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología Inglesa II, 2016.

GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, *El universo conservador de Antonio Maura: Biografía y proyecto de estado*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

GOWLDRIK-JONES, Amanda, *Men who believe in feminism*. Greenwood Publishing Group, Westport, 2002.

GUEREÑA, Jean-Louis, *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2003.

HANNAM, June, AUCHTERLONIE, Mitzi y HOLDEN, Katherine, *International encyclopedia of women's suffrage*. Michigan University, Abc Clio, 2000.

HAZARD, Paul, *La crisis de la conciencia europea, 1680-1715*. Madrid, Pegaso, 1941.

HERNÁNDEZ ALONSO, César y RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA, Juan, *Obras completas de Juan Rodríguez del Padrón*. Madrid, Editora Nacional, 1982.

HUBLER, Katherine E, *Man's duty to woman: Men and the first wave of German feminism, 1865-1919*. Boston College, 2012.

JAGOE, Catherine, *Ambiguous angels: Gender in the novels of Galdós*. Berkeley, University of California Press, 1994.

JACQUEMART, Alban, *Les hommes dans les mouvements féministes français (1870-2010). Sociologie d'un engagement improbable*. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), 2011.

JARDINE, Alice y SMITH, Paul, *Men in feminism*. New York, Methuen, 1987.

JIMÉNEZ MORELL, Inmaculada, *La prensa femenina en España (desde sus orígenes a 1868)*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1992.

JOAD, Cyril Edwin Mitchinson, *Under the fifth Rib: a belligerent autobiography*. Universidad de Michigan, Dutton, 1933

JOHNSON, Roberta y ZUBIAURRE, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), *Antología del pensamiento feminista español (1726-2011)*. Universidad de Valencia, Cátedra, 2012.

KIMMEL, Michael Scott (Ed.), *Manhood in America: A cultural history*. New York, New York Free Press, 2012.

- *The history of men: Essays in the history of American and British*. New York, State University of New York Press, 2005.

- *The politics of manhood: Profeminist men respond to the mythopoetic men's movement and the mythopetic leaders answer*. Philadelphia, Temple University Press, 1995.

KIMMEL, Michael Scott, HEARN, Jeff y CONNELL, Robert W., (Eds.), *Handbook of studies on men and masculinities*. California, Nueva Delhi y London, Sage Publications, 2004.



KIMMEL, Michael Scott y MOSMILLER, Thomas E., (Eds.), *Against the tide: Pro-feminist men in the United States, 1776-1990: A documentary history*. Boston, Beacon Press, 1992.

KIRKPATRICK, Susan y BÁRCENA, Amaia, *Las románticas: Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid, Cátedra, 1991.

LAPORTA, Francisco Javier, *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*. Madrid, Edicusa, 1974.

LARUMBE GORRAITZ, María Ángeles, *Una inmensa minoría: Influencia y feminismo en la Transición*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002.

LAVANANT ROBIN, María Teresa, *Detractores y defensores de la mujer en la literatura francesa de los siglos XIV y XV*. Granada, Universidad de Granada, 1990.

LOMAS, Carlos, *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*. Barcelona, Península, 2008.

LÓPEZ GARCÍA, Antonio Miguel, Ángel Ossorio y Gallardo: *Biografía política de un conservador heterodoxo*. Barcelona, Reus, 2017.

LEMMONS, Gary L., *Womanist forefathers: Frederick Douglass and W.E.B. Du Bois*. Albany, University of New York Press, 2009.

LITVAK, Lily, *Erotismo fin de siglo*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.

- *Musa libertaria: Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español, 1880-1913*. Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001.

LUCEA TERUEL, Esther, *La condicio de la donna per a Bernat Metge ¿Pecat o virtut?* Universitat Oberta de Catalunya, bajo la dirección de la Dra. Antonia Carpe Pons, curso 2015-2016.

LYNN KORNICKER, Penny, *Feminism in the major plays of George Bernard Shaw*. Brown University, 1978.

MADRAZO, Enrique Diego, *Escritos sobre ciencia y sociedad*. Estudio preliminar de Manuel Suárez Cortina, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998.

MAGNUS ENZENSBERGER, Hans, *El corto verano de la anarquía*. Barcelona, Anagrama, 2002.

MAIER, Erica N., *Los tratados en defensa de las mujeres virtuosas en la Castilla medieval: Textos y contextos*. University of Georgia, 2005.

MARAVALL, Jose Antonio, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid, Moneda y Crédito, 1966.

MARTÍNEZ ALEMAN, Ana M., *John Dewey: A feminist consideration of his concepts of the individual and sociality*. University of Massachusetts at Amherst, 1992.

MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel, *La narrativa de Felipe Trigo*. Madrid, C.S.I.C., 1983.

MARTÍN-GAMERO, Amalia, *Antología del feminismo*. Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, 2002.

MASJUAN BRACONS, Eduard, *La ecología humana en el anarquismo ibérico: Urbanismo "orgánico" o ecológico, neomaltusianismo y naturismo social*. Madrid, Icaria Atrazyt, 2000.

MAUREEN VALIS, Noel, *Jacinto Octavio Picón: novelista*. Barcelona, Anthropos, 1991.

MAZO KARRAS, Ruth, *From boys to men: Formations of masculinity in late medieval Europe*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2003.

MERINO HERNÁNDEZ, Rosa María, *La Segunda República, una coyuntura para las mujeres españolas: Cambios y permanencias en las relaciones de género*. Tesis doctoral dirigida por Josefina Cuesta Bustillo, Universidad de Salamanca, 2016.

MEYER, Jessica, y ELLIS, Heather, *Masculinity and the other: Historical perspectives*.

Cambridge Scholars, 2009.

MILLET, Kate, *Política sexual*. Universitat de Valencia, Càtedra, 1995.

MONACELLI, Martine y PRUM, Michel (Coords.), *Ces hommes qui eposerent la cause des femmes. Dix pionner britanniques*. Paris, Les Éditiones de l'Ateleur, 2010.

MORALES MUÑOZ, Manuel, *Málaga. La memoria perdida. Los primeros militantes obreros*. Edición de publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1989.

MORALES, María H., (Ed.), *Mill's The Subjection of Women. Critical essays*. Oxford, Rowman and Little Field, 2005.

MOSSE, George, *La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*. Madrid, Talasa, 2000.

MUELAS HERRAIZ, Martín, *Felipe Trigo: Transfiguración literaria de un reformismo ético y moral en la España de la Restauración*. Madrid, Pígmalión, 2014.

NASH, Mary, *Mujeres y movimiento obrero*. Barcelona, Fontamara, 1981.

- *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Taurus, Madrid, 1999.

NALL, Jeffrey, *Condorcet: Male prophet of feminism reclaiming man's feminist History*. University of Central Florida, 2007.

NEWMAN, Michael, *Harold Laski: A political biography*. London, The Macmillan Press, 1993.

NUÑO LANGA, Concha, *De cómo se improvisó el franquismo durante la Guerra Civil: La aportación del ABC en Sevilla*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, Tesis doctoral, 2007.

NYE, Robert, *Masculinity and male codes of honor in modern France*. Berkeley, University of California Press, 1998.

OFFEN, Karen, *European feminisms, 1700-1950: A political history*. Stanford University Press, 2000.

OKUN, Rob y KIMMEL, Michael Scott (Coords.), *Voice male: The untold story of the pro-feminist men's movement*. Massachusetts, Interlink books, 2014.

OLDFIELD, Sybil, *International woman suffrage: July 1913-October 1914*. Vol. 1, London and New York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2003.

ONTAÑÓN, Elvira, *Un estudio sobre la Institución Libre de Enseñanza y la mujer*. Valencia, Universidad Politécnica de Valencia, 2003.

ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V., *El sistema de la filosofía de Krause: Génesis y desarrollo del panenteísmo*. Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1998.

PALACIO LIS, Irene, *Mujer, trabajo y educación: Valencia (1874-1931)*. Universidad de Valencia, Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación, 1992.

PAZ Y MELIÁ, Antonio, *Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (o del Padrón)*. Madrid, M. Ginesta, 1884.

PÉREZ ROLDÁN, Carmen, *El Partido Republicano Federal, 1868-1874*. Madrid, Endymion, 2001.

PINILLA MUÑOZ, David, *Masculinidades: Un acercamiento a los grupos de hombres por la igualdad en el Estado español*. Director tesina: Santiago Boira Sarto, Universidad de Zaragoza, Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo, 2012.

PONT VIDAL, Josep y INIESTA MANRESA, Rafael, *La utopía obrera: Historia del movimiento de los trabajadores españoles*. Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2002.

PORTER, David, *Vision on fire: Emma Goldman on the Spanish revolution*. Edinburgh, AK Press, 2006.

PRADAS BAENA, María Amalia y CLARAMUNT, Teresa, *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa: Biografía y escritos*. Barcelona, Virus, 2006.

PRADO, Antonio, *Matrimonio, familia y estado. Escritoras anarco-feministas en La Revista Blanca (1898-1936)*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2006.

RABATÉ, Colette, *¿Eva o María? Ser mujer en la época Isabelina (1833-1868)*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007.

RAMIA PÉREZ, Aymara Lee, *La representación de los espacios de vida de la mujer en el ciberfeminismo*. Memoria para optar al grado de doctora, director José Luis Piñuel Raigada, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, 2017.

RAMÍREZ RODRÍGUEZ, Juan Carlos y URIBE VÁZQUEZ, Griselda (Coords.), *Masculinidades: el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México, D.F., Plaza y Valdés, 2009.

ROBERTSON, Stacey M., *Parker Pillsbury: Radical abolitionist, male feminist*. Nueva York, Cornell University Press, 2007.

ROIG CASTELLANOS, Mercedes, *La mujer en la historia a través de la prensa: Francia, Italia, España siglos XVIII-XX*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1989.

SALAZAR BENÍTEZ, Octavio, *Masculinidades y ciudadanía. Los hombres también tienen género*. Madrid, Dykinson, 2013.

SCANLON, Geraldine, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Madrid, Akal, 1986.

SAU, Victoria, *Diccionario ideológico feminista*. Barcelona, Icaria, 2000.

SAWA, Alejandro, *Iluminaciones en la sombra*. Madrid, Nórdica Libros, 2013.

SIMÓN ALEGRE, Ana Isabel, *Oficiales y soldados en la Restauración española (1873-1923). Integración y exclusión. El modelo de masculinidad castrense*. Tesis doctoral inédita de la autora dirigida por el Dr. José María Borrás Llop, 2011.

SMITH, Theresa Anna, *Emerging Female Citizen: Gender and Enlightenment in Spain*. University of California Press, 2006

STANLEY HOLTON, Sandra, *Suffrage days: Stories from the women's suffrage movement*. London & New York, Routledge, 1996

STRAUSS, Sylvia, *Traitors to the masculine cause. The men's campaigns for women's rights*. London and Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1982.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, *Los caballeros de la razón. Cultura institucionista y democracia parlamentaria en la España liberal*. Santander, Genuève Ediciones, 2019.

SYMONDS, Richard, *Inside the citadel: Men and the emancipation of women, 1850-1920*. New York, St. Martin's Press, 1999.

TAVERA GARCÍA, Susanna, *Federica Montseny: La indomable (1905-1994)*. Madrid, Temas de Hoy, 2005.

TIMMERMAN, Travis Michael, *John Stuart Mill's radical(esque) feminism*. Tempe, Arizona State University, 2009.

TOSH, John, *A man's place: Masculinity and the middle-class home in Victorian England*. New Haven, Yale University Press, 1999.

- *Manliness and masculinities in Nineteenth-century Britain*. New York, Pearson Longman, 2005.

TOSH, John y ROPER, Michael, *Manful assertions: Masculinities in Britain since 1800*. London, Routledge, 1991.

UTRERA, Federico, *Memorias de Colombine, la primera periodista*. Madrid, Ediciones HMR Hijos de Muley-Rubio, 1998.

VALCÁRCEL, Amelia, *Feminismo en el mundo global*. Madrid, Cátedra, 2008.

- *La política de las mujeres*. Universidad de Valencia, Cátedra, 1997.

VALCUENDE DEL RÍO, Jose María y BLANCO LÓPEZ, Juan (Eds.), *Hombres: La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Talasa, 2003.

VALERA, Diego y SUZ RUIZ, María Ángeles, *Tratado en defensa de las mujeres virtuosas*. Madrid, El Archipiélago, 1983.

VÁZQUEZ RAMIL, Raquel, *La mujer en la II República*. Madrid, Akal, 2014.

WATKINS, Alma Taylor, *Erotismo en las novelas de Felipe Trigo*. Sevilla, Renacimiento, 2005.

WEINTRAUB, Rodelle, *Fabian feminist: Bernard Shaw and woman*. Pennsylvania State University Press, 1997.

ZABALGOITIA, Mauricio (Ed.), *Hombres en peligro. Género, nación e imperio en la España del cambio de siglo (XIX-XX)*. Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2017.

ZAMBRANA MORAL, Patricia, *El epistolario jurídico y político-andaluz de Ángel Ossorio y Gallardo (1927-1935)*. Barcelona, Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga, 1997.

- **Artículos y capítulos de libros:**

ACCORSI, Federica, “Los manuscritos de la “Defensa de virtuosas mujeres” de Diego de Valera”, *Revista de Literatura Medieval*, nº 21, 2009, pp. 251-308.

AGUADO HIGÓN, Ana María, “Ciudadanía, mujeres y democracia”, *Historia Constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, nº 6, 2005.

- “Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas” en PÉREZ CANTÓ, M<sup>a</sup> Pilar (Coord.), *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*. Barcelona, Icaria, 2009, pp. 147-164.

- “Entre lo público y lo privado: sufragio y divorcio en la Segunda República”, *Ayer*, nº 60, 2005, pp. 105-134.

- “Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República”, *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2008, pp. 123-141.

- “Los feminismos: movimientos sociales y teorías críticas en la España contemporánea” en DE LA CALLE VELASCO, M<sup>a</sup> Dolores y REDERO SAN ROMÁN, Manuel, *Movimientos sociales en la España del siglo XX*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, pp. 215-218.

- “Politización femenina y pensamiento igualitario en la cultura socialista” en

AGUADO HIGÓN, Ana María y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *Feminismos y antifeminismos, culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*. Valencia, Universidad de Valencia, 2011.

AGUADO HIGÓN, Ana María, y SANFELIU, Luz, “Juventud, socialismo y compromiso político femenino: entre el asociacionismo y la militancia (1906-1931)”, *Ayer*, nº 100, 2015, pp. 47-72.

AGUILERA SASTRE, Juan, “María Martínez Sierra: Artículos feministas a las mujeres republicanas”, *Berceo*, nº 147, 2004.

ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel, “El descanso del guerrero: La transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, nº 37, 2017, pp. 177-208.

ALLEN, Judith, “Men interminably in crisis?”, *Radical History Review*, nº 82, 2002, pp. 191-207.

AMORÓS PUENTE, Celia, “Presentación” en POULAIN DE LA BARRE, François, *De la educación de las damas para la formación del espíritu en las ciencias y en las costumbres*. Madrid, Ediciones Cátedra e Instituto de la Mujer, Colección Feminismos Clásicos, 1993, pp. 7-31.

- “Cartesianismo y feminismo: Olvidos de la razón, razones de los olvidos” en JOHNSON, Roberta y ZUBIARRE, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), *Antología del pensamiento feminista español (1726-2011)*. Universidad de Valencia, Cátedra, 2012, pp. 462-474.

ANDRÉS ROIG, Arturo, “Sofía o la nueva mujer. Cuestiones de dialéctica y de género en Krause. Los marcos ideológicos e institucionales de la constitución del sujeto femenino”, *Polis: Revista Académica de la Universidad Bolivariana*, nº 12, 2005.

ARESTI ESTEBAN, Nerea, “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98” en NASH, Mary (Coord.), *Feminidades y masculinidades: Arquetipos y prácticas de género*. Barcelona, Alianza Editorial, 2014, pp. 47-74.

- “Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas” en FORCADELL



ÁLVAREZ, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (Coords.), *La Restauración y la República: 1874-1936*. Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 85-110.

- “Ideales y expectativas. La evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX”, *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, 2005, pp. 67-80.

- “La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos” en GALLEGO FRANCO, Henar (Ed.), *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*. Granada, Comares, 2018, pp. 173-194.

- “La nueva mujer sexual y el varón domesticado. El movimiento liberal para la reforma de la sexualidad (1920-1936)”, *Arenal*, vol. 9, nº 1, 2002, pp. 125-150.

- “Los argumentos de la exclusión. Mujeres y liberalismo en la España Contemporánea”, *Historia Constitucional*, nº 13, 2012, pp. 407-431.

- “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, nº 42, 2012, pp. 55-72.

- “Pensamiento científico y género en el primer tercio del siglo XX”, *Vasconia*, nº 25, 1998, pp. 53-72.

- “The battle to define Spanish manhood”, MORCILLO, Aurora G., (Ed.), *Memory and cultural history of the Spanish Civil War: Realms of oblivion*. Leiden-Boston, Brill Publishers, 2014, pp. 147-177.

- “El "gentleman" y el bárbaro. Masculinidad y civilización en el nacionalismo vasco (1893-1937)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 83-103.

ARESTI ESTEBAN, Nerea y MARTYKÁNOVÁ, Darina, “Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea: Introducción”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 11-17.

ARCE PINEDO, Rebeca, “De la mujer social a la mujer azul: La reconstrucción de la feminidad por las derechas españolas durante el primer tercio del siglo XX”, *Ayer*, nº 57, 2005, pp. 247-272.

ARNAU, Carmen, “Carme Karr i "Feminal"”, *Revista de Catalunya*, nº 221, 2006, pp. 85-96.

AZEVEDO, Mariana, MEDRADO, Benedito y LYRA, Jorge, “Homens e o movimento feminista no Brasil: Rastros em fragmentos de memória”, *Cadernos Pagu*, nº 54, 2018.

BIZCARRONDO ALBEA, Marta, “Los orígenes del feminismo socialista en España” en VV.AA., *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1990, pp. 137-158.

BLASCO HERRANZ, Inmaculada, “Ciudadanía femenina y militancia católica en la España de los años veinte: el feminismo católico” en BOYD, Carolyn P., (Ed.), *Religión y política en la España contemporánea*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 187-208.

- “Identidad en movimiento: la acción de las católicas en España (1856-1913)”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 37, 2017, pp. 27-56.

- “Sección Femenina y Acción Católica: la movilización de las mujeres durante el franquismo”, *Gerónimo de Uztariz*, nº 21, 2005, pp. 55-66.

BOLUFER PERUGA, Mónica, “Las mujeres en la cultura de la Ilustración”, MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, y PI CORRALES, Magdalena de Pazzis, (Eds.), *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII español*. Universitat de València, Servei de Publicacions, 2008, pp. 209-232.

BOX, Zira, “Cuerpo y nación: Sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, nº 107, 2017, pp. 205-228.

CABRERA, Miguel Ángel, “La investigación histórica y el concepto de cultura política” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, *Culturas políticas: Teoría e historia*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC, 2010, pp. 19-85.

- “Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos” en BORDERÍAS, Cristina (Ed.), *Joan Scott y las*

*políticas de la historia*. Barcelona, Icaria, 2006.

CANTAVELLA, Rosanna, “Sobre el Triunfo de les dones de Roís de Corella” en LUCÍA MEGÍAS, Jose Manuel, GRACIA ALONSO, Paloma y MARTÍN DAZA, Carmen, (Eds.), *Actas del II Congreso Internacional de la AHLM*. Universidad de Alcalá de Henares, 1992, pp. 217-228.

CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, “La apertura del horizonte cultural femenino: Fernando de Castro y los congresos pedagógicos del siglo XIX” en DURÁN, M<sup>a</sup> Ángeles, CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María, *Mujer y sociedad en España: 1700-1975*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1986, pp. 109-146.

CARRILLO-LINARES, Alberto, “Mujer y feminismo en la obra de Javier Lasso de la Vega y Cortezo (1855-1911)” en DOLORES RAMOS, M., y VERA, M. T., (Coords.), *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*. Barcelona, Anthropos, 2002, pp. 79-121.

CAVANA, M<sup>a</sup> Luisa, “Sobre el mejoramiento civil de las mujeres de Th. G. Von Hippel: ¿Ilustración verdadera o a destiempo?” en CANTERLA GONZÁLEZ, Cinta (Coord.), *VII Encuentro De la Ilustración al Romanticismo: la mujer en los siglos XVIII y XIX: Cádiz, América y Europa ante la modernidad*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, pp. 93-102.

CELMA VALERO, María Pilar, “Feminismo *Fin de siglo*: más allá del amor” en *Actas de “El Banquete. Primeros encuentros sobre el amor”*. Universidad de Zaragoza, 1993.

CENARRO, Ángela, “Movilización femenina para la guerra total (1936-1939). Un ejercicio comparativo”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n<sup>o</sup> 16, 2006, pp. 159-182.

CLEMINSON, Richard, “Sexuality and revolution of mentalities: Anarchism, science and sex in the thought of Felix Martí Ibáñez”, *Anarchist Studies*, n<sup>o</sup> 5, 1997, pp. 45-58.

COHEN, Michèle, “Manners make the man: Politeness, chivalry, and the construction of masculinity, 1750-1830”, *Journal of British Studies*, n<sup>o</sup> 44, 2005, pp. 312-329.

CONLIN, Sarah E., y HEESACKER, Martin, “Feminist men?: examining men’s feminist self-identification, activism and the impact of language”, *Journal of Gender Studies*, vol. 27, nº 8, 2018, pp. 928-942.

CONNELL, Raewyn y MESSERSCHNIDT, James, “Hegemonic masculinity. Rethinking the concept”, *Gender & Society*, vol. 19, nº 6, 2005, pp. 829-959.

CONNELL, Robert, “La organización social de la masculinidad” en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José, (Eds.). *Masculinidad/es: Poder y crisis*. Santiago de Chile, Ediciones de las Mujeres, 1995, pp. 31-48.

- “The big picture. Masculinities in recent world history”, *Theory & Society*, nº 22, 1993, pp. 597-623.

DAVIES, Rhian, “La cuestión femenina and *La España Moderna* (1889-1914)”, *Bulletin of Spanish Studies*, nº 89, pp. 61-85.

DA SILVA CONCHA, Davenir, “Masculinidad y café con piernas: ¿Crisis, reacomodo o auge de una nueva masculinidad?”, *Gazeta de Antropología*, nº 20, 2004.

DE LA CUEVA, Almudena, “Los foros de difusión del conocimiento en el primer tercio del siglo XX: la Residencia de Señoritas” en FOLGUERA CRESPO, Pilar (Coord.), *Mujeres con voz. Voces desde el silencio: una historia necesaria de la UIMP*. Santander, UIMP, 2010, pp. 41-68.

DE LUIS MARTÍN, Francisco, “Familia, matrimonio y cuestión sexual en el socialismo español (1879-1936)” en LORENZO PINAR, Francisco Javier (Coord.), *La familia en la historia*. Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 261-292.

DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana, “Aportaciones a una reconstrucción del debate sobre la igualdad sexual en la tradición utilitarista”, *Telos: Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, Vol. 10, nº 2, 2001, pp. 21-36.

- “Deconstruyendo la ideología patriarcal. Un análisis de la Sujeción de la mujer”, AMORÓS PUENTE, Celia, *Historia de la teoría feminista*. Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, 1994, pp. 49-68.

- “El conflicto de clase-sexo-género en la tradición socialista”, *Utopías, Nuestra Bandera: Revista de Debate Político*, nº 195, 2003, pp. 77-92.
  - “El feminismo de Qasim Amin: entre los derechos humanos y el progreso social” en AMORÓS PUENTE, Celia y POSADA KUBISSA, Luisa, (Eds.), *Feminismo y multiculturalismo*, nº 47, 2007, pp. 173-188
  - “La articulación del feminismo y el socialismo en el conflicto clase-género”, DE MIGUEL ÁLVAREZ, Ana y AMORÓS PUENTE, Celia, (Coords.), *Teoría feminista: De la Ilustración a la globalización (De la Ilustración al segundo sexo)*. Vol. 1, Madrid, Minera, 2005, pp. 295-332.
  - “La dialéctica de la teoría feminista: lo que nos une, lo que nos separa, lo que nos hace avanzar”, *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, nº 63, 2014, pp. 191-204.
  - “La igualdad de los sexos en clave utilitarista: John Stuart Mill y Harriet Taylor” en PULEO GARCÍA, Alicia H., (Coord.), *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*. Ministerio de Educación Cultura y Deporte, Secretaría General de Educación y Formación Profesional, 1993, pp. 49-64.
- DE WOLF, Philippe, “Male feminism: men's participation in women's emancipation movements and debates. Case studies from Belgium and France (1967–1984)”, *European Review of History: Revue Européenne d'histoire*, nº 22, 2015, pp. 77-100.
- DI FEBBO, Giuliana, “Orígenes del debate feminista en España. La escuela krausista y la Institución Libre de Enseñanza (1870-1890)”, *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, nº 12, 1976, pp. 49-82.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, Paloma, “La dictadura de Primo de Rivera. Una oportunidad para la mujer”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, nº 17, 2005, pp. 175-190.
- DÍAZ FREIRE, José Javier, “Miguel de Unamuno: La feminización de la masculinidad moderna”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 39-58.
- DÍAZ MARCOS, Ana María, “¿Qué es la emancipación para quien se tiene por libre?

Rosario de Acuña ante la cuestión femenina” en GONZÁLEZ DE SANDE, Estela y CRUZADO RODRÍGUEZ, Ángeles (Eds.), *Las revolucionarias. Literatura e insumisión femenina*. Sevilla, Arcibel Editores, 2009, pp. 205-220.

DONÉZAR DÍEZ DE ULZURRUN, Javier, “La mujer en la obra de Giner de los Ríos” en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental. Actas de las VII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Vol. 2, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1989, pp. 277-288.

DWYCE TAYLOR, Eric, “Chivalrous men and voting women: The role of men and the language of masculinity in the 1911 California women suffrage campaign” en MCCALL, Laura y YACOVONNE, Donald (Eds.), *A shared experience: Men, women, and the history of gender*. Nueva York, New York University Press, 1998, pp. 297-322.

ELORZA, Antonio, “Feminismo y socialismo en España (1840-1868)”, *Tiempo de Historia*, nº 3, 1974.

ENRÍQUEZ DEL ARBOL, Eduardo, “La masonería española y la mujer en el sexenio democrático (1868-1874)”, *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 14, 1987-1991, pp. 49-66.

ESPIGADO TOCINO, M<sup>a</sup> Gloria, “El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: Los límites de la modernidad”, *Ayer*, nº 78, 2010, pp. 143-168.

- “El género sometido a consideración durante el Sexenio democrático (1868-1874)” en MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción y SERRANO GARCÍA, Rafael (Coords.), *Mujer y política en la España contemporánea (1868-1936)*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2012, pp. 37-62.

- “La buena nueva de la mujer profeta: Identidad y cultura política en las fourieristas M<sup>a</sup> Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2008, pp. 15-33.

- “Las mujeres en el anarquismo español (1869-1939)”, *Ayer*, nº 45, 2002, pp. 39-72.

- ESPINOSA GUTIÉRREZ, Jesús, “Discursos de hombres en los márgenes del patriarcado. Progresistas, profeministas e igualitarios en España (1868-1939)” en CASADO MEJÍA, Rosa, FLECHA GARCÍA, Consuelo, GUIL BOZAL, Ana, PADILLA-CARMONA, M<sup>a</sup> Teresa, VAZQUEZ BERMÚDEZ, Isabel y MARTÍNEZ TORRES, María del Rocío (Coords.), *Aportaciones a la investigación sobre mujeres y género: V Congreso Universitario Internacional "Investigación y Género*. Sevilla, Seminario Interdisciplinar de Estudios de las Mujeres de la Universidad de Sevilla, 2015, pp. 78-102.

- “Discursos feministas desde la masculinidad en España: Una aproximación historiográfica” en CABAL TEJADA, Rubén y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Ana (Coords.), *Estudios socioculturales: Resultados, experiencias, reflexiones*. Oviedo, Asociación de jóvenes investigadores en estudios socioculturales (AJIES), 2016, pp. 171-182.

- “«Feminismo de hombres» en la masonería y el librepensamiento español (1868-1920)” en DELGADO IDARRETA, José Miguel y POZUELO ANDRÉS, Yván (Coords.), *La masonería hispano-lusa: De los absolutismos a las democracias*. Vol. 1, Universidad de Oviedo, Centro de Estudios Históricos de la masonería española, 2017, pp. 149-161.

- “Fray Benito Feijoo y la Querella de las Damas”, *Hombres Igualitarios*, año 4, n° 81, 30 abril, 2015.

- “Miguel Romera-Navarro: Un hombre feminista frente a la misoginia científicista del siglo XIX”, *Hombres Igualitarios*, año IX, n° 94.

- “Nuevas aportaciones al ideal de mujer en el krausismo español” en *V Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres* (15 al 31 de octubre de 2013), pp. 629-656.

EUSTANCE, Claire, “Citizen’s, scotsmen, bairns. Manly politics and women’s suffrage in the Nothern Men’s Federation” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, *The men's share? Masculinities, male support, and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, pp. 182-205.

EZAMA GIL, M<sup>a</sup> Ángeles, “El profeminismo en los cuentos de Picón” en BLESA, Túa, *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1994, pp. 171-178.

FERNÁNDEZ-CORDERO AZORÍN, Concepción, “Aproximación a Enrique Rodríguez Solís” en *Estudios históricos: Homenaje a los profesores José M<sup>a</sup> Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*. Vol. 1, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia Contemporánea, 1990, pp. 123-136.

FERNÁNDEZ RIERA, Macrino, *Rosario Acuña y Villanueva: Una heterodoxa en la España del concordato*. Gijón, Zahorí, 2009.

FLETCHER, Cristopher, “The whig interpretation of masculinity? Honour and sexuality in late medieval manhood” en ARNOLD, John y BRADY, Sean, *What is Masculinity? Historical dynamics from Antiquity to the Contemporary*. Nueva York, Pallgrave MacMillan, 2011, pp. 56-76.

FONTRODON, Mariano, “Santiago Valentí Camp, un gran personaje olvidado”, *Historia y Vida*, nº 347, 1997, pp. 114-119.

FROLOW DE LA FUENTE, Zulema, “Cultura feminista de las espiritualidades alternativas” en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC*, Granada, 22-25 de septiembre de 2009.

GALEOTE, Manuel, TOLEDANO, Juana y CRUZ CASADO, Antonio, “Estudio introductorio” en GALEOTE, Manuel (Coord.), *Cristóbal de Castro. Obra selecta. Tomo II: Ensayos. Textos feministas*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 2011, pp. 23-70.

GALVAO ADRIAO, Karla y TEODOSIO DE QUADROS, Marion, “Feminismo e homens: Reflexoes sobre participacao, pesquisa e militancia”, *Fazendo gênero: Disáporas, diversidades, deslocamentos*, 23 a 26 de agosto 2010.

GARCÍA CHECA, Amelia, “Identidad cultural y espacios de actuación: Las propuestas del feminismo conservador catalán”, *Arenal*, vol. 15, nº 2, 2008, pp. 209-235.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, Antonio, “Bases psico-sociales del sexismo y la violencia de



género: Una perspectiva histórica y de género desde un punto de vista masculino”, *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social*, nº 31, 2004, pp. 25-57.

GARCÍA FUENTES, Enrique, ““La bruta”: Un apunte feminista más en la narrativa de Felipe Trigo”, *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 71, nº 2, 2015, pp. 935-968.

GARCÍA MARTÍN, Javier, “Adolfo G. Posada, un constitucionalista ante el feminismo: entre Estado social y derecho privado, Mujeres y Derecho, pasado y presente” en ASTOLA MADARIAGA, Jasone (Coord.), *I Congreso multidisciplinar de Centro-Sección de Bizkaia de la Facultad de Derecho*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2008, pp. 291-312.

GARCÍA ROMERO, Juana, “Las conferencias dominicales en la asociación para la enseñanza de la mujer” en ORDEN JIMÉNEZ, Rafael V., AGENJO BULLÓN, Xavier y JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio (Coords.), *Nuevos estudios sobre historia del pensamiento español: Actas de las V Jornadas de Hispanismo Filosófico*. Madrid, Fundación Larramendi, 2005, pp. 245-252.

GIMENO I TORRENT, Xavier, “El estudio de la institucionalización de la sociología en Catalunya: un estado de la cuestión”, *Revista Catalana de Sociologia*, nº 28, 2012, pp. 69-77.

GOLDSTEIN, Leslie F., “Early feminist themes in french utopian socialism: the st-simonians and Fourier”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 43, nº 1, 1982, pp. 91-108.

GÓMEZ FERNÁNDEZ, Ana Belén, “Del antifranquismo al feminismo: la búsqueda de una nueva ciudadanía del movimiento democrático de mujeres en la Transición democrática”, *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea*, nº 13, 2014, pp. 251-270.

GONZÁLEZ BOIXO, José C., “Pensamiento conservador y feminismo en las escritoras del final del modernismo”, *Homenaje a José María Martínez Cachero: Investigación y crítica*. Vol. 2, Universidad de Oviedo, 2000, pp. 769-788.

GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús, “El sufragismo británico: narraciones,

memoria e historiografía o el caleidoscopio de la historia”, *Ayer*, nº 68, 2007, pp. 273-306.

- Las sufragistas británicas y la conquista del espacio público: integración, recreación y subversión”, *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, vol. 16, nº 1, 2009, pp. 53-84.

GRAHAM, Philip, “Bernard Shaw's neglected role in English feminism 1880–1914”, *Journal of Gender Studies*, vol. 23, nº 2, 2014, pp. 167-183.

GRIFFIN, Ben, “Masculinity as a historical problem”, *Gender & History*, vol. 30, nº 2, 2018, pp. 377–400.

GUERRERO CABANILLAS, Víctor, “La impostura feminista de Felipe Trigo”, *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 66, nº 2, 2010, pp. 677-715.

HARO CORTÉS, Marta, “Mujer, corona y poder en un espejo de princesas: "El jardín de nobles doncellas" de Fray Martín de Córdoba” en CELMA VALERO, María Pilar y RODRÍGUEZ PEQUEÑO, Mercedes (Coords.), *Vivir al margen: Mujer, poder e institución literaria*. Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009, pp. 43-57.

HERNÁNDEZ AMEZ, Vanesa, “Mujer y santidad en el siglo XV: Álvaro de Luna y El Libro de las virtuosas e claras mujeres”, *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, Tomo 52-53, 2002-2003, pp. 255-288.

HERRERO GRANADO, M<sup>a</sup> Dolores, “Como agua para aceite: Los hombres y la causa feminista”, *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, nº 4, 1998, pp. 37-40.

IBEAS VUELTA, María Nieves, “Hombres y feminismo: resistencias de una antonimia impertinente”, *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, nº 4, 1998, pp. 1-5.

JOHN, Angela V., “Men, manners and militancy. Literary men and women’s suffrage” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997, pp. 88-109.

JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, "Shared histories – differing identities": Introducing masculinities, male support, and women's rights" en EUSTANCE, Claire y JOHN, Angela V., *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997, pp. 1-37.

JONES, David M., "Women's lib, gender theory, and the politics of home: How I became a black male feminist", *Feminist Teacher*, vol. 13, nº 3, 2001, pp. 213-224.

KIMMEL, Michael Scott, "From conscience and common sense to feminism for men" pro-feminist men's rethorics of support for women's equality" en EWING, Doris y SCHAT, Steven P., *Feminism and men: Reconstructing gender relations*. New York & London, New York University Press, 1998, pp. 21-42.

- "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina" en VALDÉS, Teresa y OLAVARRÍA, José (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, nº 24, Isis Internacional-Flacso Chile, 1997, pp. 49-62.

KIMMEL, Michael Scott, "The contemporary "crisis" of masculinity in historical perspective" en BROD, Harry, *Making of masculinities: The new men's studies*. Boston, Allen and Unwin, 1987, pp. 121-153.

LACALZADA DE MATEO, M<sup>a</sup> José, "Laicismo, derechos humanos y derechos femeninos en la masonería: acerca de los cimientos en los siglos XVIII-XIX", *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, Vol. 11, nº 2, 2004, pp. 5-26.

- "La intervención de la masonería en los inicios de la ciudadanía femenina" en ORTEGA, Margarita, SÁNCHEZ, Cristina y VALIENTE, Celia (Eds.), *Género y ciudadanía, revisiones desde el ámbito privado. Actas de las doceavas jornadas de investigación interdisciplinaria de la mujer*. Madrid, Instituto Universitario de estudios de la Mujer, 1999, pp. 243-257.

- "La mitad femenina "para" la masonería y "en" masonería (1868-1936): balance y perspectivas", *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 23, 2003, pp. 117-139.

LASTRA PAZ, Silvia, "El ideario justiciero-caballeresco. El caso de *Amadís de Gaula*"

en ORDUNA, Lilia (Ed.), *Nuevos estudios sobre literatura caballeresca*. Barcelona, Edition Reichenberger, 2006, pp. 71-110.

LEDESMA REYES, Manuel, “El krausismo, el sexenio democrático y los orígenes de la educación de la mujer en España”, *Témpora: Pasado y Presente de la Educación*, nº 21-22, 1996, pp. 197-227.

LITVAK, Lily, “Felipe Trigo: Erotismo y feminismo en la “Belle Époque”” en CARNERO ARBAT, Guillermo (Coord.), *Actas del congreso internacional sobre el modernismo español e hispanoamericano y sus raíces andaluzas y cordobesas*. Córdoba, Diputación de Córdoba, 1987, pp. 101-124.

LÓPEZ ÁLVAREZ, Juan, “Krausismo y feminismo” en EDGARDO BIAGINI, Hugo, *Orígenes de la democracia argentina: El trasfondo krausista*. Buenos Aires, Fundación Ebert, 1989, pp. 148-149.

LORENZO ARRIBAS, Josemi, “Una revolución sin «R». Primeros usos en España de las palabras feminismo y feminista” en DÍAZ SÁNCHEZ, Pilar, FRANCO RUBIO, Gloria y FUENTE PÉREZ, María Jesús (Eds.), *Impulsando la historia desde la historia de las mujeres*. Huelva, Universidad de Huelva Publicaciones, 2012, pp. 17-26.

- “Del jardín del Edén al jardín de nobles doncellas: Ideología y sometimiento en el siglo XV” en ORTEGA, Pilar, RODRÍGUEZ MAMPASO, M<sup>a</sup> José y WAGNER, Carlos G., *Mujer, ideología y población: II Jornadas de roles sexuales y de género*. Madrid, 13 al 16 de noviembre de 1995, 2000, pp. 239-268.

LLONA GONZÁLEZ, Miren, “El feminismo católico de los años veinte y sus antecedentes ideológicos”, *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, nº 25, 1998, pp. 283-299.

LUENGO LÓPEZ, Jordi, “Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cenit de un fin de época (1870-1910)”, *Rúbrica Contemporánea*, vol. 7, nº 13, 2018, pp. 59-79.

MACÍAS-GONZÁLEZ, Víctor M., “Apuntes sobre la historiografía de la masculinidad y sus usos para los estudios históricos de género en México”, *Navegando*, nº 7, 2017,

pp. 55-68.

MARCHENA DOMÍNGUEZ, José, “Mujer e ideología en el Cádiz isabelino: Las corrientes de vanguardia”, *Trocajero*, nº 8-9, 1997, pp. 267-276.

MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “¿Qué masculinidades?” en BLANCO LÓPEZ, Juan y VALCUENDE DEL RÍO, Jose María (Coords.), *Hombres: La construcción cultural de las masculinidades*. Barcelona, Talasa, 2003, pp. 204-211.

MARRADES, María Isabel, “Feminismo, prensa y sociedad en España”, *Papers: Revista de Sociología*, nº 9, pp. 89-134.

MARTÍ BOSCA, José Vicente y REY GONZÁLEZ, Antonio, “Félix Martí Ibáñez: aportación biográfica a su etapa española (1911-1939)”, *Medicina & Historia: Revista de Estudios Históricos de las Ciencias Médicas*, nº 2, 2001, pp. 1-15.

MARTÍN GARCÍA, Ana Esther, “La mujer en el BILE: análisis temático y productividad” en *VI Coloquio de Historia de la Educación. Mujer y educación en España (1868-1975)*. Universidad de Santiago, Departamento de Historia de la Educación, Sociedad Española de Historia de la Educación, 1990, pp. 210-220.

MARTIN, Kingsley, *Harold Laski (1893-1950). A biographical memoir*. London, Victor Gollancz, 1953.

MARTYKÁNOVÁ, Darina, “Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 39, 2017, pp. 19-37.

MENÉNDEZ UREÑA, Enrique, “Algunas consecuencias del panenteísmo krausista: Ecología y mujer”, *El Basilisco*, nº 4, 1990, pp. 51-58.

- “Krausistas, froebelianos y la cuestión de la mujer” en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro y

MESSNER, Michael A., “The limits of the male sex role: An analysis of the men's liberation and men's rights movements discourse”, *Gender & Society*, 1998, nº 12, pp. 255-276.

MIRAUT MARTÍN, Laura, “Los derechos de la mujer en el feminismo moderado de John Stuart Mill”, *Anuario de Filosofía del Derecho*, nº 23, 2006, pp. 101-130.

MONTERO BARRADO, Jesús M<sup>a</sup>, “Mujeres Libres. Una revista y una organización anarquista (1936-1939)”, *El Catoblepas*, nº 92, octubre 2009.

MORAL VARGAS, Marta, “El "Grupo Femenino Socialista" de Madrid (1906-1914) pioneras en la Acción Colectiva Femenina”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 27, 2005, pp. 247-269.

MORALES MUÑOZ, Manuel, “Sobre un discurso de Teobaldo Nieva a las trabajadoras de la Internacional” en VARA MIRANDA, María Jesús y MAQUIEIRA D'ANGELO, Virginia (Coords.), *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1996.

MORANT, Isabel, “Hombres y mujeres en el espacio público. De la Ilustración al liberalismo” en ROBLEDO, Ricardo, CASTELLS, Irene, y ROMEO, M<sup>a</sup> Cruz, (Coords.), *Orígenes del liberalismo: Universidad, política, economía*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2003, pp. 117-142.

MORCILLO GÓMEZ, Aurora, “Feminismo y lucha durante la II República y la Guerra Civil”, FOLGUERA PILAR (Comp.), *El feminismo en España: Dos siglos de historia*. Madrid, Pablo Iglesias, 1988, pp. 57-83.

MORENO SECO, Mónica, “Cristianas por el feminismo y la democracia: catolicismo femenino y movilización en los años setenta”, *Historia Social*, nº 53, 2005, pp. 137-154.

- “El feminismo moderado de María Espinosa de los Monteros”, *Entretejiendo saberes: Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudios de Mujeres (AUDEM)*. Vol. 1, 2003, pp. 1-2.

- “Masculinidad y religión. Los hombres de Acción Católica en el franquismo”, BLASCO HERRANZ, Inmaculada (Coord.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: Nuevas visiones desde la historia*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2018, pp. 137-161.

MOSMILLER, Tom, BRADLEY, Mike y BIERNBAUM, Michael, “Are we the first? A call for a feminist men’s history”, *Masculinities*, nº 4, 1980, pp. 3-4.

MUNSON, Elizabeth, “Regenerando a la mujer, regenerando España”, *Foro Hispánico: Revista Hispánica de Flandes y Holanda*, nº 18, 2000, pp. 43-54.

MUÑOZ, Ana, “La revista "Feminal": Paradigma de las publicaciones feministas españolas de principios del siglo XX”, *El Futuro del Pasado: Revista Electrónica de Historia*, nº 3, 2012, pp. 91-105.

MURILLO DE LA VEGA, Soledad, “Postmodernidad: O la crisis del sujeto ¿masculino?” en DURAN HERAS, María Ángeles (Coord.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996, pp. 273-296.

NASH, Mary, “Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración”, *Historia Social*, nº 9, 1991, pp. 137-161.

- “Dos intelectuales anarquistas frente al problema de la mujer: Federica Montseny y Lucía Sánchez Saornil”, *Convivium*, nº 44 y 45, 1975.

- “Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España”, *Historia Social*, nº 20, 1994, pp. 151-172.

- “Feminismos de la Transición: políticas identitarias, cultura política y disidencia cultural como resignificación de los valores de género” en PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar (Coord.), *Entre dos orillas: Las mujeres en la historia de España y América Latina: Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres. Coloquio Internacional*. Barcelona, Icaria, 2012, pp. 355-380.

- “La reforma sexual en el anarquismo español” en HOFMANN, Bert, JOAN I TOUS, Pere y TIETZE, Manfred (Coords.), *El anarquismo español y sus tradiciones*. Madrid, Iberoamericana Vervuert, 1995, pp. 281-296.

- “Los feminismos históricos: revisiones y debates” en CENARRO, Ángela y ILLION, Régine, (Ed.), *Feminismos. Contribuciones desde la historia*. Zaragoza, Prensas de la

Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 27-49.

- “Un/Contested Identities: Motherhood, sex reform and the modernization of gender identity in Early Twentieth Century Spain” en ENDERS, Victoria Lorée y RADCLIFF, Pamela Beth (Eds.), *Constructing Spanish womanhood female identity in modern Spain*. Nueva York, State University of New York Press, pp. 25-49.

NAVARRO, Francisco Javier, “Neomalthusianismo y clase obrera en la cultura anarquista española” en *Actes de les IV Trobades D’Historia de la Ciència i de la tècnica*. Barcelona, SCHCT, 1997, pp. 317-327.

NIELFA CRISTOBAL, Gloria, “El debate feminista durante el franquismo” en NIELFA CRISTOBAL, Gloria (Ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista. Sociedad, economía, política y cultura*. Madrid, Instituto de investigaciones feministas, Editorial Complutense, 2003, pp. 269-298.

- “¿El siglo de las mujeres?”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 21, 1999, pp. 63-82.

- “La revolución liberal desde la perspectiva de género”, *Ayer*, nº 17, 1995, pp. 103-120.

NOCERA, Pablo, “Dialogismo e igualdad sexual en la autobiografía de John Stuart Mill”, *Nómadas*, nº 21, 2009, pp. 331-359.

OFFEN, Karen, “Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo”, *Historia Social*, nº 9, 1991, pp. 103-136.

- “On the French origin of the words feminism and feminist”, *Feminist Issues*, nº 8, vol. 2, 1988, pp. 45-51.

OLMO RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup> Fátima, “El particular feminismo de John Stuart Mill: la esclavitud femenina”, *Arenal*, vol. 6, nº 2, 1999, pp. 345-363.

OROBON, Marie-Angèle, “Alegorías y heroínas: Usos políticos de la imagen femenina en el Sexenio democrático (1868-1874)” en MARCOS DEL OLMO, María de la Concepción y SERRANO GARCÍA, Rafael (Coords.), *Mujer y política en la España*



*contemporánea (1868-1936)*. Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid, 2012, pp. 13-36.

ORTEGA LÓPEZ, Margarita, “La defensa de las mujeres en la sociedad del Antiguo Régimen. Las aportaciones del pensamiento ilustrado” en FOLGUERA, Pilar, (Ed.), *El feminismo en España. Dos siglos de historia*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pp. 11-44.

PELÁEZ, Manuel J., “A vueltas con el Feminismo en el pensamiento del jurista Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946): Sobre la instrucción de la mujer y sobre el divorcio, en opinión coincidente con el Presidente de la República Niceto Alcalá-Zamora y Torres (1877-1949)”, *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, editada por [www.eumed.net](http://www.eumed.net), junio de 2009.

PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, “Introducción” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, *Culturas políticas: Teoría e historia*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC, 2010.

PÉREZ TRUJILLANO, Rubén, “Contrato social y género en el constitucionalismo republicano (1873-1883). Especial referencia al caso andaluz”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, vol. 10, 2015, pp. 291-313.

PEYROU TUBERT, Florencia, “Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino”, *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, nº 25, 2011, pp. 149-174.

- “La historia al servicio de la libertad. La Historia del partido republicano español de Enrique Rodríguez Solís” en FORCADELL, Carlos, et Al., (Coords.), *Usos públicos de la Historia, VI Congreso de la Asociación de Historia Moderna y Contemporánea*. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2002, pp. 519-533.

PINO, Marina, “Mujeres Libres, un movimiento feminista en plena guerra civil”, *Tiempo de Historia*, nº 18, 1976, pp. 37-42.

PINTOS, Margarita, “Concepción Gimeno de Flaquer: feminista poliédrica”, *Filanderas: Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas*, nº 1, 2016, pp. 7-26.

PORTELLA COLL, Josep, “Joan Mir i Mir. Obra anarquista 1898-1915”, *Revista de Menorca*, 1988, pp. 101-225.

PORRO HERRERA, María José, “Los estados de la mujer o visión ¿feminista? de un novelista burgués: Cristóbal de Castro” en *Reunión Científica sobre Referencias Vivenciales Femeninas en la Literatura Española (1830-1936)*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997, p. 169. pp. 143-169.

PULEO, Alicia, “Para una genealogía de hombres por la igualdad”, *Estudios Filosóficos*, nº 165, 2008, pp. 287-300.

PRECIADO, Beatriz, “Féminisme amnésique”, *Libération*, 9 de mayo de 2014.

PURVIS, June, “Women's History Britain: An overview”, *European Journal of Women's Studies*, vol. 2, 1995, pp. 7-19.

PURVIS, June y WEATHERILL, Amanda, “Playing the gender history game: A reply to Penelope J. Cordfield”, *Rethinking History*, nº 3, 1999, pp. 333-338.

RAMOS COBANO, Cristina, “El voto femenino y los límites de la democratización en la primera posguerra mundial”, *Ayer*, nº 96, 2014, pp. 17-34.

RAMOS PALOMO, M<sup>a</sup> Dolores, “Feminismo y librepensamiento. Contra las raíces de la sociedad patriarcal” en CANTERLA GONZÁLEZ, Cinta (Coord.), *De la Ilustración al Romanticismo: VII Encuentro La Mujer en los Siglos XVIII y XIX: Cádiz, América y Europa ante la Modernidad*. Cádiz, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 1994, pp. 313-330.

- “La cultura societaria del feminismo librepensador en España (1895-1918)” en QUILES FAZ, Amparo y SAURET GUERRERO, M<sup>a</sup> Teresa (Coords.), *Prototipos e imágenes de la mujer en los siglos XIX y XX*. Málaga, Universidad de Málaga (UMA), Servicio de Publicaciones, 2002, pp. 73-98.

- “Magda Donato, una mujer moderna. Su labor como articulista en la prensa española (1917-1936)”, *Arenal*, vol. 17, nº 1, 2010, 2010, pp. 177-196.

REESER, Todd W., *Masculinities in theory. An introduction*. Willie-Blackwell, Oxford, 2010.

RIBAGORDA ESTEBAN, Álvaro, “Una historia en la penumbra: las intelectuales de la Residencia de Señoritas”, *Sistema: Revista de Ciencias Sociales*, nº 188, 2005, pp. 45-62.

RÍOS-FONT, Wadda C., “Horrenda Adoración: The «Feminism» of Felipe Trigo”, *Hispania*, vol. 76, nº 2, 1993, pp. 224-234.

RODRIGUEZ DEL PINO, Juan Antonio y MARIN TRAURA, Susana, “Desempleo, hombres y cambio: La masculinidad en busca de un espacio en una sociedad postmoderna” en VAZQUEZ BERMUDEZ, Isabel (Coord.), *Logros y retos: Actas del III Congreso Universitario Nacional "Investigación y género"*. Sevilla, Producciones S.L.N.E., 2011, pp. 1707-1720.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía, “Asociacionismo y movilización femenina (siglos XIX y XX)”, *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, nº 18, 2020, pp. 373-379.

RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D., “Autoglosa: Diego de Valera y su "Tratado en defensa de virtuosas mujeres"”, *Romance Philology*, vol. 61, nº 1, 2007, pp. 25-47.

GONZÁLEZ, Román Miguel, “El debate sobre el republicanismo histórico español y las culturas políticas”, *Historia social*, nº 69, 2011, pp. 143-164.

- “Las culturas políticas del republicanismo histórico español”, *Ayer*, nº 53, 2004, pp. 207-236.

ROMERO DÍAZ, Alfonso y ABRIL MORALES, Paco, “Masculinidades y usos del tiempo: hegemonía, negociación y resistencia”, *Prisma Social: Revista de Ciencias Sociales*, nº 7, 2011, pp. 1-30.

RUIZ BERRIO, Julio, “Los Congresos Pedagógicos en la Restauración”, *Bordón. Revista de Pedagogía*, nº 234, 1980, pp. 401-422.

SALOMÓN CHÉLIZ, M<sup>a</sup> Pilar, “Devotas, mojigatas, fanáticas y libidinosas” en

AGUADO HIGÓN, Ana María y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*. Valencia, Universitat de València, 2011.

SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio, “Antecedentes del voto femenino en España: el republicanismo federal pactista y los derechos políticos de las mujeres (1868-1914)”, *Historia Constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, nº 15, 2014.

- “Mujer y republicanismo en la España de la Restauración” en RAMOS PALOMO, Dolores (Coord.), *Tejedoras de ciudadanía: Culturas políticas, feminismo y luchas democráticas en España*. Universidad de Málaga, 2014, pp. 65-80.

SÁNCHEZ I FERRÉ, Pere, “La masonería, el librepensamiento y los orígenes del feminismo en Cataluña 1870-1920”, *Bulletin d'histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 32-36, 2003, pp. 117-142.

SANFELIÚ GIMENO, Luz, “Republicanismo y ciudadanía femenina en el Sexenio democrático”, *Bulletin d'histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 46, 2011, pp. 91-110.

SEGURA I SORIANO, Isabel y CABÓ I CARDONA, Anna, “Francesca Bonnemaison i Farriols: constructora de un espacio cultural de mujeres”, *Cuadernos de Pedagogía*, nº 337, 2004, pp. 20-22.

SERRANO, Florence, “Del debate a la propaganda política mediante La querella de las mujeres en Juan Rodríguez del Padrón, Diego de Valera y Álvaro de Luna”, *Talia Dixit: Revista Interdisciplinar de Retórica e Historiografía*, nº 7, 2012, pp. 97-115.

- “La cuestión de la mujer y de la nobleza en la corte de Juan II de Castilla a la luz de los tratados de Juan Rodríguez del Padrón” en FRADEJAS RUEDA, José Manuel, DIETRICK SMITHBAUER, Deborah, MARÍN SANZ, Demetrio y DÍEZ GARRETAS, María Jesús (Eds.), *Actas del XIII. Congreso Internacional Asociación Hispánica de Literatura Medieval, In Memoriam Alan Deyermond*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011, pp. 1667-1680.

SERRANO BLANQUER, Jordi, “La “bulliciosa república escolar” de Odón de Buen”, *Cuadernos de Pedagogía*, nº 391, 2009, pp. 88-91.

SIERRA ALONSO, María, “Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica”, *Rubrica Contemporánea*, vol. 4, nº 7, 2015, pp. 11-25.

SOTELO VÁZQUEZ, Marisa, “El proyecto editorial de Santiago Valentí Camp a través de su correspondencia con algunos escritores españoles”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año 84, 2008, pp. 295-319.

STANLEY HOLTON, Sandra, “Manliness and militancy. The political protest of male suffragists and the gendering of the “sufragette” identity” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997, pp. 110-157.

- “The Pethick Lawrences and women's suffrage” en JOHN, Angela V., y EUSTANCE, Claire, *The men's share? Masculinities, male support and women's suffrage in Britain, 1890-1920*. London, Routledge, 1997, 135-157.

STUURMAN, Siep, “From feminism to biblical criticism. The theological trajectory of Francois Poulain de la Barre”, *Eighteenth-Century Studies*, nº 33, 2000, pp. 367-382.

SUÁREZ CORTINA, Manuel, “Regeneración nacional y ciencia en el Santander de fin de siglo: Enrique Diego Madrazo” en SUÁREZ CORTINA, Manuel (Ed.), *Santander hace un siglo*. Santander, Universidad de Cantabria, 2000.

- “El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad” en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, *Culturas políticas: Teoría e historia*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico, CSIC, 2010, pp. 263-311.

TAVERA GARCÍA, Susanna, “El difícil avance histórico del sufragismo en España”, *Estudios de Derecho Judicial*, nº 142, 2007.

- “Feminisme, socialisme utòpic i moviments socials, 1815-1834”, *Cercles: Revista d'història cultural*, nº 9, 2006, pp. 224-246.

- “Federica Montseny y el feminismo. Unos escritos de juventud”, *Arenal*, vol. 1, nº 2, 1994, pp. 307-329.

- “Guerra civil y anarcofeminismo. Sus antecedentes históricos” en CALLE VELASCO M<sup>a</sup> Dolores y REDERO SAN ROMÁN, Manuel (Coords.), *Guerra Civil: Documentos y memoria*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2006, pp. 45-64.

- “La memoria de las vencidas: política, género y exilio en la experiencia republicana”, *Ayer*, n° 60, 2005, pp. 197-224.

TOLEDANO MOLINA, Juana, “Elogio y defensa de la mujer en los ensayos de Cristóbal de Castro” en GALEOTE, Manuel (Ed.), *Oralidad y escritura en andaluz: Hablas cordobesas y literatura española en la Andalucía de fin de siglo*. Ayuntamiento Iznájar, 1998, pp. 289-297.

TORNS, Teresa, “Els orígens de la sociologia a Catalunya i la figura de Santiago Valentí i Camp”, *Papers: Revista de Sociologia*, n° 31, 1989, pp. 175-184.

TORRES DELAGO, Gemma, “La nación viril. Imágenes masculinas de España en el africanismo reaccionario después de la derrota de Annual (1921-1927)”, *Ayer*, n° 106, 2017, pp. 133-158.

TOSH, John, “Hegemonic masculinity and the history of gender” en DUDINK, Stefan, HAGEMANN, Karen y TOSH, John, *Masculinities in politics and war. Gendering modern history*. Manchester University Press, 2004, p. 41. pp. 41-58.

- “What should historians do with masculinity? Reflections on Nineteenth-century Britain”, *History Workshop Journal*, Vol. 38, 1994, pp. 179–202.

TSUCHIYA, Akiko, “Género y feminismo en las obras galdosianas de los años 90: Para una nueva contextualización del debate” en ARENCIBIA SANTANA, Carmen Yolanda (Coord.), *Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas de Gran Canaria, Casa-Museo Pérez Galdós, 2009, pp. 53-65.

VALCÁRCEL, Amelia, “Carlos Castilla del Pino, maestro”, *&cétera: Revista del Aula de Letras UC*, n° 3, 2009, pp. 122-133.

VALDÉS SÁNCHEZ, Ivón, “La mujer moderna en la olvidada narrativa de un autor decimonónico profeminista: Jacinto Octavio Picón”, *Dicenda: Cuadernos de Filología*

*Hispánica*, nº 20, 2002, pp. 343-356.

VALVERDE MADRID, José, “El literato feminista Cristóbal de Castro”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, nº 95, 1975, pp. 234-236.

VALVERDE MÁRQUEZ, María José, “La mujer y el Partido Comunista de España (1958-1977)” en JIMÉNEZ TOMÉ, María José (Coord.), *Pensamiento, imagen, identidad: A la búsqueda de la definición de género*. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones, 1999, pp. 99-116.

VÁZQUEZ-ROMERO, José Manuel (Eds.), *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza: Nuevos estudios*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2005, pp. 27-52.

VICENT, Mary, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 28, 2006, pp. 135-151.

VILCHIS, Luz María, “Una aproximación a la participación de los hombres en los feminismos”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, nº 39, 2014, pp. 39-61.

ZAMBRANA MORAL, Patricia, “El Feminismo y el elemento femenino en el pensamiento del jurista Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946)”, *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, editada por [www.eumed.net](http://www.eumed.net), julio de 2009.

#### **- Bibliografía de la época:**

ABREU, Joaquín, “Fourier”, *El Nacional*, nº 714, 9 enero 1841.

AGUILAR, Alejandro, “Feminismo”, *Vida Socialista*, 25 octubre 1910.

ALARCÓN Y MELÉNDEZ, Julio, “El feminismo sin Dios”, *Razón y Fe*, agosto 1902.

- *Un feminismo aceptable (con las licencias necesarias)*. Madrid, Razón y fe, 1908.

ASOCIACIÓN PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER, *Bases: Reglamento de la Escuela de Institutrices*. Madrid, La Guirnalda, 1874.

BARCK, Ernesto, *Filosofía del placer*. Madrid, Biblioteca Germinal, 1907.

BEBEL, August, *Women and socialism*. Nueva York, Socialist Literature Company, Jubille 50th edition, 1910, (Edición original publicada en 1879).

BIANCHI DELGADO, Miguel, “No lo comprendemos”, *Luz y Unión*, nº 11, 24 julio 1900, pp. 4-5.

BONAFULLA, Leopoldo, *La familia libre*. Barcelona, Biblioteca Germinal, Toribio Taberner, 1905.

BONINO, Luis, *Hombres y violencia de género. Más allá de los maltratadores y de los factores de riesgo*. Madrid, Ministerio de Igualdad, 2009.

- “Los varones ante el cambio de las mujeres”, *Lectora: Revista de Dones i Intertextualitat* (monográfico Hombres y feminismo dirigido por Nieves Ibeas), nº 4, 1998, pp. 12-21.

- “Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres” en LOMAS, Carlos (Ed.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidad masculina y cambios sociales*. Barcelona, Paidós, 2003.

- “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la normalidad masculina” en SEGARRA MONTANER, Marta y CARABÍ, Àngels (Coords.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria, 2000, pp. 41-64.

BURGOS, Carmen, *El divorcio en España*. Madrid, Viuda de M. Romero, 1904.

- *La mujer moderna y sus derechos*. Valencia, Sempere, 1927.

CAMBA, Julio, *La rana viajera*. Madrid, Espasa-Calpe, 1920.

- *Obras completas de Julio Camba*. Tomo I, Buenos aires, Plus-Ultra, 1948.

- *Sobre casi todo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1928.



- “Sobre la emancipación de la mujer”, *La Revista Blanca*, 15 agosto 1903.

CASTELLS-BALLESPÍ, Rosendo, *Derechos y deberes de la mujer ante la sociedad: conferencia dada en el "Centre Catalá" de Madrid el día 23 de abril de 1908*. Madrid, Imprenta de Ricardo Rojas, 1908.

CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Cuatro ensayos sobre la mujer*. Madrid, Alianza, 1971.

- *La alienación de la mujer*. Madrid, Ciencia Nueva, 1968.

CHÍES, Ramón, “Los masones”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, nº 66, 25 mayo 1884.

COMPAIRE, Juanjo, “Hombres: la necesidad de una voz colectiva”, *Temas de psicoanálisis*, nº 18, 2019.

CORDERO, Manuel, “El voto de la mujer”, *El Socialista*, 14 marzo 1924.

CORREA Y ZAFRILLA, Pablo, “Democracia, federación y socialismo”, *La República: Diario Federal*, 3 noviembre 1886, p. 3.

DAZA Y HURTADO, Vicente, “Lo que debe ser el trabajo de las mujeres y los niños”, *La Revista Blanca*, 1 julio 1900, pp. 29-32.

DE ALBA, Luis, “Bienvenido seáis”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 16 marzo 1910.

- “En defensa de la mujer”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 10 diciembre 1909, pp. 2-3.

- “Reprimenda respetuosa”, *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 20 marzo 1910.

DE CASTRO, Cristóbal, “A unos y otros”, *La Libertad*, 28 abril 1927, p. 1.

- “Campañas de La Esfera. El feminismo y las mujeres. Alianza Internacional Femenina”, *La Esfera*, 9 agosto 1924, p. 32.

- “Campañas de La Esfera. El feminismo y las mujeres. Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas”, *La Esfera*, 2 agosto 1924, p. 7
- “El nuevo feminismo. Promoción de la mujer”, *La Esfera*, 31 mayo 1930, p. 21.
- “El sexo y el vestido”, *Los Lunes de El Imparcial*, 3 mayo 1929.
- “La escuela de las mujeres”, *La Esfera*, 1 junio 1929, p. 43.
- “La mujer y la política”, *La Esfera*, 4 septiembre 1920, p. 8.
- *Las mujeres*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1917.
- “Las mujeres. Feminismo eficaz y feminismo impertinente”, *Los Lunes de El Imparcial*, 30 mayo 1920, p. 12.
- “Las mujeres. Juventud Universitaria Feminista”, *Nuevo Mundo*, 10 marzo 1922, p. 24.
- *Mujeres extraordinarias*. Madrid, Renacimiento, 1929.

DE CASTRO, Fernando, *Discurso que en la inauguración de las Conferencias dominicales para la educación de la mujer leyó en la Universidad de Madrid el Dr. D. Fernando de Castro y Pajares. Tema: Carácter de la educación de la mujer*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869.

DE HUELBES, Joaquín, “El feminismo ante la ciencia”, *Germinal*, nº 16, 1897.

DE LA FUENTE, F. B., “Instituciones y hombres: El Instituto de Hermanas Trinitarias”, *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, enero 1911, pp. 37-42.

DE PALMERIA, Olivia, “El Problema feminista”, *El Álbum Iberoamericano*, 30 mayo 1903, pp. 280-282.

DE PIZÁN, Cristina, *La ciudad de las damas*. Edición a cargo de Marié José Lemarchand, Madrid, Siruela, 2015.

DE LA TORRE, Matilde, “Feminismo y pacifismo” en HUERTA, Luis y NOGUERA, Enrique, (Eds.), *Genética, eugenesia y pedagogía sexual. Libro de las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas*. Tomo I, Madrid, Morata, 1934, pp. 4-59.

DELL, Floyd “Feminism for Men”, *The Masses*, julio 1914, pp. 19-20.

DEMÓFILO, “El catolicismo en acción”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 20 enero 1884.

DEPRIT SAINZ, Manuel, “Impresión feminista”, *Vida Socialista*, nº 98, 17 diciembre 1911.

DÍEZ, Galo, *Esencia ideológica del sindicalismo*. Gijón, Publicaciones de El Vidrio, 1922.

- *La mujer en la lucha social*. Sevilla, Renovación proletaria, 1923.

DIEZ, Juan Manuel, “Una idea madurando”, *El Siglo de las Luces*, 19 agosto 1867.

DIEZ DE BENJUMEA, Nicolás, “La gran causa del bello sexo”, *Cádiz: Diario de Artes Letras y Ciencias*, nº 12, 20 septiembre 1877, pp. 110-111

DON C. de P. y de P, *La Evidencia, ó los imprescriptibles é incontestables derechos que asisten al Señor D. Carlos V, III de Borbón, en la Corona de España*. Stanford University Library, 1837.

DONATO, Magda, “Por no enterarse, dice”, *España*, 21 agosto 1920, p. 13.

DUMAS, Alexandre, *L'homme-femme: Réponse à M. Henri d'Ideville*. University of Michigan, 1872.

ECHEGARAY, José, “Influencia del estudio de las ciencias físicas en la educación de la mujer” en *Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer, archivo de la Biblioteca Nacional*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869.

EMA, Charo, MARTÍNEZ TEN, Carmen y PARAMIO RODRIGO, Ludolfo, “Trabajo doméstico y lucha feminista”, *Zona Abierta*, nº 8, 1976, pp. 49-60.

ESTIVILL Y ABELLÓ, Ángel, *Sexo, moral y familia. Contra los conceptos burgueses, la concepción proletaria*. Barcelona, J. Horta, [193?].

FALCÓN O'NEILL, Lidia, “El amor a las mujeres de Carlos París” en VV. AA, *Ciencia, técnica, cultura: congreso internacional: homenaje a la figura y la obra de Carlos París*. Madrid, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 1997, pp. 153-162.

- “El feminismo de José Luis Sampedro”, *Público*, 9 abril 2013.

FEIJOO, Benito Jerónimo, *Ilustración apologética*. Madrid, Viuda de don Francisco del Hierro, 1730.

FEIJOO, Benito Jerónimo y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Angel-Raimundo (Ed.), *Teatro crítico universal*. Tomo I, Discurso XVI, Madrid, Cátedra, 1985.

FERÁNDEZ QUERO, Julián, (Comp.), *Hombres del siglo XXI: Semblanzas de hombres feministas*. Editado por AHIGE, 2015.

- *Hombres sin temor al cambio: una crítica necesaria para un cambio en positivo*. Salamanca, Amarú, 2000.

FLORES Y GARCÍA, Francisco, “La emancipación de la mujer”, *La Discusión*, 21 junio 1872, p. 3.

FRANCOS RODRÍGUEZ, José, “La mujer y la logia”, *Dominicales del Libre Pensamiento*, 29 enero 1887.

- *La Mujer y la política española*. Madrid, Pueyo, 1920.

- *Problema y prejuicio de los sexos*. Madrid, 1891.

GALLARDO NIEVA, Mariano, “El amor plural no es vicio”, *Iniciales*, nº 7-8, 1935.

- “El honor sexual de las mujeres”, *La Revista Blanca*, nº 158, marzo 1936.

- *El sexo, la prostitución y el amor*. Toulouse, Universo, s.f.

- “La feria sexual”, *Iniciales*, 7 junio 1935.

- “La prostitución sexual”, *Iniciales*, 2 mayo 1937.
- “La sexualidad y el naturismo”, *La Revista Blanca*, junio 1936.
- “Libertad sexual y naturismo”, *Iniciales*, octubre 1934.
- “Tendencias del instinto sexual humano”, *Estudios*, nº 136, diciembre 1934.

GARCÍA CALVO, Agustín, *El amor y los 2 sexos*. Madrid, Lucina, 1982.

- “La ética, vida de sumisión”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988.

GARRIDO, Fernando, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa*. Tomo VI, Barcelona, Librería Salvador Moreno, 1866

- *La humanidad y sus progresos o la civilización antigua y moderna comparadas*. Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1867.

- “La mujer” en *Obras escogidas de Fernando Garrido; publicadas e inéditas precedidas de un prólogo de D. Francisco Pi y Margal*. Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1859, pp. 253-291.

GIMENO DE FLAQUER, Concepción, “Alma femenina”, *El Álbum Iberoamericano*, nº 39, 22 octubre 1899, pp. 458-459.

GIRADIN, Emile, Anónima y DUMAS, Alejandro, *Matrimonio, adulterio, divorcio*. Tomo I, Madrid, Zaragoza y Jaime editores, 1873.

GÓMEZ BAQUERO, Eduardo, “El besamanos galante”, *La Voz*, 13 septiembre 1923, p. 11.

- “La esclavitud femenina por John Stuart Mill”, *La Época*, 4 junio 1892, p. 2.
- “La propaganda feminista”, *La Época*, 18 noviembre 1894.
- “¿Van a votar las mujeres españolas?”, *Nuevo Mundo*, 24 enero 1910.

GÓMEZ Y GORDILLO, José, “La mujer y la política”, *Revista Federal*, nº 8, 24 julio

1870.

GONZÁLEZ BLANCO, Edmundo, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*. Madrid, Editorial Reus, 1930.

GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, “El movimiento feminista, a propósito de un libro nuevo sobre feminismo”, *La España Moderna*, nº 156, 1901.

“El sufragio femenino”, *La Revista Socialista*, nº 30, 1904.

- *El sufragio: Según las teorías filosóficas y las principales legislaciones*. Barcelona, Manuel Soler, 1924.

- *Feminismo*. Oviedo, Ediciones Cátedra, Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud del Principado de Asturias, 1994.

- “La condición jurídica de la mujer española”, *La España Moderna*, nº 111 y 112, 1898.

- “La mujer y las preocupaciones sociales”, *La Revista Socialista*, nº 9, 1903.

- *La reforma constitucional*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1931.

- “Los problemas del feminismo”, *La España Moderna*, nº 95, 1896.

GONZÁLEZ POSADA, “Mi universidad”, *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 3, nº 8, 1907, pp. 265-271.

- “Progresos del feminismo”, *La España Moderna*, nº 99, 1897.

- *Teorías modernas acerca del origen de la familia, de la sociedad y del Estado*. Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación a cargo de J. M. Sardá, 1892.

- “Un discurso sobre el feminismo de don Alejandro Pidal”, *La España Moderna*, junio 1903.

GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, y GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, *La amistad y el sexo: Cartas sobre la educación de la mujer*. Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños,

1893.

GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, *Psicología del amor*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1897.

HERNÁNDEZ-CID, Adalberto, *Catecismo feminista*. Madrid, Vda. e Hijos de Pueyo, 1914.

IGLESIAS, Pablo, “La emancipación de la mujer”, *El Socialista*, 15 enero 1897.

- “La explotación de la mujer y del niño”, *El Socialista*, 1 junio 1888.

JIMÉNEZ DE ASUA, Luis, *Al servicio de la nueva generación*. Madrid, J. Morata, 1930.

- “El divorcio”, *El Socialista*, 26 junio 1931.

KRAUSE, Karl Christian Friedrich, *Ideal de la humanidad para la vida*. Biblioteca Virtual Universal, 2003.

LABRA, Rafael María, *Estudios de economía social*. Madrid, Imp. Manuel Minuesa de los Ríos, 1892.

- *La cuestión social contemporánea. El problema jurídico de la mujer. Notas de vulgarización*. Madrid, Centro Editorial de Góngora, 1908.

- “La mujer en la legislación castellana” en *Quinta conferencia de las Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Ryvadeneyra, 1869.

- “La rehabilitación de la mujer”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 15 mayo 1891.

LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, Javier, *El feminismo. Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el acto solemne de la apertura del año académico de 1904 a 1905*. Sevilla, Papelería, 1904.

LEÓN, Froilán, “Sección obrera”, *La Lectura Dominical*, 9 enero 1898, p. 28.

LIDIA, Palmiro, “Evocando el pasado”, *La Revista Blanca*, vol. V, serie de artículos publicados entre el 15 de julio y el 15 de septiembre de 1927.

LITRÁN, Cristóbal, *La mujer en el cristianismo*. Barcelona, Taller Tipográfico La Academia, 1892.

LORENTE ACOSTA, Miguel, *Los nuevos hombres nuevos. Los miedos de siempre en tiempos de Igualdad*. Barcelona, Destino, 2009.

LORENZO, Anselmo, “La solución del problema social”, *La Revista Blanca*, nº 42, 15 marzo 1900.

- “Sobre el sistema de explotación capitalista”, *La Revista Blanca* (Madrid), VI, 136 (15 febrero 1904), pp. 491-495, VI y 138 (15 marzo 1904).

- *El pueblo: Estudio Libertario*. Valencia, F. Sempere, 1909.

LOZOYA, José Ángel, *El aborto: Historias de combate y resistencia (El caso de la clínica “Los Naranjos”)*. Sevilla, Fundación Iniciativa Social, 2014.

LOZOYA, Jose Ángel y BEDOYA, Jose María (Coords.), *Voces de hombres por la igualdad*. Edición online, 2007.

LOZOYA, José Ángel, BONINO, Luis, LEAL, Daniel y SZIL, Peter, “Cronología inconclusa del movimiento de hombres igualitarios del Estado Español”, publicado en [www.hombresporlaigualdad.com](http://www.hombresporlaigualdad.com), 2003.

MADRAZO, Enrique Diego, *Introducción a una Ley de Instrucción Pública*. Madrid, Imp. de los Sucesores de Hernando, 1918.

- *El destino de la mujer: Carta entre mujeres*. Madrid, Imprenta Galo, 1930.

MAÑÉ I FLAQUER, Joan, “La mujer y la sociedad” en *El Pensil del Bello Sexo: colección de poesías, novelitas, etc.* Barcelona, Imprenta de J. M. de Grau, 1845

MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “La mujer como sujeto ético”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988, p. 44.



- “Sobre la alienación del varón”, *El Viejo Topo*, nº 19, 1978, pp. 41-44.

MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, ETXARRI, Tonia y SCHNAITH, Nelly, “Dossier: El macho en crisis”, *El Viejo Topo*, nº 43, 1980, pp. 27-42.

MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, y OSBORNE VERDUGO, Raquel, *Sexualidad y sexismo*. Madrid, Fundación Universidad Empresa, 1991.

MARTÍ IBÁÑEZ, Félix, “Erótica, matrimonio y sexualidad”, *Estudios*, nº 136, diciembre 1934, pp. 21-23.

- “Eugenesia y moral sexual. Carta a una muchacha española sobre el problema sexual”, *Estudios*, nº 138, febrero 1935.

- *Mensaje eugénico a la mujer*. Barcelona, Pub. Conselleria de Sanitat y Asistencia Social de la Generalitat de Catalunya, 1937.

- “Nueva moral sexual”, *Estudios*, nº 134, octubre 1934.

- *Obra. Diez meses de labor en Sanidad y Asistencia social*. Barcelona, Tierra y libertad, 1937.

- “Sanidad, asistencia social y eugenesia en la Revolución social española”, *Estudios*, nº 160, enero 1937.

- *Tres mensajes a la mujer: Mensaje eugénico a la mujer; mensaje a la mujer obrera, la mujer en la revolución*. Barcelona, Colección Nueva Era, 1937.

MARTÍNEZ, Graciano, *El libro de la mujer española: Hacia un feminismo cuasi dogmático*. Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos, 1921.

MARTÍNEZ GRACIA, Luis, *Pro-reivindicación feminista*. Zaragoza, Tip. de Mariano G. Capapé, 1921.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *La mujer moderna*. Madrid, Saturnino Calleja, 1920.

- *Nuevas cartas a las mujeres de España*. Madrid, Renacimiento, 1932.

MONTSENY, Federica, “Victoria”, *La Revista Blanca*, 1 marzo 1925.

MORALES GUZMÁN, Antonio, “La mujer acude a los sindicatos. Jornada de un movimiento femenino”, *Solidaridad Obrera*, 12 marzo 1936.

- “Ocupémonos de la mujer”, *Tierra y Libertad*, 12 julio 1935.

MARTÍNEZ VIÉRGOL, Antonio, “La caballerosidad del obrero. La estética y el socialismo”, *Vida Socialista*, 10 agosto 1912, nº 131, pp. 3-4.

NIEVA, Teobaldo, “A las obreras mallorquinas y de Madrid de la Internacional de Trabajadores”, 28 mayo 1870.

- “¡Ecce Mulier! Dedicado a las trabajadoras de la Internacional”, *La Solidaridad*, 19 y 26 noviembre y 3 diciembre 1870.

- “Nada de tolerancia con la Iglesia”, *La Federación*, 23 noviembre 1870.

- *Química de la cuestión social o sea organismo científico de la revolución. Pruebas deducidas de la ley natural de las ideas anárquico-colectivistas*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ulpiano Gómez, 1886.

OÑATE, María Pilar, *El feminismo en la literatura española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1938.

OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Cartas a una muchacha sobre temas de derecho civil*. Madrid, Reus, 2010.

- *Cartas a una señora sobre temas de derecho político*. Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1932.

- *Diálogos femeninos*. Buenos Aires, Argos, 1947.

- *Mujeres (libro que no deben leer las mujeres)*. Buenos Aires, Losada Imp., 1944.

OVEJERO Y MAURY, Eduardo, “La mujer, la Iglesia y la religión”, *La Palabra Libre. Periódico Republicano de Cultura Popular*, Madrid, 17 marzo 1912.

PARAMIO RODRIGO, Ludolfo, “La libertad, la igualdad y el derecho a la infelicidad”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988.

- “Lo que todo marxista vulgar debe saber sobre feminismo” en FOLGUERA, Pilar (Coord.), *Nuevas perspectivas sobre la mujer: actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Vol. 2, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, 1982, pp. 171-179.

PARDO BAZÁN, Emilia, “Del amor y la amistad”, *Nuevo Teatro Crítico*, nº 13, pp. 150-151.

- “Don Francisco Giner”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, febrero-marzo 1915.

- “Eterno feminismo”, *ABC*, 26 agosto 1920.

PAREJA SERRADA, Antonio, *Influencia de la mujer en la regeneración social*. Guadalajara, La Aurora, 1880.

PARÍS, Carlos, *Ciencia, tecnología, y transformación social*. Universitat Valencia, 1992.

- “Ética o barbarie”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988.

- “Feminismo y filosofía de la reproducción” en *Encuentros sobre feminismo y política*. Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1981, pp. 46-55.

- “La degradación del ser humano en la prostitución”, *Nuestra Bandera*, nº 232, 2012.

- “La razón feminista”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 24, 1994.

- “Los llamados clientes” en MARCOS, Liliana (Coord.), *Explotación sexual y trata de mujeres*. Madrid, Editorial Complutense, 2006.

- "Patriarcado y pensamiento filosófico occidental" en VV. AA., *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*. Vol. 1, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, 1989, pp. 271-290.

PÉREZ ABELA, Aurora, "Sus deberes y sus derechos", *La Libertad*, 28 febrero 1924, p. 2.

PÉREZ CHOSA, Eugenio, "La Educación de la mujer", *Boletín de Procedimientos, Revista Sociológica Ilustrada: Órgano Oficial del Soberano Gran Consejo General Ibérico*, 28 septiembre 1893, pp. 5-7.

PÉREZ CRESPO, Manuel, "Emancipación de la mujer", *La Hispalense*, Sevilla, 1 octubre 1871.

OCTAVIO PICÓN, Jacinto, "Psicología del amor", *La Escuela Moderna*, 1 julio 1897, pp. 291-305.

PI I MARGALL, Francisco, *La Federación*. Madrid, Correa y Zafrilla, 1880.

- "La misión de la mujer en la sociedad" en *Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer*. 21 de febrero de 1869 [23 de mayo de 1869]. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Universidad Complutense de Madrid, 1917.

POAL AREGALL, Miquel, *La Responsabilitat femenina: lectura feta a La Mutual de Dependents d'Escriptori, de Vilafranca del Penadès, el dia 30 de juliol de 1916*. Barcelona, s.n., 1916.

- *Les Dònes davant la guerra: lectura feta a l'Institut de Cultura i Biblioteca Popular per la Dona el 24 de juny de 1916*. Sabadell, Impr. den Joan Sallent, 1916.

- *Ço que deu esser el feminisme: conferència llegida en el Centre de Dependents del Comerç i de la Industria de la ciutat de Sabadell el 6 de juny del 1915*. Barcelona, 1915.

PRAT, José, "A las mujeres". *Conferencia leída en el "Centro Obrero" de Barcelona los días 18 y 24 de octubre de 1903*. Barcelona, Biblioteca Juventud Libertaria, 1904.

- *El sindicalismo*. Barcelona, Edición de El Combate Sindicalista, 1974.

PRELLEZO, Jose María, “Carta abierta”, *La América*, 13 julio 1872.

PRIMITIVO VARÓN, “Feminismo”, *La Correspondencia de Valencia*, 13 agosto 1917, p. 3.

PUENTE, Isaac, “Consciencia maternal”, *Estudios*, febrero 1932, pp. 7-9.

- “El amor libre”, *Generación Consciente*, 1 diciembre 1924.

- *El sindicalismo*. Barcelona, Edición de El Combate Sindicalista, 1974.

- “Maternidad y sexualismo”, *Estudios*, nº 93, 1931, pp. 8-9.

- “Neomalthusianismo”, *Estudios*, nº 87, octubre 1930, pp. 10-11.

REMARTÍNEZ, Roberto, *Lo que debe conocer toda madre: Preguntas y respuestas de eugenesia y puericultura*. Barcelona, V. Cortell, 1948.

- “Preguntas y respuestas”, *Estudios*, nº 151, mayo 1936.

RIOFRANCO, Eduardo, “A vuela pluma”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 14 diciembre 1884.

RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique, *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral. Estudio crítico*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de El Imparcial, 1878.

- *La mujer española y americana. Su esclavitud, sus luchas y sus deberes. Reseña histórica*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de los Hijos de R. Álvarez, 1898.

ROJAS, Dionisio, “Un redentor como hay muchos”, *Lectura Dominical*, 14 marzo 1897, pp. 172-174.

ROMERA-NAVARRO, Miguel, “El feminismo y la religión”, *Sophia*, nº 6, junio 1909, pp. 222-230.

- *Ensayo de una filosofía feminista. Refutación a Moebius*. Madrid, Imprenta de la Revista Técnica de Ingeniería, 1909.

- *Feminismo jurídico: Derechos civiles de la mujer, delincuencia femenina, sus derechos políticos*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1910.

ROMERO, Joan, “En Memoria de Josep Vicent Marqués”, *Hombres Igualitarios*, nº 6, 21 junio 2008.

ROMERO-MARCHENT, Joaquín, “El feminismo: punto de vista”, *Ilustración Española y Americana*, 8 mayo 1921, pp. 4-5.

RUIZ DE QUEVEDO, Manuel, “Asociación para la Enseñanza de la mujer”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 17 julio 1881, pp. 97-98.

SÁBADA, Javier, “Ética y feminismo”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 9, 1988.

SABORIT, Andrés, “Observaciones al estatuto municipal”, *El Socialista*, 21 mayo 1924.

SÁEZ MÉNDEZ, Hilario, “Adiós a Josep Vicent Marqués”, *El País*, 2 julio 2008.

- “Políticas de género para hombres” en LOZOYA, Jose Ángel y BEDOYA, Jose María (Coords.), *Voces de hombres por la igualdad*. Edición online, 2007.

SAMPEDRO, José Luis, “Camino sin retorno”, *Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España*, nº 24, 1994.

SAN MARTÍN, Alejandro, “Trabajo de las mujeres: (Respuesta al grupo del cuestionario)” en *Comisión de reformas sociales, Información oral y escrita, practicada en virtud de la Real Orden del 5 de diciembre de 1883*. Madrid, Manuel Minuesa de los Ríos, 1889.

SÁNCHEZ SAORNIL, Lucía, “Resumen al margen de la cuestión femenina. Para el compañero M. R. Vázquez”, *Solidaridad Obrera*, 8 noviembre 1935.

SÁNCHEZ SEÑA, Enrique, “Esclavitud y derecho o sea la emancipación de la mujer”, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 30 diciembre 1883.

SANZ, Fina, *Hombres con corazón: Hablando en la segunda mitad de la vida*. Barcelona, Kairós, 2015.

TARTILAN, Sofía, “La mujer en la Edad Media”, *La Mañana: Diario Político*, 29 enero 1877, p. 1.

TORRES CAMPOS, Rafael, *La reforma en la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de “El Correo”, 1884.

TRIGO, Felipe, *El amor en la vida y en los libros. Mi ética y mi estética*. Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1911.

- *Socialismo individualista: Índice para su estudio antropológico*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1904.

UN MÉDICO RURAL, “A modo de Programa”, *Estudios*, nº 94, junio 1931, pp. 7-9.

URALES, Federico, *La anarquía al alcance de todos*. Toulouse, Universo, 1926.

- “El amor en la filosofía y en el socialismo”, *La Revista Blanca*, nº 2, 1899-1900, pp. 625-629.

- “El arte, el amor y la mujer en el Ateneo de Madrid”, *La Revista Blanca*, nº 5, 1902-1903, pp. 577-582.

VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Ellen Key: La libertad de amar y la mujer del mañana*. Valencia, 1933.

- *Eva redimida y redentora*. Valencia, 1933.

- “La incompreensión de la mujer y la adinamia colectiva: La unidad de la civilización y el armonismo kantiano”, *Estudios*, nº 82, junio 1930, pp. 16-18.

- “La libertad de la mujer y su utilidad social: La actitud del hombre futuro”, *Estudios*, nº 128, abril 1934, pp. 42-43.

- *La Mujer ante el amor y frente a la vida: Teorías, sistemas y opiniones de feminófilos*,

*antifeministas y feminóforos*. Barcelona, Librería Síntesis, 1932.

- “La mujer de mañana: la vida y las obras de Elena Key”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 42, 1918, pp. 333-364.

- *Las reivindicaciones femeninas: la mentalidad y la condición de la mujer, el trabajo de la fémina, el amor y el matrimonio, la vida del niño y la familia, la criminalidad sexual, la transformación social y la cultura*. Barcelona, J. Ruiz Romero, 1927.

- *Vicisitudes y anhelos del pueblo español*. Barcelona, Biblioteca de Ciencias Sociales Virgili, 1911.

VÁZQUEZ, Mariano, “Por la elevación social de la mujer”, *Solidaridad Obrera*, 10 octubre 1935.

VEGA ARMENTERO, Remigio, “La mujer”, *La Ilustración Republicana Federal*, 8 junio 1872.

VERDÚ SUÁREZ, Antonio, *La mujer*. Córdoba, Renovación, 1925.

VILCHEZ CAMBRONERO, Joan, “Grupos de Hombres: La Sexualidad masculina a debate”, *Energía, Carácter y Sociedad: Revista de la Escuela Española de Terapia Reichiana (Es.Te.R.)*, nº 13, 1990.

VIOLETA, “Por el derecho. De feminismo”, *El País*, 23 agosto 1907, p 1.

ZULUETA, Luis, “Sobre lo femenino y el feminismo”, *La Lectura*, septiembre de 1908, pp. 363-369.

### **Publicaciones periódicas<sup>976</sup>:**

*ABC* (1903- )

*Ahora* (1930-1938)

---

<sup>976</sup> Se han consultado números específicos de las siguientes revistas y diarios cuyas fechas se han señalado en la sección de bibliografía de la época.



*Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines* (1906-1914)

*Bandera Social: Semanario Anárquico-colectivista* (1885-1887)

*Bibliofilia* (1874-1950)

*Boletín de la Escuela Moderna* (1892-1934)

*Boletín de Procedimientos, Revista Sociológica Ilustrada* (1889-1898)

*Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1877- )

*Boletín Oficial del Gran Oriente Español* (1889-1912)

*Cádiz: Diario de Artes, Letras y Ciencias* (1877-1880)

*Crónica* (1929-1938)

*Crónica Reusense: Órgano del Partido Liberal Conservador* (1896-1897)

*Diario Oficial de Avisos de Madrid* (1825-1918)

*El Álbum Iberoamericano* (1891-1909)

*El Correo de la Moda* (1851-1893)

*El Correo Español: Diario Tradicionalista* (1888-1921)

*El Defensor del Bello Sexo* (1845-1846)

*El Español: Diario de las Doctrinas y de los Intereses Sociales* (1845-1848)

*El Imparcial* (1867-1933)

*El Independiente: Diario de la Tarde* (1891-1895)

*El Liberal* (1879-1939)

*El Mundo Nuevo* (1851)

*El Nuevo Régimen* (1891-1927)

*El País* (1887-1921)

*El Pensil del Bello Sexo* (1845-1846)

*El Popular: Diario Republicano* (1910-1916)

*El Siglo Ilustrado* (1867-1868)

*El Socialista* (1886- )

*El Viejo Topo* (1976-1982/1993- )

*España* (1898-1902)

*España Nueva* (1906-1919)

*Estudios* (1922-1937)

*Feminal* (1907-1917)

*Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes* (1908-1917)

*Galicia: Revista Regional* (1887-1893)

*Generación Consciente* (1923-1928)

*Germinal* (1897-1903)

*Gil Blas: Periódico Político Satírico* (1864-1872)

*Heraldo de Madrid* (1890-1939)

*Hombres Igualitarios* (2014- )

*Ilustración Española y Americana* (1869-1921)

*Iniciales* (1927-1937)

*Interviú* (1976- )

*La Acción* (1916-1924)

*La América* (1857-1886)

*La Correspondencia de España* (1860-1925)

*La Correspondencia de Valencia* (1877-1917)

*La Discusión* (1856-1887)

*La Esfera* (1914-1931)

*La España Moderna* (1889-1914)

*La Federación* (1889-1890)

*La Guirnalda* (1867-1883)

*La Igualdad* (1868-1880)

*La Ilustración: Álbum del Bello Sexo* (1846)

*La Ilustración Republicana Federal* (1871-1872)

*La Lectura* (1901-1920)

*La Libertad* (1919-1939)

*La Mañana: Diario Político* (1876-1881)

*La Palabra Libre: Periódico Republicano de Cultura Popular* (1910-1912)

*La República: Diario Federal* (1884-1891)

*La Revista Blanca* (1898-1905/ 1923-1936)

*La Revista Socialista* (1903-1906)

*La Unión Católica* (1887-1899)

*La Veu de Catalunya* (1899-1937)

*La Voz* (1920-1939)

*Lectora: Revista de Dones i Intertextualitat* (1995- )

*Lectura Dominical* (1895-1936)

*Luz y Unión* (1900-1910)

*Mujeres Libres* (1936 - 1938)

*Mundo Femenino* (1921-1936)

*Mundo Gráfico* (1911-1938)

*Nuestra Bandera* (1937- )

*Nuevo Mundo* (1895-1933)

*Nuevo Teatro Crítico* (1891-1893)

*Poder y Libertad: Revista Teórica del Partido Feminista de España* (1988-1995)

*Público* (2007- )

*Razón y Fe* (1901- )

*Revista Católica de Cuestiones Sociales* (1895-1930)

*Revista Contemporánea* (1875-1907)

*El Siglo Futuro* (1875-1936)

*Solidaridad Obrera* (1907- )

*Sophia* (1893-1914)

*Tierra y Libertad* (1888-1939)

*Vindicación Feminista* (1976-1979)

*Vida Socialista* (1910-1914)

*Zona Abierta* (1974-2006)

**Entrevistas:**

Entrevista con Juanjo Compaire, 19 de enero de 2016.

Entrevista con Julián Fernández de Quero Lucero, 5 de noviembre de 2016.

Entrevista con Antonio García, 11 de febrero de 2016.

Entrevista con José Ángel Lozoya, 21 de enero de 2016.

Entrevista con Hilario Sáez Méndez, 14 de enero de 2016.

Entrevista con Joan Vilchez Cambronero, 16 de enero de 2016.

**Webgrafía:**

[http://intercambia.educalab.es/wpcontent/uploads/2016/06/cime2011\\_P3\\_JesusEspinosa1.pdf](http://intercambia.educalab.es/wpcontent/uploads/2016/06/cime2011_P3_JesusEspinosa1.pdf)

<http://wzar.unizar.es/siem/PREMIOS/XVI%20Premio%20SIEM.pdf>

<http://www.antiguahombresigualitarios.ahige.org/galeria-de-hombres-al-margen-del-patriarcado-adolfo-gonzalez-posada&catid=81:al-margen-del-patriarcado&Itemid=79>

<https://now.org/about/history/honoring-our-founders-pioneers>

<http://www.jovellanos2011.es/web/biblioteca-virtual-ficha/?cod=321>



## APÉNDICES

### APÉNDICE I. Benito Jerónimo Feijoo

“Lo cierto es que los hombres fueron los que escribieron esos libros en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo” (...)

“Son condenadas por incapaces en algunas materias; siendo así que el no discurrir, o discurrir mal, depende, no de falta de talento, sino de falta de noticias, sin las cuales ni aun un entendimiento angélico podrá acertar en cosa alguna; los hombres, entre tanto, aunque de inferior capacidad, triunfan y lucen como superiores a ellas, porque están prevenidos de noticias” (...) “Sobre la ventaja de las noticias hay otra de mucho momento; y es, que los hombres están muy acostumbrados a meditar y discurrir, y razonar sobre estas materias, que son de uso y aplicación, al paso que las mujeres rarísima vez piensan en ellas: con que se puede decir, que cuando llega la ocasión, los hombres hablan muy de pensado, y las mujeres muy de repente”.

Fuente: FEIJOO, Benito Gerónimo, *Teatro Crítico Universal*, Tomo I, “Discurso XVI”, § X, 59, 67 y 68.

### APÉNDICE II. Fernando Garrido Tortosa

“¿Qué se vende en ese bazar? ¡Es una tienda de esclavas! El hombre adquiere a su compañera, la madre de sus hijos, de la misma manera que el perro que le ayuda en la caza y que el caballo que monta! El hombre compra una esclava, adquiere una mujer, como un mueble! Entre este hombre y esta mujer no habrá más que un lazo material ¿Cómo puede nacer el amor entre el señor y el esclavo? (...) El dueño teme que el esclavo se le escape, y su primera medida es encerrar a la mujer: la segunda, conservarla en la mayor ignorancia posible, a fin de que se conforme con la bajeza de su existencia. (...) La civilización es en efecto, incompatible con la esclavitud de la mujer.

“Por esto los derechos civiles concedidos a la esposa, determinan en toda sociedad, el paso de la barbarie a la civilización; y la sociedad que por su religión u otra causa cualquiera, no puede dar este paso, está fatalmente condenada a vegetar, a consumirse en su estado de barbarie, a sucumbir bajo la acción moral y material de las sociedades civilizadas”

Fuente: GARRIDO, Fernando, *La mujer*” en *Obras escogidas de Fernando Garrido; publicadas e inéditas precedidas de un prólogo de D. Francisco Pi y Margal*. Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1859, p. 270.

### **APÉNDICE III. Adolfo González Posada**

“El liberalismo tiende a ocupar la derecha conservadora en muchos países, mientras el socialismo en la izquierda radical toma posiciones por todas partes. El feminismo, por el contrario, es una doctrina que se halla en la situación indicada de doctrina llena de esperanzas; condensación teórica de aspiraciones muy diversas, impuestas no tanto por el espíritu innovador de los filósofos o el afán impaciente de los propagandistas, cuando por la creciente difusión de las ideas humanitarias, y por las nuevas condiciones morales, jurídicas, económicas, y hasta religiosas, de la sociedad moderna, aunque no en todos sus sostenedores tiene la forma de una solución radical conveniente, de una ideal de humanismo integral, que una vez realizado nos lleve a las regiones de una nueva ciudad futura, se ha revelado y se afirma doquier por una fuerza expansiva tan poderosa, filtrándose por todos los medios sociales, por todos los espíritus reflexivos, que bien puede decirse que la tendencia es feminista es, en cuanto a principio capital de la doctrina, una tendencia universal, con imperio cada vez más absoluto en la opinión de las gentes.”

Fuente: GONZÁLEZ POSADA, Adolfo, *Feminismo*. Madrid, Librería de Fernando Fe (Impr. Española), 1899, pp. 76-77.



#### APÉNDICE IV. Eduardo Ovejero Maury

“Hacemos de nuestras madres, hermanas y esposas, costureras, lavanderas, modistas. Las dejamos que barran nuestro cuarto, que hagan nuestras camas, que limpien aquel. Los objetos que nosotros desdeñaríamos tocar, y las metemos en la cocina para que empuñen el cazo y la sartén. Miente el que diga que tales faenas son las que ha destinado Dios a esas criaturas, a quienes tributamos miserable adulación, cuando sentimos que encienden el ardor de nuestros sentidos. Y prueba de que mienten es que todas las que pueden se emancipan de ese triste estado por medio del oro. Sólo a espíritus burgueses y adocenados puede ocurrírseles semejantes despropósitos. Ved a la mujer de la aristocracia. ¿Lava sus ropas, friega suelos, vierte orinales? Pues indudablemente no cumple su destino, según el modo de pensar de algunos. Es cierto que está muy lejos de cumplirle, pero por otras causas muy distintas. También ellas tienen su esclavitud como las otras, pero no de tan baja índole” (...).

“Salimos de casa, al café o a paseo; ellas se quedan dando, entre dolores, de mamar al niño. Estamos durmiendo por la noche y alguna criaturita llora: ellas dejan el lecho y van a acallarla; ese es su destino. Gastamos nuestro dinero locamente y ellas lo ven marcharse tristes y sobresaltadas, sintiendo llegar la miseria; ese es su destino. Nos divertimos lindamente con las mujeres que nos parece; sostenemos una amante, dos, una doble familia deben verlo con paciencia, y pobres de ellas si nos imitan. Su destino es obedecer, sacrificarse, padecer, llorar. No nos damos cuenta de nuestro despotismo. Si algunos se la dan, confiesan que van muy a gusto en el machito, y otros van sin confesarlo. Y en tanto, con refinada galantería, nos ponemos a sus pies y nos decimos sus esclavos; las vestimos lujosamente, les damos igual tratamiento que recibimos nosotros, usía, excelencia, etc., y nos figuramos por todo esto que somos cumplidos caballeros. ¡Mentira! Nuestras mujeres no son distintas en esencia de las mujeres africanas. En nuestros Códigos está escrita para ellas la palabra obediencia, y nuestras manos se pueden armar impunemente, como las de los turcos, para castigar el delito de infidelidad”.

GOTOR DE BURBÁGUENA, Pedro, *Nuestras costumbres*. Madrid, Imprenta Ricardo Rojas, 1900, pp. 37-38.

## **APÉNDICE V. Miguel Romera-Navarro**

“Si la ley no es la voluntad del más fuerte, ni fruto perezoso de la tradición y la rutina, sino la voluntad general del pueblo que ha de cumplirla y dimana de un orden racional constituido por las inspiraciones de la justicia o las exigencias de utilidad social. Si toma por modelo la Naturaleza que no distingue sino en el punto y límite que alcanza la divergencia; si afecta igualmente al hombre y a la mujer, como al opulento y al miserable.... ¿por qué se les niega a las mujeres su participación en los asuntos de gobierno comunal y en las funciones del poder?”.

Fuente: ROMERA-NAVARRO, Miguel, *Feminismo jurídico: Derechos civiles de la mujer, delincuencia femenina, sus derechos políticos*. Madrid, Librería de Fernando Fe (Impr. Española), 1910, pp. 159 y 171.

## **APÉNDICE VI. Manuel Cordero Pérez**

“A nosotros no nos preocupa (...) el peligro para la república porque la mujer tenga derecho a votar. (...) Cuando se promulgó el sufragio universal, los trabajadores vivían una vida inferior; su incultura era enorme; aquellos que pensaron en implantar el sufragio universal, no pensaron en los peligros que aquello pudiera tener, porque sabían muy bien que implantar el sufragio era abrir una escuela de ciudadanía para ir formando la capacidad y la conciencia de los trabajadores. Lo mismo ocurrirá con el sufragio de la mujer. ¿Tenéis miedo a cómo se pronuncie? Pues trabajad e influid en ella para que se produzca a tono con nuestras ideas. Eso es lo que corresponde a una vida activa de la política. Yo les digo además Sres. Diputados: Para nosotros hay una gran cantidad de mujeres trabajadoras, mujeres de la clase media, que sufren las consecuencias de las imperfecciones de la Administración Pública y que muchas veces sienten el deseo de intervenir en defensa de sus intereses y de los intereses de sus hijos, y entendemos que tienen perfecto derecho a intervenir (...)”.

Fuente: Intervención de Manuel Cordero en *Diario de las sesiones de Cortes*. 1 de octubre de 1931, Número 48.

## **APÉNDICE VII. Santiago Valentí i Camp**

“La fuerza que impulsa al feminismo, hacia la piedad universal, la más alta y sublime expresión de las afinidades electivas, representa, seguramente, el momento más culminante de la evolución moral de la humanidad”.

(....)

“Vivimos en instantes verdaderamente solemnes. Los avances de la aristarquía femenil constituyen un ejemplo de modernidad destacadísima. La incorporación de la feminidad al hacer entero de los pueblos europeos, americanos, asiáticos y oceánicos constituye un acontecimiento de singular trascendencia y de enorme significación y extraordinaria magnitud. Es en este respecto, inmensamente grande nuestra época. Los horizontes se dilatan, amplificándose las perspectivas y la tarea del expositor de hechos sociales, adquiere un relieve que jamás alcanzara en período alguno de la Historia”

Es preciso convencerse de que el mundo camina: de que una gran evolución tiene lugar en la vida social y en el hogar doméstico; de que los jóvenes que quieren casarse buscan, no muñecas, sino mujeres que sepan luchar dignamente a su lado, que entiendan sus afanes intelectuales, que sepan dirigir la casa y educar, sin necesidad de personas extrañas, a sus hijos, ocupando un puesto honroso en la vida social

El proceso de desenvolvimiento femenino, en esta hora, solemne, se asemeja a una ascensión por una cuesta áspera y empinadísima, y en la que ambos lados del camino, nos agobia la visión de abruptos precipicios. Pero hemos de continuar nuestro peregrinaje doloroso, hasta llegar a la cima del monte, y entonces, experimentaremos la emoción de contemplar ambas vertientes, es decir, nos permitiría analizar, objetiva y serenamente, cuáles son las ideas y elementos femeninos antiguos que podrán ser incorporados a la nueva constitución social, y cuáles, no. Algunas de las más exaltadas aspiraciones femeninas, es probable que se frustren por el momento. Como todos los principios teóricos que no encarnan en la realidad ambiente, servirán como esperanza y podrán constituir un estímulo, para las generaciones que han de subseguirnos. Las doctrinas feministas, han tenido la rara virtualidad, de impulsar la renovación del ideario de las sociedades, remozando valores como la dignidad moral, la independencia jurídica

y el derecho a la cultura de la mujer, que, aunque pueden considerarse como clásicos y perdurables, habían dejado de merecer la consideración a que son acreedores, porque el ánimo de las muchedumbres, en vez de regirlo un criterio sagaz y ecuánime, lo dirigen los más encontrados impulsos.”

Fuente: VALENTÍ I CAMP, Santiago, *Las reivindicaciones femeninas*. Barcelona, J. Ruiz Romero, 1927, pp. 23 y 168.

### **APÉNDICE VIII. Anselmo Lorenzo**

“Y no es que los que protestan contra el avance de las mujeres se opongan a que la mujer trabaje; nada que iguale a esas protestas han producido esos protestantes para censurar la posición que tantas infelices mujeres ocupan en las minas, en los campos, en las fábricas o en las miserables buhardillas con la aguja en la mano o ante la máquina de coser” (...) “la gran industria, la cual, sí en un principio la retenía en su vivienda, hoy la saca de ella para encerrarla en la fábrica y someterla a la explotación capitalista.

El tiempo pasa, el mundo marcha y el progreso se impone, a pesar de los más lentos y torpes tardígrados, y el feminismo ha ganado ya brillantes triunfos. De tal manera se impone la justicia en punto a la emancipación de la mujer, que es grande el número de las que, saltando sobre leyes y preocupaciones, han asaltado la misma ciudadela del privilegio, la Universidad, convirtiéndose las más osadas en privilegiadas, en virtud del grado de doctor, noble y valerosamente obtenido, que no puede compartir con su marido, pobre hombre que queda reducido al papel de inferior e ignorante, aunque conserve el poder de matar a su mujer en un arrebato de celos, de privarla que haga uso de su sabiduría y de tenerla sometida a constante protección y obediencia.”

(...)

“Para esto ha de reconocerse que la mujer y el hombre son y deben ser unidades equivalentes e iguales para formar la organización anárquica de la sociedad. Cuando inspirado en mi amor me decidí a hacer el trabajo sobre la mujer que aquí termina, satisfecho por no haber galanteado en mi vida de modo que pudiera hacer infeliz a

ninguna mujer, pensé en mi madre, en mis hermanas, en mi compañera, en mis hijas, en diversas buenas mujeres que he conocido y con quienes me he relacionado; me encanta la consideración del gran amor y amistad que he sentido y siento aún, y lo hago constar aquí con el vivísimo deseo de interesar a la lectora que me honre con su atención para que estimule la energía emancipadora de su compañero, para que inculque emancipadores pensamientos a sus hijos, para que extienda benéfica influencia en el círculo de sus relaciones y para que desmienta a aquel cínico fraile que desde el púlpito del templo llamado Nuestra Señora de París lanzó al mundo esta afirmación, triste por la verdad que encierra, grosera y repugnante como jactancia de criminal: «Entre laicos y clericales existe esta diferencia respecto de la mujer: vosotros poseéis su cuerpo, nosotros poseemos su alma». Que esa infamia y todas las consiguientes pasen a ser recuerdo histórico es mi más vehemente deseo”.

Fuente: LORENZO, Anselmo, *El pueblo: Estudio Libertario*. Valencia, F. Sempere, 1909, pp. 65 y 78.

## **APÉNDICE IX – Felipe Trigo**

“Yo veo en el porvenir de la mujer una vida de trabajo completamente igual que la del hombre. Una vida de dignidad y de deberes y derechos absolutamente iguales a los del hombre. El trabajo la redimirá de su ignominiosa esclavitud (...) la mitad de los puestos en los escalafones de los gremios, serán reservados para el mundo femenino, con completa igualdad con respecto al hombre en orden al tiempo y a la retribución y a las categorías (...) será libre cuando no necesite que el hombre la mantenga.”

(...)

“¿Trabajar las mujeres? –empezarán protestando los románticos poetas; – ¿Trabajar el ser ideal, el ser dulcísimo hecho para el amor, la diosa de la vida a la cual rendimos culto eterno, la bella mitad del género humano?– Todo eso es verdad en los versos, que son mentira; pero después de haber leído el verso engañoso de las mujeres, vuélvanse a la realidad los ojos y se verá al ser idolatrado ¿en los altares de la consideración?... no, en las casas de prostitución sirviendo para escarnio de los amores,

en las fábricas o en el río, tejiendo o lavando la ropa de los poetas, y las más dichosas, las más felices, de ángeles del hogar... es decir, de ángeles con aguja y con escoba y con soplillo para servirle como esclavas domésticas al hombre”.

TRIGO, Felipe, *Socialismo individualista: Índice para su estudio antropológico*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1904, pp. 165 y 243.

## APÉNDICE X – Magda Donato

“Recuerdan ustedes el cuento de aquel señor que, habiendo perdido sucesivamente los brazos, las piernas, ¡hasta la cabeza!, y no sirviendo ya para nada, no tuvo más remedio que hacerse crítico de arte?

Hasta ahora la crítica artística era el último refugio, el recurso supremo de todos los ignorantes, de todos los idiotas, de todos los intelectualmente impotentes —salvo, naturalmente, honradísimas excepciones—, y cuando en un periódico había un redactor incapaz hasta de “hinchar el telegrama”, el director benévolo le daba la sección de la crítica de arte.

Esto sucedía así hasta hace muy poco; pero ahora y desde este punto de vista, el feminismo empieza a hacer una competencia muy seria a la crítica artística. Se habla de feminismo casi con la misma facilidad, y desde luego, con más ignorancia todavía que de arte; el que no sabe nada, no ha estudiado nada, ni está enterado de nada, se hace feminista y escribe artículos donde dice que las cosas han cambiado mucho. Que la mujer no puede ya servir exclusivamente para el matrimonio, que convendría que la mujer española evolucionase, y que en el extranjero las mujeres realizan cosas maravillosas, etcétera, etcétera... Los hombres que escriben de feminismo en España pueden dividirse en tres categorías:

1.º Los que saben lo que dicen y juzgan el feminismo y las mujeres con más cultura, con más serenidad y con mayor altura de miras que nosotras mismas. En este momento no recuerdo que esta categoría privilegiada esté representada aquí por más de un nombre: Luis de Zulueta.

2.º Los inofensivos, o sea los que se limitan a repetir dócilmente todos los viejos “clichés”, los que no traen nada nuevo y no nos hacen ningún bien, pero que tampoco nos hacen mal. A esta categoría pertenece en primera fila el amable señor Francos Rodríguez.

3.º Los pedantes; los que se meten a resolver problemas que no conocen ni por el forro y tienen la loca pretensión de guiarnos y aconsejarnos, y a fuerza de tomar tonillos protectores y superiores, acaban por forzar la siempre bobalicona admiración de las masas; el prototipo de estos feministas en España es el señor Cristóbal de Castro (...)

Pues exactamente lo mismo pasa con el sufragio femenino, ¿sabe usted, señor Cristóbal de Castro? El sufragio no es una finalidad, nunca, es únicamente un medio, una base, precisamente para esos temas de que ha tratado el Congreso.

Deseamos el sufragio para realizar esos ideales, lo mismo que la gente desea el dinero para satisfacer sus necesidades. ¿Le parece a usted que la correlación entre sufragio y “todo eso” es poca, siendo el sufragio la condición sine que non para la obtención de “todo eso”?

Como usted comprenderá, señor Cristóbal de Castro, yo no he tenido intenciones de darle a usted una lección; usted es, sin duda, un hombre de mucho talento y un escritor extraordinario; pero, créame usted, señor Cristóbal de Castro, hable usted de toros, o de agricultura, o de lo que usted quiera, pero no de feminismo. Porque hay muchos hombres, señor Cristóbal de Castro, a quienes les pasa lo que a muchas mujeres: que debían dedicarse en este mundo a las labores propias de su sexo”.

DONATO, Magda, “Por no enterarse, dice”, *España*, 21 agosto 1920, p. 13. Citado en RAMOS PALOMO, María Dolores, “Magda Donato, una mujer moderna. Su labor como articulista en la prensa española (1917-1936)”, *Arenal*, 2010, pp. 184-186.

## **APÉNDICE XI – Carlos Castilla del Pino**

“(…) la mujer en nuestra cultura, constituye un grupo caracterizado por el desempeño primordial de una función. Aunque no es posible negar la evolución suscitada en este macrogrupo en las últimas décadas, precisamente por el ejercicio

simultáneo de otras funciones sociales, la realidad es que la función primordial – cuidado de la prole y del hogar– sigue componiendo su función específica, e imponiéndose por toda suerte de condicionamientos sociales.

“Los cambios a que hemos hecho mención, como acaecidos últimamente, no deben provocar excesivo optimismo. Sin exageración puede afirmarse que no hay mayor dispendio en el terreno de la educación, que el suscitado por ese inmenso drenaje de cerebros que representa un cúmulo de mujeres que inician, y a veces culminan, una formación intelectual, para acabar, muy prematuramente, en el desempeño exclusivo de su “función”.

La situación inherente al ejercicio exclusivo de la “función de mujer” puede ser estimulada por unos con calificativos más exuberantes. Por otro, como una forma peculiar de alienación. Me incluyo entre estos últimos. Por fortuna –para los que pensamos de esta forma–, hoy existe una consciencia cada vez más lúcida y extensa, en el orden colectivo, acerca de la problemática (...). “Y lo que es más de destacar, es que el propio grupo afectado el que, cada vez es mayor escala, adquiere consciencia de que su situación es, aún en el mejor de los casos, frustración.”

Fuente: CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Cuatro ensayos sobre la mujer*. Madrid, Alianza, 1971.

## **APÉNDICE XII - Josep Vicent Marqués**

“La creencia en nuestra normalidad es precisamente un signo de alienación: Si los varones no estuviéramos alienados, habríamos entendido que no somos una de las variantes deformadas que produce a partir del sexo una sociedad concreta. Nuestra actitud no ha sido esta. Damos por sentado que el varón es normal, pleno, persona, actor consciente, modelo. Cuando reconocemos que hay una opresión sobre la mujer entendemos esta como algo que le impide igualarse con nosotros y cuando no la reconocemos protestamos ante el hecho de que quiera ser como nosotros. Ese nosotros, no es nunca cuestionado o si acaso sólo reconocemos que somos portadores de la opresión sobre la mujer. Si no nos oponemos conscientemente a su liberación ya somos



perfectos. Y sin embargo, hablar nosotros de la alienación de la mujer, sin hablar, al mismo tiempo, de la alienación del varón no es demasiado distinto de compadecerse de la miseria del obrero proponiendo una sociedad en la que todos fuésemos burgueses.

La impugnación del varón social no debe utilizarse para impedir el acceso de la mujer al infierno del varón, ni la lucha inmediata por la igualdad debe legitimar como modelo al curioso personaje que somos.

La derecha ha hecho alguna vez un amago de crítica del varón, exaltando la dulzura, generosidad, abnegación o serenidad de la mujer frente a nuestra brusquedad, inquietud, agresividad... La mujer –“su” mujer– tendría lo esencial y nosotros lo accidental: habría que disuadirla de andar por mal camino tratando de imitarnos. Se glorifica así al varón como “mal necesario” y se relega a la mujer, como “bien imposible”, al papel que le es útil, tanto para oprimirla como para hacer resaltar la pragmática subliminidad del varón, que, sobrio y responsable él, no puede permitirse el lujo de lo esencial, de lo bello; esto sería poseído por la mujer y por ella guardado hasta la vuelta del varón, que halle en ella y ello tregua y sosiego. Este es el punto más lúcido de la derecha masculina, aunque lo leamos como la posición más carca. Una crítica de izquierdas al varón debería desmarcarse de toda ambigüedad al respecto.

Digamos, pues, que la mujer tiene derecho a morirse tan pronto como el varón, ser juez, soltar tacos, ser marino teniendo o no un amor por cada puerto, emborracharse, ser extraordinariamente ambiciosa en su carrera, darle el primer apellido a los hijos, ser muy valorada socialmente por el número de caballeros que se ha llevado a la cama, ser sargento de húsares, sentirse orgullosa de mantener al marido y a los hijos, pagarle a un varón por sus servicios sexuales, ocupar una sede episcopal y ser deseada por su noble pelo blanco, por la experiencia que ha surcado de arrugas su rostro o el turbulento pasado que evoca una cicatriz en la mejilla. Probablemente la mujer y el varón deberían cuestionarse hasta qué punto todo eso es bueno, útil o realmente divertido; pero desde el reconocimiento de la igualdad.

Aquí de momento se afirma sólo que los varones deberíamos reconocernos como un producto bastante deficiente de una sociedad concreta y no como lo normal, lo natural o el maravilloso resultado del progreso humano.”

Fuente: MARQUÉS GONZÁLEZ, Josep Vicent, “Sobre la alienación del varón”. (Premio de ensayo Revista “El Viejo Topo” 1979). Santo Domingo, Editorial Alas, 1977, p. 5.

### **APÉNDICE XIII – Agenda común de los hombres por la igualdad (Sant Boi de Llobregat, 9 de noviembre de 2013)**

“1. Rechazamos el ejercicio del poder patriarcal y renunciamos a los privilegios que de él se derivan.

2. Denunciamos todas las formas de violencia machista hacia las mujeres, fomentando la revisión crítica del sexismo interiorizado y desarrollando un trabajo de sensibilización y prevención de esta violencia entre los hombres; apostando por la defensa de los Derechos Humanos y la resolución pacífica de los conflictos.

3. Asimismo rechazamos otras violencias machistas (bullying, LGTBfobia, etc).

4. Promovemos la corresponsabilidad de los hombres y los cuidados compartidos, con especial referencia a la responsabilidad de los hombres en nuestro propio cuidado y el de las personas dependientes y mayores, apoyando medidas de conciliación de la vida laboral y personal.

5. Impulsamos la paternidad activa y responsable, fomentando la implicación de los padres y la mejora de las habilidades para la crianza, siendo incluidos en los cursos de preparación al parto, primeros cuidados y cuidado de la madre. En este sentido, reivindicamos que los permisos de maternidad y de paternidad sean iguales, intransferibles y pagados a cargo de la Seguridad Social al 100% del salario.

6. Apostamos por la coeducación en la comunidad educativa para transmitir valores que ayuden a crecer, también a los chicos, como agentes activos de igualdad. Esto ha de servir para prevenir el abandono escolar, las conductas disruptivas, el maltrato entre el alumnado y las actitudes machistas que acaban perjudicando la formación de la población adolescente.

7. Apostamos por un lenguaje igualitario, que no represente ni sostenga el modelo de dominación sexista.

8. Defendemos las cuotas paritarias y de presencia de mujeres y hombres, tanto en los cargos de responsabilidad pública y empresarial, como en las tareas de cuidado y enseñanza.

9. Reconocemos las diferentes formas de ser hombre, así como los derechos cívicos y humanos de las distintas expresiones de la sexualidad, superando la patologización, la homofobia y la transfobia.

10. Revisamos las expresiones de nuestra sexualidad basadas en el dominio, para disfrutar de una sexualidad libre, respetuosa y consentida. Nos manifestamos, por consiguiente, en contra de la trata de seres humanos vinculada a la prostitución y a la explotación sexual de menores.

11.- Propiciamos la mejora de la salud física y emocional de los hombres, visibilizando los costes de las formas dañinas de ser hombre, que reducen nuestra esperanza y calidad de vida, además de generar graves problemas de salud pública.

Como fase inicial de esta agenda común, proponemos concentrar y coordinar estrategias, campañas y acciones en torno a tres fechas: –21 de Octubre, aniversario de la primera manifestación de hombres contra la violencia machista celebrada en Sevilla en 2006 y que, desde entonces, ha servido para agrupar a los hombres contra esta violencia en todo el estado español, y movilizarlos a la participación en los actos del 25 de Noviembre, Día Internacional de la Erradicación de la Violencia contra las Mujeres. –19 de Marzo, recogiendo la idea de los compañeros de Jerez de celebrar el “día del padre igualitario” y de promoción de la paternidad plena, cuidadora y responsable. Este fecha concentrará nuestras acciones a favor de los cuidados compartidos y la paternidad corresponsable, reivindicando los permisos de maternidad y paternidad iguales, intransferibles y pagados a cargo de la Seguridad Social al 100% de la base. –17 de mayo, Día internacional contra la LGTBfobia, uniéndonos al movimiento por la diversidad sexual y de género (al movimiento LGTBIQH+) recogiendo la idea de que la homofobia, bifobia y transfobia, y las demás fobias del mismo tipo, forman parte de la

socialización masculina tradicional que queremos desmontar, atentan contra los derechos humanos y nos esclavizan como hombres, independientemente de nuestras orientaciones sexuales e identidades de género. Estas fechas concretas son una referencia abierta a nuevas propuestas y acuerdos por parte de los hombres por la igualdad. De la misma manera podremos quizás en el futuro añadir otras. Y proponemos seguir avanzando hacia una coordinación que sume sinergias y fuerzas, ofreciendo un mensaje más nítido a la sociedad, a los hombres y las administraciones públicas. De esta manera, podremos presentar nuestras propuestas, que esperamos se materialicen en forma de reformas, medidas y políticas con hombres, necesarias para erradicar la desigualdad de género de nuestras vidas y de la sociedad. (...) Queremos que más hombres conozcan y compartan nuestras propuestas, avanzando en cuanto a nuestra incidencia entre la población masculina, algo imprescindible de cara a la necesaria transformación social que tenemos pendiente en nuestro país.

Fuente: “Agenda común de los hombres por la igualdad”, Sant Boi de Llobregat, 9 de noviembre de 2013.

#### **APÉNDICE XIV – Listado de asociaciones y colectivos de hombres por la igualdad de género en España desde sus orígenes hasta la actualidad**

- AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género)
- Asociación Guanoth: Colectivo de Hombres por la Igualdad La Palma
- Círculo de Hombres Evolucionantes
- Círculos de Hombres
- Codo a codo: Grupo de Hombres por la Igualdad de Palencia
- Foro de Hombres por la Igualdad de Roquetas de Mar
- Foro de Hombres por la Igualdad de Sevilla

- Grupo de Hombres contra el Sexismo y el Patriarcado “La Alcachofa”
- Grupos de Hombres de Granada
- Grup d'homes contra la Violència Masclista Balears
- Grupo Prometeo de León
- Gizon Sarea
- Hocovige
- Hombrecitos de Madera (Grupo de Hombres Igualitarios de Jerez)
- Hombres por la Igualdad de Aragón
- Hombres por la Igualdad y los Buenos Tratos de Cúllar Vega
- Homes Galegos pola Igualdade
- Homes Igualitaris (AHIGE Catalunya)
- Masculinidades Beta
- Nous Homes de Sabadell
- Piper Txuriak: Grupo de Hombres por la Igualdad de Bilbao
- Plataforma de Hombres por la Igualdad de Santander
- Red de Hombres por la Igualdad
- Red de Hombres por la Igualdad de Granada
- Red de Hombres por la Igualdad en Euskadi
- Sopa de Hombres
- Stop Machismo
- Zero Macho

- Zipriztintzen: Grupo de Hombres de Ermua por la Igualdad

- Viento Sur



APÉNDICE XV: TABLA ONOMÁSTICA - EVOLUCIÓN DE LOS DISCURSOS DE GÉNERO DE LOS DEFENSORES DE LA MUJER Y DE SUS DERECHOS EN ESPAÑA

CRONOLOGÍA	NOMBRES	LÍNEA IDEOLÓGICA/CULTURAL	OBRAS/TEXTOS	APORTACIONES EN LOS TERRENOS INTELECTUAL, LEGAL, INSTITUCIONAL Y DEL ACTIVISMO
1259-1285	Cerveri de Girona	Poesía trovadoresca	<i>Maldit bendit</i> (¿ <sup>?</sup> )	Antimisoginia.
1350-1413	Bernat Metge	Humanismo renacentista	<i>Lo Somni</i> (1399)	Antimisoginia.
1390-1450	Juan Rodríguez del Padrón	Tratadística profemenina, lírica del amor cortés	<i>Triunfo de las donas</i> (1438-1441)	Antimisoginia. Denuncia del trato injusto de las leyes castellanas con la mujer. Exaltación de la naturaleza femenina. Apelación al deber moral de proteger a la mujer.
1390-1453	Álvaro de Luna	Tratadística profemenina	<i>Libro de las claras e virtuosas mujeres</i> (1446)	Antimisoginia. Afirmación de la superioridad moral de la mujer sobre le hombre. Negación de la inferioridad intelectual del sexo femenino.
1400-1476	Fray Martín Alonso de Córdoba	Tratadística profemenina	<i>Jardín de nobles doncellas</i> (1468)	Antimisoginia. Elogio de la capacidades intelectuales y de las virtudes de la mujer.
1412-1488	Diego de Valera	Humanismo renacentista	<i>Tratado en defensa de las virtuosas mujeres</i> (1444)	Antimisoginia. Apelación al deber moral masculino de proteger físicamente y salvaguardar el honor femenino. Exaltación de las virtudes morales de la mujer.
1435-1497	Joan Roís de Corella	Humanismo renacentista	<i>Triunfo de les dones</i> (¿ <sup>?</sup> ) <i>Letra que Honestat escriu a les dones</i> (1462)	Antimisoginia.
1676-1764	Benito Jerónimo Feijoo	Ilustración	“Defensa de la mujer” (1726)	Antimisoginia. Planteamientos protofeministas. Oposición a las creencias y costumbres sociales que negaban a la mujer formarse en las mismas materias que los varones. Elogio de la condición moral e intelectual de las mujeres. Defensa de la capacidad intelectual equivalente entre los sexos. Apuesta por el derecho de las mujeres a acceder al saber científico. Defensa de la superioridad moral de la mujer sobre el hombre. Favorable a la admisión de mujeres en la Real Sociedad Económica Matritense. Concepción utilitarista del acceso de las mujeres al desempeño de tareas económicas alejadas de las tradicionales.
1723-1802	Pedro Rodríguez de Campomanes	Reformismo ilustrado	<i>Memoria presentada a la sociedad de Madrid por D. Pedro Rodríguez Campomanes sobre la admisión de las señoras en ella</i> (1775)	Favorable a la admisión de mujeres en la Real Sociedad Económica Matritense y su acceso a cargos de dirección de escuelas populares.
1735-¿ <sup>?</sup>	Manuel José Marín y Borda	Reformismo ilustrado	<i>Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento</i> (1775)	Favorable a la admisión de mujeres en la Real Sociedad Económica Matritense y su acceso a cargos de dirección de escuelas populares.
1739-1789	Ignacio López de Ayala	Reformismo ilustrado	<i>Papel sobre si las señoras deben admitirse como individuos de las sociedades</i> (1786)	Favorable a la admisión de mujeres en la Real Sociedad Económica Matritense. Denuncia del autoritarismo masculino en la sociedad. Defensa de la idea de la igualdad intelectual entre los sexos, de la igual capacidad de las mujeres para ejercer cualquier profesión y de la educación de la mujer.
1744-1811	Gaspar Melchor Jovellanos	Reformismo ilustrado	“Contra la tiranía de los maridos” (1798)	Dignificación de la mujer en la esfera conyugal y rechazo de la supremacía masculina.
1782-1851	Joaquín Abreu Orta	Fourierismo	“Fourier” (1841)	Independencia y libertad de la mujer en la familia y en el falansterio.
1811-1863	Miguel Agustín Príncipe	Romanticismo, liberalismo progresista, sansimonismo	Editorial de <i>El Pensil del Bello Sexo</i> , 23 noviembre 1845	Dirección del <i>El Pensil del Bello Sexo</i> . Defensa de la mujer y de su instrucción frente a la tiranía masculina.
1814-1874	Fernando de Castro	Krausismo	<i>Discurso que en la inauguración de las Conferencias dominicales para la educación de la mujer</i> (1869).	Fundación y presidencia de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Apuesta por el acceso de la mujer a profesiones liberales.
1816-¿ <sup>?</sup>	José Bartorelo y Quintana	Socialismo utópico	“Misión de la pareja humana sobre la tierra” (1865)	Mejoras en las condiciones laborales y jurídicas de las mujeres así como reconocimiento de sus derechos políticos.
1817-1898	Manuel Ruiz de Quevedo	Institucionismo	“Asociación para la Enseñanza de la Mujer” (1881)	Presidencia de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer.
1820-1884	Nicolás Díez de Benjumea	Republicanismo federal	“La gran causa del bello sexo” (1877)	Denuncia de la monopolización del poder en manos del sexo masculino y de la privación de derechos a las mujeres.
1821-1883	Fernando Garrido Tortosa	Federalismo, fourierismo	“La mujer” (1859)	Defensa de la igualdad intelectual de ambos sexos, de la misma educación y de la igual valía de la mujer para todas las tareas de la sociedad. Extensión de sus derechos y posibilidades en todos los campos del espacio público. Crítica al paternalismo protector masculino sobre la mujer.
1822-1892	Eusebio Asquerino	Republicanismo, democratismo	“La educación de la mujer” (1881)	Crítica a la dominación del hombre sobre la mujer y denuncia de su estado de opresión social.
1823-1901	Joan Mañé i Flaquer	liberalismo progresista	“La mujer y la sociedad” (1845)	En favor de la instrucción de la mujer y su igual capacidad intelectual. Mejora de sus condiciones en el ámbito laboral. Crítica a la prostitución, al sometimiento del sexo masculino sobre el femenino y al despo-tismo del varón en la esfera conyugal.
1824-1901	Victor Balaguer Cílera	romanticismo, liberalismo progresista	Editorial <i>El Pensil del Bello Sexo</i> , 23 noviembre 1845	Dirección de <i>El Pensil del Bello Sexo</i> . Reprobación hacia la tiranía masculina sobre las mujeres en la esfera familiar y conyugal.
1824-1901	Francisco Pi y Margall	Republicanismo federal	“La misión de la mujer en la sociedad” (1869)	Denuncia de las leyes recogidas en el código civil que privababan a la mujer española de su autonomía y del reconocimiento de sus derechos políticos.
1825-1859	Sixto Sáenz de la Cámara	Democratismo, socialismo utópico	“A las que estaban suscritas al defensor” (1846)	Dirección y redacción de <i>La Ilustración: Álbum del Bello Sexo</i> . Denuncia del sometimiento social de la mujer.
¿ <sup>?</sup>	Juan Manuel Díez	Republicanismo federal	“Una idea madurando” (1867)	Recamación de los derechos políticos y civiles iguales a los de los varones.
¿ <sup>?</sup>	José Gómez y Gordillo	Republicanismo	“La mujer y la política” (1870)	Reivindicación del derecho al voto de la mujer.
1826-1872	Luis Rivera	Republicanismo, democratismo	Editorial del diario <i>Gil Blas</i> , 16 octubre 1867	Denuncia de la falta de derechos de la mujer y del sometimiento social que padecía por parte del hombre en el matrimonio y en otras esferas de la sociedad.
1826-1898	Francisco Suñer y Capdevila	Republicanismo, librepensamiento	<i>La República Ibérica</i> , nº 29, 5 de enero 1869	Crítica al estado de discriminación jurídica de la mujer y al influjo opresivo en la mujer por parte de la Iglesia Católica.
1832-1916	José Echegaray	Liberalismo	“Influencia del estudio de las ciencias físicas en la educación de la mujer” (1869)	Defensa de la igualdad intelectual entre los sexos.
1834-1894	Teobaldo Nieva Aguiar	Librepensamiento, federalismo, anarquismo	<i>Química de la cuestión social o sea organismo científico de la revolución deducida de la ley natural de las ideas anárquico-colectivistas</i> (1886)	Oposición a las tesis de la inferioridad de la mujer. Críticas a la familia burguesa y al clero católico y su influjo opresivo sobre la mujer. Apuesta por el amor libre, el derecho al divorcio y la mejora de las condiciones laborales para la mujer de clase trabajadora.
1840-1918	Rafael María de Labra	Institucionismo	“La mujer en la legislación castellana” (1869)	Fundación de la Sociedad para la Abolición de la Prostitución Legal o Tolerada en 1883. Concesión de derechos políticos para las mujeres. Abolición de la prostitución.
1840-1917	Gumersindo de Azcárate	Krausismo		Presidencia de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Promoción de la educación de la mujer.
1841-1894	Francisco Nacente y Soler	Masonería	<i>Historia moral de las mujeres: el bello sexo vindicado</i> (¿18907)	Emancipación y mejora de la condición social de la mujer.
1841-1914	Anselmo Lorenzo Asperilla	Anarquismo	“Sobre la mujer” (1909)	Crítica a la cultura sexual católica y burguesa, a la prostitución y a la explotación laboral sobre la mujer. Denuncia de la legislación discriminatoria contra la mujer. Favorable al amor libre. Desarrollo de la idea de la doble explotación en la fábrica y en el hogar sobre la mujer, reproducida a partir de los intereses masculinos amparados, de forma simultánea, por el sistema capitalista. Reconocimiento y alabanza a los avances traídos por el sufragismo. Maternidad libre y consiente. Sistema de cuidados comunitario para exoneración de las tareas de cuidados de la mujer en la familia.
1842-1916	Joaquín de Huelbes	Espiritismo, masonería	“El feminismo ante la ciencia” (1897)	Refutación de las teorías de la inferioridad intelectual de la mujer y crítica al estado de subalterinidad de la mujer por influencia de la Iglesia.
1842-1888	Pablo Correa y Zafra	Republicanismo federal	“Democracia, federación y socialismo” (1886)	Aperturismo en torno al status jurídico y político de la mujer española.
1844-1923	Enrique Rodríguez Solís	Republicanismo federal	<i>La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral: estudio crítico</i> (1877)	Participante en la sección española de la Federación Internacional contra la Prostitución. Abolicionista de la prostitución.
1844-1935	Fernando Lozano Montes	Republicanismo, librepensamiento	“El catolicismo en acción” (1884)	Crítica a la influencia del catolicismo y la Iglesia católica en la condición subalterna de la mujer.
1846-1893	Eduardo Riofranco	Librepensamiento	“A vuela pluma” (1884)	Crítica a la influencia del catolicismo y la Iglesia católica en la condición subalterna de la mujer.
1850-1942	Enrique Diego Madrazo	Regeneracionismo, republicanismo, socialismo	<i>El destino de la mujer. Carta entre mujeres</i> (1930)	Propuesta de coeducación entre los sexos. Planteamientos eugenésicos. Oposición a la inferioridad jurídica de la mujer en la legislación y crítica la dominación social del varón sobre la la mujer. Participación política de la mujer en régimen de igualdad con el hombre.
1852-1893	Remigio Vega Armentero	Federalismo, librepensamiento, masonería, naturalismo radical	“La mujer” (1871)	Favorable a la emancipación de la mujer. Autor de novelas lupanarias críticas con la prostitución.
1852-1923	Jacinto Octavio Picón	Republicanismo, naturalismo literario	“Psicología del amor” (1897)	Amor libre y oposición a planteamientos misóginos científicos.
1853-1904	Rafael Torres Campos	Institucionismo	<i>La reforma en la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras</i> (1884)	Docencia en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Promoción de la instrucción de la mujer y de su libre acceso a profesiones liberales.
1855-1911	Javier Lasso de la Vega y Cortezo	Liberalismo, republicanismo	<i>El feminismo. Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el acto solemne de la apertura del año académico de 1904 a 1905</i> (1904)	Educación de la mujer como instrumento de regeneración. Oposición a teorías misóginas científicas. Defensa del derecho al voto de la mujer.
1859-1919	Julio Burell y Cuéllar	Liberalismo	<i>Real Decreto del 8 de marzo de 1910</i>	Como ministro de instrucción pública promulgó el decreto por el que se confería a la mujer el derecho de acceder libremente a la Universidad y a ocupar cargos dentro del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Nombró “catedrático” de Lenguas Neolatinas de la Universidad Central a Emilia Pardo Bazán.
1859-1943	Antonio Zozaya y You	Institucionismo, socialismo	“Esclavas de espíritu” (1931)	Respaldo al movimiento feminista y al acceso de las mujeres a cualquier profesión. Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica sobre la mujer.
¿ <sup>?</sup> -1892	Enrique Sánchez Seña	Naturalismo radical	“Eslavitud y derecho o sea la emancipación de la mujer” (1883)	Rechazo a la prostitución. Favorable a la emancipación de la mujer.
1860-1944	Adolfo González Posada	Krausismo	<i>Feminismo</i> (1899)	Enérgico respaldo al feminismo y a la coeducación. Oposición a los postulados científicos misóginos. Denuncia de la discriminatoria situación jurídica de las mujeres. Defensa de la instrucción de la mujer, de su derecho al voto y de su acceso a profesiones liberales y cargos de representación política.
1860-1926	Cristóbal Litrán Canet	Republicanismo federal, anarquismo	<i>La mujer en el cristianismo</i> (1892)	Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica sobre la mujer y respaldo a mejoras en sus condiciones de trabajo.
1862-1931	José Francos Rodríguez	Liberalismo	<i>La mujer y la política españolas</i> (1920)	Defensa de los derechos políticos de las mujeres, de su instrucción y de su plena inserción en el mundo laboral. Rechazo a la misoginia científica. Reivindicación de la igualdad de oportunidades para las mujeres en la libre elección de su trabajo.
1862-1926	Manuel Corral y Mairá	Liberalismo	“Un triunfo de la mujer” (1922)	Alabanza a logros del feminismo y respaldo al acceso de las mujeres a todas las profesiones.
1863-1945	Odón de Buen y del Cos	Republicanismo, naturalismo radical	“La mujer ante la ciencia” (1892)	Proposición en el senado del voto municipal para las mujeres mayores de 23 años viudas o emancipadas. Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica sobre la mujer.
1864-1916	Felipe Trigo Sánchez	Socialismo	<i>Socialismo individualista: Índice para su estudio antropológico</i> (1904)	Defensa del amor libre. Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica y su cultura sexual en la mujer. Respaldo a la coeducación, al derecho al voto de la mujer, al derecho al divorcio y a la equiparación económica y social entre los sexos. Abolición de la prostitución. Crítica de la cultural sexual burguesa. Defensa de la igualdad intelectual y de la equiparación salarial entre los sexos. Igualdad de derechos laborales civiles y políticos. Desmontaje del sistema legal discriminatorio con la mujer. Acceso a todas las profesiones y cargos de poder y responsabilidad. Reprobación del donjuanism. Propuesta de un sistema de bajas maternales justamente retribuidas por el Estado.
1864-1941	Roberto Castrovido	Republicanismo		Defensa del voto de la mujer en las Cortes de la II República.
1866-1929	Eduardo Gómez Baquero	Conservadurismo, liberalismo canalejista	“La esclavitud femenina por John Stuart Mill” (1892)	Alabanzas al movimiento feminista. Respaldo a la igualdad civil entre los sexos y al gradual acceso de las mujeres a su derecho al voto.
1867-1932	José Francisco Prat	Republicanismo federal, anarquismo	“A las mujeres” (1904)	Equiparación salarial entre los sexos, mejoras de condiciones y derechos laborales para las mujeres. Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica en la mujer. Denuncia de discriminaciones jurídicas contra las mujeres.
1868-1939	Rosendo Castells Ballespi	Republicanismo	<i>Derechos y deberes de la mujer ante la sociedad</i> (1908)	Favorable a que la mujer desempeñara cargos públicos, a su derecho a estudiar una carrera universitaria, a desarrollar una trayectoria profesional equiparable a la del hombre y al reconocimiento de sus derechos civiles.
1871-1939	Eduardo Ovejero Maury	Masonería	<i>Nuestras costumbres</i> (1900)	Denuncia al estado de opresión padecido por la mujer española y especialmente al lugar subalterno que ocupaba en la Iglesia Católica. Crítica a la cultura masculina galante y caballeresc. Denuncia del sistema cultural de opresión social y familiar sobre la mujer.
1872-1935	Antonio Martínez Viérgol	Socialismo	“La caballeridad del obrero. La estética y el socialismo” (1912)	Propuesta de creación de grupos de varones para la defensa de las mujeres frente al acoso callejero.
1873-1946	Ángel Ossorio y Gallardo	Conservadurismo, catolicismo social, maurismo, democracia cristiana	<i>Cartas a una señora sobre temas de derecho político</i> (1932)	Reforma parcial del sistema legislativo discriminatorio con la mujer española. Avance gradual y limitado en el campo de los derechos laborales de la mujer. Concesión del voto a las mujeres solteras y viudas.
1874-1953	Cristóbal de Castro	Regeneracionismo, Conservadurismo, Liberalismo	<i>Las mujeres</i> (1917)	Alabanzas al movimiento feminista. Igualdad civil entre los sexos y reclamación de derechos políticos para las mujeres. Labor de promoción de las mujeres creadoras en la literatura y el teatro. Crítica a los presupuestos de la inferioridad intelectual de la mujer y de la misoginia pseudcientífica. Defensa del acceso de la mujer a todas las profesiones y oficios.
1875-1934	Santiago Valenti i Camp	Republicanismo, Socialismo	<i>Las reivindicaciones femeninas</i> (1927), <i>La mujer ante el amor y frente a la vida</i> (1932)	Estudio y respaldo enérgico al movimiento feminista. Defensa de la igualdad civil entre los sexos y reclamación de derechos políticos para las mujeres. Apuesta por el amor libre y por el acceso de la mujer a todas las profesiones y oficios. Apuesta por el desmontaje del sistema legislativo discriminatorio con la mujer. Apuesta por la coeducación y la instrucción de la mujer en igualdad con el hombre. Mejora de las condiciones laborales de la mujer. Censura de las teorías pseudocientíficas misóginas y propugnadoras de la inferioridad de la mujer. Maternidad consiente y planteamientos eugenésicos. Derecho al divorcio. Llamada a la implantación de políticas de Estado para la protección de las mujeres ante la violencia de género.
1882-1962	Julio Camba Andreu	Anarquismo	“Sobre la emancipación de la mujer” (1903)	Crítica a la influencia opresiva de la Iglesia Católica sobre la mujer.
1884-1938	Galo Díez	Anarquismo	<i>La mujer en la lucha social</i> (1922)	En favor de la emancipación de la mujer, de la adquisición de sus derechos a través de la Anarquía y de la autorganización de mujeres por su propia liberación.
1885-1956	Luis Araújo Costa	Conservadurismo	“La Cruz Roja y el feminismo” (1917)	Simpatía por el movimiento feminista. Defensa del reconocimiento gradual de derechos de la mujer y de su igual capacidad para el desempeño de cualquier cargo.
1887-1959	Alberto Marín Alcalde	Conservadurismo, maurismo	“S. M. el momento. Feminismo político” (1918)	Mejora del status jurídico de la mujer y de sus derechos políticos.
1888-1954	Miguel Romera-Navarro	Institucionismo	<i>Ensayo de una filosofía feminista. Refutación a Moebius</i> (1909), <i>Feminismo jurídico</i> (1910)	Oposición a las teorías misógeno-científicas y de la inferioridad mental de la mujer. Denuncia de las restricciones sobre la mujer de sus derechos civiles y jurídicos. Despenalización del aborto. Crítica a la prostitución y a la explotación laboral sobre la mujer. Denuncia de la condición social de la mujer en la esfera familiar. Defensa del derecho al divorcio y de los derechos políticos de la mujer y de su igual capacidad y derecho al desempeño de cualquier cargo y profesión. Crítica al donjuanism. Simpatía por el movimiento feminista.
¿ <sup>?</sup>	Luis de Alba		“Bienvenido seáis” (1910)	Respaldo al movimiento feminista.
1892-1935	Miquel Poal i Aregall	Catalanismo conservador	<i>Ço que deu esser el feminisme</i> (1915)	Apoyo al feminismo conservador y a la instrucción de la mujer.
1896-1936	Isaac Puente	Anarquismo	“El amor libre” (1924)	Maternidad consiente. Difusión de información acerca de los métodos anticonceptivos. Defensa de la abolición de la prostitución, del derecho al aborto y de una moral sexual igualitaria entre los sexos.
¿ <sup>?</sup>	Adalberto Hernández-Cid	Socialismo	<i>Catecismo feminista</i> (1914)	Oposición a las teorías misóginas científicas.
¿ <sup>?</sup>	Mariano Gallardo	Anarquismo	“El honor sexual de las mujeres” (1936)	Propuesta de una sexual alternativa en favor de la liberación sexual de la mujer. Censura a la hipocresía sexual burguesa y confesional. Abolición de la prostitución. Amor libre.
1903-1973	Antonio Morales Guzmán	Anarquismo	“Ocupémonos de la mujer” (1935)	En favor de la emancipación de la mujer y crítica al dominio masculino en la esfera social familiar y militante. Equiparación de la explotación de clase con el dominio que los varones ejercían sobre la mujer.
1909-1939	Mariano Rodríguez Vázquez	Anarquismo	“Por la elevación social de la mujer” (1935)	Equiparación de la explotación de clase con el dominio que los varones ejercían sobre la mujer. Favorable a la idea sobre la necesidad de que se articulara un movimiento de mujeres autónomo en favor de su propia emancipación.
1911-1972	Félix Martí Ibañez	Anarquismo	<i>Mensaje eugénico a la mujer</i> (1937)	Promulgación de la despenalización del aborto por vía del Decreto de la Generalitat de Cataluña del 25 de diciembre de 1936. Bajo planteamientos eugenésicos cofundación de los Laboratorios de Prostitución. Apuesta por la maternidad consiente, por la desintoxicación de la religión en la sexualidad femenina y por el uso de anticonceptivos.
1922-2009	Carlos Castilla del Pino	Partido Comunista de España, Partido Socialista Obrero Español	<i>Cuatro estudios sobre la mujer</i> (1971)	Reflexión sobre psicología y mecanismos de represión y opresión social sobre la mujer.
1925-2014	Carlos Paris	Partido Comunista de España	“Ética o barbarie” (1988)	Teorización en torno a la categorización de la mujer como clase social. Apuesta por la abolición de la prostitución.
1943-2008	Josep Vicent Marqués	Marxismo	“Sobre la alienación del varón” (1978)	Pionero en España en la teorización en torno a la construcción social de la masculinidad.
1944-2020	Julían Fernández de Quero Lucero	Partido Comunista de España	<i>Hombres sin temor al cambio: una crítica necesaria para un cambio en positivo</i> (2000)	Fundación de la Sociedad Sexológica de Madrid. Presidencia de la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género. Cuestionamiento de la construcción de la sexualidad masculina patriarcal.
1948-	Juanjo Compaire	Partido Socialista Unificado de Catalunya, Comisiones Obreras, Guayem Barcelona, Barcelona en Comú	“Hombres: la necesidad de una voz colectiva” (2019)	Fundación de Homes Igualitaris y coordinador de la revista <i>Hombres Igualitarios</i> . Crítica al modelo de masculinidad machista y tradicional. Apuesta por un modelo de coeducación como vía hacia la consecución de la igualdad de género.
1951-	José Ángel Lozoya	PSOE, Liga Comunista Revolucionaria, Podemos	<i>El aborto: Historias de combate y resistencia</i> (2014)	Pionero en la creación de grupos de hombres por la igualdad entre los sexos. Cofundación del Foro de Hombres por la Igualdad y promoción en la creación de Red de Hombres por la Igualdad. Cofundación de Los Naranjos, centro de planificación que practicaba abortos clandestinos. Activismo en la favor de la legalización del aborto. Divulgador en favor de una educación sexual igualitaria.
1954-	Joan Vilchez Cambroner	Ideología de izquierdas -sin militancia-	“Grupos de Hombres: La Sexualidad masculina a debate” (1990)	Pionero en la creación de grupos de hombres por la igualdad entre los sexos. Reflexión crítica sobre la sexualidad patriarcal masculina. Pionero en la impartición de seminarios y talleres para hombres sobre autoreflexión, autoconocimiento y apoyada desde un punto de vista psicosexual, terapéutico y antipatriarcal. Reflexiones pioneras en torno a la alienación emocional de la masculinidad tradicional.
1960-	Hilario Sáez Méndez	Grupos a la izquierda del PCE, Podemos	“Políticas de género para hombres” (2007)	Cofundación del Foro de Hombres por la Igualdad y de la Red de Hombres por la Igualdad. Partidario de la implementación de políticas de género dirigidas a hombres bajo el fin de avanzar en la igualdad entre los sexos.
1963-	Antonio García Domínguez	Partido Comunista de España, Comisiones Obreras	“Bases psico-sociales del sexismo y la violencia de género” (2004)	Artífice de la Asociación de Hombres por la Igualdad de Género. Partidario de la transformación de los hombres en positivo hacia nuevas masculinidades igualitarias a través de la autorganización colectiva de varones. Apuesta por paternidades corresponsables e igualitarias. Rechazo a la concepción tradicional y tóxica de la masculinidad.